



Santa MARIA DOMINGA MAZZARELLO

3 A 28(6.2)(6

FERNANDO MACCONO, Sac.



SANTA MARIA D. MAZZARELLO

**COFUNDADORA
Y PRIMERA SUPERIORA GENERAL
DE LAS HIJAS DE MARIA AUXILIADORA**

SEGUNDO VOLUMEN

Traducción:

HIJAS DE MARIA AUXILIADORA, INSPECTORIA DE MADRID

INSTITUTO HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

Las cartas de Santa María D. Mazzarello que aquí se insertan
están tomadas de la edición bilingüe de las mismas impresa en
Barcelona en 1979.

Nihil obstat:
HERMENEGILDO LÓPEZ GONZALO

Imprimase:
JOSÉ MARÍA MARTÍN PATINO
Pro-Vicario General

Madrid, 12 de diciembre de 1980

Madrid 1981. Traducción de la edición italiana de 1960

© INSTITUTO HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA

ISBN: 84-300-3415-3 (II). ISBN: 84-300-3413-7 (O.T.)

Depósito legal: M. 37.129-1980

Impreso en INDUSTRIAS GRÁFICAS ESPAÑA, S. L.—Comandante Zorita, 48.—Madrid-20

PARTE III

**Desde la primera partida de las misioneras
a América del Sur hasta la reelección
unánime de la “Madre” como superiora
en el “segundo Capítulo General”**

1877 - 1880

CAPÍTULO I

Las primeras misioneras de las Hijas de María Auxiliadora con el Santo Padre

(1877)

1. Deseo de las Hermanas de participar en las misiones con los salesianos.—2. Don Bosco quiere que la Madre escoja a las primeras misioneras.—3. Se fundan las casas de Nizza Marittima y de Lanzo Torinese (1 de septiembre de 1877).—4. Don Bosco quiere que las misioneras vayan a pedir la bendición al Santo Padre.—5. La Madre las acompaña. Tiene miedo de hacer un mal papel y que el Instituto pierda su buen nombre. Su opinión sobre Sor Catalina Daghero.—6. Algunos de sus actos.—7. Con el Santo Padre.

1. Hemos hablado ya antes de que, cuando llegó a Morne-se la noticia de que Don Bosco había decidido enviar a América del Sur a los primeros misioneros, las Hermanas sintieron de pronto un gran deseo de ir con sus Hermanos; y que este deseo se aumentó cuando supieron que al frente de esta expedición iba Don Cagliero, su director general. Efectivamente, la Madre, el día 29 de diciembre de 1875, al escribirle para desearle unas buenas fiestas, al darle noticias de la casa, entre otras cosas, decía:

«Las niñas quieren que le diga algo de su parte; en primer lugar le diré que son veinticinco, más buenas de lo que se puede imaginar, es decir, quieren serlo, y por esto también se encomiendan a sus oraciones, prometiendo no olvidarle en las suyas. Preparen una casa

muy grande para nosotras, ya que las educandas también quieren hacerse misioneras... Tenga la bondad de mandarnos pronto los libros de español para poder estudiar y estar preparadas a la primera llamada» (*Carta núm. 3, p. 63*).

Y el 5 de abril (1976) escribía:

«Ahora que le he dado las noticias de la casa, le pongo los nombres de las que quieren ir pronto a América: yo ya quisiera estar ahí...» (*Carta núm. 4, p. 75*).

Y después de haber dado el nombre de ocho, sigue:

«... no acabaría nunca si tuviese que decir los nombres de todas las que desean ir. Así que prepare pronto un puestecito para nosotras y después venga a buscarnos, porque nosotras no sabremos ir, y podría suceder que algún monstruo marino, que no hubiese comido Aún, se sirviese de nosotras para saciar su apetito...» (*Ibídem*).

El 8 de julio de 1876 volvía a escribir a Don Cagliero:

«Y usted, ¿cuándo vendrá a ver el nido? Le esperamos pronto. ¡Si viese cómo ha aumentado el número de las Hijas de María Auxiliadora! Son 30 postulantes, 10 novicias, 36 profesas y 30 educandas. Puede venir a escoger un buen grupo para llevárselas a América, pues casi todas desean ir; venga pronto, que le esperamos con todo el corazón» (*Carta núm. 5, p. 85*).

Después con toda familiaridad continúa:

«Ahora escuche lo que le voy a decir: guárdeme, pero de veras, ¿eh?, un sitio en América. Es verdad que no sirvo para nada, pero la polenta la sé hacer y estaré atenta en la colada para no gastar mucho jabón y, si quiere, aprenderé también a cocinar...; en fin, haré todo lo posible para que estén contentos, con tal de que me permita ir» (*Ibídem*).

Al final del mismo año envía aún noticias a Don Cagliero sobre las fiestas que han hecho en Navidad; le dice que la

víspera hubo once vesticiones y que en la Misa de media noche, cinco niñas hicieron la Primera Comunión, y prosigue:

«... y todas juntas pedimos de corazón al Niño Jesús por nuestros queridos misioneros salesianos; le hemos pedido que bendiga sus fatigas y les consuele con la conversión de todas esas almas de América. El día se pasó con santa alegría en compañía del Niño Jesús. Ahora que me acuerdo, ¿tienen Niño Jesús en América? Si no lo llevaremos nosotras.

No crea que rezo por ellos alguna que otra vez; le puedo asegurar que no voy una vez ante el Señor que no rece por usted, mi buen Padre, y lo mismo harán todas las demás. Y usted, ¿se acuerda todavía de sus hijas de Mornese? Creíamos que vendría para las fiestas de Navidad, pero nos dijeron que... ¡quién sabe cuándo vendrá! Ya es hora de que venga, pues hace tiempo que se fue. ¡Si supiera cuántas Hermanas y postulantes hay que usted no conoce! Tendría que venir a verlas. Al menos, si no puede venir, llámenos pronto. Entre nosotras hay muchas que quieren ir, siete ya están preparadas» (*Carta núm. 7, pp. 97 y 99*).

Le da los nombres, entre los que pone el suyo, y después continúa:

«El señor director nos dice siempre que somos demasiado jóvenes, pero a mí me parece que somos ya bastante mayores... Es cierto que no valemos para nada, pero con la ayuda del Señor y la buena voluntad, creo que podremos hacer algo de provecho. Así es que llámenos pronto. Si nos dice cuándo hemos de partir, prepararemos un bonito trabajo para llevarle. Otra cosa: nos tendrá que mandar el dinero para el viaje, porque no tenemos nada. ¡Qué alegría si el Señor nos concediera la gracia de llamarnos a América! Aunque no pudiéramos hacer otra cosa que salvar un alma, nos daríamos por satisfechas de todos los sacrificios» (*Ibidem, pp. 99 y 101*).

2. Mientras tanto, Don Cagliero, después de dos años de gran actividad en América, llegaba el día 3 de septiembre a Turín para asistir al Capítulo General.

Don Bosco, un día hablando con él de las misiones, le dijo: «Yo escogí a los primeros misioneros salesianos; ahora la

Madre escogerá a las primeras misioneras; e igual que vosotros habéis sido bendecidos en vuestros trabajos apostólicos por el Señor, las Hijas de María Auxiliadora, con la ayuda de la Virgen, conseguirán hacer mucho bien» (1).

Por esto comunicó a Don Costamagna, que se encontraba en Mornese, que él había sido elegido jefe de la tercera expedición y le manifestaba, juntamente con esto, el deseo de que tomasen parte también las Hijas de María Auxiliadora; que se advirtiese por ello a las que tenían vocación de misioneras y se preparasen; se vieses quiénes tenían dotes para el estudio y aprendiesen un poco de español, otras el francés, ya que desde todos los sitios les llegaban peticiones de abrir casas, y se debía bendecir a la Providencia que ofrecía un campo cada vez mayor también a las Hijas de María Auxiliadora.

La noticia produjo una verdadera excitación. «La Madre aquel día se llenó de un gozo extraordinario» (2). ¿El humilde Instituto habría realmente rebasado las fronteras de Italia y de Europa como ya había ocurrido con los salesianos? ¿Quiénes serían las primeras afortunadas?

La santa Madre repetía que procuraran merecerse la bendición de Dios con la oración, con la observancia de la Regla y con el espíritu de sacrificio; que estuvieran todas preparadas, porque antes de que algunas partiesen para América, otras habrían ido a abrir casas más cerca.

3. Efectivamente, el día 1 de septiembre se abrían las casas de Nizza Marittima y de Lanzo Torinese. Realmente ésta se había abierto en el mes de diciembre pasado, pero sólo disponían de dos pequeñas habitaciones en la casa de una buena familia, y de vez en cuando bajaban a Turín para consolarse. De ahora en adelante la casa se organizó de modo más ordenado y las Hermanas pudieron encargarse de la cocina y de la ropería de los salesianos y de los jóvenes internos; en la de Nizza abrieron además un oratorio festivo, que en seguida se vio frecuentado por algo más de doscientas muchachas.

(1) Card. CAGLIERO. Mem. stor. cit.

(2) Proc. Ap., p. 143.

4. El día 8 de septiembre la Madre reunía a todas las Hermanas y les leía una carta de Don Bosco, en la que repetía que la divina Providencia les abría también a ellas el campo de las misiones extranjeras. La que se sintiera con ánimo para hacer el gran sacrificio de dejar la patria y la familia con el fin de llevar el nombre de Jesús a las lejanas Américas y salvar las almas abandonadas, deberían presentar la petición por escrito. Los superiores elegirían después a las que juzgasen más aptas para la importante empresa.

Esta invitación fue acogida con un júbilo indescriptible y la mayoría de las Hermanas hicieron la humilde petición de ir como misioneras a América. Seis fueron las escogidas; he aquí sus nombres para honor de ellas: 1. Sor Angela Vallese, de Lu, como directora; 2. Sor Juana Borgna, de Buenos Aires; 3. Sor Angela Cassulo, de Castelletto d'Orba; 4. Sor Angela De Negri, de Mornese; 5. Sor Teresa Gedda, de Pecco; 6. Sor Teresina Mazzarello, de Mornese.

Don Bosco quiso que, como habían hecho los primeros salesianos, también ellas fueran a Roma a implorar del Santo Padre una especial bendición, que garantizase la aprobación del cielo y el buen éxito de su misión.

5. Madre Mazzarello estaba enferma, con unos dolores de cabeza fortísimos que la atormentaban con mucha frecuencia. Al preguntarle quién acompañaría a las Hermanas, respondió rápidamente: «Las acompaño yo» (3), y se puso en viaje.

«Pero al llegar a Sampierdarena —escribe Sor Borgna, que formaba parte del primer grupo—, dijo a Don Cagliero, a quien siempre consideró como a nuestro director general: “¿No le parece, señor director, que yendo a Roma haré perder la estima que se tiene a la Congregación? ¡El Santo Padre esperará ver en la superiora general a una persona culta, fina; y en lugar de eso se encontrará con una pobre ignorante...!”»

«El director la animó a ir igualmente, y después, dirigién-

(3) Proc. Ord., p. 265.

dose a nosotras, que estábamos allí cerca y éramos unas seis o siete, dijo: "Aprended la lección...!"» (4).

Sor Vallese nos cuenta: «Me acuerdo que durante la marcha a Roma, Don Cagliero le preguntó a la Madre:

—¿Qué me decís de Sor Catalina Daghero?

—Digo que es una Hermana muy inteligente y con muy buen corazón; es muy humilde y no busca destacarse. Cumplirá bien su misión.»

6. Sor Borgna, que trabajó en las misiones durante sesenta y ocho años, contaba, en 1933, que la Madre en el viaje era toda atenciones y delicadeza con ellas para que no sufrieran. Así lo cuenta en la carta siguiente:

«Me quedaba atónita al ver a una superiora general hacer el papel de sierva con sus hijas. Nuestra buena Madre iba en Roma a una tienda que había cerca del Albergue de los Peregrinos, donde estábamos alojadas, compraba manzanas y castañas, que colocaba en el delantal, y después las pelaba y nos las repartía con exquisita caridad. Estaba siempre atenta para que no sufriéramos; para ella no tenía ningún cuidado; parecía que no sentía ninguna necesidad. Y sentía ya los efectos de su delicada salud. Al contrario, recuerdo que por aquellos días, por haberle atacado a la cabeza una corriente de aire frío, se quedó un poco sorda. Sentía la necesidad de abrigarse, pero se había quedado sin el chal porque al visitar las Catacumbas se lo había regalado a una persona (al clérigo Pane, salesiano, también él misionero), al que había visto tiritar en un momento de destemplanza por la fiebre del paludismo. ¡Gastar dinero para comprarse otro no se lo permitía su amor a la pobreza, y menos tratándose de su persona!

»En eso hubieran debido pensar las dos Hermanas que la acompañaban; pero ¿qué? En aquellos tiempos no se caía en esos detalles... eran jóvenes, tímidas... Por consiguiente, sin darnos cuenta, habíamos dejado que nuestra Madre General

(4) Proc. Ord., p. 394.

anduviese por Roma con pañuelo oscuro en la cabeza, como una simple pueblerina. Ella no dejó translucir la más mínima repugnancia: ¡Tan muerta estaba a las cosas del mundo! Nos dimos cuenta más tarde de lo sucedido, pero ¿qué hacer? Confusas admiramos su humildad. Puedo añadir aún más: en nuestra candidez nos sentimos satisfechas de poder quitarle el pañuelo, teniendo en cuenta que pocos días más tarde partiríamos para las misiones de América; lo hemos guardado como algo precioso, porque nos continúa hablando del amor que nuestra santa Madre tenía a la pobreza y recordándonos su profunda humildad.

»Ya antes habíamos invitado a la Madre a no ponerse tal prenda, diciéndole que no estaba bien, pero ella respondió: “Mis buenas hijas, si encontrase a alguien que me conoce, no se extrañará al verme arreglada así; los que no me conocen que digan lo que quieran. ¿Qué nos importa a nosotras lo que pueda pensar?”» (5).

«Recuerdo —declara Sor Vallese— que en el año 1877, estando con ella en Roma, no intentaba visitar los monumentos artísticos, sino sólo deseaba ir a las basílicas para ganar las indulgencias, y a mí me inculcaba lo mismo» (6).

7. En la audiencia papal mantuvo la vista modestamente fija en la venerable persona del Papa y dijo con vivo entusiasmo: «¡Señor, consolad a vuestro admirable Vicario!»

Don Cagliero le dio al Padre Santo noticias sobre el nuevo Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, comparándolo con el granito de mostaza del Evangelio. El Papa preguntó: «De dónde saca Don Bosco tantas Hermanas?» Y Don Cagliero respondió con filial confianza: «De las manos de la Providencia, Padre Santo».

El Padre Santo —escribió en un *memorandum* (7) el Cardenal Cagliero— habló mucho de nuestro venerado Padre

(5) Proc. Ap., art. 152.

(6) Proc. Ord., p. 117.

(7) El original se conserva en el Archivo de la Casa generalicia de las Hijas de María Auxiliadora.

Don Bosco y de la gracia que Dios nos había hecho de ser hijos e hijas de tan gran Padre. Se congratuló con la Madre María Mazzarello, superiora del nuevo Instituto de las Hijas de María Santísima Auxiliadora, y con el primer grupo de Hermanas que partían hacia la República de Montevideo y, finalmente, alabó a los salesianos que iban a reunirse con sus Hermanos en la República Argentina.

Les habló del gran bien que harían en su misión entre los salvajes de la Patagonia y de la Tierra de Fuego, y con los hijos de los civilizados, educándolos en la fe y en la piedad cristiana.

A Madre María Mazzarello, que toda humilde, confundida y respetuosa estaba ante el Padre Santo, le añadió que las Hijas de María Auxiliadora tenían suerte y eran bendecidas por el Señor, porque ¡Hijas de Don Bosco! ellas también tenían un vasto campo de trabajo evangélico y, como verdaderas madres solícitas y cariñosas, harían un gran bien, preservando del mal a tantas pobres chicas abandonadas por sus padres, y en las misiones salvarían a tantos desgraciados salvajes, enseñándoles a conocer a Dios, a amarlo y servirlo en la tierra para estar con El en el cielo.

«Nuestra Apostólica Bendición, mis buenos Hijos y mis buenas Hermanas, descienda sobre vosotros, vuestros Hermanos y Hermanas, con el fin de que aumente la gloria de Dios, el bien de la Iglesia y el número de las almas salvadas. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! *Amén.*»

Su eminencia escribió además sobre aquella visita: «¡Fue allí donde la Madre, ante la majestad y la grandeza del Vicario de Cristo, se sintió como sumergida en su nulidad!, y cómo se humilló al oír al Pontífice recordar, con soberana complacencia, las obras de Don Bosco y las de sus hijos; que ahora veía a sus hijas, con una superiora al frente llena del mismo celo y caridad que el Fundador: acrecentar, mediante el nuevo Instituto, el bien de la Iglesia, en las misiones y en el mundo civilizado, con la educación cristiana de las chicas» (8).

(8) Card. CAGLIERO. *Mem. stor.*, cit.

Sor Angela Vallese, que estaba presente, nos cuenta: «El Santo Padre dijo que Don Bosco hacía un milagro al mandar también a las Hermanas a las misiones; nos dijo también que debíamos ser como las grandes conchas de las fuentes que reciben el agua y la vierten en beneficio de todos; esto es, que debíamos ser conchas de virtud y de sabiduría para bien de nuestras semejantes. A continuación puso su mano sobre la cabeza de cada una diciendo: “Que Dios os bendiga, para que podáis hacer mucho, mucho bien...”»

CAPÍTULO II

Partida de las primeras misioneras

(1877)

1. Las misioneras en Sampierdarena.—Don Bosco les concede una audiencia particular.—2. Un cuadro de María Auxiliadora.—3. Embarcadas en el *Savoie*. Bendición de Don Bosco. Emocionante separación. El canto de los misioneros.—4. Pena de Don Costamagna por la casa de Mornese. Su elogio de la virtud de la Madre.—5. Dolor de las Hermanas y de la Madre. Estima de la Madre por Don Costamagna.—6. Actuación de los misioneros entre los pasajeros.—7. Llegada y recibimiento en el nuevo mundo.—8. Los primeros comienzos de la misión, santificados por los sufrimientos.—9. La primera postulante americana. Breve estadística de las Hijas de María Auxiliadora.

1. Las misioneras debían salir de Génova hacia América el día 15 de noviembre y la santa Madre acompañó de nuevo a sus hijas desde Roma a Sampierdarena para que se juntaran con las Hermanas que venían de Mornese.

En Sampierdarena estaba Don Bosco, que había acompañado a sus hijos, y, cuando las Hermanas se reunieron, la Madre se las presentó al santo Fundador para que las bendijera. Don Bosco hizo todavía más: concedió a cada una hablar a solas con él, y a cada una le dio los avisos y recuerdos que su gran corazón de padre sabía dar; después las oyó en confesión.

Hay quien afirma que el Santo, por último, había dicho a todas: «Recordad que vais a las misiones a combatir el pecado. No seréis en seguida misioneras entre los salvajes de la Pampa y de la Patagonia; comenzaréis por consolidar el

reinó de Dios en medio de los que ya son fieles, avivarlo entre los que lo han olvidado; después lo extenderéis entre los que aún no lo conocen...»

2. Poco después se presenta Don Cagliero y entrega a las Hermanas un cuadro, pintado en tela, de María Auxiliadora, diciéndoles que había sido hecho por un pintor que estuvo una temporada enfermo de la vista y al que había curado Don Bosco. El Santo había bendecido el cuadro y lo regalaba a las Hermanas con el fin de que la Virgen las acompañase durante el viaje y fuese siempre su protectora y Madre.

3. El día 14, por la mañana, llegan a Génova mientras llovía a cántaros, soplaban un viento muy frío y el mar estaba muy agitado. La nave *Savoie* estaba lejos del muelle, por lo que debían tomar barcas para llegar hasta ella.

Apenas sube a bordo, la Santa quiere ver los camarotes que ocuparán las Hermanas, examina todo, y habla ya con ésta, ya con aquélla, para darles las últimas recomendaciones y avisos. Después va con ellas a donde está Don Bosco con los salesianos y todos se ponen de rodillas. El Santo alza su mano sacerdotal y paterna e invoca sobre aquellas almas generosas las más amplias bendiciones del cielo. Era un espectáculo que arrancaba lágrimas de emoción.

Una vez que hubieron recibido la bendición del santo Fundador, la Madre abrazó una por una a sus hijas, dijo de nuevo a cada una una palabrita, la última, con un acento de ternura inexpresable. Después descendió rápida, con las dos Hermanas que la acompañaban, a la barca que les esperaba y en la que entró también Don Bosco.

El mar estaba todavía agitado. El viento soplaban fuerte, frío, implacable; a las Hermanas las tiró el paraguas; a Don Bosco, el sombrero, que tuvo que ser recogido por un diligente marinero.

Los misioneros salesianos y las Hermanas, desde la nave, los acompañaban con el corazón triste y los ojos llenos de lágrimas; la barca se alejaba y desde allí les enviaban los

últimos saludos. Cuando desapareció de su vista, Don Costamagna, sentado al piano, entonó el canto «Yo quiero amar a María, quiero darle el corazón...» y todos se unieron a él, buscando suavizar con el dulce canto la agitación de sus corazones.

4. Don Costamagna, aunque marchaba de Mornese contento por obedecer a Don Bosco, al que profesaba un afecto ilimitado, había sentido un dolor indecible en su corazón, que tenía sensibilísimo, aunque no lo parecía. Su marcha, más que una salida, fue una fuga, como él mismo contó: «Tragándome las lágrimas, por primera vez en mi vida me di cuenta no sólo de que existía, sino de que realmente amaba».

Después de muchos años añoraba aquella morada de todas las virtudes y escribía: «He pasado en Mornese los tres años más bellos de mi vida, y esto porque aquella casa era verdaderamente santa: la casa primera que se fundó; y era santa, entre otras muchas razones, precisamente porque al frente de ella había una santa: Sor María Mazzarello. *Virtutes ejus quis enarrabit?* ¿Quién podrá elogiarla convenientemente?...»

5. Pero si él sufrió y lloró al dejar Mornese y sufrieron y lloraron las misioneras, también sufrieron, y no poco, con la Madre las Hermanas que se quedaron en Mornese; ellas perdían con él a un verdadero hijo de Don Bosco, a un celoso director, a un sincero y exigente amigo de sus almas, que en poco tiempo las había llevado a tan alto grado de perfección cristiana y religiosa que Sor Mosca podía escribir: «A su marcha el Instituto podía emular por su fervorosa observancia a las más antiguas y santas Congregaciones».

Hemos dicho en la segunda parte que el carácter de Don Costamagna era distinto del de la Madre; el primero era todo fuego, impulsivo y sin experiencia; el de la Madre, si bien era todo ardor por Dios y por las almas, se había cambiado en calma por el dominio adquirido a fuerza de continuas violen-



Sor ANGELA VALLESE
directora de las primeras misioneras que partieron
para América del Sur

cias de sí misma, y dotado de un criterio sano, excepcional. Dos almas grandes que sabían entenderse para amar y hacer amar al Señor.

La estima de la Madre por Don Costamagna y el dolor por su marcha se puede deducir por una carta que la misma escribía a Don Cagliero el 15 de abril del año 1876, en la que dice: «... Sólo un pensamiento nos turba un poco: el señor director ha hecho la petición de ir a América. Ahora que ya tiene práctica en la casa, que nos conoce a fondo a todas, ¡deber cambiarlo de nuevo... nos resulta muy duro! Usted, que es padre, nos lo demuestre en esta circunstancia; no permita que se vaya. No nos merecemos tener a un director tan bueno, es verdad; pero tenga compasión de nosotras, pobrecitas, y no nos lo quiten».

Y en otra carta escrita en octubre del mismo año, después de dar las noticias de la casa, dice: «El señor director está bien, pero ha pasado una temporada que estaba siempre enfermo. El querría vernos a todas santas, y nosotras, que estamos muy lejos de serlo, lo hacemos enfadar y él se pone enfermo. Pero con todo eso no le damos permiso para que se marche a América... Por ahora estamos tranquilas, porque el personal salesiano que debe partir está ya nombrado, pero hemos pasado mucho miedo...»

Y lo mismo Don Costamagna: «Yo ni por lo más remoto soñaba en dejar aquel paraíso de Mornese. Sin embargo, desde hacía algunos meses me bailaba por la cabeza el pensamiento de estudiar la lengua castellana, y me había puesto a ello con tanto interés que la anciana Sor Teresa Pampuro había logrado robarme a hurtadillas la gramática y escondérmela...»

Y después de decir que la Madre, debiendo él ir a los Ejercicios Espirituales, manifestó el presentimiento de que no volvería más, añade: «Cuando me sentaba al piano para tocar el canto “Yo marchó a América”, la Madre General entraba en la sala con los ojos llenos de lágrimas y bruscamente me cerraba el piano. Fueron infinitas sus recomendaciones de que no me dejara arrebatar para las misiones de América. Yo me fui».

6. La santa Madre, después de la marcha de las misioneras, regresó desde Génova a Mornese para reemprender su vida de oración y trabajo, pero su corazón, como es fácil suponer, estaba sobre el *Savoie*, entre las hijas que surcaban el océano para llevar la fe a las lejanas tierras.

Ellas comenzaron su misión durante el viaje mismo. He aquí cómo habla de esto Don Costamagna en una primera carta a Don Bosco:

«Los pasajeros de tercera clase, entre mayores y pequeños, son cerca de 700. Ahora, a pesar de la dificultad para abrirnos camino en medio de un pueblo tan diverso en hábitos y en lengua, nos hemos propuesto hacer un poco de bien a esta pobre gente.

Decimos pobre gente; no hay duda de esto, al menos en lo que se refiere a las cosas del alma. Con pocas excepciones, estos hombres y estas mujeres van a América en busca de una ganancia temporal, y la mayoría viven sin pensar ni en Dios ni en el alma: algunos son tan enemigos de la religión y de sus ministros, que se necesita el valor de un león para acercarse a ellos. Dan compasión. Nos decidimos a acercarnos, con la debida prudencia, a unos y otros, y decirles a todos una buena palabra.

El Señor nos consoló bien pronto, y nos hizo ver que, con su ayuda, lograríamos nuestro intento. Comenzamos por los pequeños, nosotros con los niños y las Hermanas entre las niñas; y con hacer que sus ojuelos brillasen alegremente y con regalarles alguna medalla o una imagen pequeñita, pronto nos hicimos dueños de los corazoncitos de unos cincuenta.

A los tres días y en las horas más propicias reunimos un buen número y les dimos un poco de Catecismo. ¡Cuánto lo necesitaban! Pero esto no es todo. Los padres, viendo que nos preocupábamos de sus niños y los tratábamos con cariño, estaban fuera de sí por la alegría, y así nos ganamos su simpatía y la de muchos otros adultos. Entonces también a éstos les dimos algún sermoncito.

Seamos buenos, repetimos: echemos lejos el pecado y huyamos de él, y Dios nos concederá un viaje feliz. Algunos ya nos han prometido que van a venir a confesarse. Ha comenzado nuestra misión...»

7. El día 12 de diciembre, con inmensa alegría saludaban desde lejos las torres y las cúpulas de la alegre y moderna

ciudad de Montevideo, en donde tenían que desembarcar. Pero con gran sorpresa y dolor oyeron que les decían que el barco debía guardar una «cuarentena» de nueve días, junto a la isla de Flores, que distaba de la capital algunos kilómetros.

¿Por qué? Porque había hecho escala en Río de Janeiro, donde hacía estragos la fiebre amarilla, y algunos pasajeros del *Savoie*, entre ellos algunos de nuestros misioneros, habían desembarcado para visitar la ciudad. Durante la «cuarentena», que después redujeron a cinco días, tuvieron que sufrir no pocas penas; pero al desembarcar tuvieron el consuelo de encontrar a Don Lasagna, director del colegio de Villa Colón, más tarde Obispo titular de Trípoli, quien, por consejo de Monseñor Vera, hizo acompañar a las Hermanas al palacio episcopal, en donde las trataron con la más exquisita caridad.

8. Parece que Don Lasagna no había sido avisado con tiempo de la llegada de las Hermanas a América. Sea como fuese, la casa que debía recibirlas y en la que debían iniciar sus trabajos no estaba aún preparada, y por esta razón las acogieron las Hermanas de la Visitación en el convento de Santa María con una hospitalidad cordialísima; allí permanecieron dos meses, desde el 16 de diciembre de 1877 hasta el 19 de febrero de 1878. No sólo quedaron edificadas por las amables virtudes de aquellas óptimas religiosas, sino también aprendieron de ellas los usos y costumbres del país.

De esta manera, las Hijas de San Francisco de Sales ayudaban a las primeras misioneras de San Juan Bosco, que había puesto sus obras bajo la protección del Obispo de Ginebra.

El 19 de febrero la casa estaba a punto y nuestras misioneras se establecieron allí, comenzando rápidamente la vida regular de Mornese. La casa era pequeña, pobre, pero después de algunos días pudieron alojar allí a Jesús Sacramentado y sentirse, por esto, verdaderamente felices. Abrieron una escuela gratuita para las niñas pobres y el oratorio festivo.

9. El Señor las bendijo, el trabajo aumentó y el día 22 de marzo recibieron a la primera postulante americana, fruto del

oratorio festivo, Laura Rodríguez, hermana de un piadoso sacerdote; ésta vistió el hábito religioso el día 8 de septiembre del mismo año.

Estos son los humildes comienzos de las Hermanas de Don Bosco en tierra americana.

Ahora, en 1980, cuando han transcurrido ciento tres años, el Instituto tiene en América 18 inspeccionías, con 342 casas, llenas de juventud y florecientes en obras que irradian profusamente el bien.

Allí trabajan 4.064 Hijas de María Auxiliadora y 104 novicias en un variado apostolado de carácter social y asistencial, de acuerdo con las necesidades de los tiempos y las directrices de la Iglesia.

CAPÍTULO III

El nuevo director espiritual de Mornese y el celo de Santa María Mazzarello para formar buenas religiosas

(1877-1878)

1. El nuevo director.—2. Muerte de Víctor Manuel II (9 de enero) y de Pío IX (7 de febrero). Elección de León XIII.—3. Celo de la Santa para formar buenas religiosas.—4. Vigila los defectos de las Hermanas y las corrige con caridad y firmeza.—5. Delicadeza de conciencia, temor al Purgatorio.—6. Enemiga de las particularidades.—7. Cuidado de las enfermas.—8. Recomendaciones de hablar al Señor con confianza, de estar atentas a los pequeños defectos, de abrirse con el confesor, de no confesarse por rutina.—9. Quiere a las Hermanas ordenadas, pero sin sombra de vanidad.

1. Don Costamagna, apenas supo con certeza que debía de dejar Mornese, pensó al punto en quien pudiera sustituirlo en el delicado e importante oficio, y le pareció que el más indicado era Don Juan Bautista Lemoyne, director del famoso colegio salesiano de Lanzo Torinese. Habló de esto con Don Bosco. El Santo le escuchó y con mucho gusto dispuso que aquél fuese a Mornese.

Don Juan Bautista Lemoyne había vivido unos cuantos años al lado del Santo Fundador; había recibido de éste las confidencias más íntimas y se había empapado de su espíritu, que debía después dar a conocer en páginas inmortales. Este llegó a Mornese el 25 de septiembre. Se le esperaba con ansiedad.

«La vida de este incomparable salesiano —escribe Monseñor Costamagna— la conocían las Hermanas como la de Don

Bosco porque ya les habían contado sus hechos más importantes; por esto fue recibido como un padre cariñoso, como sabio director, como verdadero amigo de sus almas. ¡Es incalculable el bien que hizo Don Lemoyne a las Hijas de María Auxiladora durante los seis años que las dirigió...»

Comenzó su nueva, importante y delicada misión con exhortaciones y pláticas caracterizadas por el lema: ¡Amad a María! ¡Invocad a María! ¡Imitad a María!

La superiora tuvo en seguida no sólo un profundo respeto para con él, sino también una confianza filial y una pronta obediencia a sus órdenes, igual que a sus más simples deseos.

2. En este tiempo sucedieron dos grandes acontecimientos públicos: la noche del 5 al 6 de enero de 1878 el rey Víctor Manuel II enfermaba gravemente y pasaba a la eternidad el día 9. Casi un mes después, el día 7 de febrero, Pío IX, el Papa de la Inmaculada, el gran amigo de Don Bosco y excelso protector de sus obras, se dormía plácidamente en el Señor, a los ochenta y seis años de edad, después de treinta y uno de pontificado. Los salesianos consideraron esta pérdida como un luto de familia y lo mismo las Hijas de María Auxiliadora a las que había animado y bendecido.

«La Madre —declara la ecónoma general, Sor Angiolina Buzzetti— nos dio esta noticia con mucho sentimiento y dolor, nos hizo guardar luto y mandó rezar mucho» (1). Así se hicieron muchos sufragios en todas las casas de sus hijas. Igualmente la Madre quiso que se rezase para la elección del nuevo Papa (2).

En efecto, el día 20 de febrero se terminaba el luto, al elegir Sumo Pontífice al sapientísimo y celoso Cardenal Joaquín Pecci, que tomaba el nombre de León XIII. La Iglesia se regocijaba y hacían fiesta los hijos de Don Bosco, los cuales debían encontrar en el nuevo Vicario de Cristo a un grande y nuevo protector.

(1) Proc. Ord., p. 166.

(2) Proc. Ap., p. 156.

3. En medio de estos acontecimientos las casas filiales de las Hermanas obraban santamente, y si no siempre con la regularidad de Mornese, por causa de sus múltiples y variadas ocupaciones o por la estrechez de los locales u otros motivos, siempre, sin embargo, con el primitivo fervor de espíritu, de oración y trabajo, de piedad y mortificación, de pobreza y obediencia. Don Bosco estaba contento y bendecía a la divina Providencia.

Madre Mazzarello, aunque tuviese siempre un cierto temor de que sus hijas no observasen suficientemente el espíritu de la casa de Mornese —porque quien ama, teme—, sin embargo, daba gracias de todo corazón al buen Dios, que se servía de seres tan débiles para hacer el bien al prójimo.

La divina Providencia, de vez en cuando, mandaba nuevas postulantes, y la Santa duplicaba el celo con el fin de hacerlas aptas cuando tuvieran que sustituir a las que habían pasado a mejor vida, o para reforzar, a su tiempo, a las hijas afortunadas que ya trabajaban en las distintas casas.

4. Vigilaba los defectos de sus hijas y «si con ellas era madre tierna —escribe una—, a su tiempo mostraba una gran fortaleza al reprender los abusos y al corregir los defectos. Pero en sus correcciones no había nada de violento, de impaciencia y de rencor. Las faltas, que no eran públicas, las corregía privadamente».

Sin embargo, escribe otra: «A las que, como yo, estaba dominada por el amor propio, nos reprendía en público para ayudarnos a hacer morir, en lo posible, a este enemigo del alma».

Y el Cardenal Cagliero: «Si bien era cariñosísima con sus hijas, sabía a su tiempo y lugar ser firme y resuelta en querer la enmienda de sus defectos; y no dejaba de corregirlas cuando las veía reacias a sus exhortaciones».

Y Don Cerruti: «En donde se trataba conservar el espíritu según las ideas del Fundador y exigir la observancia de la Regla; sabía ser fuerte y prudente sin dejarse intimidar por respetos humanos» (3).

(3) Proc. Ord., p. 316.

Un día, a una religiosa que le costaba muchísimo dejarse dominar, le dijo: «¿No sabes que Santa Teresa dice que es preferible que todo el convento se derrumbe a que en casa haya una persona soberbia?» Y aquella hermana lo comprendió.

Una testigo declara: «Como lo que quería, lo quería con firmeza, a nosotras nos daba un poco de fastidio cuando nos corregía, pero después comprendíamos que tenía razón: terminaba siempre la corrección con una buena palabra para dejarnos serenas» (4).

Sor Morano, que murió siendo inspectora de las casas de Sicilia en olor de santidad, el 26 de marzo de 1908, afirma: «Se mostraba especialmente enemiga del amor propio no combatido, de la poca sinceridad y de la falta de mortificación; y en sus recreos familiares y en sus conferencias nos inculcaba con mucha frecuencia que hiciéramos la guerra a estos defectos. Decía: “Combatámoslos siempre y procuremos que en nuestras confesiones no necesitemos acusarnos siempre de las mismas faltas...”»

Y Madre Angiolina Buzzetti declaró: «El semblante, cuando corregía, era más bien duro, pero de repente se tornaba dulce, de manera que la hermana amonestada no perdía la paz» (5). Por esto, otra declaró: «Mostró mucha prudencia al reprender los defectos de los otros» (6).

5. «En efecto —escribe una religiosa—, era de conciencia tan delicada que la más pequeña infracción de la Regla la espantaba y se la oía decir muchas veces: “Tengo tanto temor al Purgatorio, porque nos mantiene lejos de Dios y del cielo. Estemos atentas y no cometamos ninguna falta para evitar aquellas penas...”»

A veces se dirigía a cualquier hermana, a la primera que encontraba, aunque fuera novicia o postulante, y le decía: «He hecho así y así; ¿habré obrado mal? Lo pregunto porque no

(4) Proc. Ord., p. 219.

(5) Proc. Ord., p. 316.

(6) Proc. Ord., p. 135.

quiero de ningún modo ir al Purgatorio, y, si hubiere faltado, estaría dispuesta a cualquier reparación».

6. Era enemiga de las excepciones para ella, que por otra parte permitía y mandaba hacer las que otras necesitaban. «No se permitía la menor particularidad —escribe una hermana—; en una ocasión (1878), siendo el alimento de la comunidad únicamente verdura, a ella le llevé también un poco de carne; pero ella no la quiso tomar, porque no había para todas.

»En otra ocasión le había llevado una manzana, y ella, para no devolverla, la cogió, la dividió en seis partes y la repartió entre las hermanas que estaban a su lado, pero no la probó. Había dado orden a la enfermera de dar medio vasito de vino puro a las hermanas algo débiles, y la enfermera, habiendo observado que la Madre estaba peor que las otras, se lo llevó a ella también; pero no quiso aceptarlo. Decía que no lo necesitaba.»

Sor Josefina Pacotto declaró: «Prefirió siempre las cosas más pobres, y jamás hizo distinciones; y una vez que el médico le recetó algo fuera de lo corriente, aunque tenía el permiso de Don Bosco, no lo tomó, si bien dijo que si se lo hubieran recetado a alguna de sus subordinadas la habría obligado a tomarlo» (7).

7. Era siempre muy atenta con las enfermas, y Sor Camisassa afirmó: «En el año 1878, encontrándome en Biella, me puse enferma de gravedad, casi de muerte, y me mandaron a Mornese para reponerme. Aquí, a pesar de que la casa era pobre y las hermanas se contentaban con sólo lo necesario, más bien escaso, a mí se me trataba con abundancia por orden de la Madre Mazzarello, quien, porque la dije que aquella esplendidez me causaba fuertes dolores de estómago, me preguntó si había devuelto el alimento; y, al contestarla que no, dijo: “Entonces, sigue con ello...” y desde aquel día comencé a recobrar la salud con una rapidez asombrosa» (8).

(7) Proc. Ord., p. 355.

(8) Proc. Ord., p. 259.

8. En las conferencias decía: «Cuando tengáis alguna pena, contádsela al Señor: hablarle como lo haríais a vuestra madre; hablarle además también en vuestro dialecto, con toda sencillez y confianza, que El os puede ayudar».

Decía también: «Estad muy atentas a las cosas pequeñas, a los pequeños defectos; no hagáis nunca la paz con ellos, y pidamos al Señor el remordimiento del corazón, o sea que nos haga sentir un vivo remordimiento en nuestras pequeñas caídas». Y además: «¿Habéis cometido alguna falta? No perdáis el tiempo en dejar correr a la imaginación sobre ésta; no os desaniméis. Arrepentíos, decírsela al confesor, y no penséis en ella más».

Solía decir que el contarle todo al confesor y a los superiores, el comulgar con frecuencia y tener una tierna devoción a la Virgen eran medios seguros para estar siempre preparados para la muerte. Como oyó decir a unas hermanas, que se habían confesado, que estaban contentas, y a otras que no lo estaban, les dijo: «Yo querría, en cambio, que pidiéramos siempre a Dios la gracia de hacernos sentir un gran remordimiento por nuestras culpas. Así estaría segura de arrepentirme, de confesarme bien y de hacer un poco de penitencia en este mundo... Estas deben de ser nuestras satisfacciones».

Recomendaba después no confesarse por hábito, acusarse con toda sencillez, sin rebuscamiento en las palabras, teniendo sólo de mira el humillarse delante del ministro de Dios y de llevar a la confesión el dolor y el odio al pecado, y buscar la enmienda de sí mismas (9).

Y recomendaba también con frecuencia que no hablaran nunca entre ellas del confesor ni de lo que habían tratado en la confesión.

9. Vigilaba para que las Hermanas fueran ordenadas y para que ninguna cayese en la vanidad, y si le parecía que alguna caía en ella, no dejaba de corregirla. Por esto, Sor Clara Preda, hablando de la guerra sin tregua que la Madre hacía a

(9) Proc. Ap., p. 208.

la vanidad de las jóvenes, dice: «Un día (era ya hermana) me limpié muy bien los zapatos y les saqué mucho brillo para ir a Misa, y ella, antes de entrar en la iglesia, me paró en el corredor y me dijo: “¿Por qué has sacado tanto brillo a los zapatos? Para una religiosa le basta con tenerlos limpios...” Diciendo esto, con sus zapatos me ensució los míos, y después me dijo: “Ahora, vete a Misa...” Finalmente, añadió: “En la ambición el demonio comienza por poco...”» (10).

(10) Proc. Ord., p. 317.

CAPÍTULO IV

Fundación de varias casas

(1877-1878)

1. La pena de Don Bosco y de la Madre Generala.—2. El convento de la Virgen de las Gracias en Nizza Monferrato.—3. Fundación de la casa de Chieri (23 de junio de 1878).—4. Ejercicios espirituales en Mornés y deliberaciones de dos reuniones de las superiores y directoras.—5. Dos recomendaciones de Don Bosco y renovación de los votos. Frases en las paredes sugeridas por el Santo.—6. Apertura de la casa de Nizza Monferrato (16 de septiembre de 1880).—7. La Navarre (2 de octubre de 1878). Saint Cyr (4 de abril de 1880).—8. Una predicción de la Madre cumplida.—9. Apertura de la casa de Quargnento (21 de noviembre de 1878).

1. Don Bosco estaba cada vez más contento de su segunda familia religiosa y del sabio gobierno de Madre Mazzarello; pero una gran pena afligía el corazón paterno del santo Fundador y el de la piadosa Madre General. El clima de Mornese era muy duro. Varias postulantes habían tenido que volverse con su familia; varias Hermanas de constitución débil habían muerto, y alguna también de constitución fuerte, como Sor Grosso; otras llevaban meses en cama.

La Madre hacía todo para ayudarlas y sufría cuando la pobreza del Instituto no le permitía hacer más; sufría cuando se veía obligada a dejar que alguna se volviera con su familia, a causa de su falta de salud; y sufría también cuando alguna caía víctima de la enfermedad.

Su fe viva le hacía ver en todo la voluntad de Dios, y sabía conservar la serenidad y la resignación, pero esto no le quitaba el dolor profundo por la marcha o la pérdida de personas que eran queridísimas a su corazón materno.

Había hablado de ello con Don Bosco, quien, como verdadero padre, se había tomado la cosa con mucho interés y pensaba encontrar un lugar con un clima más suave y próximo a la estación del ferrocarril, para que no les costase tanto el transporte de los comestibles, del vestuario, de los enseres y de cuanto se necesitaba para la casa o para las clases.

Además, la afluencia de alumnas y de postulantes aumentaba; la capilla resultaba realmente demasiado pequeña; los dormitorios y las clases eran insuficientes, por lo que deseaba que la nueva casa fuera mayor o en sitio en donde se pudiera agrandar sin que costase mucho el transportar los materiales.

Quería que fuese en un lugar céntrico, para que se pudieran tener con facilidad trabajos de encargo, y así tanto las alumnas, que tenían que regresar después a sus familias, cuanto las Hermanas, que serían destinadas a otras casas, se habilitaran en los diversos trabajos femeninos que pudieran. No hay que olvidar tampoco la distancia tan grande de Turín, que entre la ida y la vuelta se pasaban tres días.

2. En 1877, en Nizza Monferrato (Asti), se puso en venta el convento de la Virgen de las Gracias, requisado en 1885 a los RR. PP. Capuchinos por el Patrimonio del Estado y vendido al Municipio, que, a su vez, lo había vendido a una sociedad enológica, que, con horrible profanación, había convertido el convento y la iglesia en un público almacén de vinos.

Don Bosco pensó librarle de aquella profanación y, obteniendo el permiso de la Santa Sede (14 de septiembre de 1877), lo compró. Mandó hacer inmediatamente las necesarias reparaciones y adaptaciones para que las Hijas de María Auxiliadora pudiesen abrir una casa para la educación de las muchachas, y publicó un programa a propósito.

3. Mientras estaban en pleno apogeo los trabajos en la casa de Nizza, el Santo pensó en abrir una nueva casa para las Hermanas en Chieri.

Un piadoso señor de aquella antigua y alegre ciudad, el señor Carlos Bertinetti, y su digna esposa, Octavia Debernardi,

no teniendo hijos, dejaron en herencia una hermosa casa a Don Bosco, con el fin de que se sirviese de ella para la mayor gloria de Dios y el bien de las almas.

El Santo tuvo la idea de enviar allí a las Hijas de María Auxiliadora para que abrieran en seguida el oratorio festivo, en el que recogieran a las muchachas de la ciudad, alejándolas así de los peligros e instruirlas en la Religión.

La Madre, aunque siempre celosa del bien de las almas y de seguir en todo a Don Bosco, con respecto a esta ciudad estaba algo indecisa, porque pensaba que allí se necesitaban Hermanas instruidas: por fin, nos dice Madre Petronila, decidió mandar como directora a su hermana Sor Felicita y, entre las Hermanas que destinó a aquélla, mandó a una que tenía mayor cultura y era muy fina y educada, a fin de que las ayudase.

Las Hermanas salieron de Mornese el 23 de junio (1978) y el día 28, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, inauguraron en Chieri el oratorio, que dedicaron a Santa Teresa.

Bien pronto, por la obra de las cooperadoras salesianas, las Hermanas se vieron rodeadas de unas 250 jovencitas, que aumentaron hasta 700. Pudieron además abrir una escuela y después un internado (1).

El demonio suscitó contra la nueva fundación furiosas persecuciones, pero se vencieron especialmente gracias al celo y la fortaleza de su primer director, don Juan Bonetti, quien, en el año 1886, fue elegido por Don Bosco director general de las Hijas de María Auxiliadora, en sustitución de Don Cagliero, elegido Obispo titular de Magida y Vicario Apostólico de la Patagonia central.

(1) Parece que la casa Bertinetti antiguamente perteneció al cercano palacio de la vieja familia Tana, de la que descendía Doña Marta, Marquesa de Castiglione y madre de San Luis Gonzaga, que vivió allí también. En el palacio, ahora habitado por los agustinos, se venera todavía la habitación en la que San Luis se azotó tan cruelmente que salpicó de sangre hasta las paredes. Se cuenta de la casa Bertinetti que el Santo Cottolengo un día, encontrándose en Chieri, dijo: «Esta casa un día estará habitada por monjas». Las Hijas de María Auxiliadora, cuando más tarde supieron esto, se alegraron mucho; pero a ellas, sobre todo, les debe ser querida esta mansión, porque nuestro común Fundador y Padre se examinó allí para vestir la sotana, el día 25 de octubre de 1835.

4. En agosto, del 13 al 20, hicieron en Mornese los Ejercicios Espirituales y, durante los mismos, se tuvieron algunas reuniones de superiores y directoras, presididas por Don Cagliero; aquí referimos las deliberaciones tomadas que nos pueden valer también para nuestros días.

Esto es lo que acordaron en la primera reunión:

1.º La limpieza y la gracia de Dios son dos cosas que es necesario procurar que vayan juntas. El exterior debe estar de acuerdo con el interior. Las habitaciones, los corredores, comedores, cocinas y clases deben, con su limpieza, hacer atractiva la pobreza religiosa. Mientras en el interior de la casa debe haber lo estrictamente necesario, el recibidor para la gente de fuera estará arreglado de modo que esté de acuerdo con las conveniencias sociales.

2.º Ya que la conservación de la salud del cuerpo de las Hermanas debe ser uno de los principales deberes de las superiores, se procure que en las habitaciones no haya corrientes, especialmente en invierno, y con vidrieras o gruesas cortinas se evite un inconveniente que podría ser fatal para muchas.

3.º Cuídese de que en la enfermería haya todo lo necesario. Del modo como se trata a las enfermas se deduce el espíritu que reina en la casa. *Infirmus eram et visitastis me.*

4.º El recreo sea movido y alegre: correr y saltar en esos momentos ayuda muchísimo a la salud, aleja la tristeza y hace amable el exacto cumplimiento de los propios deberes. Con este fin se fije la hora de los paseos frecuentes, cuando no existan obstáculos que merezcan tenerse en cuenta.

En la segunda reunión acordaron lo siguiente:

1.º Santificarse y hacerse útil al Instituto dando gloria a Dios; son los dos fines inseparables de nuestra Congregación. Una que entrase con el solo pensamiento de salvar su alma no es apta para cumplir los deberes propios de las Hijas de María Auxiliadora.

2.º Por esto, la Superiora General hará que estudien las más que puedan; cuidará que las otras se especialicen en la costura, repujado, bordado, dibujo, de manera que puedan ser

competentes en sus respectivos trabajos. Los trabajos de casa podrán dar ocupación a las que, no teniendo aptitudes para lo anteriormente dicho, tengan, por otra parte, salud y fuerza. Pero todas las Hijas de María Auxiliadora deben estar dispuestas, sin ninguna excepción, a hacer lo que la Madre Superiora tenga a bien mandar. Cada una recuerde que la verdadera humildad no consiste en hacer los oficios más bajos, sino en cumplir lo que la obediencia les mande y estar dispuestas a la renuncia de esto también cuando se les diera una nueva orden.

3.º No se olvide el estudio de la música y del canto: éste es una necesidad para quienes tienen la intención de abrir colegios que eduquen. Elijase a las Hermanas que ofrecen esperanza de éxito. Procúrese que tengan tiempo para conseguir hacerse aptas para este deber.

4.º Haya una pequeña biblioteca, destinada a las Hermanas que van a dar clase, con los libros que necesitan para cumplir con su deber.

5.º Búsqense encargos de la gente para las que están encargadas de los talleres.

En la tercera reunión se trató de las condiciones de las postulantes para ser aceptadas y para ser admitidas al noviciado. En la cuarta, de los sufragios por las Hermanas difuntas, de la salida o despedida de alguna religiosa, de las fiestas que suelen hacerse con ocasión del onomástico de la superiora y de los directores. Y en la quinta y última, del personal que se debía destinar a dos nuevas casas, de la correspondencia y de la pensión de las internas; cosas todas, para nosotras, de poca importancia y por eso no las referimos.

5. Don Bosco asistió también en Mornese a estos Ejercicios Espirituales para dar a todas la oportunidad de hablarle y para hacerlas oír su palabra paterna y llena de luz.

Una Hermana que estaba presente nos escribió que el Santo, el 21 de dicho mes, les dio el siguiente recuerdo: «Economía siempre y en todo penitencia. No falte nunca lo necesario para conservar la salud, pero evítese lo superfluo siempre, incluso en caso de enfermedad».

En el llamado «Sermón de los recuerdos» habló de la obediencia y, además, de la conocidísima comparación con el pañuelo, que se deja doblar de todas las maneras hasta ser un juguete; trajo la del saco con sus costuras, si éstas se descosen, el saco deja escapar todo lo que contiene: igual la religiosa, si no conserva la virtud de la obediencia, pierde todas las virtudes y deja de ser religiosa de verdad.

Don Cagliero después, naturalmente en nombre del Santo, propuso que el último día, delante del Santísimo Sacramento expuesto, todas las Hermanas renovaran los Votos religiosos; una de ellas leyó la fórmula en alta voz y todas las demás la acompañaron, con la atención de la mente y el amor del corazón.

La Madre recibió con gozo la proposición y ahora se renuevan los santos Votos en todas las clausuras de los Ejercicios Espirituales; también ahora es costumbre en el Instituto renovarlos todos los meses delante de Jesús Sacramentado, durante la bendición eucarística, el día del Ejercicio de la Buena Muerte.

Apenas salidas de la iglesia, Don Bosco dijo a la Madre, que se le había acercado humildemente: «Me agradaría que en este pórtico hubiera dos carteles en los que pusiera: *La mortificación es el A B C de la perfección y Cada minuto de tiempo vale un tesoro*».

Aún no se había ido Don Bosco y ya los dos carteles estaban en el lugar señalado, para que las Hermanas los leyeran y para dar nuevos frutos de santidad.

6. Durante su estancia en Mornese, Don Bosco mandó que en septiembre algunas Hermanas fueran a Nizza Monferrato, abrieran el oratorio festivo para las chicas y preparasen la casa a las Hermanas y a las internas que el Señor les iba a mandar.

Las buenas religiosas llegaron allí el 16 de septiembre (1878) y el clero y las piadosas bienhechoras las acogieron con mucha amabilidad.

Entre tanto se hicieron las debidas diligencias, que fueron largas, desagradables y difíciles, para conseguir el permiso

para abrir el internado. Finalmente, tras varias negaciones, el permiso llegó y se aceptaron en seguida a 25 alumnas.

Algunas habitaciones se habían dispuesto de manera que sirviesen provisionalmente de capilla; pero el 28 de octubre se inauguró con toda solemnidad la antigua, reparada para el culto, con una gran afluencia de clero y de gente, y con la selecta música de la *Schola cantorum* del Oratorio de Turín, expresamente enviada por Don Bosco. La Madre también estuvo allí, por deseo de Don Bosco, y así pudo ver con sus propios ojos lo que se había hecho y lo que necesitaba hacerse, para que la casa respondiera a las necesidades por las que se había abierto.

Las Hermanas desplegaron con rapidez su actividad y pronto el oratorio femenino se vio frecuentado por más de doscientas muchachas. Las internas de Mornese fueron trasladadas también a Nizza, y Don Bosco envió, como director de la nueva comunidad, a Don Chicco Stefano, óptimo salesiano que murió más tarde siendo director de una casa salesiana de Cremona, dejando un grato recuerdo por sus virtudes.

7. En este intervalo, el Santo recibió la invitación de ocuparse de una obra eminentemente caritativa, que estaba en peligro de venirse abajo.

Un santo sacerdote de la diócesis de Fréjus, el Abate Jacobo Vincent, se había propuesto recoger a los huérfanos de ambos sexos y, a ser posible, que fueran hermanos y hermanas completamente abandonados, a causa del cólera que había originado una gran mortandad en Toulon y sus alrededores. Por esto había abierto dos orfanatos, uno cerca de Toulon, en La Navarre, junto a La Crau, con una finca de 350 hectáreas de terreno, de los que 300 eran colinas de 280 metros de altura, con árboles, y las 50 restantes estaban cultivadas; el otro, una finca aún más grande, en Saint Cyr, en la Provenza, en la raya de Tolone a Marsiglia.

Había confiado la dirección de éstos a jóvenes piadosos, a los que les había dado la Regla de la Orden Tercera de San Francisco de Asís y se proponían capacitar tanto a los huérfa-

nos como a las huérfanas para los trabajos de casa y de los campos.

Esta caritativa institución dio buenos resultados, pero al pasar los años empezaron a faltar las vocaciones y el Abate Vincent, considerado como un santo y llamado el padre de los huérfanos, ya viejo, veía con intenso dolor que la obra que le había costado tantos trabajos y sacrificios estaba en peligro.

Se dirigió a varios superiores de Ordenes religiosas para conseguir personas capacitadas, pero fue en vano.

Entonces entregó el orfanato de La Navarre al Abate Marcelino Costant, que, juntamente con su sobrino, el Abate Dufaut, y otros sacerdotes, trató de restaurar la Orden de los Trinitarios, pero el generoso propósito no se consiguió.

Mientras tanto, Monseñor Fernando Terrisi, Obispo de Fréjus y de Toulon, pidió con insistencia a Don Bosco —que era ya tenido en Francia por santo— que se ocupara de aquellos dos orfanatos. El Santo dijo que aceptaría más tarde, porque en ese momento no tenía personal disponible. Durante el intervalo, el tifus se desarrolló en el orfanato: todos los niños fueron atacados por él y muchos murieron. Se metió por medio la autoridad civil y Don Bosco, cediendo a las súplicas del Obispo de Fréjus, dijo a Madre Mazzarello que marchara a Saint Cyr a ver cómo estaban las cosas: él había escrito al director de la casa de Nizza Marittima, Don Ronchail, para que se encontrara allí él también.

La Madre fue con Madre Emilia Mosca, en junio (1978), y vio que los dos orfanatos tenían alrededor de la casa una gran extensión de terreno con ovejas, cabras y animales de tiro (caballerías), pero las casas estaban en un estado horrible. Las paredes tenían grandes grietas, por las que el viento entraba libremente; el techo se estaba cayendo y dejaba penetrar el agua de la lluvia; trozos de cascotes se desprendían ahora por una parte, luego por otra. Los insectos llenaban todos los rincones, especialmente en La Navarre, y los pobres huérfanos estaban tan rotos y sucios que daban lástima.

Se decidió que Don Ronchail se quedaría, al menos por algún tiempo, para las reparaciones más urgentes en los

edificios y que las Hijas de María Auxiliadora se cuidarían del orfanato de La Navarre cuanto antes y, más tarde, del de Saint Cyr.

Efectivamente, dos Hijas de María Auxiliadora se quedaron en La Navarre el 2 de octubre del mismo año, y para no volver más sobre esta fundación, hablemos también de la toma de posesión de la casa de Saint Cyr.

En marzo de 1879 la Madre volvió a ir a La Navarre y de allí a Saint Cyr, a ver si la casa estaba habitable. También fue allí el Santo Fundador y ordenó que se comenzasen las obras, que duraron casi un año, bajo la dirección de Don Chivarello, salesiano. Las Hijas de María Auxiliadora se encargaron después de la dirección, el 4 de abril de 1880.

El Abate Vincent, para no separar a los hermanitos de las hermanitas, tenía juntos a los niños y a las niñas tanto en Saint Cyr como en La Navarre; pero Don Bosco y Madre Mazzarello no vieron bien esta mezcla, y el Santo decidió que los niños se juntasen todos en La Navarre y las niñas en Saint Cyr, y dijo que esta casa sería un vivero de vocaciones para las Hijas de María Auxiliadora, mientras que de la de La Navarre podrían salir buenos agricultores.

Pero el Abate Vincent y sus piadosos jóvenes, que estaban al frente de las huérfanas, vivían aún en la casa de Saint Cyr y no pensaban abandonarla. ¿A quién de las Hijas de María Auxiliadora se mandaría que tuviera tanta paciencia y prudencia que evitase choques dolorosos? La Madre destinó allí, como directora, a Sor Catalina Daghero, que en aquel momento dirigía la casa de Turín, y a otras dos Hermanas.

8. Abramos aquí un breve paréntesis, contando lo que nos escribía, desde Sassi, Sor Teresa Laurentoni, el 14 de julio de 1911: «Yo estaba en la casa de Turín y cuando supe que a nuestra querida directora la destinaban a otra casa, me fui a ver a Madre Mazzarello y le expuse mis dificultades y las de las niñas del oratorio para que no la cambiase de allí.

»La Madre me escuchó amablemente, me animó y me dijo que tenía, efectivamente, motivos para sufrir el perder una

directora de tanto valer, pero que me consolase, ya que más tarde la tendría de nuevo no como directora, sino..., y aquí me recordó que Dios la había escogido para cosas más importantes; y puedo decir que desde ese momento me di cuenta de verdad de que Sor Catalina Daghero llegaría a ser nuestra Superiora General. Cuando después, en 1881, se la eligió vicaria del Instituto, me dijo: "No comprendo cómo la han elegido vicaria, si hace un año la Madre en Turín me dijo a mí otra cosa. Lo que no comprendí entonces, lo entendí después, cuando Sor Daghero fue nuestra Madre General".

»Recuerdo igualmente que Madre Mazzarello me contó que, cuando Sor Catalina Daghero estaba aún en Mornese, ella había visto en sueños al demonio con cuernos y unas largas uñas, el vestido o la piel a cuadritos negros y rojos, furioso contra esta Hermana y como si quisiera lanzarse contra ella y despedazarla, y de esto deducía que Sor Daghero estaba destinada por Dios a hacer un gran bien».

Volvamos a la dirección de Sor Daghero en Saint Cyr. Su gobierno no duró mucho, porque a los seis meses, como veremos, se la elegía Vicaria General de la Congregación; pero fue tan sabia que algunas de las Terciarias pidieron vestir el hábito de las Hijas de María Auxiliadora; otras se fueron a otros Institutos y todas alabaron lo bien que las habían tratado.

9. Entre tanto, el día 21 de noviembre (1878) se abrió en Quargnento (Alessandria) un jardín de infancia y un taller para alumnas externas. Dios seguía bendiciendo cada vez más al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

CAPÍTULO V

Segunda expedición de misioneras. El espíritu de Mornese en América

(1878-1879)

1. La segunda expedición de misioneras (30 de diciembre 1878).—2. Predicción que se cumple con respecto a una misionera.—3. La función de la partida en Mornese. La bendición de Don Bosco en Sampierdarena. El abrazo de la Madre y el desvanecimiento de una misionera.—4. Carta de la Madre a la directora de Villa Colón.—5. Otra a una Hermana.—6. Llegada de las misioneras a Montevideo y a Buenos Aires. Se fundan las casas de Almagro (26 de enero 1879) y de Las Piedras (13 de abril 1879).—7. En América se hace igual que en Mornese.

1. Le llegan a Don Bosco de América continuas peticiones de salesianos y de Hijas de María Auxiliadora; por esto, el Santo piensa en mandar una nueva expedición de sus hijos y comunica a Mornese que, a su debido tiempo, avisará a las Hermanas que tendrán que ir, para ayudar a las Hermanas que se fueron el año anterior, o a los salesianos.

La Madre estaba siempre dispuesta a secundar con todo el ardor de su alma los deseos del Santo Fundador, y también esta vez preparó a las nuevas misioneras. Fueron diez.

Pero antes de dejarlas marchar qué de recomendaciones para que conservasen el espíritu de pobreza, de piedad y de mortificación; para que animaran a las Hermanas que habían ido antes; que les recordaran su afecto materno y los avisos que les había dado de que se hicieran santas. Qué solícita insistencia en que le mandaran pronto noticias y la tuviesen al tanto sobre el espíritu de la casa, el bien que se hacía, las dificultades

con que se encontraban, los peligros a que se veían expuestas, las necesidades que tenían...; en suma, de todo, de todo absolutamente y con detalle.

De una manera particular se entretenía con Sor Magdalena Martini, de quien conocía su sólida virtud y su buen criterio e iba al frente de la expedición de las misioneras, y debía tener en América cuidado de todas, con el cargo de visitadora o inspectora.

Dijo además a las Hermanas varias veces: «Os recomiendo que la cuidéis mucho, porque no está bien de salud; la mando para que os dirija, y a vosotras, para que trabajéis».

2. Entre las diez misioneras estaba Sor Emilia Borgna, que en el Proceso Informativo declaró: «Cuando iba a marchar a América, la inspectora me recibió de mala gana porque yo tenía poca salud. La Madre le dijo: “Acéptala igualmente, porque verás cómo trabajará mucho más de lo que parece y hará mucho bien...” En efecto, hace ya treinta y cuatro años que estoy allá, siempre he trabajado y nunca he estado enferma» (1).

La misma nos decía: «Cuando llegamos a Montevideo, el capitán del barco, señalándome con el dedo, dijo con cierta satisfacción: “A ésta pensábamos que la tiraríamos al mar antes de llegar, pero, en vez de eso, ¡ved cuánto se ha mejorado!...” Y era verdad».

3. La función de despedida la describe así el *Boletín Salesiano* (año III, núm. 2):

«El día 29 de diciembre (1878), en la casa de Mornese, después de cantar las Vísperas acompañadas de música, el director de las Hermanas subió al altar y les dio una breve y emocionante plática, anunciando que había llegado el momento en el que las diez afortunadas encaminaran sus pasos al Nuevo Mundo: “Id —les dijo— que ya los Angeles de América os esperan y os preparan el cuidado de muchas almas que

(1) Proc. Ord., p. 417.

tienen bajo su custodia, y habréis de cooperar con ellos para salvarlas y hacerlas eternamente felices”.

Comparando en seguida a las diez hermanas con las diez vírgenes del Evangelio que salieron al encuentro del Esposo celestial, el orador añadió: “¡Que no haya entre vosotros vírgenes necias, sino que todas seáis prudentes! Seréis así si mantenéis siempre el aceite en vuestras lámparas: aceite de piedad para con Dios, dejando por su amor todo lo que amáis en esta tierra. Aceite de caridad hacia el prójimo, sacrificando vuestra vida para instruirlo, para edificarlo, para salvarlo.

”Animo, pues: id a reuniros con las Hermanas que os han precedido en aquellos países y, bajo la bandera de aquella Virgen Auxiliadora, de la que sois Hijas, obedeced, trabajad. Quizá no tarde en resonar en vuestros oídos la gran voz del Esposo que se acerca: *Ecce Sponsus venit, exite obviam ei*, y entonces, sin preocupaciones y sin penas, iréis a su encuentro y al punto entraréis a celebrar con El las bodas eternas”.

»Estas y otras palabras produjeron gran contento en unas y emoción tan grande en otras que, dando rienda suelta a sus sollozos y a las lágrimas, turbaron por un momento la serenidad de todas. Se cantó a continuación el *Ave Maris Stella* y el *Tantum ergo*, y se dio la bendición con el Santísimo Sacramento.

»Una vez terminada esta función, el sacerdote leyó las oraciones de los peregrinos, invocando sobre el piadoso y fervoroso grupo la protección de Dios en el largo y peligroso viaje que iban a emprender; después se salió de la iglesia.

»Como ya era tarde, la partida de Mornese se aplazó hasta el día siguiente. Lo que quedaba de la tarde se empleó para desahogar los afectos de las Hermanas que partían y de las que se quedaban; se intercambiaron recuerdos, se hicieron promesas de eterna fraternidad, de pedir las unas por las otras y se prometieron encontrarse un día todas juntas en la Patria feliz, en donde bendecirían eternamente las penas y los dolores.

»En la mañana del 30, las diez americanas dijeron adiós para siempre a la amada casa y por un camino muy penoso, a causa de la nieve caída, se dirigieron a Gavi; desde allí a la estación

de Serravalle; en un tren directo llegaron felizmente a Sampierdarena, en donde se alojaron. La partida definitiva desde el puerto de Génova estaba fijada para la noche del día 1 de enero; fue preciso embarcarse por la mañana a bordo del *Sud-America*, que les debía de trasladar a América.

»Don Bosco, con tres misioneros que también se iban, se encontró también en nuestro Hospicio. Cuando llegó la hora de la separación, no pudiendo acompañar hasta la nave al amado grupo, le dio la bendición en casa por última vez. En este acto, el amoroso Padre se conmovió muchísimo, y fue tanto el esfuerzo que tuvo que hacer para contener las lágrimas que se le escapó después decir que, de ahora en adelante, daría esta bendición quince días antes, para no tener que sufrir tanto.

»Los tres misioneros y las Hermanas subieron al barco en compañía de varios Hermanos del Colegio. Mientras tanto, entre visitar el barco, hacerse amigos del capitán y dirigirle algunas palabras, llegó el momento de separarse.

»Al decir la palabra final: *Por lo tanto, adiós*, sucedió una escena conmovedora. Fue un instante muy doloroso para aquellos ánimos generosos. Contra su voluntad fue preciso dar un desahogo al cúmulo de afectos y llorar copiosamente. Esto no fue debilidad ni señal de arrepentimiento por la resolución tomada, sino una prueba de la sensibilidad del corazón.

»La religión bendice también el llanto. El mismo Jesús lloró ante la tumba de un amigo, *et lacrymatus est Jesus*. El, además, proclamó: "Dichosos los que lloran, porque serán consolados".

»Por la tarde, a las 16,30, un cañonazo daba la señal de que el buque comenzaba a moverse y salía del puerto. Desde el muelle, algunos del Hospicio agitaban los pañuelos, saludaban a las Hermanas y a los misioneros que, desde la nave, hacían otro tanto, respondiendo al saludo, mientras sobre las tranquilas olas se alejaba rápidamente».

La Madre había subido a la nave con las misioneras y allí su abrazo materno, antes de bajar a la barquichuela que la conduciría a tierra, había sido muy emocionante; una

de las misioneras, Sor Emilia Borgna, se desmayó en sus brazos.

4. La Madre se había hecho la fuerte, había infundido ánimo a sus amadísimas hijas y les había entregado una carta para la directora de la casa de Villa Colón, Sor Angela Vallese, carta que hemos podido encontrar y queremos poner para que, en su sencillez, muestre cada vez mejor el amor santo de la Madre hacia las hijas lejanas y el vivo deseo de su bien espiritual... La carta no tiene fecha, pero, por el contenido de la misma y por otros detalles, hemos podido fácilmente saber que la carta fue escrita en diciembre de este año (1878). Hela aquí:

¡Viva Jesús y María!

Mi siempre querida Sor Angelina:

Hace ya un año que no nos vemos, ¿verdad? ¡Cómo pasa el tiempo! Debemos aprovecharlo adquiriendo muchos méritos para estar preparadas cuando el Señor nos llame. Me alegro de que esas Hermanas sean buenas y trabajen; está en nosotras ayudarlas a crecer en la virtud, primero con el ejemplo, porque las cosas que se enseñan con el ejemplo quedan más impresas en el corazón y hacen mucho más bien, y luego con las palabras. Anímalas a que sean humildes, obedientes y amantes del trabajo; a obrar con recta intención, a ser sencillas y sinceras siempre y con todos. Que estén siempre alegres; corrígelas con caridad, pero no transijas con ningún defecto. Un defecto corregido a tiempo no es nada, pero si se le deja que eche raíces se necesita trabajo para desarraigarlo.

Ahora tendréis a Sor Magdalena como Provincial; dadle relación de lo que hacéis y de las Hermanas. Aconsejaos con ella de palabra y por escrito; también yo espero vuestras noticias, escribidme siempre. Rogad por mí, entrad a menudo en el Corazón de Jesús, que yo también entraré y allí podremos encontrarnos y decirnos muchas cosas.

Le da noticias de sus padres y de su hermana salesiana, y le recomienda que rece por ésta y por aquéllos; luego le da

también la noticia de la muerte de una conocida, diciéndole que rece por su eterno descanso, y después:

...pide mucho por ella y por todas.

Está alegre: no tengas miedo de tus defectos y de no poderlos corregir todos de una vez, sino que, poco a poco, con buena voluntad de combatirlos, sin hacer nunca las paces con ellos cuando el Señor te los dé a conocer, haz lo posible por enmendarte y verás cómo los vencerás todos. Animo, pues, ten gran confianza en Dios y desprecio de ti misma y verás cómo todo irá bien. Da mis saludos a vuestro buen Director; dile que, aunque le conozco poco, le agradezco todo el bien que os hace y pido al Señor que se lo recompense en gracias y bendiciones. Encomiéndame a sus fervorosas oraciones.

Os dejo en el Corazón de Jesús y le pido que os bendiga y os haga todas suyas y os conserve siempre unidas y alegres.

Rezad mucho por mí, que no os olvido nunca en mis pobres oraciones, y creedme en el Corazón de Jesús Niño vuestra afectísima Madre,

la pobre Sor MARÍA MAZZARELLO.

Las noticias de esta casa os las darán las Hermanas y pedidle que os cuenten muchas cosas. Procurad que estén todas contentas, animadlas mucho. ¡Viva Jesús Niño! ¡Y viva María! ¡Viva San José!... (*Carta núm. 14, pp. 131, 133 y 135*).

5. Con toda probabilidad, en la misma carta había una para Sor Juana Bogna, que formó parte de la primera expedición de misioneras que partió el año anterior, y creemos hacer una cosa buena al reproducirla aquí:

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi querida Sor Juana:

Tu cartita me ha dado mucha alegría, estoy contenta de saber que tienes buena voluntad de hacerte santa. Recuerda que no basta comenzar, hay que continuar; hay que luchar siempre, cada día, nuestro amor propio es tan fino que, cuando nos parece haber progresado un poco en el bien, nos hace dar de narices en el suelo. Esta vida es un continuo campo de batalla y no hemos de cansarnos nunca si queremos conseguir el cielo. Animo, mi buena Sor Juana, procura ser siempre un modelo de virtud: de humildad, de caridad y

de obediencia, y, como el Señor mira el interior, estas virtudes se han de practicar más con el corazón que con actos externos. Si la obediencia te parece un poco dura, mira al cielo y piensa en el premio que allí te espera.

Ahora tendrás a tu hermana más cerca, ¿estás contenta? Jacinta está bien; reza para que sea buena y está tranquila, que yo me cuidaré de ella. ¿Es verdad que estás pachucha?... ponte buena pronto, porque tienes mucho que hacer. Dile al Señor que te deje tiempo para hacerte santa y ganarle muchas almas. Está siempre alegre, sé muy buena, trabaja por Jesús y pide que un día nos podamos encontrar todos en el cielo.

Animo, reza por mí y por todas tus Hermanas. Que Dios te bendiga y te haga toda suya. En el Corazón de Jesús, afectísima Madre,

la pobre Sor MARÍA MAZZARELLO.

!!!Viva María!!!

(Carta núm. 16, pp. 141 y 143.)

6. Las generosas misioneras, después de un feliz viaje (2), llegaron a Montevideo y fueron acogidas, con un cariño verdaderamente indescriptible, por sus Hermanas. Cuatro se quedaron en Villa Colón, su primera casa en América, y el día 13 de abril de 1879 se trasladaron a Las Piedras, en donde estaba de párroco Don Lasagna, quien, con un celo incansable, una actividad prodigiosa y una gran prudencia, les había preparado una grande y sólida vivienda.

Las otras siguieron viaje hasta Buenos Aires (Argentina) y se establecieron en Almagro, en una pequeña y pobrísima casa de los salesianos (26 de enero de 1879), que había estado ocupada hasta hacía unos días por sus novicios, con un pequeño patio, sin habitación para recibir a la gente y sin capilla.

Pero la divina Providencia vino pronto en su ayuda: ante todo, los salesianos prepararon una capillita; después, Don

(2) El viaje está descrito por el misionero Don José Beuavoit, que formaba parte del grupo, en una carta a Don Bosco, publicada en el *Boletín Salesiano*, en el número del mes de marzo de 1879. Para otras noticias, se puede ver la carta que Sor Magdalena Martini escribió a Don Bosco, que está publicada en el mismo *Boletín*, en junio de 1879.

Costamagna, que suplió como inspector a Don Bodrato, muerto el 4 de agosto de 1880, se encargó de construirles una gran casa, en la que pudieron acoger a doscientas alumnas internas y trescientas externas, con clase diaria; las oratorianas, después, en pocos años, ascendieron a más de seiscientas.

La iglesia fue la primera que se dedicó a María Auxiliadora en América.

7. Los salesianos vieron en la llegada de las Hermanas a Almagro una verdadera providencia, por el cuidado que ellas tuvieron de la ropería, y los pobres huérfanos encontraron en ellas a unas auténticas madres. Estas habían llevado consigo el espíritu de Mornese y decían: «En Mornese se hacía y se hace así, en Mornese se haría así. La Madre diría que actuáramos de este modo. Don Bosco estaría contento de que hiciéramos así...» Y quisieron, por fin, que sobre el telón del nuevo teatrillo de la casa se pintara el querido y poético Mornese. Dios bendecía su trabajo.

CAPÍTULO VI

La publicación de la Regla y de las Constituciones. La casa de Nizza Monferrato se convierte en la casa-madre

(1878-1879)

1. Don Bosco hace imprimir las Constituciones (diciembre 1878).—2. Su carta de presentación.—3. Una expresión oscura corregida.—4. La Madre recibe la invitación de abandonar Mornese y de vivir en Nizza.—5. Su pena y su obediencia (4 de febrero de 1879). Una predicación cumplida.—6. Pesar en el pueblo por la marcha de la Madre.—7. Aprecio de Don Lemoyne y de las Hermanas a la Madre.

1. El Santo, entre tanto, había preparado a sus hijas un precioso regalo al hacer imprimir la Regla, para lo que había empleado gran parte de su precioso tiempo y en la que había puesto todo su espíritu y corazón. El librito, con 64 páginas, llevaba el siguiente título:

REGLAS Y CONSTITUCIONES del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, agregadas a la Sociedad Salesiana

Tenía el lema: *Laudabit usque ad mortem anima mea Dominum*. Mi alma alabará al Señor hasta la muerte (Eccli., 51, 8) y la imagen de María Auxiliadora.

2. El Santo había puesto, al principio, la carta siguiente:

A las Hijas de María Auxiliadora

Debido a la bondad de nuestro Padre Celestial, el Instituto de las

Hijas de María Auxiliadora, añ que afortunadamente pertenecéis, ha tomado desde algún tiempo grande incremento. En el transcurso de pocos años hemos podido inaugurar un buen número de casas en el Piamonte, en Liguria, en Francia y aun en las más apartadas regiones de América.

Mientras que el Instituto estuvo concentrado en la casa madre de Mornese algunas copias manuscritas de las Reglas pudieron bastar para que cada Hermana tuviese conocimiento de ellas; pero ahora que, gracias a la divina Providencia, se han multiplicado las casas y las Hermanas se han repartido, aquéllas ya no son suficientes.

Por esto he juzgado ser de la mayor gloria de Dios y ventaja para vuestras almas, hacerlas imprimir; y ahora os las presento. Ya han sido aprobadas por varios Obispos, los cuales las encontraron completamente aptas para santificar a un alma que aspira a ser toda de Jesús, y que al mismo tiempo quiera emplear su vida en el servicio del prójimo, especialmente en la educación de las niñas pobres. Y aún más: el mismo Instituto fue, con decreto especial, elogiado y aprobado por el señor Obispo de Acqui, en cuya diócesis nació en el año 1872, y prospera actualmente.

Amad, pues, mucho las Reglas que lo gobiernan, meditadlas; pero, sobre todo, no os olvidéis nunca que de nada serviría saberlas aún de memoria, si después no las pusieseis en práctica. Por este motivo cada una ponga la más viva solicitud en observarlas puntualmente; a esto se dirija la vigilancia y el celo de las superiores; a esto la diligencia y empeño de las súbditas. Haciéndolo así, encontraréis en vuestra Congregación la paz del corazón, caminaréis por la senda del cielo y os haréis santas.

Entre tanto, aprovecho gozoso esta propicia ocasión para recomendaros que en vuestras oraciones tengáis siempre presente el alma del muy reverendo señor don Domingo Pestarino, primer director de las Hermanas de María Auxiliadora, y del cual se sirvió el Señor para echar los cimientos de este Instituto. El, con su caridad y celo, merece de veras vuestra más viva gratitud.

Rogad también unas por otras, a fin de que el Señor os conceda la gracia de ser fieles en vuestra vocación y os haga dignas de trabajar mucho a su mayor gloria. Rogad de una manera especial por las Hermanas que ya fueron y por aquellas que irán aún a las partes más lejanas de la tierra para extender el nombre de Cristo y hacerlo conocer y amar. Rogad, sobre todo, por la Iglesia Católica, por su Cabeza visible, por los Obispos y Pastores locales; rogad también por

la Sociedad Salesiana, a la cual estáis agregadas, y no ol olvidéis de mí, que os deseo toda suerte de felicidad.

La Virgen Auxiliadora nos proteja y defienda en la vida y en la muerte, y con su poderosa intercesión nos obtenga de su Divino Hijo la hermosa gracia de encontrarnos todos un día reunidos bajo su manto en la bienaventuranza eterna.

Turín, fiesta de la Inmaculada Concepción, año 1878.

Sac. JUAN BOSCO

3. Las palabras del Santo respecto a Don Pestarino: «del cual se sirvió el Señor para echar los cimientos de este Instituto», no querían decir que él no fuera su fundador, sino que aludían a la parte que él tuvo al fundar la *Pía Unión de las Hijas de la Inmaculada*, de la que él, Don Bosco, había elegido a las que le parecían más apropiadas para fundar el *Instituto de las Hijas de María Auxiliadora*. Pero aquellas palabras no eran claras y podían hacer suponer a quien no conociera bien la historia del Instituto que Don Pestarino fuera su verdadero fundador: por ello en la edición siguiente el Santo las modificó de este modo: «del cual el Señor se sirvió para hacer crecer a este Instituto» (1).

Pero está siempre claro que «las Hijas de María Auxiliadora deben conservar la más viva gratitud a Don Pestarino, su primer director».

Estas Constituciones fueron después modificadas por Don Bosco en algunas cosas, según lo requería la experiencia de los hechos y el desarrollo del Instituto; pero en lo sustancial quedaron siempre igual.

La última redacción que se hizo mientras él vivió es la de 1884, que ponemos en el apéndice de la vida de nuestra heroína, impresa en 1913, para que cada Hija de María Auxiliadora pudiese tener a mano la Regla original que el Santo Fundador había dado y que ahora pasamos por alto.

Copiamos por esto en el apéndice del presente capítulo algunos trozos especiales y característicos que alguna señorita

(1) Se puede tener una idea de la grandísima importancia que tuvo la labor de Don Pestarino leyendo su vida.

encontró tan bellos y de acuerdo con su ideal que se sintió movida a dar su nombre al Instituto.

4. Mientras tanto en la casa de Nizza el trabajo aumentaba cada día, y Don Bosco mandaba que otras Hermanas vinieran a ayudar a la casa-madre, que también se preparan los dormitorios para recibir además a las postulantes, quienes no podían resistir el clima tan duro de Mornés.

Así, poco a poco, la mayor parte de las Hermanas, de las novicias y de los postulantes se encontraron en Nizza. En Mornés sólo quedaron las Hermanas más fuertes para los trabajos pesados, las enfermas que tenían que guardar cama, la superiora y el director.

Entonces Don Bosco mostró el deseo de que la Madre fuese también a Nizza, fijase allí su residencia y que la casa de Nizza fuera en lo sucesivo la casa-madre del Instituto.

5. La Madre, aunque siempre muy dispuesta a secundar el más mínimo deseo de Don Bosco, en esta ocasión tuvo que sufrir no poco. ¿Abandonar definitivamente Mornese? Nizza es una bella morada, el clima es más agradable; la casa, más grande, más cómoda; más cerca de la estación del tren, más cerca de Turín; en un día se va y se viene. ¡Pero no es Mornese!

Aquí he nacido, aquí tengo a mis ancianos padres, a los familiares, a las amigas de la infancia, todos los recuerdos más queridos. Aquí está la casa en que crecí y aprendí el santo temor de Dios. Aquí, la iglesia en que me bautizaron, aprendí las primeras nociones del catecismo y me acerqué a recibir a mi Jesús por primera vez.

Están los campos en los que trabajé de niña fortaleciendo mi cuerpo y entregando mi corazón a Dios, en donde he visto nacer la *Pía Unión de la Inmaculada*, a la que fui de las primeras en dar mi nombre, y viven todavía algunas de mis compañeras; aquí he visto nacer y desarrollarse nuestro Instituto; he recogido a las primeras chicas del país; después, a las que la divina Providencia me envía de lejos; he hecho mi profesión

religiosa; me he ganado el corazón de las madres y de sus hijitas y puedo hacer el bien a mis paisanos. Aquí está el cementerio donde reposan mis parientes; nuestro primer bienhechor, Don Pestarino; algunas Hermanas con las que hemos esperado y temido, condividido las penas y las alegrías; se decía que nuestro nido sería eterno..., ¿y ahora hay que abandonar todo esto, a mi edad, con más de cuarenta años? ¿Quién se ocupará de las niñas y de las madres de familia?

Todos estos pensamientos, de una manera confusa, acudían a la mente de la Madre, al saber que tenía que dejar Mornés, y su sensibilísimo corazón sintió un desgarrón indecible. Pero volvió en sí bien pronto; rechazó rápidamente y con energía todo apego humano y, acostumbrada a ver en el deseo de los superiores la voluntad de Dios, se preparó para la partida (2); pero no sin un vivo deseo de que las Hijas de María Auxiliadora pudieran continuar haciendo el bien en su país nativo, y con el deseo de que en tiempo no lejano la buena obra que se iba a interrumpir se continuara.

Los padres eran buenos y religiosos, pero no veían sin disgusto que la hija se marchase a otro lugar. Ella les decía: «Es preciso, para el bien del Instituto, que vaya, y además, como religiosa, debo ir a donde me mande la obediencia».

Madre Sorbone declaró: «Yo estaba presente cuando, por orden de Don Bosco, se trasladó de Mornese a Nizza, y quedé muy edificada por la prontitud en obedecer, aunque esto le costaba un gran sacrificio» (3).

Sor Marietta Rossi también afirmó: «Recuerdo que mientras estábamos aún en Mornese la Madre nos dijo a mí y alguna otra Hermana: “Os lo digo en confianza: llegará un día en que el Capítulo se trasladará a Turín...”» (4).

La palabra de la Madre se cumplió de verdad el año 1929, en el que el Consejo Generalicio de las Hermanas se estableció en Turín.

(2) Proc. Ord., p. 368.

(3) Proc. Ord., art. 67.

(4) Proc. Ap., p. 107.

6. También los mornesinos tuvieron una gran pena al saber que la Madre iría a vivir a Nizza, y así lo declararon sus paisanos: «Era la superiora, pero era muy humilde y no se daba importancia» (5); «todos la querían mucho, porque se hacía querer por todo el pueblo» (6). Una ex alumna suya del taller atestigua: «Era tenida en muy buen concepto, y para mí era un ángel. Mientras estuve en Mornese constaté, por experiencia propia y por lo que decían los demás, que llevaba una vida edificantísima y que se afanaba mucho por el bien espiritual de las muchachas de la comarca; para todas tenía una buena palabra. También visitaba y consolaba a los enfermos (7); oí decir que se preocupaba por exhortarlos y moverlos, en sus visitas, a la paciencia y a la resignación.»

Partió y llegó a Nizza el 4 de febrero de 1879, siendo acogida con grandes pruebas de verdadera alegría por sus hijas.

7. Don Lemoyne tenía en tan alta estima a la superiora que dijo a Madre Petronila lo que ella misma nos contó muchas veces: «El cuarto (en Mornese) se conserva tal y como lo ha dejado; nadie lo ocupe, y de él no se saque fuera nada, absolutamente nada».

Esta estima era, por lo demás, compartida por las Hermanas, quienes, según contó Madre Petronila, «teniendo que separarse de la Madre para ir a Francia o a América, querían llevarse consigo algún cabello u otra cosa que ella hubiera usado, y los guardaban como reliquias. Y cuando fui con otras a Nizza a preparar la casa, el director, Don Chicco, ahora muerto, nos dijo: “Escuchad bien lo que escribe Don Costamagna”; y nos dijo que ponía que la Madre era la *flor y nata* de la virtud» (8).

(5) Proc. Ord., p. 111.

(6) Proc. Ord., p. 112.

(7) Proc. Ap., pp. 122 y 171.

(8) Proc. Ord., pp. 481 y 482.

APENDICE AL CAPITULO VI, N. 3

Las Reglas o Constituciones del Instituto de María Auxiliadora, redactadas por el Santo Fundador, iban precedidas, como las de los salesianos, de algunas consideraciones sobre el estado religioso.

Se dividían en 18 capítulos, y en el primero, «El fin del Instituto», se decía:

«1. El objeto del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora es el de atender a la propia perfección y ayudar a la salvación del prójimo, especialmente educando cristianamente a las chicas del pueblo.

2. Se compone sólo de núbiles que profesan en toda vida común con Votos simples emitidos de tres en tres años y también en perpetuo.

3. Las Hijas de María Auxiliadora procurarán, antes que nada, ejercitarse en las virtudes cristianas y después se dedicarán al bien del prójimo. Será su especial empeño tomar la dirección de escuelas, orfanatos, jardines de infancia, oratorios festivos, y también abrir talleres en favor de las niñas más pobres de la ciudad, en los pueblos y en las misiones extranjeras. Donde sea necesario aceptarán también la dirección de hospitales y otras obras de caridad.

4. Podrán además abrir internados, preferiblemente para chicas de humilde condición, y a sus alumnas sólo les enseñarán aquellas ciencias y artes conformes a su estado y requeridas por su condición social. Será su empeño formarlas en la piedad, hacerlas buenas cristianas y capaces, a su debido tiempo, de ganarse honradamente el pan de la vida.»

El Capítulo III, hablando del «Voto de castidad», dice:

«1. Para ejercitarse continuamente en la caridad con el prójimo, para tratar con eficacia con las pobres jovencitas, es necesario un cuidado incansable en poseer todas las virtudes en grado heroico. Pero la virtud angelical, la virtud más querida por el Hijo de Dios, la virtud de la castidad, debe de ser cultivada en grado eminente por las Hijas de María Auxiliadora. Primeramente, porque el oficio que ellas tienen de instruir y encaminar por la vía de la salvación es semejante al de los santos Angeles; por eso es necesario que vivan con un corazón puro y en un estado angélico, porque a las vírgenes se las llama los ángeles de la tierra.

En segundo lugar, porque su vocación para ser bien secundada requiere un total desprendimiento interno y externo de todo lo que no es Dios. Es por esto por lo que hacen el Voto de castidad, con el que se

consagran totalmente a Jesucristo, decididas a conservar su mente y su corazón puros e inmaculados, como esposas suyas.»

El Capítulo IX habla «De la maestra de novicias»; en el número 3 dice:

«La maestra de las novicias pondrá todo su empeño en ser afable y llena de bondad, a fin de que las hijas le abran el corazón en todo aquello que puede ayudarlas a conseguir la perfección. Ella las dirigirá y las instruirá en la observancia de las Constituciones, especialmente en lo tocante a los Votos de castidad, pobreza y obediencia. Les sirva siempre de ejemplo, para que se cumplan todas las prescripciones de la Regla. Se la recomienda también ejercitar a las novicias en el espíritu de mortificación, pero teniendo una gran discreción en el uso de la mortificación exterior, para que no se debiliten sus fuerzas y se hagan inútiles para los oficios del Instituto.

4. Vigile atentamente los defectos de las novicias, y acuda con frecuencia a Dios, a fin de que la enseñe a distinguir los que son propios de su naturaleza y los de la voluntad; a los primeros ella deberá compadecer y llevar a una útil reforma, y a los segundos se esforzará en corregir, disminuir y destruir con prudencia y caridad.

6. Finalmente, no olvide que el espíritu del Instituto es espíritu de caridad y dulzura, de abnegación y de sacrificio, y por esto procure informar y animar a las novicias en este espíritu, para que, hecha la profesión, lleguen a ser hábiles instrumentos para gloria de Dios y salvación de las almas.

7. Lo que se dice de la maestra de las novicias se aplica también, en parte, a la asistente o maestra de las postulantes. Esta, especialmente al principio, las consuele y las anime.»

El Capítulo XIII trata de las «Virtudes esenciales que deben de estudiar las novicias y practicar las profesas»:

«1. Caridad paciente y llena de celo no sólo hacia las pequeñas, sino también con las jóvenes y con cualquier persona, con el fin de hacer el mayor bien posible a las almas.

2. Sencillez y modestia con santa alegría; espíritu de mortificación interna y externa; rigurosa observancia de la pobreza.

3. Obediencia de voluntad y de juicio; humildad en aceptar, con gusto y sin réplica, los avisos y correcciones y las ocupaciones que tengan a bien encomendarles.

4. Espíritu de oración con el que las Hermanas acuden con gusto a las prácticas de piedad, y se mantiene en la continua presencia de Dios, abandonadas a su dulce Providencia.

5. Estas virtudes deben de ser muy ejercitadas y arraigadas en las Hijas de María Auxiliadora, porque deben de ir juntas en ellas la vida activa y la contemplativa, imitando a Marta y a María, la vida de los apóstoles y la de los ángeles.»

El Capítulo XVIII habla de «Reglas generales», y en el número 7 dice:

«Cada una debe de tenerse por la menor de todas; por esto ninguna dejará de ejecutar oficios humildes ni rechazará hacer los trabajos más bajos de la casa, en los que la superiora la ocupará, de acuerdo con sus fuerzas y conforme a lo que juzgue mejor en el Señor.

8. Las Hijas de María Auxiliadora estarán alegres con sus hermanas, reirán, bromearán, etc., pero cuando estén presentes personas de otro sexo guardarán siempre un continente digno. Yendo por la calle caminarán con la mayor compostura y modestia, no fijándose ni en las personas ni en las cosas que encuentren; saludarán con una inclinación de cabeza a quien las salude y a las personas eclesiásticas que pasen a su lado.

9. En casa y fuera de ella hablarán siempre con humildad, no sosteniendo nunca el propio parecer, evitando especialmente toda palabra áspera, punzante, de reproche, vanidad, relativas a sí misma o al bien que el Señor se digna sacar de su trabajo; obrando siempre, tanto en privado como en público, sólo para agradar a Dios. No hablarán jamás de nacimiento, de edad ni de riquezas, si en el mundo las hubieran tenido. No levantarán la voz hablando con cualquiera que sea, ni siquiera en tiempo de recreo.

10. De los ministros de Dios hablarán siempre con gran respeto, y cuando alguna tuviera que hacer alguna observación a este respecto, la confiará sólo a sus superiores. Con el mismo miramiento hablarán de las propias superiores y de las religiosas de otras Congregaciones, y también de las mismas Hermanas salidas del Instituto.

11. Cuando tengan que hablar con personas de otro sexo mantendrán una conversación afable, mezclada de espontánea gravedad; porque si son de condición superior a la suya, por ejemplo, eclesiásticos, así lo exige el respeto debido a su estado; si son laicos, así lo pide el decoro y el buen ejemplo. Todo su empeño será mostrarse, en el trato y en el porte de la vista y de toda su persona, lo que deben ser, esto es: esposas de Jesucristo crucificado e Hijas de María.

13. Cada una tendrá cuidado de la propia salud; por ello, cuando alguna no se sintiera bien, lejos de ocultar o exagerar su mal, los expondrá a la superiora, para que provea a cuanto necesite. Durante la enfermedad obedecerá a la enfermera y al médico para que hagan con su cuerpo lo que crean mejor ante Dios. Procurará tener paciencia y resignarse a la voluntad de Dios, soportando las privaciones inherentes a la pobreza y conservando siempre una imperturbable tranquilidad de espíritu, sintiéndose en las manos del Señor, que es Padre amoroso, ya cuando nos deja la salud, ya cuando nos hace sufrir con la enfermedad y el dolor.

Para ayudarlas más espiritualmente se llevará la Santa Comunión a las Hermanas que tengan que guardar cama, una o más veces a la semana, cuando la clase de enfermedad y el lugar lo permita.

14. Las Hermanas procurarán mantenerse estrechamente unidas con el dulce vínculo de la caridad, ya que sería muy deplorable que las que tomaron por objeto la imitación de Jesucristo descuidaran la observancia de aquel mandamiento que fue el más recomendado por El, hasta el punto de llamarle su "precepto".

Por consiguiente, además de la recíproca tolerancia e imparcial afecto, queda prescrito que, si alguna faltara a la caridad hacia una Hermana, debe pedirle dispensa en seguida que con calma de espíritu haya reconocido su falta o, a lo menos, antes de acostarse, y la ofendida le otorgará al momento el más sincero perdón.

15. Para mayor perfección de la caridad, cada una preferirá con placer la comodidad de las Hermanas a la suya propia, y en toda ocasión se ayudarán y alentarán con demostraciones de benevolencia y de santa amistad, y no se dejarán vencer nunca de algún sentimiento de envidia las unas contra las otras...

16. Deseen y procuren eficazmente hacer al prójimo todo el bien que les sea posible, pensando siempre ayudar y servir a Nuestro Señor Jesucristo en la persona de sus pobres, especialmente asistiendo, sirviendo y consolando a las Hermanas enfermas y afligidas, y promoviendo el bien espiritual de las niñas de los países en los cuales habitan. Se guarden, por lo demás, de pedir o permitir que las jóvenes externas de la clase, de los talleres o de los oratorios festivos les hablen de diversiones mundanas, o cuenten hechos y costumbres más o menos inconvenientes.

17. Se estimen dichosas cuando pueden hacer un favor a alguien. Pero estén muy atentas a no ofender jamás a ninguno, ni por escrito, ni con las palabras o hechos menos educados. Cuando no puedan

hacer lo que se les pide, usen expresiones afectuosas, que demuestren la pena que les da el no poderles dar gusto. En las conversaciones, especialmente con los externos al Instituto y con los inferiores, hagan recaer el tema ya sobre Dios, ya sobre cosas religiosas, ya sobre alguna virtud o hecho edificante. Obrando así todas podrán, dentro de su pequeñez, ser sal de la tierra y luz del mundo, y merecerse el elogio que la Iglesia hace de Santa Catalina de Siena, “que ninguna persona se alejaba de ella sin haberse hecho mejor”.»

CAPÍTULO VII

El espíritu de Mornese en la casa de Nizza Monferrato

(1879)

1. La Santa procura que en Nizza haya el mismo fervor en la piedad que en Mornese.—2. Su ejemplo. Dice en qué consiste la piedad religiosa.—3. Puntualidad y exactitud en todo. Atención a las cosas pequeñas.—4. El canto «Yo quiero hacerme santa».—5. Todo y siempre por Jesús. Unión con Dios. Salvada el alma, está todo salvado. Delante del Santísimo Sacramento. Intenciones que hay que tener al ir a la iglesia.—6. El amor propio es un gusano roedor.—7. Espíritu de penitencia. La penitencia que más agrada a Dios.—8. Carta de la Madre a las Hermanas de Villa Colón (9 de abril de 1879).—9. Otra a las de Las Piedras (30 de abril de 1879).

1. La Madre en Nizza Monferrato continuó con su vida activísima, humilde y mortificada como había hecho en Mornese; y se preocupaba, sobre todo, de que el espíritu de Mornese floreciera en la nueva casa-madre. Por esto, mientras procuraba que cada religiosa cumpliera bien con sus deberes y adquiriera, de acuerdo con los dones recibidos del cielo, los mayores conocimientos que podía hacerla más útil al Instituto para el bien de las almas, cuidaba sobre todo de que cada una —Hermanas, novicias y postulantes— tuviera bien arraigado en su corazón el espíritu de piedad, porque, como dice San Ambrosio, «la piedad es la base de todas las virtudes» (1).

2. Sus continuas exhortaciones a esto estaban, como en el pasado, confirmadas por su eficaz ejemplo.

Una Hermana escribe: «Su espíritu de piedad brillaba en sus palabras, que, inflamadas totalmente en el amor de Dios, levantaban hacia todo lo que era puro y santo; con frecuencia

(1) Explicación del salmo 118.

nos preguntaba: “¿Por quién trabajáis?...” Y al responderle nosotras: “Por el Señor...”, su corazón se llenaba de gozo. Nos decía: “La verdadera piedad religiosa consiste en cumplir siempre todas nuestras obligaciones a tiempo y lugar y sólo por amor del Señor. Las Hijas de María Auxiliadora no deben abarcar muchas cosas, sino observar la Regla, practicar la caridad paciente, hacer todo por el Señor y cuando van a confesarse hacer el examen de conciencia sobre estos puntos».

3. Quería la puntualidad y la exactitud en todo, pero especialmente en el servicio de Dios; si alguna llegaba tarde a la iglesia o cuando ya habían empezado las oraciones, se arrodillaba en medio por humildad y mortificación y permanecía allí hasta el final.

La Madre era siempre para todas un modelo al realizar con perfección todas sus acciones para dar gloria a Dios; para esto se encomendaba también a sus óptimas hijas.

Escribe una de ellas: «En el recreo la oí repetir: “Rezad por mí al Señor para que me haga muy atenta a las pequeñas cosas, me una cada vez más a El y me conceda la gracia de hacerlo todo con rectitud de intención”».

Este espíritu de fe al trabajar, fatigarse y sufrir sólo por Dios procuraba inculcarlo también en sus Hermanas cuando decía: «Hagamos todo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, y sólo de Dios esperemos la recompensa por nuestros trabajos». Y además, como en Mornese: «¡Animo! El trabajo, los sufrimientos, los sacrificios y la muerte no son nada en comparación con el premio y la alegría eterna que nos esperan en el cielo. Aquí la fatiga, allá el descanso; aquí el padecer, allá el gozar» (2).

Don Cerruti declaró: «Les decía abiertamente en privado y en público: “Nos hemos consagrado a Dios; procuremos tender hacia nuestra perfección; no nos dejemos arrastrar por las cosas del mundo...”» (3).

(2) Proc. Ap., p. 181.

(3) Proc. Ord., p. 262.

4. Las Hermanas y las niñas le hacían caso y durante el recreo cantaban frecuentemente con entusiasmo:

Yo quiero hacerme santa e hija de María
 Yo quiero hacerme santa y esposa de Jesús
 Yo quiero hacerme santa y santa en la alegría
 Yo quiero hacerme santa e imitarle en la cruz (4)

La Santa, pudiendo, participaba, y al cantar parecía que se transfiguraba.

5. «Estaba regularmente, siempre que podía, en el taller para trabajar o escuchar la lectura espiritual, pero no teniendo sitio especial se ponía ahora acá, otras veces allá entre las postulantes o en un rincón, sin que nos diéramos cuenta. Pero cuando recitábamos la oración, entonces sacábamos, por su potente y devota voz, que estaba con nosotras.»

Con frecuencia durante el trabajo se la oía repetir con fervor: «¡Todo y siempre por Jesús!» De suerte que otra Hermana pudo escribir: «Su vida fue una oración ininterrumpida. También en medio de las ocupaciones tenía su alma continuamente unida a Dios con arranques de frecuentes jaculatorias... Tenía la mirada fija en solo Dios.

El Cardenal Cagliero declaró: «Tenía la costumbre de repetir: "Si se salva el alma, se ha salvado todo; si se la pierde, todo se ha perdido, porque habremos perdido a Dios..."» (5).

Estaba habitualmente recogida y después, cuando hacía la meditación o estaba ante Jesús Eucaristía, tenía un porte tan humilde y devoto que parecía un ángel en lugar de una persona. En sus frecuentes exhortaciones a que rezáramos con fervor, repetía insistentemente: «Cuando vamos a la iglesia, no

(4) Proc. Ord., p. 196.

Io voglio farmi santa e figlia di Maria
 Io voglio farmi santa e sposa di Gesù
 Io voglio farmi santa e santa in allegria
 Io voglio farmi santa e santa sempre più

(5) Proc. Ord., p. 266.

vamos a descansar, sino a tratar con Dios de los negocios de nuestra eterna salvación».

«En la iglesia no le vi nunca sentada, a excepción del momento de la plática. Muchas veces corríamos por la mañana para llegar pronto a visitar a nuestro Señor, pero siempre encontrábamos ya allí a la Madre» (6).

La mayoría de las veces se arrodillaba en el suelo, sin nada debajo de las rodillas, y así estaba, con la mayor compostura, sin dar muestras del más mínimo malestar. Y cuando se arrodillaba en su reclinatorio, «las Madres observaban que no se apoyaba, a pesar de que tenía los brazos tan bajos que daba la impresión de que lo estaba, y se maravillaban de que pudiese mantenerse tanto tiempo tan devotamente quieta, sabiendo que no estaba muy fuerte y siempre tenía molestias» (7).

6. Un día, durante el recreo, estando rodeada de muchas Hermanas, les dijo: «Nuestro amor propio y nuestras pasiones son como los gusanos roedores, que se esconden en las raíces de las plantas; si no estamos atentas, roen y hacen que las virtudes se sequen». Y les enseñaba la manera de vencer al amor propio, al que tenía declarada siempre una guerra despiadada.

7 No desaprobaba la mortificación del cuerpo; al contrario, la practicaba mucho; había también pedido permiso a Don Cagliero para dormir en el suelo, pero no se lo concedió (8); en algunas ocasiones sus hijas tenían que obligarla a tomar algo más de alimento para que pudiera estar levantada.

No obstante, siguiendo el espíritu del Fundador, prefería las mortificaciones internas.

El Cardenal Cagliero dijo: «Por obediencia se sometió al consejo que yo le di, en nombre de Don Bosco, de abandonar la idea de hacer penitencia, ayunos y abstinencias duras, pero

(6) Proc. Ord., p. 167.

(7) Proc. Ap., p. 213.

(8) Proc. Ord., p. 303.

que, siguiendo el espíritu de las Constituciones que él les había dado, cambiasen, ella y las Hermanas, tales actos por el trabajo voluntario, asiduo y constante, por la exactitud en el propio deber, por la observancia escrupulosa de la Regla, por la asistencia diaria a las alumnas, por la puntualidad a sus respectivos deberes, por el ejercicio de la caridad con las niñas en la clase, en los talleres y en los oratorios festivos» (9).

Finalmente, a quien le pedía permiso para hacer esta o aquella mortificación, por lo general, le respondía: «Procura corregirte de este y aquel defecto: ésta es la penitencia que más agrada a Dios».

Por otra parte, con la palabra y el ejemplo les enseñaba a servirse del trabajo como de un gran medio de hacer penitencia.

Una Hermana escribe: «Yo era una jovencita de quince años y viendo a la superiora que era la primera siempre en los trabajos más humildes y pesados me sentía llena de un entusiasmo indescriptible. Un día había nevado mucho y había que hacer la colada, mientras estábamos todas a su alrededor, de repente exclamó: "Oh, ¡si mañana pudiera lavar la ropa yo sola! Cómo gozaría al poderos evitar este frío..."»

Sor Feliciana Ravazza escribió y después ratificó en el Proceso Informativo: «En aquel tiempo aún no teníamos el lavadero, sólo un pilón en medio del patio, y también en el crudo invierno se lavaba allí. En los días de lavadero la Madre era la primera en ocupar su lugar. Cuántas veces le oí decir, alegre y feliz: "¡Adelante, Hermanas, hoy es para nosotras un día de vendimia! ¡Animo!, vayamos a porfía a ver quién puede ganarse más méritos para estar más alta en el cielo..."»

»El frío a veces era tal que se formaba el hielo sobre las manos. Cuando llegaba la hora del almuerzo, la encargada del comedor nos traía un puchero con blancas castañas cocidas, y nosotras, con cualquier excusa, invitábamos a la Madre a irse a casa. Pero ella, riendo, decía: "Esperad: me como la parte que me he ganado y después me voy..."»

(9) Proc. Ord., p. 328.

»Cogía su escudilla y, como todas las demás, se presentaba a la Hermana encargada de repartir la humilde comida y le decía: «¡Animo, dame también a mí mi parte!...»

»¡Cómo emocionaba verla toda feliz con sus Hermanas, humilde, con su escudilla en la mano, de pie, comerse aquellas pocas castañas! Al mismo tiempo que animaba a sus hijas, con la mirada observaba a todas y si veía que alguna sufría, con cualquier excusa la hacía ir a casa» (10).

8. Pero la gran preocupación por las Hermanas presentes no la hacían olvidar a las que estaban lejos y, con el pensamiento, volaba con frecuencia hasta las celosas misioneras de América.

Se conservan dos cartas de este tipo, y creemos hacer cosa agradable y útil el copiarlas. He aquí la primera, dirigida a las Hermanas de Villa Colón.

Nizza, 9 de abril de 1879

¡Viva Jesús!

Queridísima Sor Angelina:

Me imagino el consuelo y la alegría que habréis tenido al ver a las Hermanas que el Señor os ha mandado; habrá sido grande, ciertamente, y os habrá hecho pensar en la gran fiesta que haremos cuando estemos todas juntas en el cielo. Es verdad que la distancia que nos separa es muy grande; pero consolémonos; ¡esta vida es muy breve! Pronto llegará el día en que nos volveremos a ver en la eternidad, si hemos observado con exactitud nuestra santa Regla. Aunque nos separe el mar inmenso, podemos vernos y estar juntas en el Corazón Sacratísimo de Jesús; podemos pedir siempre las unas por las otras; así nuestros corazones estarán siempre unidos.

Después de haber hablado de la muerte edificante de una Hermana, y hacerlas con todo su ardor la invitación a prepararse para que la nuestra sea dulce; después de haber dicho que ha muerto el zapatero de Mornese, que trabajaba en casa, y hablado de la grave enfermedad de dos Hermanas, recomienda

(10) Proc. Ord., p. 308.

que se rece por todos, y dice que ya no está en Mornese, sino en Nizza; y después:

«Es preciso, mientras estamos en este mundo, hacer sacrificios; hagámoslos de buena gana y alegremente, el Señor los tendrá en cuenta y a su tiempo nos dará un buen premio.»

Da noticias a una religiosa de una hermana suya que vio en Alassio y después sigue:

«Ahora quisiera decir una palabra a cada Hermana, pero no sé si comenzar por las últimas o por las primeras en llegar. ¿Qué decís vosotras? Empezaré por las últimas.»

A este punto dice que la carta, comenzada en Nizza, la termina en Turín, a donde ha tenido que ir; y habla y les da saludos de las Hermanas de Turín, de Chieri, de Lanzo y de Biella...; después dice que ha regresado a Nizza y continúa:

A Sor Virginia no le escribo nada porque contesto aparte su carta.

Empiezo por Sor Filomena: ¿Estás alegre? Procura estarlo siempre. Vive estrechamente unida a Jesús, trabaja por agradarle a El solo, esfuerzate por hacerte cada día más santa y estarás siempre alegre. ¡Viva Jesús! No te olvides de rezar por mí.

Sor Victoria, me han escrito que estás siempre de buen humor; estoy contentísima; trabaja para ganarte el cielo; no te desanimes nunca ni pongas ningún pero. Eres profesa, pero acuérdate de que debes ser también novicia. Debes unir al fervor de las novicias la virtud sólida de las profesas. Reza por mí y está segura de que yo no te olvido en mis pobres oraciones.

Y tú, Sor Josefina, ¿recuerdas todavía las promesas que hiciste el día de la Inmaculada? No las olvides nunca; comienza cada día a ser verdaderamente humilde, a rezar de corazón y a trabajar con recta intención. Habla poco, muy poco con las criaturas; pero habla mucho con el Señor, El te hará verdaderamente sabia. Reza por mí.

Y Sor Angela Cassulo, ¿sigue siendo cocinera? A fuerza de estar junto al fuego, a estas horas estarás encendida de amor de Dios, ¿no es verdad? ¿Observas la pobreza?

Después le da noticias de su hermana y se encomienda a sus oraciones.

Sor De Negri, ¿ya sabes el francés? Al estudiar las lenguas de este mundo, estudia también el lenguaje del alma con Dios. El te enseñará la ciencia de hacerte santa, que es la única verdadera ciencia.

Le da noticias de su familia. Le recomienda que los escriba agradeciéndoles un regalo que le han hecho y termina:

Que seas una buena Hija de María Auxiliadora y reza por mí, por tus Hermanas, por tus padres y por todos tus parientes.

Sor Teresina Mazzarello, ¿eres ya santa? Espero que estarás a mitad de camino. Trabaja para agradar sólo a Jesús, piensa en el cielo y da siempre buen ejemplo.

Sor Gedda, ¿cómo estás? Espero que seguirás bien para trabajar y hacerte santa. Ten alegres a las Hermanas y reza por mí...

Queda todavía mi querida Sor Laura, ¿qué le diré? Le diré que, siendo la primera Hija de María Auxiliadora americana, debe conseguir con sus oraciones que el Señor obtenga a otras muchas americanas la misma gracia que le ha hecho a ella. Si no podemos vernos en este mundo nos veremos en el cielo. Entre tanto vivamos unidas en el Corazón de Jesús y recemos siempre la una por la otra.

¿Cuántas alumnas tenéis? Saludadlas a todas de mi parte, decidles que aunque no las conozca las quiero y rezo para que sean buenas, dóciles, obedientes, etc.; en fin, que sean el consuelo del Corazón de Jesús, de sus padres y de sus maestras...

Todas las Hermanas quisieran que os dijese algo de su parte, pero como me haría demasiado larga dejo a los Angeles Custodios os lleven sus encargos, y vosotras les devolvéis con ellos mismos la respuesta.

Estad siempre alegres, amaos en el Señor, rezad siempre por todas vuestras Hermanas. Siento no haberos escrito por mí misma, pero esta vez no me ha sido posible. He escrito a Sor Virginia; otra vez escribiré a las demás. Pero vosotras escribidme alguna vez. Cuando me escriba la directora unid a su carta algún escrito vuestro.

Y después añade con su mano:

Animo, mis buenas Hermanas. Jesús debe ser toda vuestra fuerza. Con Jesús la carga se hace ligera, las fatigas suaves, las espinas se convierten en dulzura... Pero debéis venceros a vosotras mismas, si no todo se hace insufrible y las malas tendencias, como pústulas,

resurgirán en vuestro corazón. Rezad por mí, que en el Corazón de Jesús me profeso vuestra afectísima en Jesús la Madre

SOR MARÍA.»

(Carta núm. 19, pp. 153, 155, 157, 159, 161, 163.)

La caligrafía de la carta es de Sor Emilia Mosca, pero las ideas, las frases y, posiblemente, las mismas palabras son de la Madre.

9. Totalmente escrita por ella es la carta que poco después escribía desde Mornese a las Hermanas de Las Piedras.

Mornese, 30 de abril de 1879

¡Viva Jesús, María y San José!

Vosotras estáis solas en Las Piedras, ¿verdad? ¿Cómo estáis? ¿Estáis alegres? ¿Tenéis muchas niñas? ¿Amáis al Señor? ¿Pero lo amáis de corazón? ¿Trabajáis por El solo? Espero que todas me responderéis con un sí. Continuad, pues, alegres, amando al Señor. Pisotead el amor propio, achicharradlo bien, procurad ejercitaros en la humildad y en la paciencia.

Tened gran caridad, amaos las unas a las otras.

Tened mucha confianza en la Virgen, Ella os ayudará en todas vuestras cosas. Observad la Santa Regla aun en las cosas más pequeñas, que son el camino que conduce al cielo. Conservad cuanto podáis el espíritu de unión con Dios, vivid en su presencia continuamente.

Tú, Sor Juana, que eres la Vicaria, está muy atenta a dar buen ejemplo y a obrar con mucha prudencia y con el único fin de agradar a Dios, así estaremos contentas un día.

Sor Filomena, ¿estás alegre como lo estabas aquí? ¿Amas mucho al Señor? ¿Te impacientas cuando el fuego no se enciende? Ten paciencia y procura encenderte de amor divino, está alegre y reza por mí.

Y Sor Victoria, ¿ya sabes el español? ¿Te apuras aún porque no lo aprendes? Animo que poco a poco todo se hará. Procura aprender a amar al Señor y a vencerte a ti misma y después todo lo demás se aprende fácilmente. Sé humilde, está alegre y reza por mí.

Animo, mis buenas Hermanas, estad alegres y haceros pronto santas y llenas de méritos, porque la muerte es como un ladrón.

Les da la noticia de la muerte de cuatro Hermanas; las encomienda a sus oraciones. Les recomienda que recen por las que vestirán el hábito religioso en la fiesta de María Auxiliadora. A una le dice que su hermana está bien y termina:

Yo no me olvido nunca de vosotras, sed buenas...

Recibid los saludos de todas, especialmente de vuestra afectísima

la MADRE MAZZARELLO.

(Carta núm. 20, pp. 165 y 167.)

CAPÍTULO VIII

Caridad de las Hermanas y mala voluntad del mundo

(1879)

1. Una jovencita hebrea quiere hacerse católica. Persecuciones al Instituto.—2. Desbordamiento del río Belbo y compasión de la Madre.—3. Inspección del subintendente al Instituto.—4. Clausura del mes de mayo. Primera vestición religiosa en Nizza Monferrato y panegírico especial de Don Cagliero.—5. Carta de la Santa a las Hermanas de Villa Colón (22 de julio 1879).—6. Ejercicios Espirituales para las señoras y las maestras.—7. La Santa recobra el oído.—8. Fundación de la casa de Cascinette (20 agosto 1879). Exámenes de gimnasia.

1. En mayo de este año sucedió un hecho del que se habló en toda Italia.

Había allí en Nizza una joven hebrea llamada Ana, de la familia de los Bedarida, que tenía veintidós años de edad y era huérfana de madre. Habiendo oído hablar de las Hermanas de Don Bosco tuvo el deseo de conocerlas. Les dijo que desde hacía muchos años deseaba hacerse católica, pero que no había sabido nunca a quién dirigirse para que la prepararan, sin que se dieran cuenta el padre y el hermano, quienes ciertamente se habrían opuesto... La Madre, con el consentimiento del director, le abrió las puertas del Instituto, y Ana venía secretamente a recibir instrucción sobre nuestra santa Religión. La gracia trabajaba en su corazón y ella se disponía a recibir el Bautismo.

Cuando la familia se enteró, estalló en una gran indignación, ira, ruegos y amenazas no sólo por parte de los parientes, sino también por todos los de su religión que vivían allí. La joven, sin embargo, se mantuvo firme en sus resoluciones; pero después de algún tiempo, no sintiéndose segura, se refugió en

el Instituto, y desde allí, siguiendo el consejo de los superiores, la Madre, el 21 de mayo, la acompañó a Turín, en donde la acogió una insigne bienchechora de Don Bosco.

La familia, al percatarse de que la joven había huido de casa, excitaron con gran algarabía la ciudad, y el 22 acudieron al Instituto, seguidos por un cortejo de vagos, que gritaban que había llegado la hora de terminar con los engaños y destruir aquella cueva de seductoras de la juventud.

A la familia se la dejó entrar, pero al no encontrarla, amenazaron con prender fuego al Instituto si la joven no volvía inmediatamente a su familia, y a través del telégrafo y de la prensa denunciaron al mundo la iniquidad (!) cometida por las Hijas de María Auxiliadora.

Por la ciudad se corrió la voz de que en el Instituto había postulantes a las que se quería obligar a hacerse religiosas, violando su libertad de conciencia. Un perverso difundió también la noticia de que en el convento se dejaba morir a las Hermanas sin atendenderlas. Los de Nizza, mal informados, se dejaron impresionar siniestramente, murmuraban de todo esto, y, durante varias noches, las piadosas religiosas oyeron bajo sus ventanas un confuso griterío y gritos que decían: «¡Pobres jóvenes!, ¿por qué habéis venido a morir aquí? ¡Volved con vuestras familias!»

La Madre, que había vuelto rápidamente de Turín, reavivaba su confianza en Dios y exhortaba a sus hijas a estar tranquilas, que también aquella tempestad pasaría. Decía: «Con nuestros superiores que nos guían y nuestra buena Madre, María Auxiliadora, que nos protege, aunque viniera un ejército entero contra nosotras no tendríamos que tener miedo». Y repetía su dicho familiar: «Cuanto más nos desprecien, tanto más seremos queridas por Dios».

El día 23 la policía acudía al Instituto a hacer una visita de inspección; el 24 se llamaba a dos Hermanas ante el pretor de Nizza, y los periódicos publicaban mil disparates y mentiras; ¿pero qué cosa no publican los periódicos?

Los Bedarida recurrieron al fiscal de Turín para que hiciera las debidas indagaciones y se les devolviera a su hija.

Las pesquisas no fueron ni largas ni difíciles, ya que los superiores en seguida comunicaron en dónde estaba hospedada la joven y, al mismo tiempo, escribieron también a los parientes, a Nizza, diciéndoles que ellos no se sentían capaces de echar de casa a una joven mayor de edad, que quería hacerse católica.

El fiscal se presentó a la joven, la interrogó, usó modos unas veces dulces y otras severos, a fin de que volviera a su casa, pero ella fue constante en decir que era libre y que por sí misma quería hacerse católica.

No se ahorró ningún artificio para apartarla de su intención: ruegos, amenazas, vejaciones morales que aumentaban cada vez más. La pobre joven acabó cayendo en manos de los suyos y el Bautismo no se realizó.

Sobre este suceso escribieron algunos periódicos católicos de Turín, de Roma y de Milán, pero de una manera no conforme a la verdad —¿y cuándo los periódicos malos, bajo la apariencia de un escándalo, no importa de qué clase, en el que incluyen a personas religiosas, dicen la verdad?—. Por eso la referida joven, por amor a la verdad, el 14 de septiembre mandó después una carta a la *Unità Cattolica*, de Turín, en la que contó con sencillez su caso. Esta carta la insertamos en el Apéndice del presente capítulo.

2. Los habitantes de Nizza, al menos muchos de ellos, mal informados acerca del hecho de la joven Bedarida, habían gritado contra el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, pero todavía no se había apagado el eco de aquellos gritos amenazadores, cuando experimentaron cómo las buenas religiosas sabían “vengarse” de quienes habrían querido que se dispersaran o murieran.

El 26 y el 27 de mayo, el Belbo, pequeño río que baña Nizza y va a unirse con el Tanaro junto a Alessandria, por las continuas y abundantes lluvias, se desbordó e inundó la ciudad, alcanzando en varios lugares dos metros de altura. Muchas familias tuvieron que abandonar la propia vivienda, desprovistas de todo. Un buen número entró en una cuba, a la

que se hizo servir como de barca, y se llegaron hasta el Instituto.

La Madre preguntó a la cocinera si allí había alguna cosa para que restaurasen las fuerzas. La cocinera le respondió que había un puchero de habichuelas cocidas, pero que estaba destinado para el almuerzo del día siguiente de la comunidad. La Santa dijo que para mañana la Providencia proveería; mientras tanto añadió arroz rápidamente a las habichuelas. Así se preparó un abundante potaje que la Madre, ayudada por las Hermanas, distribuyó entre los pobres salvados de las aguas del Belbo (1).

Acudieron también otros desgraciados, la Madre los acogió a todos con mucho gusto, dispuso cada cosa del mejor modo posible e hizo dar a todos pan, potaje, leche, café, queso; a los más necesitados, también vestidos; y pasando en medio de ellos, que comenzaban a conocerla, dirigía a todos una palabra de consuelo y todos admiraban su caridad.

Por la noche los hombres volvieron a casa, pero más de cuarenta personas, entre mujeres y niñas, encontraron asilo entre la Hijas de María Auxiliadora y —escribe una Hermana que estaba presente— «todos daban gracias a Dios por haber dado a su país una comunidad que tenía al frente a una superiora tan buena, tan piadosa y tan generosa».

3. Pero un buen día, después, he aquí que llegan el subprefecto de Acqui con el fiscal y dos testigos para proceder a una regular investigación sobre las personas del Instituto.

Estaba presente Don Cagliero, que los acogió gentilmente y creyó un deber hacer que visitaran la casa. El interrogatorio a las postulantes puso aún más de relieve lo que todos los buenos ya sabían, que se hacían religiosas por su propia voluntad. Así terminó esta visita importuna.

4. El día 2 de junio se fijó para clausurar solemnemente el mes de mayo y para dar el santo hábito a seis postulantes.

(1) Proc. Ap. Artículos 94-106 y dep. del D. O. B., p. 213.

Era la primera vez que se hacía la fervorosa y conmovedora función de la vestición religiosa en Nizza, y Don Cagliero quiso que se invitara a las principales familias de la ciudad. Acudieron muchísimos, bien por devoción, bien también un poco por curiosidad.

En el sermón, el valiente hijo de Don Bosco dijo primero unas palabras de circunstancia y, dejando aparte el elogio de la solemnidad, añadió: «¿Qué hacen las Hijas de María Auxiliadora en este sagrado recinto?» Y comenzó a demostrar el bien que hacían y el que aún mayor habían de hacer, para el que se estaban capacitando, con el fin de ser apóstoles de caridad en medio de la sociedad civil y en las tierras salvajes de América».

Su hablar cálido, enérgico, convincente, disipó toda duda y consoló a los buenos: el Instituto se ganó así la estima de todos y una veneración mayor.

Además, el caso de la joven Bedarida, divulgado por los periódicos, hizo conocer mejor a las Hermanas de Don Bosco y el Instituto de Nizza. Por esto aumentó el número de las postulantes y la casa se llenó de éstas. Del mal se obtuvo un gran bien.

5. En este tiempo, la Madre escribió a la Directora de la casa de Villa Colón, que era desconfiada, pero observante de la Regla hasta el escrúpulo, la siguiente carta:

Nizza, 22 de julio de 1879.

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi querida Sor Angelina:

No tengas miedo de que tus cartas me aburran; todo lo contrario, me gusta que me des noticias de ti y de las Hermanas. Escríbeme largo y a menudo... tus cartas me dan siempre mucha alegría.

... Pero no os asustéis, convencerlos de que defectos los habrá siempre; se ha de corregir y remediar lo que se pueda, pero con calma, y dejar el resto en manos de Dios. Además no hay que hacer mucho caso de bagatelas; a veces, por hacer caso de tantas pequeñeces, se descuidan las cosas más grandes. Y con esto no quiero que entendáis que no hay que hacer caso de las faltas pequeñas; no es esto lo que quiero decir: corregid, advertid siempre, pero compadece

de corazón y usad caridad con todas. Mirad, hay que estudiar la manera de ser de cada una y saberlas llevar para conseguir algo, hay que inspirar confianza.

Con Sor Victoria debes tener paciencia e inculcarle poco a poco el espíritu de nuestra Congregación. No puede haberlo captado aún, porque ha estado muy poco tiempo en Mornese. Creo que si sabes cogerla dará buen resultado. Y así las demás, cada una tiene sus defectos: hay que corregirlas con caridad, pero no pretender que no tengan defectos o que se corrijan de repente, ¡esto no! Con la oración, la paciencia, la vigilancia y la perseverancia, poco a poco se consigue todo. Confía en Jesús, pon en El todas tus preocupaciones y déjale hacer, que El lo arreglará todo. Está siempre alegre, siempre de buen humor.

Cuando no sepas cómo hacer, dirígete a Sor Magdalena, haz lo que ella te diga y está tranquila. Además tienes un buen director y no debes preocuparte. Procura obedecer siempre, ¿de acuerdo, Sor Angelina?

Me dices que tienes mucho trabajo, y yo me alegro, porque el trabajo es el padre de todas las virtudes. Con el trabajo desaparecen los “grillos” y se está siempre alegre. A la par que te recomiendo el trabajo, te recomiendo también que cuides de la salud, y os recomiendo a todas que trabajéis sin ambición, sólo por agradar a Jesús. Quisiera que infundieras en el corazón de esas queridas Hermanas el amor al sacrificio, el desprecio de sí y un desprendimiento absoluto de la propia voluntad. Nos hemos hecho religiosas para asegurarnos el cielo, pero para ganarlo hacen falta muchos sacrificios; llevemos la cruz con valor y un día estaremos contentas.

(Carta núm. 22, pp. 173 y 175.)

Sigue después diciendo que no puede escribir a cada una en particular, porque se está preparando la casa para los Ejercicios Espirituales, y se está trasladando la casa de Mornese; saluda a todas nombrándolas; recomienda que tengan gran caridad, que estén alegres, que presenten sus respetos al Director y que piensen en el cielo, en donde un día estarán todas juntas reunidas.

6. La Madre tenía mucha razón al decir que tenía mucho trabajo con la preparación de la casa para los Ejercicios

Espirituales, porque el Cardenal Cagliero escribe: «Como Don Bosco deseaba que cada año, igual que en Mornese, se predicaran los Ejercicios Espirituales a las señoras y a las maestras en las vacaciones de otoño, me pareció una obligación el hacerle ver que nos faltaba sitio y comodidad, para tantas peticiones que nos llegaban. Pero el buen Padre respondió: “Estate tranquilo; verás cómo la Madre sabe arreglarse: ¡es Mazzarello! y tiene a su disposición no sólo los *mezzi*, medios, sino además los *mezzarelli* con arreglo a tal circunstancia...”

»En efecto, hizo transportar a la buhardilla que había sobre la bóveda de la iglesia y sobre los techos de la casa tanta paja como era necesaria para aposentar a sus Hijas, y para ella escogió el lugar más bajo y más oscuro (2), dejando así libres los dormitorios y los talleres para que pudieran acomodarse, durante los diez días de retiro espiritual, no menos de cincuenta señoras (3), maestras y jóvenes solteras que deseaban conocer y resolver su vocación religiosa.

»Nuestro buen Padre participaba en estas piadosas reuniones siempre que le era posible, y con la predicación, con el consejo y con santas exhortaciones obtenía frutos de piedad, de fe y de dirección en bien de las familias, en la enseñanza de los principios cristianos y en la importantísima tarea de la elección del estado de las fervorosas jovencitas. Después de haberlas escuchado con paterno interés, se las enviaba a la Madre Superiora para que diese la última mano a su vocación, sabiéndola llena del verdadero espíritu del Señor, conocedora de los corazones y de sus secretos, y de las virtudes propias de la vida religiosa» (4).

7. Madre Mazzarello hablaba con gusto con las señoras y con las jovencitas para animarlas a la virtud y no podemos pasar en silencio una pequeña anécdota que le sucedió y que nos contó una persona que estaba presente. «La buena Madre sufría fuertes dolores de cabeza y de oídos, que le ocasionaba

(2) Proc. Ord., p. 399.

(3) Otros apuntes de este tiempo dicen noventa, y siempre es un buen número.

(4) Cardenal Cagliero. *Mem. stor. cit.*

además una sordera que le duraba varios días. Ahora, apenas comenzaron los Ejercicios de las señoras, fue acometida por el acostumbrado mal, que le impedía escuchar a cuantas acudían a ella. En un momento de una gran necesidad, se dirigió al Señor y exclamó: “¡Oh, buen Dios, Tú ves bien cuánta necesidad tengo yo de oír en estos días! ¡Cúrame!, de otro modo, ¿cómo hago?” Apenas hizo la invocación, cuando la sordera desapareció. Dio gracias rápidamente a Dios; pero he aquí que bien pronto sintió el temor de haber hecho mal, al alejar la cruz, y apenas vio al director Don Lemoyne, sin tener en cuenta que allí estaban presentes Hermanas, le preguntó si había faltado. Don Lemoyne se sonrió, admirando tan gran delicadeza de conciencia, y le dijo que estuviera tranquila, porque esto era para la mayor gloria de Dios y bien de las almas. Entonces ella se sintió aliviada».

Los Ejercicios del 18 al 27 de agosto, predicados por Don Cagliero y por Monseñor Bellasio, dieron mucho fruto en las ejercitantes y las encendieron a todas en un gran deseo de volver al año siguiente.

8. Entre tanto se aceptaba una casa para escuela de párvulos en Cascinette, pequeño pueblo poco distante de Ivrea (Turín), y se abrió el 20 de agosto, con tres Hermanas.

En este tiempo, una disposición de la legislación escolar ordenaba que las maestras de las clases elementales se examinaran de gimnasia; la Madre, de acuerdo con el Fundador, dispuso que las Hermanas maestras marcharan a la casa salesiana de Sampierdarena y se examinaran en Génova.

Así las Hijas de María Auxiliadora, como los salesianos, obedecían a la autoridad escolásticas para continuar su misión educativa.

APENDICE AL CAPITULO VIII, NUM. I

Carta de la señorita Anita Bedarida al director de "La Unidad Católica" ("L'Unità Cattolica")

Apreciadísimo señor director:

Sé que el periodismo se ha impresionado con un hecho que se relaciona conmigo. Para que no suceda que se extiendan noticias falsas e inexactas sobre lo mío, le ruego que tenga la gentileza V. S. de publicar en su estimado periódico la siguiente narración:

Yo soy una israelita de Nizza Monferrato. En mayo del año en curso abandoné la casa paterna con la intención de hacerme cristiana. Este propósito lo tenía desde hacía tres años; pero no había sabido hallar el modo de ponerlo en práctica. El decírselo a la familia hubiera sido inútil e imprudente; a escaparme de casa no me atrevía, por no saber en dónde refugiarme. Cuando, he aquí, que a Nizza, mi patria, vienen a vivir las Hermanas de María Auxiliadora de Don Bosco, y yo, después de pensarlo y repensarlo, me puse en sus manos.

Con el fin, pues, de gozar de la necesaria libertad y de prepararme digna y espontáneamente, había buscado refugio entre las religiosas de mi país y del de mi familia: por eso marché a Turín con las mismas Hermanas, que me dieron caritativa hospitalidad. La familia, al enterarse de mi fuga, atribuyéndola a un acto de violencia, denunciaron el hecho al poder judicial. A los pocos días de vivir yo en aquel lugar se me presentó el inspector de policía para interrogarme: yo le declaré sin vacilaciones que, libre y espontáneamente, había buscado asilo entre las religiosas de Don Bosco, y que quería permanecer allí para hacerme cristiana. Desde entonces, durante unos tres meses, me dejaron bastante tranquila; recibí la visita de algunos familiares y, especialmente, de mi buen padre, al que ofrecí mi cariño y mis oraciones.

Después de algún tiempo de instruirme en la religión cristiana, yo creía que podría recibir el Bautismo; lo pedí primero para el día 24 de mayo y después para el 15 de agosto; pero el señor teólogo, Don Cagliero, que con mucha caridad me enseñaba, me aconsejó demorarlo todavía, para prepararme muy bien a tan gran acto.

En este intermedio, el 25 de agosto vino a verme mi hermano y los superiores de la casa, que jamás me hicieron la más mínima fuerza,

ni física ni moral, me dejaron sola con él durante varias horas. Fue entonces cuando yo tuve una debilidad. Viendo llorar a mi hermano e insistirme en que volviera a casa, me emocioné y mi corazón, por un instante, me traicionó. Mi hermano, al darse cuenta, cogió mi mano derecha y me hizo escribir sobre un folio unas líneas, que me dictó él mismo, para entregárselas a la autoridad pública, a fin de que me hicieran salir de esta casa, como si yo estuviera retenida a la fuerza. Yo aún le hice observar que me hacía hacer una cosa que no me gustaba, pero él insistía y yo, con la mano temblorosa, escribí aquello y lo dejé en sus manos sin, de ningún modo, pensar en sus consecuencias; al contrario, para contentarlo más, prometí todavía marchar con él. Tanta era mi emoción y confusión, que casi no sabía lo que hacía. Pero el Dios de mis padres me ayudó.

Habían pasado pocos minutos en los que yo, recobrada la libertad, entré en mí misma; conocí que había obrado mal y, en presencia de mi mismo hermano y de dos testigos, que Don Bonetti hizo venir expresamente, me retracté de lo que había hecho, declarando que, antes de irme, yo quería tomarme un tiempo para reflexionar seriamente. Entonces mi hermano se fue disgustado y, con mi escrito en la mano, se presentó a la autoridad pública para inducir la a que me hiciera salir de mi refugio. Pero desde la mañana del día siguiente, 26 de agosto, yo previne el golpe y, para evitar molestias a las pobres religiosas, salí de su casa y me trasladé a vivir con una buena señora, que me hizo de madre.

Aquel mismo día, mi hermano, un primo, un compañero suyo y el jefe de policía se presentaron en la casa de las Hermanas y, al no hallarme, se fueron de ésta, no sin antes causar graves molestias a las que me habían acogido.

Al día siguiente, 27, avisado, apareció en el Oratorio de San Francisco de Sales el fiscal, a quien me presenté y le declaré mi voluntad resuelta y libre de quedarme en donde me encontraba, y le pedí que protegiera mi tranquilidad. Mi interrogatorio fue puesto por escrito en un acta verbal que yo firmé. Una vez hecho esto, el fiscal se fue, convencido de que yo no sufría presión alguna. Yo creía que todo hubiera acabado, pero me engañaba. El 3 del corriente, desde por la mañana temprano, guardias de seguridad pública, unos con el uniforme militar, otros disfrazados, rodearon la casa donde me hospedaba y, en un cierto momento, siento golpear la puerta hasta parecer que la quisieran forzar. No se abrió, pero dejó pensar a quien quiera el efecto que yo sentí. Basta decir que me

desperté casi aterrada, me sobrevinieron temblores y tardé mucho en recuperar la tranquilidad del espíritu.

Mientras tanto, la vista de los guardias que vigilaban, las hablabas de la gente, bien o mal informada, atrajeron al lugar a más de un centenar de personas, y parecía que se quería tomar por asalto mi aposento. Ciertamente, yo no habría pensado jamás que, para hacerme católica, debería ver semejantes cosas y sentir tan gran opresión en el corazón. Pero, lo repito, Dios me ayudó y me dio un ánimo que por mí yo no habría tenido.

Aquí no está aún todo. Eran cerca de las nueve de la mañana cuando, de improviso, comparecieron dos señores, que se presentaron uno como el Prefecto (Gobernador Civil) de Turín y otro como el Procurador General, y me expusieron el objeto de su venida. Querían hablar a solas conmigo. Reuniendo lo mejor que pude mis fuerzas, e invocando en mi corazón la ayuda del cielo, no pude menos de hacerles observar a los dos representantes de la autoridad pública que yo había sufrido ya dos interrogatorios por la misma causa, uno de los cuales hacía pocos días, por parte del fiscal, y que, por esto, no comprendía cómo se necesitara todavía que yo sufriera un tercero. Los dos señores, después de haber oído mi voluntad y cómo yo había quedado libre y aún lo era, y que lo escrito hacía algunos días me había sido arrancado a la fuerza por mi hermano, sin que yo pudiera preveer sus consecuencias, hicieron comparecer ante mí a mi familia, esto es, al padre, al hermano y a la hermana (5).

Resultaría muy largo si quisiera referir aquí todo lo que se dijo por una parte y por otra. Lo que me sorprendió fue escuchar de la boca del señor Prefecto el augurio que le hizo a mi familia de que yo retornaría a su seno, para calmarles el dolor. En aquel momento me vino la idea de que también él era hebreo. Debo, por otra parte, atestiguar que los dos personajes me trataron con mucha delicadeza, sobre todo el Procurador General, quien con sabio y pacífico razonamiento hizo observar a mi familia cómo yo, siendo mayor de edad, gozaba, por la misma ley, del derecho de que me dejaran libre al tratar de escoger mi religión.

Sin embargo, parecía que desagradaba especialmente al señor Prefecto el no poderme arrancar de aquella casa, y aunque yo había declarado y vuelto a declarar que yo allí no había sufrido, ni sufría

(5) La familia Bedarida se compone del padre, un tío, dos hermanos y cuatro hermanas, pero en este lugar quieren hablar solamente de los que se encontraban presentes en Turín, que habían venido expresamente de Nizza.

ninguna clase de violencia, sin embargo, él me sugirió y trató de convencerme de que convenía que yo me marchara y fuera a hospedarme en cualquier otro instituto.

—No conozco otros —le respondí— fuera de los de Don Bosco.

—Me encargaré de buscarle uno de su gusto, por ejemplo, el de las Hijas de los Militares —me replicó el señor Prefecto.

—¿Pero qué necesidad tengo de cambiar de domicilio? Aquí no estoy con las Hermanas y no hay ni siquiera motivo para sospechar que me quiera hacer cristiana por su consejo.

—Pero aquí usted se encuentra todavía entre personas que tienen relación con el Instituto de Don Bosco y, además, la vida que debe llevar no está de acuerdo con su condición. Yo, por el contrario, sabré encontrarle un lugar que le ofrezca todas las comodidades. También su familia piensa así. ¿No es verdad? —preguntó en seguida volviéndose hacia ellos.

—Sí —respondió mi padre—, además estoy dispuesto a pagar la debida pensión.

Al fin se concluyó con que el señor Prefecto se encargaría de buscar el sitio y luego me lo comunicaría. Ahora estoy esperando lo que estará por suceder.

Pero antes de terminar esta narración quería preguntar: en nuestro gobierno, una hija mayor de edad, que quiera cambiarse de religión y haya declarado muchas veces ante las autoridades que su determinación no es por una violencia y se encuentra libremente en la casa de un ciudadano libre para recibir instrucción, esta hija, digo, ¿tiene o no derecho a que la dejen libre y tranquila? Sí, sí, ¿por qué desde hace algunos días no se hace otra cosa que torturarme con interrogatorios, uno tras otro, como si se quisiera cogerme en alguna palabra? ¿Por qué quieren decidirme a cambiar de domicilio, como si para esto yo no tuviera libertad, mientras yo he declarado que soy muy libre? ¿Por qué rodean la casa los guardias, poco más o menos, como si me sitiaran? Algunos dicen, ciertamente, que a éstos los han puesto para defender mi libertad; pero otros aseguran, por el contrario, que esperan a que yo salga para raptarme, y entre tanto, por miedo a un golpe de mano, yo no me atrevo ni a salir de paseo, como hacía antes.

Se quiere hacer creer que yo soy una víctima de los curas y de las monjas, pero, bajo apariencia de libertad, yo soy ahora víctima de bien distinta gente. ¡Pero paciencia! Será ésta una buena preparación para mi Bautismo.

Optimo señor, perdóneme por esta molestia, mientras, con la esperanza de su benigna comprensión, me profeso con toda estima y agradecimiento.

De V. S. atentísima y devotísima sierva,

ANITA BEDARIDA.

Turín, 4 de septiembre de 1879.

CAPÍTULO IX

La Madre predice varias cosas. Asiste a la muerte de su padre

(1879)

1. En la casa de Nizza continúa floreciendo el buen espíritu de Mornese.—2. Don Bosco tiene a la Madre en concepto de santa.—3. La Santa pide perdón a una postulante.—4. Una exhortación suya a Sor Morano.—5. Dice a una postulante enfermiza que tomará el hábito y vivirá así hasta la vejez.—6. Dice también a otra que vivirá hasta que sea muy anciana.—7. Recomienda a las que deben vestir el hábito que pidan tres gracias.—8. Aconseja a dos postulantes que hagan con ella una novena a María Auxiliadora y se curen.—9. Anima a una postulante a hacer la vestición porque será feliz.—10. A otra le dice que debe volver a casa, pero que entrará de nuevo.—11. Anécdota sobre su espíritu de mortificación como preparación a la santa Comunión.—12. Los últimos momentos de la noche.—13. La Santa asiste a la muerte de su padre (23 de septiembre 1879).

1. En la casa de Nizza continuaba floreciendo el buen espíritu de Mornese y allí no faltaba ni siquiera la escasez. Una Hermana que entró como postulante a primeros de mayo de 1879, recuerda que una noche la Madre se presentó un tanto pensativa a la comunidad y dijo: «Queridas Hermanas, necesitamos rezar a la Providencia para que nos mande lo necesario para la vida porque no tenemos nada para mañana.

»Las Hermanas, las novicias y las postulantes la rodearon para consolarla diciéndole: “No sufra por nosotras, Madre; por un día de ayuno no nos moriremos y estamos muy contentas de hacer un poco de penitencia...”

»La Madre se sintió algo alentada; pero al día siguiente fue realmente un día de ayuno, porque en el comedor no encontramos más que un poco de sopa. La Madre nos dijo: “Hoy,

queridas hijas, debemos estar muy contentas por sentir que verdaderamente somos pobres y no dejaremos ni siquiera ver que hemos tenido ocasión de mortificarnos..." Y nosotras lo hicimos realmente así».

2. Otra, Sor Carmelinda Dianda, que entró en el mismo año, nos contaba en junio de 1932: «Muy joven, durante mucho tiempo insistí a mi padre para obtener su permiso para hacerme religiosa y, finalmente, lo conseguí. Pero el día de la partida, a pesar de estar muy contenta, tenía una gran pena en el corazón y, con una tía mía que me acompañaba a Nizza, entré en una iglesia de nuestra ciudad de Lucca y, mientras rezaba arrodillada ante una devota imagen, me deshice en lágrimas.

»Dos señoras que estaban cerca, oyéndome llorar, preguntaron a mi tía qué me pasaba; les respondió que iba de buena gana a hacerme religiosa, pero que, al mismo tiempo, sentía pena al separarme de la familia. Las señoras le preguntaron en qué orden religiosa iba a entrar y mi tía respondió que me llevaba a las Hermanas de Don Bosco, y ellas: "¡Oh!, ¡Don Bosco le conocemos! Hablamos con él hace un mes y, entre otras cosas, nos dijo que las Hermanas tienen una Superiora muy santa..."

»Entonces, mi tía me llamó y me dijo: "Escucha lo que dicen estas señoras..." Y ellas me repitieron las palabras dichas, añadiendo que era muy afortunada. Yo, al oír que iba a donde había una Superiora santa, cesé de llorar y me sentí llena de consuelo.

»Llegué a Nizza el 5 de junio de 1879. La Madre me acogió con verdadero afecto y siempre que me encontraba me preguntaba:

—Carmelinda, ¿estás alegre?

—Sí, Madre.

—Consérvate siempre alegre y, como eres la primera postulante de la Toscana, es necesario que pidas al Señor que nos mande más; después abriremos muchas casas en aquella región...

»Yo buscaba muchas veces ver a la Madre y cuando la veía sentía tanta alegría que las compañeras se daban cuenta, y cuando me veían muy alegre decían entre ellas: “Carmelinda ha visto, sin duda, a la Madre”, o me preguntaban a mí: “Carmelinda, a que has visto a la Madre, ¿no es verdad?”»

3. Ya hemos indicado que la Madre, como tenía un carácter fuerte, cada vez que pensaba que se había, de algún modo, excedido al mandar o al corregir, en la primera ocasión se humillaba y pedía excusa. La Hermana de la que hemos hablado antes nos cuenta además: «Cuando recibía alguna carta de mis padres me ponía a llorar por la emoción. Una vez la Madre me entregó una en el comedor y yo me puse a llorar. Ella me miró algo seria y me dijo: “Todavía tienes el corazón apegado a Lucca. Si sigues así, no te daré más las cartas que te vengan de allí...”»

»¿Qué eran estas palabras? No eran nada y yo no las había dado ninguna importancia; pero dos días después la Madre me dice con toda humildad: “El otro día te dije que tenías el corazón aún apegado a Lucca, ahora te pido perdón, porque no debí decirte tal cosa...” Yo me quedé maravillada y cada vez más convencida de que la Madre era verdaderamente santa».

4. Entre fines de agosto y primeros de septiembre de este año, en la casa de Nizza se hace una tercera tanda de Ejercicios Espirituales, en la que quince postulantes recibieron el santo hábito, varias Hermanas hicieron los votos perpetuos y un buen número de novicias los emitieron por primera vez. Entre éstas estaba Magdalena Morano, y de su agenda revelamos una exhortación que probablemente le hizo la Madre la víspera de la profesión. Hela aquí: «Amémoslo, Sor Magdalena; amemos a Jesús; trabajemos sólo por El, sin tenernos ningún miramiento. El es nuestro único confidente: ¡Oh, Jesús... basta decir que es Jesús! Seamos valientes: aquí lloramos, en el cielo reiremos» (1). La fervorosa religiosa escribió al lado esto: «¡Oh,

(1) GARNERI: *Suor Maddalena Morano*, capítulo III.

qué dulces me cayeron en el corazón tales palabras! Bendita mil veces la que las pronunció» (2).

5. Entre las postulantes que al terminar los Ejercicios debían tomar el hábito religioso había una, Ursula Maccocco, que, habiéndose puesto enferma durante el postulando, había tenido que irse a casa. Curada y vuelta a Nizza, mientras se trataba de vestir el hábito religioso, había recaído de nuevo. Pero la Madre le dijo: «Toma también el hábito religioso, porque tú, aunque siempre malucha, llegarás a vieja tanto que tendrás que caminar con bastón». La joven obedeció, vistió el hábito. Un día, en 1930, nos decía: «¡Vea cómo adivinó la Madre! En mi vida religiosa he dado clase durante cuarenta y cuatro años; he tenido cuatro veces la pulmonía, dos veces pleuresía seca. Ahora tengo setenta años y... se comprende que ya no soy joven, pero las palabras de la Madre las recuerdo siempre».

6. Sor Octavia Bussolino nos contaba: «Yo entré en el Instituto, en la casa de Nizza Monferrato, el día 6 de octubre de 1879. La Madre salió a recibirme en la portería y me acompañó a visitar toda la casa, como si no tuviera otra cosa que hacer y sin que yo supiera quién era. Al final le pregunté si era la Superiora y me dio a entender que sí, pero con tanta humildad que quedé edificadísima. Aquella bondad y amabilidad suyas no se borraron nunca más de mi memoria.

»Un día después estábamos todas en el patio con la Madre y ella dijo a ésta una cosa, a aquélla otra. A mí me dijo: "Tú vivirás mucho y mucho tiempo". La predicción se ha cumplido, porque ahora soy vieja...». Efectivamente, la Hermana, que partió en 1881 para las misiones de América del Sur, en 1933 —cuando declaró en el Proceso— contaba con setenta años y gozaba aún de buena salud, a pesar del gran trabajo en las

(2) Sor Morano fue después, durante diecinueve años, inspectora de las casas de Sicilia y murió, en olor de santidad, el 26 de marzo de 1908. El 12 de julio de 1935 se inició la causa de beatificación en la curia arzobispal de Catania.

misiones, las fatigas y los cansancios de muchos viajes (3). Murió en Buenos Aires, en noviembre de 1939.

7. Otra se acuerda de que la tarde anterior a la vestición las reunió y les recomendó reflexionar atentamente sobre el gran acto que harían al día siguiente y de dar gracias a Dios por el favor que iban a recibir. Recomendó, además, que al día siguiente, durante la función, pidieran a Dios de un modo especial tres gracias: 1.^a Tener buena salud para poder trabajar mucho en favor de la juventud. 2.^a Sentir siempre un gran remordimiento aún de las más pequeñas imperfecciones. 3.^a Ser sinceras en las confesiones y hacerlas siempre bien.

8. Entre las nuevas postulantes llegadas a Nizza, una se vio atacada por la tos y un dolor de cabeza tan fuerte e insistente que, temiendo que no tendría bastante salud para quedarse en la Congregación, pidió a la Madre que la dejara ir a casa antes de tomar el hábito. Pero la Madre le dijo: «No temas, querida hija; haz una novena a María Auxiliadora; yo la haré también contigo y después está segura de que curarás». Y así sucedió, con sorpresa y alegría de la buena joven.

Otra postulante quería irse a casa por tener mal el estómago, la tos, el miedo a ponerse tísica y lloraba; pero la Madre la consoló y la animó a hacer con ella una novena a María Auxiliadora. Después de pocos días, también ésta se encontró completamente curada; las dos jóvenes pudieron, a su tiempo, vestir el hábito religioso y perseveraron en la vida religiosa.

Una Hermana, después de cincuenta años de vida religiosa, nos contaba: «Hacía un mes que era postulante y una mañana la Madre entra toda contenta en el taller y dice:

—Mis buenas novicias y postulantes, me voy a Turín; si me dáis encargos, os los haré con mucho gusto.

»Y todas nosotras:

—Un saludo a María Auxiliadora; también para Don Bosco y para las Hermanas.

(3) Proc. Ord., p. 420.

»Mientras bajaba la escalera, la alcancé y le pedí que me llevara a Turín, porque quería volverme a mi casa.

—¿Y por qué?

—Porque quiero entrar en otra Congregación.

—Entonces vete rápida a prepararte la maleta.

»Contenta corrí a prepararme; pero comencé pronto a sentir remordimiento. A las once, la Madre me hizo llamar para ir con ella al comedor. La Madre comía y hablaba con las otras superiores. Yo no podía comer y lloraba. Al terminar, la Madre se levanta, se me acerca y, sonriendo, me dice:

—Querida postulantita, tú no has comido y yo no puedo llevarte a Turín.

»Y partió. Vino la maestra de las postulantes y me llevó a la iglesia a rezar; yo recobré la paz y estoy contentísima de ser Hija de María Auxiliadora».

La misma cuenta todavía: «Una noche le dije llorando a la Madre que me dolían mucho los dientes. La Madre me contestó: “Ve a acostarte rápida, que yo iré a curarte”. Me había apenas acostado, cuando aparece la Madre; me curó y después dijo: “Ahora reza un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria”, y lo rezamos. Después me dijo: “Ahora te das la vuelta y, por obediencia, dormirás toda la noche y mañana ya estarás bien”, y me repitió tres veces: “Por obediencia...”

»Yo me volví y dormí toda la noche y por la mañana no sentí ningún dolor y fui a dar las gracias a la Madre, pero ella me dijo: “¿Ves cómo rezando bien y obedeciendo se gana siempre?”, pero yo estaba convencida de que fueron sus oraciones las que me libraron del fuerte dolor de dientes».

9. «En aquel tiempo —nos contaba Sor María Musso—, mi padre escribió una carta echando chispas, amenazando con no sé qué cosas, si yo no regresaba inmediatamente a casa. La Madre estaba pelando patatas y me mandó llamar. Yo me quedé un poco sorprendida y dije para mis adentros: Mira qué buena es la Madre y qué sencilla. Después, habiendo oído de qué se trataba, le dije que no temiera nada, porque mi padre era un poco violento, pero bueno, y que no haría absoluta-

mente nada; mientras, yo estaba muy contenta de tomar el hábito. Ella me dejó hablar y, por fin, añadió: "Sí, el Señor te quiere aquí; persevera y te sentirás contenta". Efectivamente, yo siempre me he sentido contenta en mi estado».

10. Otra Hermana nos contaba también: «Entré en 1878, el día de Todos los Santos; me puse enferma y tuve que volverme a mi casa. La Madre estaba triste y me dijo:

—Vete tranquila, que volverás. Te recomiendo que en casa te confieses con frecuencia y te conserves pura, después volverás y te aceptaré de nuevo.

»Regresé en abril del siguiente año y la Madre me recibió con mucho cariño. Yo le pregunté temblando:

—¿Podré ahora perseverar?

—Sí, ten la seguridad de que no volverás más a tu casa.

»Estas palabras se cumplieron y ésta es la noticia más consoladora que he recibido en vida».

11. Hubo una anécdota este año, que nos contó Sor Ernesta Farina, y que nos parece que merece recordarse.

«En 1879 —escribe dicha Hermana—, un día me di cuenta de la astucia de la santa y de su habilidad ingeniosa para prepararnos a la santa Comunión del día siguiente. Han pasado treinta y cuatro años desde aquel día, pero a mí me parece que sucedió ayer.

»Era en el tiempo de la vendimia; la Madre, después de la comida, nos reunió a todas y nos dijo:

—He pensado proporcionaros un pequeño descanso y espero que os gustará. A las cuatro, después de la lectura espiritual, iréis todas a la ecónoma y que os dé pan; después os vais todas a la viña a merendar (en aquella época no había aún permiso, como ahora, para merendar) y que cada una coja las uvas que quiera; obrad todas con libertad, sin temores y sin escrúpulos, porque tenéis permiso de vuestra Superiora.

»¡Figuraos nuestra alegría! Después de la lectura espiritual, con nuestro pan en la mano, contentas como unas pascuas,

fuimos a la viña y cada una cogió las uvas que más le gustaban y pasamos unas horas en santa alegría.

»Por la noche, la Madre nos reunió en el taller y nos preguntó si estábamos contentas.

—¡Oh, sí, Madre! Y se lo agradecemos mucho.

»Y ella, sonriendo siempre:

—Me imagino que todas habréis pensado en hacer alguna mortificación para poder mañana acercarse con alegría a recibir la sagrada Comunión y, al mismo tiempo, agradecer a Jesús los beneficios que concede a nuestro cuerpo; le podéis obsequiar con alguna mortificación de la voluntad; porque a mí me parece, como religiosa, que no me debo atrever a recibirlo con las manos vacías, sin haber hecho antes alguna mortificación.

»Imaginaros cómo a tales palabras nos quedamos juntamente confundidas y edificadas. Nos miramos a la cara unas a otras, sin saber qué responder. Pero Sor Teresita, más viva y franca, dijo:

—Madre, yo mañana no voy a comulgar, porque he tomado la merienda exactamente como usted nos había dicho, sin pensar en otra cosa.

—No, no debes dejar la sagrada Comunión por esto: hazla sin temor, pero quiero que nos acordemos siempre de acercarnos a recibir a Jesús con alguna renuncia de nuestra voluntad; si El se da todo entero a nosotras, es muy justo que nosotras le ofrezcamos alguna cosa.

»Todas comprendíamos que lo que nos predicaba lo hacía y que, a imitación de algunos Santos, empleaba la mañana en dar gracias por la Comunión que había recibido, la tarde, preparándose para la sagrada Comunión que recibiría a la mañana siguiente.»

12. «En aquel tiempo se quedaban, las que podían, algunas horas por la noche a hacer una alfombra para ponerla en el presbiterio. La Madre no faltaba y cuando comenzaba a sentirse el frío, para distraernos, nos hacía cantar alguna alabanza; después, en el último cuarto de hora, antes de

acostarnos, nos hacía hablar, cada día a una, de las santas disposiciones con las que debemos recibir a Jesús.

»Así quería que se hiciera cada vez que un grupo de Hermanas tenían que trabajar después de las oraciones de la noche: que siempre, en el último cuarto de hora, se hablase de la sagrada Comunión para prepararnos bien. Cuando nosotras ya no sabíamos qué decir, ella nos ayudaba.

»Me acuerdo que decía: “Debemos figurarnos que estamos, como la Samaritana, en el pozo de Jacob y que preguntamos a Jesús cuál es el agua viva con la que no se tiene nunca más sed. La Cananea se consideraba feliz con tocar la orla del vestido de Jesús. ¡Cuánto más dichosas nosotras, que le podemos recibir en nuestro corazón!...” Así en aquellas noches de vela pasábamos horas de verdadero paraíso» (4).

13. Madre Mazzarello, el 23 de septiembre de este año 1879, tuvo que pasar por una prueba muy dolorosa: la muerte de su amadísimo padre. Tuvo la suerte de hallarse en Mornese en aquella ocasión, y nos decía su hermana Filomena: «Le asistió como un sacerdote, preparándole, primero, para recibir los Santos Sacramentos, y después el gran paso, diciéndole ella misma las oraciones de los agonizantes. Apenas expiró dijo a los circunstantes que llorábamos: “Arrodillémonos y recemos porque en este momento Dios le está juzgando”. Nos pusimos de rodillas y rezamos, pero aquellas palabras, que Dios en aquel instante juzgaba a nuestro padre, no se me han olvidado nunca más».

La Madre arregló su cadáver con piedad religiosa y filial. Todos lloraban, ella no; pero ¡cuánto dolor sentía en su corazón tan sensible y generoso! y ¡cuánta resignación! Recordó, uno por uno, todos los beneficios que de él había recibido, especialmente los buenos ejemplos y la educación cristiana y viril que le había dado.

No se dejó aún vencer por el sentimiento y soportó con calma y serena su dolor. Animó a sus hermanos, a sus

(4) Proc. Ord., p. 168.

hermanas y a todos los familiares; arregló los intereses de la familia de manera que todos quedaran contentos; recomendó a todos rezar por el eterno descanso del amado fallecido y la misma obra de caridad pidió a las Hermanas de la casa de Mornese y a las de Nizza Monferrato.

CAPÍTULO X

Prosperidad y crecimiento del Instituto

(1879)

1. Dos cartas de la Madre a las Hermanas de Villa Colón (20 de octubre 1879).—
2. Carta de Sor Vallese a Don Bosco.—3. Fundación de la casa de La Boca (2 de
noviembre 1879).—4. Prosperidad de las casas de Italia.—5. Normas didácticas.—
6. Carta de la Santa a las Hermanas de Borgo San Martino.—7. Institución de la
Asociación de las Hijas de María en la casa de Nizza Monferrato.—8. Feliz crecimiento
del Instituto.—9. Las florecillas de Don Bosco para la novena de Navidad de 1879.

1. La Santa, aunque resignadísima al querer de Dios, llevó por mucho tiempo la herida abierta en su corazón por la pérdida del padre y no desperdiciaba la ocasión de pedir sufragios para su alma.

El 20 de octubre escribía a las misioneras de Villa Colón y al terminar les decía: «Ahora os pido una caridad y es que recéis por el eterno descanso del alma de mi querido padre, que pasó de esta vida a la otra el 23 de septiembre, a la siete y media de la mañana. Tuve la fortuna, casi por milagro, de poder asistirlo. Espero que estará ya en el cielo; no obstante, rezad un poco por él».

Como esta carta, además de las acostumbradas recomendaciones que continuamente hacía a sus hijas, contiene también noticias del Instituto, creemos que debemos contarla casi por completo. Hela aquí:

Nizza, 20 de octubre de 1879.

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi buena Sor Angelina y Hermanas todas:

Las noticias que me habéis dado en vuestras cartas del mes de septiembre me han proporcionado verdadero consuelo. Estoy conten-

ta, sobre todo, de que hayáis hecho los Santos Ejercicios. Pero acordaos que no basta hacerlos, hay que poner en práctica, con valor y perseverancia, los buenos propósitos que el Señor se dignó inspirarnos. Estoy muy contenta de que Don Costamagna, nuestro antiguo y buen Director, vaya a haceros alguna visita. Pobres hijas, os parecerá que veis a alguien de Mornese, ¿verdad?

Mi buena Sor Angelina, ánimo, está alegre y procura que lo estén también todas mis queridas Hermanas. El Señor te desea todo bien, pero hace falta que tú lo quieras, ¿no es verdad?

Ahora paso a hablarte de nosotras. Gracias a Dios, estamos todas bien, excepto Sor Justina y Sor Albina, que se puede decir que están en la agonía. Sor Albina está aquí, en Nizza; Sor Justina, en Mornese. Las otras estáu todas alegres y con buena voluntad de hacer mucho bien, envidiando vuestra suerte.

Tenemos treinta y dos postulantes, cincuenta Hermanas y treinta educandas. La casa de Mornese está aquí en Nizza. En Mornese no quedan más que cinco Hermanas y Don José, pero esperamos que pronto las tendremos todas aquí, con nosotras, porque aquella casa la venden.

Estamos muy contentas de este cambio de Mornese a Nizza. Así es que, mis buenas Hermanas, cuando queráis venir a hacerme una visita, no vayáis a Mornese, sino aquí, a Nizza. Pobres hijas, estamos muy lejos para hacer esto. Es mejor que vayamos al Corazón de Jesús, allí podemos decírnoslo todo.

Os aseguro que todas las mañanas os hablo en este adorable Corazón y le hablo en la sagrada Comunión y le digo muchas cosas para cada una de vosotras. ¿Os gusta que nos visitemos de este modo? Hacedlo también vosotras así, ¿de acuerdo? Estoy contenta de la buena voluntad de todas esas Hermanas; que procuren ser siempre perseverantes. Os recomiendo a todas una gran confianza con el confesor y con la directora. Si existe confianza, las cosas irán bien.

Nos acercamos a la fiesta de la Inmaculada. Nuestra santa Regla pide que la celebremos con gran solemnidad. Pero además debe ser una de las fiestas más hermosas para nosotras, que somos Hijas de María. Debemos plantar hermosas flores en nuestro corazón para hacer después un bonito ramo para presentarlo a nuestra queridísima Madre María Santísima. En estos días que aún nos quedan debemos ejercitarnos en todas las virtudes, especialmente en la obediencia y en la mortificación. No dejemos pasar ninguna ocasión de mortificarnos en algo, sobre todo, mortifiquemos nuestra voluntad y seamos

exactas en la observancia de nuestra santa Regla. Comulguemos cada mañana con fervor.

Durante los Ejercicios encendimos el fuego en nuestro corazón, pero si de vez en cuando no quitamos las cenizas y no añadimos leña el fuego se apagará. Ahora es el tiempo apropiado de reavivar el fuego. Para las fiestas de la Inmaculada y de Navidad debemos enfervorizarnos tanto que nos mantegamos enfervorizadas hasta la muerte. Propongámonos todas con ánimo y buena voluntad, puede ser que para alguna de nosotras sea la última vez que celebremos esta fiesta.

Además, el tiempo pasa para todas y en punto de muerte estaremos muy contentas de haberla celebrado bien y con fervor. Entonces nos acordaremos de las pequeñas mortificaciones hechas y ¡cuánto consuelo experimentaremos! Hay que pisotear y aplastar el amor propio y nuestro corazón estará tranquilo en aquel momento. ¿Queréis que nos pongamos todas con empeño y con verdadera voluntad? ¡Responded todas que «sí»!

Nombra a cada una en particular, bromea con alguna y prosigue:

Atentas todas, lo que más os recomiendo es la exactitud en el cumplimiento de la santa Regla; ya sabéis que esto basta para hacernos santas. Jesús no nos pide otra cosa. Si de veras le amamos, démosle este gusto y complazcamos su Corazón que tanto nos ama.

Decidme, ¿os queréis todas?, ¿tenéis caridad unas con otras? Espero que sí, pero también en esto habrá que perfeccionarse. Así es que, para agradar a nuestra querida Madre María Santísima, os tendréis gran caridad unas con otras, os avisaréis con dulzura y recibiréis de buen grado los avisos, vengan de quien vengan. Animo, mis queridas Hijas, esta vida pasa pronto y a la hora de la muerte no nos quedarán más que nuestras obras, y lo grande es que se hayan hecho bien. Los caprichos, la soberbia, la vanidad de querer saber y de no quererse someter a quien no tiene talento, en el momento de la muerte será motivo de gran confusión.

¡Pobres Hermanas! Os habré aburrido mucho. Una cosa más, os recomiendo de nuevo la confianza con la Directora y el buen ejemplo entre vosotras y con las niñas; gran paciencia y dulzura sin medida. Os recomiendo otra cosa: estar siempre alegres, jamás la tristeza, que es la madre de la tibieza.

Les da la noticia, ya mencionada antes, de la muerte de su padre y de los familiares de algunas Hermanas, y después:

Ahora, mi querida Sor Angelina, no me queda otra cosa que decirte sino que te hagas el ánimo y no vivas con el corazón encogido, sino con un corazón generoso, grande y sin temores, ¿has entendido? Saluda a todas esas queridas Hermanas. Estad todas alegres.

Mis respetos al señor Director, encomiéndame a sus oraciones. Os dejo en compañía de Jesús y de María. Vuestra afectísima en Jesús, la Madre,

Sor MARÍA MAZZARELLO.

(Carta núm. 24, pp. 187, 189, 191, 193 y 195.)

En el margen:

«Deseáis que vaya a veros, pero si los superiores no me mandan, yo no puedo dar órdenes: a ti te toca hacer que los superiores te obedezcan.»

El mismo día escribía a Sor Juana otra carta que mandaba junto con la anterior, y es la siguiente:

Nizza, 20 octubre de 1879.

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi queridísima Sor Juana:

He recibido con alegría tu carta y estoy contenta de las buenas noticias que me das. Me he enterado que habéis hecho los santos Ejercicios; alabado sea Dios que os ha concedido una gracia tan grande. Me consuela saber que muchas niñas se han confesado y comulgado; muy bien. No te desanimes cuando sepas que el mundo habla mal de ti o de nuestras maestras, o escuelas, o de las monjas, o de los curas, o qué sé yo... Si el mundo habla así es señal de que estamos de parte de Dios, el demonio está rabioso con nosotras y nosotras no nos tenemos que desanimar (1).

(1) No hemos encontrado la carta que escribió Sor Juana Borgna a la Madre, pero el *Boletín Salesiano* de 1880 trae una de este tiempo de la misma Hermana y nosotros la ponemos en el Apéndice al presente capítulo.

Dice que no se extiende en darle noticias, porque ha escrito a la directora y, por consiguiente, que haga que le enseñe la carta; después sigue:

Me olvidé de decirle una cosa que se la dirás tú. Le dirás que debéis estar atentas a la salud de todas, pues si ésta falta ya no podemos hacer nada, ni para nosotras ni para los demás.

Dime, mi querida Sor Juana, ¿estás siempre alegre?, ¿eres humilde? Y a las Hermanas, ¿cómo las tratas?, ¿con dulzura y caridad?

Te recomiendo mucho que sean de buen ejemplo a tus Hermanas; debes ser un modelo de virtud en todo, principalmente en la exacta observancia de la santa Regla, si quieres que la barca vaya adelante y las Hermanas te tengan respeto y confianza.

No te digo esto como reproche, pues sé que haces todo lo que puedes para que las cosas vayan bien. Pero te lo recomiendo porque lo siento de veras. Animo, Sor Juana, mi querida hija, hagamos el bien mientras tengamos tiempo. Esta vida pasa pronto y en punto de muerte estaremos contentas de las mortificaciones y luchas contra nosotras mismas y el amor propio. Te recomiendo que no te desanimes nunca, aunque te veas llena de miserias, pongamos nuestra buena voluntad, pero que sea verdadera y decidida, y Jesús hará lo demás. Nuestros defectos, si los combatimos con buena voluntad, son los que deben ayudarnos a delantar en la perfección, con tal de que tengamos verdadera humildad.

¿Tenéis muchas niñas? Acuérdate de darles buen ejemplo con la delicadeza.

Diles un “viva Jesús” de mi parte y que recen por mí un Avemaría. Yo las encomiendo todas las mañanas en la santa Comunión.

Diles también a las Hermanas que recen mucho por mí, por nuestra Congregación y por los superiores que tanto se sacrifican por nosotras.

Le da noticias de una hermana de ésta a la que dice que cuida mucho, y sigue:

Está alegre, anima a las demás, ten cuidado de la salud y sé humilde.

Presenta mis respetos a vuestro director, encomiéndame a sus fervorosas oraciones y escíbeme cuando tengas ocasión. Que Dios te

bendiga y te haga toda suya y en su Corazón Sacratísimo, créeme siempre en Jesús, tu afectísima la pobre,

Sor MARÍA MAZZARELLO.

(Carta núm. 25, pp. 197, 199 y 201.)

2. ¡Curiosa coincidencia! El mismo día que la Madre escribía a la directora de Villa Colón, ésta, que había sido formada por la Madre y, muy humilde, había llevado a América el espíritu de Mornese, daba a Don Bosco noticias, en particular, acerca de la vida de piedad y de trabajo que la comunidad llevaba y del bien que con la gracia de Dios se estaba haciendo, y del que se esperaba hacer aún mayor, y añadía:

... Yo, mi buen Padre, soy tímida. Imagínese cómo voy a dirigir dos casas, ésta de Villa Colón y la de Las Piedras, si no soy capaz de gobernar una. Le pido que rece mucho por mí. También le suplico que me mande Hermanas sanas y santas y, entre éstas, a una que me quite la cruz, para que, en lugar de mandar, yo sólo tenga que obedecer; a mí me parece que es más fácil ir al cielo por el camino de la obediencia que por el del mando. No obstante, se cumpla siempre la voluntad de Dios y la de mis superiores.

Entre tanto, mi buen Padre, dígnese aceptar las felicitaciones y augurios para las fiestas de Navidad. Le deseamos un buen fin de año. Pida al Niño Jesús que nazca en nuestros corazones y nos encienda en su divino amor, abrasando en ellos todo lo que no le agrade. Pedimos y pediremos mucho por usted.

En el Corazón de Jesús me considero de V. S. ilustrísima y reverendísima, la más humilde de sus hijas,

Sor ANGELA VALLESE (2).

Villa Colón, 20 de octubre de 1879.

3. A las Hijas de María Auxiliadora se las estimaba mucho en América por su trabajo desinteresado y fecundo. El día 2 de noviembre, tres Hermanas abrían en La Boca una escuela para niñas externas y el inolvidable oratorio festivo.

(2) La carta está entera en el *Boletín Salesiano* de enero de 1880.

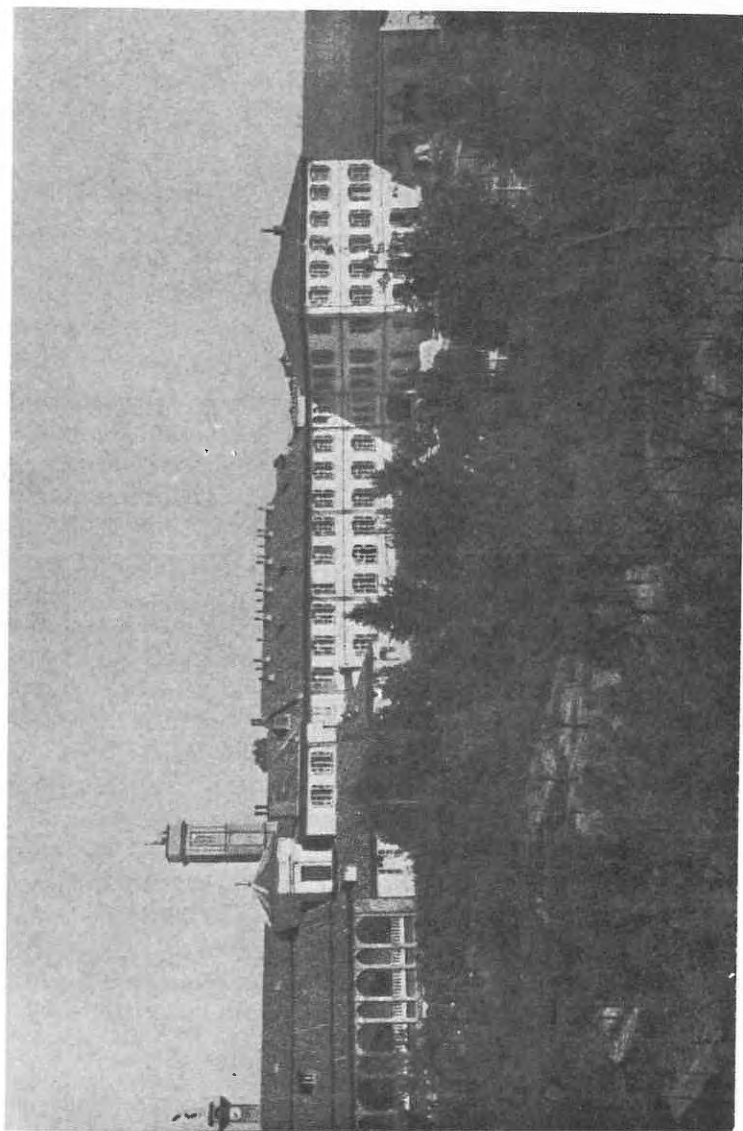
La Boca era un barrio habitado casi todo por italianos y peligrosísimo, porque estaban totalmente abandonados. Ningún religioso o sacerdote podía pasar por aquellas calles. Monseñor Aneyros pidió a los salesianos que intentasen ir a hacerles un poco de bien. Los salesianos valientemente fueron, aun con peligro de perder la vida, y llamaron también a las Hermanas. A unos y otras se les persiguió duramente; pero fueron fuertes y constantes; no se rindieron, sino que soportaron heroicamente todas las persecuciones y vencieron. Después de algunos años, aquel enorme barrio se regeneraba por la religión y la civilización cristiana.

4. También las casas de Italia prosperaban, especialmente las de Nizza Monferrato, Bordighera, Chieri y Turín. Esta, como estaba cerca del Oratorio, era visitada por Don Bosco, que mandaba allí a sus hijos a guiar a las Hermanas maestras en las diversas ramas de la enseñanza, y para conferencias morales, religiosas y pedagógicas.

5. Hay de esta época algunas normas didácticas para la educación de las niñas, copiadas en una biografía de una hermana de la caridad, que murió con fama de santidad. Tales normas reflejan bastante bien el espíritu y el sistema de nuestro Fundador y Padre, y por esto se extendieron por todo el Instituto con gran ventaja.

Helas aquí:

- 1.^a Continua vigilancia.
- 2.^a Tratar a las niñas como te gustaría que te trataran a ti misma.
- 3.^a Corregirlas con la dulzura de María Santísima.
- 4.^a Cuando recéis, acordaros siempre de ellas.
- 5.^a Amad a todas sin parcialidades.
- 6.^a Contentaros con que tengan poca virtud, con tal de que no cometan pecados.
- 7.^a No exijáis que todas aprovechen lo mismo.
- 8.^a No uséis dureza al mandar, basta hacer que obedezcan con prontitud, sin preguntar los porqués.
- 9.^a Tened en cuenta la edad, la capacidad y el vigor de cada una en el momento de tratarlas.



La casa de Nizza Monferrato

- 10.^a Saber todo lo que las alumnas hacen o dejan de hacer.
- 11.^a No dar importancia a muchas de sus acciones.
- 12.^a Ni premiarlas ni castigarlas con mucha frecuencia.
- 13.^a No dejarlas nunca salirse con sus caprichos, ni perder la esperanza de que se enmienden.
- 14.^a Tratarlas con toda caridad, alegría y educación (3).

6. En noviembre, la Madre escribía así a las Hermanas de Borgo San Martino:

¡Viva María Inmaculada!

Nos acercamos a la hermosa fiesta de nuestra Madre, María Inmaculada. Sé que deseáis una carta mía, y estoy pronta a obedeceros, animándoos a hacer bien la novena, con todo el fervor posible y con la observancia de la santa Regla.

Tenemos que empeñarnos todas, especialmente en estos hermosos días, en la práctica sincera de la verdadera humildad, en aplastar nuestro amor propio y en soportarnos mutuamente y con caridad los defectos.

Debemos hacer con fervor nuestras prácticas, especialmente la santa Comunión, procurando observar con exactitud nuestra santa Regla, practicando mejor nuestros santos votos de pobreza, castidad y obediencia. Si lo hacemos así, la Virgen estará contenta de nosotras y nos obtendrá del Señor todas las gracias que necesitamos para hacernos santas.

En estos días acordémonos de renovar los buenos propósitos hechos en los santos Ejercicios y recemos mucho por nuestros queridos superiores y por las necesidades de nuestra amada Congregación, sin olvidar a nuestras Hermanas difuntas.

Animo, pues; trabajad con entusiasmo por Jesús y estad seguras de que todo cuanto hagáis y sufráis será recompensado en el cielo.

Estad siempre alegres en el Señor. Vuestra afectísima Madre,

Sor MARÍA MAZZARELLO.

(Carta núm. 29, pp. 213 y 215.)

(3) Del libro: *Alcune memorie della Vita di Suor Giuseppine Rosa, al secolo Margherita*, maestra de novicias en el Instituto de las Hijas de la Caridad, recopiladas y escritas por el cura párroco de Lovere, doctor Jeremías Bonomelli. Brescia, 1880, Tipografía del Pio Instituto en S. Barnaba.

7. Antes de poner fin a las noticias del año 1879, creemos una obligación hablar de una nueva práctica introducida entre las alumnas, que en Nizza habían alcanzado el magnífico número de sesenta.

Don Bosco en los colegios y en los oratorios había instituido la Compañía de San Luis Gonzaga. ¿Y para las niñas? Convenía que para éstas existiera la Asociación de las Hijas de María. Por esto, coincidiendo con que en este año hacía veinticinco años de la definición dogmática de que la Santísima Virgen, Madre de Dios y nuestra, en previsión de los méritos de Jesucristo, había sido concebida sin pecado original, se decidió a fundar la *Piadosa Asociación de las Hijas de María*. Don Lemoyne escribió un pequeño Reglamento y Don Cagliero vino a predicar un triduo de Ejercicios, expresamente para ellas: el día 8 de diciembre se inauguró la *Asociación*, imponiendo sólo la medalla de la Inmaculada a veintidós, que, por su comportamiento, parecían mejores.

No se puede imaginar lo que la santa Madre gozó con la institución de la *Asociación de las Hijas de María* para las alumnas; ¡ella que de jovencita había sido Hija de la Inmaculada! Gozaba por la tiernísima devoción que tenía a la Santísima Virgen y porque veía en la *Asociación* un medio eficaz para mantener el fervor entre las alumnas y para cultivar, además, las vocaciones religiosas.

8. Don Cagliero, el mismo día, dio el hábito religioso a quince postulantes y recibió los votos religiosos de doce Hermanas; cuatro de éstas los hicieron perpetuos.

Así, a despecho de los malos, que habrían querido destruir el Instituto, éste crecía; sus artimañas le habían servido a Dios para darlo a conocer, para mandarle muchas señoras para hacer los Ejercicios Espirituales, y aumentar así el número de las alumnas y de las postulantes; de este modo se cumplía una vez más el dicho de que «no hay mal que por bien no venga» y que sobre los hombres está la divina Providencia, que con fuerza y suavidad lo gobierna todo.

9. Don Cagliero, después, cuando llegó a Turín, mandó a la Madre, en nombre de Don Bosco, las florecillas que el Santo había escrito el 13 de diciembre de 1879, para los religiosos y alumnos de las casas salesianas; helas aquí íntegramente:

NOVENA DE NAVIDAD

para los religiosos y alumnos de las casas salesianas

«Sentimientos y resoluciones sugeridos por Don Bosco: 13 de diciembre de 1879»

La solemnidad de la fiesta de Navidad debe animar en nosotros los siguientes sentimientos y resoluciones:

- 1.º Por amar al Niño Jesús nos esforcemos en observar su santa ley.
- 2.º Soportar los defectos de los demás por amor al Niño Jesús.
- 3.º Confiar en la infinita misericordia de Dios y hacer el firme propósito de huir del pecado.
- 4.º Reparar el escándalo con el buen ejemplo, en honor del Niño Jesús.
- 5.º Por amor al Niño Jesús, huir de la inmodestia, aun en las cosas más pequeñas.
- 6.º Para obsequiar al Niño Jesús, examinar si las confesiones pasadas se han hecho con verdadero dolor.
- 7.º Si hemos sido fieles a los propósitos de las anteriores confesiones.
- 8.º Hacer revisión sobre las confesiones de la vida pasada, como hará Jesucristo en el momento del Juicio.
- 9.º Tomar la decisión de amar a Jesús y a María hasta la muerte.

FIESTA DE NAVIDAD

Comulgar fervorosamente y con frecuencia de ahora en adelante.
Con el deseo de celestiales bendiciones, vuestro amigo,

JUAN BOSCO, Sac.

APENDICE AL CAPITULO X, NUM. 1

Carta de Sor Juana Borgna a Don Bosco

Reverendísimo y queridísimo Padre en Jesucristo (4):

Le pido me perdone el haber tardado tanto en darle noticias de nuestra casa de Las Piedras. La causa ha sido, en parte, que lo he ido dejando y, por otra, el mucho trabajo que aquí tenemos. Ahora le escribo en los ratos que puedo, casi siempre por la noche.

Comienzo diciéndole que me han hecho vicaria de esta casa no por mis méritos, sino para hacer ejercitar en la paciencia a las dos buenas Hermanas que viven conmigo. Nuestra excelente Directora, Sor Angela Vallese, como es también la Directora de la casa de Villa Colón, se pasa allí la mayor parte del tiempo. Viene a vernos cada ocho días y está con nosotras mucho más tiempo del que puede, dándonos consejos y avisos. Si los pusiéramos en práctica nos serían suficientes, pero yo soy siempre Sor Juana... El Señor me perdone y no permita que haga alguna de las mías.

Aprovechando la ocasión de que el ilustrísimo Don Jacinto Vera, Obispo de Montevideo, y Don Costamagna vinieron a dar la misión en esta parroquia, hemos hecho también nosotras los santos Ejercicios, pero sin la tranquilidad con que los hacíamos en Mornese. Nos tocaba ir todos los días a la parroquia a explicar el catecismo a las niñas y, en otros momentos, teníamos que preparar para la Confesión y la Comunión a chicas ya mayores. Esperamos que el Señor habrá considerado buena esta obra de caridad y que nuestros Ejercicios no le habrán disgustado.

Don Costamagna, que predicaba en la parroquia y decía cosas apropiadas para nosotras, dejó también muy buen recuerdo a las jovencitas de nuestra escuela y les enseñó bellas alabanzas que había compuesto en su largo viaje por Patagonia. Se fue dejándonos a todas entusiasmadas. Verdaderamente, ahora sentimos un gran deseo de hacernos santas; pero no basta empezar, hay que perseverar. Confiamos mucho en la protección de nuestra amadísima Madre, María Auxiliadora, y en las oraciones de nuestro buen Padre Don Bosco.

El Señor bendice cada día más nuestros pobres esfuerzos y nos manda muchas chicas. Este es uno de los mayores consuelos para mi

(4) Insertamos esta carta publicada en el *Boletín Salesiano* de enero de 1880, porque describe la vida de las misioneras.

corazón y el de mis Hermanas. Le aseguro que las niñas son nuestra delicia, aunque algunas nos hagan también tragar quina.

Pero, en general, nos quieren bastante; al acabar la clase o el trabajo, en lugar de marcharse a su casa, quieren quedarse aún con nosotras. A veces tengo miedo a estar desobedeciendo, por no mandarlas irse rápidamente a la hora establecida. ¿Qué quiere? Ellas nos piden que las dejemos quedar y yo no me siento con fuerzas para contradecirlas, ¡y así pasan las horas!

Me preguntará: ¿En qué empleas el tiempo con estas chicas que tienen tan pocas ganas de irse a sus casas? Se lo diré: aun cuando aquí en América las jovencitas son poco amantes del trabajo, sin embargo, éstas nuestras, tan queridas, trabajan todas: unas cosen, otras hacen punto, algunas en redecillas, otras con el bastidor, y así sucesivamente. Mientras atienden al trabajo, rezan también el Rosario, que dirigen, por turno, las mayores. En seguida cantan alabanzas que les hemos enseñado en español y, además, en italiano, como, por ejemplo, ésta:

«¡María, eres pura, eres piadosa, eres bella,
y las almas todas saben
que Madre más dulce no existe en la tierra!» (5).

Ahora que se acerca el mes de María (en América el mes de María se celebra en noviembre, ya que es cuando están en primavera), les estamos enseñando a cantar las letanías, el Ave Maris Stella, etcétera. Otras veces, historietas edificantes, o bien, las exhortamos a ser buenas y a obedecer a sus superiores; con frecuencia les recomendamos que huyan de las malas compañías y no den oídos a los malos y a los impíos en cosas de religión; en resumen, les decimos todo lo que sabemos que es bueno.

Tienen, después, un corazón bellísimo, ¿sabe? Al oír nuestras narraciones se emocionan y, a veces, lloran de alegría. Todos los meses se acercan a recibir los santos Sacramentos. En esta ocasión, nuestro reverendo director, Don Luis Lasagna, desde el colegio de Villa Colón se traslada aquí para confesarlas y darles una plática apropiada.

A estas sagradas funciones acuden no sólo las chicas de nuestras escuelas, sino, además, las de las escuelas del Ayuntamiento, aunque

(5) Sei pura, sei pia, sei bella o Maria,
ogni alma lo sa
che Madre più dolce, il mondo non ha!

tengan que vencer no pocas dificultades. ¡Pobrecitas! Son las que no pueden aguantar más y, de cuando en cuando, vienen aquí con nosotras. ¡Que el Señor las bendiga y las haga a todas de El!

Estamos en un país muy bueno, pero, a pesar de ello, no faltan los sufrimientos. Uno de éstos lo tuvimos por el Inspector provincial de Enseñanza, quien, contrariamente a la libertad que se goza en esta República, quería intervenir en nuestros colegios privados y mandar como en las escuelas del Estado. Al enterarse de esto nuestro director, fue en persona a ver al mismo Presidente de la República, quien al oírle de qué se trataba le preguntó: «La casa donde se dan las clases, ¿de quién es?» «Es mía, señor Presidente». «Entonces, vaya tranquilo —le añadió éste—, que nadie tiene derecho a intervenir allí», y así el Inspector tuvo que desistir de sus pretensiones. Como nosotras no buscamos otra cosa que hacer el bien a la juventud, estamos seguras de que el Señor nos defenderá y vivimos tranquilas.

Todos los domingos vamos a la parroquia a explicar la doctrina cristiana a las chicas, y nos resulta muy consolador poderle decir que nos vemos rodeadas por las que quieren oírnos, también mujeres ya mayores. Además de estas ocupaciones, cuidamos la cocina de los salesianos encargados de la parroquia, de lavar, coser y planchar la ropa de la iglesia.

Sólo somos tres Hermanas para hacer todo esto; le aseguro que, a pesar de nuestra buena voluntad, a veces no podemos llegar a todo. Hemos pedido ya que nos manden a una Hermana que nos ayude, pero los superiores no saben de dónde sacarla, ya que en Villa Colón hay escasez de personal y en Buenos Aires las Hermanas van a abrir una nueva casa en la extensísima parroquia de Boca. Mándenlos usted dos Hermanas, mi reverendo Padre, de Turín o de Nizza, y se lo agradeceríamos muchísimo. ¡Oh!, si tantas jóvenes buenas como hay en el mundo supieran el gran bien que podrían hacer, en estos países, a tantas pobres niñas estoy segura que harían todo lo posible para consagrarse al Señor y volar en nuestra ayuda. El buen Dios las ilumine y les conceda esta vocación.

Entre tanto, por si no pudiera escribirle de nuevo antes de Navidad, aprovecho esta ocasión para desearle unas felices fiestas y una buena salida y entrada de año, también en nombre de mis Hermanas, que son Sor Victoria Cantú y Sor Laura Rodríguez, nuestra primera Hermana americana. ¡Que el Señor le conceda muchísimos años llenos de felicidad, entre sus hijos! Que también nos alcance la gracia de ver a V. R. en estos países. Nosotras le

esperamos el próximo año 1880 con la Madre General, como se lo prometió a las Hermanas que llegaron aquí últimamente.

Háganos el favor de transmitir nuestros saludos a las queridísimas Hermanas de Turín y les comunique que rezamos por ellas siempre, y por esto esperamos, a cambio, que ellas tampoco nos olviden en sus fervorosas oraciones.

Ya acabo, para no abusar de su paternal bondad, y las tres le pedimos que rece para que nos hagamos santas.

Perdone mi mala caligrafía y me sienta, en los Corazones de Jesús y de María, su pobre hija,

Sor JUANA (6).

Las Piedras, 15 de octubre de 1879

(6) Fijese el lector en la firma «pobre hija», igual que Madre Mazzarello firmaba: «La *pobre* Sor María».

CAPÍTULO XI

Celo por las niñas

1. Amor puro y sobrenatural de Santa María Mazzarello a las niñas.—2. El vestido para una niña. Infunde su celo en las Hermanas y quiere que formen a las niñas en la verdadera piedad.—3. En el taller. Con las oratorianas.—4. Que las alumnas sean estudiosas, piadosas y sinceras.—5. Miedo al pecado y método preventivo.—6. Motivos sobrenaturales al corregir.—7. Instrucción religiosa.—8. Preocupación por la pureza.—9. Formar a las jóvenes para la familia, pero sin olvidar las vocaciones.—10. La piedad no puede vivir con la vanidad. Cómo corrige a su sobrinita.—11. Las hijitas. Pequeños premios.—12. Llevada en triunfo.—13. También se puede amar al Señor siendo una ignorante. Enseña a las alumnas a hacer pequeñas renunciaciones.—14. Su conversación.—15. Cuidados especiales. Anécdotas.—16. Formarse un carácter fuerte en el bien. No coger a las niñas de la mano.—17. El valor del buen ejemplo. No permitir que te adulen.—18. Carta a las niñas de Las Piedras.

1. La Madre alimentó siempre un amor verdaderamente maternal hacia las niñas, ennoblecido por la fe y santificado por la caridad. Si bien por lo que hemos dicho que hacía en Mornés, tanto cuando era seglar como cuando fue religiosa, se ve con bastante claridad la actividad como educadora de toda su vida; no obstante, le pedimos al lector nos disculpe que contemos también, con todos los detalles, lo que hacía en Nizza Monferrato, ya que se puede decir que Santa María Mazzarello vivió continuamente de estos dos amores: el amor a Dios y a la propia santificación y el amor a la educación de la juventud.

Ella no se detenía a mirar lo exterior de las chicas; la atracción de su rostro o de su trato; su nacimiento o sus modales señoriales. Ella penetraba en lo interior y en todas, ricas y pobres, veía el alma espiritual o inmortal, imagen de Dios y redimida por la preciosísima Sangre de nuestro Señor. Por eso habría hecho por ellas cualquier sacrificio y soportado

cualquier dolor, con tal de que sus almas fueran cada vez más hermosas delante de Dios y no se cansaran nunca de practicar la virtud.

2. Si se encontraba por el camino a alguna joven, la seguía con su mirada amorosa y, por lo general, le regalaba una medallita o una estampa.

Una Hermana nos contó varias veces un hecho del que fue testigo cuando era novicia, parecido a aquel que hemos referido en el capítulo XIX de la segunda parte. He aquí la declaración que hizo en el Proceso Apostólico: «Un día, en otoño de 1880, un grupo de novicias habíamos ido de paseo a Incisa, en compañía de la Madre y otras Hermanas. De pasada, encontramos a una niña de ocho a nueve años con un vestido todo deteriorado y roto. La Madre, apenas la vio, se volvió hacia las Hermanas, preguntando quién tenía una falda en buen estado. La cogió (y sentándose a la sombra de un moral), la cortó e hizo un vestidito para la niña, dándole también los retales, para que se los llevara a su mamá, con el fin de que se lo pudiera arreglar cuando se le rompiese» (1).

Recomendaba también a las Hermanas que se interesaran con frecuencia por las niñas.

«Destacaba en ella —escribe una de éstas— un amor sincero y profundo a las almas juveniles y sabía transmitir su celo a nosotras, maestras y asistentes, enseñándonos prácticamente a formar los corazones de las jóvenes en la sólida piedad y en las virtudes cristianas.»

3. En el taller se tenía que hacer un poco de lectura, rezar el rosario y otras oraciones, como vimos que había establecido desde el principio en Mornese; a ninguna se la permitía hablar en voz baja, costumbre que existía en todos los talleres de las Hijas de María Auxiliadora (2).

Animaba con frecuencia a todas las alumnas a saludar a la Virgen cada vez que el reloj daba la hora y repetir la máxima:

(1) Proc. Ap., p. 249.

(2) Proc. Ap., p. 23.

«Una hora de menos en mi vida y una hora más de la que tendré que dar cuenta a Dios», e insistía en que reflexionaran bien en el significado de estas palabras (3).

No se olvidaba de las oratorianas y, siempre que podía, se encontraba a gusto en medio de ellas; a las Hermanas les recomendaba que atrajeran al oratorio el mayor número posible, sirviéndose de los juegos, los cantos; las enseñaran el Catecismo, las formaran en la sólida piedad y no dejaran de cultivar las vocaciones religiosas. Una de estas oratorianas, que después se hizo Hermana, declaró: «El primer canto que yo aprendí, primero como oratoriana y después como alumna en Nizza, fue: *En la ciudad de los Santos*» (4).

4. «Quería que las alumnas fueran estudiosas y trabajadoras, pero, sobre todo —escribe otra Hermana—, quería que aprendieran a amar al Señor y recomendaba a las maestras que les inculcaran las verdades de la religión y el temor de Dios. Ella después se acercaba a las más díscolas y no las dejaba hasta que, con su bondad y dulzura, no las había ganado y hecho verdaderamente piadosas.»

Continuaba recomendando a las chicas, especialmente, la devoción a María Santísima, a San José, al Ángel de la Guarda, a las Almas del Purgatorio y la frecuencia de los santos Sacramentos.

Como en Mornese, también en Nizza, contra los vicios que más luchaba eran la vanidad y las mentiras, y ¡ay! si se daba cuenta de que alguna había dicho una mentira o fingía una piedad que no tenía.

Madre Enriqueta Sorbone nos contaba y lo declaró después en el Proceso: «En una ocasión se enteró de que una sobrinita suya, alumna en el Instituto, había dicho una mentira, y por esto la castigó públicamente a fin de que todas las niñas tuvieran horror a mentir» (5).

(3) Proc. Ap., p. 25.

(4) Proc. Ap., p. 84.

(5) Proc. Ord., p. 224.

5. Una Hermana, hablando del tiempo en que ella era alumna, escribe: «Tenía un temor indescriptible al pecado y vigilaba continuamente para que no penetrara en casa». Por esto, recomendaba a las Hermanas encargadas de la enseñanza o de la asistencia que practicaran siempre el *Sistema preventivo* que el Santo había puesto como base de su sistema educativo y decía: «No dejéis solas a las niñas, no las dejéis nunca solas: vigiladlas continuamente».

La Madre Angiolina Buzzetti declaró: «Nos exhortaba a vigilar y a asistir a las niñas constantemente, para que no se pusieran en peligro de pecar. Y nos animaba, principalmente por la noche, a rezar para que el pecado no entrara en casa. Y cuando manifestaba el temor de que realmente hubiera entrado, lo decía de tal modo que ponía en todas un gran miedo a estar manchadas por él» (6).

6. Como San Juan Bautista de La Salle, la Beata Canossa y el Santo Fundador, en las correcciones aducía y quería que se adujesen motivos sobrenaturales, esto es, se hiciera reflexionar a las jovencitas que con las faltas se ofende a Dios, se mancha el alma y otras verdades semejantes. Un día, al pasar, oí que una Hermana decía a una niña: «Si te portas así desagradadas a tus superiores y a tus padres». Ella rápidamente se fijó y observó que se debía decir: «Si no cumples tu deber, disgustas a Dios y haces sufrir a la Virgen» (7).

De esta manera inculcaba en sus hijas tener sólo como punto de mira el bien de las almas, sin preocuparse demasiado por las cualidades exteriores.

7. Procuraba que tanto las alumnas como las oratorianas recibieran una instrucción religiosa seria y práctica; decía a las Hermanas: «Si mantenéis alejadas del pecado a las niñas y a las jovencitas mientras están en esa edad, vivirán después bien durante toda la vida» (8).

(6) Proc. Ord., p. 219.

(7) Proc. Ap., p. 51.

(8) Proc. Ord., p. 257.

Una Hermana dijo: «Nos mandaba a las Hermanas dar el Catecismo a las chicas y en casa era muy exigente en lo que se refería al Catecismo que se explicaba a las alumnas y a las postulantes» (9).

8. Era todo celo para que las chicas amaran la pureza y conservasen puros sus corazones; lo mismo recomendaba a las Hermanas.

Y Madre Buzzetti: «Deseaba que inculcásemos especialmente esta virtud en los oratorios festivos y en los colegios» (10).

Y otra Hermana: «Demostraba con los hechos que amaba muchísimo la virtud de la pureza, se la recomendaba a las jóvenes y a las Hermanas, les inculcaba la devoción a San Luis Gonzaga; les hacía ver que a una jovencita, cuando le falta esta virtud, le falta todo. Quería que los libros que leían fuesen examinados y aprobados por los sacerdotes, porque decía que una sola palabra podía hacer peligrar a la bella virtud» (11).

«A imitación de nuestro Santo Fundador —escribía Sor Lorenzina Natale—, las jovencitas fueron el objeto de los solícitos cuidados de nuestra inolvidable Madre. Gozaba teniendo cerca a las chiquitinas, porque amaba tanto la pureza de sus almas que le parecía que, estando con ellas, estaba rodeada de angelitos. ¡Cuántas cosas les contaba sobre la hermosura de un alma pura, y cómo las entusiasmaba hablándolas del cielo!... Vigilaba especialmente la conducta de las mayores, las vigilaba atenta, les infundía el amor a la pureza, las corregía con dulzura, se ganaba su alma con la amabilidad en el trato, procurando, con todo cuidado y diligencia, hacer de ellas otros tantos modelos de virtud para sus familias.»

Y Sor Angiolina Cairo, que fue alumna en Nizza: «En aquel ambiente de cielo, formado por la Sierva de Dios, existía un gran miedo a cuanto podía ofender al Señor, especialmente a lo que podía perjudicar o sólo poner en peligro a la pureza. Con este fin, se inculcaba continuamente la mortificación de la

(9) Proc. Ord., p. 258.

(10) Proc. Ord., p. 332.

(11) Proc. Ord., p. 332.

vista, la vigilancia en las palabras y la guarda del corazón. Huíamos como de la peste, también nosotras las niñas, de las conversaciones que olían a mundo, de toda lectura que nos podía turbar algo...

»Recuerdo que mientras la Madre estaba en Nizza y, por esto, por su mandato se devolvió a la familia a una alumna que probablemente no hablaba con la delicadeza que se exigía en la casa, y otra estuvo alejada de las compañeras unos días por una conversación que mantuvo sin mala intención, pero peligrosa.

»Me acuerdo, como si sucediera ahora, de que por la impresión que me hizo el castigo que dieron a mi compañera, sentí deseos de irme del colegio; más tarde comprendí toda la sabiduría y el amor por las almas de aquel espíritu superior, al hacer cosas tan desagradables» (12).

9. Aunque ponía cuidado en formarlas para la familia, no perdía de vista jamás las vocaciones religiosas; por esto, sin cansarlas o hacerlas sospechar que las quisiera a todas Hermanas, sabía decir a tiempo y lugar la palabra oportuna y llena de vida sobre la vanidad del mundo y de los bienes de la tierra, de manera que todas se sentían arrastradas a amar a Dios y muchas, además, a abandonarlo todo para servirle más de cerca.

Una Hermana escribe: «Sabía con la sencillez en los modos y en las palabras infundir el verdadero espíritu de piedad, y muchas, atraídas por el encanto de sus palabras, se hicieron religiosas».

10. Muchas veces le dijo a Sor Pacotto: «No te olvides de que en las jóvenes no habrá nunca una verdadera piedad si son vanidosas en las palabras o en los vestidos».

Había admitido en Mornese, y después en Nizza, a una sobrinita que, un poco dada a la vanidad, le gustaba que la familia la viera con su bonito delantal. La Madre se lo quitó y,

(12) Proc. Ap., p. 325.

debiendo aquélla ir al locutorio a ver a los parientes, le ordenó que fuese con trajes sencillos y zapatos gastados. La niña se resistía y lloraba, pero ella: «¿Quién crees que eres? Porque te dicen que eres la sobrina de la Madre General, ¿crees que te puedes vestir con afectación? ¿No sabes que nosotras somos de familia pobre y no tenemos más que miserias? Vete vestida así». Se mantuvo firme y continuó enseñándola hasta que vio que ya se había corregido.

Decía bromeando a las chicas: «Los adultos tienen el amor propio grande, vosotras lo tenéis pequeño y debéis de combatirlo para que no se agrande».

11. Igual que el Apóstol San Juan llamaba *hijitos* a sus discípulos, también la maravillosa Superiora llamaba *hijitas* a las alumnas y las amaba con un afecto verdaderamente maternal. «Recuerdo —escribe una— la ternura con que nos trataba a las alumnas, a las que nos llamaba sus hijitas. Pensaba en cómo procurarnos, de vez en cuando, algún consuelo; nos proporcionaba una excursión al campo, nos invitaba a comer con ella y con las Hermanas con ocasión de alguna fiesta, nos regalaba cualquier objeto religioso que nos había traído de lugares lejanos o nos buscaba otras cosas.»

Una segunda escribe: «De modo que atribuíamos, sin más, a su pensamiento y decisión todo lo que nos alegraba la vida y la animaba al bien.

»Cuando regresaba de sus viajes quería saber cómo nos habíamos portado cada una durante su ausencia y, cuando las noticias eran buenas, nos regalaba caramelos o imágenes. Todo le proporcionaba tema para animarnos a ser buenas y a practicar la virtud.

»Todo lo que le regalaban era para sus *hijitas* y, durante el recreo, se veía con frecuencia rodeada por ellas y, con el efecto y el cuidado de una madre, entregaba a éstas unas medalla de María Auxiliadora porque había animado el juego; a aquélla una imagen, porque se había merecido, en la clase o en el estudio, la nota máxima, a juicio de su maestra; a otra un caramelo o un dulce, para que se curase del mal del pueblo,

como ella decía, esto es, para que venciese la nostalgia que sentía al estar lejos de la familia.

»Quien en estas ocasiones hubiese observado a Madre Mazzarello en los patios de Nizza, entre aquella multitud alegre de alumnas, no habría sabido distinguir quién gozaba más, si la Madre al dar o las *hijitas* al recibir.

»Recuerdo aún los gritos de júbilo que brotaban espontáneos de nuestros corazones cuando la asistente nos anunciaba que la Madre Superiora vendría con nosotras al recreo: había que verlas correr y empujarse para estar más cerca de ella».

12. No sólo se empujaban para estar junto a ella, sino que la llevaban, sin más, triunfalmente y ella las dejaba hacer, con tal de ver contentas a sus *hijitas*. «Yo era pequeñita —escribe la superiora de una casa— y recuerdo muy bien haber visto llevar en triunfo, sobre un sillón, a Madre Mazzarello, entre las aclamaciones y vivas de todas sus hijas. Como era tan chiquitita no sabía explicarme la razón de lo que veía, pero ahora comprendo muy bien que tal acto era fruto de la veneración, de la estima y del santo cariño que las hijas sentían por la Madre, quien, con caridad, celo y fortaleza, educaba y dirigía el tropel que con entusiasmo filial la rodeaba.»

13. La señora Alfonsina Fracchia, de Alessandria, de la que más arriba incluimos una bonita declaración, nos decía: «¡La Madre era muy caritativa y humilde! En Nizza los jueves era obligatorio hablar en francés entre nosotras. Un jueves, la asistente nos dijo: “Hoy hablad en francés con todas. Si alguna no entiende, ¡paciencia!, no debéis hablar nada en italiano”. En el recreo, después de comer, he aquí que la Madre viene con nosotras y nosotras, alegres, la saludamos en francés. Ella sonrió y nos contestó: “Vengo con vosotras, pero sé menos que vosotras, porque no he estudiado; pero me entendéis lo mismo cuando os hablo. Sabed que también sin tener cultura se puede amar al Señor, porque para amar no es necesario haber estudiado, sino sólo se necesita el corazón y la buena volun-

tad", y después nos recomendó que amásemos mucho a Jesús y fuéramos con frecuencia a visitarlo en el Santísimo Sacramento, recomendaciones que yo nunca he olvidado».

Enseñaba a las alumnas la manera de hacer pequeñas renunciás, sin que nadie se diese cuenta, para agradar a Jesús y a María; de aprovechar todas las ocasiones, pero sin escrúpulos, de hacer con ellos un ramillete para ofrecérselo después a Jesús en la sagrada Comunión. Decía: «Sabed pasar por alto una descortesía, una palabra poco amable, poned remedio al olvido de una compañera, no digáis una palabra que la pueda humillar y Jesús y María estarán contentos de vosotras».

14. No participaba ya en sus juegos como cuando estaba en Mornese, pero, a pesar de esto, el recreo en su compañía resultaba siempre ameno, instructivo y se pasaba en un vuelo, porque sabía muy bien compaginar las cosas chistosas con las importantes, las serias con las divertidas, de tal manera que las alumnas habrían querido que no terminase nunca.

«Aunque de carácter enérgico y pronto —escribe una Hermana que fue alumna en Nizza—, sin embargo, sabía hacer tan dulce y agradable su conversación que las alumnas deseaban siempre vivamente la ocasión de ver a tan querida Madre y oírla hablar; una palabra suya en particular era, después, para cada una gran alegría, una fiesta, el premio mejor que las podían dar.»

Además, a la Madre, estuviera sola o acompañada, no se le acercaba ninguna niña sin que le dirigiese unas palabras edificantes y piadosas (13).

Las amaba a todas igualmente: «La imparcialidad era una de sus características y por esto se la amaba tanto» (14).

Por la noche invitaba a las niñas a elevar la mirada al firmamento y les decía: «Un día estaremos en el cielo y las estrellas estarán todas bajo nuestros pies» (15).

(13) Proc. Ap., p. 209.

(14) Proc. Ap., art. 124.

(15) Proc. Ap., art. 82.



Capilla-Santuario de María Auxiliadora de la Casa madre
de Nizza Monferrato como era en la época de M. Mazzarello

15. Se aseguraba de que se las trataba bien, de que estaban contentas y «no sólo se preocupaba del bien de las alumnas en general —escribe una Hermana—, sino del de cada una en particular, y muchas tuvieron ocasión de probar los efectos de su bondad y amabilidad». Recuerda cómo ella misma lo probó varias veces y cómo, al volver de asistir a la muerte de una hermana suya religiosa, la llamó y la dijo: «Tu hermana, antes de partir para el cielo, te confió a mí: de ahora en adelante yo seré tu hermana». Y no fueron sólo las palabras, «porque, casi a diario, me llamaba y se interesaba por mi bienestar físico, intelectual y moral, con tanto afecto que una madre no habría podido hacer más».

Y otra: «Yo era buena, pero muy charlatana y la Madre lo sabía. Era nuestra asistente Madre Enriqueta Sorbone, que era ya del Consejo Generalicio. La Madre la necesitaba con mucha frecuencia y la llamaba para que fuera con ella. Una vez, Madre Enriqueta le respondió:

—¿Y las niñas?

—Pon a Sofía de asistente.

»La asistente lo hizo. Aquel acto de confianza me decidió a corregirme y a observar bien el silencio prescrito».

Una Hermana nos decía: «Mi hermana y yo ingresamos en el colegio en julio de 1880. En agosto hubo la distribución de premios a las alumnas mejores. Mi hermana y yo no nos merecíamos ningún premio ciertamente, pero, como en mayo se nos había muerto papá, la Madre nos mandó llamar y nos entregó a cada una un bonito libro, para que no sufriésemos al ver que a las otras se las premiaba y a nosotras no.

»Recuerdo además que la víspera de mi primera Comunión me hizo declamar una poesía delante de todas las alumnas y Hermanas; después, mientras ella me dirigía unas buenas palabras, le dije: “Tengo todavía tres pecados”, y ella, sin más, en seguida mandó llamar al confesor, Don Lemoyne, para que me desahogase con él y pudiera ir tranquila a dormir. ¡Era muy delicada!»

Otra cuenta: «Tenía las manos hinchadas por los sabañones, pero ni las maestras ni las asistentes habían hecho caso.

Un día estaba sentada al piano y pasó por allí la Madre, que vio y examinó maternalmente mis manos hinchadas, me compadeció y después me dijo: "Espera, espera, voy a buscar lo que te vendrá bien". Se fue, hizo hervir vino y después me curó y me vendó las manos con la bondad propia de una madre. Efectivamente, me parece que, en mi ya larga vida, no he encontrado nunca a nadie que fuera tan maternal como Madre Mazzarello.

»Jamás me hizo una caricia, jamás; ni la vi nunca hacérsela a otras, y recuerdo que tenía un continente digno que inspiraba respeto y nos hacía estar en nuestro puesto; pero recuerdo también que en cada palabra, en cada acto, se veía y se sentía siempre a la *Madre*.

»Deseo contar aún otras dos cortas anécdotas. En 1880 me parece, mi hermana debía recibir premio y yo no. En aquel tiempo yo cantaba muy bien y en la academia, para la distribución de los premios, en la que estaban presentes mis padres, muchos señores, y pienso que también Don Bosco, las maestras me hicieron subir al escenario y cantar mucho. Al acabar los cantos, mis compañeras se bajaron, pero como yo no era de las premiadas, me escondí avergonzada detrás de un bastidor. Nadie pensó en mí, pero de repente oigo que me llaman por la ventana. Me vuelvo: era la Madre que me hacía señas de que me acercara a ella. Corro y ella me entrega un precioso libro con las pastas doradas, diciéndome que era mi premio. ¿Qué había sucedido? La Madre, que observaba siempre todo, había adivinado mi apuro; muy rápida había salido a buscar un libro y me lo había llevado, para que también yo, que tanto había cantado, pudiera bajar a unirme con mis padres con el premio, como lo tenía mi hermana.

»En una gran fiesta teníamos mucho que cantar en la velada y después aún en la iglesia, durante las Vísperas. Después de la velada estaba muy cansada y me fui a llamar a la ventanilla de la cocina.

—¿Qué quieres?

»La Hermana me pregunta.

—Algo caliente porque todavía debo cantar mucho.

»La Hermana se vuelve y habla en voz baja con alguien y después me contesta que puedo cantar igualmente sin tomar nada.

—¡Paciencia!

»Apenas me había alejado unos pasos, oigo que dan fuertes golpes en la ventanilla. Me vuelvo y la Madre me dice:

—Espera que te damos lo que te va a ir bien.

»¿Qué había sucedido? La Madre que estaba en la cocina, al principio entendió que la que tenía que cantar era una Hermana, que ni siquiera era del canto, y había respondido que no; después comprendió la equivocación, me llamó y, en cinco minutos, me preparó una bebida caliente y dulce que me hizo bien al cuerpo, pero más que la bebida hizo bien a mi alma el acto materno que no olvidé nunca más».

Hay otras que recuerdan atenciones de otro género, por lo que cada una se creía que era la más amada por la Superiora.

16. Pero en sus cuidados y atenciones no había algo desagradable ni zalamerías; quería, más bien, que las Hermanas y las alumnas se formaran un carácter fuerte, capaz de sufrir cualquier cosa, antes que faltar a la virtud o el deber. En los avisos y en las conferencias, después recomendaba muchas veces a las Hermanas que no cogieran nunca por la mano a las niñas.

17. No dejaba marchar a ninguna Hermana a otra de sus casas sin recomendarle que diera buen ejemplo a las chicas. Siempre les repetía: «Recordad que la misión mejor es la del buen ejemplo. Recordad que se obtiene más callando y obrando que predicando sin obrar».

Al contestar a las Hermanas que le escribían diciéndole que tenían mucho trabajo, especialmente para dar el Catecismo a las jovencitas, les decía que se alegraba de esto, y nunca dejaba de recomendarles que dieran buen ejemplo y, además, «estar atentas para no permitir ni buscar que las adularan, no ambicionar que las prefirieran a las demás, sino, al contrario, despreciar toda manera de llamar la atención y ser las primeras

en demostrar que nuestro corazón está hecho solamente para amar al Señor». Después les encargaba siempre que saludaran a las niñas en su nombre y les hicieran rezar por sus intenciones.

18. Ciertamente, habrá contestado también a las jovencitas que la escribían, pero no hemos podido encontrar más que una carta dirigida a las de Las Piedras, y la ponemos toda entera.

Nizza, 9 de julio de 1880.

¡Viva Jesús y María!

Mis buenas y queridas niñas:

¡Cuánto me ha gustado vuestra hermosa carta y qué buenas sois al acordaros de mí y asegurarme cosas tan buenas! También yo, aunque no os conozca, os quiero mucho y rezo por vosotras para que el Señor os conceda todas las gracias y bendiciones que deseáis para mí. Rezad siempre por mí, que también yo rezo por vosotras para que el Señor os haga crecer buenas, piadosas y obedientes.

Acudid con confianza a las Hermanas, decidle que os enseñen a amar al Señor y a aprender bien vuestros deberes de buenas cristianas. Huid siempre de las malas compañías y no vayáis más que con las buenas.

Sed muy devotas de María Santísima, nuestra tiernísima Madre; imitad sus virtudes, especialmente la humildad, la pureza y el recogimiento; si lo hacéis así estaréis contentas en la vida y en la muerte.

Tengo muchos deseos de ir a haceros una visita; rezad y, si es voluntad de Dios, iré; si no, nos veremos en el cielo y será mucho mejor. Sed buenas todas para que podáis ir al cielo.

Escribidme alguna vez; me dan mucha alegría vuestras cartas. Quered a vuestras maestras y a vuestras asistentes, pero, sobre todo, amad a Jesús y María.

Como agradecimiento por vuestras felicitaciones, quisiera mandaros una bonita estampa a cada una, pero ¿cómo hacer? Sois muchas y la carta pesaría demasiado; por esta vez se la mando a la que ha escrito la carta, ¿estáis contentas? Cuando vaya a haceros una visita os la llevaré a todas. Mientras tanto, sed buenas y rezad por mí.

Os saludo a todas y en el Corazón de Jesús creedme vuestra afectísima,

Sor MARÍA MAZZARELLO

(Carta núm. 44, p. 283 y 285.)

Este amor por las niñas no se acabó nunca y continuó cada vez más vivo, aumentando hasta su muerte. Todavía en su última enfermedad se interesaba por ellas. «Era yo alumna —escribe una Hermana— y la Madre, unos días antes de su enfermedad, me llamó a su lado y me habló con tanta fuerza y fervor del estado religioso, que yo salí de allí maravillada, conmovida y profundamente edificada.»

CAPÍTULO XII.

La muerte visita el Instituto. Devoción a la Pasión del Salvador. Previsión y caridad de la santa Madre

(1880)

1. Muerte de Sor Calcagno (15 de enero de 1880).—2. Devoción de la Madre a la Pasión del Salvador. Lo que la mueve a hacer la guerra al pecado. Gracioso modo de hacernos comprender nuestra crucifixión con Cristo. Colocación del "Vía Crucis".—3. La viruela; la Santa dice a una postulante enferma de viruelas que se curará.—4. Muerte de Sor Emma Ferrero y sus rasgos biográficos (19 de marzo de 1880).—5. La Santa pasa la noche durmiendo en una silla. Su caridad con las enfermas y débiles.

1. El Angel de la muerte, de vez en cuando, visitaba el selecto jardín del Instituto para cortar flores fragantes de virtud y llevarlas al cielo. El 25 de enero de 1880, tras una larga y penosa enfermedad, se dormía santamente besando al Señor Sor Agustina Calcagno, que en vida había edificado a las Hermanas, «especialmente por su continua unión con Dios, por su profunda humildad, la constante delicadeza en el trato y, sobre todo, por la observancia, casi escrupulosa, del santo voto de pobreza. Era tan delicada en cumplir este voto, que no soportaba que se perdiese ni un grano de arroz» (1).

2. La pérdida de Sor Agustina la sintieron todas las Hermanas y, particularmente, la Madre, que buscaba consuelo meditando en la voluntad de Dios y en la Pasión de nuestro amabilísimo Salvador.

(1) *Ved Rasgos biográficos de las Hijas de María Auxiliadora fallecidas en el primer decenio, página 28.*

Sabemos cuánta devoción, desde que era niña, tenía a la Pasión de nuestro Señor. Esta devoción que es, se puede decir, el distintivo de las almas que aman mucho a Dios, aumentó en ella con los años, y la consideraba, con razón, un medio eficaz para evitar el pecado e inflamarse en el amor a Jesús.

De religiosa, aún en Mornese, hacía con frecuencia el *Via Crucis* y, escribe Monseñor Costamagna, «cuando oía hablar del infierno me solía decir con toda franqueza: “No es esto lo que me mueve a hacer la guerra al pecado o a amar mucho a Jesús, sino el pensar en su Pasión y muerte. Háblenos de esto y verá cómo sacamos más fruto”».

Una religiosa declaró: «Durante el tiempo que viví con la Sierva de Dios no la oí nunca hablar del infierno». Y recuerda cómo una vez la oyó pedir a Don Costamagna que no predicara sobre el infierno, sino sobre el amor de Dios, asegurándole que habría obtenido un fruto mayor (2).

Las Hermanas recuerdan que, con frecuencia, en las conferencias, en las buenas noches y en los mismos recreos, les hablaba del amor y de la Pasión de nuestro Señor, animándolas a amarlo y hacerlo amar y a sufrir todo por su amor (3); se acuerdan de que algunas veces cogía con la mano el crucifijo que llevaba colgado del cuello y, señalando con el dedo la imagen de Jesús, decía: «El aquí —después dándole la vuelta y señalando la Cruz— y nosotras aquí». Así hacía comprender sensiblemente que se debía vivir crucificadas con nuestro Señor.

Ahora, en Nizza, cuando oía hablar de su iglesia, decía: «Nos falta una cosa: un hermoso *Via Crucis* y mostraba un gran deseo de tenerlo. Unos buenos cooperadores la complacieron y el 17 de febrero de este año 1880 se colocó allí solemnemente, con la intervención del director general, de muchos sacerdotes y del pueblo.

La Madre tuvo con esto un indecible gozo, porque lo consideraba un gran medio para hacer florecer la piedad. «Era

(2) Proc. Ap., art. 190.

(3) Proc. Ord., p. 171.

la primera en llegar a la iglesia —decía una Hermana— y antes de que la comunidad se reuniese, ella ya había hecho su *Vía Crucis*».

3. En este tiempo, varias ciudades del Piamonte se vieron atacadas por la viruela, que se cobraba muchas víctimas; sólo en la ciudad de Nizza murieron más de trescientas personas.

A las primeras noticias, la Madre ordenó rápidamente rezar oraciones especiales a María Auxiliadora y a San José, con una gran confianza en su protección.

Y no se equivocó, porque en el Instituto no hubo ninguna víctima, a pesar de que dos religiosas y tres alumnas tuvieron la enfermedad. «Hacía pocos días que había entrado como postulante —escribe una Hermana— y me parecía que no me sabría adaptar a la nueva vida y estaba siempre alrededor de la Madre, llorando, para que me diera el dinero para regresar a casa. Y ella, aunque con gran amabilidad, me decía que no me lo daría, porque María Auxiliadora me quería entre sus Hijas; decía que lo mío eran tentaciones del demonio. Un día, después, me trató con tanta dulzura que sentí que desaparecían todas las dificultades.

»Pero he aquí que me atacó la viruela con tanta violencia que el médico me dio por desahuciada. La Madre venía todos los días a verme y una vez dijo a quien me asistía: “Esta postulante no morirá de esta enfermedad”. Y en efecto, curé y ahora (1912), con treinta y dos años, trabajo contenta y tengo buena salud».

4. El 1 de marzo pasaba a la eternidad Sor Emma Ferrero, religiosa de muy buen espíritu, de la que damos algunos rasgos de su vida un poco extensos, porque fue ganada para Dios y para la religión por Santa María Mazzarello.

Cuando era niña, huérfana de madre, se había educado en un colegio de religiosas en Turín, de donde el padre, que era fotógrafo, la sacó a los quince años y la metió en una vida mundana, de fiestas y diversiones, no cuidándose más de que hiciera brillante figura en la sociedad. Tres años después tuvo

un revés de fortuna. Entonces quiso que su hija obtuviese el título de maestra. Le pidió a Don Bosco que se la aceptara en Mornese, con otras dos niñas. El Santo, oído el caso, las admitió.

Las tres hermanas entraron en la casa de Mornese, donde Emma, especialmente, llamó la atención no sólo por la elegancia de su persona y la belleza de su cara, sino por el mal humor, que la dominaba a menudo, y la hacía impaciente y maligna, al creerse la criatura más desgraciada que existía bajo la capa del cielo.

Todas las atenciones y todos los cuidados no servían, a menudo, más que para irritarla cada vez más. No quería tratar con nadie, ni que la hablaran de rezar, ni de los Sacramentos; sólo pensaba en sus propios vestidos, en darse polvos y pintarse la cara y en rizarse el cabello.

Las superiores, sea para ver si conseguían ganársela, sea para alejarla de las compañeras, la permitían retirarse a su aposento y se pasaba las horas revolviendo en su baúl y gozando con la contemplación de sus alhajas y adornos. Además mantenía secretamente correspondencia con un joven, que le mandaba cartas, que le escribía en parte con limón; le enviaba inocentes fotografías de niños que decía parientes suyos, pero entre el papel fotográfico y la cartulina había escrito lo que debía escapar a la vigilancia de las superiores. El comportamiento de la pobre joven era cada día más extraño, por lo que las Hermanas encargadas de las alumnas pedían que la mandaran a su casa, ya que les parecía que se trataba de una joven de la que nada se podía esperar.

La Madre, por el contrario, pronosticó que llegaría a ser buena y no la perdía de vista, buscando el momento oportuno de poderle decir una buena palabra.

Un día llega para Emma una carta con la fotografía de una señorita que decía que era su antigua maestra. La asistente, Sor Enriqueta Sorbone, va a consultar a la Madre, que estaba en la cocina, si debía entregársela a Emma o no. La Madre la examina, duda un momento, después le dice que no le parece bien que se la entregue y la arroja en el fuego. Y he aquí que,

con gran asombro, la fotografía, al contacto del fuego, se abre y deja ver un escrito. Rápidamente lo rescata y lee: «¿Qué haces entre éstas tu nuevas maestras? Creo seguro que acabarás perdiendo la cabeza. ¡Mi querida Emma, huye! Sé que no tienes todavía los medios para volver... Aprovecha un momento en que tus muy distinguidas maestras estén en la iglesia y podrás, por fin, vivir libremente. Aquí en Pinerolo gozamos muchísimo y todos lamentamos la falta de Emma. ¡Tú eras y volverás a ser nuestro sol!...» Y le indicaba los medios para una fuga romántica.

La Madre rezó e hizo rezar mucho a la comunidad y a las alumnas (4) y redobló sus cuidados para ganarse aquella alma. Tanto dijo y tanto hizo, que la joven le prometió que en Navidad se confesaría, cosa que no había hecho desde no sabía cuándo. Mantuvo su palabra y mejoró su tenor de vida.

Un día, después de una fervorosa Comunión, se presentó a la superiora y le dijo: «Madre, ¿me aceptaría entre sus hijas? ¡Me parece que haría todo lo posible para merecerlo!» ¡Era la primera vez que la llamaba con el dulce nombre de Madre! Esta la mira atónita, se emociona y le dice que sí, con tal que mantenga sus propósitos. La joven lo promete, le pide permiso para ir un momento a su aposento, hace llevar al patio su baúl, junto al que había perdido tantas horas, y en el recreo, delante de las superiores y compañeras, saca las cartas, las flores y todo lo demás, hace un montón y lo prende fuego. Después se vuelve a la Madre y le dice: «Ahora puedo decir que soy toda suya».

Un día, durante el paseo, saltó una zanja llena de lodo; con el fango se embadurnó las mejillas y dijo: «¡He aquí lo que merecería!» (5).

Vistió el hábito de las aspirantes y, superada felizmente la prueba, pidió y se le concedió vestir el hábito religioso el día 20 de agosto de 1878. «En aquella ocasión —nos decía Madre Enriqueta Sorbone— le ofreció a Dios las manos y los ojos,

(4) Proc. Ap., pp. 236 y 237.

(5) Proc. Ap., pp. 237 y 238; y Proc. Ord., p. 276.

que eran bellísimos». Al preguntarle por qué lo había hecho, respondió que los ojos le habían hecho amar mucho las vanidades del mundo y que, en el futuro, los quería conservar puros para contemplar más de cerca a María Auxiliadora en el cielo; y que las manos, que también habían sido motivo de vanidad, porque eran finas y muy blancas, quería emplearlas en los servicios más humildes.

Una, que la había conocido antes, le dijo un día: «Sor Emma, ¡un poco de cuidado con esas manos!»

Y ella, sonriendo: «Es muy justo que hagan un poco de penitencia por tantos pecados como me hicieron cometer».

Estudiaba la santa Regla y era exactísima en observarla; cuidaba especialmente de no perder ni un minuto de tiempo, de guardar el silencio y de mantenerse en la presencia de Dios. La paz de su corazón se le reflejaba en el rostro y su hermosura parecía estar impregnada de algo divino.

—Emma, ¿en qué piensas? —le preguntaba a veces su antigua asistente, al encontrarla.

Y ella candorosamente:

—Madre, pienso en el Señor.

Después de dos años de vida religiosa le vino un vómito de sangre. El médico dijo que un segundo podía mandarla a la tumba. La Madre dispuso que, antes de meterse en la cama, recibiera los Sacramentos. Por la noche, un segundo vómito la puso en trance de muerte. Al preguntarle si le agradaba más vivir o morir, respondió que para ella era lo mismo y añadió: «Si vivo, vivo para Jesús; si muero, muero para El». Resistió todavía ocho días, siempre tranquila, resignada y serena. ¡Emocionante fue su última Comunión! «Se le llevó el Viático y, como estaba amodorrada por la enfermedad, no se dio cuenta de nada; pero apenas hubo recibido la Sagrada Forma, como si Jesús hubiera ido a despertar a su esposa para la partida, al instante vuelve en sí, se da cuenta de que ha comulgado y se queja dolorosamente porque no la han avisado y no deja de repetir: “¡Pobre Jesús!, ¿por qué no me habéis dicho que venía? Y ahora, he aquí que lo he recibido sin prepararme, ¡mi pobre Jesús!”»

Pero se serenó en seguida cuando el sacerdote le dijo: «¡Tranquilízate! El es el Amo y puede venir siempre que quiera».

Bendecía a Dios que, sirviéndose de la desgracia de su familia, la había llamado a la vida religiosa, y, por último, con una caridad heroica, ofreció todos sus méritos a las almas del Purgatorio.

Al preguntarle el sacerdote si quería ir al cielo para unirse para siempre con el Señor, respondió: «Sí, Padre», miró al Crucifijo que el sacerdote tenía en la mano, bajó la cabeza y su bella alma dejó santamente este mundo.

5. Aquella noche había además en la enfermería otra Hermana enferma que, asustada, no tenía ánimo para quedarse allí. «La Madre —escribe ella—, no sabiendo en dónde meterme, me hizo llevar a su habitación y a su cama y ella se pasó la noche sentada en una silla.»

La Madre estaba acostumbrada a estos actos y todas las Hermanas que hablan de cómo trataba a las pobras enfermas dicen frecuentemente estas palabras: «Era toda caridad y paciencia, especialmente con las enfermas; demostraba una caridad sin límites, cuando sabía que alguna estaba poco bien de salud, y las prodigaba los cuidados más exquisitos; habría hecho además los más grandes sacrificios con tal de poder aliviar a las enfermas corporal y espiritualmente».

Pero con la salud empleaba además el método preventivo, para que las Hermanas no cayeran enfermas; les proporcionaba un alimento más abundante y sustancioso, según lo permitía la pobreza del Instituto y decía en la conferencia: «La que necesite comer más que no tenga vergüenza y me lo diga. El Instituto es pobre, pero procuraremos remediarlo y la Providencia no nos faltará».

«En 1880 yo era postulante —declara una— y en aquel tiempo se sentía con frecuencia el hambre, por la escasez de alimento.

»Un día, antes de ir al acostumbrado paseo, me dejé llevar por la tentación, que muchas veces me asaltaba, de coger un

pan grande que me comí a escondidas. Pero luego sentí un gran remordimiento, como si hubiera cometido uno de los mayores delitos y, toda mortificada, me presenté a la Madre y le conté mi pena. Ella, casi emocionada, con una sonrisa maternal de compasión, me trató con delicadeza diciéndome: “¡Pobre Delfina! ¡Animo, adelante, anímate y está alegre!, no es nada lo que has hecho. Déjame hacer a mí; le diré a la dispensera que sea más generosa al poner el pan en la mesa y tú, cuando sientas todavía hambre, vienes a verme, que yo proveeré”».

De acuerdo con las necesidades que descubría en las Hermanas, las cambiaba de ocupación o las proporcionaba un mayor descanso o alguna distracción. Una Hermana escribe: «Sufría estando quieta tanto tiempo en el taller y la Madre, con frecuencia, se me acercaba y me decía bajito: “Vete a echar una carrera por la viña”..., o bien: “Vete a regar el huerto”, etc., y yo la vi también tener miles de atenciones con las otras Hermanas».

Y otra: «Era novicia en 1879 y la Madre, habiéndose dado cuenta de que sufría mucho con el frío, no sólo me permitió quedarme con el chal fuerte, sino que por la noche, antes de irme a la cama, más de una vez, me mandó a la cocina a tomar algo caliente».

CAPÍTULO XIII

Fundación de varias casas y cierre de la de Mornese

(1880)

1. Fundación de una nueva casa en Carmen de Patagones (21 de enero de 1880).—2. Se acepta la dirección de un orfanato en Catania (26 de febrero de 1880).—3. Carta de la Santa a una Hermana.—4. Muerte de Sor Hortensia Negrini y cierre de la casa de Mornese.—5. Pesares. Un deseo y un augurio.—6. Carta de la Santa a las Hermanas de Carmen de Patagones.—7. Carta a la directora de la casa de Turín (31 de marzo de 1880).

1. El pensamiento de la Madre volaba también con frecuencia a las misiones de América, que en aquel tiempo estaban preparando la apertura de una nueva casa.

El Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Aneyros, cada vez más contento del trabajo de los salesianos en su vastísima archidiócesis, les pidió que se adentraran en la salvaje Patagonia. Ellos, después de haber explorado aquellas tierras, decidieron fundar una casa para sí y otra para las Hermanas en Carmen de Patagones, ciudad situada en las orillas del Río Negro, a siete leguas de su desembocadura, al pie de una pequeña cordillera, que se prolonga a lo largo del río y sirve de potente dique a la crecida de las aguas.

Sor Angela Vallese nos contaba: «Nosotras, las Hermanas, salimos tres de Montevideo el día 3 de enero de 1880 para Buenos Aires, en donde se nos unió otra Hermana nuestra. El 16 de enero nos embarcamos en el buque *Santa Rosa* y llega-

mos a Patagones el día 20, víspera de la fiesta de Santa Inés, lo que tuvimos como buen signo y no nos equivocamos» (1).

Al día siguiente de su llegada comenzaron rápidamente a enseñar el Catecismo, y poco después abrieron clases para las externas, más tarde el taller y el oratorio festivo. Pero bien pronto la casa resultó pequeña por el extraordinario número de niñas, y tuvieron que comenzar a construir una segunda al otro lado del río, en Viedma, segunda y última de aquella inculta región. La casa se abrió el día 1 de enero de 1884.

2. Entre tanto la Madre pensaba en preparar a las Hermanas que debían ir a Sicilia a encargarse de la dirección de un orfanato en Catania, a donde las había llamado la baronesa Carcaci.

Sicilia no era América, pero quien iba allá pensaba que iba al último confín de la tierra, como si cada lugar no fuera un confín. «La Madre —cuenta una Hermana— comprendía el sacrificio; por esto hizo venir a la casa madre, mucho antes, a las Hermanas destinadas a Catania. Después, como si no tuviera otra ocupación, se entretenía lo más posible con ellas, exhortándolas a hacer generosamente el sacrificio por amor de Dios, que se lo recompensaría dándoles mil veces más.»

En aquellos pocos días les dio sus valiosos consejos y tuvo con ellas las mayores delicadezas que una madre pueda tener.

El orfanato se abrió el 26 de febrero de 1880.

3. Casi un mes más tarde, el 24 de marzo, la Madre, contestando a una Hermana de carácter gracioso y dotada de vena poética que le había escrito contándole el viaje, le escribía:

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi buena Sor Virginia:

¿Estás alegre? ¿Estás bien? Pobrecita, ¿has sufrido mucho en el viaje?... Espero que a esta hora ya te habrás restablecido. Animo, está siempre alegre y alegre a la Madre y a Sor Rita.

(1) *El Boletín Salesiano* (mayo de 1880, p. 10) dice que llegaron el 19.

¿Qué haces? ¿Enseñas a trabajar o das clases? Sea cual fuere tu oficio, no erraré nunca si te digo que seas humilde, paciente, caritativa, obediente y exactísima en la observancia de nuestra santa Regla.

Me dices en tu carta que has visto muchas cosas bonitas en Roma. Mi querida Sor Virginia, en el cielo veremos cosas aún más hermosas. Animo, esta vida es breve, procuremos ahora adquirir tesoros para el cielo. No te desanimes ante ningún contratiempo que te pueda suceder. Confía siempre en Jesús, tu Esposo, y en María, nuestra queridísima Madre, y no tengamos miedo.

A las niñas, muchas cosas de mi parte; que recen alguna oración por mis intenciones...

Acuérdate de rezar siempre por tus Hermanas y especialmente por mí. No te olvido nunca en mis pobres oraciones. Animo y está alegre.

Que Dios te bendiga, junto con tu afectísima en Jesús, la Madre.

Sor MARÍA MAZZARELLO

(Carta núm. 34, pp. 235 y 237.)

4. El día 4 de abril de 1880 se abrió la casa de Saint-Cyr, de la que ya hablamos en el capítulo IV, núm. 7, así que las casas abiertas eran ya 20; pero la de Mornese se podía decir que se estaba acabando... No quedaban allá más que cinco Hermanas, de las cuales tres estaban en la cama enfermas. Ahora, necesitando dinero para terminar de pagar la de Nizza y para ampliarla, con el fin de que se pudiera recibir un mayor número de alumnas y de postulantes, los superiores decidieron venderla.

La Madre quiso ir en persona a Mornese para traer a las queridas enfermas. Entre ellas había una, Sor Hortensia Negrini, que desde hacía cuatro años estaba clavada en la cama a causa de una parálisis.

Los médicos eran enemigos de que se la moviese, especialmente por el asma; pero la Madre, confiando en Dios, hizo hacer una novena a María Auxiliadora y a San José en la casa de Nizza, marchó a Mornese, cogió un coche, se puso sobre sus rodillas a su querida enferma, allí la tuvo durante todo el viaje,

la cuidó con infinita delicadeza y afectuosas atenciones, y por la tarde llegó felizmente a la nueva casa madre (2).

Llena de agradecimiento a la Santísima Virgen y a San José que la habían escuchado, quiso que toda la comunidad, antes de irse a dormir, hiciera una fervorosa oración en acción de gracias.

La pobre enferma dejaba después de sufrir el 21 de mayo de 1880. Desde niña, se había destacado entre las compañeras por su recogimiento, la pureza de sus costumbres y la piedad religiosa. Durante su larga y dolorosa enfermedad había edificado a sus Hermanas, mostrándose siempre sonriente y contenta de todo; sólo le apenaba el pensamiento de que era una carga para la comunidad.

En los últimos días de su vida, al preguntarle si deseaba ir al cielo o prefería seguir viviendo, respondió: «Si es para sufrir, sí, deseo vivir; en caso contrario, que sea lo que Dios quiera». Durante toda su vida religiosa había puesto en práctica aquel noble y difícil programa del que les había hablado Don Cagliero, y que las Hermanas habían escrito en grandes letreros: *Hacer, sufrir y callar*.

La casa de Mornese se vendió al Marqués d'Oria por 22.000 liras, que sirvieron para pagar la de Nizza.

5. Pero la venta causó muy mala impresión en el pueblo, que «vio con pesar marcharse a las Hijas de María Auxiliadora» (3).

Madre Emilia Mosca escribió: «A las Hermanas les costó un gran sacrificio la venta de aquella casa en la que había nacido la Congregación, en donde habían pasado los primeros años en una sencillez, caridad y fervor de espíritu propios de los antiguos anacoretas. ¡Cuántos queridos y dulces recuerdos dejaban en aquella casa! Pero Dios lo había dispuesto así y el sacrificio se hizo y Mornese fue abandonado».

En 1949 el Instituto pudo volver a comprar aquella casa, de la que cada piedra y cada ladrillo recuerda un sacrificio y un acto de caridad; cuyas paredes, desde 1872 al 1880, no oyeron

(2) Proc. Ord., pp. 175 y 251.

(3) Proc. Ap., p. 41.

más que el murmullo de fervientes oraciones y ardientes jaculatorias; no escucharon más que piadosas alabanzas y no vieron más que heroísmos de virtud tan sublimes que parecen leyendas. Aquella casa no sólo debe ser considerada como la cuna del Instituto, sino como una preciosísima reliquia y un verdadero santuario.

6. Entre tanto habían llegado las noticias de las Hermanas misioneras de la casa de Carmen de Patagones y la Madre el 4 de ese mismo mes, así las contestaba:

Nizza, 4 de mayo de 1880

¡Viva Jesús, María y San José!

Queridísimas Hermanas Angelina Cassulo, Juana y Catalina:

Qué lejos me parece teneros, pobres hijas, pero ánimo, que estamos muy cerca con el corazón. Sí, os aseguro que os tengo siempre presentes y que sois siempre las primeras en mis oraciones.

Veo que estáis muy contentas de estar ahí y que tenéis ya una interna y doce niñas que van con vosotras, y que los días de fiesta tenéis mucho trabajo con las niñas que van al Catecismo. Me alegra que podáis trabajar mucho por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Que sepáis corresponder a la gracia inmensa que el Señor os ha hecho; procurad mediante el buen ejemplo y la actividad atraer muchas almas al Señor.

Mis amadas hijas, os recomiendo que os améis y os tratéis siempre con caridad; soportaos mutuamente los defectos, avisaros unas a otras, pero siempre con caridad y dulzura. Tened también cuidado de la salud, pensemos que la vida no es nuestra, porque se la hemos dado a la Comunidad; así es que cuidemos de ella para la gloria de Dios.

Sor Angela Cassulo, ¿estás alegre? Tu hermana está bien y te manda saludos. Es muy buena. Reza por ella y por mí. Animo.

Y tú, Sor Juana, ¿ya eres santa? ¿Haces algún milagro? ¿Rezas por mí?

Está alegre, ¿eh? Tu hermana empieza a hacerse buena y está bien. Animo y que seas humilde; ten confianza con tu directora y ayúdala en todo.

Y tú, Sor Catalina, ¿eres alegre, humilde y obediente? Ten confianza con tu directora y está siempre alegre. Nada de "grillos", ¿eh?, Sor Catalina.

Sor Angelina, guárdame un poco de uva, porque iré pronto a comerla. ¿Me preparas sólo un poco de uva?...; prepara también algún melocotón. Tu hermana, Sor Luisa, irá pronto a América, saldrá en la primera ocasión que haya.

Queréis saber las noticias generales de nuestra Congregación, ¿verdad? Pues bien, yo os las doy con mucho gusto.

La casa de Mornese ya está cerrada definitivamente; no queda allí más que Don José, que está al tanto para venderla. ¡Pobre casa! No podemos pensar en ella sin sentir dolor de corazón... Ahora estamos todas aquí, en Nizza Monferrato. Somos muchas; entre educandas, postulantes y Hermanas somos ciento cincuenta. No os describo la casa, porque me haría demasiado larga. Tenemos una hermosa capilla grande, devota y bien arreglada. Ahora están levantando un pabellón para las educandas y esperamos que pronto estará disponible.

Nuestras casas aquí, en Europa, van en aumento. Hace pocos meses partieron tres Hermanas para la isla de Sicilia. Después otras cuatro fueron a abrir otra casa en Francia, una en Ivrea. Las tres últimas que han salido han ido para dar clase y tener un asilo infantil. Todas van contentas y trabajan con entusiasmo por la gloria de Dios y el bien de las almas. Agradezcamos al Señor que nos concede tantas gracias y se sirve de nosotras, pobrecillas, para hacer el bien.

Animo a todas, mis buenas y queridas Hermanas, hagamos el bien mientras tengamos tiempo. No os desaniméis nunca ante las dificultades que podáis encontrar. Decid siempre: "Jesús ha de ser nuestra fortaleza", y con Jesús la carga se hace ligera, las fatigas suaves y las espinas se convierten en dulzuras. Pero atentas... a venceros a vosotras mismas, si no todo se hace pesado, insoportable, y el mal resurgirá como las pústulas en nuestro corazón.

Decidme, ¿rezáis por mí y por vuestras Hermanas? Aquí no os olvidamos nunca, haced vosotras lo mismo.

De salud, gracias a Dios, estamos todas bien.

Muchas cosas de mi parte a las niñas: que sean buenas.

Todas las Hermanas, las postulantes y las internas, me encargan millones de cosas; también el señor director os saluda.

Estad alegres, rezad por mí y escribidme pronto.

Que Dios os bendiga y os haga todas suyas junto con vuestra afectísima en Jesús, la Madre,

Sor MARÍA MAZZARELLO

¡Viva Jesús y María!

(Carta núm. 37, pp. 247, 249, 251 y 153.)

7. Copiamos también la carta llena de muy buenos consejos que la Madre escribió, por este tiempo, a la directora de la casa de Turín. Hela aquí:

Nizza, 31 de marzo de 1880.

¡Viva Jesús!

Mi queridísima Sor Pierina y Hermanas todas:

¿Estáis alegres? Estoy segura de que la despedida de vuestra directora os habrá dado pena, pero ánimo, sabéis que la vida no está hecha para estar siempre juntas; esto lo tendremos en el cielo.

Ahora, Sor Pierina, te toca a ti dar buen ejemplo y estar atenta para que las Hermanas observen la Regla; que se amen y no entren amistades particulares que nos apartan del Señor y del espíritu religioso. Procura que no haya envidias. Debes dar buen ejemplo a todas para que ninguna pueda decir: 'a aquélla la quiere más, le habla más, la compadece más, etc. Tú habla con todas, ámalas a todas, da toda la confianza posible, pero atenta siempre a que el corazón no se apegue más que al Señor.

Aconséjate con nuestros superiores, no dejes nunca de hacer el bien por respeto humano, avisa siempre y compadece los defectos de las Hermanas, haz con libertad todo lo que requiere la caridad.

Te recomiendo otra cosa, que no tomes en cuenta si los superiores a veces tienen necesidad de una más que de otra, como podría ser de Sor Maritano o de Sor Laurentoni... No juzgues sus mandatos diciendo que la directora eres tú y que deberían depender de ti. Los superiores son siempre superiores a nosotras y lo que hacen está bien hecho. Por lo tanto, si te encontraras en uno de estos casos, déjales actuar y recordemos que el cielo no se consigue con la satisfacción o siendo preferidas, sino con la virtud y el sufrimiento.

Mi buena Sor Pierina, no hacía falta que te dijera esto; sé que tienes suficiente conocimiento, pero sólo quería darte un consejo.

Animo y dame pronto tus noticias y las de la casa, está alegre y ten alegres a las Hermanas.

Y tú, Sor Teresa, ¿estás alegre? Me gustaría verte..., pero con el buen ejemplo procura que estén alegres también las demás.

Animo, y como buena Hermana, ayuda a las demás a trabajar por el Señor, amaos mutuamente y procuraos el bien material y espiritual. Rezad por mí y estad seguras de que no os olvido en el Señor.

Quisiera deciros algo a cada una en particular, pero, paciencia, porque ahora no puedo, otra vez será, ¿conforme?, o si no, me voy a veros.

Que estéis todas alegres y también Sor Adela: que haga la buena. Id a porfía a ver quién se hace santa más pronto, especialmente en la humildad y en la caridad. Cuando vaya a veros ya me diréis quién se ha hecho más santa. Sor Pierina, manda el equipo de la nueva postulante que viene con Sor Catalina.

Adiós, mis queridas Hermanas, recemos y amémonos todas en el Señor y creedme siempre vuestra afectísima Madre en el Señor,

la pobre Sor MARÍA MAZZARELLO.

(Carta núm. 35, pp. 239, 241 y 243.)

CAPITULO XIV

Estima de la Madre por Don Bosco. Recomendaciones. Cordialidad con los parientes de las Hermanas

(1880)

1. María la mora.—2. Estima y veneración de la Madre por Don Bosco y deseo de imitarle.—3. Cómo inculca a las religiosas que le imiten en el modo de tratar a las niñas.—4. Las florecillas.—5. Guardar los sentidos y el propio corazón. Amor a la palabra de Dios. Ver a Dios en el prójimo.—6. El silencio. Pena por las pequeñas faltas contra la santa Regla. El buen ejemplo.—7. Una conferencia sobre la pobreza.—8. No retener nada sin permiso.—9. Cordialidad con los parientes de las religiosas.

1. Sucedió, en este tiempo, un hecho digno de recordarse.

El Obispo misionero Monseñor Comboni, que de vez en cuando hacía venir a Europa grupitos de sus pobres africanos redimidos, para confiarlos a familias católicas o a Institutos religiosos, encomendó a una de estas jóvenes negras a los superiores. Madre Mazzarello, confiando poder hacer un poco de bien a aquella pobre alma, la aceptó y quiso que se la tratara con toda amabilidad. Pero la joven, poco cultivada, con instintos bestiales y dotada de una fuerza física extraordinaria, correspondía mal a tanto afecto.

De cuando en cuando sentía que se le despertaba el instinto salvaje y armada con un cuchillo o con lo que tenía a mano, empezaba a correr como una loca por la casa, a aullar espantosamente y a amenazar a cuantas le hacían frente.

Eran momentos terribles y una huida general. La Madre entonces salía, le iba al encuentro, y ésta, volviéndose dócil

como una ovejita, se dejaba quitar el arma y decía: “Brava, la Madre, y querer bien a María la mora”.

Pero estas escenas, repitiéndose con demasiada frecuencia, constituían, como es fácil comprender, un desasosiego y un peligro para la casa. Sin embargo, la caridad hizo prodigios: la pobre hija de Africa, que se llamaba *Fatis Facmen María*, fue instruida y después bautizada (12 de diciembre de 1880), y más tarde se casó en Turín.

2. Mientras tanto la Madre continuaba la formación de sus hijas imitando a Don Bosco. La reverenda Madre Elisa Roncallo, que entró en Mornese algunos días antes de la muerte de Don Pestarino y conoció íntimamente a Madre Mazzarello, escribe: «En sus conferencias, en sus exhortaciones y en las tradicionales *buenas noches*, el pensamiento de Don Bosco y el de la observancia de sus reglas, era su tema predilecto. Si, a veces, alguna, también por celo o por puntos de vista distintos, hacía observar a la superiora las dificultades en la marcha de la vida diaria, y, si en alguna otra encontraba oposición a lo que estaba establecido, ella sencillamente respondía: “Así lo quiere Don Bosco y así debemos hacer...” ¡No se puede decir la estima, el amor especial, que tenía a las Constituciones! Cuántas veces le oí repetir: “Nos las ha dado Don Bosco y Don Bosco sabe lo que quiere de nosotras María Auxiliadora...”».

Por la misma se sabe que, al mandarla abrir la casa de Turín en 1876, como se dijo (1), la Madre, de palabra y por escrito, la exhortó a que estuviera atenta a ver cómo hacía Don Bosco en las distintas circunstancias y le recomendó obrar así y hacérselo saber para que también ella pudiera imitarle.

Otras dos declararon: «La Madre acostumbraba, con frecuencia, a insistir en la voluntad de Don Bosco que decía ser la expresión visible de la voluntad de Dios; afirmaba que, cuando Don Bosco mandaba alguna cosa, debíamos de considerarlo como mandado por el mismo Dios. Y así quería que hiciéramos

(1) Véase la Parte II, cap. 12, núm. 11.

con los otros sacerdotes salesianos, a los que se les destinaba a dirigir las diferentes casas» (2).

Según la declaración de otras Hermanas, ¡no se puede expresar la estima y la veneración que sentía por Don Bosco! En Nizza, como en otro tiempo en Mornese, en público y en privado, con frecuencia hablaba de él con las manos unidas; decía que era un santo; que se debía sentir hacia él y sus hijos el máximo agradecimiento; que se debía trabajar con mucho gusto en todas sus obras; y ella era la primera en darnos ejemplo. Recomendaba que se rezara mucho por los superiores y nos animaba a hacer bien todas las cosas; decía sin más: «Vivamos en la presencia de Dios y de Don Bosco».

El Cardenal Cagliero escribe: «Con motivo de los Ejercicios Espirituales —presente Don Bosco para escuchar y aconsejar a las Hermanas— la Madre me decía confidencialmente que se sentía invadida por una gran veneración y se veía obligada a anonadarse ante la santidad del venerado Padre; que era feliz al aprender, de él, el espíritu de bondad, de dulzura y celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas; virtudes que ella muchas veces recordaba a sus hijas en las conferencias o charlas espirituales» (3).

3. En efecto, continúa Su Eminencia: «en sus frecuentes exhortaciones, la Madre tenía la costumbre de hablar a las Hermanas, postulantes y alumnas sobre uno de los más importantes argumentos, sobre la convivencia religiosa, esto es, sobre la peligrosa familiaridad que puede surgir con las oratorianas y las niñas del colegio.

»Ella había aprendido por las instrucciones y el ejemplo del venerado Padre, Don Bosco, quien, como el divino Salvador, era todo dulzura, amabilidad y ternura paternal para los joven-citos, hacia los que se sentía inclinado por su divina misión a atraérselos, amarlos y encaminarlos al bien.

»En estos tiempos —decía—, en los que el rigor, el temor y el principio de autoridad tienen poco o ningún valor, Don

(2) Proc. Ap., p. 157; Proc. Ord., p. 171.

(3) Mem. hist. cit.

Bosco echó mano al corazón; y con el afecto, la benevolencia y la caridad de padre y maestro, los atraía a sí, los instruía y los formaba en el santo temor de Dios.

»Así, mis buenas hijitas, nosotras, que tenemos la misma misión con las jovencitas, debemos servirnos del corazón como Don Bosco; pero Don Bosco es un santo y nosotras no lo somos todavía; por esto debemos desconfiar de nosotras mismas, porque somos, por naturaleza, nosotras y las niñas, más corazón que cabeza! y, por añadidura, corazón sensible, que se apegá fácilmente, y débil.

»Imitemos, por tanto, a Don Bosco en su afecto puro, santo y casto por los niños, sin importarle que fueran groseros, mal vestidos y sucios, o muy poco correctos, aseados y agradables; importándole sólo la salvación de su alma, su inocencia, su virtud y el tesoro de la gracia divina, que, como cristianos e hijos de Dios, debían conservar siempre en sus corazones.

»Por lo tanto, queridas mías, entre nosotras y nuestras alumnas, oratorianas y jovencitas que vienen a nuestros colegios, como entre ellas mismas, haya siempre *jojo, vigilancia y oración!* En guardia, pues, y siempre en guardia, para que el corazón no nos traicione y no nos cojan desprevenidas sus malas inclinaciones, y nada de amor profano, nada de amistades particulares; tampoco caricias, abrazos y tonterías por el estilo, sino que sólo reine, en nosotras y entre nosotras, el espíritu de materna caridad, fraterna castidad y reserva religiosa.

»¡Sólo así estaremos a la altura de nuestra misión, según el sistema preventivo de Don Bosco, que consiste en instruir santa y cristianamente, educar a la juventud, alejarla del pecado y salvarla con fines divinos y nunca humanos!

»La buena Madre inculcó su delicado y fino sentir durante toda su vida; ¡a mí me habló todavía de esto la víspera de su muerte!» (4).

Una de las primeras misioneras escribe: «Tenía un espíritu fuerte y varonil... y quería que sus hijas espirituales se

(4) Mem. hist. cit.

formaran así... Era enemiga de los *mimos* y de los *melindres* y decía que estas cosas son propias de los caracteres *débiles* y *flojos*... Nos repetía con insistencia que nos formáramos fuertes, amantes de las privaciones y de los sacrificios».

Insistía en que se hicieran con fervor las prácticas de piedad, que son el sustento de la vida cristiana y religiosa; y particularmente recomendaba hacer muy bien la meditación, tomar resoluciones prácticas y luchar contra el amor propio. Exhortaba a las Hermanas a prepararse a la santa Comunión con fervientes deseos.

Decía: «Nosotras debemos pensar que Jesús nos espera junto al pozo de Jacob, como esperó a la Samaritana: El nos está esperando porque desea venir a nosotras para prodigarnos sus gracias; y nosotras debemos acelerar su llegada con los deseos más vivos de nuestro corazón».

4. Inculcaba que se recordaran y practicasen las florecillas que se daban en las novenas; preguntaba ya a una, ya a otra, si había cumplido la que correspondía a aquel día y gozaba cuando oía que le respondía que sí; y se entristecía si alguna le decía que se le había olvidado.

Una religiosa escribe: «En mayo de 1880 yo era postulante y la buena Madre que, como ya dijimos anteriormente, era siempre el alma del recreo, un día empezó a preguntar a una cualquiera sobre la florecilla del día, escrita en un letrero y colgada en la puerta de la iglesia. Ninguna de nosotras supo contestar.

»No sé expresar cuánto se entristeció la Madre y con qué palabras manifestó toda su pena por la poca importancia que dábamos a aquélla, que si bien era una cosa pequeña, no se debía, sin embargo, olvidar; y acabó proponiéndonos ella como florecilla para el día siguiente: “Examinémonos a ver si la nuestra es, verdaderamente, vida de mortificación o de satisfacciones...”»

5. Y la misma declaró: «Nos recomendaba a las postulantes la guarda de los sentidos, particularmente de los ojos; nos exhortaba a evitar las amistades particulares, repitiéndonos las

palabras de Don Bosco, que decía que son la peste de las comunidades» (5).

Estaba ansiosa de escuchar la palabra de Dios. Procuraba que las predicaciones fueran dadas con frecuencia tanto a nosotras como a las oratorianas; recomendaba que se escuchara con atención, y en el recreo nos hacía reflexionar en la plática oída para hacer que la apreciáramos más y nos sugería el modo de ponerla en práctica. Consideraba la palabra de los superiores eclesiásticos como palabra de Dios y así nos aconsejaba también a nosotras que la valorásemos del mismo modo (6).

Nos exhortaba a ver a Dios en todas las cosas, tanto en las agradables como en las desagradables (7).

Decía también que el corazón es el primer enemigo, porque es ciego, y recomendaba a todas, pero especialmente a las que debían estar después en las distintas casas, ser atentas a las relaciones con las personas del mundo... porque a veces, con el pretexto del santo, de fiestas o de algún trabajo que realizar, podían encontrarse en grandes peligros. Recomendaba que hicieran de manera que vinieran poco a casa, persuadidas de que es mejor que a las religiosas se las tenga por demasiados reservadas que por demasiado comunicativas. Quería que fueran al menos dos cuando tuvieran que salir para alguna incumbencia que exigiese el trato con seglares y aun con sacerdotes (8).

Y añadía: «Es Don Bosco quien me recomienda que os diga estas cosas: no seais descorteses con nadie, pero al mismo tiempo evitar toda familiaridad. Sed sencillas y mortificadas...»

6. Estaba muy atenta a que las Hermanas, las novicias y las postulantes observaran el silencio, con el fin de que estuviesen más unidas con Dios; y una vez riñó a una novicia, que lo había quebrantado, y a otras dos les impuso una

(5) Proc. Ap., p. 326.

(6) Proc. Ap., p. 159.

(7) Proc. Ap., int. 23.

(8) Proc. Ap., p. 326.

pequeña penitencia. Sin embargo, tenía siempre en cuenta el carácter, y un día, en tiempo de silencio, habiendo sorprendido a una que teniendo mucha vida no podía estar un momento quieta, le dijo: «Veo que eres una parlanchina; por esto, como penitencia durante ocho días, darás dos vueltas corriendo por la viña». Y la novicia comprendió muy bien que la buena Madre, junto con la penitencia, le daba ocasión de desahogar su ardor y sus ganas de correr.

«La vista de infracciones de la Regla, aunque pequeñas —escribe una Hermana—, le causaba pena por el grandísimo deseo que tenía de nuestro progreso en la virtud; pero sabía dominarse y vencerse y no dejaba que nada se transparentara al exterior: su modo de hablar era decidido, sí, pero sereno y dulce, agradable a todas y, por consiguiente, eficaz; y aún más eficaz porque no enseñaba o corregía ninguna cosa de la que no fuera la primera en darnos claro y constante ejemplo.»

7. Pero una de las cosas que más recomendaba era la pobreza. «Un día —escribe una Hermana— se presentó a la conferencia con la cara de espanto de una madre que teme por sus hijas y dijo que toda la noche había estado inquieta por un pensamiento que no podía menos de exponer para nuestro bien; y era el siguiente:

“Hasta ahora nos hemos mantenido pobres y hemos experimentado muchas veces las consecuencias de la pobreza; el pan era escaso, pero no hemos sido por eso menos dispuestas para el trabajo; al contrario, cada una hemos cumplido con mayor ardor la parte de la misión que se nos había confiado; el espíritu de nuestro Padre y Fundador, Don Bosco, ha sido también el nuestro; en todas nosotras se mantiene vivo y generoso el amor a la pobreza de Jesús... Ahora nuestra obra se extiende; tomará cada vez más vastas proporciones; en nuestra casa habrá muy pronto un mayor número de Hermanas; vendrán otras niñas y aumentará su número; se trabajará también más con ellas. Todo esto conducirá, poco a poco, a grandes cambios en la vida de las Hijas de María Auxiliadora.

"Yo entonces ya no viviré; pero vosotras veréis introducirse mejoras; llevaréis hábitos menos usados y menos remendados; vuestra comida será más abundante; todos los días tendréis pan en abundancia; tendréis además un poco de vino; en la merienda tomaréis café con leche, y, en caso de necesidad, también café después de comer; en fin, tendréis todo lo que se tiene en una familia acomodada.

"También vuestros locales; las clases, los talleres, estarán en mejores condiciones que ahora; tendréis mayor comodidad para cumplir mejor vuestro deber particular con las alumnas; tendréis lo necesario, todo lo necesario y además lo que sólo es útil. Pero, por caridad, hijas mías —y aquí la buena Madre volvía a tomar el aspecto triste de antes—. ¡Por caridad! ¡Que Dios no quiera que estas comodidades os hagan perder el buen espíritu, el espíritu de Don Bosco, el espíritu de nuestro buen Jesús!

"Por caridad, hijas mías; incluso en medio de las comodidades que os ofrezca la Congregación, sed pobres, pobres de espíritu, sirviéndoos de cuanto se os da y se os permite sin ningún apego a las mismas cosas de las que os servís; usadlas, estando además dispuestas a dejarlas, si así lo quiere la obediencia; usadlas con el espíritu siempre dispuesto a sufrir también las consecuencias de su falta o insuficiencia. Por caridad, seguid, aun en medio de las mayores comodidades, amando real y prácticamente la pobreza, de la que fue tan gran maestro nuestro divino Redentor y cuyo espíritu se refleja tan bien en nuestro buen Padre Don Bosco..."»

8. Estaba atenta a que ninguna apegase el corazón a algún objeto y «aprovechaba todas las ocasiones favorables para insistir en que las Hermanas no debían aceptar nada sin permiso, y que si recibían alguna cosa debían entregarla a la superiora sin pretender que se la devolviera» (9).

Pero era probable que les dejara quedarse con lo que les habían regalado si veía que lo necesitaban. Así, un día, «una

(9) Proc. Ap., p. 343.

estudiante regaló un chal a su maestra. La Hermana se lo dio a la Madre, quien le agradeció mucho aquel acto, porque quería que ninguna tuviera nada propio; pero se lo dejó tener después, porque lo necesitaba» (10).

9. Además, trataba con afecto a los familiares de las Hermanas y de las postulantes, y, si lo podía hacer, se consideraba dichosa en complacerlos.

Una Hermana escribe: «El 4 de mayo se había fijado para mi entrada en el Instituto, y mis padres me acompañaban. Después de la entrega de los documentos y de mi equipo, mi mamá, en el momento de saludar a la superiora antes de marcharse, estalló en un copioso llanto, acompañado por temblores, y no había modo de calmarla. Entonces, Madre Mazzarello me llevó aparte y me dijo con toda bondad: “Mira, María: en conciencia, yo no te puedo retener. Se ve que tu mamá está muy débil y tú eres la hija mayor. Si tu mamá se pusiera enferma, tú tendrías que volver a casa para asistirle. Por esto es mejor que vuelvas ahora mismo con ella. Cuando se pasen algunos meses, si la mamá está mejor y sabe ser valiente, tú podrás volver. Eres joven, y en tu caso un mes más o un mes menos no cuenta...”

»Acepté el consejo con gran pena, y con mis padres volví a la estación del tren; allí entramos en una fonda en busca de un poco de alivio. Pero ¿qué? Mi mamá lloraba; yo, también, y mi papá nos miraba triste. El de la posada le preguntó si nos había sucedido alguna desgracia, y mi padre le contó lo sucedido. Entonces él comenzó a hablar muy bien de las Hermanas del convento de la Virgen —así lo llamaban al principio en Nizza—; dijo que habían venido hacía poco tiempo, pero que eran muy caritativas; que una sobrina suya se había hecho también Hermana en “La Virgen” y se hallaba muy bien y muy contenta.

»Mi mamá, al oír cosas tan bellas, le dijo a mi padre: “Vete a ver a la superiora; dila que si me deja dormir una noche en el convento permitiré que María se quede...” El papá, pobrecito,

(10) Proc. Ord., p. 115.

por contentarnos, se fue, y la superiora le contestó: "No sólo una noche, sino una semana; cuanto quiera..." Al oír tal respuesta volvimos consoladas al Instituto.

»La Madre nos recibió con toda afabilidad y nos hizo acompañarla a ver la casa, la viña y también la bodega. Mis padres quedaron tan contentos que me dijeron que me quedara; más tarde trajeron además a otras dos hermanas mías. Han pasado más de cincuenta años desde aquel día, pero la bondad de Madre Mazzarello la tengo aún presente».

Nos dice otra: «Tenía una hermana religiosa en Mornese y fui a visitarla con la intención de pasar con ella algún día, pero sin pensar, de ninguna manera, en quedarme. Madre Mazzarello me acogió con mucho afecto; me dijo que me quedara algún tiempo, y me dio a leer *La preparación para la muerte* (*L'Apparecchio alla morte*, de San Alfonso de Liguori). Después tuvo conmigo tantas delicadezas que también a mí, aunque allí hubiese una gran pobreza, me vino el deseo de abrazar el estado religioso. Lo hice, y con un contento que no se puede expresar».

Sor Nunziatina Vespignani contó muchas veces que, siendo alumna en Mornese, su padre había ido de Lugo de Romagna a verla y había llegado allá en un día horrible de invierno, con todo el traje mojado y lleno de lodo.

La Madre preparó en seguida un gran fuego para que se secase y le hizo cambiar las medias, las lavó, las puso a secar y le prodigó tantos cuidados que una hija no habría podido hacer más con su propio padre. El señor Vespignani quedó maravillado y emocionado; no hacía más que repetir: «¡Oh, cuánta bondad, cuánta bondad!»

Después dijo a su hija: «¡Qué Hermana! ¡Tenéis como Superiora General verdaderamente a una santa!»

Y terminamos con la declaración de Madre Sorbone: «Consideraba como de la familia a los parientes de las que tenía en casa y deseaba que cada una les escribiera con cierta frecuencia, siempre con la intención de hacerles el bien» (11).

(11) Proc. Ap., p. 244.

CAPÍTULO XV

Espíritu de obediencia y mortificación. Estima y celo por las vocaciones religiosas

1. El pensamiento principal de Don Bosco y los infinitos cuidados de la Madre.
2. Su obediencia.—3. Miedo a que entre en el Instituto el espíritu del mundo.—
4. Exhortación a la vida común y su buen ejemplo.—5. A la mortificación y su buen ejemplo.—6. Cómo amó la Madre la vocación religiosa. Le comunica de rodillas a una postulante que vestirá el hábito religioso.—7. Su intuición para conocer las vocaciones.—8. Oraciones por la perseverancia en la vocación y pedirle al Señor que nos mande muchas para formar buenas directoras.—9. Cuidar de la salud y tener interés por conocer las verdades de la fe y rezar por la extensión del reino de Jesucristo.—
10. ¿Por qué te has hecho religiosa?—11. Varias recomendaciones.—12. Es necesario perseverar.—13. Sobre la Comunión espiritual.—14. Lo que más admiran en ella las postulantes.—15. Desea que la corrijan. Pide que la expliquen lo que no sabe aún a las alumnas.

1. El pensamiento principal de Don Bosco, entre sus múltiples e importantísimas ocupaciones, era siempre formarse verdaderos salesianos y verdaderas Hijas de María Auxiliadora, para que las dos Congregaciones, trabajando unidas, fueran una valiosa ayuda para la Iglesia en la salvación de la juventud.

Pero ninguna Congregación se sostiene y florece sin el espíritu de obediencia y de pobreza, y por esto el Santo insistía con frecuencia sobre estas dos virtudes, y lo mismo hacía también Madre Mazzarello.

Según las Constituciones, quien tenía la máxima dirección del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, quien tomaba las resoluciones más importantes, quien daba las órdenes que se debían cumplir, era Don Bosco, ayudado por sus hijos; pero

quien hacía, quien tenía proyectos grandes y seguros en el gobierno, era la Madre, que, sin embargo, estaba muy atenta a no apartarse lo más mínimo de cuanto Don Bosco, por sí mismo o por medio de los salesianos, sus representantes, había ordenado, o aun sólo mostrado que lo deseaba; y era también enérgica en exigir que, como ella, todas se sometieran a la voz del superior. Solía decir: «Quien obedece está seguro de hacer la voluntad de Dios; el verdadero obediente no se equivoca».

2. A su palabra unía el ejemplo, obedeciendo no sólo a quien tenía derecho a mandarla, sino a cualquiera que representara de algún modo a la autoridad.

Una vez, habiendo ido a visitar la casa de Alassio, a pesar de las cariñosas insistencias de las hijas, tenía ya todo dispuesto para la marcha, porque decía: «Asuntos importantes me llaman a otro lugar». Entonces las Hermanas, deseosísimas de tener un poco más de tiempo con ellas a una Madre tan buena y tan santa, se dirigieron al director de la casa, Don Cerruti, pidiéndole que dijera a la Madre que se quedase, al menos hasta el día siguiente. Don Cerruti creyó que era bueno darles gusto, y respondió: «Decidla que no se marche, si antes no tiene mi permiso».

Las Hermanas corrieron contentas a la Madre, que aceptó la orden sin dar muestras de desagrado; y, sin ni siquiera preguntar cuándo tendría el permiso para partir, se sometió plenamente a la obediencia, que para ella era todo (1).

Era tan amante de esta virtud que con frecuencia pedía a las Hermanas y también a las novicias el permiso para ésta o aquella cosa. Una Hermana escribe: «Yo era postulante y ayudaba en la cocina. Una tarde, la Madre, quizá estaba poco bien, viene y me dice:

—¿Puedo tomar un poco de caldo?

—¡Sí, sí, Madre!

—Pero ¿no daré mal ejemplo?

Y yo, por el contrario, quedé edificada de su humildad».

(1) Proc. Ap., p. 370.

La cocinera de aquel tiempo dice: «La Madre, cuando se sentía extenuada, venía a pedirme un trozo de pan o una patata cocida. Un viernes le ofrecí además un boquerón, rogándola que lo aceptara. Ella aceptó con gratitud, pero después, para mortificarse, no cogió más que la mitad» (2).

Algunas veces, quizá también para conocer los sentimientos de sus hijas, preguntaba: «¿Os parece que yo obro bien si hago así? En este caso, ¿he faltado a la pobreza?» Y se atenía a su juicio, al menos que no lo juzgase equivocado, que entonces corregía con respeto, pero sin debilidad, a quien lo había manifestado.

3. Como el Santo Fundador, temía que, al crecer y extenderse la Congregación, se debilitara el buen espíritu; por ello quería que las Hermanas vivieran desprendidas de todo, y en las conferencias repetía con frecuencia: «Mis buenas hijas, estemos atentas, no sea que el mundo que hemos dejado poco a poco se meta en nuestra mente y llegue a nuestro corazón».

Y alguna vez: «Algunas sufrían fuera y en la vida religiosa no quieren ya sufrir». Y todavía: «Temo que por el deseo de una vida más cómoda, como es ésta de Nizza, poco a poco el espíritu del mundo entre en esta casa y que cada una se haga después en su corazón un mundo más peligroso que el que ha dejado».

4. Quería por esto que se amara la vida común; ella era la primera que daba ejemplo en la comida, en el trabajo, en todo.

Escribe el Cardenal Cagliero: «La vida en común era practicada por ella con verdadera edificación de sus hijas».

Y una Hermana: «En todas las cosas era un verdadero ejemplo de virtud: en la puntualidad, en la caridad, en el trabajo, etc. Tenía tan bajo concepto de sí misma que se consideraba la última de todas; se prestaba con gusto para los trabajos más humildes: lavar, tender, recoger la ropa limpia, etcétera; y, si podía hacerlo, ayudaba también a barrer, a fregar los platos y a ordenar los cacharros de la cocina. Acostumbraba a decir que quien no sabe trabajar, no sabe mandar».

(2) Proc. Ap., p. 298.

Buscaba, siempre que podía, estar con las Hermanas. «Un día —escribe una—, mientras hablaba conmigo, me dijo: “Sentémonos aquí (y me hizo sentar en el peldaño de la escalera próximo al taller); así, mientras tratamos de lo que nos interesa, no nos alejamos de la comunidad”. Después añadió: “Si queremos tener a Dios con nosotras, si queremos que esté siempre con nosotras, no nos alejemos nunca de la comunidad. Una religiosa tiene realmente buen espíritu si ama la vida común...”»

No tenía para sí ninguna particularidad; comía en el plato de estaño, como entonces se hacía, igual que todas las religiosas, y cuando había escasez de locales y de camas cedía su propia habitación y su propia cama a las señoras (durante los Ejercicios) o a las Hermanas, según los casos, y ella dormía en un jergón.

Este jergón en Mornese estaba en un cuarto trastero, y en Nizza, en un desván que había encima de la iglesia (3); y, aunque tenía poca salud, no se permitía jamás algún descanso a lo largo del día (4).

Habiendo observado que a las Hermanas enfermas les repugnaba dormir en la enfermería, una vez que se puso enferma transportó ella misma allá su cama; y a la enfermera, que después de haberla estado buscando en la habitación, en la iglesia, en el taller, al encontrarla en la enfermería, se disgustó, le dijo: «¿Y quién soy yo para hacer de manera distinta a las otras? ¿No debo dar buen ejemplo?»

5. Insistía a menudo en el espíritu de mortificación, especialmente en lo tocante a los ojos y a la gula. Decía: «Debemos comer para vivir y no vivir para comer. Recordemos el letrero que teníamos en Mornese: la mortificación de la gula es el abecé de la perfección. Las personas mortificadas saben volver del mal sabor a los alimentos y tomarlo solamente por necesidad. Algunas veces una pizca de ceniza o de tierra, o una gota de vinagre es suficiente».

(3) Proc. Ap., p. 300.

(4) Proc. Ap., p. 302.

«Una vez —nos contaba una Hermana— habiendo venido a Lanzo se dio cuenta de que yo, que era la cocinera, echaba queso en la sopa, y me dijo: “Echándole queso, me parece que acostumbras mal a las Hermanas, y por esto no lo echés más”.»

Su mortificación, dicen las Hermanas, que era continua y en todo. «En ciertas ocasiones, no sólo en Mornese, sino también en Nizza, se quitaba algo de su ración para dársela a alguna que tuviera mayor necesidad» (5).

Se ponía muy contenta cuando veía que alguna amaba la mortificación. Una Hermana cuenta: «Era novicia en Nizza y siendo la casa muy pobre, se pasaba también un poco de hambre. La Madre venía alrededor de las diez, me llevaba un poco de pan y de queso y me mandaba a dar una vuelta por la viña. Un día me preguntó qué me daban en el desayuno y en la comida en el Instituto en el que me había educado y yo se lo dije. Y ella:

—¿Qué piensas ahora al ver que nosotras tenemos un alimento tan escaso y una cama tan dura?

—Pienso que hacerse Hermana y convertirse en esposa de Jesús quiere decir hacer penitencia, como leí en *La Monaca in casa* (*La monja en casa*), de San Alfonso María de Liguori, antes de entrar en la Congregación.

—Eso está muy bien; piénsa' siempre así y llegarás a ser una buena Hija de María Auxiliadora y de Don Bosco».

6. La Madre, cuanto más avanzaba en la vida, más valoraba la vocación religiosa y la hacía valorar. «Frecuentemente —escribe una Hermana— nos decía a las postulantes y a las novicias que ella se daba cuenta cada día más de su gran fortuna y felicidad de haber sido llamada a la vida religiosa; y nos invitaba también a nosotras a dar gracias al Señor por el gran beneficio que nos había hecho, dándonos la vocación.»

Otra escribe: «Yo no puedo pensar en la vocación o en la Madre de s. m. sin acordarme de un hecho que, todavía hoy

(5) Proc. Ap., p. 188.

(1912), después de treinta y dos años, me conmueve. Cuando en 1880 la Madre vino a comunicarme que estaba admitida a la vestición, para darme esta buena noticia, se puso de rodillas a mis pies».

7. Tenía una intuición maravillosa para saber si una joven era llamada o no a la vida religiosa, y, ante su palabra, las candidatas descansaban tranquilas; y no se recuerda que alguna vez se equivocara.

Sor Laurentoni escribió: «Un día se trataba de aceptar a una postulante, y la Madre era del parecer que no convenía, porque el corazón no le decía que fuera apta; pero las otras Madres dieron el voto favorable y se la admitió a la vestición. Pero, pasados pocos días, se tuvo que devolverla a su casa, ya porque se le inflaron muchísimo las piernas, ya porque por la lectura de la Regla la novicia supo que no se debían aceptar más que a las jóvenes núbiles y tuvo que decir que ella no lo era, porque se había casado y se le había muerto su esposo en el mismo viaje de bodas, como después se comprobó por los certificados que siempre se esperaban y no llegaban nunca».

En 1880 había una postulante que, además, parecía animada de los mejores sentimientos de una sincera voluntad de hacerse religiosa; su familia, por el contrario, se mostraba muy reacia a darle su consentimiento, la Madre dijo: «Hermanas, no habléis tanto, que esta postulante no se quedará con nosotras».

Efectivamente, la joven vistió el hábito religioso, pero después se volvió al mundo.

De algunas otras, por el contrario, dio su opinión, opuesta a la de todas, de que perseverarían, y así sucedió.

8. Se acercaba el tiempo en que las novicias debían profesar y las Hermanas renovar los votos o emitirlos en perpetuo. La Madre mandaba hacer oraciones especiales y alguna novena a San José o a María Auxiliadora a fin de que todas después perseveraran en la vocación y fueran celosas del honor de Dios y de la salvación de las almas.

Decía muchas veces: «Pidamos al Señor que nos mande muchas vocaciones; así seremos más para trabajar por la salvación de las almas».

Madre Sorbone declaró: «Recuerdo que en una ocasión en el mes de mayo quiso que todas rezáramos para que la Virgen nos mandase postulantes. La Virgen nos escuchó y cada día venía una; pero en la última semana las postulantes fallaron. Ella nos mandó rezar lo mismo y con más fervor. Al final entraron siete juntas» (6).

No sólo hacía rezar por las vocaciones religiosas, sino que decía además: «Pidamos que se puedan formar buenas directoras porque así Don Bosco abrirá muchas casas y será mayor el bien que podremos hacer».

«Y cuando Don Bosco abría una casa —declaró un testigo—, se alegraba mucho y decía: “Si pudiera ir allá también yo”» (7).

Y el Cardenal Cagliero: «Se alegraba santamente al ver multiplicarse las casas de la Congregación, las vocaciones religiosas y la afluencia de las niñas a los colegios y a los oratorios festivos, en los que se las educaba e instruía en la virtud, en el santo temor de Dios y en el camino de su salvación eterna» (8).

Decía además —según lo recuerda una Hermana—: «Don Bosco tiene mucho trabajo y necesita clérigos, sacerdotes y coadjutores. Pidamos al Señor que le mande muchos y, cuando tengamos ocasión, sepamos además decir una buena palabra para suscitar o favorecer las vocaciones salesianas».

9. Una Hermana declaró: «Nos recomendaba tener cuidado de la salud, porque la vida es un gran don de Dios (9); y porque quien tiene salud puede trabajar mucho por la salvación del prójimo».

Cuenta una Hermana: «Era postulante y para nosotras las más jóvenes era un martirio estar quietas cosiendo o bordando.

(6) Proc. Ord., p. 115.

(7) Proc. Ap., art. 80.

(8) Proc. Ord., p. 115.

(9) Proc. Ap., p. 302.

La Madre llegaba y nos decía: “¡Vamos!, hijitas, id a dar una carrera en la viña...”, o bien: “Dejad de coser y corred a regar el huerto o el jardín...”, y nosotras salíamos volando sin hacernos repetir la agradable invitación, contentísimas de corretear a nuestro gusto».

«Nos inculcaba poner el mayor empeño para saber bien las verdades de la fe y así estar preparadas para hacerlas aprender a otras en la catequesis y en la obra de evangelización, si alguna tenía la suerte de ir a las misiones. Aconsejaba también rezar por la expansión de la fe entre los infieles, los herejes y los cismáticos» (10).

10. Una religiosa, que entró de postulante en 1880, escribe: «Llevaba poco tiempo en el Instituto, cuando un día la Madre me pregunta:

—¿Por qué motivo has venido a hacerte Hermana?

Toda tímida le respondí:

—Madre, para hacerme buena y estar tranquila en el momento de la muerte.

—¡Bravo!, muy bien.

»Y después, creo que para ayudarme a vencer la timidez, me hizo cantar sola delante de todas.

»Recuerdo que una noche, al darnos las buenas-noches, nos dijo: “Muchas de vosotras habéis entrado en la Congregación movidas por el deseo de haceros santas, alguna tal vez para mejorar su condición, y alguna para no tener que ir a trabajar al campo. Pues bien, cualquiera que sea el medio de que sirvió el Señor para moveros a abrazar la vida religiosa, debemos darle gracias y estarle agradecidas; debemos corresponder con generosidad a su llamada y hacernos santas”».

11. La misma religiosa escribe además: «Un día, hablándole con toda confianza, le dije que estaba angustiada por la vida poco edificante que había llevado en el mundo; y ella, maternalmente, me tranquilizó, me aseguró que vestiría el

(10) Proc. Ord., p. 157.

hábito religioso y me dio estos dos recuerdos: “Conserva la igualdad de carácter; no te aflijas ni te alegres nunca demasiado por las cosas”».

Cuando alguna se acusaba de alguna falta casual, ella, aunque recomendaba que en otra ocasión se estuviera más atenta, salía con cualquier dicho gracioso que te levantaba el ánimo.

Una Hermana cuenta: «Era postulante en Nizza y no sé si por miedo cometí dos distracciones, de las que ahora me río, pero que entonces yo sé el miedo que me hicieron pasar, y ¡cuánto me consoló en tales ocasiones la buena palabra de la Madre!

»Un día fui al pozo para sacar agua con el cubo, y, sin darme cuenta, lo dejé caer dentro. Corrí, asustada, a entregarme a la Madre, temiendo no sé qué reprimenda; por el contrario, ella, sonriendo, me dijo: “No te aflijas por tan poco, que de allí no se escapará y lo volveremos a coger. Yo sentí que mi corazón se ensanchaba completamente”.

»Otra vez, por descuido, rompí una bonita lámpara de cristal, la mejor que había en la casa. Asustada me puse a llorar, temiendo tal vez justas represiones, tanto más porque la casa era pobrísima. Pero la Madre, habiendo oído de qué se trataba, me dijo: “¡Oh qué gran valor demuestras al llorar por tan poco! ¡Pides ir a América y después lloras por haber roto una lámpara! ¡Eres verdaderamente una misionera valiente! Y en lugar de reprenderme, me hizo reír”».

Otra cuenta: «Entré en el Instituto, como postulante, en 1880. Casi a diario iba a dar una vueltecita por la viña. En una ocasión, habiendo visto varios ramitos plantados a lo largo en hilera, arranqué uno sin darme cuenta, y, jugando, como hacen los niños pequeños, lo deshice en pedacitos. Una Hermana me reprendió y la ecónoma me puso de penitencia no tomar fruta; la dispensera, que no sabía nada, avisó a la Madre, quien quiso saber el porqué, y se lo dije. Ella me preguntó: “¿Pero tú sabías que se trataba de una plantita que llegaría a dar fruto?”

»Respondí: “No, Madre, porque siempre he vivido en Turín y no he ido nunca al campo”.

»La Madre llamó a la ecónoma y le dijo: “Esta hijita turinense no ha estado nunca en el campo, como nosotras que somos campesinas, y ¿cómo quieres que entienda de plantitas? ¿Verdad que la perdonas?”, y mandó que me llevaran doble ración de fruta».

Insistía en la obediencia, en la conformidad con la voluntad de Dios y en la obligación de tender a la perfección.

Practicaba e inculcaba con mucho amor la devoción a la Santísima Virgen, especialmente bajo los títulos de Inmaculada, de Auxiliadora y de Dolorosa. En las fiestas principales quería que la capilla estuviera mucho más adornada y se hicieran veladas y entretenimientos para dar un mayor impulso a la devoción a la Virgen.

Nos inculcaba la devoción al Ángel de la Guarda; nos hablaba de la ayuda que nos presta y de la benevolencia del Señor al habérmolos dado.

Entre los santos nos inculcaba una especial devoción a San José, del que nos decía que imitáramos sus virtudes ocultas: la humildad, el silencio, etc.; a San Luis, en cuyo honor recomendaba la práctica de los seis domingos; a San Francisco de Sales y a Santa Teresa, que son nuestros protectores particulares (11).

12. Habiendo sabido que alguna novicia o postulante dudaba y no estaba segura de seguir por el camino emprendido, una tarde habló con energía del gran beneficio de la vocación y de la obligación de corresponder a ésta; recomendó estar alerta a los engaños del demonio, y acabó diciendo: «Guardaos bien, especialmente vosotras, novicias y postulantes, porque el *sbargnif* —así llamaba al demonio— está rabioso contra vosotras que le habéis dado una patada; sin embargo, sabe vuestro punto débil, y, si no seguís haciéndole la guerra, os jugará una mala pasada».

(11) Proc. Ap., p. 159.

Alguna vez sus palabras eran fuertes; pero sabía compadecer, animar y mostrarse benigna y longánime, no perdonando esfuerzos, para que las postulantes y novicias siguieran su vocación.

Una misionera declaró: «En los últimos minutos del recreo daba algún aviso en pocas palabras, pero con tal eficacia que nos dejaba contentas y animadas al bien. Hablaba de modo especial de la Pasión del Señor y de la gracia de la vocación, inculcándonos a ser, por esto, agradecidas al Señor» (12).

13. Exhortaba además a sus hijitas no sólo a recibir con frecuencia la sagrada Comunión, sino que daba también mucha importancia a la Comunión espiritual, la que nos inculcaba que hiciéramos con mucha frecuencia. Nos decía: «Cuando pasáis delante de una iglesia y no podéis entrar, mandadle al menos un saludo a Jesús, haciendo la Comunión espiritual.

»Cuando vais de viaje, si veis una torre, pensad que generalmente cerca de allí está la iglesia y Jesús. Agarraos con el espíritu a la cuerda de la campana de la iglesia y descolgaros hasta El para saludarlo».

Nos recomendaba además que al despertarnos por la noche corriéramos con el pensamiento al sagrario. Su porte al recibir la sagrada Comunión y al hacer la visita a Jesús Sacramentado era muy edificante. A las que manifestaban que tenían dificultad en entretenerse con el Señor, les decía: «Habladle también en vuestro dialecto, que el Señor os comprende» (13).

Sabemos además que para la Comunión espiritual ella usaba generalmente esta fórmula: «¡Oh Jesús, ven a mi corazón, para estarte siempre aquí y no te vayas jamás» (14).

(12) Proc. Ord., p. 171.

(13) Proc. Ap., p. 158.

(14) La Iglesia concedió tres años de indulgencia *cada vez* que se hace la Comunión espiritual y *plenaria* una vez al mes, con las condiciones acostumbradas, y con cualquier fórmula que se haga. La fórmula ya dicha antes es óptima, igual que esta otra: «Oh Jesús Sacramentado, venid a mi corazón e inflamadlo en vuestro divino amor». En la actualidad la indulgencia no es plenaria, sino parcial, en todo momento.

14. Pero la humildad, la bondad y la sencillez eran siempre las dotes que más admiraban en ella las religiosas, especialmente las postulantes. Una Hermana escribe: «Yo era postulante y lo recuerdo como si fuera ahora. Era una tarde de otoño y se trabajaba en el taller; la querida Madre estaba sentada en medio de nosotras en una banqueta y nos leía no sé ya qué libro; me parece que era la vida de un santo. En un momento me llamó a su lado y me puso el libro delante para que viera si había leído bien ciertas palabras. Al descubrir tanta humildad en una Superiora General, me quedé más que edificada, bajé la cabeza y no supe responderle».

Otra escribe: «Un día me hizo ir con ella, me leyó una carta que debía mandar y me pidió que la hiciera notar los errores y todo lo que no me pareciera conveniente. ¡Y pensar que yo era poco culta!»

Y una tercera: «Tenía la dificultad de quedarme en la Congregación, porque no sabía ni leer ni escribir; pero la buena Madre me animó diciéndome que a ella también debían enseñarle a escribir las cartas».

En efecto, recurría ya a ésta, ya a aquella otra Hermana cuando se trataba de escribir a una persona respetable, aunque después era muy lista en observar que aquella palabra no estaba bien dicha, que la frase aparecía cambiada, que aquella expresión se debía corregir así y así; y mandaba que la rehicieran, demostrando con frecuencia más perspicacia que las que habían hecho estudios y obtenido títulos y diplomas.

15. Pedía que se la corrigiera durante la lectura que hacía en público; algunas veces se acusaba de alguna pequeña imperfección que su delicada conciencia exageraba, o pedía consejo aún para cosas sencillísimas.

«Un día —escribe una Hermana— me preguntó también a mí, que había entrado a formar parte de la Congregación hacía apenas año y medio, si había obrado bien o mal en una cosa que había hecho. Me quedé un poco sorprendida y, sin pensarlo, le dije que podía obrar de otra manera; y ella sin turbarse, toda humilde, me respondió: “Tienes razón...” Reflexionando

después sobre lo que había pasado entre la Madre y yo, en esta ocasión, me quedé más que admirada de su humildad».

Llamaba también a alguna alumna y le preguntaba: «¿Cómo se expresa en italiano este pensamiento? ¿Cómo se dice tal cosa?» «¡Y todo esto —escribe una inspectora— lo hacía con naturalidad, con desenvoltura y con sencillez! Un día llamó a una alumna para preguntarle cómo se debía hacer un trabajo; obtenida la respuesta que deseaba, le dio las gracias con mucha cortesía... Yo estaba presente durante la conversación y quedé tan impresionada que todavía ahora, después de cerca de treinta años, me agrada recordarlo...»

CAPÍTULO XVI

Cautelas para que las Hermanas que estudian se conserven humildes y para animar a las tímidas

1. Lo que tiene valor delante de Dios.—2. Cuidados con las estudiantes para que no sean soberbias.—3. Quiere que se ejerciten también en los trabajos manuales.—4. Hace repetir las cartas.—5. Es necesario que todas las Hermanas aprendan a hacer un poco de todo.—6. Tener cuidado de la ropa blanca.—7. Vigilancia en las vacaciones y ocupaciones. Id a donde os llama el deber.—8. Los trabajos humildes y desagradables. Corrección a dos Hermanas jóvenes.—9. Actividad en el trabajo. Por ahora nuestro gozar debe ser el sufrir. Trabajar sobre sí mismas.—10. Las buenas intenciones.—11. Una cartita a una novicia estudiante.—12. ¿Para quién trabajas? ¡Cuántas penas bajo aquellas chimeneas! El mundo no es nada.—13. Su imparcialidad. Atenciones especiales con las más tímidas. Las cuentas de conciencia.

1. El Instituto tenía y tiene religiosas dedicadas, según la capacidad y la inclinación, al estudio y a la enseñanza; otras se dedican a trabajos materiales.

Delante de Dios lo que cuenta no es el trabajo más importante o más humilde, sino que es el que se hace por obediencia, más diligentemente, con más fervor y mayor rectitud de intención. Por lo tanto, puede muy bien suceder que delante de Dios tenga más mérito quien barre, que quien enseña en una cátedra. Son cosas que todos las saben y especialmente las almas religiosas.

2. Pero el amor propio, aunque se le combata, muere cuando nosotras, y, como dicen los santos, muere un cuarto de hora después que nosotras. Por esto la Madre, que tenía

declarada una guerra continua y despiadada a su amor propio y enseñaba a las Hermanas a luchar, contra él, sin ninguna compasión, vigilaba para que ninguna lo secundase; especialmente vigilaba a las estudiantes, sabiendo, como dice el Apóstol, que la ciencia, si no se está muy atenta, hincha: *Scientia inflat*.

Vigilaba para que ninguna por amor a la ciencia se olvidara de la humildad y de la perfección; vigilaba para que ninguna fuera presa de la vanidad o del orgullo, porque esto, además del daño particular, habría servido para dividir a las Hermanas con daño incalculable para la buena marcha del Instituto.

«Por eso —declaró una testigo— procuraba prevenir a las estudiantes contra todo sentimiento de soberbia por los conocimientos que adquirirían, y, con frecuencia, las recomendaba que no pensarán sólo en llenarse la cabeza, la mente y el corazón de conocimientos, sino que se acordasen de cuál era su fin, como religiosas. Cuando se presentaba la ocasión, humillaba de buena manera a quien podía haber caído en algún acto de vanidad» (1).

3. Declaró también Madre Petronila: «Cuando nos daba conferencias, recomendaba a las Hermanas maestras, o que estudiaban para serlo, que estuvieran atentas, porque la ciencia humana hincha, y que se acordasen de que delante de Dios no somos nada, y por consiguiente se conservaran siempre muy humildes. Tenía tanto miedo a que se ensorberbecieran que quería que una Hermana, profesora de francés, trabajara en los oficios de la casa como las otras, fregando los platos, lavando la ropa, etc. La maestra, echándose atrás, exponía las dificultades, porque pensaba que la Madre, no siendo muy culta, no comprendía su necesidad de estudiar; pero ella respondía que le interesaba mucho más que agradara a Dios con la humildad, que no que sacara gran provecho con el estudio» (2).

(1) Proc. Ap., p. 384.

(2) Proc. Ord., p. 387.

Este hecho, con la debida desigualdad, ¿no recuerda aquel de San Felipe Neri que mandaba a Baronio a hacer de cocinero, mientras el célebre historiador insistía en que no le quedaba tiempo para escribir sus *Annali Ecclesiastici*?

4. La Madre, cuando era necesario, llamaba a las Hermanas estudiantes, y les mandaba, por ejemplo, escribir una carta; pero cuando la buena Hermana se la presentaba, encontraba faltas en este o aquel punto, en esta o aquella frase y palabra; y con frecuencia se la hacía repetir, y a veces, aún dos o tres veces, diciéndole: «Realmente no sabes escribir una carta un poco bien», o: «Lo que has escrito no vale verdaderamente para nada y es necesario que tú la hagas otra vez».

Otras veces, después, la carta escrita por una Hermana se la hacía hacer de nuevo a otra; más tarde llamaba a la primera y le decía: «Hazme el favor de copiarme esta carta». La buena Hermana, conociendo su carta, que había sido vuelta a hacer por otra, encontraba ocasión para avergonzarse y humillarse, que era lo que la buena Madre quería.

Aunque tenía gran estima a varias Hermanas a causa de su ciencia y virtud o habilidad, estaba atenta a no demostrárselo mucho, por temor de ofrecerles ocasión de sentir vanidad. Así estimaba mucho a Sor Enriqueta Sorbone, y, frecuentemente, a las Hermanas que se le presentaban con alguna dificultad, les decía: «Esto háblalo con Sor Enriqueta y haz lo que te diga; pero no le digas que vas de mi parte»; por miedo a que la Hermana, al saber que ella le había mandado, sintiera cierta vanidad.

5. Para ejercitarlas en la humildad, ocupaba a las estudiantes en trabajos materiales y una religiosa recuerda que decía: «Necesitáis aprender también vosotras a hacerlos, para que cuando sea necesario podáis echar una mano. Además comprenderéis lo que cuesta hacerlos, estimaréis más a las que se dedican a los trabajos de la casa y las comprenderéis mejor cuando se equivocan».

Y otra: «Los jueves también las estudiantes tenían que ir al taller a coser la ropa blanca. La asistente de estudios habría deseado alguna excepción, pero la Madre no cedía nunca y decía: "Es necesario que cada Hermana aprenda a hacer de todo y sepa ayudar en cualquier trabajo (3). Y recomendaba a las maestras del taller a no tener miramientos y a ejercitar a todas en todo"».

6. Nos recomendaba después tener gran cuidado de nuestra ropa blanca y de toda la ropa nuestra, de coserlas en seguida, apenas lo necesitara, antes de que se deteriorara más, con peligro de hacerse inservible por nuestra culpa, y así faltar a la pobreza. Al dar estos avisos descendía a muchos detalles, y nos enseñaba sin jamás cansarnos.

«Una vez se presentó con una lista en la mano y nos dijo que había visitado los dormitorios y había visto que esta o aquella otra Hermana tenía que reparar u ordenar esto o aquello. Las Hermanas aceptaron la observación y dieron las gracias con tanta humildad que las novicias y las postulantes se quedaron muy edificadas.»

7. Aconsejaba también a las maestras que, durante las vacaciones, estudiaran para hacerse cada vez más hábiles en la enseñanza, y de esta manera poder hacer mayor bien; pero vigilaba y hacía vigilar para que no ocupasen el tiempo en lecturas inútiles, o peor aún, peligrosas; una vez terminada la hora de estudio quería que se ocuparan de los trabajos de la casa.

«Ibamos además nosotras a lavar —nos decía una Hermana— y la Madre también; esto era para nosotras una fiesta. Cuando daba la hora de ir a estudiar, mostrábamos pena al dejarla sola continuando con aquel cansado trabajo, pero ella nos decía: "Id, id rápidas a donde os llama el deber..." Y nos hacía comprender que, sobre todas las cosas, teníamos que amar el deber.»

(3) Proc. Ord., p. 387.

Madre Enriqueta Sorbone declaró: «La Madre era la primera en lavar y además en atender a los trabajos corrientes, siempre con mucha desenvoltura y serenidad. Animaba siempre a todas y sabía así levantar la moral en medio de estos molestos trabajos tanto que las Hermanas no sentían el cansancio y deseaban ir con la Madre a terminarlos» (4).

8. Ciertos trabajos bajos y desagradables no los mandaba, sino que dejaba en libertad para que cada una se regulara según su educación y su espíritu; muchas, por humildad, se encargaban de ellos libremente.

Pero a alguna se los impuso como castigo y como penitencia. Efectivamente, el Cardenal Cagliero declaró: «Me encontraba presente cuando, para corregir la vanidad de dos Hermanas jóvenes, que se dedicaban una a estudiar música y otra a la enseñanza, las destinó a quitar los escombros y limpiar una zanja negra que llevaba, a la cueva que estaba debajo, las aguas y los residuos hediondos de la cocina. Y al mostrarme sorprendido, la buena Madre me respondió: "¡Padre!, estas dos señoritas son un poco soberbias, llenas de orgullo y de sí mismas: bajando a la zanja aprenderán a ser humildes y se convencerán de que son, por lo menos, iguales que las otras pobres Hermanas, si no menos que ellas"...

»Y fue, porque se basó en la profunda humildad y heroico anonadamiento de sí misma, por lo que avanzó siempre en la virtud, perfección y santidad, propia de los santos» (5).

9. La Madre decía a todas: «Hermanas, trabajemos lo más que podamos, no perdamos ni un minuto de tiempo; nuestro Amo nos dará una paga bien abundante. No empleemos una hora en hacer lo que se puede hacer en media, y pensemos siempre que Dios nos ve. Mirad, ahora vivimos todas en comunidad, y, como se dice, comemos todas en el mismo plato y llevamos las mismas camisas; pero en el cielo una estará muy

(4) Proc. Ord., p. 293.

(5) Proc. Ord., p. 399.

arriba bien cerca del Señor, y otra muy abajo en un rincón, junto a la puerta; estemos atentas a que ninguna tenga que quedarse fuera.

»No envidiemos al mundo; dejemos que los mundanos gocen; será por poco tiempo; nuestro gozar, por ahora, debe ser el sufrir, el sacrificarse siempre, siempre sin jamás cansarnos; pero por amor a Dios, para gozar después eternamente con El».

Y todavía: «Las Hijas de María Auxiliadora no deben de ser Hermanas vulgares, sino muy trabajadoras. Deben, en primer lugar, estar atentas a trabajar para arrancar las malas hierbas, que brotan siempre en nuestro corazón; después no deben perder ni un minuto de tiempo, ya para ganarse el pan con su trabajo, ya para poder, a su tiempo, enseñar a las jovencitas, de modo que, además de asegurarse el pan del cuerpo, aseguren la salvación del alma».

10. Aconsejaba continuamente que se trabajara con rectitud de intención; que no se trabajara por fines humanos, sino sólo por agradar a Dios y poner muchas buenas intenciones. Y una Hermana, en aquel tiempo estudiante, declaró: «Cuando venía a lavar la ropa nos decía que pusiéramos la intención de que cada restregón que diéramos a la ropa fuera un bofetón para el demonio. Cuando venía a coser nos animaba a poner la intención de que cada puntada fuera un acto de amor a Dios; y, cuando daban las horas, aconsejaba rezar un *Ave María* y pensar: Una hora menos de vida, una hora más cerca del cielo, una hora más para rendir cuenta a Dios» (6).

11. Hemos encontrado una cartita dirigida a una óptima novicia estudiante de la casa de Turín y la damos a conocer:

¡Viva Jesús!

Mi buena Sor Octavia:

Tu cartita me ha alegrado mucho, estoy muy contenta de que estés bien y de que trabajes y estudies, pero me gustaría que estuvie-

(6) Proc. Ap., p. 213.

ses siempre alegre. No hay que pensar en el futuro; ahora piensa sólo en perfeccionarte en las virtudes, en el trabajo, en los estudios, y después, cuando llegue el momento de hacer el sacrificio, está tranquila que el Señor te dará la fuerza necesaria para cumplir su santa voluntad. Aunque estés en Turín, no te olvido y rezo siempre por ti. Además está tranquila que por mi parte estoy contenta de que hagas los santos Votos y creo que también lo estarán las demás. Prepárate, pues, a hacerlos bien y a convertirte en una verdadera Esposa de Jesús Crucificado. Animo, está siempre alegre y reza también mucho por la Ecónoma.

Saluda a todas las Hermanas y a tu directora de mi parte. Haz una comunión por tu afectísima en Jesús,

la MADRE.

Muchos saludos de todas las Hermanas, pero especialmente de Madre Maestra y de Madre Asistente.

(Carta núm. 45, p. 287.)

12. La Madre, pasando por el taller o por los cuartos, preguntaba como en Mornese:

—¿Para quién trabajas?

Alguna, a veces, le respondía:

—Trabajo para Sor... —nombrando a la que le había encargado el trabajo. Y ella como si no hubiera comprendido:

—Muy mal, querida mía; trabaja para Jesús. Acuérdate, ¿sabes?, de que debes trabajar siempre sólo para el Señor.

Alguna vez señalaba las casas de Nizza y decía: «¡Cuántas penas bajo aquellas chimeneas! ¡Distintas que las nuestras!... Acordémonos de que el mundo es nada, nada, nada. Por lo tanto, trabajemos siempre por Jesús y amemos la sencillez y la obediencia».

13. Trataba a todas familiarmente, como una madre trata a sus hijas, que ama a todas con un amor particular, y Madre Catalina Daghero declaró: «Fue toda caridad con las Hermanas, sin ninguna parcialidad, hasta el punto de que todas las Hermanas se creían las preferidas. Esta caridad la demostraba especialmente con las enfermas crónicas y con las más necesi-

tadas, y, aunque éramos muy pobres, quería que a las enfermas no les faltara nada» (7).

Si hacía alguna diferencia era siempre con las Hermanas más sencillas, más tímidas y con menos instrucción; con éstas parecía que se entretenía además, con más gusto; se mostraba con ellas más expansiva de lo acostumbrado, y con frecuencia las ayudaba a lavar, a barrer, a tender la ropa o a hacer otro trabajo. Alguna vez llamaba a alguna de las más tímidas, que no se atrevía a hablar, y le decía:

—Necesitaría un servicio tuyo; ¿me lo harías? —o bien:

—Necesitaría que vinieras a mi cuarto, para un trabajo; en este momento no te tengo más que a ti; ¿vendrías con gusto?

La Hermana, muy alegre por hacer un favor, respondía:

—¡Con mucho gusto, Madre!

Y ésta:

—Bien; así estando solas, me podrás hablar de tus cosas y contarme todo lo que quieras.

La hija sentía que se le ensanchaba el corazón, le hablaba con toda confianza y se iba de su lado consolada y animada.

Decía a alguna:

—Ven aquí a hacerme un poco de lectura, o ven a escribirme una carta.

Y si ésta, con todo respeto, le respondía:

—Oh, Madre, yo no soy digna... —rápidamente la interrumpía diciendo:

—Ves, que no eres ni humilde ni sencilla. Ven, ven y no tengas ningún temor.

Algunas veces escuchaba a las Hermanas paseando con la media en la mano, y después de un rato decía:

—Estarás cansada, ¿no es verdad? Ven aquí, sentémonos sobre este escalón y sigue diciéndome todas tus pequeñas preocupaciones.

Y continuaba haciendo media o cosiendo para no causar turbación y para inspirar mayor confianza con el fin de que le contaran todo.

(7) Proc. Ord., p. 251.

Una misionera escribe: «Su rostro estaba siempre sereno; en su fisonomía se transparentaba un cierto candor, mezclado con una suavidad espiritual, que suscitaba respeto, amor, confianza e impulsaba a practicar las virtudes. Cuando se tenía el consuelo de hablarle con toda confianza, en la cuenta de conciencia, ¡oh!, entonces se admiraba lo que valía el corazón de aquella Madre amadísima. ¡Qué ternura en sus palabras! y ¡qué deseo de vernos santas expresaba en sus consejos, en sus advertencias llenas del espíritu de Dios...! ¡Qué consuelo se experimentaba a depositar las penas propias y las ansiedades en el corazón de aquel alma privilegiada! Ninguna se alejaba de ella sin sentirse animada a ser más fervorosa, más observante y dispuesta a cualquier prueba: ¡tan llenas estaban sus palabras de gracia divina!»

En estas cuentas de conciencia preguntaba a las Hermanas y a las postulantes:

—¿Tienes el corazón apegado a algo?

Y si se la respondía:

—Estoy un poco apegado a una imagen, a una agenda, etcétera —ella decía:

—Entonces, vete a buscarlo y traémelo: en el momento de la muerte estarás muy contenta de haberte desprendido de esto.

Según las circunstancias, después cogía el pequeño objeto o se lo dejaba a la que se lo había ofrecido, pero diciéndole:

—Debemos tener el corazón apegado sólo a Dios y no debemos nunca permitirle que se apegue a las cosas o a las personas, porque solo Dios puede hacernos dichosas y felices.

Una Hermana cuenta: «A mí me gustaba ir bien vestida; la Madre se dio cuenta de esto y un día me llamó y me preguntó:

—¿Te gusta ese hábito negro?

—¡Sí, Madre, mucho!

—Pues bien, ahora me lo darás a mí y te pondrás ese otro.

»Al ver otro muy ordinario, no quería ponérmelo; y ella:

—¿No piensas que Jesús no vistió, por nuestro amor, otra cosa que una sencilla túnica?

»Ante tales palabras me sometí.

»Otra vez le manifesté a la Madre la repugnancia que sentía estar con una Hermana. Ella, para ayudarme a vencerme a mí misma, me obligó a estar con ella durante quince días, y si me encontraba con ella en el recreo, con la mirada y con la sonrisa, recordaba lo que tenía que hacer, de suerte que casi no me costó».

Otra Hermana escribe: «Era novicia e iba con mucha frecuencia a charlar con la Madre. Una tarde me preguntó:

—¿Tienes simpatías?

—No, Madre, quiero a todas igualmente.

—¿Sientes antipatías?

—Sí, por tal Hermana, porque hace así y así.

—Es necesario que tú repares con una hermosa florecilla: ¿lo hará por amor a Jesús?

—Sí, si soy capaz.

—Esta noche besarás los pies a esa Hermana.

»Yo le manifesté la repugnancia que sentía y me dijo que me ayudaría. Después de la cena me llama y me dice:

—Ahora es el momento: la Hermana ha acabado de asistir y sube al dormitorio. Sube también tú y cumplirás tu florecilla.

»Me encomendé a mi Angel de la Guarda porque sentía una verdadera repugnancia. Pero, al entrar en el dormitorio, mientras iba hacia la Hermana, me siento una mano sobre la espalda. Me vuelvo y veo a la Madre, que me dice:

—Es suficiente. La flor está cumplida y mañana por la mañana se la ofrecerás a Jesús en la Comunión —y me hizo bajar con ella.

»Esta santa Madre nos acostumbraba a humillarnos de buena gana en todas las ocasiones, pidiendo perdón, manifestando nuestros defectos a quien debíamos hacerlo, no hablando de nosotras mismas, venciendo el amor propio con el fin de prepararnos así un hermoso ajuar de virtudes para la profesión religiosa».

Las Hermanas recuerdan que todo momento, cualquier lugar, por la mañana, por la tarde, en el prado, en el jardín, en el corredor, lo mismo que en la habitación, era bueno para exponerle las propias necesidades. Y recuerdan además que en

estas cuentas de conciencia era muy discreta, sabía guardar el secreto y muy prudente. No preguntaba cosas relacionadas con el interior de la conciencia, y, si alguna por la filial confianza que la tenía, se adelantaba a hablarle de esto, ella prudentemente la interrumpía diciéndole: «Mira, de esto es mejor hablar con el confesor; habla con él y después estate atenta a lo que te diga».

No tenía un lugar reservado para sí y para la correspondencia iba ya a esta, ya a esa clase, ya al dormitorio.

Así enseñaba y practicaba la obediencia, la pobreza, la humildad y la sencillez.

FIN DE LA TERCERA PARTE

PARTE IV

La figura moral de la Madre

CAPÍTULO I

El aspecto exterior y el carácter de la santa Madre. Su progreso continuo en el bien y su fortaleza

1. Contemplemos un momento la figura de Santa María Mazzarello. Su rostro. 2. Su carácter.—3. Dominio de sí misma.—4. Su porte sencillo y digno. Su modo de hablar y de obrar. Su conversación.—5. Declaración de Monseñor Scotton. Prontitud ante el deber y alegría.—6. Constancia en el bien y progreso continuo, visible y admirable en todas las virtudes.—7. Declaración de varias Hermanas y del Cardenal Cagliero.—8. La fortaleza, como virtud especial y general, virtud característica de la Santa.—9. Varias declaraciones.

1. El lector que haya tenido la paciencia de seguirnos hasta aquí tendrá, esperamos, en su mente, con más o menos claridad, la figura física y moral de Santa María Mazzarello, tal como nos hemos esforzado en retratarla a medida que avanzábamos en nuestra obra; y todavía ahora, antes de pasar a la última parte de la vida de esta humilde y grata Santa, no le importe detenerse un momento para contemplarla un poco más en la totalidad detallada. Quien, por el contrario, tuviera prisa por ver el final, que pase directamente a la quinta parte.

Santa María Mazzarello era de complexión delgada, de estatura algo más que mediana y bien proporcionada. Acostumbrada desde niña a los duros trabajos del campo, poseía miembros robustos; y, si estuvo siempre enferma en la segunda parte de su vida, eso le sucedió después de tener el tifus y como consecuencia de ello.

Tenía la frente alta y espaciosa, nariz regular, los ojos castaños, penetrantes, llenos de vida que brillaban con una sonrisa, buena, pero rápida y casi apenas esbozada. La boca,

mediana, regular, con el labio superior un poco alzado por el cruce de dos dientes centrales.

Los pómulos y el mentón algo salientes revelaban un carácter lleno de energía y de firmeza, que era moderada por la espontánea bondad y ternura de su corazón.

No se puede decir que fuera agraciada, pero agradaba por la belleza que dimana del alma, y poseía aquella atracción que llamaron *una especie de hechizo, que sale rápidamente de lo interior*; por esto todas la querían, por su aspecto sereno, abierto, sencillo y santo.

Tenía color trigueño pálido, que se encendía al hablar, por la gran sensibilidad, especialmente cuando hablaba del amor de Dios, de la devoción a la Sagrada Eucaristía o a la Virgen, en las prácticas de piedad y en los momentos de fuerte dolor de cabeza o por la violencia que alguna vez debía hacerse a sí misma para dominarse y vencer la vivacidad de su carácter.

2. Sor Josefina Pacotto escribe: «Nuestra Madre era de carácter fogoso y franco, pero muy humilde al mismo tiempo. No vi nunca que, en sus palabras y en sus actos, se dejara dominar por su índole demasiado viva. Al corregir en público o en privado, no se sirvió nunca de palabras humillantes o que pudieran producir desaliento. En sus enfermedades, que eran casi continuas, especialmente en invierno, se la veía siempre alegre y muy agradecida con la que la asistía».

3. Madre Enriqueta Sorbone declaró: «Tenía un dominio completo sobre sus sentidos, y particularmente de sus ojos, que parecía que tendían siempre a cerrarse, aunque eran vivísimos y nada se les escapaba, especialmente cuando se trataba de ayudar a sus semejantes» (1).

«No recuerdo haberla visto nunca irritada o refunfuñar contra los que la contrariaban» (2).

Y Sor Enriqueta Tesio: «Siempre amable y sonriente, conservó constantemente, como lo observaron las niñas y las

(1) Proc. Ap., p. 324.

(2) Proc. Ord., p. 318.

Hermanas, la igualdad de carácter; nunca se exaltaba en las cosas prósperas, ni se desanimaba en las adversas; al contrario, con frecuencia, en éstas estaba más alegre» (3).

4. Caminaba derecha; la cabeza de ordinario la tenía un poco inclinada, y la enderezaba con viveza según los impulsos del corazón.

Sus ademanes y su porte eran resueltos, sencillos y decorosos al mismo tiempo. «Su figura casta y su andar modesto», diría el poeta.

Sencillo y discreto su hablar, ponderado y franco, pero lleno de dulzura, práctico y sensato; poco a poco se acaloraba, especialmente cuando hablaba del amor de Dios, de la fuga del pecado, del amor a la virtud de la pureza, de la devoción a Jesús Sacramentado o a María Auxiliadora, o cuando recomendaba la observancia de la Regla y la gratitud a Don Bosco y a sus hijos.

En estos casos su rostro se encendía y tomaba un aire celestial: el tono de la voz, la mirada, el gesto, los movimientos de la persona, todo, todo, hablaba en ella y hacía que se transfundiera a los otros aquel fuego de celo y de amor divino que la devoraba.

Trabajaba con la mano derecha; caminando o hablando, sujetaba habitualmente con la izquierda el Crucifijo, que le colgaba por delante, como si quisiera indicar que de El sólo le venía toda la fuerza, y que por El sólo hacía todas las cosas.

Estaba dotada de una actividad asombrosa; pero su modo de obrar desenvuelto, su caminar ligero, sin precipitación, y su continuo recogimiento revelaban a un alma dueña de sí, que se regía por los impulsos de la gracia y no por los de la naturaleza. Era toda caridad y afabilidad, de modo que invitaba a la confianza filial y dejaba contentas también a quienes no había podido conceder lo que le habían pedido.

Su conversación era amable, dulce sin afectación, instructiva sin pedantería, chistosa y digna. Se preocupaba continua-

(3) Proc. Ap., p. 309.

mente de encaminar las almas a la virtud y no se la oyó nunca hablar mal del prójimo; al contrario, si oía una palabra poco caritativa, con habilidad, cortaba en seguida la conversación y pasaba a otra cosa.

5. Monseñor André Scotton, arcipreste de Breganza (Vicenza), que había estado dos o tres veces predicando los Ejercicios en Mornese, hablando más tarde de la Madre, después de haberla visto en la casa de Nizza, escribe: «Para mí la maravilla de las maravillas fue Sor María misma, cuando la volví a ver, después de algunos años, en la casa generalicia de Nizza Monferrato.

»¡Era una sencilla campesina! Pues bien, cuando la volví a ver ya no me parecía la de antes; tanto había cambiado a mis ojos, aún físicamente.

»Hubo después una distinguida señora de Génova que me pidió por carta que le comunicara de qué familia era Sor María, porque tanto por sus escritos como por sus modales al tratar, al hablar, etc., dejaba adivinar que pertenecía a alguna de las casas más nobles e importantes de la península.

»Trataba a todos, especialmente a los sacerdotes, en general, y a los salesianos, en particular, con gran respeto; era muy diligente en saber aprovechar todas las ocasiones para hacer el bien a las almas y a todas las encaminaba hacia el buen camino, con la sencillez y franqueza que la caracterizaban».

Madre Petronila declaró: «Estaba siempre pronta a cumplir alegremente con su deber, aunque fuera molestó lo que le habían mandado; y todas las Hermanas que la conocieron pueden testificar cómo sabía mantener en alto y alegre el espíritu de la comunidad, aun en las circunstancias más dolorosas» (4).

6. La naturaleza le había dotado de un alma buena y empezó a practicar la virtud desde sus primeros años: primero, casi inconscientemente, bajo la dirección de sus padres; des-

(4) Proc. Ord., p. 130.

pués, con pleno conocimiento, bajo la guía prudente de Don Pestarino y la acción interior del Espíritu Santo.

La recomendación, que se leía en el librito que se usaba en las reuniones de las madres de familia —del que hablamos más arriba—, de pedir cada día «la gracia de una profunda humildad y de ser cada día mejores» (5) no habían sido nunca palabras vanas para nuestra Santa, sino que a la oración unía el esfuerzo para conseguirlo.

Como la Sagrada Escritura dice que «la senda de los justos es como la luz del alba, cuyo esplendor va creciendo hasta el pleno día» (6), lo mismo se puede decir de Santa María Mazzarello, que, habiendo comenzado a amar y a practicar las virtudes desde niña, creció siempre en ellas sin pararse nunca, hasta alcanzar la más alta perfección cristiana y religiosa.

Es el laudable testimonio que le rinden cuantos la conocieron. Un primo suyo declaró: «En cuanto a la caridad se perfeccionaba siempre cada año, haciéndose cada vez más buena» (7).

Y una ex alumna del taller, después Hija de María Auxiliadora: «Me parece que crecía siempre en el fervor y en la virtud; la veíamos cada vez más buena y más santa» (8).

Y una Hermana que entró como alumna en Mornese y allí hizo la profesión religiosa: «Todo el tiempo que yo la conocí fue siempre constante y activa, no disminuyendo, sino creciendo siempre en fervor» (9).

Su progreso era visible, por lo que Madre Elisa Roncallo atestiguó: «Se la veía día a día avanzar en la perfección y en el ejercicio de estas virtudes» (10), las teologales y las cardinales.

Y otra religiosa: «En la práctica de la virtud y de los deberes de su estado creo que puedo decir que fue verdaderamente constante y fiel hasta la muerte, y, a mi juicio, y también al de otras Hermanas, la vida de Madre Mazzarello es admirable

(5) Véase Parte I, c. VI, núm. 5.

(6) Prov. IV, 18.

(7) Proc. Ord., p. 220.

(8) Proc. Ord., p. 131.

(9) Proc. Ord., p. 130.

(10) Proc. Ord., p. 130.

precisamente por esta particularidad: que no se la veía jamás disminuir en el fervor» (11).

Esta constancia es más admirable porque «practicó estas virtudes siempre y fue también constante en las grandes dificultades» (12).

Y más admirable todavía, como atestigua una religiosa que se lo oyó a Don Costamagna, porque «mantuvo siempre un vivo fervor, aunque no sintiera nunca los consuelos interiores del espíritu» (13).

7. Así llegó a practicar todas las virtudes y en el más alto grado, por lo que Madre Daghero declaró: «Yo creo un deber decir que practicó la virtud con la máxima perfección y constantemente» (14).

Y Madre Sorbone: «Opino que la Sierva de Dios ha practicado todas las virtudes en grado heroico, porque la vi siempre fiel en practicarlas todas y con la mayor perfección, con la mayor sencillez, haciendo extraordinariamente lo ordinario de la vida» (15).

Y una misionera: «Pienso que practicaba estas virtudes de la manera más perfecta que puede practicarlas una religiosa» (16).

Pasando por alto otros buenos testimonios, terminemos con el del Cardenal Cagliero: «Todas las virtudes escritas en la biografía de la Sierva de Dios por el sacerdote Fernando Maccono, vicepostulador (17), y que han sido declaradas, probadas y confirmadas por testigos que la conocieron y que vivieron con ella, yo también las observé y las vi —durante todo el tiempo que vivió bajo mi dirección— por ella apreciadas, cultivadas y practicadas con profunda religiosidad, perseverante constancia y con una perfección no sólo cristiana, sino

(11) Proc. Ord., p. 131.

(12) Proc. Ord., p. 132.

(13) Proc. Ord., p. 168.

(14) Proc. Ord., p. 303.

(15) Proc. Ap., p. 127.

(16) Proc. Ord., p. 132.

(17) Se refiere a la *Vida* publicada en 1913.

con la propia de los santos que vivieron en continua unión con Dios y que, rebosando de su divino amor, lo derramaron en el ejercicio heroico de la caridad, del celo y del sacrificio de sí, por la gloria de Dios y la salvación del prójimo...

»¡Y este heroísmo (en la práctica de todas las virtudes) es consecuencia de la presteza, facilidad y gusto con que ella practicaba la virtud, aun cuando la práctica de cada virtud le exigieran el esfuerzo que va unido al trabajo, a las circunstancias y a la perseverancia hasta la muerte!

»¡El heroísmo de sus virtudes, practicadas en su infancia y juventud, atestiguado muchas veces por sus paisanos, sacerdotes y confesores del pueblo, lo atestiguan conmigo todas las religiosas: Hijas de María Auxiliadora, que vivieron con ella y que han sido testigos de su vida ejemplarísima y de sus virtudes en grado sumo, practicadas siempre con una constante perfección, aunque exigían un esfuerzo moral extraordinario a su corazón y a su alma; un dominio perfecto del corazón, de sí misma; la custodia y la mortificación de los sentidos!

»Estas virtudes las estuvo practicando siempre y con mayor perfección al correr los años; de ella se puede decir que *crescebat aetate ac sapientia et gratia apud Deum et apud homines*.

»¡Este progreso suyo heroico en las virtudes teologales, cardinales y morales lo puedo atestiguar yo, como lo atestiguo, que la tuve bajo mi dirección! Y puedo afirmar, y lo afirmo, que no he visto nunca en la práctica de sus virtudes una falta, un defecto o relajación ni siquiera momentánea, como sería un acto de desconfianza en Dios, un movimiento de ira, un acto de impaciencia o alguna debilidad en sus obras o en sus palabras» (18).

8. Ciertamente para tener una constancia tan admirable en la práctica de todas las virtudes y en el continuo progreso de las mismas se requiere una fuerza de ánimo no común: porque, como nos enseña Santo Tomás, la fortaleza es cierta-

(18) Proc. Ord., p. 135.

mente una virtud especial (la tercera de las cardinales), en cuanto mantiene al hombre en los límites de la razón y lo hace firme y estable para sostener y rechazar las cosas en las que es muy difícil mantener la firmeza del ánimo para obrar bien; es una virtud general, o sea, es la condición de toda virtud. Y esto ¿por qué? Porque como dijo el príncipe de los filósofos, Aristóteles, la virtud requiere que se obre con mucha firmeza e irremoviblemente. Por consiguiente, sin fortaleza de ánimo no hay constancia en el bien, y por esto, sin ésta, ni crece, ni se conserva y ni se perfecciona ninguna virtud (19).

Ahora bien, ¿era una mujer fuerte Madre Mazzarello? Oigamos a los que la conocieron.

9. Dos religiosas declararon: «La virtud de la fortaleza no sólo la practicó, sino que fue su característica, conservando ella, en cualquier eventualidad, calma y serenidad de espíritu... La enfermedad no solía impedirla acudir a sus obligaciones, ni a hacerla perder en las cosas adversas la tranquilidad de su alma. Conservó siempre la serenidad de espíritu y se nos mostraba con humor igual y alegre, no sólo cuando sufría en su cuerpo, sino también cuando padecía su alma» (20).

Y una otra: «Creo que la fortaleza fue una de las virtudes características de la Sierva de Dios... En su vida como Superiora del Instituto manifestó constantemente un verdadero espíritu de fortaleza para vencer los obstáculos y las dificultades que le salían al encuentro» (21).

Una cuarta: «En las dificultades nunca se desanimaba. Esperaba siempre vencerlas y se diría que tenía la seguridad de esto. Nos animaba también a nosotras a confiar en el Señor, y lo hacía con tal eficacia, que no parecía una persona que no había estudiado, sino un sacerdote» (22).

San Agustín dice: «La fortaleza es el amor que aguanta y soporta fácilmente todas las cosas por Dios». Por consiguiente,

(19) II-IIq. 123.

(20) Proc. Ap., p. 312 y 313.

(21) Proc. Ap., p. 308.

(22) Proc. Ord., p. 193.

así como la Santa —como hemos visto desde los primeros capítulos de esta vida— era toda amor a Dios, así es lógico que fuera toda fortaleza para soportar todas las cosas por su amor.

Madre Sorbone testificó: «Era muy fuerte también cuando se la corregía en público; resistía con tal calma y serenidad que nos edificaba» (23).

Y lo mismo Monseñor Costamagna: «En cuanto a la virtud de la fortaleza digo que, aunque sencilla como una niña, en el momento que se trataba de impedir una ofensa a Dios siempre se mostraba varonilmente fuerte en todas sus palabras, en todas sus empresas y acciones» (24).

Lo que concuerda plenamente con la declaración de Don Cerruti: «Cuando se trataba de conservar el espíritu de Dios, según las ideas del Fundador, y de exigir la observancia de las Reglas, sabía ser fuerte y prudente sin dejarse intimidar por respetos humanos» (25).

Ella, dado su carácter vivo y pronto (26), se puede decir que luchó toda su vida contra sí misma para mantenerse tranquila y serena, siempre dueña de sí.

Su lucha no fue sólo en los grandes obstáculos, sino en las pequeñas contradicciones, fastidios y molestias de cada día, más bien de cada momento, las que por ser pequeñas, pero continuas, incitan fácilmente al ánimo, a la impaciencia y al enfado.

Es verdad «que alguna vez se le escapaba una palabra fuerte, pero rápidamente se reprimía» (27), tanto que Madre Sorbone, que vivió varios años a su lado, pudo declarar: «Yo no podría decir que he visto en ella alguna falta, a pesar de que tenía un carácter vivo y fuerte» (28).

Así, en efecto, dada su fuerza de voluntad y sus conocimientos muy acertados en los asuntos y en la dirección del Instituto, tuvo también que luchar no poco para someterse siempre a

(23) Proc. Ord., p. 318.

(24) Proc. Ord., p. 318.

(25) Proc. Ord., p. 316.

(26) Proc. Ord., p. 223.

(27) Proc. Ord., p. 315.

(28) Proc. Ord., p. 223.

quien la mandaba; pero sabemos que se sometía con la docilidad y presteza de una niña buena y amable; y se sometió siempre, aun cuando las decisiones que se tomaban contra su parecer no eran buenas, y se conocía siempre más tarde que ella había tenido toda la razón al oponerse.

Contamos sólo dos casos. El primero, ya narrado en la segunda parte, en el capítulo XIV, sobre la postulante Agustina Simbeni, tenida por todos por santa, también por el director de la casa y, de buenas a primeras, además por Don Bosco, quien, sin embargo, la conocía solamente por lo que le habían contado. De modo que el mantenerse firme contra todos y no permitir a Sor Laurentoni ir al santuario de la Guardia, a pesar de la amenaza del terremoto y el parecer favorable del director, demuestran que la Madre era una mujer fuerte y que sabía lo que se tenía entre las manos.

El otro caso fue con Don Cagliero, que, contra el parecer de la Madre, quería y quiso mandar a una Hermana a América y se equivocó, como tuvo que declarar él mismo (29).

Por consiguiente, una religiosa al declarar sobre la fortaleza de la Madre tuvo que decir, justamente, que se hizo santa a fuerza de violencias, para corresponder continuamente a la gracia del Señor; y terminemos con la valiosa declaración de Don Cagliero: «De que prevenida por la gracia desde sus primeros años e iluminada por los carismas del Espíritu Santo en la adolescencia y juventud, correspondió a las divinas inspiraciones y a las celestiales instrucciones con una sumisión total y una continua docilidad hasta la llamada divina a la vida religiosa, para de aquí en adelante brillar con luz sobrenatural en el ejercicio de la perfección religiosa y santidad no común delante de sus hijas, de los superiores y de cuantos se le acercaron y admiraron las heroicas virtudes de su vida y la serenidad de su preciosa muerte» (30).

(29) Véase Parte V, capítulo IV, núm. 1.

(30) Proc. Ord., p. 135.

CAPÍTULO II

La Madre, modelo de religiosa y de superiora. Su fe y su esperanza

1. Modelo de religiosa y de superiora.—2. Su fe en Dios, en los misterios de la Religión y en la intercesión de los Santos.—3. Su espíritu de fe. Su respeto a los ministros de Dios.—4. Su fe en el Santísimo Sacramento.—5. Declaración del Cardenal Cagliero sobre el espíritu de la fe de la Madre.—6. Su esperanza y confianza en Dios. Cómo la inculca a todos, especialmente a las Hermanas.—7. Fidelidad a Dios, aun si se tiene que dejar el hábito religioso.—8. Id delante de Jesús Sacramentado y habladle con toda confianza.—9. Temor de los novísimos.—10. Deseo de ir al cielo y cómo busca infundirlo en las Hermanas y en las alumnas.—11. Declaración de Monseñor Costamagna y del Cardenal Cagliero.

1. El breviario romano dice de Santa Clara que «gobernó su monasterio con diligencia y prudencia, en el santo temor de Dios y en la total observancia de la Regla, por lo que su vida le servía a las otras de lección y de ejemplo, de los que las religiosas aprendieron las normas para vivir santamente» (1).

Lo mismo podemos afirmar, con toda verdad y conocimiento, de Santa María Mazzarello, quien como sabemos y declararon sus hijas: «No hizo el noviciado y fue en seguida superiora, desempeñando su oficio con prudencia y santidad. Fue siempre superiora y en tal cargo se reveló un modelo de virtud» (2).

Tenemos motivos para pensar que hecha superiora, a pesar de su repugnancia, uno de sus primeros propósitos fue dar en todo buen ejemplo a sus Hermanas e inflamarlas a todas en el amor a Jesús. Esto se ve claramente no sólo en todos

(1) Primera lectura de la fiesta. 12 agosto.

(2) Proc. Ord., pp. 120 y 121.

sus actos, en todas sus palabras y en todo el conjunto de su vida, sino además en una carta que escribió a Don Bosco en 1877, en la que dice: «Si yo doy buen ejemplo a mis Hermanas las cosas irán bien; si yo amo a Jesús con todo el corazón, sabré también hacerlo amar a los demás» (3).

Por consiguiente, las Hermanas son unánimes en decir que todas sus acciones eran para tender a la perfección y que su mayor deseo era verlas santas; y dicen: «A las Hermanas no las hacía sentir el peso de su autoridad, sino que las arrastraba más bien con el ejemplo».

2. Comenzamos por la fe, que es el fundamento de la vida cristiana.

«Puedo decir —declaró una religiosa— que era un verdadero modelo en todo por su espíritu de fe viva de verdad» (4). Y Don Cerruti: «Yo estoy íntimamente convencido de que tenía una fe sencilla y vivísima... y este espíritu de fe ella lo comunicaba con su ejemplo y con sus palabras...» (5).

Habiendo amado siempre el estudio de la religión, con toda seguridad se habrá parado también a considerar los motivos de credibilidad que los teólogos y predicadores aportan para demostrar que no hay desacuerdo entre la razón y las verdades reveladas; pero no creemos que los motivos de credibilidad hayan influido mucho en ella.

Alma sencilla, recta, con un gran deseo de conocer a Dios y sus perfecciones desde niña —como hemos visto—, fervorosa en la oración e inflamada en el amor divino, con toda certeza, según nos enseña la Teología, a cada acto de fe se aumentaba en ella esta virtud infundida en el santo Bautismo, y tanto más crecía cuanto más vivo era su deseo de conocer a Dios, su oración más fervorosa y más fuerte la práctica de los actos de fe.

Por esto bien pronto, por las gracias actuales, llegó a tener visión clara de la hermosura armoniosa de las verda-

(3) Ved volumen I, parte II, apéndice al capítulo XIX.

(4) Proc. Ord., p. 170.

(5) Proc. Ord., p. 169.

des reveladas y de su maravillosa conformidad con todas las más nobles aspiraciones de nuestra mente y de nuestro corazón.

Por lo que en ella la firme adhesión de la inteligencia era siempre facilísima con la gracia de Dios, y, diría, espontánea y muy viva; nos confirma en esta opinión nuestra el testimonio de una hija suya, que declaró: «La Madre en las conferencias que nos daba nos hablaba de las verdades de la fe con tanta convicción y persuasión que parecía que veía aquellas verdades como son en sí mismas: ¡tan vivas y expresivas eran sus palabras!» (6).

Fe sencilla, casi ingenua, pero grande y vivísima en Dios, en los misterios de nuestra santa Religión, en la Eucaristía, en la intercesión de los Santos, especialmente de la Santísima Virgen y de San José, del Ángel de la Guarda, de San Luis Gonzaga, de San Francisco de Sales, que son los Patrones del Instituto, y de Santa Filomena. La fe en los divinos misterios era tan grande que parecía que veía su evidencia y que para ella no existían las dudas.

Y Madre Sorbone: «En su mirada, en sus palabras y en sus actos, en todo se revelaba la fe viva que había en ella» (7). Y una Hermana añade: «También en las obras mostraba esta fe» (8).

«Por el modo que la veía obrar, tengo la impresión de que la fe era el motivo principal de todas sus acciones» (9).

3. Sí, también en todas sus acciones, porque no sólo tenía una fe vivísima, sino que vivía del espíritu de fe, que le hacía ver a Dios en los superiores y ver la voluntad de Dios en sus órdenes y consejos. Por lo tanto, aunque fuera de otro parecer, se adaptaba fiel y filialmente.

El espíritu de fe le hacía ver también a Dios en sus ministros. Declaró Madre Daghero: «La veneración que sentía

(6) Proc. Ord., pp. 163 y 139.

(7) Proc. Ord., p. 172.

(8) Proc. Ord., p. 164.

(9) Proc. Ord., p. 139.

por los sacerdotes era tanta que, al verlos, quedaba confundida, como si estuviera delante de Dios, y solía decir que un solo sacerdote hace más bien que todas las religiosas juntas, porque ellas sólo pueden rezar, mientras que el sacerdote abre las puertas del cielo» (10). (Con la instrucción religiosa y la administración de los Sacramentos.)

«A nosotras, las postulantes —declaró una religiosa—, nos repetía con frecuencia lo que decía Santa Teresa, que, si se le hubieran presentado delante un Angel y un sacerdote, ella habría creído primero al sacerdote que al Angel, porque el sacerdote no podía engañarla» (11).

4. Su fe en la Sagrada Eucaristía era muy viva. Si las ocupaciones se lo permitían visitaba frecuentemente a Jesús Sacramentado; y «cuando no se la encontraba atendiendo a la comunidad —declaró una hija suya— se iba a buscarla a la iglesia y se la hallaba en un rincón, en un reclinatorio, donde rezaba con gran fervor» (12).

Y Monseñor Costamagna: «Alimentaba una gran devoción a Jesús Sacramentado y parecía que veía a Nuestro Señor no sólo con los ojos de la fe, sino también con los del cuerpo, en el Sacramento del amor» (13).

Cuando comulgaba parecía transfigurarse; y debía ser verdaderamente grande la buena impresión que causaba a todos, si sus compañeras de cuando estaba en el mundo, y de su época, y todas las religiosas recuerdan su porte, llenas de admiración.

El propio Don Cerruti no lo olvidó nunca, y después de muchos años declaró: «Recuerdo con cuánta devoción comulgaba cada día, cuando en Mornese y después en Nizza iba a decir la Misa a la comunidad y a distribuir la sagrada Comunión» (14).

(10) Proc. Ord., p. 161.

(11) Proc. Ord., p. 163.

(12) Proc. Ord., p. 167.

(13) Proc. Ord., p. 171.

(14) Proc. Ord., p. 169.

5. Todos los testigos y cuantos la conocieron no sólo hablan de su fe viva, sino que afirman que inculcaba el espíritu de fe especialmente a sus religiosas. Y he aquí la hermosa y fidedigna declaración del Cardenal Cagliero tanto sobre el espíritu de fe como sobre las recomendaciones de la Santa: «Por lo que he podido oír a su director espiritual Don Pestarino, a su cura párroco y a sus compañeras y por lo que he podido conocerla durante los seis años que estuvo bajo mi dirección, puedo asegurar que la Sierva de Dios estuvo siempre penetrada por el deseo vivo de hacer conocer, amar y servir a Dios, buscar su gloria y salvar las almas redimidas por su Sangre.

»A este fin consagró toda su vida, y sus pensamientos y palabras, ora rezando por los vivos y por los difuntos, ora enseñando a las jovencitas del pueblo a practicar la virtud y a vivir en el santo temor de Dios, con el fin de preservarlas del pecado, guiarlas por el camino del bien y asegurarlas su eterna salvación.

»La conocí siempre compenetrada del espíritu de fe en Dios, en su divina presencia; y esta divina presencia, siendo joven-cita, la recomendaba a sus compañeras; adulta, a las Hijas de la Inmaculada; superiora, a sus hijas espirituales; y, por consiguiente, a las muchachas, a las alumnas de los colegios, oratorios festivos, a las personas adultas como a las madres de familia, recordándoles que Dios es todo y nosotras nada; que Dios premia el bien y castiga el mal; y que sin Dios, sin la divina gracia y sin la oración, no podemos hacer ningún bien ni gozar de la paz del corazón; no podemos vivir como buenos cristianos y, por consiguiente, no podemos salvar nuestra alma.

»A causa de la fe consideraba un don de Dios el haber nacido, sido y educado cristianamente por sus padres; se consideraba feliz por ser cristiana y tener por Madre a la Iglesia, por Padre al Sumo Pontífice y por guía a los sacerdotes, especialmente a su director espiritual Don Pestarino, a su venerable párroco. Después de hacerse religiosa, su veneración aumentó ilimitada en su superior San Juan Bosco, en sus

directores y sacerdotes que se interesaban por el bien del Instituto.

»Consideraba las Reglas y Constituciones, dadas a las Hijas de María Auxiliadora por el Santo Fundador, como la perfección del santo Evangelio y recomendaba su exacta observancia, más que con la palabra, con el ejemplo; y las practicaba como si fuesen no sólo consejos, sino parte integrante de los divinos preceptos.

»Su fe le daba alas y la llevaba a Dios en cada acto de su vida y, poniendo de manifiesto todo su interior, solía decir a las Hermanas y a las niñas: "Hijitas mías, ¡arriba los corazones! ¡A Dios todos nuestros pensamientos, nuestras acciones, nuestras palabras! ¡Todo para Dios, nada para nosotras! ¡Hagámonos santas como es santo Dios! y vivamos sólo para El, para su gloria, y para nuestra salvación eterna"» (15).

6. Igual a su fe era su esperanza cristiana, viva, firme, inamovible, heroica. «Sin ésta —como decía Don Cerruti— no habría podido hacer y soportar todo lo que hizo y soportó» (16).

Y una Hermana: «Sufrió muchas contradicciones y adversidades, pero con la palabra y ejemplo llevaba a todos a tener confianza en Dios» (17).

Esta viva y filial confianza en Dios y en María Auxiliadora la demostraba en su obrar, en el trato, en las conversaciones, pero de un modo particular a sus hijas, especialmente al comienzo del Instituto, en que las dificultades internas y externas eran muchas y la pobreza muy grande.

«Tenía mucha confianza en Dios —declaró una Hermana—; en El se abandonaba tanto en lo referente a su salvación como a todas las cosas del Instituto. Nos infundía también a nosotras la misma esperanza» (18).

(15) Proc. Ord., pp. 172 y 173.

(16) Proc. Ord., p. 195.

(17) Proc. Ord., p. 198.

(18) Proc. Ord., p. 195.

Y otra: «Nos exhortaba a no esperar el premio en la tierra, sino a consolarnos con el pensamiento del cielo» (19).

Y otras: «Sí, tenía gran confianza en Dios y la sabía admirablemente infundir en las demás y, cuando sucedía que fuésemos un poco perseguidas, ella con íntimo convencimiento y santa firmeza decía: "No temáis; rezad, que Dios está ciertamente con nosotras y nos defenderá...", y todas nosotras, por su palabra, vivíamos tranquilas. Tenía además una gran confianza en María Auxiliadora» (20).

Tenía la costumbre de decir: «Sirvamos fielmente al Señor, trabajemos con rectitud de intención, suframos con gusto y el Señor no nos abandonará» (21). «No temamos, la Providencia pensará en nosotras» (22). «No nos desanimemos, que después el Señor nos dará el cielo» (23).

7. Fijando la mirada en el porvenir preveía persecuciones contra el Instituto, pero declaró una misionera: «Se nos mostraba muy animada por la confianza en Dios, y cuando desde entonces nos hablaba de las persecuciones que nos esperaban para nuestra Congregación, nos animaba a ser muy constantes en el servicio del Señor, aun cuando nos obligaran a quitarnos el hábito; y hablaba de esto con tranquilidad y alegría: ¡tanta era su esperanza!» (24).

Recomendaba además que cuando hubieran cometido alguna falta no dejaran nunca de esperar en Dios: se arrepintiesen, se animasen y fueran a El con confianza (25).

8. Madre Petronila declaró: «Cuando veía a alguna triste le decía: "Vete ante Jesús Sacramentado, exponle tus penas, tus necesidades con sencilla confianza, hablándole también con el lenguaje (dialecto) de tu pueblo, como harías con tu padre o

(19) Proc. Ord., p. 195.

(20) Proc. Ord., p. 192.

(21) Proc. Ap., p. 183.

(22) Proc. Ord., p. 191.

(23) Proc. Ord., p. 193.

(24) Proc. Ord., p. 196.

(25) Proc. Ord., p. 194.

con tu madre, y estáte segura de que obtendrás las gracias que desees, si es para tu bien..." Exhortaba también a decir al Señor lo que nos sugiere el corazón, prefiriendo esto a las oraciones que hay en los libros, porque, decía, esos sentimientos son de otros; por el contrario, cuando decís lo que os sugiere el corazón, expresáis los sentimientos vuestros» (26).

9. Tenía, como todos los cristianos que reflexionan, gran temor a los novísimos, especialmente al infierno, porque, como dice San Bernardo, quien lo teme se guarda de él y no caerá allí *qui pavet, cavet*, quien se preocupa poco o nada, difícilmente lo evitará *qui negligit, incidit*.

La Santa tenía también un gran miedo al Purgatorio, y por esto, declaró Madre Petronilla, «pedía al Señor que se lo hiciera pasar aquí; pero —continúa la misma— no puedo decir que por este temor se haya dejado llevar nunca de la tristeza o del malhumor» (27).

«Tenía mucho miedo a caer en las llamas del Purgatorio —declaró una Hermana— y pedía siempre a sus directores espirituales que le indicaran los medios con los que una religiosa logra entrar en el cielo (28), sin pasar por las llamas purificadoras.»

Y otra: «Amaba mucho el cielo; a mí también me animaba a la esperanza, me inducía a pedir la gracia de morir en un acto de amor a Dios y de dolor de mis pecados, diciéndome: "No queramos ir al Purgatorio..."» (29).

10. Otras declararon: «Deseaba continuamente el cielo. Lo anhelaba y nos hacía cantar las más bellas alabanzas para levantar nuestra mente y nuestro corazón a Dios» (30).

«Hablaban con frecuencia del cielo y se entusiasmaban al hablar de éste, especialmente cuando se presentaba la ocasión

(26) Proc. Ord., p. 191.

(27) Proc. Ord., p. 190.

(28) Proc. Ord., p. 198.

(29) Proc. Ord., p. 196.

(30) Proc. Ord., p. 191.

de hacer algún sacrificio; y deseaba que tanto las Hermanas como las alumnas se enamorasen de él. Y nos animaba a ir allá para ver a la Virgen» (31).

11. Terminemos este capítulo con las fidedignas declaraciones de Monseñor Costamagna y del Cardenal Cagliero. El primero declaró: «Solía hablar del cielo como si ya lo poseyera, y con ardor comunicaba esta esperanza a las que dependían de ella» (32).

Y el segundo: «Igual que estaba llena de fe, lo estuvo de confianza en la divina bondad y en los méritos de nuestro Señor Jesucristo. Durante el tiempo que estuvo bajo mi dirección no vi nunca en ella ningún acto de desconfianza, ni la oí jamás una expresión de temor, ni la vi nunca presa de alguna inquietud por su salud. Y quería que sus hijas arrojaran fuera su inquietud, fijaran la vista y pusieran toda su firme esperanza, más aún la seguridad, en el cielo, prometido por el Señor a quien lo ama y sirve.

“Animo —decía a veces—, el trabajo, los sacrificios, los sufrimientos, la vida y la muerte no son nada en comparación con el premio prometido, el gozo eterno y el cielo que nos espera con su gloria y felicidad eterna. Aquí el cansancio, allá el descanso; aquí el padecer, allá el gozar...”

»Su esperanza en la divina Providencia no tenía límites: nunca una desconfianza, nunca una agitación de ánimo, nunca un temor de que le faltase la protección divina y la intervención divina en las necesidades más urgentes, ya espirituales, ya materiales, del Instituto.

»Esta esperanza la consoló durante toda su vida; la sostuvo en sus padecimientos, en sus enfermedades, en sus dudas y la alegró en la hora de la muerte...» (33), como a su tiempo veremos.

(31) Proc. Ord., pp. 191, 192 y 193.

(32) Proc. Ord., p. 198.

(33) Proc. Ord., p. 198.

CAPÍTULO III

La virtud de la caridad

1. Su amor a Dios; absorta en Dios.—2. Vivía como perdida en Dios.—3. Deseo de ver a todas unidas a Dios.—4. Conformidad con la voluntad de Dios.—5. Amor fomentado por la mortificación. Habla con calor y eficacia de las cosas espirituales. «Los hombres pueden quitarme todo, menos el corazón para amar a Dios».—6. Deseo de que se extienda el reino de Dios.—7. Oratorios festivos.—8. Formación de las directoras. El Catecismo. La directora es la Virgen.—9. Alma reparadora.—10. Puntualidad y actitud edificante en las funciones de la iglesia. No hace caso del frío.—11. Fidelidad a la confesión semanal. Humillarse en la acusación.—12. Su caridad hacia el prójimo.

1. Si la confianza en Dios era ilimitada, su amor vivo y ardiente parecía sin confines. Si de jovencita en familia y trabajadora en los campos había sentido, como ya dijimos en su lugar, una especie de remordimiento por haber estado un cuarto de hora sin pensar en Dios y se había acusado de esto con gran dolor; si al proponer a su amiga el aprender el oficio de modista para ayudar a las niñas dijo que pondrían la intención de que cada puntada fuera un acto de amor a Dios, ¿qué no habrá hecho de religiosa?

Oigamos a sus hijas, una de las cuales declaró textualmente: «Tanto por lo que yo misma pude conocer como por la convicción general de las Hermanas y Superiores en Religión, la Sierva de Dios no tuvo otro pensamiento dominante en su vida que Dios» (1).

«Viendo a la Madre —declaró Madre Sorbone— se veía un alma en la que moraba Dios» (2). Y todavía: «En sus múltiples

(1) Proc. Ap., p. 201.

(2) Proc. Ord., p. 224.

deberes tenía siempre presente a Dios; y se esforzaba en cumplir su voluntad aun en las cosas pequeñas. Nos daba la impresión de que en las cosas que hacía no se movía por fines humanos, sino por el sentimiento del deber, buscando sólo el divino beneplácito. Se esforzaba por transmitir a sus hijas el propósito de trabajar siempre de acuerdo con la voluntad de de Dios.

»La veía continuamente vigilar sobre sí misma y muy atenta a vivir ella y a hacer vivir a las demás en la continua presencia de Dios, pero sin hacerse pesada, sino con tan cristalina sencillez que el amor de Dios parecía connatural en ella.

»Sus pensamientos y sus afectos debían estar constantemente dirigidos hacia Dios, porque de todo, con la mayor naturalidad, tomaba ocasión para hablar de Dios y para hacerlo alegremente amar.

»Todas las veces que debía acercarme a ella, aun sólo por razones de oficio, siempre me dejaba la impresión de la presencia de Dios: tanto la veía esforzarse para adquirir la propia perfección, en empeñarse en hacer el bien e impedir el mal» (3). Y tras otras bellas declaraciones termina: «En el momento presente no recuerdo más sobre el amor que Madre Mazzarello tenía a Dios, aunque pienso que lo que he dicho es muy poco frente a la realidad» (4).

Una Hermana se expresa así: «El pensamiento de Dios era tan poderoso en ella que alguna vez hacía parar momentáneamente el recreo y salía con tales expresiones que casi hacían sentir la presencia de Dios» (5).

Y otra: «Yendo a hablar con la Madre, a pesar de que escuchaba y respondía con plena conciencia, una se daba cuenta de que su pensamiento estaba absorto en Dios» (6); «cuando no había estado hablando con la Madre, se separaba de ella con el cielo en el corazón» (7).

(3) Proc. Ap., pp. 286, 205, 207.

(4) Proc. Ap., p. 208.

(5) Proc. Ap., p. 205.

(6) Proc. Ap., p. 107.

(7) Proc. Ap., p. 106.

2. Por esto el Cardenal Cagliero declaró: «Me lo aseguraron sus superiores Don Pestarino y el párroco; después Don Bosco, varios directores y las compañeras que Madre Mazzarello vivía de un único amor, el amor de Dios; de niña, de jovencita, de Hermana, y cuando la conocí y la tuve bajo mi dirección. Vivía de la oración y de la piedad sacramental con tal fervor y perseverancia que llamaba la atención de sus propios padres, de sus confesores, de sus compañeras y de cuantos la veían, no sólo como jovencita piadosa, devota, recogida, sino como persona afianzada en el amor divino, ¡que amaba a Dios *toto corde et tota anima*, sobre todas las cosas y sobre todas las criaturas!

»¡Vivía, se diría, perdida en Dios! ya cuando estaba recogida rezando, ya cuando se entregaba al trabajo; en el reposo como en la actividad, y se puede decir que también durante el sueño, como la Esposa del Cantar de los Cantares: *Ecce dormio et cor meum vigilat*.

»¡Este amor suyo hacia Dios y la Santísima Virgen lo demostró siempre y constantemente asistiendo, se puede muy bien decir, cada día al sacrificio de la santa Misa, recibiendo en ella la Comunión, a pesar de las incomodidades del camino y la lejanía de la iglesia, no obstante el mal tiempo, el frío, la nieve, el hielo y aun cuando estuviese delicada de salud!

3. »Religiosa, después, la conocí toda de Dios, llena del deseo de ver a toda su familia espiritual y a todas las alumnas, unidas por el vínculo de la divina caridad, en posesión de la gracia de Dios, devotas de María Santísima y asiduas en acercarse a la sagrada Comunión. Quería que amaran a Dios y odiaran al mundo; que vivieran y trabajaran sólo por Dios; nada por vanidad, nada por amor propio; que se hicieran santas para agradar a Dios, para glorificarle y gozar de Dios por toda la eternidad.

»Por eso solía decir en sus pláticas, en sus exhortaciones y en sus conferencias: «Hermanas mías, ¿para quién trabajamos?



Madre CATALINA DAGHERO
que fue preparada por Santa María Dominga Mazzarello para
sucederla en el gobierno del Instituto en el que permaneció,
siempre reelegida, 43 años, esto es, desde 1881 hasta su muerte,
acaecida el 26 de febrero de 1924

¿Para quién vivimos? Amemos y busquemos a Dios y al prójimo» (8).

4. El amor a Dios la llevaba a someterse en todo y por todo a la santa voluntad en la fatiga y en el cansancio, en los dolores y en las penas morales. Se deduce por las declaraciones que ninguna descubrió nunca en ella algún sentimiento contrario a la voluntad de Dios; ninguno la oyó jamás lamentarse; todos la veían, no sólo resignada, sino también siempre alegre, y aun contenta de sufrir, tanto que las Hermanas estaba maravilladas y edificadas de su calma e imperturbabilidad.

Nosotros nos contentamos con referir sólo dos declaraciones. Dice una: «Estaba tan conforme con la voluntad de Dios, que, cuando cualquier cosa le salía mal, adoraba esta misma voluntad divina y no se alteraba por nada» (9).

Y otra: «Estaba siempre conforme con la voluntad de Dios también en las cosas adversas» (10).

5. El amor de Dios lo fomentaba en sí con la observancia exacta y ordenada de todas las prácticas de piedad, comenzando por la meditación, a la que era la primera en acudir. Le gustaba meditar especialmente en la Pasión de nuestro Señor, en los dolores de la Virgen y en el amor de Jesús Sacramentado; y se veía que la meditación no se limitaba al tiempo establecido por la Regla, sino que continuaba influyendo también en el transcurso de la jornada, produciendo frutos de unión con Dios, de celo; de observancia, de mortificación, de unión de los corazones y de abandono a la voluntad de Dios.

Por esto cuando hablaba de cosas espirituales lo hacía con tanta convicción y calor que lo introducía hábilmente en el ánimo de quien la escuchaba; y, aunque por humildad, como declararon las Hermanas, acostumbra-se a decir, con cierto convencimiento, que no sabía nada, sin embargo cuando

(8) Proc. Ord., p. 226.

(9) Proc. Ord., p. 220.

(10) Proc. Ord., p. 218.

hablaba de nuestra santa Religión demostraba, sin saberlo, un conocimiento grande y profundo (11).

A causa de este su gran amor a Dios se lee en las declaraciones juradas: «Se la veía ponerse roja durante la oración y otros ejercicios de piedad...» (12).

«Era devotísima de Jesús Eucaristía y de la Virgen y nos infundía con palabras ardientes estas mismas devociones. Cuando nos hablaba del Señor se ponía roja, y después, porque le resultaba más fácil, prefería hablar del Señor en el dialecto del pueblo» (13).

«Decía muchas veces a las que dependían de ella que los hombres podían quitarle todo, menos el corazón para amar a Dios» (14).

6. Por este ardentísimo amor a Dios, declaró Madre Sorbone: «Deseaba vivamente que el reino de Dios se extendiese a todas las mentes y a todos los corazones y especialmente en las casas de la Congregación.

»Con este fin ofrecía sus oraciones, sus trabajos, sus sufrimientos físicos y morales, y nos exhortaba a nosotras, sus hijas, a hacer igual, animándonos a no dejar pasar la ocasión de hacer sacrificios por la conversión de los pobres pecadores, y nos permitía, especialmente mientras estuvimos en Mornese, pasar alguna hora de la noche en la iglesia delante de Jesús Sacramentado rezando por el triunfo de su Reino.

»Se alegraba muchísimo al ver partir a sus primeras hijas para las misiones y las alentaba a soportar con alegría cualquier sacrificio, incluso el de la vida, por Jesucristo. Y les escribía alegrándose del bien que hacían y de las penas que debían soportar, diciéndoles que serían afortunadísimas si tuvieran la alegría de morir mártires por nuestro Señor» (15).

Monseñor Costamagna escribe: «Una de sus fervientes y continuas oraciones era para tener numerosas y firmes vocacio-

(11) Proc. Ap., art. 171.

(12) Proc. Ord., p. 168.

(13) Proc. Ord., p. 170.

(14) Proc. Ord., p. 319.

(15) Proc. Ap., p. 149.

nes con el fin de poder abrir nuevas casas y extender así más el Reino de Jesucristo».

7. Por esto gozaba cuando el Santo Fundador abría alguna casa, pensando que Dios sería más conocido y amado y mejor servido. Habría querido hacerlo conocer, amar y servir por todos; y en las casas del propio Instituto se cuidaba de que, posiblemente, allí hubiera siempre el taller y, para las chicas, el oratorio festivo (16).

Se afirmó: «Quería que el oratorio festivo se estableciera en todas las casas que se abrían; más aún, con poquísimas excepciones, fuese condición indispensable para abrir la casa, y se cumpliera lo más que se pudiera, siendo la obra de los oratorios festivos una de las más amadas por ella y por Don Bosco.

La Sierva de Dios no quedó defraudada en la esperanza que ponía en los oratorios que se abrieron mientras ella vivía; especialmente los de Chieri y Turín dieron frutos muy consoladores; fueron semilleros de vocaciones religiosas para las jovencitas, y aún hoy están muy florecientes. Muchas de las ex alumnas de estos oratorios festivos, que ahora son madres de familia, se mantienen en buenas relaciones con las Hermanas, y cuando se reúnen (lo que se hace periódicamente, y se hizo especialmente en el cincuentenario de la fundación de los oratorios festivos) recuerdan con agrado los años pasados en los oratorios, mandan a éste a sus propias hijas y, en general, dan muestras de vida cristiana. Las antiguas oratorianas, que conocieron personalmente a Madre Mazzarello, hablan de ella todavía con mucha veneración» (17).

8. Aunque buscaba que todas las Hermanas avanzaran siempre en la perfección y no se olvidaba de ninguna, sin embargo, se puede decir que procuraba formar a las que después estarían al frente de una casa, para que se arraigaran bien en la humildad y en el amor de Dios; una de las últimas

(16) Proc. Ap., p. 146.

(17) Proc. Ap., p. 146.

recomendaciones que les hacía antes de dejarlas partir o cuando las visitaba era dar bien el Catecismo a las jovencitas y, al mismo tiempo, que fueran humildes. Solía decir: «Acuérdate de que la directora es la Virgen».

9. Su gran amor a Dios le hacía sentir al vivo las ofensas que se le hacían y la llevaban a hacer actos de reparación. Siendo todavía jovencita y viviendo con su familia, cuando por el camino o en los campos oía a los malos profanar el nombre de Dios, sufría muchísimo y decía: «¡Oh, qué feas palabras..., ya es bastante que Dios no le castigue en el acto!» (18), y decía algunas jaculatorias en reparación.

Madre Sorbone declaró: «El pecado causaba un gran horror a la Sierva de Dios y sentía una gran pena por cada ofensa hecha a su Señor. Con la oración, con los sacrificios y con la mortificación procuraba reparar las ofensas que se hacían a Dios y obtener la conversión y la salvación de los pobres pecadores. Era toda cuidado y vigilancia para impedir el pecado en las almas a ella confiadas» (19).

Y todavía: «Se ponía roja por la indignación si oía una palabra contraria a la religión, a los sacerdotes o al Vicario de Cristo».

Y una Hermana: «Se afligía muchísimo por las ofensas que Dios recibe de los pecadores: además del amor a Dios, el pensamiento más vivo de la Sierva de Dios era el de que sus hijas no ofendieran de ningún modo al Señor; y en la época del carnaval las hacía rezar oraciones especiales para reparar» (20).

«Añado que toda la vida de la Sierva de Dios tenía como mira impedir la ofensa de Dios y hacerlo conocer y amar, obteniendo a veces, con su paciencia y caridad, verdaderas conversiones» (21).

Y otra: «El impedir la ofensa de Dios y procurar el bien de las almas era todo su pensamiento y su vida... Estoy comple-

(18) Proc. Ap., int. 24-28.

(19) Proc. Ap., p. 208.

(20) Proc. Ap., p. 202.

(21) Proc. Ap., p. 230.

tamente convencida de que sentía vivamente las ofensas hechas al Señor y de que era un alma eminentemente reparadora» (22).

10. Era exacta y puntual en todo y estaba atenta a no faltar en nada. Como era la primera en la meditación y en el trabajo, así también «era siempre la primera en participar en las ceremonias religiosas, a las que asistía con tal devoción que parecía un serafín; pero esto no la impedía vigilar para que las Hermanas y las niñas asistiesen también ellas con recogimiento y devoción» (23).

Las Hermanas, especialmente, procuraban imitar el fervor de la santa Madre y solían decir que en la capilla, aun haciendo frío, no se le sentía y la Sierva de Dios añadía: «Cuando hay amor de Dios, al frío no se le hace caso» (24).

Una religiosa que cuando era alumna en Nizza observaba lo más que podía a la Madre, declaró: «El amor que tenía el Señor lo manifestaba también exteriormente con su porte devoto y fervoroso, con el cual se acercaba a los santos Sacramentos y asistía a las funciones religiosas. Su actitud nos edificaba y su aspecto, siempre sereno, revelaba la seriedad y la máxima importancia que ella daba a cada práctica religiosa. Y esa impresión es aún en mí tan profunda que no raras veces, preparándome para la confesión, mi pensamiento corre espontáneo a la Madre y a ella me encomiendo para prepararme a recibir convenientemente este Sacramento» (25).

11. Y Madre Sorbone: «Era exactísima en acercarse al Sacramento de la Penitencia cada ocho días, como manda la Regla. Con qué sentimientos se acercaba creo poderlos deducir por las recomendaciones que nos hacía, diciéndonos que no hiciéramos las cosas por costumbre, que nos humillásemos nosotras mismas en la acusación, porque a la confesión

(22) Proc. Ap., pp. 127 y 210.

(23) Proc. Ap., p. 207.

(24) Proc. Ap., p. 201.

(25) Proc. Ap., p. 209.

tenemos que llevar el dolor y el odio al pecado y buscar sinceramente la enmienda» (26).

Una Hermana recuerda que enseñaba el modo y sugería las palabras que se debían usar para humillarse más en la acusación.

12. El gran amor a Dios la llevaba a amar al prójimo. Y aquí no nos extendemos porque se deriva de todo lo tratado en nuestra obra y no queremos repetir, y nos contentamos con algunas breves, pero jugosas y autorizadas declaraciones.

Madre Daghero declaró: «Era tanta su caridad, que no había Hermana o persona a la que no estuviese dispuesta a ayudar, a alentar y a consolar aun a costa de grandes sacrificios por su parte, y lo que hacía ella lo recomendaba también a las Hermanas, inculcándolas que aprovecharan la ocasión y lo hicieran rápidamente, diciendo: “Lo que podéis hacer hoy, no esperéis a hacerlo mañana”» (27).

Y Madre Sorbone: «Amaba no sólo a las Hermanas y a las alumnas, sino también a las oratorianas y a todas aquellas personas a las que podía hacer bien. Se deba toda a todos en cualquier momento, de día y de noche; siempre estaba dispuesta a ejercitar la caridad, ya en lo físico, ya en lo moral, según la necesidad y su posibilidad...

»No despedía nunca sin haberles dado algo a los pobres que llamaban a la puerta de nuestra casa... Siempre que podía ayudar al prójimo de algún modo se la veía toda radiante de gozo, porque en el prójimo y en todo veía a Dios» (28).

Efectivamente, una Hermana añade: «Tenía como máxima que lo que hacemos al prójimo lo hacemos al Señor, y nos inculcaba que viéramos a Jesús en las alumnas, en las Hermanas, en todos y que quisiéramos bien a todos no sólo con las palabras, sino con ejemplo y con las obras» (29).

Y sigue Madre Daghero: «Tenía siempre como mira el bien

(26) Proc. Ap., p. 208.

(27) Proc. Ord., p. 253.

(28) Proc. Ap., p. 244.

(29) Proc. Ap., p. 249.

de las almas y no evitaba fatigas ni penas para alejarlas del pecado y conducir las por el camino de la salvación» (30).

Por esto su celo y sus sacrificios por las muchachas; por esto la asistencia a los enfermos y las limosnas, aunque viviera en tanta pobreza. Por consiguiente, las Hermanas declararon con toda verdad: «Parece que la necesidad de su vida fuera la caridad con el prójimo; siempre se afanó y se sacrificó por el bien de las almas».

«Se habría entregado a sí misma por los pobres, por los enfermos, por todos.»

«Gastó toda su vida en bien del prójimo; amaba al prójimo más que a sí misma; nos recomendaba también a nosotras que tuviésemos caridad con las muchachas que venían a nuestros colegios y oratorios; quería que cuando una se equivocaba, se corrigiera la equivocación, pero se amase a la persona» (31).

¿Qué decir después de su caridad especial con las enfermas? Las prodigaba todos los cuidados propios de una madre, no las abandonaba nunca (32), y una Hermana declaró: «Yo misma la vi ejecutar acciones humildísimas con las enfermas y ayudarlas a prepararse para la muerte» (33).

Y el Cardenal Cagliero: «Amaba a todos con un gran amor y sólo por amor de Dios, sin pensar en si se lo merecían o no; si le correspondían o no se lo agradecían... Soportaba como una verdadera santa y con santa calma y paciencia las molestias de sus propios familiares y de los extraños y rezaba por los vivos y por los difuntos, especialmente por los pobres pecadores.

»Se privó a veces, como supe, del propio alimento para ofrecérselo a quien lo necesitaba; vestía con lo de su propiedad a las niñas pobres y daba sus ropas y sus prendas blancas a las Hermanas. Atendía y asistía a las enfermas como una verdadera madre, como si fuera la enfermera. Las visitaba y además pasaba las noches a su cabecera» (34).

(30) Proc. Ord., p. 251.

(31) Proc. Ord., pp. 255, 257, 260 y 261.

(32) Proc. Ord., pp. 255, 259 y 260.

(33) Proc. Ord., p. 258.

(34) Proc. Ord., p. 266.

CAPÍTULO IV

La virtud de la justicia y de la mortificación

1. Cómo ama y practica la justicia. Observancia del domingo. Culto a Jesús Sacramentado.—2. Los objetos de la iglesia.—3. Sufragios.—4. Respeto a las autoridades civiles y eclesiásticas: a los sacerdotes, a los Obispos y al Papa.—5. Con las clientes. Imparcialidad con las religiosas.—6. Gratitud con los bienhechores.—7. Práctica y espíritu de mortificación en la comida, en el ayuno, etc.—8. Avida de mortificarse.—9. En las enfermedades.—10. Recomienda la mortificación a las Hermanas.—11. Vigila para que ninguna se exceda al mortificarse.

1. La virtud de la justicia exige que se dé a cada uno lo que le corresponde: a Dios, la adoración; a los padres y superiores, el respeto y la obediencia; a los bienhechores, la gratitud; a los iguales y a los inferiores, lo que se debe, y a nadie, por ningún motivo o pretexto, se le haga alguna injusticia. Esta virtud fue practicada de una forma admirable y heroica por Santa María Mazzarello.

A Dios, como hemos visto, iban siempre dirigidos todos sus pensamientos, todos sus afectos y por El eran todos sus trabajos. El domingo, de un modo especial, era todo de Dios y para Dios. Madre Sorbone declaró: «Yo vi que Madre Mazzarello era muy observante en guardar el descanso prescrito en los domingos y fiestas de precepto. En esos días no quería ni siquiera que se barriese, limitando los trabajos materiales a lo que era indispensable. Y no nos permitía tampoco que nos ocupásemos en trabajos para la iglesia, no porque estuvieran prohibidos, sino porque no nos acostumbrásemos mal» (1).

Y otras Hermanas: «Nos inculcaba que la santa Misa se debe siempre oír con devoción, pero que en los días de fiesta

(1) Proc. Ap., pp. 151 y 158.

hay que oírla aún más devotamente, para cumplir el precepto» (2).

«Tenía mucha devoción a Jesús Sacramentado y a María Santísima y la demostraba particularmente en las fiestas y en las novenas que las precedían. Nos daba con tal motivo bellas conferencias para encendernos en el amor del Señor y de la Virgen» (3).

Y otra añade: «La vi cómo estaba en la iglesia con tal compostura que inspiraba devoción por el recogimiento que en ella se advertía. Cuando hablaba de Jesús Eucaristía nos embelesaba» (4).

Madre Enriqueta Sorbone declaró: «¡Oh!, me parece que aún la veo en la iglesia, profundamente recogida y que se acerca a recibir la sagrada Comunión como si fuera un serafín de amor. Y durante la jornada, presentándose a las Hermanas en el taller o en otros lugares donde se trabajaba, parecía que llevaba todavía a su Jesús en el corazón para transmitirlo a sus hijas y a las niñas; y nosotras sentíamos, al paso de la Madre, el perfume de Jesús.

»Era muy puntual para hacer la visita a Jesús Sacramentado mandada por la Regla y, además de ésta, hacía otras visitas durante el día, pero sin dejar de cumplir los deberes de su cargo. En las visitas la veíamos absorta en Jesús. Inculcaba a las Hermanas que fueran también a visitar con frecuencia a Jesús en los momentos que no tenían ninguna obligación» (5).

2. Deseaba vivamente el culto a Dios y era muy diligente en procurar el decoro de la casa del Señor, y aunque el Instituto era muy pobre, especialmente en la época de Mornese y en los primeros años también de Nizza, sin embargo, quería que los objetos de la iglesia tuvieran una cierta magnificencia, porque decía: «No hay que ser tacañas con Jesús, que es el Amo de todo» (6).

(2) Proc. Ap., p. 158.

(3) Proc. Ord., p. 167.

(4) Proc. Ord., p. 164.

(5) Proc. Ap., p. 151.

(6) Proc. Ap., p. 150.

En Nizza trabajó ella misma mucho tiempo en hacer una bella alfombra para el presbiterio del altar mayor de la iglesia, que aún hoy se conserva con gran veneración (7).

Sentía una gran veneración por las cosas sagradas y entregaba con gusto objetos religiosos, imágenes, medallas, recomendando la devoción a la Virgen (8).

3. Era exacta en hacer celebrar las Misas por las Hermanas difuntas y en los otros sufragios prescritos por la Regla, y recomendaba con frecuencia rezar por ellas y por todos los difuntos, especialmente por los bienhechores. Decía: «Si nosotras nos olvidamos de las almas del Purgatorio, el Señor permitirá que los otros se olviden de nosotras y los sufragios que hagan por nosotras, el Señor se los aplicará a otros» (9).

4. Era muy respetuosa con los superiores; Don Cerruti declaró: «Tenía un grandísimo respeto a los sacerdotes, los Obispos y el Papa. No permitía que se pusieran no digo dificultades, sino ni siquiera que se hicieran observaciones a las disposiciones de la autoridad eclesiástica» (10).

Y Madre Sorbone: «La Sierva de Dios alimentó siempre sentimientos de respeto y deferencia a la autoridad civil. En las relaciones con los superiores eclesiásticos usó siempre la mayor sumisión, devoción y agradecimiento; se conservaba con ellos sencilla como una niña, docilísima y muy fiel; quería que toda la comunidad diera iguales muestras de filial y devotísima deferencia.

»El Papa era para ella Jesucristo en la tierra; inculcaba que se le venerara y obedeciera y recomendaba a las niñas que llevarsen estos mismos sentimientos a sus familias. Se enardecía si oía una palabra contra la religión o contra el Vicario de Cristo. Quería que se hablara de ellos sólo bien, callando

(7) Proc. Ap., pp. 157 y 148.

(8) Proc. Ap., p. 157.

(9) Proc. Ord., p. 261.

(10) Proc. Ord., p. 292.

absolutamente las pequeñas miserias que llegaran a su conocimiento» (11).

Y una religiosa, después de haber declarado sobre la gran veneración que nuestra Santa sentía por el Sumo Pontífice, termina: «Nos hacía rezar por él frecuentemente... y tuvo además una gran veneración a los excelentísimos Obispos y al clero en general, y recuerdo que solía repetir el dicho de Santa Teresa: "Si me encontrase al mismo tiempo con un Angel y con un sacerdote, saludaría antes al sacerdote que al Angel"» (12).

5. Al prójimo nunca le trató injustamente, ni siquiera aparentemente. Todo lo que sobraba de la tela, del hilo o de la lana tenían, como hemos visto, que devolvérselo a las clientes (13); y declaró una Hermana: «Estando yo ocupada en el taller, me recomendaba con frecuencia que fuera justa» (14).

No tenía ninguna parcialidad con las religiosas, ni al distribuir los oficios, y en las correcciones sí, por su vivo carácter, se daba cuenta de que se había excedido, rápidamente, declaran Don Cerruti y Monseñor Costamagna, por espíritu de justicia, reparaba pidiendo humildemente perdón (15); y Monseñor Costamagna escribe que algunas veces lo hacía de rodillas.

6. Sentía un profundo agradecimiento hacia los bienhechores y no dejaba pasar la ocasión de demostrárselo; se lo inculcaba a sus hijas y quería que rezasen por quienes les habían ayudado o lo habían hecho al Instituto (16).

Madre Daghero declaró: «Recomendaba (a sus hijas) que fueran muy agradecidas y las decía que, aunque hubieran recibido de una persona noventa y nueve disgustos y un solo favor, era necesario acordarse del favor y olvidar los disgustos.

(11) Proc. Ap., p. 151.

(12) Proc. Ap., p. 141.

(13) Proc. Ord., p. 289.

(14) Proc. Ord., p. 291.

(15) Proc. Ord., pp. 317 y 400.

(16) Proc. Ord., pp. 281 y 288.

Quería que el agradecimiento se demostrara con hechos y no sólo con las palabras, y aun a costa de verdaderos sacrificios» (17).

7. Mortificaba continuamente todos sus sentidos y era muy mortificada en todas las cosas. Madre Petronila declaró: «Su espíritu de mortificación debía de ser grande, si se considera la alegría con que soportaba las privaciones que nos venían impuestas por la extrema pobreza de nuestro Instituto, tanto más cuanto que era más bien delicada de salud. Comía tan poco que, preguntándole nosotras cómo se las arreglaba para vivir, decía que aquel poco le bastaba y estaba muy bien» (18).

Y Madre Daghero: «Desde muy jovencita era muy dada a las penitencias corporales, pero al prohibírselo su confesor y, más tarde, Don Bosco y la Regla, se aprovechaba de todas las ocasiones que se le presentaban de mortificarse, pero no nos consta que haya voluntariamente hecho mortificaciones extraordinarias que hayan arriesgado o puesto en peligro la salud» (19).

Y aún más: «Con respecto a los alimentos no se podía nunca saber los que más le apetecían, y comía poquísimo... No quería que las Hermanas hablaran nunca de alimentos, pero que recibieran con agradecimiento lo que la Providencia mandaba.

»Cuando alguien regalaba alguna vianda más sabrosa, su pensamiento volaba rápido a las enfermas, a quienes se lo llevaba. Cuando se le ofrecía alguna cosa, por miramiento a su salud, ella la pasaba diestramente a una Hermana a la que creía más necesitada, queriendo adaptarse al alimento común. Y esto lo vi yo misma una vez con mis propios ojos» (20).

Otras religiosas declaran: «No procuró nunca alimentos mejor preparados...» «En la comida, en todo era mortificadí-

(17) Proc. Ord., p. 289.

(18) Proc. Ord., p. 303.

(19) Proc. Ord., p. 303.

(20) Proc. Ord., p. 345.

sima. Era rigurosísima consigo misma para el ayuno» (21). «No hablaba ni permitía hablar de lo que se había comido» (22). «Dicen que comenzó a ayunar durante toda la cuaresma a los diecisiete años» (23); que «aunque padeciera algunas dolencias, fue muy observante en el resto de su vida y que en los días de ayuno no entraba casi nunca en el comedor para desayunar».

«Nunca se lamentaba de la pobreza ni de la escasez de alimento, como sucedía especialmente en los comienzos de la Congregación, sino que alguna vez los hacía menos apetitosos y aun desagradables los alimentos echando agua fría y también una pizca de ceniza» (24).

8. Aprovechaba todas las ocasiones para mortificarse. «Yendo al campo —declaró Madre Petronila— cogía las manzanas, se las llevaba a las compañeras y no recuerdo que se las comiese» (25).

Y una Hermana: «Algunas veces, a la cocinera se le olvidaba echar sal a la sopa. Ella la comía sin más y después iba a buscar la sal para nosotras, y al decirle nosotras:

—Madre, ¿por qué hace esto?

»Respondía:

—Porque yo no tengo gusto y para mí es lo mismo» (26).

No es que le faltase el sentido del gusto, sino por el espíritu de mortificación encontraba bueno lo que en sí realmente no lo era, y existiendo «extrema pobreza en el Instituto, con la palabra y el ejemplo animaba a aceptar con gusto aquellas privaciones» (27).

Monseñor Costamagna declaró: «Si no se mortificaba más, se debía a la obediencia que se lo prohibía, por una especie de úlcera que tenía» (28).

(21) Proc. Ord., p. 306.

(22) Proc. Ap., p. 301.

(23) Proc. Ord., p. 305, y Proc. Ap., p. 299.

(24) Proc. Ap., p. 298.

(25) Proc. Ord., p. 304.

(26) Proc. Ord., p. 305.

(27) Proc. Ord., p. 306.

(28) Proc. Ord., p. 339.

Y Madre Petronila: «En la práctica de la virtud, especialmente de la mortificación, no hacía excesos absurdos, y aunque era muy rigurosa en los ayunos y en otras penitencias, jamás se enfermó por haberse excedido» (29).

9. «Era emocionante su amor a Dios en los sufrimientos—declaró Madre Sorbone—. No sólo soportaba con amor sus males, sino que todavía deseaba sufrir más. Cuántas veces se la encontraba, y la encontré también yo, con toda la cara hinchada, sufriendo muchísimo, por el fuerte dolor de oídos y de los vesicantes que se llevaba encima y, sin embargo, serena como si no tuviera nada, alegre de estar crucificada con Jesús» (30).

Y además: «Recuerdo haberla visto durante una enfermedad tener bajo la cabeza dos cajas de madera en lugar de almohadas» (31).

Y Madre Petronila: «Por mortificación, mientras que le dolía el oído apoyaba la cabeza sobre una cajita de madera y decía: “Lo que yo sufro no es nada en comparación de lo que sufrió el Señor con una sola espina”» (32).

Y también: «El Señor sufrió mucho más al apoyarse en la cruz con la corona de espinas» (33).

10. Como ella amaba la mortificación, así la recomendaba a las Hermanas. Una declaró: «Buscaba con avidez las ocasiones para mortificar la naturaleza y nos enseñaba además a nosotras a hacer otro tanto; nos recomendaba que no dejáramos escapar las mortificaciones a las que ella llamaba tiempo de vendimia» (34).

Y Madre Elisa Roncallo: «Al ir de paseo nos recomendaba que nos metiésemos piedrecitas en los zapatos... y sugería como un medio de mortificación meter palitos en la cama o

(29) Proc. Ord., p. 130.

(30) Proc. Ap., p. 206.

(31) Proc. Ord., p. 307.

(32) Proc. Ord., p. 303.

(33) Proc. Ord., p. 305.

(34) Proc. Ap., p. 269.

cualquier otra cosa para que no reposáramos cómodamente» (35).

Recomendaba, sobre todo, santificar los sufrimientos o mortificaciones que, quieras o no, se encuentran cada día; una de las primeras misioneras declaró: «Añado que, en honor de la Virgen, nos hacía soportar con mucha alegría y gusto las mortificaciones» (36).

11. «Pero mientras recomendaba tanto el espíritu de mortificación —declaró Madre Sorbone—, vigilaba y guiaba a las Hermanas de modo que la práctica de la mortificación no les perjudicara, como hizo conmigo misma» (37).

Y Madre Petronila: «A las demás les recomendaba también siempre que hicieran mortificaciones que no dañaran la salud. Así mientras estábamos aún en Mornese y nos invitaban a ir a la viña de sus parientes o de otras personas bondadosas, ella recomendaba a las Hermanas que no se saciaran del todo y que se sirvieran de esta ocasión para hacer alguna mortificación. Sucedió que alguna Hermana no tocaba absolutamente la uva, contentándose sólo con andar entre los viñedos; la Madre sabía esto y, sin darlo a entender, se alegraba delante del Señor.

»Nos exhortaba a aprovecharnos de todas las ocasiones, como cuando se iba con la familia o con las bienhechoras y nos ofrecían alguna cosa, o en los días solemnes se servía en la mesa alguna cosa más, para hacer alguna mortificación» (38).

De modo que se puede decir con verdad que tenía crucificados todos sus sentidos, según el mandato de San Pablo, y que con el ejemplo y la palabra movía a las religiosas a cumplirlo.

(35) Proc. Ord., p. 329.

(36) Proc. Ord., p. 307.

(37) Proc. Ap., p. 301.

(38) Proc. Ord., p. 304.

CAPÍTULO V

La virtud de la pobreza y de la obediencia

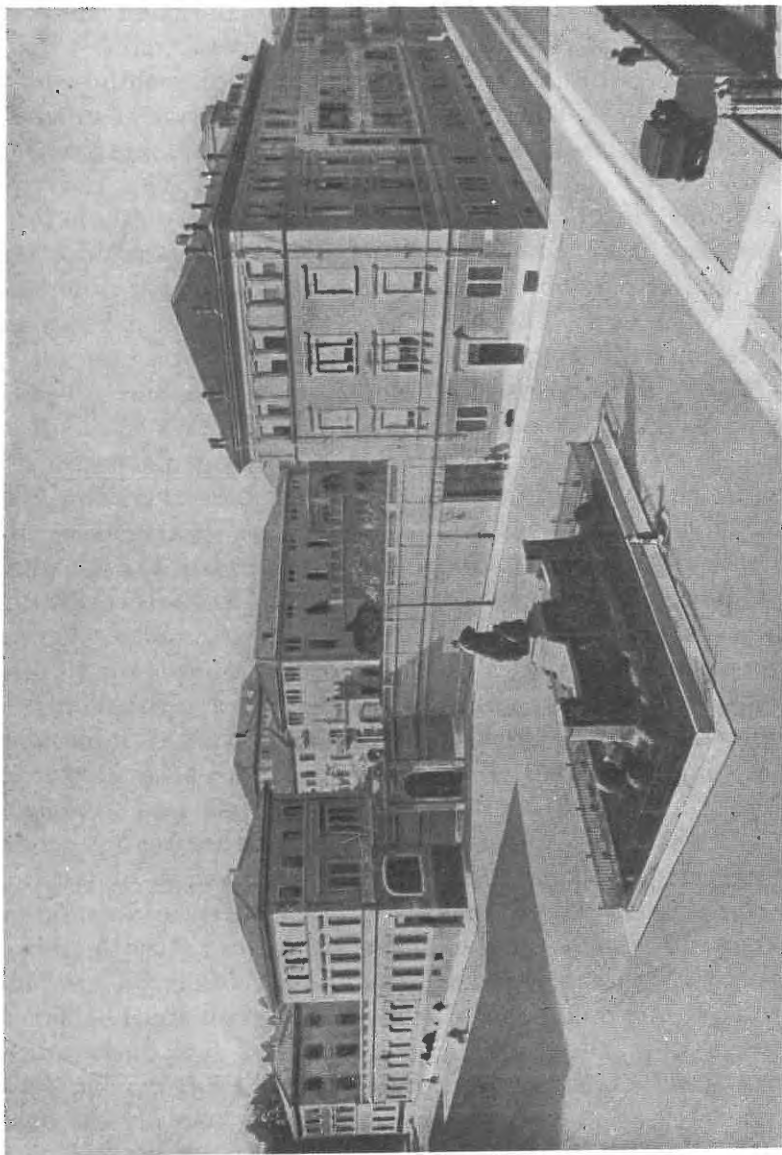
1. Motivos para amar la pobreza.—2. Cómo Santa María Mazzarello amaba y practicaba la pobreza: en la celda y en el alimento.—3. En el vestir.—4. No estaba apegada a nada y regalaba también lo que le era necesario.—5. Era el retrato de la pobreza y la pobreza personificada.—6. Se la recomienda a las Hermanas.—7. Cómo las Hermanas, atraídas por el ejemplo de la Madre, practican la pobreza.—8. Amadla: debe ser la virtud vuestra.—9. Orden y limpieza.—10. Obediencia de la Santa a los padres, a Don Pestarino, a Don Bosco y al director espiritual de la casa.—11. Obediencia aun a los deseos de los inferiores.—12. Obediencia de juicio.—13. Su ejemplo arrastra a las Hermanas a la perfecta obediencia.—14. Declaraciones del Cardenal Cagliero sobre la obediencia de la Santa Madre.

1. La pobreza, que espanta tanto a los mundanos, es la virtud más amada por las almas santas, aunque no hagan el voto como los religiosos. Y ¿por qué? Porque la pobreza les hace más semejantes a Jesús, que nació, vivió y murió pobre; porque la pobreza las preserva del orgullo y las hace practicar la humildad —no se concibe a un pobre orgulloso, o bien, da náuseas—, porque la pobreza obliga al trabajo y libra del ocio y de sus tristes consecuencias; porque la pobreza es causa del espíritu de sacrificio y hace que el hombre recurra a Dios y ponga en El toda su confianza y por ello Dios le ayude y le proteja.

Por todos estos y otros motivos que se podrían añadir, las almas santas aman la pobreza.

Y Santa María Mazzarello ¿tenía amor a la pobreza?

2. Madre Daghero declaró: «Me parece que se debe decir que amó la pobreza en sumo grado, por lo que no sólo soportaba sus consecuencias, sino que deseaba ardientemente



Casa General de las Hijas de María Auxiliadora en Turín desde 1929

las privaciones... Su celda contenía lo estrictamente necesario; no tenía ni siquiera una mesa de escritorio para su uso, y cuando debía escribir una carta buscaba una habitación libre, donde hubiera lo que necesitaba. En cuanto al dinero, no estaba nada apegada y no lo usaba sino para las necesidades de la Congregación. Por lo demás, la guarda del dinero estaba reservada a las Hermana ecónoma» (1).

Madre Petronila añade: «En su celda (en Mornese) no había más que una cama (sin colchón) y una silla; más tarde añadieron un pequeñísimo armario para guardar allí algunos libros» (2).

Por esto no mintió Monseñor Costamagna al asegurar: «Su celda fue poco más o menos como la de un ermitaño» (3).

En la de Nizza había dos camas, una para ella, otra para una Hermana, pero no siempre la misma.

También en esto obraba con mucha prudencia y cambiaba con frecuencia de compañera para evitar hasta la sombra de preferencia. Tuvo mucho tiempo a una Hermana muy sencilla y la dejaba su colchón y ella dormía sobre el jergón de hojas de maíz. La religiosa, en su sencillez, no se dio cuenta sino muy tarde, y no supo comprender por qué la Madre obraba así.

Un crucifijo, una vieja cómoda y una mesa de escribir, más vieja aún, cerrada con llave, una silla y un reclinatorio formaban todos los muebles de aquella habitación que era al mismo tiempo despacho y dormitorio y en la que la santa Madre entregó su alma a Dios.

Estando sometida a un fuerte dolor de cabeza habría ciertamente necesitado un almohada blanda; pero, siendo la casa de Mornés muy pobre, no la tenían todas las Hermanas; por esto no quiso nunca hacer una excepción. En caso de necesidad cogía un escabel, lo envolvía con unas telas, como ya hemos visto, y se servía de éste como almohada. A quien le decía que era excesivamente duro, respondía: «Es hasta demasiado blando para una Hermana».

(1) Proc. Ord., p. 345.

(2) Proc. Ord., p. 346.

(3) Proc. Ord., p. 345.

En la comida hacía siempre vida común y «cuando las Hermanas (como ya se dijo), atentas por su delicada salud, le llevaban algo especial, airosamente se lo pasaba a la compañera o lo devolvía a la cocina» (4).

3. Vestía humildemente; ya se declaró que: «Sus ropas fueron siempre las más pobres y humildes» (5); que «escogía para sí las cosas más humildes y pobres dejando las mejores a las demás»; «que prefería para sí las ropas más deterioradas» (6); que «llevaba prendas remendadas y muy gastadas» (7).

Y las alumnas, que observaban siempre todo, «se impresionaban al ver que la Madre tenía siempre los hábitos más bastos y descoloridos» (8).

Una Hermana afirma: «Llevaba los hábitos más deteriorados como si fuera la última de la casa. Recuerdo haberla visto con un hábito que había sido teñido varias veces y muchas veces el velo y la esclavina eran remendados por sus propias manos.

»Con frecuencia se la veía, sentada en el taller sobre un banco, arreglar y remendar las ropas de los pobres artesanos mandadas por los salesianos del Oratorio de Turín.

»Al ir desde el colegio a la casita donde habitaba el director, en el momento en que llovía, se ponía un gran delantal en la cabeza, y a las Hermanas, que se lo querían quitar y le hacían observar que no estaba bien en una superiora: “¿Qué nos pasa? —respondía—, para mí es aún demasiado...” Y tuvieron que escondérselo para que no lo usara más.

»Un día una Hermana le advirtió que no estaba bien que fuera al locutorio con el hábito tan viejo, siendo la Superiora. “Precisamente por eso —respondió— debo dar buen ejemplo”»

Otra escribe: «Un día se le avisó que la esperaban en el locutorio y ella, que tenía un delantal indecente, se vuelve a

(4) Proc. Ap., p. 301. Cfr. Proc. Ord., pp. 334 y siguientes.

(5) Proc. Ord., p. 354.

(6) Proc. Ord., p. 345.

(7) Proc. Ord., p. 348.

(8) Cfr. Proc. Ap., p. 341.

una novicia y le dice: "Hazme el favor de prestarme tu delantal..." Y hay que advertir que la novicia era baja de estatura, mientras que la Madre era alta; pero parecía que en ella no había ya amor propio».

4. No tenía apego a cosa alguna, y daba con toda facilidad a las Hermanas que lo necesitaban los objetos que tenía, aun cuando ella también los necesitase (9).

Una religiosa declaró: «No demostraba apego alguno a las cosas temporales y también nos lo recomendaba a nosotras diciéndonos que viviéramos desprendidas de las pequeñas cosas de la comunidad, habitación, ropas, etc.; que no tuviéramos inquietudes a este respecto, añadiendo que, si nosotras habíamos cumplido nuestro deber, el Señor no nos dejaría faltar lo necesario. Consideraba los bienes temporales sólo como medios para extender el campo de bien en que tenemos que trabajar para gloria de Dios» (10).

«No tenía nada superfluo y si tenía alguna cosa la cedía a alguna Hermana que debía ir de viaje.» Y no sólo cedía lo superfluo, sino también lo necesario.

Una Hermana tenía que ir a Bordighera como maestra y sentía mucho el sacrificio de tener que abandonar la casa de Mornés. La Madre, después de haberla animado y asegurado que seguiría ayudándola con la oración y el consejo, sacó el reloj y le dijo: «Toma, te doy el reloj de mi uso; te lo doy con mucho gusto, porque te vendrá muy bien».

Y la buena Hermana, maravillada, lo aceptó con gratitud, pero también con desagrado, porque aquél, quizá, era el único reloj que había en la casa, y lo conservó hasta la muerte como precioso recuerdo de la bondad y del desprendimiento que la Madre tenía de todas las cosas de la tierra.

A otra que necesitaba una falda de debajo para irse de viaje, le dijo: «Vete a la ropera y dile que te dé la nueva que tiene preparada para mí».

(9) Proc. Ord., pp. 317, 318, 349 y 354.

(10) Proc. Ap., p. 187.

La víspera de la Epifanía de 1881 se encontraba en la casa de Quargnento y la directora le dijo que le faltaba la esclavina. La Madre rápidamente, sin más, se quitó la que llevaba puesta y se la dio. La buena Hermana se negaba a aceptarla, alegando que, estando la Madre de paso, no era conveniente que se quedara sin ella. Pero la Madre se cubrió con el chal y dijo bromeando: «¿Quién va a darse cuenta de que estoy sin esclavina?»

No se avergonzaba y nunca ocultó que había nacido pobre, y Monseñor Costamagna declaró: «De cuando en cuando solía llevar a una parte de la comunidad a la Valponasca, para que viese la pobreza de su casa paterna» (11).

5. Y Madre Buzzetti: «Diré que era el retrato de la pobreza evangélica, no teniendo nada superfluo alrededor de sí y faltándole casi lo necesario; suyo no tenía nunca nada y, cuando necesitaba alguna cosa, la pedía» (12).

Esto está plenamente en concordancia con todas las declaraciones y con la de Don Cerruti, breve, pero expresiva: «Era en sí y en sus enseñanzas la pobreza personificada, y esta pobreza la inculcaba a sus hijas» (13).

6. De hecho, como el Santo Fundador, amaba la pobreza y la recomendaba mucho a sus hijas y les daba ejemplo; así Madre Mazzarello, declaró una Hermana, «con su ejemplo, las palabras y los consejos nos animaba y arrastraba a practicar la pobreza religiosa» (14).

Y otra: «Observaba la pobreza y la hacía observar también a las Hermanas no sólo por las grandes necesidades en que nos hallábamos, sino que la amaba y se mostraba contenta de la misma pobreza y nos animaba también a nosotras a estar contentas; decía que Jesús había sido pobre y, por esto, debíamos ser pobres también nosotras, y que lo que teníamos era has-

(11) Proc. Ord., p. 400.

(12) Proc. Ord., pp. 349, 346 y 347.

(13) Proc. Ord., p. 350.

(14) Proc. Ap., p. 341.

ta excesivo. Más tarde, cuando se empezó a abastecer un poco mejor la mesa y las otras necesidades de la vida, ella decía que tenía miedo de que esta abundancia nos hiciese perder el espíritu, y nos recomendaba que amásemos siempre la pobreza» (15).

«Por amor a la pobreza —afirma Madre Sorbone— empleó siempre el mayor cuidado y diligencia para no recurrir a mutuas o préstamos, aun en los apuros del naciente Instituto.»

7. Las Hermanas, instruidas por las exhortaciones de la Madre y arrastradas por su ejemplo, no sólo practicaban, sino que amaban la pobreza; por esto, Madre Elisa Roncallo declaró: «La Congregación durante mucho tiempo fue pobrísima, faltando, como ya dije, lo necesario; pero entonces esta pobreza todas la queríamos, porque la Madre nos la hacía amar con su ejemplo y sabía tenernos alegres en medio de todas las privaciones» (16).

Y una de las primeras misioneras: «Estaba contenta y nos tenía contentas también a nosotras en medio de todas las privaciones, que al principio eran muchas» (17).

8. Madre Daghero declaró: «Sin embargo, ella tenía siempre temor de que la pobreza no fuera suficientemente observada» (18).

Y Madre Roncallo: «Cuando enviaba a una Hermana a algún lugar donde podía haber más abundancia, le recomendaba estar atenta a la obligación de guardar la pobreza» (19).

Y una Hermana: «Temía que las que se encontraban en casas más cómodas, no la practicaran suficientemente y las decía: “Amadla: debe ser vuestra virtud”» (20).

9. Pero si amaba e inculcaba la mortificación y la pobreza, amaba y recomendaba también el orden y la limpieza, que

(15) Proc. Ord., p. 347.

(16) Proc. Ord., p. 347.

(17) Proc. Ord., p. 351.

(18) Proc. Ord., p. 344.

(19) Proc. Ord., p. 347.

(20) Proc. Ap., p. 340.

es el lujo de los pobres. Cuentan las Hermanas: «La Madre, aun cuando en el Instituto la pobreza era extrema, se mantenía siempre ordenada y limpia. Aunque se ocupase en trabajos grandes y ordinarios, y aun en algunos en los que era menester toda su virtud para vencer la repugnancia, su persona y sus hábitos estaban siempre ordenados y limpios. Estaban gastados, zurcidos, remendados, pero limpios y ninguna podía encontrar allí alguna mancha o verlos en desorden».

El Cardenal Cagliero declaró: «Yo mismo la sorprendí muchas veces ocupada en los trabajos más humildes, en la cocina, desprovista muchas veces de lo necesario y, por consiguiente, pobrísima; en el lavadero y en el taller, lavando y remendando la propia ropa y la de las Hermanas y alumnas, y siendo feliz por tener las faldas más corrientes, la ropa blanca más ordinaria, los zapatos y las medias más bastos. Pero junto con la pobreza quería unida la decencia y la limpieza propia de las religiosas y obligatoria para educar a las alumnas y para tratar con sus familias» (21).

Por esto, afirman las Hermanas que no sólo inculcaba con frecuencia el orden y la limpieza, sino que se aseguraba personalmente de si era obedecida.

10. Y ahora hablemos brevemente de su obediencia, de la cual Madre Petronila declaró: «Fue siempre puntualísima en casa, con sus padres y, cuando pertenecía a la Pía Unión de las Hijas de la Inmaculada, no hacía verdaderamente nada con respecto a su vida espiritual o a la marchar de la "Pía Unión" sin depender del parecer y el consejo de Don Pestarino...

»Así continuó siendo totalmente obediente después que perteneció al Instituto religioso de las Hijas de María Auxiliadora, ateniéndose en todo a las órdenes de Don Bosco y de los directores que lo representaban, aun cuando la obediencia le costaba bastante, como en la orden que se había dado de que todas las Hermanas hablasen italiano. Ella, que no había estudiado y quería obedecer, hablaba como sabía el italiano,

(21) Proc. Ord., p. 353.

haciendo además mal papel, y al salir por Mornés de paseo o en busca de trabajo, ya con una toca, ya con otra, al no estar entonces bien decidido el hábito.

»En la aceptación de las postulantes y novicias y en la admisión a la profesión religiosa, algunas veces su juicio era opuesto al del director. Decía su sentir, pero después se sometía siempre al juicio del director» (22).

Y Madre Daghero: «La obediencia era para ella sagrada: ante cualquier cosa que se le hubiera mandado, habría dado la vida antes que desobedecer. La obediencia a su confesor era realmente ciega, sencilla y animada por el espíritu de fe, cosa que aconsejaba a las compañeras de la "Pía Unión"; y lo último que recomendó en el lecho de muerte fue la sinceridad y la obediencia al confesor. Al hacerse religiosa, esta obediencia la observó, con toda puntualidad, con Don Bosco y con los otros sacerdotes, en los que el Fundador delegaba, con los directores y confesores de las distintas casas, viendo ella en la persona de los sacerdotes a Jesucristo» (23).

11. No sólo obedecía a las órdenes, sino también a los más pequeños deseos. «Para ella —declaró una misionera— los consejos de los superiores eran órdenes; muchas veces decía que la medida de la santidad era la obediencia» (24).

Y no sólo obedecía, sino que amaba la obediencia y «las Hermanas decían que la cumplía no corriendo, sino volando. Quería estar subordinada también en las cosas libres para agradar más al Señor y era su dicho habitual que la santa obediencia es la acción más perfecta, más meritoria y más grata al Señor, pero que debía de ser no sólo material, sino también de voluntad y de juicio» (25).

12. Una de las primeras Hermanas de Mornese dice: «Era muy obediente y, asimismo, se la puede proponer como

(22) Proc. Ord., pp. 364 y 365.

(23) Proc. Ord., p. 362.

(24) Proc. Ord., p. 376.

(25) Proc. Ord., pp. 125, 272 y 359. Cfr. Proc. Ord., p. 372.

modelo de obediencia con un gran espíritu de fe, convencida de hacer, obedeciendo, la voluntad de Dios. Obedecía, además, cuando no estaba obligada a obedecer.

»Era puntualísima a los actos comunes, pronta al toque de la campana, a menos que estuviera involuntariamente entretenida por su cargo... Así, aunque fuera Superiora General, obedecía a los directores de las casas que de ella dependían, a las que iba a hacer la visita, y obedecía sin mostrar ningún desagrado, aun cuando esta obediencia era contraria a sus proyectos, porque decía: "Nuestra obediencia no debe ser sólo material, sino que debe llevarnos a someter también nuestro juicio al del que nos manda..."

»En las conferencias nos decía que si obedecemos sólo materialmente, los superiores estarán satisfechos, pero delante de Dios esa obediencia pierde mucho de su valor... Desde el momento que la conocí, vi siempre en ella esta obediencia y sumisión aún a los que no estaba obligada a obedecer. Me parecía que la obediencia era para ella una cosa espontánea y que no encontraba en ello dificultad; supe después que debía esforzarse mucho para vencerse y someter su juicio al de los demás» (26), «porque sentía muchísimo la fuerza de su voluntad y de su juicio» (27).

Pero a fin de que se conozca y se aprecie aún mejor esta virtud suya, y de tener presente que sus puntos de vista eran muchos y acertados, que veía mejor que sus inmediatos superiores, tanto que el mismo Cardenal Cagliero tuvo lealmente que decir: «Cuando la hemos escuchado, hemos acertado y las cosas marcharon bien; por el contrario, no, cuando no la escuchamos».

Madre Mazzarello veía lo que era justo, pero renunciaba a su juicio apreciando más la obediencia que el buen resultado de las cosas; por consiguiente, su obediencia era el fruto de una continua violencia y el resultado de una continua vigilancia sobre su propio carácter.

(26) Proc. Ord., pp. 366 y 367.

(27) Proc. Ap., p. 359.

Madre Sorbone dice: «La obediencia era para ella cosa importantísima, tanto a la voz de los superiores como al horario y regularidad de la casa, y aunque hubiera conocido la voluntad de Dios mediante una niña, estaba pronto a hacerla a cualquier precio» (28).

Y otra misionera: «Me acuerdo que una vez, mientras estaba lavando con las otras Hermanas, éstas le rogaron que dejara el trabajo, sea por la estación invernal o porque estaba poco bien. Ella no se movió, queriendo cumplir su obligación; pero fuera una estratagema o verdad, le dijeron que el director lo deseaba; esto le bastó para que se marchase y no opusiera la más mínima resistencia» (29).

13. «Y recomendaba mucho este espíritu de obediencia, hasta el punto de que las de aquella casa no parecían personas, sino ángeles; tan grande era el espíritu de abnegación y de obediencia que allí reinaba» (30).

Y de nuevo: «Con su ejemplo había impreso insensiblemente en todas sus hijas el espíritu tan profundo de obediencia, que durante muchos años en el Instituto ninguna se habría atrevido a hacer ni siquiera la más mínima observación sobre cualquier acontecimiento y orden venida de Dios y de los superiores» (31).

14. Por esto nos gusta mucho hacer nuestro testimonio del Cardenal Cagliero, que después de haber declarado largamente sobre la obediencia concluyó: «¡Y fue así como la Sierva de Dios perfeccionó y santificó todo su trabajo, todas sus palabras, pensamientos y afectos con el sello de la santa obediencia cristiana y religiosa hasta la muerte! *Facta*, como se dice del Salvador, *obediens usque ad mortem, mortem autem crucis!*, teniendo, con Jesucristo, crucificada toda su voluntad y todo su juicio» (32).

(28) Proc. Ord., p. 371.

(29) Proc. Ord., p. 371, y Proc. Ord., p. 360.

(30) Proc. Ord., p. 371.

(31) Proc. Ap., p. 149.

(32) Proc. Ord., p. 375.

CAPÍTULO VI

Delicadeza de conciencia y humildad de la santa Madre

1. Delicada, pero no escrupulosa, y así quiere a las religiosas.—2. Humilde en el trato y en las palabras. No habla de sí más que para humillarse.—3. Prefiere los trabajos más humildes. Se considera la última de todas.—4. Hace todo lo posible para hacer ver que no sirve para nada.—5. Se hace alumna de todas. Humildad en hacerse escribir las cartas.—6. Humildad en el vestido, en recibir observaciones y reprensiones inmerecidas. La humildad, su virtud característica; en ella ninguna la ha igualado. 7. Se considera indigna de estar en la Congregación. No podía tener mayor humildad y aprovecha todas las ocasiones para humillarse.—8. Deseo de conocer sus defectos para corregirse.

1. Santa María Mazzarello era muy delicada de conciencia, pero no escrupulosa. El Señor permitió que, siendo jovencita, como hemos visto (1), durante una corta temporada sintiera algún escrúpulo para que comprendiese por propia experiencia cuánto hacía sufrir tal estado de ánimo y, a su tiempo, supiese compadecer sus religiosas atormentadas por tales ansiedades, como, en efecto, hacía (2); pero, por lo demás, tenía una conciencia verdadera, recta y delicada.

«Yo la conocí —dejó escrito el Cardenal Cagliero— con una conciencia muy delicada, pero no escrupulosa; al contrario, con la libertad de espíritu de los más grandes santos; no hacía más grande al mal de lo que era, ni era escrupulosa en la práctica de la Regla. Pero recomendaba siempre todo lo que había oído muchas veces al Siervo de Dios Don Bosco, esto es, que se observara la santa Regla con amor, con exactitud y con la mayor puntualidad posible.»

(1) Parte I, capítulo 7.

(2) Parte II, capítulo 17.

Compadecía, consolaba y ayudaba a las escrupulosas; quería que no hablaran a otros de sus escrúpulos, sino que se abandonaran enteramente al juicio del confesor.

«Era enemiga de los escrúpulos —declaró Madre Petronila—, y si veía a alguna Hermana que vivía afligida por éstos la comprendía, pero al mismo tiempo la dirigía para que se librara de los escrúpulos» (3).

Recomendaba después a todas que no fuesen escrupulosas, sino delicadas, y que no adoptaran costumbres demasiado amplias, especialmente respecto a la pobreza, a la templanza y a la justicia.

2. Inculcaba también que se conservasen humildes siempre y les daba ejemplo.

Una ex alumna declaró: «Era muy humilde en el trato y en las palabras; ninguna la oyó nunca hablar de sí misma con cierta complacencia o con arrogancia con los demás, ni la vi jamás ponerse a discutir con cualquiera o darse aires de superioridad» (4).

No hablaba de sí más que para humillarse, «y, como yo mismo lo oí y lo repetían las compañeras de su juventud, manifestaba con profundo sentimiento de humildad su condición de campesina, la de sus padres y familiares, como humildes trabajadores de la tierra, y que había nacido en el último barrio del pueblo, en medio de los bosques y de pobres viñedos; que ella y los suyos debían trabajar para ganarse el pan con el sudor de su frente; que apacentaba los pocos animales de la familia; que no había podido frecuentar las escuelas, y que por esto era una ignorante y no sabía casi leer y menos escribir.

»Ya religiosa fue sorprendida no pocas veces en trabajos humildes y propios de las encargadas de la cocina; limpiando la verdura y pelando las patatas, y yo mismo la he oído bromear con las Hermanas maestras y con las alumnas del

(3) Proc. Ord., p. 190.

(4) Proc. Ap., p. 376.

colegio diciendo con amable sonrisa a cuantas la observaban con cierta maravilla: "Vosotras, con todos vuestros estudios, con todos vuestros libros y con vuestro gran saber, no servís para mondar las patatas con desenvoltura como hago yo; ni sabéis preparar bien y con rapidez las coles y las calabazas para guisarlas, y menos fregar los pucheros como hacemos nosotras, que hemos sido campesinas, hemos cavado la tierra y no hemos estudiado"» (5).

3. En los trabajos prefería los más bajos como apropiados para ella porque «se tenía por la última y se consideraba incapaz para el oficio de superiora» (6).

Madre Daghero declaró: «Fue humildísima y demostró gran humildad cuando, primero Don Bosco y después la comunidad, la quisieron como superiora del Instituto, juzgándose completamente incapaz y proponiendo, con verdadera convicción, a otras que ella decía que eran más instruidas, más educadas, más prudentes que ella misma. Los sentimientos que tenía de una profunda humildad los traducía en la práctica, reservando para sí los trabajos más bajos, más humildes, más penosos» (7).

Otras declararon: «Se creía menos que una postulante, y cuando estaba con nosotras no se conocía que fuera la superiora» (8).

«Todos los (siete) años que conviví con ella —declaró una religiosa— la vi siempre guardar una conducta que parecía una simple Hermana, y se dedicaba a todos los oficios materiales, como coser, lavar, barrer como las demás Hermanas; buscaba siempre tener la parte más ordinaria, más sucia y trabajosa, así hasta que se metió en la cama» (9).

4. Aunque estaba dotada de un buen criterio y de una excelente intuición, se consideraba una gran ignorante, que no

(5) Proc. Ord., p. 398.

(6) Proc. Ap., p. 382.

(7) Proc. Ord., p. 385.

(8) Proc. Ord., p. 393.

(9) Proc. Ord., pp. 393 y 397.

valía para nada y hacía todo lo posible para que la creyeran así también los demás, anonadándose a sí misma con firmeza de voluntad y con fervor, como holocausto a Dios.

Una Hermana escribe: «La observé muchas veces cómo hacía los trabajos más humildes para que se creyeran que no valía para nada. Un día le quise quitar la escoba porque no quería verla hacer aquel trabajo. La buena Madre me dijo: “Déjame hacer, este trabajo me va bien a mí; yo no soy capaz de hacer otro. Las maestras, por el contrario, tienen cosas más importantes que hacer. Ves, nosotras, pobres ignorantes, ¿qué sabemos hacer?...”»

5. Madre Elisa Roncallo declaró: «Aún de superiora se hacía enseñar por todas. A todas les manifestó su propia ignorancia. Sé que pidió muchas veces a los superiores de rodillas que la librasen del cargo diciendo que había allí otras que podían hacerlo mejor. Se hacía escribir las cartas por una o por otra, haciendo borrar alguna palabra que no fuera humilde. Sé que cuando se la corregía por alguna falta contra la gramática en las cartas que escribía a Don Bosco y a Monseñor Cagliero no lo tenía en cuenta, creo que por espíritu de humildad y para hacer resaltar su ignorancia» (10).

Una religiosa añade: «Cuando debía escribir alguna carta, no teniendo instrucción, necesitaba ayuda y, mientras habría podido procurarse ésta secretamente, iba al taller, donde estábamos todas, y llamaba a una Hermana más instruida diciéndole: “Ven acá; tengo que escribir una carta, enséñame cómo debo expresarme...”» (11).

Sucedía alguna vez que al escribir o al copiar las cartas a Don Bosco, a Don Cagliero y a otras personas de categoría ponía faltas de ortografía, escribiendo una única letra donde había que poner una doble o viceversa, las Hermanas se lo hacían observar y ella, como mujer de buen sentido, preguntaba:

(10) Proc. Ord., p. 388.

(11) Proc. Ord., p. 389.

—¿Cambia acaso el significado?

—No, pero según la gramática es necesario escribir así y así.

—¡Oh la gramática! Todos saben que no la he estudiado. Si el significado no cambia y el sentido se entiende igualmente, dejémoslo como lo he escrito: tanto más que saben que soy una pobre ignorante (12).

«Y se alegraba —declaró Monseñor Costamagna— cuando alguno le hacía notar que no sabía escribir dos renglones sin echar a perder la gramática o la ortografía» (13).

«Cuando llamaba a alguna para que le escribiera alguna carta —declara quien tuvo muchas veces tal misión— salía con su habitual expresión: “No sé cómo se trabaja para conservar en el cargo a una superiora que no sabe nada...” Y también: “No sé escribir una cartita, no sé encaminar al bien y no comprendo por qué me han hecho superiora. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!...”» (14).

Don Cerruti declaró: «Era humildísima por naturaleza; ella misma me decía varias veces: “Yo no sé escribir, no soy literata; tenga paciencia; le escribo como puedo. Obro así porque me dieron este cargo...”» (15).

6. Era humilde en el vestir, en aceptar las observaciones, las correcciones, también las reprimendas que realmente no merecía, tanto que las Hermanas pudieron atestiguar: «Su humildad era excesiva»; «se humillaba delante de todos, también delante de las alumnas»; «es difícil contar todos sus actos de humildad y bastaba verla para edificarse de su humildad, cuya práctica le venía espontánea» (16). Ellas opinaban que «en la práctica de la humildad ninguna Hermana le ha igualado» (17).

7. «Un día —nos contaba Madre Petronila— fui a su cuarto y le dije que con frecuencia tenía necesidad de hablarle

(12) Proc. Ord., p. 390.

(13) Proc. Ord., p. 399.

(14) Proc. Ord., p. 388.

(15) Proc. Ord., p. 395.

(16) Proc. Ord., p. 390.

(17) Proc. Ap., p. 397, y Proc. Ord., p. 397.

y no podía nunca llegar hasta ella. Ella me miró con mucho cariño y después, con un tono de voz que me conmovió, me dijo: "Demos gracias al Señor de que nos tenga en la Congregación y no nos manden fuera..."

»Otro día la encontré en la escalera y le dije cómo habían entrado, y entraban, postulantes que habían estudiado y que temía que la ciencia las hiciese después orgullosas; la Madre me respondió: "Cállate; nosotras somos dos ignorantes y es una gracia que nos tengan en casa..."» Y declaró: «Tocante a la humildad, me parece que no podía tenerla mayor. Cuando la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora estaba ya formada y tenía también casas en América y tenía muchas Hermanas maestras tanto de clase como de labor, Sor María Dominga, hablando conmigo, decía: "Es una gran caridad la que nos hacen estas hijas al tenernos en casa, a nosotras que no servimos para nada..."» (18).

El pensamiento de que consideraba una verdadera caridad el no ser apartada del Instituto lo manifestó muchas veces (19) a más Hermanas y siempre convencida.

«Yo la vi —escribe una de ellas— y todas la vieron arrodillarse en el suelo y decir en voz alta: "Yo soy la última y la más indigna de todas y no merezco estar en esta casa; Hermanas, rezad por mí..."»

«Así —declaró todavía Madre Petronila— se humillaba siempre en todas las ocasiones que se presentaban, tanto que las Hermanas y las postulantes se quedaban maravilladas de esto» (20).

8. Y una de las primeras misioneras añade: «Se dedicaba continuamente a conocer sus defectos; recomendaba a las consejeras y aun a las simples Hermanas que se los manifestaran. Recuerdo que una vez, insistiendo en este punto y como

(18) Proc. Ord., p. 386.

(19) Proc. Ap., p. 381.

(20) Proc. Ord., p. 387.

ninguna Hermana tomara la palabra, la Madre se volvió hacia Sor Asunción Gaino, Hermana sencillísima y muy humilde, y le obligó a que se lo manifestara» (21). Por eso declaró con acierto otra religiosa: «La humildad era la característica más evidente en la vida de la Sierva de Dios» (22).

(21) Proc. Ap., p. 382.

(22) Proc. Ord., p. 377.

CAPÍTULO VII

La Santa, ángel de pureza y de modestia. Horror al pecado

1. Ángel de pureza y modestia. La castidad, su virtud predilecta. Su porte no podía ser más modesto. Pura como un lirio, abrasada como un serafín.—2. Reza diariamente para conservar la bella virtud y para que muchas muchachas se consagren a Dios.—3. No coge a ninguna de la mano, ni hace caricias y ni siquiera permite que se le acerquen demasiado.—4. Con el ejemplo y la palabra inculca la pureza a las Hermanas.—5. Y a las niñas.—6. Al recomendar la pureza usa palabras y expresiones muy comedidas.—7. Era mi hermano.—8. La exige a las que dependen de ella.—9. Sugiere los medios positivos y principales para conservar la pureza.—10. Hermosa declaración que lo resume del Cardenal Cagliero.—11. Horror al pecado.

1. Santa María Mazzarello durante toda su vida fue un ángel de pureza y de modestia. Su pureza se mostraba aun al exterior, tanto que una de las primeras misioneras declaró: «Se veía en toda su conducta que tenía verdaderamente un corazón inmaculado» (1).

Y otra: «Se mortificaba especialmente los ojos y la vi siempre muy modesta» (2).

Y Madre Enriqueta Sorbone: «Por su exterior la he reconocido siempre como un ángel y, aunque veía todo, mortificaba siempre mucho la vista» (3).

«Huyó siempre atentamente de toda ocasión peligrosa y tenía cuidado de no hablar sin necesidad con personas de distinto sexo» (4).

(1) Proc. Ord., p. 336.

(2) Proc. Ord., p. 333.

(3) Proc. Ord., p. 330.

(4) Proc. Ord., p. 333.

Y otra: «En carnaval una vez me llamó diciéndome: “Vamos fuera del pueblo para no ver tantas máscaras...”, y me condujo a su alquería de la Valponasca» (5).

¡Y pensar que quien dirigía en aquel tiempo el carnaval público del pueblo era Don Pestarino, que no permitía ninguna indecencia! (6).

Madre Petronila declaró: «No quería que se hablara por nada de cosas que pudieran poner en peligro esta virtud, y cuando alguna muchacha hablaba de otro estado, sin tardar cambiaba la conversación. En su porte era después tan circunspecta, precavida y modesta que me parece que no se puede desear más» (7).

Y Don Cerruti: «Su conducta exterior y su porte, aun franco y sin miedo, estaba todo inspirado por la modestia...; esta conducta, al tratar con personas de distinto sexo, como le debía suceder por su cargo de superiora, era verdaderamente admirable, sencilla, leal y sin afectación» (8).

Madre Emilia Mosca escribió con acierto: «Madre Mazzarello había crecido pura como un lirio, abrasada como un serafín, en el constante trabajo y la jamás interrumpida oración» (9).

2. Se sabe que, como hemos dicho a su tiempo, habiendo hecho desde joven voto de virginidad, «todos los días rezaba una oración especial no sólo para conservarse pura ella misma, sino para que muchas jóvenes se consagraran al Señor conservando la bella virtud» (10).

3. Muy reservada en todo, ninguna de las Hermanas recuerda haberla visto nunca coger de la mano a alguna de sus religiosas, menos aún hacer caricias a alguna. Efectivamente, se declaró: «Tenía mucha moderación en todo y, aunque todas

(5) Proc. Ord., p. 331.

(6) MACCONO, *Vita di Don Pestarino*, parte I, cap. XI, p. 60.

(7) Proc. Ord., p. 328.

(8) Proc. Ord., p. 335.

(9) Proc. Ap., p. 322.

(10) Proc. Ord., p. 329.

nosotras la queríamos y ella nos amaba mucho a nosotras, no recuerdo haberla visto nunca hacer una caricia y no recuerdo que me haya jamás tocado la mano a no ser en el juego, siendo, como era, el alma de nuestros recreos» (11).

«Un día —recuerda Madre Sorbone—, encontrándose en medio de nosotras, nos miró a todas y después dijo:

—Hermanas, os amo tanto, tanto, que si supiese que alguno os quisiera hacer daño, lo despedazaría como haría un oso.

»Alguna, riendo, le dijo:

—¡Madre!, diga por lo menos como un lobo.

»Y ella, también riendo:

—Pues bien, como un lobo.

»Pero no demostró nunca tal amor con coger de la mano. Al contrario, no quería que las Hermanas ni siquiera se le acercaran demasiado, ni que la cogieran de la mano, ni tampoco las alumnas; sólo a las chiquitinas, a las que llamaba sus *hijitas*, acostumbraba a poner, alguna vez, las manos sobre la espalda diciéndoles alguna buena palabra o dirigiéndoles una oportuna exhortación» (12).

4. «A las Hermanas después las recomendaba encarecidamente la reserva, aun en las relaciones con personas eclesiásticas y con los párrocos; y solía además recomendar que tuvieran en la calle los ojos modestos, de manera que vieran sin fijarse» (13).

Madre Daghero declaró: «Su porte, su mirada, sus palabras revelaban el amor que tenía a la virtud de la castidad, superior a lo común. En sus conferencias con las Hermanas y con las jovencitas tenía siempre que inculcar la necesidad que tenemos, para agradar a Dios, de ser puras en los pensamientos, en las palabras, en los hechos, en todo. Nos quería desenvueltas, pero al mismo tiempo atentas y prudentes, y nos recomendaba no ponernos nunca en peligro de perder la virtud, principal-

(11) Proc. Ord., p. 330.

(12) Proc. Ap., p. 321.

(13) Proc. Ap., p. 321.

mente en el trato con personas de distinto sexo. Nos decía que confiásemos en Dios, que nos defendería en cualquier ocupación en la que El nos hubiera puesto, pero que, por lo que toca a nosotras, nos portásemos con todas las precauciones» (14).

5. Del mismo modo que ella amaba mucho la pureza, así habría querido que todos la amaran, y declaró Madre Petronila: «Se ingeniaba para que los demás guardasen la castidad, especialmente las niñas, a las que procuraba se enamorasen con esta virtud» (15).

«Su cuidado era conservar en las niñas esta pureza y lejos de los peligros y del pecado; especialmente les inculcaba la guarda de la pureza» (16).

Sor Laurentoni, que fue alumna en Mornese y después vistió el hábito de las Hijas de María Auxiliadora, declaró: «Nos recomendaba mucho la modestia religiosa; no quería que nos cogiéramos del brazo, quería mucha modestia con los ojos, diciendo que el Angel de la Guarda y el Señor nos ven; y al hacer estas observaciones, era también reservadísima en las palabras y, en todos sus actos, muy prudente» (17).

Y he aquí las declaraciones no menos edificantes de otras Hermanas: «Con el ejemplo, pero también con las palabras, recomendaba la modestia en el porte, estando sola o acompañada; quería gran compostura al sentarse, al andar, al estar en la cama, al vestirse, etc., y por esto recomendaba mucho la mortificación y vivir en la presencia de Dios» (18).

6. «Cuando hablaba con nosotras no se extendía mucho en las palabras, sino que se limitaba a sugerirnos los medios para conservarnos puras. Se transparentaba en su rostro un semblante angelical» (19).

(14) Proc. Ord., p. 327.

(15) Proc. Ord., p. 328.

(16) Proc. Ord., p. 336.

(17) Proc. Ord., p. 328.

(18) Proc. Ap., p. 324.

(19) Proc. Ord., p. 329.

«En sus pláticas era muy delicada y, aunque inculcaba mucho la práctica de esta virtud, al hablar de esto era muy comedida» (20).

«Era reservadísima y además muy austera e inculcaba esta virtud también a las demás con verdadero interés. Tenía un porte modestísimo; si descubría en alguna novicia o postulante una ligereza, se mostraba muy severa» (21).

7. Se lee en la vida de San Felipe Neri que el Santo reprendió a un joven que bromeaba con una hermana suya. El joven respondió:

—Pero, Padre, es mi hermana.

Y el Santo:

—Tú estudias lógica y sabes distinguir, y el demonio te hará distinguir entre hermana y mujer.

Y el joven se corrigió.

De Santa María Mazzarello se cuenta algo parecido. «Una vez —declaró una religiosa— una Hermana se entretuvo con su hermano un poco más de la hora permitida. La Madre, cuando lo supo, reprendió a la Hermana. Esta respondió:

—Madre, era mi hermano.

»Y la Sierva de Dios:

—No importa, es una persona de distinto sexo» (22).

8. Antes de admitir a las postulantes a la vestición religiosa, examinaba muchas cosas, como es obligación de toda superiora, pero sobre todo se preocupaba de si tenía un verdadero y gran amor a la pureza; por esto, Don Cerruti declaró: «La castidad era la (virtud) que valoraba de un modo particular y la exigía a las que dependían de ella. En el punto de la castidad era muy exigente, tanto que cuando sabía que las postulantes tenían ideas mundanas, después de probarlas un poco, las despedía sin más, pero siempre con buenos

(20) Proc. Ord., p. 332.

(21) Proc. Ord., p. 330.

(22) Proc. Ap., p. 108.

modos, ayudándolas incluso materialmente en lo que podía» (23).

Y Monseñor Costamagna: «Fue un lirio fragante de pureza virginal; poseía un instinto celestial por el que apenas descubría en la comunidad algún indicio de amistades particulares, no estaba tranquila hasta que no lo había destruido» (24).

9. Al inculcar la pureza, además de recomendar la huida de las ocasiones peligrosas, sugería el pensamiento de la presencia de Dios, del Angel de la Guarda, la devoción a la Virgen, a San Luis Gonzaga y la frecuente Confesión y Comunión. Una misionera, después de haber declarado sobre el amor de la Madre a la bella virtud y todo lo que la recomendaba a las muchachas, añade: «Inculcaba mucho que nos confesásemos con frecuencia, porque decía que donde está el Señor el demonio no entra o se detiene poco. Inculcándonos la devoción a San Luis, decía que leyésemos su vida e imitáramos su virtud» (25).

Y Madre Angelina Buzzetti: «A nosotras no nos recomendaba otra cosa que la máxima reserva y no habría querido ni siquiera que las Hermanas agarraran por la mano a las niñas, y permitía de mala gana los juegos en los que las Hermanas debían coger por la mano a las niñas» (26).

10. He aquí, como resumen de todo lo dicho, la bella declaración del Cardenal Cagliero: «Su reserva virginal la atestiguaba con el aspecto y el candor de su semblante; la modestia se transparentaba en su porte, en las miradas y en la seriedad de sus actos; sus palabras sonaban a reserva y seriedad con toda voluntad, para conservar la inocencia del corazón, la pureza de sus pensamientos y la castidad de sus afectos.

»Nunca se le escapó con sus hijas queridísimas ni con sus alumnas hacer caricias, dar besos, abrazos y otras debilidades, para no empañar esta celestial y divina virtud. Y recuerdo

(23) Proc. Ord., p. 334.

(24) Proc. Ord., p. 338.

(25) Proc. Ord., p. 333.

(26) Proc. Ord., p. 332.

cómo en su última enfermedad, en la última conversación que tuvo conmigo, la tarde antes de su muerte, me recomendó, después de los intereses de su alma, que vigilara sobre las veleidades del corazón, la tendencia a las zalamerías y afectos demasiado humanos y sensibles que parecía que se habían introducido en la comunidad, con daño y menoscabo de la modestia, del candor y de la pureza exigida por la vida cristiana y religiosa.

»En una ocasión una Hermana asistente le presentó una cartita en la que habían escrito palabras contrarias a la pureza y me lo llevó a mí, para que corrigiera de esto a la culpable que las había pronunciado.

»Al entregármelo lo hizo con los ojos cerrados, pálida y temblorosa, ¡tan grande era el horror que le había causado aquel juvenil y atrevido descuido!

»Y como lo había practicado ella durante toda su vida, recomendaba la oración, la mortificación, la fuga de las ocasiones, la devoción a la Santísima Virgen, a los Angeles Custodios, para que así pudieran evitar los peligros, las tentaciones y los incentivos contrarios a esta virtud, que ella llamaba virtud celestial, divina y angélica, propia de las jóvenes cristianas e indispensable en las religiosas consagradas a Dios y a la Iglesia y llamadas esposas de Jesucristo.

»En ella se cumplió lo que dijo el Salvador: *Beati mundo corde, quia ipsi Deum videbunt*. La limpieza de su corazón la llevó a la limpieza de su alma, por la que eran castos sus pensamientos, castos sus afectos y casta cada acción hecha por Dios y con Dios.

»De modo que su fe era clarísima y sin turbación ni dudas; segura su esperanza en las promesas divinas, constante en ella la presencia de Dios y perfecta su unión con El. Esta limpieza de corazón la elevaba a contemplar la belleza de la virginidad, las prerrogativas de la Santísima Virgen, el gozo eterno del cielo, del que hablaba y por el que suspiraba con muchísima frecuencia con sus amadas hijas y alumnas» (27).

(27) Proc. Ord., p. 337.

11. Con una humildad tan profunda, con un amor a Dios tan ardiente y una mortificación tan continua, como hemos visto en todo el curso de su vida, no es de extrañar que todos los testigos hayan declarado que están convencidos de que Madre Mazzarello no sólo no cometió nunca un pecado grave, sino ni siquiera uno venial deliberado. He aquí algunas declaraciones sobre esto:

Don Cerruti declaró: «Yo no tengo pruebas de que nunca cometía pecados mortales o veniales deliberados, pero creo firmemente que no» (28).

Y Monseñor Costamagna: «Creo que puedo asegurar... que jamás se manchó con un pecado mortal y que continuamente se esforzaba por evitar todo pecado venial deliberado. Una sola vez la vi un poco turbada al oír la opinión del médico que no le daba más que pocos años de vida; pero fue cosa de poca importancia, porque en seguida se resignó, como había hecho siempre, al querer divino» (29).

Y Madre Sorbone: «Estoy convencida de que no cometió nunca un pecado mortal y ni siquiera venial deliberado; tanto era el odio que mostraba al pecado y el cuidado que empleaba por tener lejos de esto a las Hermanas y a las niñas entre las que vivía» (30).

No se canse el lector porque contemos todavía la declaración de Madre Eulalia Bosco: «He oído que tanto Monseñor Cagliero como Monseñor Costamagna contaban que ellos estaban convencidos de que Madre Mazzarello había conservado la inocencia bautismal hasta su muerte y que no se manchó nunca con un pecado venial deliberado. No creo que sean exageradas estas afirmaciones, porque me acuerdo dé que, cuando yo era alumna en Mornese, la Sierva de Dios nos hablaba del pecado con tal lenguaje que nos llenaba el alma de terror con el pensamiento de la culpa» (31).

(28) Proc. Ord., p. 221.

(29) Proc. Ord., p. 226.

(30) Proc. Ap., p. 205.

(31) Proc. Ord., p. 203. Ver también en la parte II, cap. XV, núm. 8, la declaración jurada del Cardenal Cagliero.

CAPÍTULO VIII

El arte del gobierno de la santa Madre

1. La Madre admirablemente dotada del arte de gobernar. Algunas declaraciones.—2. ¿Es fácil mandar?—3. La Madre no hace pesada la obediencia y la hace amar juntamente con los sacrificios. Algunas declaraciones.—4. Gobierno enérgico, resuelto, pero imparcial, materno, prevenido y prudente. Criterio justo en la distribución de los oficios. Secreto.—5. Sabe hacerse amar para hacerse temer.—6. Desconfía de sí misma, obedece a los superiores y confía en Dios.—7. Intuición de los corazones y espíritu de previsión.

1. Santa María Mazzarello no miró nunca la superioridad como un honor, sino como una cruz que el Señor le había dado, casi asustada por sus graves obligaciones. Por esto, «se mostraba feliz cuando iban los superiores (a casa), porque decía: “Por lo menos no tengo ya ninguna responsabilidad”» (1).

Pero en vista de que el Santo Fundador no juzgó nunca oportuno librarla de tan gran deber, así, puesto que la carga existía, la llevó con humilde, fuerte y generosa resignación, con celo y prudencia.

Don Bosco y Don Cagliero estuvieron siempre contentos de su gobierno. Cuando alegaba ella su poca instrucción e incapacidad, para que la librasen del cargo, no quisieron nunca hacerle caso; y una Hermana declaró: «Recuerdo que Don Bosco estaba satisfecho de la buena marcha de la casa y que Don Cagliero dijo que la Madre, aunque no tenía cultura, estaba, sin embargo, dotada de tanta sabiduría que el Instituto en sus manos estaba seguro» (2).

(1) Proc. Ord., p. 367.

(2) Proc. Ap., p. 171. Véase también más arriba, en la parte II, capítulo III, núm. 6.

De hecho, el Cardenal Cagliero dejó escrito: «Don Bosco, en la visitas que solía hacer a sus buenas hijas, con motivo de los Ejercicios Espirituales u otras solemnidades, encontraba allí no pocos consuelos, haciéndome participar de las buenas impresiones que había obtenido sobre el progreso religioso y moral del Instituto, debido a la sabia dirección de la Madre.

»Al multiplicarse las casas, los colegios y los oratorios festivos, Don Bosco dejaba a la buena Madre que escogiera el personal, seguro de que lo habría enviado competente y formado en el espíritu de mortificación, de celo y de caridad, por el bien de las niñas y para la edificación del prójimo» (3).

También las Hermanas estaban convencidas de la capacidad de la Madre y una declaró: «Fue muy humilde; constantemente alegaba siempre su ignorancia, aunque nosotras después reconocíamos que, aunque en la ejecución de las cartas no estaba instruida, sin embargo, en la ciencia práctica era instruidísima» (4).

Y Madre Buzzetti: «Según mi conocimiento, cumplió este oficio (de superiora) como una santa, toda atenta a conseguir su perfección y la de nosotras, las Hermanas, y buscando infundirnos todo el celo que la devoraba por el cuidado de las niñas» (5).

Hasta Don Cerruti tuvo que declarar: «Tenía el don del juicio. He conocido a pocas personas que tuvieran tanto criterio para gobernar, sobre todo para la dirección espiritual, como la Sierva de Dios María Mazzarello. Tenía pocas palabras y no siempre con arreglo a la gramática, pero una prudencia, un criterio y un discernimiento verdaderamente poco comunes» (6).

2. Generalmente se cree que el mandar es cosa fácil y sin dificultad se encuentra a personas que dicen: «Si yo mandara

(3) Mem. hist. cit.

(4) Proc. Ord., p. 387.

(5) Proc. Ord., p. 108.

(6) Proc. Ord., p. 279.

haría, diría, etc.», y a otras que se permiten dar órdenes sin tener autoridad.

Efectivamente, sí, el mandar es fácil; pero saber mandar, esto es, saber hacerse obedecer sin que la obediencia pese o cueste demasiado; saber hacer amar la obediencia y llegar hasta a hacer desear la orden y el sacrificio de manera de considerarlo como un premio, es un arte muy difícil.

3. Este arte excelente lo poseía en grado eminente Santa María Mazzarello. He aquí la declaración de una religiosa: «Ejercía el oficio de superiora como una verdadera madre; no usaba zalamerías, era más bien resuelta, pero tenía tanta eficacia que se hacía obedecer por todas, sin que la obediencia resultara pesada (7).

»Tenía un don especial para dirigir a las Hermanas por el camino de la perfección, para ayudarlas, aconsejarlas e infundir en ellas una obediencia ciega, pronta y un espíritu de sacrificio a toda prueba. Y esto con un modo de obrar tan maternal, tan sencillo, tan bondadoso, que las Hermanas que ella formaba hacían los más grandes y más duros sacrificios, obedecían con tanta renuncia de la voluntad, del juicio y del corazón que se habría dicho que esto no les costaba nada, que no parecía que les fuera posible pensar y obrar diversamente.

»Y en verdad, educadas en aquella escuela, se trabajaba sin pensar, sin juzgar, guiadas por aquella mano materna que todo lo dirigía sin dejarse nunca ver y sin hacer sentir su peso.»

«Tenía tan buenas maneras —declaró Madre Eulalia Bosco— que hacía no sólo aceptar, sino casi desear los sacrificios» (8).

Su gobierno era realmente el de una óptima madre de familia, llena de buen sentido y de buen corazón, ennoblecido por la gracia de Dios; de manera que Monseñor Costamagna,

(7) Proc. Ord., p. 101.

(8) Proc. Ap., p. 72.

que en los elogios era parco, declaró: «Tuvo el cargo de superiora y lo desempeñó a la perfección» (9).

Y una religiosa: «Cuando entré en el Instituto tuve la impresión de que entraba en una familia donde en el trabajo y en la oración se caminaba recto, recto hacia el cielo» (10).

Y otra: «Cuando yo entré hacía tres meses que Sor María Mazzarello era superiora... y me parecía vivir junto a una santa» (11).

4. Contemos todavía la declaración de Madre Sorbone que, como postulante, novicia, Hermana y superiora, convivió con ella: «Estaba dotada de un criterio no común; poseía el don de la maternidad y el don de gobierno de modo admirable. Su gobierno era enérgico, decidido, pero amable; nos trataba con franqueza, sí, pero nos amaba como una verdadera madre religiosa; tenía tal arte que nos arrastraba al bien, al deber, al sacrificio, a Jesús, con cierta suavidad, sin violencia; ella lo veía todo, preveía el bien y el mal de todas sus hijas, pronta siempre a remediar ya lo físico, ya lo moral, según la necesidad y la posibilidad» (12).

Y aún: «Distribuía los oficios a las Hermanas con un criterio justo y materno, adecuado a sus fuerzas físicas, intelectuales y morales, teniendo siempre fija la mirada en la voluntad de Dios, el bien del Instituto y el de las Hermanas. No usaba menores atenciones con las postulantes, para las que tenía delicadezas verdaderamente maternas. Hacía cualquier sacrificio para tenerlas bien y alegres, con el fin de que correspondieran a su vocación» (13).

Más todavía: «Sí, poseía verdaderamente el arte del gobierno, porque se hacía amar sin ligerezas y se hacía temer sin agobiar ni humillar. La prudencia la demostraba en todo, también en prever los abusos e impedirlos (14).

(9) Proc. Ord., p. 120.

(10) Proc. Ap., p. 83.

(11) Proc. Ord., p. 114.

(12) Proc. Ap., p. 79.

(13) Proc. Ap., p. 287.

(14) Proc. Ord., p. 279.

»Recuerdo en particular cómo usaba el mayor cuidado para averiguar la índole de cada una de las Hermanas; sabiendo después guardar en el corazón como en una tumba las imperfecciones y defectos que había advertido en ellas. Recuerdo, igualmente, cómo usando también con cada una la más grande y cordial benevolencia, tanto que cada una se creía que era la preferida, no daba la menor preferencia a ninguna» (15).

Y una Hermana: «Trataba a todos igualmente y proveía al bien de todos» (16).

Y otra: «En el desempeño de su cargo fue siempre justa e imparcial: procuraba conocer las fuerzas y las aptitudes de cada Hermana, teniendo cuidado de no obligar a hacer a alguna ocupaciones contrarias a lo que estaban capacitadas; vigilaba para que cada cual cumpliera su deber con exactitud y solía corregir las faltas con mucha franqueza, pero sin excederse jamás» (17).

Entre tantas Hermanas a las que hemos interrogado, no hemos encontrado ni una siquiera que la hiciera ninguna recriminación, sino que todas coinciden en decir que era siempre buena a imparcial, enérgica y materna al mismo tiempo: elogio unánime, más único que poco común.

5. ¿De dónde provenía tan feliz resultado en el gobierno? Ciertamente, la Madre tenía dones especiales, pero es necesario también decir que ponía de su parte. Ella era, como hemos visto, muy observante de la Regla y de los deseos de Don Bosco, y era para sus hijas un modelo vivo de todas las virtudes que quería que ellas practicasen.

No mandaba ninguna cosa de la que no diera ejemplo, y en sus exhortaciones y en sus órdenes no se veía nunca otra cosa que un vivo deseo del bien de la persona a la que mandaba y de la que exigía algún sacrificio.

Antes de dar una orden a una Hermana cualquiera, pensaba bien en las aptitudes y en el carácter de ella; de ninguna

(15) Proc. Ap., p. 274.

(16) Proc. Ord., p. 291.

(17) Proc. Ap., p. 91.

exigía más de lo que podía hacer, y al mandar usaba siempre maneras amables y palabras bondadosas, más de ruego que de orden.

Asimismo sabía ayudar a superar las dificultades: demostraba que comprendía el sacrificio que la Hermana debía hacer; sabía compadecer, tolerar, demostrar estima y afecto y tener con todas una paciencia tan bondadosa, afectuosa y materna, que a todas les inspiraba confianza y amor, y las Hermanas, para decirlo con una de ellas, «habrían metido las manos en el fuego para darle gusto».

De donde, sin saberlo, practicaba todo lo que San Agustín, como aquel profundo psicólogo que era, trazó en su Regla sobre los deberes del superior, al decir que era de desear que el superior fuera más amado que temido; o más sencillamente, como decía el Santo Fundador: «Hazte amar, si quieres ser temido».

Y he aquí, en confirmación de nuestras afirmaciones, en caso de que todavía tuviéramos necesidad de ello, la declaración de una inspectora de América del Sur, que entró en el Instituto en los primeros años de su fundación. Ella declaró: «Por todo lo que he podido conocer yo misma desde el momento que entré en la Congregación, y por lo que he podido oír a las religiosas acerca del tiempo en que la casamadre estaba aún en Mornese, puedo atestiguar que en la Congregación había una gran pobreza, pero a pesar de esto reinaba la más perfecta alegría; estaba en vigor, asimismo, la máxima regularidad, pero no se sentía el peso de la autoridad, ya porque la Sierva de Dios sabía gobernar con firmeza, sí, pero sin hacerse pesada; ya porque las religiosas estaban ansiosas de hacer el bien y se secundar los deseos de la Madre» (18).

Y de nuevo: «La Sierva de Dios en el gobierno de la Congregación era un ejemplo para todas las Hermanas en la práctica de la virtud; tenía un grandísimo deseo de dirigir a las Hermanas hasta la santidad y con este fin se mostraba cuida-

(18) Proc. Ap., p. 73.

dosísima y solícita en corregir todo defecto que en ellas encontrara, buscando en todo impedir el desaliento... Era fuerte y suave al mismo tiempo y diligente en secundar, en todo y por todo, lo que mandaba Don Bosco, aun cuando hubiera tenido otros proyectos» (19).

Y otra misionera: «Por mucho que se diga de su bondad, siempre será poco; ¡sólo quien la ha experimentado puede hacerse una idea!... Parecía que en aquella casa sólo estuviese yo a quien hacer el bien...»

6. Además, ella tenía en su gobierno una gran desconfianza en sí misma y una no menor confianza en Dios.

La desconfianza en sí la llevaba a pedir consejo a quien se lo podía dar, esto es, a sus superiores: a Don Bosco, a Don Cagliero, al director local, a su capítulo, y se atenía a todo lo que los superiores mandaban o el capítulo había decidido; por esto se verificaba en ella el dicho de la *Imitación*: «Nadie manda con mayor acierto que quien aprendió bien a obedecer» (20). Más aún, no sólo consultaba a los superiores o al capítulo, sino con frecuencia también a las Hermanas y novicias, y en algunas cosas a las mismas alumnas, tanto que una declaró: «Se comportaba con tanta sencillez y humildad que parecía, más que nuestra superiora, nuestra hermana mayor» (21).

«La confianza en Dios después la llevaba a tener la mente y el corazón fijos en El y a no dejarse nunca disuadir por razones humanas» (22).

Por esto, «ella no se desalentó jamás y sabía infundirnos también a nosotras una gran confianza en el Señor» (23).

En cualquier dificultad, su primer pensamiento era dirigirse a Dios, a San José, a María Auxiliadora y, especialmente, a Jesús Sacramentado. Por esto leemos en una declaración:

(19) Proc. Ap., p. 75.

(20) L. I, cap. XX.

(21) Proc. Ap., p. 384.

(22) Proc. Ap., pp. 276 y 270.

(23) Proc. Ord., p. 67.

«Poseía una gran fe y en todas las circunstancias, prósperas y adversas, tenía siempre el pensamiento en Dios solo, reconociendo que todo le venía de El. Y cuando tenía necesidad de alguna gracia, nos aconsejaba que nos turnásemos ante el Santísimo Sacramento y que lo hiciéramos con una verdadera piedad y devoción» (24).

7. La convicción de cuantas tuvieron que tratar con ella es que leía en los corazones y adivinaba el futuro.

A los hechos y a las declaraciones ya referidas en el transcurso de nuestro relato, añadimos las siguientes. Madre Petronila atestiguó: «Pienso que puedo decir que conocía también lo íntimo del alma de las personas que debían ser admitidas en el Instituto, tranquilizando a las que dudaban de su vocación y, efectivamente, tuvieron buen resultado... Otras que ella quería que no se las admitiera y fueron aceptadas por quererlo el director, dieron mal resultado» (25).

Y Madre Sorbone: «Creo que ahondaba profundamente en las almas y recuerdo que, al ir con ella por la tarde y durante el día, como entonces acostumbraba, alguna vez, adivinando el estado de mi alma, sin más me decía: «Vete también mañana a recibir la sagrada Comunión y estáte tranquila... Bastaban aquellas palabras para que yo recobrara plenamente la paz» (26).

Madre Buzzetti testificó también: «Creo que leía en los corazones, porque a mí una vez me dijo lo que yo pensaba, resolviéndome todas las dificultades que experimentaba en sí misma, sin que yo hablase; e igualmente lo oí a otras a las que les sucedía la misma cosa. Debo declarar que yo misma, la víspera de mi toma de hábito, me hallaba perpleja y dudosa, porque, siendo menor de edad, no tenía el consentimiento de mi padre que se oponía. Ella me tranquilizó diciéndome que de esto cuidaba ella y que todo se arreglaría, y así sucedió» (27).

(24) Proc. Ord., p. 165.

(25) Proc. Ord., p. 120.

(26) Proc. Ord., p. 417.

(27) Proc. Ord., p. 491.

Y una Hermana: «Creo que tenía dones especiales para conocer el interior del alma. Sé de algunas postulantes a las que dijo que no perseverarían en el Instituto; de otras que, habiendo querido irse de éste, las aconsejó seguir adelante, asegurándolas que acabarían contentas. De éstas conozco a algunas que aún están (1933) en la Congregación y son felices» (28).

Una alumna de Mornese y después Hermana, que marchó a las misiones el 1 de enero de 1879, y de la que hablamos en la parte III, capítulo 5, núm. 2, declaró: «Recuerdo que cuando llegaban postulantes a Mornese, la Madre sabía en seguida si perseverarían o no» (29).

Y otra: «Cuando se presentaban las postulantes, las hacía cantar alguna alabanza a la Virgen. Ella las miraba bien y después decía: "Esta perseverará, la otra no dará buen resultado..." , ¡y sus previsiones se cumplían!» (30).

Naturalmente, estas cosas las hablaba con las superiores, quienes después estaban atentas y recuerdan que las predicciones de la Madre se cumplían siempre todas.

En 1881, visitando la casa de Lu, fue al oratorio festivo, al que acudían doscientas muchachas que jugaban alegremente. Observó a una muy viva y presumida que aparentaba todo lo contrario a estar dispuesta a hacerse Hermana. Madre Mazzarello llamó a una de las Hermanas encargadas del oratorio y le dijo: «Vigílala: ahora no lo parece, pero llegará a ser buena y se hará Hermana». Y así sucedió (31).

Otra dice: «A mí en una ocasión me dijo:

—Tú cuando eras niña hiciste esto.

»Respondí:

—Sí, Madre.

»Y nadie había podido decírselo» (32).

(28) Proc. Ord., p. 417.

(29) Proc. Ord., p. 417.

(30) Proc. Ord., p. 491.

(31) Proc. Ord., p. 416.

(32) Proc. Ord., p. 421.

Y las afirmaciones se podrían multiplicar; pero concluyamos con la del Cardenal Cagliero, que declaró: «Yo me di cuenta de que estaba dotada del espíritu de previsión, de un juicio espiritual exquisito y grande, de la gracia del discernimiento y de escudriñar los corazones hasta llegar a adivinar las inclinaciones, las luchas interiores y el bueno o mal resultado de las vocaciones» (33).

(33) Proc. Ord., p. 421.

CAPÍTULO IX

Eficacia de la palabra de la santa Madre y resumen de cuatro conferencias

1. Eficacia de su palabra. Pedid el don de la eficacia.—2. Si vuelves al mundo, irás al infierno.—3. Eficacia de la palabra de la Santa en las «buenas noches» y en las conferencias.—4. Resumen de cuatro conferencias.—5. I. Sobre la rectitud de intención.—6. II. Sobre no excusarse.—7. III. Sobre el espíritu de oración.—8. IV. Algunos avisos.—9. Una florecilla y dos recuerdos.

1. Se sabe que San Juan Bosco, en la feliz ocasión de su primera Misa, pidió a Dios la eficacia de la palabra y se sabe que fue escuchado y cómo fue y todavía es eficaz la palabra de Don Bosco.

No se sabe si Santa María Mazzarello, en alguna circunstancia solemne de su vida, cristiana o religiosa, pidió a Dios semejante gracia, pero podemos suponerlo o, al menos, podemos pensar que, de cuando en cuando, la pedía, porque decía con frecuencia a sus hijas: «¡Cuánto bien se puede hacer con la palabra! Pedid a Dios que os dé la eficacia de ésta».

Ella la tenía muy eficaz. Su palabra penetraba en el corazón de quien la oía y no se olvidaba más. ¡Cuántas religiosas recordaban todavía, después de más de cuarenta años, sus avisos, sus consejos, sus reprensiones, y atribuían a la eficacia de su palabra su perseverancia en el bien o la vuelta al antiguo fervor!

2. Una hija de María Auxiliadora, después de veintiséis años de vida religiosa, escribió: «Fui acogida con materna bondad por Madre Mazzarello, pero, pasados unos pocos días, ya no quería estar más. Me presenté entonces a la buena

Superiora, que tenía la media en la mano, y le manifesté mi intención. Ella me escuchó benignamente y después, entre otras cosas, me dijo: "Si te vuelves al mundo, ¡irás al infierno!"

»A pesar de esto, poco después salí de la Congregación; pero el pensamiento del infierno me perseguía siempre y tuve que volver a Nizza. Si ahora soy Hija de María Auxiliadora lo debo a la palabra firme, sí, pero bien dicha, que hizo tanta impresión a mi corazón por la veneración, la estima y el afecto que la Madre supo lograr de mí, la única vez que tuve a bien hablarle».

¡Cuántas y cuántas otras religiosas afirmaban haberse quedado en el Instituto por la palabra eficaz y tranquilizadora de la Madre y bendecían a Dios por haberla hecho caso!

3. No sólo tenía eficacia de palabra en los consejos que daba en privado, sino también en las *buenas noches* y en las conferencias que daba para todas. Una Hermana escribe: «Sus conferencias estaban llenas de santa unción, como los sermones de los Ejercicios Espirituales».

Y otra: «Daba conferencias tan sentidas, con comparaciones, con sentimientos tan refinados, tan delicados y elevados, más como los que diría un teólogo, que una sencilla Hermana. Se veía claramente que estaba guiada por luces divinas y que el Señor era su inspiración y maestro.

»En las conferencias sabía tan bien introducirse en el asunto de que trataba, explicar cada punto e ir a los más pequeños detalles, descubrir las faltas que allí podían existir o que se pudieron cometer contra esta o aquella virtud, o punto de la Regla o voto religioso, que sus palabras penetraban en lo profundo del corazón de sus hijas y producían efectos prodigiosos... Cuando hablaba de la perfección religiosa parecía directamente inspirada; tocaba todos los puntos con delicadeza y profundidad de sentimientos tal que hacía quedar arrobados por la admiración. Se veía que había aprendido en la escuela de Don Bosco cuán necesario era infundir el verdadero espíritu religioso, el verdadero espíritu del Instituto en las primeras hijas, si quería que se conservara, a pesar de su extensión».

Madre Daghero declaró: «En las conferencias y exhortaciones que nos hacía nos hablaba con tanta elocuencia, claridad y precisión de pensamiento que no se podía exigir más a una persona instruida, tanto que nosotras teníamos la persuasión de que era iluminada por Dios, mientras nos hablaba del amor de Dios, de la devoción a la Virgen, de la dicha de ser Hijas de María Auxiliadora» (1).

Una religiosa, declarando sobre la eficacia de la palabra de la Madre, dijo: «Su palabra apaciguaba las almas agitadas, aun cuando no podía tranquilizarlas el confesor» (2).

Tenía en tan gran estima a la santa Regla que la besaba muchas veces, la estudiaba y la meditaba continuamente para conocerla bien y practicarla. Antes de explicársela a las Hermanas, además, se encomendaba y se preparaba ante el Santísimo Sacramento para que le inspirase lo que debía decir a la comunidad.

«Un día, llevando el manuscrito a la conferencia, dijo: “En Chieri me dicen que la han aprendido de memoria, ¡pero no basta: hay que practicarla!...”» (3).

4. En 1880 una Hermana, oyendo las bellas conferencias de la Madre, tuvo la feliz idea de tomar apuntes de alguna, para tenerlas después como una ayuda en las casas y en las circunstancias en que la obediencia la pusiera. Al principio del año 1881 se la mandó a América, y ella conservó siempre sus preciosos apuntes, cuya lectura le hacían bien a su corazón.

Nosotros hemos podido hacernos con ellas, y como hemos conseguido más sobre otros resúmenes de conferencias, conservados por otras religiosas, así referimos éstos que servirán para hacer conocer cada vez mejor el corazón y el espíritu de nuestra Santa.

Son los resúmenes de escasamente cuatro conferencias, de las que una contiene sencillos avisos y sólo en la tercera está

(1) Proc. Ord., p. 410.

(2) Proc. Ord., p. 416.

(3) Proc. Ap., art. 58 y 79.

anotado el día y el mes en que se dio. Nosotros las referimos con el mismo orden con el que nos las transmitieron, y quien lee, juzgará su calidad.

Pero téngase en cuenta que la eficacia de la palabra viva es muy distinta de la eficacia de la palabra escrita; además que no contamos las conferencias enteras, sino breves apuntes, y además que estos apuntes los tomó una Hermana buena y piadosa, pero no de las más instruidas.

5. «En la primera conferencia la Madre habló de la *pureza de intención*, aprovechando la ocasión de todo lo que el director había dicho sobre la precisión en las pequeñas cosas.

»Nos fue demostrando, con variados ejemplos, cómo algunas veces trabajamos con fines no rectos o —como ella decía— “hacemos el bien también con defecto...” Decía: “Cuando un alma se entrega totalmente a Dios y a practicar la virtud, experimenta un gran consuelo; pero si amase al Señor sólo por esto, lo amaría imperfectamente; también una religiosa que trabaje para que las demás compañeras la estimen, no tiene mérito ante Dios y debe temer mucho que Jesús, enojado al ver que le presentan un don deteriorado por la soberbia, se lo rechace. Son infinitos los modos con los que la soberbia procura adueñarse de nuestros actos.

”A veces aspiramos, en lo secreto de nuestro corazón, a ser preferidas en la dirección de un trabajo... y si aquella orden no nos la dan a nosotras, llegamos hasta negar un poco de ayuda a quien nos la pide, con la excusa: A mí no me mandaron hacer esto. Y todo esto, ¿por qué?... Porque mi amor propio se ha herido vivamente porque la superiora ha preferido a otra y no a mí... ¡Ah, desdichadamente! Si no estamos más que atentas, dejamos echar a perder nuestras acciones por la vanidad, por el amor de nosotras mismas y trabajamos más bien por nuestra satisfacción que por amor y gloria de Dios.

”¿De dónde proviene el que si por casualidad creemos que un trabajo ha salido bien, no estamos tranquilas hasta que no se sepa que lo hemos hecho nosotras? Y al contrario, ¿por qué

razón hacemos de todo para excusarnos y para echar sobre las demás la culpa, si salió mal? ¿Acaso no es por la soberbia?

"Por lo tanto, mis queridas Hermanas, pongámonos de verdad con empeño a obrar en la práctica como querríamos haberlo hecho en el momento de la muerte. Pensemos que vendrá un día en que tendremos que presentarnos a Dios para la última rendición de cuentas... Allí estaremos solas, sin nadie que nos pueda defender y tendremos que dar cuenta de todo, hasta de la más pequeña transgresión de nuestros deberes.

"Pero no debemos desanimarnos, no, porque sería una soberbia mayor; sino que debemos arrojarnos en los brazos de Jesús y prometerle que vigilaremos sobre nosotras mismas para enmendarnos... Porque observad, queridas mías, a algunas que hacen consistir la enmienda en confesarse de tantas pequeñeces que sólo aburren al confesor, y después, apenas salen de la iglesia, no se acuerdan más de los propósitos hechos y tienen que volver a empezar siempre. Es necesario, queridas mías, hacer el examen con el corazón y no sólo con la cabeza. Es necesario, en resumidas cuentas, que empecemos a curar las llagas de nuestro corazón, y entonces ya no tendremos que quejarnos de que no sentimos en nosotras el fervor del amor de Dios, porque al Señor le sentiremos en nuestro corazón en la medida de nuestra correspondencia..."

»Así terminaba, diciendo que su libro (el corazón) no le decía más, y ella, en su profunda humildad, decía a sus hijas que si ellas no necesitaban estas palabras, pidiesen al menos por ella que sentía esa necesidad.

»Se le preguntó:

—Supuesto que una simple Hermana nos pida ayuda en cualquier trabajo, ¿es necesario tener permiso?

»Ella respondió que *no*, y que basta que se obre con un fin recto, delante de Dios, asumiendo el sentimiento de la superiora. Se entiende que es cuando este trabajo sea necesario y de breve duración. ¡Viva Jesús!»

6. *Conferencia II*: «Querría, mis queridas Hermanas, advertiros de una cosa o defecto, que, poco más o menos, lo

tenemos todas, porque es una consecuencia de nuestro amor propio. En este defecto incurrimos cuando, al corregirnos por alguna falta, no aceptamos la corrección y nos disculpamos con mil pretextos o, bien, fabricamos mil castillos en el aire y conservamos el ceño durante unos días. Y sí que deseamos que nos amonesten con palabras... pero, en realidad, al decirle a las superiores que nos amonesten, queremos tal vez saber un poco qué se piensa sobre nuestro caso...

»Y después observad, queridas mías, que aquel justificarnos como hacemos siempre, aquel guardar cierto rencor a las que, alguna vez, cuentan alguna cosa relativa a nosotras, da a entender cómo queríamos ser un poco estimadas por nuestras Hermanas, etc., y, lo que es peor, que no queremos hacer ningún esfuerzo para corregirnos.

»Otra cosa feísima es la que algunas hacen al confiar a otras Hermanas sus secretos, con la expresa prohibición de contárselos a los superiores...

»Las pobrecitas no saben que en comunidad nada puede quedar oculto, y que si no es un día es otro, pero todo llega a saberse. Como ejemplo, puedo deciros para vuestro gobierno que, hace apenas unos días, una novicia vino a contarme una cosa que había sabido por una profesa hacía unos cuatro años. ¡Ved cómo somos! Por lo tanto, no nos fiemos de nadie y, si tenemos algo que decir, hablemos con claridad y franqueza a las superiores. ¡Oh, sí!, estad atentas: la sinceridad es muy necesaria, especialmente en comunidad... Y después pensad que me podéis engañar a mí y también al confesor, pero a Dios no podréis engañarle, porque todo lo ve. Por lo demás, como he dicho, la verdad llega siempre a saberse, aun en este mundo.

»Por ello, propongámonos no justificarnos cuando nos adviertan de algún defecto, recordando lo que dice nuestro Fundador Don Bosco: "Una religiosa que no sabe recibir bien las correcciones no es buena religiosa..." Hagamos todo lo posible por luchar contra la soberbia y el amor propio para hacernos cada vez más puras a los ojos de Dios y brillar después el día del juicio en presencia de todos los hombres. Por otra parte, ¡ved qué figura más fea haremos en el otro

mundo si sólo procuramos conservar nuestro buen nombre en éste! ¡A cuántas que ahora aparentan ser santas, las veremos humilladas totalmente a los ojos de Dios! Pidamos siempre al Señor que nos ilumine a nosotras y a los superiores para que podamos conocer nuestros defectos; pidámosle que nos dé fuerza y valor para luchar siempre contra ellos y vencerlos.

»En este tiempo de Cuaresma propongámonos practicar especialmente la humildad; no nos excusemos nunca, ni aunque nos acusen sin razón. En efecto, ¿quiénes somos nosotras para no poder soportar una palabra, una sospecha, si Jesús, que era inocentísimo, calló cuando se le acusaba sin razón?»

7. *Conferencia III.* El 13 de junio dio una conferencia sobre el *espíritu de oración*, etc., según nuestra Regla, y dijo: «Veo que en la iglesia algunas rezan con gran fervor, pero veo a otras que se apoyan en los bancos y apenas mueven los labios; otras además, desgraciadamente, me parece, no dicen ni siquiera las oraciones o las dicen medio dormidas; de esto proviene después aquella tibieza, aquella desgana que, a veces, no sabemos de qué nace, que nos turba y nos quita la gana de seguir adelante. Queridas mías, si pensamos delante de quién estamos, no es posible que obremos así.

»Pongamos toda nuestra buena voluntad y, aunque no sintamos sensiblemente el fervor que deberíamos tener, no importa; con tal de que, por nuestra parte, hayamos hecho todo lo posible para hacerlo bien. Por la mañana, después de las oraciones, nos quedan siempre algunos minutos antes de acercarnos a comulgar. ¡Qué importantes son! Pero nosotras no sabemos aprovecharlos; estamos allí frías e indiferentes, ¡ay!, quizá también medio dormidas, y luego, teniendo que acercarnos al altar, sentimos un gran remordimiento; en seguida, una vez recibido el Santo de los santos, después de algunos minutos de acción de gracias, dejamos libre a la mente para que vaya de acá para allá. Pero, hijas mías, ¿qué hacemos? Todo lo demás se vendrá abajo si seguimos así. Nos

hemos entregado al servicio de Dios, y después ¿nos dejamos coger por el demonio de esta manera?

»Un santo padre vio en una visión a un ángel que escribía las obras de sus monjes fervorosos con letras de oro; las de algunos que, sin ser fervorosos, tenían buena voluntad, con letras de plata; las de otros, con tinta, porque estaban hechas ni bien ni mal; las de otros, además, que habían obrado sin pensar en lo que hacían, las anotaba con agua. Al escribirlas con agua podéis entender bien que no se leía nada y las obras eran como si no las hubieran hecho. Yo creo que así los trabajos de algunas de nosotras estén escritos con agua y que, al final, nos encontraremos con las manos vacías.

»Cuando estamos a punto de acercarnos a recibir a Jesús, ¡librémonos de todos los demás pensamientos, pensemos en Jesús, que ha hecho tantas maravillas en el mundo, y aprendamos a amarlo!... Después, cuando lo hemos recibido, pensemos que tenemos realmente el cielo dentro de nosotras: démosle gracias a Jesús con todo el corazón y continuemos, durante todo el día, pensando a menudo en la gracia tan grande que hemos recibido. Veréis que, si nos sucede algo desagradable, habiendo hecho todo lo posible para rezar por la mañana, lo sabremos superar; aún más, lo aceptaremos contentas por amor de Jesús.

»Vosotras no viviréis siempre aquí tranquilas, en la casa-madre. ¡Visteis, en las demás casas, cómo están de ocupadas todas las Hermanas! ¡Están tan ocupadas que no tienen ni siquiera tiempo de prepararse para la Sagrada Comunión! Y si empezamos desde ahora a habituarnos con sólidas bases, no nos resultará tan difícil recogerlos y hacer bien nuestras prácticas de piedad cuando nos encontremos en tal circunstancia.

»Mis buenas hijas, una cosa aún: es verdad que el sermón de D. V. no era muy apropiado para nosotras, pero tampoco le faltaban argumentos de los que no pudiésemos sacar verdadero provecho. ¡Tantas veces oímos la palabra de Dios y después la olvidamos, sin ponerla en práctica! Esto no está bien, decidámonos seriamente a sacar provecho de lo que oímos, porque, al final, Dios nos pedirá estrechísima cuenta de ello».

8. *Conferencia IV. Algunos avisos de la Madre:* «Después de haber cambiado a las que servían en el comedor y de haber recomendado a todas no pararse a hablar con las alumnas, dijo: "Mis queridas hijas, procurad observar bien el silencio como manda la Regla, siempre y donde os encontréis, pero especialmente en el dormitorio. Se dispensa del silencio donde se encuentra toda la Comunidad y no en otra parte. No obstante, recordad que, aunque en el taller se puede hablar, conviene que no se hable más que de cosas santas, intercalando el canto de alguna alabanza..."»

»Dijo después que no se puede recibir ni regalar nada sin el expreso permiso de la superiora. También las maestras, antes de dar a las alumnas alguna cosa o de recibirla, deben pedir permiso. "¿Os parece duro esto?", preguntó la Madre. Y habiendo una contestado que no, ella continuó: "A muchas les parecerá muy duro; sin embargo, debe ser así. Somos religiosas, hemos hecho voto de pobreza, hemos prometido observar nuestras santas Reglas (o estamos para prometerlo); debemos mantener la promesa, aun en las cosas pequeñas, y no permitirnos ni siquiera prestarnos o regalar un objeto cualquiera sin permiso, a menos que existan motivos suficientes para hacerlo. Y os digo esto porque son muchas las consecuencias que pueden provenir de estas pequeñas cosas.

"Mis queridas hijas, os recomiendo que nunca os agarréis del brazo, ni os cojáis ni aún de las manos; el darse la mano está permitido cuando una tiene que despedirse de las Hermanas y es una muestra de afecto. Don Pestarino no hubiera ni siquiera querido que se jugase a *En la ciudad de los santos*, porque se necesitaba agarrarse de la mano. Pase que se pueda jugar así, pero evítese toda familiaridad; ninguna Hermana coja de la mano ni a otra Hermana ni a una niña".

»Acabó la plática preguntándonos si teníamos alguna cosa de la que nos diera pena desprendernos, entonces hubo quien le entregó un cortaplumas, quien un rosario y quien una imagen. La Madre nos exhortó a tener siempre el corazón desprendido de todas las cosas. ¡Viva Jesús, nuestro Esposo!»

9. «Para el año 1881 nos dio la siguiente florecilla: "Sinceridad en todo y a cualquier precio, y no excusarnos nunca".

»Otros avisos: "Guardaos mucho de dar o recibir algo, aunque sea pequeño, sin permiso.

"Si una Hermana debe tratar con las niñas, en cuanto pueda, no acepte nunca nada, y si le fuese ofrecido algo comestible, lo coja y, en presencia de la que se lo dio, lo regale para hacerle ver que aceptamos con gratitud su regalo, pero, al mismo tiempo, no le hacemos demasiado caso y no se dejará por el regalo ni de castigar o premiar conforme a lo que se merezca y con justicia".»

CAPÍTULO X

Algunas cartas de la Santa

1. El carácter de una persona como mejor se le conoce es por sus cartas confidenciales.—2. La correspondencia de Santa María Mazzarello y su carácter.—3. Por qué no tenemos muchas cartas de la Santa.—4. Nuestra fidelidad al referir los trozos más importantes de éstas.—5. Cómo empieza y termina sus cartas.—6. Carta a las Hermanas de la casa de Catania (24 de junio de 1880).—7. Carta a las Hermanas de Villa Colón y de Las Piedras.—8. A unas Hermanas de Las Piedras.—9. Otra cartita a la misma.—10. Carta a las Hermanas de Carmen de Patagones (20 de octubre de 1880).—11. A las Hermanas de Villa Colón y Patagones (20 de diciembre de 1880).—12. A Sor Laura Rodríguez.—13. A Sor Rita Barilatti.—14. A Sor Mercedes Stabler.—15. A una Hermana de Saint-Cyr.

1. Hemos leído a varias personas, religiosas y seglares, que conocieron a Madre Mazzarello, el retrato que hemos hecho de ella en el capítulo primero de esta parte, y nos han dicho que estaba de acuerdo con la verdad. Pero el retrato moral de una persona no se conoce nunca tan bien como a través de sus cartas, en las que, sin querer, deja entrever todo su interior. Y como también, con este fin, ya hemos referido, en el transcurso de nuestro humilde relato, varias cartas de la Santa, así aquí queremos poner otras, para que se conozca cada vez mejor su espíritu.

2. Madre Mazzarello, antes de la fundación del Instituto, no mantuvo correspondencia con nadie; también porque, como se dijo, no sabía escribir. Aprendió a escribir a los treinta y cinco años, en el año 1872, al fundarse el Instituto, y comenzó escribiendo a Don Bosco y a Don Cagliero para agradecerles todo lo que hacían por ella, por sus Hermanas, y para pedirles la gracia de que la quitaran de superiora. Más

tarde su correspondencia llegó a ser mucha, especialmente después de la fundación de las casas que dependían de ella. Teniendo poca o ninguna cultura literaria, sus cartas no son ciertamente modelos de expresión, «pero de ellas —Don Cagliero escribe con justicia—, aunque llenas de faltas contra la gramática, sin embargo, saltan a la vista conceptos de un significado espiritual exquisito, pensamientos de la más alta perfección cristiana y sentimientos de un alma toda de Dios, que sólo desea su gloria y el bien de las almas».

3. Las Hermanas que recibían cartas de la Madre las conservaban no sólo como un precioso recuerdo para releerlas de cuando en cuando, especialmente si tenían alguna pena y para que les sirvieran de estímulo para hacer el bien, sino que las guardaban como verdaderas reliquias. Pero como con ocasión de cualquier solemnidad, y especialmente en los Ejercicios Espirituales, se practica entre ellas hacer sacrificios y ofrecer a Dios algo que les sea muy querido, particularmente se deciden a privarse de lo que más aprecian, así algunas, no encontrando otra cosa más querida que las cartas de la Santa y que el deshacerse de ellas les era un gran sacrificio, las destruyeron, con el fin de que su sacrificio sólo fuese conocido por Dios.

Bendita sencillez que habrá sido ciertamente premiada con largueza por Dios, pero que a nosotros nos privó de un rico tesoro.

Referimos dos declaraciones. Una: «Yo tuve mucho tiempo sus cartas y me eran una cosa muy querida, pero después, oyendo durante una tanda de Ejercicios insistir mucho en el desprendimiento, las quemé y ahora tengo un gran disgusto por esto, porque había en ellas cosas muy bellas» (1).

Otra escribió: «¡Lástima que he perdido varias cartas tuyas que había conservado durante muchos años! En una de ellas me escribía: “En este momento estás ahí en América, ¿no es verdad? Ahora debes pensar con frecuencia: ¿a qué he venido a la religión? Vine a hacerme santa. Con este pensamiento en la

(1) Proc. Ord., p. 487.

mente harás un poco de bien. Recuerda que el cielo no se ha hecho para los perezosos. Ten mucha confianza con el confesor y está siempre alegre".»

4. Sin embargo, varias cartas se libraron de esta destrucción porque alguna religiosa las conservó o hizo el sacrificio de dárselas a alguna Hermana, y ésta a otra y así sucesivamente, hasta que llegaron a mis manos. Las copiaremos y no corregiremos más que las faltas gramaticales y la ortografía, donde sea necesario, pero conservaremos siempre fielmente el pensamiento y, posiblemente, la frase misma y las palabras, como hemos hecho con las que ya hemos referido.

5. Las cartas llevan todas el encabezamiento «¡Viva Jesús y María!» y, por lo general, «¡Viva Jesús, María y San José!». Alguna, «¡Viva el Niño Jesús!», fórmula sugerida ciertamente por darse la circunstancia de estar en la época de Navidad, cuando la Madre escribía. El comienzo es: «Mi buena o mi queridísima o mi siempre querida Hermana y amada, etc.» El final y la firma, por lo general, así: «En el Sagrado Corazón de Jesús, vuestra afectísima la Madre Sor María Mazzarello», o «La Madre, la pobre Sor María Mazzarello».

Si en la sigla se quiere ver la piedad y en el comienzo el afecto, en la firma hay que ver la humildad o todas las tres cosas dichas juntas.

Vamos ahora a lo prometido.

6. El día 24 de junio (1880) dirigía una carta a la directora de la casa de Catania y a las Hermanas, en la que, después de haberle dado las gracias por las felicitaciones que le habían mandado, y más aún por las oraciones, escribe:

Mis buenas y queridas Hermanas, si supiéseis cuánto me acuerdo de vosotras; no pasa un momento que mi mente no esté a vuestro lado y, muchas veces, siento pena de no teneros cerca. Pero paciencia. Ya llegará el día en que estaremos siempre unidas en el cuerpo y en el espíritu. Por ahora, contentémonos con encontrarnos sólo en espíritu y dialoguemos en el Corazón de Jesús: decid muchas cosas

por mí cuando os encontréis unidas en este adorable Corazón, especialmente cuando vayáis a recibirle en la santa Comunión.

Os aseguro que rezo siempre por vosotras en particular, especialmente cuando lo recibo en mi corazón. Le pido que os dé esas virtudes tan necesarias, como la humildad, la caridad y la paciencia...

Sí, mis queridas Hijas, tened ánimo: Jesús os quiere mucho. Es verdad que alguna vez tendréis que sufrir penas y sinsabores, pero el Señor quiere que llevemos alguna cruz en este mundo. El ha sido el primero en darnos ejemplo de sufrimiento; por tanto, debemos seguirle, sufriendo con valor y resignación. Estad seguras de que aquéllas a las que Jesús regala mayor sufrimiento son las que están más cerca de El; pero debemos hacerlo todo con pureza de intención, para agradarle a El sólo si queremos recibir el premio.

Siento que no estés muy bien de salud. Ten cuidado y provee todo lo que haga falta. Me han dicho que por ahí hace mucho calor; resguardaos todo lo que podáis.

Siento que la señora Duquesa se haya enfadado con vosotras, pobres hijas; pero no sufráis, las rosas florecen a su tiempo; primero echan las espinas y así os ha sucedido a vosotras, ¿no os parece? Estad alegres, que las cosas de este mundo pasan.

Les da las gracias por una suma de dinero que le han mandado y da noticias de la casa; recomienda rezar por la Madre ecónoma, que está enferma; que la escriban con frecuencia, que estén todas alegres, que se animen, y después sigue:

Muchas cosas de mi parte a las niñas; decidles que recen un *Ave María* por mis intenciones.

Todas las Hermanas, postulantes y educandas os saludan con un *Viva Jesús*, respondedles.

No acabaría de escribiros, pero he llegado al final del papel, así es que por esta vez lo dejo aquí.

No sé si entenderéis esta carta, la he escrito sin pasarla a limpio, pero vosotras ya sabéis que no sé escribir y por eso tendréis que estudiar para entenderla.

Que Dios os bendiga y os consuele a todas. Creedme siempre vuestra afectísima en Jesús, la Madre

la pobre Sor MARÍA MAZZARELLO

(Carta núm. 39, pp. 259, 261 y 263.)

7. El 9 de julio de 1880 escribía:

Mis buenas y amadas hijas en Jesús, de Colón y de Las Piedras:

Me da alegría recibir carta de las Hermanas de las diversas casas, pero las que recibo de América me hacen sentir algo que no sé explicar; parece como si el tiempo y la distancia, en vez de disminuir, aumentaran el santo afecto que siento por cada una de vosotras.

Imaginaos, pues, la alegría que me han dado vuestras felicitaciones (2). Sí, espero que el Señor escuchará vuestras oraciones y me concederá todas las virtudes que necesito para cumplir bien con mi deber.

Me decís que de ahora en adelante no queréis ser religiosas de nombre, sino de hechos. ¡Muy bien! Seguid adelante de este modo; pensad que el tiempo pasa lo mismo en América que en Italia y pronto llegará la hora que decidirá nuestra suerte. Dichosas de nosotras si hemos sido verdaderas religiosas, Jesús nos recibirá como un Esposo recibe a su esposa. Pero para ser verdaderas religiosas es preciso ser humildes en todas nuestras obras no sólo de palabra, sino de hechos; hemos de ser exactas en la observancia de nuestra santa Regla; hemos de amar a todas las Hermanas con verdadera caridad; respetar a la Superiora que Dios nos dé, sea la que sea...

Pero ¿qué estoy haciendo? Sin darme cuenta os estaba echando un sermón, en vez de daros las gracias por vuestras felicitaciones. En agradecimiento, he pedido a toda la comunidad que ofrezca por vosotras la santa Comunión, ¿estáis contentas?

Deseáis saber cuándo iré a haceros una visita. Yo quisiera ir en seguida, pero hasta que no me manden no puedo ir. Don Bosco y Don Cagliero me han prometido que me dejarán ir, pero no sé cuándo será... Pedídselo vosotras a los superiores: a Don Cagliero o a Don Bosco. Después estad seguras de que si es voluntad de Dios iré. Pero si el Señor no permite que nos veamos en esta vida, nos volveremos a ver en el cielo, ¿no es cierto?

Después les da noticias de la casa y de la solemnidad con que se celebró la fiesta de María Auxiliadora, les recomienda rezar y continúa:

(2) Como ya se dijo en la segunda parte, en el capítulo 19, núm. 7, la fiesta onomástica de la Madre se celebraba el 6 de julio, fiesta de Santa Dominga, virgen y mártir.

Termino porque quiero contestar a las Hermanas que me escribieron en particular. Animo, mis queridas y amadas Hermanas, os recomiendo que os queráis, que tengáis confianza con la directora o con quien hace sus veces, y procurad hacer todas las cosas con el único fin de agradar a Dios.

Mis saludos al reverendo director y encomendadme a sus fervorosas oraciones.

Todas las Hermanas os mandan un millón de saludos y se encomiendan a vuestras oraciones. Rezan siempre por vosotras.

Os deseo las bendiciones del cielo y me profeso vuestra afectísima Madre en Jesús,

la pobre Sor MARÍA MAZZARELLO

(Carta núm. 40, pp. 265, 267 y 269.)

8. La Madre, por lo general, escribía una carta colectiva a todas las Hermanas o, si escribía sólo a la directora, su deseo era que se leyera también a todas. Pero, juntamente, incluía alguna cartita para ésta o aquella Hermana, especialmente cuando sabía que necesitaba consuelo y consejo. Una de estas cartitas, incluida en la carta anterior, nos ha sido conservada y es la siguiente, que está dirigida a una Hermana de Las Piedras, de carácter más bien alegre.

Mi querida Sor Victoria:

Es la segunda vez que me escribes y es preciso que te conteste. No creas que me he olvidado, no; estás siempre presente en mi corazón y te quiero lo mismo que cuando estabas conmigo en Mor-nese. ¡Qué a gusto iría a haceros una visita! Aunque estemos lejos, podemos encontrarnos cada día en el Corazón de Jesús y allí dentro pedir una por otra, ¿no te parece, Sor Victoria?

Me dices que estás contenta y yo me alegro. Estás en un sitio donde puedes hacerte muchos méritos, si eres la primera en la observancia de la santa Regla, si tienes una gran caridad con las Hermanas y si eres humilde.

Animo, es verdad que no somos capaces de nada, pero con humildad y la oración el Señor estará cerca de nosotras, y cuando el Señor está con nosotras todo va bien. No te canses nunca de practicar la virtud; dentro de poco estaremos en el cielo todas juntas. ¡Qué

hermosa fiesta haremos entonces! Animo, pues, procura estar alegre y que lo estén también las Hermanas y las niñas.

¿Estáis todas bien? Tened cuidado de la salud...

Sor Victoria, acuérdate de decir que recen a menudo por nuestras Hermanas difuntas y no olvidéis las necesidades de nuestra Congregación.

(Carta núm. 42, pp. 275 y 277.)

9. En otra cartita, sin fecha, a la misma, dice:

¡Viva Jesús y María!

¿A mi buena Sor Victoria no le voy a decir nada?

Sí, quiero recomendarle alegría, la obediencia y trabajar sin «gena» (esto es: sin turbación, sin miedo) y una gran confianza con la directora y con el confesor. Y jamás la tristeza, que es la madre de la tibieza. Animo en todo y procura que las Hermanas estén siempre alegres. Ten mucho cuidado de la salud y trabaja siempre para agradar a Jesús. Con este pensamiento en la mente todo será fácil y ligero, ¿no te parece, mi buena Sor Victoria?

Me encomiendo a tus oraciones, reza también por todas, ¿eh?

Que Jesús te haga toda suya, junto con tu..., etc.

(Carta núm. 28, p. 211.)

10. Tenemos también una carta del 21 de octubre de 1880, a las Hermanas de Carmen de Patagones:

Queridísima Sor Angelina y Hermanas todas:

Os aseguro que vuestra carta me ha dado un gran consuelo... Demos gracias a Dios que os conserva la salud y la buena voluntad de seguir adelante en el camino de la perfección.

Mis buenas Hermanas, ¿cómo es que no habéis recibido más que una carta mía siendo así que os he escrito otras dos? Lo siento, mis buenas hijas, porque quisiera que os persuadiérais de que no pasa un solo día sin que me acuerde de todas vosotras delante de Jesús.

Estoy contenta de que tengáis un director que se preocupa tanto de vuestras almas y por estoy doy gracias al Señor, porque es una gracia muy grande para nosotras, pobrecillas...

Les da noticias de las Hermanas enfermeras y les comunica que algunas se han ido al cielo, recomendándoles que recen por las unas y por las otras, y después dice:

Nuestra amada Congregación sigue adelante; gracias a Dios, tenemos muchas postulantes y muchas peticiones para abrir casas, escuelas y asilos infantiles, pero tenemos falta de personal formado y no hay tiempo suficiente para capacitarlo al desempeño de los propios oficios.

Les da la relación de las varias casas que se han abierto, y continúa:

Dad gracias también vosotras a Jesús por los favores que nos concede y pedidle siempre que nos asista con su santa gracia.

Y tú, mi querida Sor Angelina, ánimo y reza mucho. De la oración recibirás la ayuda necesaria para cumplir bien tus deberes. Da siempre buen ejemplo a tus Hermanas con la observancia de la santa Regla. Está siempre alegre, que tu alegría sea mayor que tus aflicciones.

Y tú, mi buena Sor Juana, ¿estás alegre?, ¿eres humilde y observante de la santa Regla? Si quieres hacerte santa, date prisa, que no hay tiempo que perder. Procura atraer muchas almas a Jesús con las obras y con la vigilancia y el interés, pero, sobre todo, con el buen ejemplo. Inculca a las niñas la devoción a la Virgen. Está siempre alegre y cuando tengas penas mételas en el Corazón de Jesús.

Sor Angela Cassulo, ¿eres buena?, ¿amas mucho a Jesús? Procura hacerte pronto santa y dar muerte al amor propio y a la propia voluntad.

Le da noticias de su hermana, después continúa:

Sor Catalina, ¿estás alegre? ¡Así lo espero!, porque ¡pobres de nosotras si nos dejamos llevar de la tristeza! Es una peste que hace mucho daño a las almas religiosas, porque es hija del amor propio y acaba por llevarnos a la tibieza en el servicio de Dios. Así es que está siempre alegre. Si caemos alguna vez, humillémonos delante de Dios y de nuestros superiores y después sigamos adelante con corazón grande y generoso. Te recomiendo la confianza con la directora y con el confesor, como un gran medio de hacerte santa.

Esta religiosa no puso en práctica los consejos de la Madre y no perseveró en la vocación.

En la misma carta escribe además:

Animo a todas, mis buenas Hermanas, y rezad mucho por mí y por todas y haceos santas. Saludad a las niñas de mi parte con un «Viva Jesús» a todas.

Que Dios os bendiga a vosotras y a todas las niñas, etc.

(*Carta núm. 47, pp. 291, 293, 295 y 297.*)

II. En una carta del 20 de diciembre de 1880 a las Hermanas de Villa Colón y de Patagones, después de haberles dicho que hay que resignarse a hacer el sacrificio de no verse, porque los superiores no le darán nunca el permiso para ir a América, y después de haberles dado las noticias de la Congregación y haberlas agradecido las felicitaciones, dice:

Pediré a Jesús Niño que os las devuelva con sus más selectas bendiciones; que os dé la verdadera humildad, la caridad, la obediencia y el verdadero amor a El. Le pido y le pediré siempre que os dé el espíritu de mortificación y de sacrificio de la propia voluntad, que os conserve el fervor y el celo y os dé a todas una salud robusta. ¿Estáis contentas de que Jesús os dé todas estas cosas?

Yo se lo pido para vosotras de corazón y se lo pediré mientras me dé vida, asistida de su gracia. Y vosotras, mis amadas hijas, haced otro tanto por mí, que lo necesito más que nadie.

Animo, estad alegres, amaos y compadeceos unas a otras; consolemos a nuestro amado Jesús y hagamos todas nuestras obras de modo que pueda decirnos: Hijas mías, estoy contento de vuestra actuación. Qué alegría poder oír estas hermosas palabras de Jesús.

Y tú, mi buena Sor Angelina, está tranquila; he leído tu rendiconto. Piensa que tus defectos son hierbas de tu huerto y hay que humillarse y combatirlos con valor. Somos miserables y no podemos ser perfectos; por tanto, humildad, confianza y alegría.

Rezad por mí y presentad mis saludos a vuestro reverendo señor director, encomendadme a sus fervorosas oraciones y dadle las gracias de mi parte por el bien que os hace a todas vosotras.

Recibid mil saludos de las Hermanas y míos de modo particular,

que tanto os amo en el Señor y haría cualquier cosa por vuestro bien.
Creedme en el Corazón de Jesús, etc.

(*Carta núm. 55, pp. 335, 337 y 339.*)

12. Tenemos además cuatro cartas dirigidas a Hermanas americanas, a las que ella no conoce personalmente. Las dos primeras están dirigidas a Sor Laura Rodríguez, que hizo la profesión religiosa el día 24 de mayo de 1880; se ve que, aunque han sido escritas una antes que la otra, contienen las mismas ideas. En la primera dice:

Mi buena Sor Laura:

Tu cartita, a pesar de estar escrita en español, la he entendido y me ha alegrado mucho. Aunque no te conozco, te quiero, mi querida Sor Laura, y rezo por ti. Espero conocerte un día en el cielo: ¡qué hermosa fiesta haremos entonces!

(*Carta núm. 15, p. 137.*)

En la otra, este pensamiento lo expresa así:

...No te conozco personalmente, y tal vez, en este valle de lágrimas no tengamos el consuelo de conocernos, pero tengo la firme esperanza de que nos conoceremos en el cielo. Allí haremos una gran fiesta cuando nos veamos...

(*Carta núm. 43, p. 279.*)

La primera la continúa así:

Tú, que eres la primera Hija de María Auxiliadora de América, debes hacerte una gran santa, para que muchas jóvenes americanas sigan tu ejemplo. Aunque estemos tan distantes unas de otras, formamos un solo corazón para amar a nuestro buen Jesús y a María Santísima y podemos vernos siempre y rezar las unas por las otras.

Considero inútil recordarte que seas obediente, humilde, caritativa y amante del trabajo; hace pocos meses que has hecho la Vestición; por tanto, estarás aún toda enfervorizada. Te recomiendo sólo que no dejes apagar nunca el fervor que el Señor ha encendido en tu corazón y que pienses que una sola cosa es necesaria: salvar el alma. Pero a nosotras, religiosas, no nos basta con salvar el alma,

debemos hacernos santas y santificar con nuestras buenas obras a tantas almas que esperan que les ayudemos. Animo, pues; después de unos pocos días de lucha, tendremos el cielo para siempre.

Está siempre alegre, ten gran confianza con tus superiores, no les ocultes nunca nada, ten tu corazón abierto, obedece siempre con toda sencillez y no te equivocarás nunca.

Que el Señor te bendiga y te conceda la santa perseverancia y todas las gracias necesarias para ser una buena religiosa y una verdadera Hija de María Auxiliadora, etc.

(Carta núm. 15, pp. 137 y 139.)

13. La tercera está dirigida a Sor Rita Barilatti y también en ésta expresa, poco más o menos, las ideas expuestas en las otras y en cierto lugar, sin embargo, escribe:

Me parece oírte decir: «¡Madre, tengo muchas ganas, pero ¿cómo debo hacer?»

Escucha, el camino más seguro es el de una obediencia verdadera y exacta a tus superiores y superioresas, es decir, a la santa Regla; ejercitarse en la verdadera humildad y en una gran caridad. Si lo hacemos así, nos haremos pronto santas.

Para esto hemos venido a la vida religiosa; por tanto, ánimo y siempre una gran alegría; ésta es la señal de un corazón que ama mucho al Señor.

(Carta núm. 60, pp. 359 y 361.)

14. La cuarta está dirigida a Sor Mercedes Stabler, novicia en la casa de Almagro; dice también que el deseo mutuo de verse y se realizará en el cielo y continúa:

Entre tanto, procuremos observar bien la santa Regla y ejercitarnos en la verdadera humildad y gran caridad con todas.

Ten confianza con el confesor y con tu director; respeta siempre a todos y tú considérate la última. Si lo haces de corazón, y no sólo de palabras, serás pronto santa.

(Carta núm. 62, p. 365.)

15. Copiamos todavía una que va dirigida a una Hermana que se ocupaba de las labores del campo, en Saint-Cyr, y era

una religiosa fuerte, activa, habilidosa y con un carácter muy alegre:

Mi buena Sor Lorenzale:

He recibido tu carta y veo que continúas estando alegre. Esto me consuela; no hace falta llorar para demostrar que se tiene buen corazón, el Señor no echa cuenta de las lágrimas, sino de los sacrificios que hacemos de corazón. Así que está alegre, aunque no puedas llorar cuanto tienes algún contratiempo, es mejor así.

Veo que tu huerto y tus campos tienen necesidad de muchas cosas que, por ahora, es imposible tenerlas; pero está tranquila que, poco a poco, todo se arreglará. Entre tanto, haz lo que puedas y ya verás cómo todo irá bien.

Lo más importante es que procures tener bien arreglado el jardín de tu corazón. De vez en cuando echa una mirada para que no crezcan las malas hierbas que sofoquen las plantas buenas, ya me entiendes...

Espero que poco a poco entenderás el francés y también al confesor. Lo más importante es que conserves la buena voluntad, el fervor, la humildad y la caridad. Verás cómo si no te faltan estas virtudes sabrás hacer y lo entenderás todo.

Animo, mi buena Sor Mariana; reza por mí, está siempre alegre y procura que estén alegres las demás, Hermanas y niñas, a las que dirás muchas cosas de mi parte.

(Carta núm. 58, pp. 351 y 353.)

Y en otra cartita a la misma:

Mi buena Sor Mariana Lorenzale:

¿Tienes bien arreglado tu jardín? ¿Da esperanzas de buena cosecha?

Mira el jardín, debes comparar tu corazón con él. Si lo cultivamos bien, dará buenos frutos; pero si no vigilamos y lo cuidamos un poco cada día se llena de malas hierbas, ¿no es así? Animo, pues; miremos todos los días si hay algo que estorba, algún sentimiento, y si se encuentra se echa en santa paz.

¿Entiendes este escrito, Sor Mariana? Escribo, pero ni yo misma sé lo que escribo, pues tengo muchas cosas que hacer; reza por mí, está siempre alegre y procura que lo estén también las demás.

Te saludo y te dejo en el Corazón de Jesús. ¿Estás contenta de que te deje en tan hermoso lugar? Si no estás contenta, me lo escribes.

Que Dios te bendiga, junto con tu afectísima en el Señor,

la Madre Sor MARÍA MAZZARELLO (3)

(*Carta núm. 50, p. 313.*)

FIN DE LA CUARTA PARTE

(3) En 1982 publiqué un opúsculo titulado: *Quince cartas de Sor María Mazzarello, con notas aclaratorias.*

PARTE V

**Desde la reelección de la Madre
como Superiora
hasta su muerte y canonización**

CAPÍTULO I

La Madre resulta reelegida Superiora por unanimidad en el segundo Capítulo General. Se abren varias casas

(1880)

1. Segundo Capítulo General para elegir las Superiores.—2. Vivo deseo de la Madre de que no la vuelvan a elegir.—3. Anuncia veladamente su muerte.—4. Corrige a algunas Hermanas.—5. La Madre reelegida por unanimidad y Don Bosco aprueba su elección.—6. Fundación de las casas de Borgomasino (Ivrea-Torino), el 4 de septiembre de 1880; de Melazzo (Alessandria), de Penango (Asti), de Este (Padova), el 15 de octubre; de Bronte (Catania), el 18 de octubre; de San Isidro (Argentina), el 6 de enero de 1881.—7. La Madre asiste a la muerte de una Hermana en Chieri.—8. Dos cartas a la directora de la casa de Melazzo.

1. En el mes de junio de este año (1880) se debía celebrar el segundo Capítulo General y, de acuerdo con la santa Regla, elegir a las superiores mayores.

Don Bosco dispuso que el Capítulo comenzara después de los Ejercicios espirituales, que tendrían lugar en la segunda mitad de agosto.

2. La Madre deseaba verse libre del cargo, para el que, en su humildad, se consideraba siempre que no tenía condiciones, y habló con Don Bosco con el fin de que dispusiese las cosas de manera que ella no volviera a ser elegida.

El Santo la escuchó callado, y como ella alegó, entre otros motivos, que se había quedado algo sorda del oído izquierdo por culpa de los trabajos, fatigas y desarreglos soportados, Don

Bosco, sonriendo, le contestó: «Mejor, así no oirás palabras inútiles».

Por esto comprendió que de Don Bosco no sacaría nada.

Hablando con las Hermanas de la futura elección de la superiora, las exhortaba a rezar y a reflexionar para votar conscientemente y a una persona que estuviera preparada para gobernar el Instituto según los designios de Don Bosco. A las más íntimas, después, les decía claramanete que no debían votarla a ella.

Por las declaraciones en el Proceso Apostólico se sabe que pidió a Sor Magdalena Morano, en este tiempo maestra del colegio, que buscara la manera de que no la volvieran a elegir y pidió lo mismo también a las Madres y a varias directoras (1).

Si alguna le hacía observar que el buen ensayo que había hecho y la experiencia del pasado eran la mejor prueba de que debía continuar, respondía que los tiempos habían cambiado; que había aumentado el número de Hermanas cada vez más; que habían entrado e iban a entrar personas muy cultas; que se habían abierto ya muchas casas y otras estaban a punto de abrirse; que el Instituto exigía que se eligiera como superiora a una persona caritativa, prudente, instruida y de gran actividad, que pudiera atender a todo y secundar plenamente los deseos de los superiores, etc.

«Unos días antes del Capítulo —escribe Sor Pacotto— me dijo: “Escucha, podrías votar para superiora a Sor Magdalena Martini. Temo sólo que Don Cagliero se oponga, porque se encuentra en América y tiene poca salud, o bien podrías votar a Sor Catalina Daghero. Estas dos Hermanas tienen mucha caridad y la caridad es una de las virtudes principales que debe tener una superiora”. Después continuó: “Mira, ahora la Congregación necesita superiores instruidas, porque están entrando y entrarán jóvenes educadas y cultas, y por esto resulta más difícil discernir la verdadera virtud. No sucedía así con las jóvenes de las campiñas, que se manifiestan claramente

(1) Proc. Ord., art. 114.

cómo son. Para dirigir a las primeras se requiere mucha virtud y una gran instrucción, dotes que poseen las dos Hermanas anteriormente citadas".»

3. «Como yo insistiera en que ella debía continuar gobernando el Instituto, añadió: "No, porque a mediados del año tendrán dificultades para poner a una en mi lugar. Mira: ¿no es mejor hacer bien las cosas ahora?"»

»Yo seguí insistiendo y ella me dijo: "Haz por lo menos una cosa: vota para vicaria a Sor Catalina Daghero; así, cuando yo me muera, no habrá desavenencias".»

¿Sabía que iba a morir a mitad del año? ¿Cómo lo sabía? Lo veremos en breve.

4. El 28 de agosto, víspera de la elección, habiendo observado a algunas Hermanas, de repente interrumpe la conversación que tenía con las superiores y dice: «Tengo que aprovechar estos momentos que aún me quedan para dar el último consejo a alguna. Mañana ya no podré, porque dejaré mi cargo y no tendré ya ningún derecho a meterme en lo que ya no será mi deber». Y las superiores observaron cómo la Madre, durante el recreo, se entretuvo amablemente con algunas Hermanas.

La misma mañana de la elección dijo con visible contento a un grupo de Hermanas: «Dentro de poco ya no seré nadie y también yo tendré el hermoso consuelo de llamar ¡*Madre!* a alguna de vosotras».

5. Pero no fue así: acabados los Ejercicios espirituales, el 29 de agosto, fiesta del Sagrado Corazón de María, se reunieron en la iglesia las superiores del Consejo Generalicio y las directoras de las distintas casas para elegir a la Superiora General y a las Superiores mayores.

Presidía la reunión, en nombre de Don Bosco, Don Cagliero, asistido por el director de la casa, Don Lemoyne. Recitadas las oraciones y después de observar las formalidades prescritas, tanto las superiores como las directoras de las distintas casas

votaron en secreto y resultó elegida Superiora General, por unanimidad, Madre María Mazzarello.

Fueron, además, elegidas Sor Catalina Daghero, vicaria; Sor Juana Ferrettino, ecónoma; Sor Emilia Mosca, primera asistente; Sor Enriqueta Sorbone, segunda asistente.

Se le comunicó rápidamente a Don Bosco, pidiéndole que diera su aprobación a las que se habían elegido, y Don Bosco, el día 1 de septiembre, lo aprobó escribiendo: «... Confirmo la elección de la Madre General y de las Hermanas que componen el Capítulo Superior de las Hijas de María Auxiliadora, y ruego a Dios que infunda en todas el espíritu de caridad y de fervor, a fin de que ésta nuestra humilde Congregación crezca en número, se dilate hasta los más remotos países de la tierra, en donde las Hijas de María Auxiliadora, ganando muchas almas para Dios, se salven a sí mismas y puedan un día, con las almas ganadas por ellas, encontrarse en el Reino de los Cielos, para alabar y bendecir a Dios eternamente» (2).

La alegría por la reelección de Sor Mazzarello como Superiora General era grandísima en todas las Hermanas; sólo ella no la compartía, comprendiendo los graves deberes que de nuevo le caían encima.

6. De todas partes llegaban enhorabuenas y felicitaciones por su elección, pero ella decía convencida «que no merecía este cargo porque resultaba un deshonor para la Congregación por su ignorancia» (3), y después se ocupó rápidamente en escoger las Hermanas para cinco casas que, por deseo de Don Bosco, se debían abrir.

La primera en Borgomasino (Ivrea-Torino), que se abrió el 4 de septiembre (1880), donde se encargaron de la dirección del jardín de infancia, empezó a funcionar el oratorio festivo y, después, también aceptaron la escuela comunal. La segunda, en Melazzo (Alessandria), con jardín de infancia; la tercera, en

(2) Del acta de la elección que se conserva en el archivo de la Casa Generalicia de las Hijas de María Auxiliadora.

(3) Proc. Ord., p. 392.

Penango (Asti), y la cuarta, en Este (Padova); las tres el día 15 de octubre. En Penango y en Este las Hermanas se encargaron de la cocina y de la ropería de los salesianos y también abrieron el oratorio festivo para las chicas. La quinta se abrió en Bronte (Catania), en Sicilia, el día 18 de octubre, donde las Hermanas se encargan del orfanato, del oratorio festivo femenino y de las escuelas para niñas externas.

Las Hermanas fueron acompañadas por Don Cagliero, pero faltó poco para que las religiosas tuvieran que irse por el excesivo celo y la poca experiencia de las costumbres de la isla. En efecto, habiendo introducido en seguida la gimnasia en las clases y los juego en el oratorio festivo, como se hacía en el norte de Italia, los habitantes de Bronte lo vieron mal y en breve las escuelas y el oratorio estuvieron vacíos.

Una vez que comprendieron el error, se adaptaron a las costumbres del lugar, ajutándose al dicho: «A donde quiera que fueres, haz lo que vieres», y aunque el demonio desencadenó otras persecuciones, sin embargo, las niñas volvieron y en mayor número que antes.

A finales de año llamaron también a las Hermanas en San Isidro (Argentina), un pequeño lugar de veraneo, al norte, arriba del Río de La Plata, distante de Buenos Aires menos de una hora de tren. Allí, el día 6 de enero de 1881, con la intervención de Monseñor Aneyros y de señores de alto rango de Argentina, que quisieron darse a conocer como cooperadores celosos de la obra, abrieron las escuelas gratuitas, con taller, el oratorio festivo y, diez años después, el internado.

Dos meses más tarde de la apertura de la casa (el 6 de marzo de 1881), Don Costamagna le escribía sobre ella a Don Bosco: «Las Hermanas de San Isidro han hecho ya prodigios en la enseñanza del Catecismo y con el ejemplo de piedad que dan, de modo que todo aquel pueblo está fuera de sí por la alegría. Las piadosas señoras que llamaron a éstas esposas de Jesús no terminan nunca de alabarse por su buena idea» (4).

(4) Ver el *Boletín Salesiano* de mayo de 1881.

La casa de San Isidro fue la última que se abrió viviendo Santa María Mazzarello.

7. Después de la mitad de noviembre, la Madre, que se encontraba en Turín, se trasladó a Chieri para asistir a una Hermana joven que el día 21, a la edad de veinte años, volaba al cielo (5).

8. Desde allí, el mismo día, la Madre escribió a la directora de la casa de Melazzo, diciéndole que la fervorosa Hermana había tenido una muerte envidiable; sin embargo, recomendaba que rezasen por el alma de la difunta y después le preguntaba a ella y a las Hermanas:

Chieri, 21 de noviembre de 1880.

Mis buenas hijas, ¿estáis alegres las cuatro? ¿Estáis bien de salud? ¿Os queréis mucho?

Y las niñas, ¿van creciendo?, ¿son buenas? Saludadlas y decidlas y decidles muchas cosas de mi parte.

Las de Bronte han escrito que el viaje fue muy bueno, pero, pobrecitas, necesitan que recemos mucho por ellas, están tan lejos que dan compasión.

Os escribo tan deprisa que no lo entenderéis, pero tened paciencia, tengo poco tiempo; antes de la Concepción os escribiré de nuevo.

Entre tanto ten ánimo y no te apures si te toca hacer algún sacrificio o, mejor dicho, alguna "flor" a causa de las personas que vienen a visitar la casa. Te recomiendo que seas humilde y llena de caridad y de paciencia; procura observar la santa Regla y hacerla observar a todas. Reza siempre de corazón: recuerda que la oración es la llave que abre los tesoros del paraíso.

Animo, pues, a combatir el amor propio; demos muerte a esta maligna alimaña.

Renueva a menudo los votos y los propósitos hechos en los santos Ejercicios.

(5) *Datos biográficos de las Hijas de María Auxiliadora* fallecidas en el primer decenio, p. 47.

Estad alegres, mis buenas hijas en Jesús; esta vida es pasajera, "buona sera, buona sera". ¿Está bien así? En Navidad, ¿vendréis a Nizza a celebrar las fiestas con nosotras? Veremos.

Que Dios os bendiga, junto con vuestra afectísima en el Señor

la Madre, Sor MARÍA MAZZARELLO

Muchos saludos al señor arcipreste, al marqués y al vicario. Viva Jesús en nombre de todas las Hermanas.

(*Carta núm. 51, pp. 315, 317 y 319.*)

A finales de noviembre la Madre cumple la promesa hecha a la directora de la casa de Melazzo de escribirla antes de la Inmaculada Concepción, y la enviaba la siguiente carta, que compiamos, aunque contenga los mismos pensamientos y las mismas recomendaciones que la escrita el año anterior a las Hermanas de la casa de Borgo San Martino (6). Hela aquí:

Nizza, 30 de noviembre de 1880

¡Viva Jesús y María Inmaculada!

Mis queridas Sor Josefina y M. y F. y R.:

Os doy las gracias por vuestras noticias; queréis que vaya a haceros una visita; os la haría en seguida y de muy buena gana, pero de momento no me es posible contentaros. Vendréis todas por Navidad y traeréis un pollo, ¿verdad? Pero yo iré antes si encuentro un día un poco libre; en cuanto a la vestición de Rosa, ya veremos cómo se hará. Aproximándose la fiesta de nuestra amada Madre María Inmaculada, he pensado deciros dos palabras para hacer bien la novena: con todo el fervor posible, como nos exhortan nuestras santas Reglas.

Pongamos todas empeño en ejercitarnos en la verdadera humildad y caridad, soportando mutuamente nuestros defectos, esmerándonos más en nuestras prácticas de piedad, haciendo con entusiasmo y fervor nuestras comuniones y oraciones y practicando nuestros votos de pobreza, castidad y obediencia. Tened por seguro, mis buenas hijas, que si lo hacemos así la Virgen estará contenta de nosotras y nos obtendrá de Jesús todas las gracias que necesitamos para hacernos santas.

(6) Ver cap. 10, núm. 6, de la Parte III.

En estos días renovemos también los propósitos que hicimos en los Ejercicios espirituales y, finalmente, recemos por nuestros superiores, por la Congregación, por nuestras Hermanas difuntas y por todas las Hermanas cercanas y lejanas.

Esto es lo que quería deciros, mis buenas Hermanas. Animo, tened cuidado de la salud y haceos santas vosotras y a todas esas buenas niñas, a las que saludaréis de mi parte. Decidles que recen alguna vez por mí. Dile a Sor Felicina que sea buena y que la santa Profesión, si no la hace ahora, la hará cuando la hagan las otras; entre tanto, que esté alegre.

Recibid muchos saludos de las Hermanas y del señor director y un millón de cosas de mi parte, que siempre os tengo junto a mi corazón y estoy siempre dispuesta a lo que sea por vuestro bien.

Que Jesús os bendiga y María Santísima os colme de las gracias más selectas, junto con vuestra afectísima en el Señor,

la Madre Sor MARÍA MAZZARELLO

(*Carta núm. 52, pp. 321 y 323.*)

CAPÍTULO II

La Madre hace la visita a las distintas casas

1. Visita de la Madre a las diversas casas del Instituto.—2. Sus recomendaciones maternas.—3. Su prudencia, franqueza y firmeza.—4. Manda a una directora a acostarse. Recuerda a otra la obligación de dar la conferencia. Aconseja discreción en las mortificaciones.—5. Visita al Obispo de Ivrea. No permite que la Hermana vaya a la casa del párroco a hacer la comida. Aprecio del rector de Cascinette por la Madre.—6. Consuela a una Hermana y a una novicia. Recomendaciones a las Hermanas y novicias de Borgo San Martino y de Biella.—7. Estima que el Obispo de Biella tiene a la Madre.—8. Ayuda a las Hermanas también en los trabajos materiales y no quiere que se molesten por ella. Quería dormir en una silla. Se abstiene de tomar un refresco.—9. Predice a una niña que será religiosa.—10. Los motivos por los que no desea viajar.—11. Lo que le pasó en un viaje a Asti.—12. Su gran reserva. Sus santas conversaciones. Aviso a una Hermana. Recomendación a otra.—13. Busquemos el Sagrario.—14. Celo en hacer el bien.—15. Su modo de tratar. Respeto a los sacerdotes.

1. A medida que las casas de los salesianos se multiplicaban, Don Bosco las visitaba para conocer, sobre todo, el buen espíritu que reinaba allí, para enterarse de las dificultades que sus hijos encontraban y para llevarles finalmente su palabra de consuelo y su consejo sabio y alentador. Lo mismo quería que Madre Mazzarello hiciese, y ella obedecía visitando ora ésta, ora aquella casa. Escuchaba a todas las religiosas con infinita paciencia y caridad, las consolaba en sus penas y, aun respetando y sosteniendo la autoridad, daba la razón a las inferiores cuando la tenían y, prudentemente, lo arreglaba todo.

2. «Todos los años —declaró una Hermana— la Madre visitaba las casas de Italia continental (y también las de Francia). En estas visitas observaba todo sin que nada se le escapase, y daba a las Hermanas todos aquellos avisos que

juzgaba necesarios para la conservación del espíritu religioso de la Congregación. Y aunque era poco culta, estaba llena de la ciencia divina y daba consejos muy sabios y útiles» (1).

Monseñor Costamagna escribe: «Nada escapaba a aquellos ojos llenos de caridad. Yo mismo, que estaba entonces en Mornese, fui a veces advertido claramente de que esto no iba bien, de que lo otro había que hacerlo mejor. Su vista era grande y no se equivocaba, porque estaba fija en Dios. Y yo también tenía que darle las gracias».

En todas las casas recomendaba que estuvieran santamente alegres, que es parte tan importante del espíritu del Santo Fundador del Instituto; que amasen la humildad, la sencillez; que practicasen la mortificación y el recogimiento; que hubieran caridad mutua y gran confianza con los superiores. Decía, además: «Observad siempre la santa Regla, sed puntuales al horario y amad la pobreza. Así contentaréis al Señor y también a los superiores. Amemos mucho a María Auxiliadora, propaguemos su devoción, especialmente entre nuestras alumnas, y vosotras, directoras, no olvidéis nunca que la verdadera directora de la casa, más aún, de todo el Instituto, es la Virgen».

«Después, en las casas en donde las Hermanas tenían la fortuna de tener en casa el Santísimo Sacramento, hacía mil recomendaciones: que conservaran la capilla con el mayor decoro, que hicieran frecuentes visitas a Jesús, que trabajaran sólo por El y que no le ofendieran ni en la más pequeña cosa» (2).

Nunca se olvidaba de inculcar la sinceridad y decía que había oído decir a Don Bosco que a las Hermanas que más amaban Dios y María Auxiliadora era a las sencillas y sinceras.

A todas les recomendaba la confianza con el confesor, con la directora, con los superiores y, especialmente, con Don Bosco y con Don Cagliero. A las directoras las decía después: «Guardaos de las adulaciones: las que siempre están a vuestro

(1) Proc. Ord., p. 58.

(2) Proc. Ord., p. 219.

alrededor alabandoos todo lo que decís o hacéis, con frecuencia son después las que os critican».

3. Se informaba detenidamente de todo y daba órdenes precisas, a fin de que se observara la Regla y se conservara el espíritu de Don Bosco; todo esto lo hacía siempre con prudencia, firmeza y suavidad al mismo tiempo. Nos refería una Hermana anciana, Sor Teresa Vallino, que falleció en 1929: «Yo era novicia y me mandaron a una casa para ocuparme del taller de las niñas. Pero en aquella casa había poca unión entre las Hermanas y la directora, que era un poco rara. Vino la Madre y todas pudieron hablarle.

»Una tarde me llamó también a mí en particular y me hizo muchas preguntas, que yo entonces no comprendí, pero que más tarde me di cuenta de lo prudente que había sido. Después nos dio una conferencia a todas juntas y a todas nos dejó muy consoladas; pero al terminar el año tomó medidas para una mejor dirección de la casa».

Una vez, visitando las casa de Alassio, encontró que el horario de las Hermanas no estaba bien combinado; quiso hablar con el señor prefecto y le preguntó: «¿Sabe Don Bosco que las Hermanas tienen este horario? Si lo sabe, bien; si no, haga el favor de combinarlo mejor, así y así», hablando con santa humildad, pero con mucha firmeza.

4. En la misma casa se dio cuenta de que la directora tenía un gran dolor de cabeza y le dijo que se fuera a la cama, pero aquélla le contestó que prefería seguir levantada, ya para terminar el trabajo, que era mucho, ya para no perder la conferencia que la Madre daría. Pero la Madre quiso absolutamente que se fuese a acostar. A la mañana siguiente la llamó y le dijo: «¿Crees que estás obligada a aguantar el dolor hasta este extremo? No haces bien, porque las Hermanas sufren mucho al verte sufrir y con la cara tan fea; por el contrario, debes cuidarte y luego hacer todo lo que puedas para tenerlas alegres».

En una casa, habiendo encontrado que una directora se olvidaba de dar la breve conferencia semanal, le dijo: «Acuérdete de que la obligación de dar la conferencia semanal a las Hermanas es un punto de la santa Regla, como todos los demás, y por esto hay que observarlo».

En otra, habiendo visto trozos de pan, se los enseñó con el dedo a la directora que la acompañaba y, habiendo sabido que habían sido dejados por las Hermanas por mortificación, le dijo que se requería mucha discreción y que la superiora debía comer libremente todo lo que necesitaba; aún más, que en ciertos casos debía además esforzarse para dar ejemplo a las Hermanas tímidas, quienes, tal vez, por vergüenza, no se atrevían a comer todo lo necesario.

5. Debía visitar la casa de Cascinette, pequeña aldea junto a Ivrea, pero no acababa de decidirse, porque si iba habría tenido que visitar al Obispo, Monseñor David de los Condes Raccardi di Netro, y temía hacerle perder la estima por la Congregación, pero después por las palabras del director fue allá (3).

Era respetuosísima con los sacerdotes, pero una Hermana declaró: «Sabía al efecto mostrarse también enérgica al prohibir lo que, aunque bueno en sí mismo, juzgaba que podía resultar peligroso para el espíritu religioso» (4).

Así en Cascinette el rector de la parroquia deseaba que las Hermanas, o al menos la que colaboraba con él, fuesen a la casa del párroco a ayudar a preparar la comida en las grandes ocasiones en las que había muchos invitados. La Madre se opuso y, por más que el celoso sacerdote insistió, no condescendió, porque decía que no era ése el espíritu del Instituto. Al hacerle observar quien le acompañaba que, tal vez, se podía hacer una excepción, respondió: «No, siento mucho no poder dar gusto al señor rector, que es un verdadero sacerdote de Dios, pero podrían venir abusos. ¿No sabes tú que los abusos

(3) Proc. Ord., p. 392.

(4) Proc. Ap., p. 53.

difícilmente se quitan? Estate muy atenta para que no se introduzcan en la casa que diriges».

El rector después no sólo no se ofendió, sino que se admiró y un día dijo a las Hermanas: «¡Qué mujer tan admirable es vuestra Madre!, ¡es otra Santa Teresa!, ¡es una verdadera santa!»

6. La Hermana que colaboraba en la parroquia recordaba siempre con placer que la Madre, después de haberle recomendado el espíritu de sacrificio y de mortificación, le había dicho: «Pienso siempre en ti mañana y tarde y rezo por ti para que puedas pasar siempre santamente la jornada».

Una misionera que entró en el Instituto en abril de 1879 escribe: «Hacia poco que era novicia en la casa de Borgo San Martino. La Madre vino a visitarnos y yo me presenté a ella llorando, pidiéndole que me volviera a llevar a Nizza, porque no me gustaba estar en la casa de Borgo, que me parecía un hotel. La buena Madre me dejó desahogarme y exponerle todas mis dificultades y después me dijo: “¿Sabes lo que el Señor quiere de ti? Que estés alegre y trabajes mucho pensando que la Virgen estaba de buena gana en el Colegio Apostólico, ocupada en los mismos oficios que tú tienes. Sé humilde y obediente y prapárate bien, que yendo a los Ejercicios espirituales harás la profesión religiosa y te tendré mucho tiempo en Nizza”. Y así lo hizo.

»Después, como éramos varias las novicias, habló con cada una en particular y, antes de partir, recomendó a todas la exacta observancia de la Regla, pero especialmente a las que se preparaban a emitir los votos, porque —decía— antes de hacerlos es necesario ser capaces de observarlos. Y nos recomendó tener el corazón abierto con los superiores y, especialmente, no ocultar nada al confesor y ser siempre con él claras y sinceras».

Las Hermanas de la casa de Biella insistían en que fuera a visitarlas, y ella, que tenía un gran deseo para comprobar si observaban bien el espíritu de pobreza y de oración, no acababa de decidirse, porque decía: «Si voy a visitar a las

Hermanas tendré además que visitar al señor Obispo. Y al presentarme a él, ¿no haré perder la estima al Instituto, porque no valgo para nada y no sé expresarme?»

Después, para obedecer al director Don Costamagna, fue allá (1877) y, habiendo observado que las Hermanas no carecían de nada, les dio una conferencia sobre la pobreza, por miedo, decía, a que en medio de la abundancia perdieran al buen espíritu: «Acordaos de que en Mornese éramos pobres; aquí vivís en la abundancia, pero debéis ser pobres de espíritu, amar la pobreza y no comer nada entre horas. ¿Necesitáis tomar leche u otra cosa? Hacedlo, pero buscad el modo de que os sepan mal las cosas, para que, mirando por la salud, no contentéis nunca a la gula y procuréis haceros santas».

Pero las Hermanas eran muy mortificadas, verdaderamente conservaban el espíritu de Mornese, y el Obispo Monseñor Basilio Leto estaba muy contento de lo que hacían.

7. Habiendo ido la Madre a hacerle una visita, el santo prelado le hizo preguntas acerca de la Congregación y, en cierto momento: «Y bien, Madre, ahora ¿cuántas *Hijas* tenéis?»

Ella, rápida: «Monseñor tengo tantas *Hermanas*», y le dijo el número de las religiosas.

El Obispo tuvo que hablar con ella otras veces y le tenía una gran estima. Un día le dijo a las Hermanas: «¡Qué santa es vuestra Superiora! ¡Cuidadla como a un tesoro, porque lo es!» Y después añadió: «Si fuérais capaces de imitarla en la humildad y en la sencillez, os haríais también vosotras santas» (5).

Parece que el servicio en los seminarios no era la misión encomendada por Dios a las Hijas de María Auxiliadora, porque, a pesar de la paterna bondad del Obispo y de todos los superiores, después de ocho años ellas dejaban esta ocupación.

8. Al visitar las casas, especialmente en donde las Hermanas se ocupaban de la cocina y de la ropería de los

(5) Proc. Ord., p. 488.

salesianos, la Madre no dudaba en echar una mano en la cocina o en el taller con aquella humildad y desenvoltura que la caracterizaban. No quería que alteraran el orden por ella, no pretendía ningún miramiento; al contrario, huía de la más pequeña atención.

Una Hermana escribió: «Un año me encontraba en una casa filial y la buena Madre vino a visitarnos. La casa era pequeña y pobre; no había una cama de más ni un colchón. La Madre a toda costa quería dormir en una silla para dejarnos a cada una de nosotras nuestra cama, y nos costó mucho inducirla a aceptar una para ella y para su compañera de viaje. Nosotras nos hemos arreglado lo mejor posible, felices, por tener una Madre que posee bien arraigado en el corazón las virtudes religiosas, especialmente la caridad y la pobreza».

En una casa, en verano, le ofrecieron una limonada. Ella lo agradeció, se la hizo tomar a todas las presentes, pero por mortificación supo, con serena desenvoltura, abstenerse y no la probó.

9. En la casa de Lu anunció la futura vocación a una niña.

«Tenía cerca de siete años —escribe ésta, ya Hermana— cuando me presenté a la Madre María Mazzarello, de santa memoria, con un ramo de flores y un pequeño regalo. La venerada Superiora me miró fija y, con una sonrisa, que todavía está grabada en mi corazón, me preguntó cómo me llamaba. Recibida mi respuesta, me dijo: “Sé buena y cuando tengas quince años vestirás nuestro hábito”. Y a los quince años justos me encontraba verdaderamente entre las Hijas de María Auxiliadora y había vestido el hábito de la Congregación.»

10. No emprendía ningún viaje a no ser por una necesidad, bien por espíritu de pobreza o porque decía: «Viajando hay el peligro de perder el fervor», o bien: «En los viajes peligra la bella virtud»; y añadía con amable sencillez: «¡Oh, qué bien

se está en nuestra casita! Allí, en un rincón, se vive realmente en unión con Dios».

Pero si la necesidad lo exigía no tenía en cuenta su mala salud, como hizo en muchas ocasiones.

11. Así hacía también con sus Hijas, y resumo fielmente un largo relato de Sor Felicina Ravazza, que escribe: «Un día, no recuerdo bien si en 1879 o a primeros de 1880, me mandó a Alessandria para comprar lo que necesitábamos para un trabajo, pero no encontré lo que buscaba; por esto, otro día me dijo: “Vamos a buscarlo a Asti”, y partimos. Anduvimos tres horas, pero sin hallar lo que deseábamos.

»La Madre, de vez en cuando, me decía: “¡Paciencia!, ofrezcamos nuestra pena al Señor y así hacemos méritos para el cielo... Cada paso y cada palabra sea un acto de amor a Dios, con la intención de salvar un alma...” Y volvimos a la estación cuando el tren ya estaba en marcha y no pudimos irnos.

»La Madre se conservó tranquilísima, estuvo unos minutos en silencio y después me dijo: “El Señor sabe cuánto me cuesta no encontrarme en casa esta noche..., que El decida, que lo ha permitido. Ahora regresemos a la ciudad; vamos en compañía de la Virgen como cuando fue con San José en busca de un alojamiento: el Señor guiará nuestros pasos”.

»En aquel tiempo en Asti, un cierto señor Cerrato, hombre piadoso y caritativo, había empleado todos sus bienes en fundar una *pequeña casa*, semejante a la del Cottolengo en sus principios, y había al cuidado de los enfermos tres jóvenes que habían estado en Mornese, pero que habían salido por causa de la salud.

»La Madre se acordó de esto, y después de mucho preguntar la encontramos y la Madre, después de los saludos, pidió que nos dejaran alojar allí una noche.

»Aquellas buenas hijas, al ver a la Madre, se emocionaron tanto que no podían ni hablar.

»Vino el señor Cerrato, quien, después de los cumplidos, exclamó: “Oh, Madre, su venida a esta casa la considero como

una verdadera bendición del cielo. Le enseñaré todo: así podrá hacerse una idea de la obra que quiero crear, del bien que podrán hacer estas hijas que he aceptado, para que se ocupen de ayudar y consolar a estos pobres desgraciados. Aconséjeme, Madre, y anime a estas hijas suyas a trabajar con ánimo generoso”.

»Nos acompañó por la casa. Era un auténtico tugurio. Los enfermos eran ocho: tres ancianos crónicos, dos niños, dos mujeres tísicas y después, arriba, subiendo por una escalerilla de madera, en un cuartucho, sobre un jergón de hojas, una enferma con la cara devorada por un cáncer que despedía un hedor insoportable.

»La Madre se sentó a su lado, le hizo preguntas y le animó a sufrir con resignación su enfermedad. Le habló de los padecimientos de Jesús en la cruz, del purgatorio, etc.; y la enferma lloraba de consuelo y, alzando las manos, bendecía al Señor.

»La Madre estuvo largo rato con ella y, antes de marcharse, le dijo: “Cuando estéis en el cielo rezar por mí al Señor para que me ayude a salvar mi alma; rezad también por otras personas que me interesan”.

»Tomamos una humilde cena y después se entretuvo hablando con el señor Cerrato, al que dio algunos consejos y, a petición de éste, dio una conferencia a las tres enfermeras, entre las que había poca unión, animándolas a ser indulgentes y a sacrificarse por el bien de los enfermos.

»A las 23,45 se retiró a su aposento y la Madre habló todavía en particular con las jóvenes, a una de las cuales después volvió a aceptar en nuestro Instituto. A la una y media nos fuimos a la cama, para levantarnos a las cinco de la mañana para oír Misa y comulgar. Pero la Madre había pasado las pocas horas en continua oración. Yo la oía repetir el *Agimus* y decir: “¡Gracias, sí, Señor; gracias!...”

»A la vuelta se mostraba contenta y me decía: “Ayer no hicimos nada, porque no encontramos lo que buscábamos y perdimos el tren, pero el Señor hizo mucho por nosotras...” En aquella casa había llevado a cabo una verdadera misión» (6).

(6) Proc. Ord., p. 257; ver también Proc. Ap., p. 229.

12. También cuando viajaba observaba puntualmente la Regla y especialmente la pobreza. Su exterior, habitualmente recogido, tomaba entonces un aspecto más serio y casi austero, y si en casa era reservadísima y atenta a no decir ni hacer nada que aún de lejos pudiera ofender la pureza, mucho más cauta era en los viajes. Lo mismo aconsejaba a la que le acompañaba.

Una Hermana declaró: «Cuando la dejé para ir a Francia, a la nueva casa de Saint-Cyr, en septiembre de 1880, me acompañó hasta Alassio y me recomendaba que no mirara por la ventanilla del coche por curiosidad» (7).

Por el camino la entretuvo siempre, como acostumbraba, hablándole de cosas espirituales que la edificaban y le levantaban el alma hacia Dios y, antes de dejarla, le dio como recuerdo una estampa, que se conserva, por detrás de la cual escribió: «Recuerda que si eres fiel a Jesús serás feliz en esta vida y mucho más después en la otra» (8).

A otra le dijo: «Al andar no vayas con los ojos muy abiertos: mira al suelo o al cielo, pero nunca alrededor, si quieres vivir tranquila» (9).

13. Viajando, comúnmente rezaba y, viendo a lo lejos alguna iglesia, decía a la que le acompañaba: «Allí está nuestro Amor», o bien: «Con la mirada y con el espíritu busquemos el sagrario y saludemos a Jesús, prisionero por nuestro amor, y hagamos la Comunión espiritual. Cada paso, cada palabra sea un acto de amor de Dios; pongamos la intención de salvar un alma».

De este modo, mirar a los campanarios, durante el viaje, y hacer una Comunión espiritual se hizo una costumbre general en el Instituto (10).

La Madre después de todo se aprovechaba para hablar de Dios y de la Virgen y para poner de relieve la bondad del Señor por la gracia de la vocación religiosa.

(7) Proc. Ord., p. 335.

(8) Proc. Ord., p. 491.

(9) Proc. Ord., p. 335.

(10) Proc. Ap., arts. 95-98.

14. El pensamiento de mortificarse y de hacer bien al prójimo, al menos con el buen ejemplo, la ocupaba enteramente. Cuando podía prestarse para ayudar a alguno era felicísima: desplegaba una amable diligencia y dejaba transparentar en su rostro el fuego del amor de Dios y el deseo de salvar las almas que llenaban todo su corazón.

Una Hermana declara: «En la conversación, aunque se tratase de cosas ajenas a la religión, sabía siempre dejar caer, con gracia, un buen pensamiento que animase a la piedad y avivase los deseos de servir a Dios. Se decía con razón de la Madre lo que se lee de Santa Catalina de Sena, que nadie se marchaba de su lado sin ser mejor».

No salía nunca de su boca una palabra sobre los defectos del prójimo, ni se vio jamás en ella un acto que directa o indirectamente tendiera a criticar a sus semejantes.

Monseñor Costamagna escribe: «¡Qué celo! Era la flor y nata de la caridad. Era, en la práctica, la gran máxima de San Pablo: *Caritas Christi urget nos* (11). Y por esto estaba pronta a soportar fastidios, molestias, reprimendas y humillaciones, con tal de poder llevar las almas a Dios».

El mismo Monseñor, según lo que supo por él, cuenta cómo ella habiendo visto a Don Pestarino no tener, al menos aparentemente, el antiguo fervor, por estar metido de lleno en los trabajos materiales de la construcción del colegio, armándose de valor le había dicho: «¡Padre mío! Tan grande como era mi satisfacción, en los tiempos pasados, cuando yo lo veía todo fervoroso, con los ojos fijos en el sagrario o en la sagrada Hostia durante la exposición, así es el disgusto que ahora siento al verle tan disipado. ¡Ay de mí! Que los bellos colores se van cambiando y el oro refulgente amenaza con volverse oscuro».

«Dijo estas estas palabras con tal gracia y con tanta humildad, que el santo sacerdote le dio las gracias y procuró despertar de nuevo en sí el antiguo fervor.»

(11) «La caridad de Cristo nos apremia» (Carta II a los Corintios, 5, v. 14).

15. Con modales sencillos y corteses demostraba una gran estima y respeto a todos, especialmente a los sacerdotes y a las personas consagradas a Dios.

He aquí algunas hermosas pruebas: «No la oímos nunca decir alguna palabra poco respetuosa a los sacerdotes —declaró una religiosa— y una de las recomendaciones que nos inculcaba a las Hermanas que partíamos para otras casas era precisamente que fuésemos respetuosas y deferentes, especialmente con las autoridades eclesiásticas» (12).

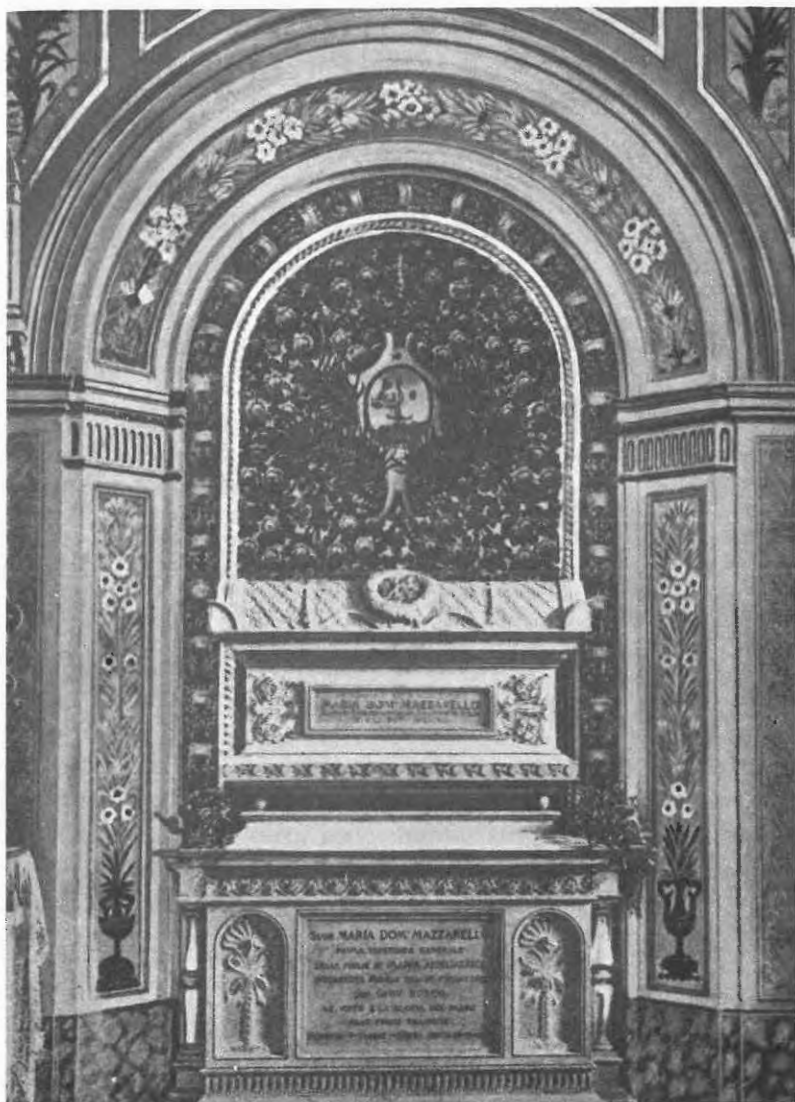
Y otra: «Vi muchas veces yo misma a la Sierva de Dios delante de los sacerdotes con el respeto y el recogimiento que se estaría delante de Dios» (13).

Sor Clara Preda, que trabajaba en la cocina de los salesianos, nos contaba: «Cuando me mandó aquí, me hizo muchas recomendaciones, y entre otras, ésta: “Cuando sirvas a los sacerdotes, considera al director como a Jesús, y a los otros sacerdotes como a los Apóstoles”.» (14).

(12) Proc. Ord., p. 166.

(13) Proc. Ap., art. 77.

(14) Proc. Ord., p. 171.



Nizza Monferrato. Tumba en la que estuvieron guardados los restos mortales de Santa María Dominga Mazzarello antes de su traslado a la Basílica de María Auxiliadora de Turín

CAPÍTULO III

Varias cartas y muerte de la primera misionera

(1880)

1. Carta de la Santa a las Hermanas de la casa de Saint-Cyr.—2. Cartita a una Hermana.—3. Carta a la maestra de las postulantes.—4. Deseo de las misioneras de que la Madre vaya a visitarlas y su respuesta.—5. Muerte de Sor Virginia Magone (25 de septiembre 1880).—6. Las misioneras insisten en que les manden personal a ayudarlas.—7. Don Bosco prepara la sexta expedición de los salesianos y la tercera de las Hermanas.—8. Carta de la Santa a las Hermanas de Las Piedras.—9. Otra a Sor Teresina Mazzarello.—10. El aguinaldo del Niño Jesús para el 1881.

1. Ya hemos referido algunas cartas que escribió la Madre a las casas que no podía visitar. Ahora copiamos la que escribió a finales de 1880 a las Hermanas de Saint-Cyr, que intentaban retener aún durante algún tiempo a la directora, Sor Catalina Daghero, que había sido elegida vicaria del Instituto, como hemos dicho más arriba, y les costaba mucho tener confianza con la nueva. Hela aquí:

Nizza, octubre de 1880.

¡Viva Jesús, María y San José!

Queridísimas Hermanas e hijas:

Necesitaría que me hiciérais un favor y es que dejéis venir a mi vicaria Sor Catalina. Espero que ya habréis tomado todas confianza con vuestra directora, Sor Santina; es muy buena, pobrecita, ¿por qué no tenerle confianza?

Mirad, a veces nuestra imaginación nos hace ver cosas muy negras, mientras son totalmente blancas; éstas nos van enfriando con

nuestras superiores y poco a poco se pierde la confianza que teníamos en ellas. ¿Entonces qué pasa? Que vivimos mal nosotras y hacemos vivir mal a la pobre directora. Con un poco de humildad todo se arregla. Mis queridas hijas, dadme pronto este consuelo: amaos entre vosotras con verdadera caridad; amad a vuestra directora, consideradla como si fuese la Virgen y tratadla con todo respeto.

Yo sé que ella os quiere en el Señor, decidle todo lo que me diríais a mí si estuviese ahí, éste es el mayor consuelo que me podéis dar.

Mis buenas hermanas, pensad que donde reina la caridad allí está el paraíso. Jesús se complace mucho de estar en medio de las hijas que son humildes, obedientes y caritativas; haced de modo que Jesús pueda estar contento en medio de vosotras.

Así es que, Sor Sampietro, Sor Alejandrina, Sor Catalina, Sor Lorenzale, debéis daros buen ejemplo unas a otras; corregiros con caridad si alguna falta a estos deberes. Pero no sólo debéis ser las primeras en tener confianza con la directora, sino hacer de modo que la tengan también las niñas; recordad que estáis obligadas a daros buen ejemplo.

Sed exactas en la observancia de la santa Regla y estudiad bien lo que ella ordena. Estad atentas, mis queridas hijas, a la obediencia pronta, al desprendimiento de vosotras mismas, de vuestras satisfacciones y de todas las cosas. Recordad los tres votos que hicisteis con tanto deseo y pensad a menudo cómo los observáis.

El tiempo pasa pronto y si no queremos encontrarnos con las manos vacías a la hora de la muerte, tenemos que darnos prisa para afianzarnos en la verdadera y sólida virtud; las palabras no nos llevarán al paraíso, sino los hechos. Pongamos manos a la obra con valor, practiquemos las virtudes sólo por amor a Jesús, sin ningún otro fin; que, a fin de cuentas, son todo historias que nos metemos en la cabeza. La que ama verdaderamente a Jesús va de acuerdo con todas. Por tanto, de acuerdo, ¿eh? Si me dais este consuelo iré pronto a haceros una visita y me quedará un poco de tiempo, ¿estáis contentas?

Mandadme pronto buenas noticias; recordad que quiero que estéis alegres; pobres de vosotras si hacéis «almanaques».

Muchos saludos a las postulantes y a las niñas; las quiero mucho, pero deseo que sean buenas y estén alegres: que salten, rían, canten, etcétera, y cuando vaya a hacerles una visita les llevaré una cosa a todas.

Que Jesús os bendiga y os haga santas. Rezad por mí y estad seguras de que yo rezo siempre por vosotras.

Creedme vuestra afectísima Madre,

Sor MARÍA MAZZARELLO

(*Carta núm. 49, pp. 307, 309 y 311.*)

2. Junto con otras cartas incluía una cartita a una Hermana de sólida virtud y muy delicada de conciencia, a la que decía:

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi buena Sor...

¿Estás serena y alegre? No quiero que pienses más que me has dado disgustos, yo no estoy descontenta de ti. Por tanto, no pienses más en esto. Piensa en hacerte santa, dando buen ejemplo a todas las Hermanas y niñas y teniendo confianza con tu directora.

No te fijas nunca en los defectos de los demás, sino en los tuyos, ¿de acuerdo, Sor Sampietro? No te desanimes nunca y, con toda humildad, recurre siempre a Jesús; El te consolará y te ayudará a vencerte dándote la gracia y la fuerza para luchar y te consolará.

Así es que procura estar alegre y reza por mí, que yo no te olvido en mis oraciones.

En el mes de marzo, si Dios me da vida, iré a hacerte una visita, ¿estás contenta? Sí, Madre, pero aún falta mucho tiempo.

Es verdad, mi querida Sor Sampietro, pero haz lo que te digo y verás cómo el tiempo se te hará más corto. Ponte con todo empeño a adquirir las virtudes y a hacerte pronto santa; el tiempo se te hará corto.

Animo, reza por mí y está alegre de veras. Que Dios te bendiga, junto con tu afectísima Madre,

Sor MARÍA MAZZARELLO

(*Carta núm. 57, pp. 347 y 349.*)

3. También cuando estaba lejos de la casa-madre, Sor María Mazzarello pensaba en sus postulantes, y en uno de estos momentos escribió la carta siguiente a la maestra de éstas, Sor Josefina Pacotto:

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi querida Sor Josefina:

Empiezo por decirte que he recibido todos tus escritos, pero perdóname si he estado tanto tiempo sin contestarte unas líneas. No tengo un momento libre, tengo mucho trabajo; ten paciencia también ahora si te escribo poco, otra vez seré más extensa.

Dime si las postulantes son buenas, si aumenta cada vez más su deseo de hacerse santas y si desean consagrar toda su vida a Jesús. Recomiéndales que piensen con qué fin se han hecho, o mejor dicho, han venido a la vida religiosa; diles que no piensen sólo en ponerse un hábito negro, sino en la necesidad de revestirse del hábito de todas las virtudes necesarias a una religiosa que quiere llamarse Esposa de Jesús. Que adquieran un espíritu de mortificación, de sacrificio, de obediencia, de humildad y desprendimiento de todo lo que no es Dios. En fin, anímalas a todas de mi parte y diles que recen por mí y por todas.

Y tú, Sor Josefina, da gracias que estoy lejos, si no te tiraría de las orejas. ¿No sabes que la melancolía es causa de muchos males?

Para estar alegre hay que ir adelante con sencillez, sin buscar satisfacciones ni en las criaturas ni en las cosas de este mundo. Piensa sólo en cumplir bien con tu deber por amor a Jesús y no te preocupes de nada más. Si eres humilde, confiarás en El y El hará lo demás...

...En cuanto a Madre Vicaria, ten por seguro que sabe compadecerte, tenle mucha confianza; díselo todo y si alguna vez te parece que no te cree, no importa; acepta esta humillación sin ofenderte; será un bien para tu alma. Así es que, alegre y con buen ánimo; ayuda a Madre Vicaria y entre las dos infundid en las postulantes un buen espíritu y hacedlas a todas santas.

No te escribo más porque realmente no tengo tiempo.

Saluda a todas las Hermanas, postulantes y niñas, rezad mucho por mí y estad siempre alegres.

Un viva Jesús a todas, de Jesús mil bendiciones y creedme vuestra afectísima,

la Madre MAZZARELLO

(Carta núm. 21, pp. 169 y 171.)

4. Mientras tanto, las Hermanas misioneras le escribían con toda confianza diciéndole: «¿Cuándo va a venir a vernos? Recuerde que tiene que practicar el punto de la santa Regla

que dice: La superiora tiene obligación de visitar todas las casas del Instituto, al menos una vez al año».

Les contestaba que estaba deseando ir a verlas y que si los superiores se lo hubiesen permitido ya habría ido. Otra vez les escribía que los superiores ya le habían dado permiso, pero en una tercera carta las ponía que había que resignarse al sacrificio, porque nunca le concederían tal gracia.

Pero si no podía visitar las casas demasiado lejanas, escribía a las Hermanas recomendando la observancia de las Reglas aun en las cosas más pequeñas, el amor a la pobreza, el espíritu de mortificación, la reserva al tratar con otras personas, especialmente con las de otro sexo, e inculcaba que no tuviesen en cuenta los sacrificios con tal de poder hacer el bien a las niñas (1).

5. Durante este tiempo había llegado de América la dolorosa noticia de que el 25 de septiembre de 1880, en Villa Colón (Uruguay), había fallecido Sor Virginia Magone de Mornese, que había llevado siempre una vida tan fervorosa que se cree que se presentó al tribunal de Dios con la inocencia bautismal.

Fue la primera flor que, nacida en Mornese, cultivada con el sabio amor de Madre Mazzarello, caía en la lejana tierra de América, después de haber perfumado al mundo con sus grandes virtudes y dejado sublimes ejemplos a las Hijas de María Auxiliadora.

Don Luis Lasagna, que después fue Obispo de Trípoli y que la asistió en su larga enfermedad, escribió: «Para tener una muerte semejante valdría la pena pasar cien años en medio de los más crueles dolores» (2).

La pérdida era grande y ofrecía a las misioneras la ocasión de insistir en la demanda de personal para que les ayudase.

6. Tanto los salesianos como las Hijas de María Auxiliadora escriben a Don Bosco cartas llenas de afecto filial, que se

(1) Proc. Ap., p. 53.

(2) Ver: *Suor Virginia Magone la prima missionaria delle Figlie di Maria Auxiliatrice chiamata al premio eterno*. Don F. Maccono.

pueden leer en el *Boletín Salesiano* de aquella época, y le hablan del bien que hacen y del que podrían hacer aún mayor si les mandasen quien les ayudara.

Don Costamagna, en una carta del 19 de agosto de 1879 al Santo, le habla de las misiones dadas durante doce días en Las Piedras por invitación del Obispo de Montevideo, Monseñor Jacinto Vera, y después de haber alabado el trabajo de los tres clérigos salesianos, Tota, Chiara y Bacigalupi, continúa: «Con respecto a las Hermanas, yo no me habría imaginado que pudiesen ayudar tanto en una misión. Puedo decir, sin equivocarme, que no se habría podido hacer el bien que se ha hecho a las mujeres y a las chicas sin la intervención de las Hermanas».

»A su Catecismo asistían, además de las niñas, también muchísimas señoras del pueblo y pendían atentas de sus labios como de los del predicador...»

Después de otras noticias, terminaba: «Como ve, nosotros no podemos nunca acabar la carta sin repetirle la antífona: ¡Nos mande, nos mande! ¿Pero qué nos tiene que mandar? ¿Dinero? ¡No, porque Don Bosco es pobre y nosotros somos derrochadores! Nos mande sacerdotes, catequistas y Hermanas, sólo eso. Ahora, por ejemplo, se abre una nueva casa en La Boca. Es un asalto que dan nuestras Hermanas de María Auxiliadora a aquella fortaleza del *Diablo*. ¿Pero cómo harán si son pocas y cada una debe trabajar por tres? ¡Por consiguiendo, nos mande, nos mande ayuda!»

También el Arzobispo de Buenos Aires unía su piadosa y valiosa súplica a la de los salesianos y, en una larguísima relación, decía a Don Bosco: «Como ve, la necesidad de misioneros es inmensa; el peligro de depravarse para estos pobres cristianos, privados de toda ayuda humana, no puede ser mayor, y mi corazón, a la vista de tanto mal al que no puedo poner remedio, sufre mucho más de lo que se puede imaginar.

»Por esto yo me dirijo a usted con el más vivo celo de que el corazón de un prelado es capaz, y le ruego encarecidamente, por las entrañas misericordiosas de Nuestro Señor Jesucristo,

que se apresure a venir en mi ayuda para socorrer a tantas almas abandonadas».

Y el inspector salesiano Don José Bodratto: «... Es algo que hace llorar el ver tanta necesidad y no poder poner remedio. Nos mande, amado Padre, nos mande sacerdotes, nos los mande pronto y nos mande muchos. Aunque vinieran varios centenares juntos, todos tendrían trabajo en un solo día».

Las Hermanas, a su vez, escribían: «Es menester que mande a otras Hermanas que nos ayuden para que podamos salvar un número mayor de indias. Nos han dado esperanzas de que nos las mandarían, ¡oh cuánto tardan en llegar!» (3).

7. El Santo, conmovido por tanta insistencia y ante la descripción de tantas necesidades, se dispuso a preparar la sexta expedición de misioneras y la tercera para las Hijas de María Auxiliadora, compuesta por veinte personas, entre salesianos e Hijas de María Auxiliadora (4).

8. Madre Mazzarello, el 21 de diciembre de 1880, desde Nizza, manda noticias a las Hermanas de Las Piedras y les escribe:

Nizza, 21 de diciembre de 1880.

¡Viva Jesús Niño!

Queridísimas Sor Victoria y Hermanas todas:

He recibido vuestras cartas; me alegro, ante todo, de saber que gozáis de buena salud, gracias a Dios.

Veo también que tenéis mucho trabajo con tantas niñas y estoy muy contenta de ello; procurad formarlas bien, primero con el buen ejemplo y después con las palabras.

Siento que tengáis que sufrir al ser tan pocas para el trabajo. Pero ánimo, que ya os mandaremos ayuda; el 20 ó 26 de enero partirán las Hermanas destinadas ahí. Vosotras preparaos para tenerlas alegres.

Os agradezco de corazón vuestras felicitaciones y más aún las oraciones que me prometéis; continuad rezando por mí.

(3) Ver *Boletín Salesiano*, septiembre y diciembre de 1880.

(4) Ver *Boletín Salesiano*, enero de 1881.

Yo pido y pediré a Jesús Niño que os otorgue en pago sus más selectas bendiciones; primero una buena salud espiritual y también robustez física. Que os dé la verdadera humildad, una gran caridad, obediencia y paciencia, especialmente con vosotras mismas. Sí, y que Jesús os dé también un verdadero espíritu de pobreza, de mortificación de la propia voluntad y os mantenga siempre fervorosas en el servicio de Dios. Sí, mis queridas Hermanas, os deseo de corazón todas esas hermosas virtudes. Que Jesús os colme de todas estas cosas y vosotras dadle gracias y corresponded.

Queridísimas Hermanas, hagamos el bien mientras tenemos tiempo y ocasión de hacerlo.

Mirad, este año el Señor ha llamado consigo a muchas Hermanas: Sor Carmela murió el día 10 de este mes en Turín y Sor Inocencia, en Chieri, el 20 de noviembre. Como veis, la muerte viene de vez en cuando a hacernos una visita. Y más pronto o más tarde vendrá también para nosotras y dichosas de nosotras si tenemos un buen bagaje de virtudes.

Animo, amaos y compadeceos unas a otras y avisaos recíprocamente con caridad, ¿de acuerdo, mi buena Sor Vicaria?

Está alegre y lee también a las Hermanas estas cosas que te escribo.

Anima siempre a las Hermanas; haz todo lo que puedas para ganarte su confianza, y cuando tengas ésta podrás advertirles más fácilmente.

Animo y reza mucho por mí; yo te aseguro que no te olvido nunca en mis pobres oraciones.

Presentad mis saludos de las Hermanas que tanto os quieren y envidian vuestra suerte; también ellas se encomiendan a vuestras oraciones.

Presentad mis saludos a vuestro reverendo director y encomendadme a sus fervorosas oraciones.

Que Dios te bendiga a ti y a todas las Hermanas. En el Corazón de Jesús Niño, creedme vuestra afectísima en el Señor,

la Madre Sor MARÍA MAZZARELLO

(Carta núm. 56, págs. 341, 343 y 345.)

9. Tenemos otra cartita dirigida a Sor Teresina Mazzarello:

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi querida Sor Teresina:

¿Estás alegre? ¿Estás contenta de haber ido a América? ¿Aún tienes las fiebres? Mándalas lejos, que tú no puedes estar enferma, tienes mucho que hacer, ¿no te parece? ¿Ya has hecho los Ejercicios? Debes estar muy fervorosa, será un modelo de obediencia, de caridad y de exactitud en todo, ¿no? Está atenta a no dejar apagar el fuego que el Señor ha encendido en tu corazón en estos santos días; recuerda que no basta hacer buenos propósitos, sino que hay que ponerlos en práctica si queremos que el Señor nos prepare una hermosa corona en el cielo. Animo, pues, mi buena Sor Teresina; procura ser siempre humilde y sincera; reza mucho, pero de corazón; sé respetuosa con tus superiores y con todos, haz tus obras como si fuesen las últimas de la vida y así estarás siempre contenta.

Tus padres están bien, te saludan y se encomiendan a tus oraciones, lo mismo que tu hermana Rosina, que sigue en Biella. Pide mucho por mí, que yo no te olvido nunca.

Felición, es decir, la directora de Borgo San Martino, me encarga que te diga muchas cosas.

Está alegre y procura que lo estén todas las Hermanas, de modo especial la nueva novicia.

Te dejo en el Corazón de Jesús, que te bendiga a ti y a tu afectísima Madre,

la pobre Sor MARÍA MAZZARELLO

(Carta núm. 41, pp. 271 y 273.)

¡Cuánta sencillez, cuánta sabiduría y cuánta humildad en estas cartas!

10. He aquí mientras tanto el aguinaldo del Niño Jesús para el 1881 que lleva la siguiente dirección: «A mis amadísimas Hijas de María Auxiliadora de Nizza Monferrato:

»¿Imitaréis vosotras a mis Santos copiando sus palabras y sus hechos?»

»Santa Francisca de Chantal escribía a sus religiosas:

“Es cierto que Dios ha concedido tal fervor a nuestras novicias que si yo les mandase que se arrojaran a lo más profundo de la tierra, lo harían. Así igualmente son las profesas y por ello las califico como buenas religiosas...”

»Hijas de María Auxiliadora, ¿podría vuestra superiora decir lo mismo de vosotras?»

JESUS NIÑO

CAPÍTULO IV

La Madre escoge a las misioneras de la tercera expedición y anuncia claramente su muerte

(1881)

1. La Madre escoge a las misioneras. Profecía cumplida sobre dos misioneras.—2. La Madre ofrece la vida por el Instituto.—3. Anuncia claramente su muerte. Don Bosco dice que la víctima ha sido aceptada.—4. Tras la oferta de la Madre disminuye la mortandad en el Instituto.—5. Lo que escribe como recuerdo a dos misioneras.—6. Sus recomendaciones a todas. Cómo va con ellas a América.

1. Don Bosco había invitado a la Madre a elegir, como las otras veces, a las Hermanas que juzgase más aptas para las misiones de América y proponerlas después a los superiores para su aprobación.

Se sabe que ella poseía luces especiales y que aunque algunas veces sus puntos de vista no coincidieron con los de los superiores, sin embargo, se sometía siempre a lo que éstos decidían. Así sucedió también esta vez en la elección de las misioneras.

Don Cagliero escribe: «Yo recuerdo que el año 1881, entre las Hermanas destinadas a la misiones de América meridional, los superiores habían designado a una que, según todas las Hermanas y compañeras, era piadosa, virtuosa y digna de formar parte de aquel grupo privilegiado de operarias del Señor. Pero Madre Mazzarello no pensaba así. Le pregunté el motivo y me respondió: "Siento en el corazón algo que no me gusta de esta hija, no me parece ni sería ni sincera; me engaña

a mí y a los superiores, no hará el bien en las misiones. Las Hermanas que van a América deben dar muy buen ejemplo durante el viaje y durante su estancia, y ésta no lo hará...”

»Se creyó, a pesar de esto, en la sinceridad de la virtud de la Hermana y partió con las otras.

»No había transcurrido un año y mientras Madre Mazzarello había volado ya al cielo, la Hermana, considerada piadosa y firme en su vocación, regresaba a Europa, despedida por los superiores de allá y, habiendo salido de la Congregación, se dio, desgraciadamente, a las locuras del mundo y demostró con su desvarío que nos había engañado efectivamente y que la Madre había sido profeta, conociendo por gracia de Dios el interior y el futuro de sus hijas» (1).

Sor Ernesta Farina, que debía formar parte del grupo de las misioneras, declaró: «La Madre me llamó y me dijo: “Yo dejo que esta Hermana vaya, porque así lo quiere Don Cagliero, pero tú le dirás a Don Costamagna que la vigile, porque dudo mucho de su buen resultado...”»

»En el mismo grupo la Madre incluyó a una Hermana que había entrado en religión hacía muy poco tiempo. Aprovechándome de la confianza que tenía con la Madre, le advertí que me parecía demasiado joven y poco preparada para marchar a las misiones. Me contestó que no me preocupase porque la Hermana haría un buen papel y llegaría a ser una buena directora. Así sucedió» (2). En efecto, la Hermana, llamada Juliana Prevosto, fue directora y después inspectora en Argentina, muy querida y apreciada por cuantos la conocieron. Pasó a gozar de la paz de los justos el 15 de febrero de 1931, a la edad de setenta y un años.

2. Desde hace algún tiempo la salud de la Madre, siempre un poco precaria, va decayendo y las Hermanas están apenadas. Al preguntarle qué molestia siente, responde que tiene un dolor en el costado; lleva sobre la parte dolorida un ladrillo caliente y dice que le alivia.

(1) Proc. Ord., p. 365.

(2) Proc. Ord., pp. 418, 421 y 481.

Pero las Hermanas sienten aún más pena porque la Madre a veces suelta expresiones oscuras. Dice que es un bien, que es necesario para la Congregación que ella muera, ya que la Congregación va siempre creciendo y ella «siendo una ignorante, no es capaz de dirigirla» (3); a alguna le dice que ofreció su vida por la «conversión de una Hermana que no avanzaba hacia el bien» (4); a otra distinta le confía que ofreció la vida por el Instituto.

3. Sor Josefina Pacotto escribe: «Un día nuestra Madre estaba en la cama, me mandó llamar y me dijo:

—¿Querías hacerme un favor?

—Sí, Madre, dos, tres.

—Pues bien, mira: yo debería mandar a América a Sor Enriqueta (Sorbone); si tú estuvieses dispuesta a ir en su lugar me harías un gran favor. Sé que harías un gran sacrificio por tenerme que separar de mí, pero te voy a decir una cosa, no sólo para consolarte, sino porque es la verdad. Tú sufres al pensar que debes dejarme..., pero, aunque te quedes aquí, tendremos que separarnos igualmente, porque yo no acabaré el año.

—¿Por qué dice siempre, Madre, que no terminará el año que hemos comenzado?

—Porque... yo lo sé. El Señor, tan bueno, se ha dignado escuchar mis pobres súplicas... Tú sabes lo de la joven hebrea (Bedarida) que estaba preparada para el santo Bautismo y no lo recibió... ¿No tendré yo la culpa? Por esto y por otras cosas que veo en la Congregación me he ofrecido como víctima al Señor. Tú haz el sacrificio con gusto y por amor de Jesús y, a su tiempo, tendrás la recompensa» (5).

Por estos días, Don Bosco fue a Nizza y Sor Pacotto le refirió cuanto le había dicho la Madre y le pidió que con su oración intercediese ante el Señor para que anulase este ofrecimiento. Don Bosco respondió:

—La víctima es agradable a Dios y ha sido aceptada.

(3) Proc. Ord., p. 391.

(4) Proc. Ord., p. 251.

(5) Proc. Ord., p. 467, y Proc. Ap., p. 182.

—¿No se podría cambiar? Me ofrecería en su lugar.

—No, es demasiado tarde.

4. Madre Enriqueta Sorbone nos añade este detalle: «Don Bosco había venido a Nizza (6); la Madre no estaba bien, pero estaba levantada y daba vueltas por la casa con su ladrillo caliente bajo el brazo. Nos reunimos cuantas pudimos con la Madre en la salita y vino Don Bosco. Habiendo caído, en cierto momento, la conversación sobre la salud de la Madre, le preguntamos cuándo estaría buena.

»El Santo escuchaba con su particular aire de bondad y, acosado por nuestra insistencia, contestó: “Una superiora, pesarosa por tanta mortalidad como había en su Instituto, dijo al Señor: ‘Dios mío, si os ofreciese mi vida, ¿dejarías la de mis Hermanas?’ El Señor pareció aceptar, porque la superiora murió poco después y después de su muerte murieron menos Hermanas... Ahora no sé si la Madre Superiora...”

»Don Bosco no terminó la frase, pero todas entendimos con gran pena que la Madre no se curaría; y yo tengo viva en la mente la mirada preocupada de Don Bosco al hacernos comprender una verdad tan dolorosa para nosotras. La Madre murió y, realmente, desde entonces la mortalidad en el Instituto fue menos frecuente» (7).

5. Mientras tanto, alguna de las Hermanas elegidas para ir a las misiones pidió a la Madre que le escribiese algún recuerdo, y hemos encontrado que a la propia Sor Pacotto le dio los siguientes:

Nizza, 17 de enero de 1881.

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi siempre amada Sor Josefina:

Escucha el primer recuerdo que te doy, que no debes nunca acobardarte ni desanimarte por tus defectos; gran humildad y gran

(6) Don Bosco —viviendo Madre Mazzarello— fue a Nizza Monferrato la última vez el 13 de agosto de 1880.

(7) Proc. Ord., p. 462.

confianza en Jesús y María y cree que sin El no eres capaz de hacer más que el mal.

Segundo: obra siempre en la presencia de Jesús y de María, manteniéndote siempre unida a la voluntad de tus superiores. Ten presente este pensamiento en tus acciones: ¿si estuviesen presentes mis superiores, obraría y hablaría de este modo?

Procura que tu humildad esté siempre libre del propio interés, está atenta a observar bien nuestra santa Regla y vigila para que todas las observen con exactitud. No permitas que se introduzca el más mínimo abuso o relajación por ningún motivo.

Ten siempre una gran caridad con todas y nunca particularidades, ¿entiendes?; si hubiese, por ejemplo, de éstas que te manifestasen cierto aprecio con el pretexto de que te quieren, porque tienen confianza y por esto pueden decirte las cosas —pero que en realidad son tonterías— y quisieran estar junto a ti para adularte, por caridad, desprecia esas tonterías y vence el respeto humano: cumple con tu deber y adviértelas siempre. Si tienes presente estas cosas reinará un espíritu que agraderá al Señor y El te bendecirá e iluminará siempre, y te dará a conocer su voluntad. Animo, hagámonos santas y recemos siempre una por otra; no olvidemos nunca nuestro único fin, que es el de perfeccionarnos y hacernos santas por Jesús.

El último recuerdo que te doy es éste: cuando la cruz te parezca pesada, da una mirada a la cruz que llevamos al cuello y di: ¡Oh, Jesús, vos sois toda mi fuerza y con Vos las cargas se hacen ligeras, las fatigas suaves y las espinas se convierten en dulzuras! Pero, querida mía, debes vencerte a ti misma, si no todo se hace pesado e insoportable.

Esto es, mi querida Sor Josefina, todo lo que puedo darte como recuerdo.

Reza siempre por tu afectísima Madre en Jesús,

Sor MARÍA MAZZARELLO

(Carta núm. 64, pp. 371 y 373.)

Al día siguiente, a Sor Octavia Bussolino, deseosa también ella de un recuerdo de la Madre para tenerlo siempre consigo al ir a las misiones, la escribía:

Nizza, 18 de enero de 1881.
¡Viva Jesús, María y San José!

Mi buena y querida Sor Octavia:

Mi recuerdo es éste: observa siempre con exactitud la santa Regla. Segundo: no te desanimes ante ninguna adversidad, recíbelo todo de las manos de Jesús, pon toda tu confianza en El y espéralo todo de El.

Te recomiendo la pureza de intención, la humildad de corazón en todas tus obras. Que tu humildad esté libre de intereses propios. Haz de modo que Jesús pueda decirte: hija mía, estoy contento de tu modo de obrar.

Animo, cuando estés cansada y apenada ve a deponer tus preocupaciones en el Corazón de Jesús y allí encontrarás alivio y consuelo. Ama a todos y a todas tus Hermanas, ámalas siempre en el Señor, pero que tu corazón no lo dividas con nadie, que sea todo para Jesús.

Reza siempre por mí según mis intenciones.

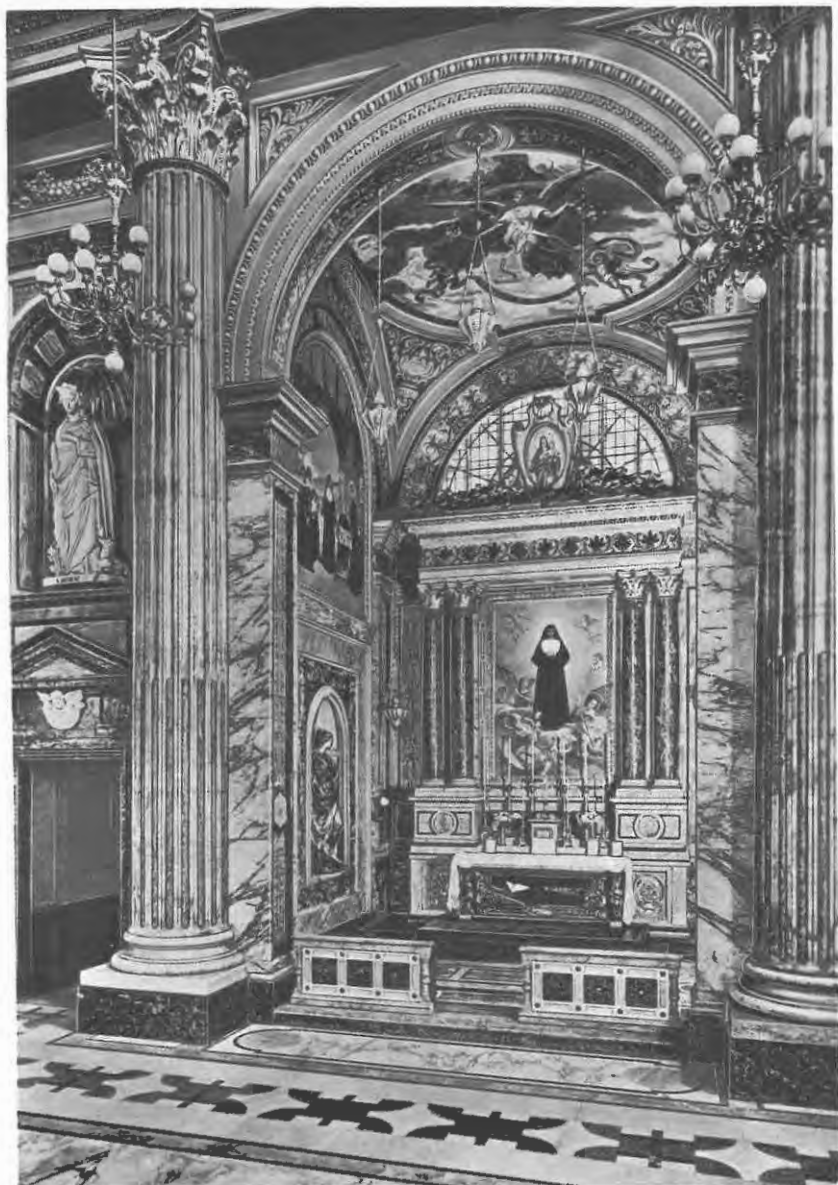
...Y está tranquila, que no me olvidaré nunca de ti.

Que Dios te bendiga, junto con tu afectísima en el Señor la Madre,

Sor MARÍA MAZZARELLO

(Carta num. 65, p. 375.)

6. A todas, además de las acostumbradas recomendaciones de quererse bien, de ayudarse, de compadecerse, de santificarse a sí mismas con la exacta observancia de la santa Regla y de conservar el buen espíritu del Instituto, haciéndose eco del pensamiento de Don Bosco, añadió: «Escribid, escribid a vuestros padres y no dejéis que sufran. Vuestro silencio perjudica a ellos y a nosotras y puede ser causa de impedimento a otras vocaciones. Recuerdo haber oído a las madres decir a sus hijas: “No te dejo ir a hacerte Hermana entre las Hijas de María Auxiliadora porque no te dejan escribirnos. Cuando después te manden a América, tú habrás muerto para nosotros...” Por el contrario, si reciben noticias con frecuencia, se sentirán contentos, enseñarán a los parientes y a los amigos vuestras cartas y otros amigos y parientes permitirán a sus hijas hacerse Hijas de María Auxiliadora. Con esto haréis un



Altar de Santa María Dominga Mazzarello
en la Basílica de María Auxiliadora de Turín

doble bien; alegraréis a vuestros padres y fomentaréis, sin saberlo, muchas vocaciones».

Las hijas escuchaban respetuosas y prometían observar cuanto les había encomendado; alguna le preguntó si podía alimentar la esperanza de verla alguna vez en América. Ella contestó: «Te diré lo que nuestro Padre y maestro Don Bosco le dijo a Don Cagliero, y éste me lo contó a mí. Cuando se preparaba a partir para aquellas lejanas tierras, le preguntó a Don Bosco si iría algún día a América. Don Bosco le contestó:

—¡Oh, sí!

—¿Y cuándo?

—Voy con vosotros y me quedo.

—¿Posible?

»Don Bosco cogió el librito de las santas Reglas y se lo entregó diciendo:

—Cuando tú y mis otros hijos queráis ver y oír a Don Bosco, coged en la mano este librito, leedlo y veréis y oiréis a Don Boco.

»¿Por qué no os diré yo a vosotras lo mismo? Me habéis oído muchas veces explicar las santas Reglas y, releyéndolas y meditándolas, podréis recordar mis mismas palabras. Yo estaré siempre con vosotras con el pensamiento, con el afecto y con la oración».

CAPÍTULO V

La Santa acompaña a las misioneras a Turín para la función de la despedida

(1881)

1. La Madre acompaña a las misioneras a Turín. Mortificarnos nosotras, pero no mortificar a los demás.—2. Ceremonia de despedida a las misioneras.—3. Recuerdo de Don Bosco a las misioneras.—4. Recuerdos de la Santa a una misionera.—5. Anuncia la muerte de Sor Arecco antes de haber recibido la noticia.—6. Datos biográficos de esta Hermana. ¿Bilocalión de la Santa?—7. Una lección de pobreza.

1. El día 20 de enero acompañó a las misioneras a Turín para la ceremonia religiosa de la despedida, que debía celebrarse en el Santuario de María Auxiliadora.

Sor Pacotto escribe: «Al marchar de la casa de Nizza yo, por la emoción que sentía al dejar a las postulantes, no quise que ellas me vieran y salí como a escondidas y aquéllas se tuvieron que mortificar. La Madre, apenas se encontró conmigo a solas, me dió una dulce represión y me dijo que nosotras debemos siempre *mortificarnos a nosotras y nunca mortificar a las demás*».

2. La función en María Auxiliadora fue muy emocionante y el periódico de Turín *L'Unità Cattolica*, después de haber recordado el sermón de circunstancias, tenido por el propio Don Bosco, y la música en la bendición con el Santísimo, escribe: «Pero la parte más emocionante de la ceremonia fue cuando, después de leer las oraciones de la Iglesia para los peregrinos. éstos, en el presbiterio, pasaron uno por uno a saludar y abrazar, por última vez, a sus superiores, hermanos y

amigos. ¿Quién no habrá sentido que su corazón latía con violencia en aquel último adiós?

»Se vio alguno de aquellos valientes derramar una furtiva lágrima, si bien la gracia, superando a la naturaleza, hiciese bien pronto aparecer otra vez en su frente y en su corazón la serenidad y la calma.

»No sucedió lo mismo a los muchos espectadores y espectadoras. Lloraban como otros tantos padres y madres, hermanos y hermanas que viesan arrancar del seno a lo que más querían y los acompañaban a los coches con señales de profunda veneración.

»También las Hermanas, al salir de sus bancos, recibieron de las señoras de Turín tales demostraciones de estima y de afecto que no se podrían imaginar mayores.

»Aquellas piadosas señoras y nobles damas doblaban la rodilla hasta el suelo y, con lágrimas en los ojos, pedían a las Hermanas que les dejaran besar su mano, como a esposas muy amadas por Jesucristo y por El escogidas para que le imitaran y lo siguieran en su divino apostolado. Estas demostraciones de piedad cristiana hicieron perder la serenidad no poco a aquellas buenas religiosas, de manera que alguna de las más sensibles mezclaron sus lágrimas con las de sus devotas admiradoras.

»Terminamos este artículo con un cordial ¡Viva! a aquellos generosos apóstoles y a aquellas intrépidas vírgenes que nos dieron un ejemplo de tan gran fe y de tan ardiente caridad; un aplauso con toda nuestra alma a aquella religión que sabe inspirar y llevar a la práctica semejantes prodigios de caridad y de celo, prueba invencible de su origen divino».

El *Emporio Popolare o Corriere di Torino*, a su vez, después de describir la ceremonia y de hablar de la plática, salía con estas ardientes palabras: «Una vez dada la bendición con el Santísimo Sacramento a todos los misioneros, sacerdotes y laicos, se les permitió besar la mano al Rvdo. Don Bosco que, con visible emoción, los bendijo, les habló con el cariño de un padre y les dejó sus queridos recuerdos. Después todos dieron y recibieron el beso de despedida de los sacerdotes del oratorio.

»¡Se produjo entonces un momento de silencio y de emoción; la gente se empujaba para verlos, ellos lloraban y besaban... Las Hermanas, retiradas en sus bancos, escondían las abundantes lágrimas que mojaban sus rostros y reprimían los sollozos...!

»A vosotros, los que partís, ¡adiós! Cuando el océano os separe de la patria, cuando solos con vuestra fe, bajo la fuerza de un sol ardiente, prediquéis la palabra de Dios y no oigáis más el armonioso *sí* del idioma patrio, entonces os acordaréis de esta hora llena de inenarrables afectos y verteréis una lágrima... ¡Agarrad entonces vuestra cruz y llorad a los pies de ella...! ¡Este llanto os resultará querido y consolador en aquel destierro!

»Cuando, en vuestras noches de insomnio, suspiréis por vuestra patria y por la tierra en donde nacisteis, entonces, como un sueño, se os presentará la visión de esta hora..., volveréis a ver el altar con sus cien cirios encendidos, volveréis a oír las armonías majestuosas del órgano, veréis de nuevo la figura venerable de vuestro Don Bosco, soñaréis con los amados rostros de los parientes, de los amigos y de los compañeros... ¡Oh!, no os aflijáis entonces, porque Dios estará junto a vosotros, cogerá vuestras lágrimas, vuestros suspiros y vuestras fatigas para recompensaros con la gloria eterna.

»¡Entonces acordaos también de nosotros y allí no os olvidéis de que, en este día, nosotros hemos rezado y hemos llorado con vosotros!...»

3. El día 21 Don Bosco da una conferencia a las misioneras, una de las cuales nos conservó los siguientes pensamientos: «Después de animarnos a emprender el largo viaje hacia la lejana América, confiando especialmente en la protección de María Santísima y hablándonos de la facilidad de hacerlo por los adelantos que la navegación hace cada día para que los viajes a aquellas lejanas regiones resulten fáciles, terminó con el siguiente recuerdo:

“Como los apóstoles, después de haber obrado muchos prodigios y hacer grandes cosas por la gloria de Dios, se

consideraban humildes servidores, así, después de todas las obras que el Señor se complace en realizar por medio de nosotros, debemos declararnos humildes siervos de Dios, teniendo por seguro que todo lo que hacemos es obra suya.

"Y vosotras, Hijas de María Auxiliadora, llamadas por Dios a las misiones, debéis armaros de fuerza y virtud para que vuestra obra tenga el efecto deseado.

"Con este fin es preciso hacer tesoro de los santos principios y de las sabias instrucciones recibidas en la casa-madre. Por esto es necesario que hagáis como los soldados, quienes, mientras están en el cuartel, no hacen más que aprender los ejercicios militares en los que deben adiestrarse, manejando las armas para acudir en auxilio ya de una ciudad asediada, ya para dispersar una tropa de salteadores y así sucesivamente.

"Vosotras debéis ahora poner en práctica, como hacen los soldados, las virtudes que os enseñaron en la casa-madre y, con valentía, vencer las dificultades que son inevitables en una obra grande como es la de salvar las almas.

"¿Y cuál será el medio seguro con el que las Hijas de María Auxiliadora podrán asegurarse de que su vida es conforme al espíritu recibido en la casa-madre y según el deseo de la Superiora General?

"El medio más fácil y seguro es el de atenerse rigurosamente a la santa Regla en todo y por todo. Imitad en esto a los hebreos, quienes llevaban dos cintas en las que estaba la ley: una sobre la frente y la otra en el pecho, para recordar en todas partes la obligación de observar fielmente los Mandamientos de Dios. Así debéis llevar vosotras en la mente y en el corazón la santa Regla, y no separaros nunca, ni siquiera en las cosas más pequeñas, de lo que pide la santa Regla..."»

La mencionada misionera añade: «Nuestro santo Padre Don Bosco puso fin a sus palabras con el regalo de un bonito rosario, que tenía una cruz en vez de una medalla, y esto dijo el amado Padre: "Para que os acordéis que la cruz debe ser en todas partes nuestra inseparable compañera..."»

»Dichas estas palabras nos deseó nuevamente un buen

viaje, nos aseguró la protección del cielo y, finalmente, nos impartió, emocionado, su paternal bendición».

4. La Madre, al pedirle con insistencia Sor Ernesta Farina que le escribiese algún recuerdo, que pudiera llevar y reservar siempre para sí, escribió el 24 de enero:

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi queridísima Sor Farina:

1. Te recomiendo ante todo que observes con esmero la santa Regla y, por cuanto dependa de ti, la hagas observar también en las otras.

2. Piensa siempre que no eres capaz de nada y que lo que te parece saber es la mano de Dios que actúa en ti. Sin ella no somos capaces más que del mal.

3. Hazte amiga de la humildad y aprende de ella la lección. No escuches nunca a la maestra soberbia, que es enemiga de la humildad.

4. No te desanimes cuando te veas llena de defectos; recurre con confianza a Jesús y a María y humíllate sin desanimarte y después, con valor y sin miedo, sigue adelante.

5. Reza siempre. La oración será el arma que debes tener en la mano, la que te defenderá de todos los enemigos y te ayudará en todas tus necesidades.

6. Está siempre alegre y no te olvides nunca de quien tanto te ama en el Señor y te aseguro que te acompañaré siempre en mis pobres oraciones.

Que Dios te bendiga y te haga toda suya. Tu afectísima Madre en Jesús,

Sor MARÍA MAZZARELLO

(Carta núm. 66, pp. 377 y 379.)

Esta Hermana declaró: «Cuando llegué a América enseñé este escrito al director Don Costamagna. Lo cogió en las manos y con reverencia lo besó diciendo: "Lo ha escrito una santa"» (1).

(1) Proc. Ord., p. 489.

¿No habrá escrito la Madre otros recuerdos a las restantes misioneras?

Sabiendo que ella no hacía nunca preferencias, estamos convencidos de ello, pero en realidad no nos consta. Por consiguiente, pensamos o que las Hermanas no se los pidieron o que no los han conservado.

5. En lugar de esto, Sor Pacotto cuenta: «La noche de este mismo día, la Madre me llamó de repente y me dijo: “Ha muerto Sor Luisa Arecco, nos hemos visto y nos hemos hablado...”»

Sor Laurentoni, que estaba también en Turín, declara: «Por la mañana habló de esto con nosotras, las Hermanas, como si se tratase de un sueño y nos recomendó rezar por el eterno descanso del alma de la Hermana».

A las nueve llegó un telegrama de Nizza con la noticia de la muerte de Sor Arecco.

6. Como ya hicimos con otras, también daremos algunos datos de su vida.

Había nacido en Mornese el día 9 de septiembre de 1859; al crecer en edad, había adquirido una voz bellísima y un aspecto muy atrayente, de suerte que era la admiración de cuantos la veían.

Su madre no se preocupaba de guardarla con cuidado.

Tenía cerca de catorce años cuando Madre Mazzarello, temiendo siempre que la joven fuese a parar a alguna compañía de teatro, con un grandísimo peligro para su alma, habló de esto con Don Pestarino, que pidió consejo a Monseñor Sciandra, que estaba en Mornese.

El celoso Obispo le aconsejó que la metiese en el Instituto, porque él sufragaría los gastos necesarios (2).

La jovencita entró allí el 20 de enero de 1875 y estando dotada de una inteligencia poco común hacía prodigios en todo lo que se le confiaba, especialmente en el canto. No hay que maravillarse que sintiese un poco de placer por ello, pero

(2) Proc. Ord., p. 254.

esto podía perderla y la Madre se propuso salvarla: «La he conocido a tiempo —decía— y sé cómo curarla».

Siguiendo su sistema, comenzó a ganársela y a hacerla que amase la virtud y después, poco a poco, a corregirla y, habiendo vestido el hábito religioso, no le evitaba ninguna mortificación; primero en privado, después en público.

Cada noche la fervorosa Hermana, antes de irse a la cama, pasaba con la Madre para darle cuenta de la jornada y para recibir avisos y consejos. Aprendía así a conocerse cada vez mejor a sí misma y a crecer en la virtud.

Recuerdan todavía las Hermanas ancianas cómo la Santa, siempre por el temor de que aquella hija se dejase llevar por la soberbia, no desperdiciaba la ocasión de mortificarla y cómo ésta, aunque sentía rebelarse a la naturaleza, sabía bajar la cabeza y callar.

Un día había cantado tan bien que, apenas salió de la iglesia, alumnas y hermanas se le acercaron para felicitarla sinceramente. En aquel instante acertó a pasar por allí la Superiora y, como una madre que ve en gran peligro a su hija y corre a salvarla, así ella, temiendo que la Hermana se envaneciese y perdiese el mérito adquirido al cantar para el Señor, se puso en medio y le dijo: «¿Qué te crees? ¿Te parece que has cantado bien? ¡Vanidad de vanidades! Si una de nosotras hubiese estudiado la mitad de lo que has estudiado tú, cantaría aún mejor que tú. Vete, vete rápidamente a la iglesia y pide a Dios que no te deje perder la cabeza». Y Sor Luisa, sometiéndose y poniéndose roja, obedeció humildemente.

En otra ocasión, en una fiesta solemne, estando ella ya enferma y tan débil que no podía encargarse de la música, se dio cuenta de que el canto del *Tantum ergo*, en la Bendición, estaba expuesto a que se cantara mal por falta de una buena dirección. ¿Qué hizo? Sin preocuparse por su enfermedad se puso delante de la orquesta, tomó la dirección del coro y, cantando ya de soprano, ya de contralto, consiguió que la función resultase muy bien, tanto que la maestra de música y las alumnas no cesaban de darle las gracias y ella de encomendarse a sus oraciones.

Pero en aquel momento pasó la Madre, se detuvo y: «¡Cómo! ¿Todavía aquí? ¡Vete rápidamente a la cama y no pienses más en la música!» Sor Luisa bajó la cabeza y, presa de la tos, se retiró a la enfermería.

«¡Oh, Madre —dijo una Hermana que estaba presente—, ¿por qué la trata así?»

«A mí también me cuesta, pero con ciertos caracteres y en ciertos momentos en que la soberbia nos podría hacer caer es caridad usar un poco de dureza.» Y dijo estas palabras con tanto cariño que todas se edificaron.

Don Cagliero ayudaba también a la Madre a conservar en la humildad a la buena Hermana, diciéndole, muy serio, ya que había cantado sin sentimiento, ya sin expresión o ya con una imperdonable negligencia. La Hermana se ponía roja, comprendía y callaba. Al enfermar de gravedad, le dio las gracias por la especial caridad que había usado con ella.

—¿Qué especial caridad?

—¡Oh, vaya! Ahora disimula como si no entendiese. ¡Comprendía, sabe, sus intenciones cuando me humillaba en público, diciéndome que no había cantado bien o que me había equivocado en el canto! Aquellas reprensiones me hacían un gran bien; en el primer momento mi espíritu soberbio sufría, pero después estaba contenta. Entonces no me atrevía a agradecerse, pero ahora, que estoy a punto de comparecer delante de Dios, para darle cuenta de todo, ¡cuánto se lo agradezco! Si hubiese secundado la tentación que me venía del mundo, ¿qué hubiera sido de mí?»

Durante la enfermedad la Madre le sugirió que prometiese a Dios que se iría a las misiones de América muy contenta si curaba, pero que si no debía curarse ya nunca, ofrecería con gusto el sacrificio de su vida.

Antes de partir para Turín, para acompañar a las misioneras, fue a saludarla y le preguntó:

—¿Quieres partir para América?

—Mi buena Madre, ya no me queda otra solución que cumplir la segunda parte de la promesa, esto es, la de partir con gusto para la eternidad...

—... ¡y así tener el mérito del primer sacrificio sin haberlo hecho!

La enferma quiso saber los nombres de las que partían, manifestó que las envidiaba y preguntó a la Madre:

—Pero usted volverá pronto, ¿verdad?

—Sí, sí; está tranquila, haré todo lo posible por encontrarme aquí antes de que tú partas.

Sor Luisa le dio las gracias y le pidió perdón si algunas veces...

—¿Qué dices?, ¿qué dices? Consuélate por haber perseverado.

—Gracias también por la caridad de sus correcciones, ¡ellas me impidieron caer en el precipicio! En el momento de la muerte las cosas se ven mejor.

La Madre tuvo palabras llenas de ternura y de aliento, le aseguró que, en Turín, en el Santuario de María Auxiliadora, rogaría y haría rogar por ella.

El mal se agravó, la enferma deseaba volver a ver todavía a la amada Superiora y exclamaba: «¡Oh, si pudiese ver a la Madre!»

De repente se calmó, haciendo un gesto de estupor y de alegría fijó la mirada como si hablase con la Madre a ella sola visible, y muy alegre dijo: «¡Oh! ¿Ya está aquí? Se ha dado prisa a volver. Estoy verdaderamente contenta de verla» (3).

¿Madre Mazzarello estaba realmente presente, por uno de esos fenómenos que se leen en la vida de algunos santos, que se llama don de bilocación?

Entre tanto, la enferma, al preguntarle si deseaba alguna cosa, respondió que no. Al invitarla, cantó, con el último hilo de voz que tenía, el *Veni sponsa Christi* y el *Recordare*, pero después se mostró de nuevo turbada. El sacerdote que la asistía le roció la frente con agua bendita. Entonces se tranquilizó y plácidamente entregó el alma a Dios (4).

La Madre, hablando de ella a las misioneras, decía: «¿Veis? ¡Sor Luisa había prometido ir a las misiones y por esto

(3) Proc. Ord., p. 411.

(4) Ver *Cenni biografici delle Figlie di Maria Ausiliatrice* muertas en el primer decenio, p. 49.

también obtuvo la gracia de una muerte tan santa! ¡Cuántas gracias no concederá el Señor a las que, con generosidad, abandonan todo para seguir su voz!» Y repetía su acostumbrada idea: «¡Oh, afortunadísimas de vosotras si tuviéseis la alegría de morir mártires por nuestro Señor!»

7. Las misioneras en Turín no habían aún partido para Sampierdarena y la Madre se disponía a partir para Nizza Monferrato cuando, nos contó una Hermana, «yo me presenté para saludarla y desearle un buen viaje; después, con filial confianza, le hice ver las mangas de mi ropa, gastadas por dentro, y le pedí permiso para quitarlas y ponerlas nuevas. Ella las examinó bien y me dijo: “Descóselas y vuelve la parte que está sobre lo de dentro; así podrás tirar adelante aún algunos meses...” Yo hice lo que me dijo y recordé siempre la lección de pobreza que me dio la inolvidable Superiora, la última vez que tuve la suerte de verla y hablarla».

CAPÍTULO VI

La Santa acompaña a las misioneras a Sampierdarena y a Marsella

(1881)

1. La Madre va a Sampierdarena para saludar a las misioneras y cuenta que se la ha aparecido Sor Arecco.—2. La Madre se siente mal. Su preocupación por las misioneras.—3. Don Bosco visita a la Madre enferma. Sus consejos a las misioneras.—4. El médico no se da cuenta de la enfermedad de la Madre. El viaje a Marsella y sus sufrimientos.—5. Cuando hay que abrazar la cruz. Las espinas soportadas por amor de Jesús. Después de que me muera te ayudaré más que antes.—6. Recomienda que cuiden a una misionera que no está bien de salud. Consuela a las misioneras. Discreción.—7. En Marsella.—8. Don Bosco se alegra del espíritu de sacrificio de la Madre.—9. Bendice a los misioneros y a las misioneras.—10. La Madre garantiza un buen viaje a las misioneras y llora; sus últimos recuerdos.

1. La Madre al llegar a Nizza Monferrato se sentía poco bien y, no obstante, se disponía a marchar a Sampierdarena para saludar a las misioneras, sabiendo que les daría una gran alegría.

Madre Petronila, después de haber intentado en vano disuadirla de que fuera, pidió a Don Cagliero que se lo prohibiese. Pero él, que veía a la Madre siempre llena de energía, le contestó: «Es cosa de nada».

Y la Madre partió con la intención de acompañar a las misioneras de Sampierdarena a Génova y desde allí ir a Saint-Cyr, a encontrarse, como lo había prometido, con aquellas buenas hijas y, finalmente, al regreso, visitar las casas de la Liguria.

Fue en Sampierdarena donde, hablando a las Hermanas, dijo:

«Quiero contaros una cosa que ya he contado a otras y deseo que la sepáis también vosotras para animaros cada vez más a rezar por las Hermanas difuntas.

»No sé si fue una cosa sobrenatural o no y deseo que no deis a mi relato otra importancia que la que quiere el Señor. Lo que os puedo asegurar es que digo la verdad.

»La mañana después de mi llegada a Nizza, procedente de Turín, me encontraba muy cansada y le pregunté a Madre Asistente si podía quedarme un poco más en la cama.

—¡Sí, Madre, sí! Quédese y duerma tranquila, cuando sea la hora de levantarse para la santa Misa, vendré a llamarla. No se levante antes, que esté segura que vendré...

»Le di las gracias y traté de dormirme. No hacía dos minutos que Madre Asistente se había ido cuando oigo como un gemido y una voz:

—¡Madre! ¡Madre!

»Creendo que era Madre Asistente quien me llamaba le digo:

—¡Pero es posible! ¿Te acabas de marchar y ya me llamas?

»Y la voz, sin responder a mi pregunta, sigue llamando:

—¡Madre! ¡Madre!

»Entonces le pregunté:

—¿Quién eres?

»Y me contestó que era Sor Arecco.

—Pero tú te has muerto, ¿cómo te encuentras aquí? ¿Estás acaso en el purgatorio?

»Corro la cortina y veo a Sor Luisa Arecco. No os puedo decir cómo estaba, pero era ella misma, y le dije:

—¡Dime qué quieres, Sor Luisa, pero no me des miedo! ¿Estás salvada?

—Sí, por la misericordia de Dios, pero estoy en el purgatorio.

—¿Y estarás mucho tiempo?

—Gracias a la rectitud de intención en el obrar y a los sufragios de la comunidad, estaré sólo hasta Pascua, pero si usted hace rezar por mí, iré aún antes de esta fecha al cielo. Por eso el Señor me ha permitido venir a decírselo.

—Sí, sí, con mucho gusto, ¡tenlo por seguro, pobre criatura! Pero dime ahora mis defectos para que pueda corregirme.

»Y como no me respondía, añadió:

—¡Vamos!, pronto, dime lo que hay en mí que desagrada al Señor.

»Y me lo dijo (1). Y yo:

—¿Hay alguna cosa en la comunidad que no va bien?

»Me dijo que no iban bien los grupos de Hermanas en el patio. Y desapareció. Yo me levanté y bajé a la capilla para hacer la santa Comunión en sufragio de la difunta».

2. Mientras tanto, las Hermanas observaban que la Madre padecía mucho y Sor Pacotto le preguntó:

—¿Sufre mucho, Madre?

—Sí, pero no tanto como las almas del Purgatorio.

—¿Qué siente?

—Siento como si un cuchillo estuviese continuamente dándome vueltas en el oído.

—¿Y cómo cogió esta enfermedad?

—Creo que la cogí cuando era joven, madrugaba demasiado; cuando no me equivocaba, a las cuatro; a veces sucedía que me equivocaba y me encontraba a la puerta de la parroquia también a las dos. Para no molestar a Don Pestarino estábamos (mi hermana y yo) esperando de rodillas sobre las gradas de la iglesia, a veces con nieve que alcanzaba una altura de medio metro. Creo que toda aquella humedad produce ahora sus efectos.

Estaba cansada, pero no dejaba de dar consejos y de hacer recomendaciones a sus hijas, las generosas misioneras que iban a dejarla. De cuando en cuando decía: «¡Tengo todavía tantas cosas que deciros!, ¡pero siento que me faltan las fuerzas!»

Muchas veces las Hermanas tuvieron que pedirle que se moderase, y ella decía que sí, pero después continuaba como si aún no hubiese dicho nada. ¡Parecía que creía seguro que ya nunca más podría hablar a aquellas buenas hijas suyas, que

(1) Sor Telesio en el Sum., p. 164, declaró en vez de eso: «La Hermana, repitiendo: defectos... defectos... desapareció». Nosotros lo contamos como lo hemos oído de la boca de más Hermanas.

debían llevar y mantener el buen espíritu de Don Bosco en las lejanas tierras!

A causa de la gran fiebre que tenía, en vez de asistir con las Hermanas a una bonita velada que los salesianos celebraban en honor de los misioneros, alegrada por la intervención de Don Bosco, tuvo que acostarse. La fiebre le subió y la Madre deliraba.

«En el delirio —escribe Sor Farina— decía fuerte: “¡Pobres hijas!, ¡cuatro solas!...” Hablaba así porque el grupo más numeroso de los misioneros y de las misioneras iban a embarcarse en una nave, y yo con otra tres Hermanas en otra, y la Madre tenía pena por nosotras.»

3. Se le avisó a Don Bosco, que fue a visitarla: le dio la bendición y le exhortó a resignarse a la voluntad de Dios. La Santa le dio las gracias y le rogó que diera algún recuerdo a las hijas.

El buen Padre condescendió y al día siguiente hizo que se reuniesen las misioneras en la pequeña capilla y les propuso un hermoso programa de vida, diciendo: «Id allá, trabajaréis como el Señor os aconseje. Pero repartiros el trabajo y entonces no os resultará pesado. Que cada una de vosotras intente hacer sólo por una y no por tres. Es una buena regla de vida que os conservará sanas y, con la ayuda de Dios, os hará santas.

»Ahora estáis aquí reunidas, pero en vísperas de separaros de nosotros; recordad que no nos dejáis, sino con el cuerpo, porque la santa Regla que hemos abrazado en común nos mantendrá unidos espiritualmente.

»Os recomiendo ¡que no *tengáis* nada!, es decir, que no conservéis el mal humor, las sospechas, los celos... Depositad estas miserias a los pies de Jesús y viviréis felices.

»Os recomiendo: tened caridad con el prójimo.

»A los niños que os pregunten si Don Bosco los ama, respondedles: “¡Os ama tanto que por vosotros se ha desprendido de tantos hijos!”

»Serán a veces indisciplinados; en estos casos se necesitará ¡caridad, caridad, caridad! ¡No ahorréis sacrificios cuando se

trate de salvar un alma! ¡Recordad que quien salva un alma asegura la salvación de la suya!»

La misionera que nos conservó las recomendaciones que dio Don Bosco a las que partían y que nosotros expusimos en el capítulo anterior refiere también los pensamientos que expuso el Santo en una conferencia que les dio el día 2 de febrero, víspera de la partida. Helos aquí:

«1. Honrar a los superiores; 2. Respetar a los iguales; 3. Amar a los inferiores.

»1. Honrar a los superiores, hacer todo lo que se pueda para darles gusto, obedecer exacta y voluntariamente, ayudarlos cuanto podamos. Si tienen defectos, compadecerlos y taparlos como los hijos de Noé taparon a su padre. Observad exactamente la santa Regla.

»2. Respetar a los iguales, amar a las Hermanas como nos amamos a nosotras mismas, cumplid bien vuestro oficio y así no sucederá que una trabaje por tres mientras otra no hace nada. Este afecto mutuo sea grande y expansivo, pero que no degeneren en amistades particulares que hacen perder el espíritu de piedad, etc. Corregirse como verdaderas Hermanas.

»3. Amar a los inferiores, amar especialmente a las más defectuosas y a las que tienen vicios. Nosotros deberemos trabajar en un campo árido, y si nos tocan caracteres difíciles, intratables, malos, entonces se requiere caridad, caridad, caridad... Donde quiera que estéis, recordad siempre que tenéis la misma Regla que observar, las mismas almas que salvar, el mismo Señor que nos prepara un gran premio. Nuestra Regla está aprobada por la santa Iglesia, que es infalible; observándola nos salvaremos ciertamente».

4. Estaba cerca el día de embarcarse en el barco *Umberto I* para Marsella y en casa las misioneras se oponían a que la Madre las acompañara, como quería. Pero ella decía:

—No quiero que las Hermanas de Saint-Cyr digan que he faltado a mi palabra. ¡Pobres hijas! ¡Quién sabe cómo me esperan! Está allí Sor Sampietro que desea mucho verme y hablarme. Si no voy ahora, quién sabe si me verán aún...

—Escribiremos diciendo que no puede...

—No, pensarán que es un pretexto para no ir allí; dejadme ir, estaré más tranquila y satisfecha.

Se llamó al médico, quien, por permisión de Dios, no se dio cuenta de la gravedad; dijo que era cosa sin importancia y que la Madre podía continuar el viaje. Por esto, la tarde del 3 de febrero se embarcó para Marsella.

A las hijas, que estaban entre el temor y la alegría, dijo bromeando: «Vosotras vais a América, ¿por qué no puedo yo acompañaros durante un trecho de camino? Dejadme hacer, esto me consuela».

«Durante el viaje —cuenta Sor Elisa Roncallo, que entonces como Hermana sencillamente la acompañaba y le hacía de secretaria y de enfermera— le volvió de nuevo la fiebre alta y pasó una noche malísima, pero, para no entristecer a sus hijas, se hizo la valiente de manera que dominó el mal y se mostró siempre sonriente y afable, dando a ésta un consejo, a aquella un aviso, haciendo una recomendación a aquella otra; sólo en sí misma no pensaba.»

5. Y Sor Pacotto: «En el viaje a Marsella la pobre Madre fue pronto presa del mareo y, no atreviéndose a echarse en la hamaca, por temor a faltar al decoro religioso, preguntó a Don Cagliero, delante de todos y en voz alta, si lo podía hacer. Don Cagliero le respondió que lo hiciese tranquilamente.

»No digo lo que sufrió en aquel viaje, ni todos los consejos que me dio.

»Me decía: “¡Sé valiente! Llegarán días en los que la cruz se te hará muy pesada; entonces es el momento de apretarla con más fuerza contra el corazón y prometer fidelidad a Jesucristo. Yo pediré siempre por ti en este mundo y en el otro.

”Di a Don Costamagna que le mando a Sor Octavia, recién profesa (2); que la prepare para superiora, no por ahora, sino para cuando el Señor llame a la eternidad a la actual (era Sor Magdalena Martini). Y tú recuerda que las espinas sufridas por

(2) Había profesado y hecho las Votos perpetuos el día 10 de agosto de 1880.

amor de Jesús se cambiarán en rosas. No te olvides nunca de la Virgen; cuéntale siempre todas tus penas y también tus alegrías...”

—Después de muerta, ¿vendrá a visitarme?

—Sí, te lo prometo, si Dios lo quiere; entonces podré ayudarte más que ahora y siempre te protegeré. Pero recuerda que Sor Catalina Daghero será siempre para ti una madre, y estará siempre dispuesta a ayudarte igual que yo. Tú prométeme que le escribirás siempre todo; aunque escribas mal, las Madres comprenden también. Di a Sor Magdalena Martini que he recibido sus cartas, que esté tranquila que los superiores y las Hermanas están contentas con ella, y también lo estamos nosotras las de aquí; que sea valiente y vaya adelante.

»Mirándola yo, como para darle a entender el temor de que aquellas palabras, comunicadas a la Hermana, pudieran dar ocasión a que se dejara vencer por la soberbia, la Madre me dijo: “Estate tranquila: Sor Magdalena es humilde y cuanto yo te he dicho que le transmitas, le servirá sólo para animarla, porque está dispuesta a corregirse de lo que no es para gloria de Dios y dar gusto a los superiores; ¡está dispuesta también a acabar con su manera de ser seria, para ganarse cada vez más la confianza de las hermanas!”»

6. Sor Lorenza Natale escribe: «Entre las misioneras había una delicada de salud y la Madre recomendó encarecidamente a la Hermana que iba al frente de la expedición que la prodigase cuidados especiales. Viéndonos tristes porque pronto nos tendríamos que separar de ella, procuraba mantenernos alegres con graciosas bromas y con el pensamiento del cielo, diciendo: “El padecer es breve, el gozar es eterno...” Pero se veía que sufría ella también más que nosotras por tenernos que dejar, y mientras admirábamos los ejemplos de reservas y prudencia al tratar con los extraños, procurábamos hacer tesoro de sus santos consejos».

7. El día 4 llegaron a Marsella y el Cardenal Cagliero escribe: «Para reparar una avería el barco entró en un dique

seco y estuvo allí tres días, que se debieron pasar alojándose en una casa provisional, junto a la parroquia de San José.

»Faltaba todo, hasta lo necesario, porque no las esperaban. La buena Madre, aunque tenía fiebre, estuvo todo el día trabajando para preparar una cama cualquiera a sus hijas. Y para no dar más molestias a los dueños de la casa prepararon ocho jergones de paja; después, Sor María puso el suyo en un rincón de la habitación y se acostó allí vestida la primera, para dar ejemplo a las demás.

»Muy temprano, habiendo dormido bien o mal, se levantaron, pero la Madre, a causa de la fiebre, permaneció todo el día sobre el jergón».

El mismo declaró: «La fui a visitar; con una fiebre altísima, estaba echada sobre un jergón de paja, entre otros iguales, como en un dormitorio común, contenta y serena, sin sentir pena, pensando que Jesucristo había querido nacer, por amor a la pobreza, sobre un poco de paja en Belén» (3).

8. El sábado día 5 por la tarde llegó también a Marsella, desde Nizza Marittima, Don Bosco, que había salido de Génova en tren el día 2.

Don Cagliero le dio cuenta del viaje desde Génova hasta Marsella y le habló de la enfermedad de la Superiora.

El Santo Fundador, aun sintiendo pena por los sufrimientos de la Madre, se alegró del espíritu de sacrificio que ponía de manifiesto y dijo: «He aquí cómo la Madre prepara con el ejemplo a las misioneras y las acostumbra con tiempo a las privaciones y a los más duros sacrificios; privaciones y sacrificios que deberán soportar en las Pampas, en la Patagonia y en la Tierra del Fuego, en donde todo falta, menos las almas que salvar» (4).

9. «El domingo por la tarde —prosigue Don Cagliero— regresamos a bordo y Don Bosco quiso acompañarnos para ver el barco y recomendarnos personalmente al capitán. Soplab

(3) Proc. Ord., p. 353.

(4) Mem. stor. cit.

un viento furioso que sacudía hasta las plantas y Don Bosco, agarrándose el sombrero con ambas manos, tiraba adelante, haciéndonos reír con sus chistes.

»Entre mil peligros, por entre puentes y vigas, para los trabajos de reparación, llegamos incólumes al barco.

»Don Bosco fue acogido por el señor Erasmo Piaggio, propietario del *Umberto I*; por el capitán y por los otros oficiales, con demostraciones de estima y veneración no comunes. Estuvieron hablando casi una hora y el señor Piaggio, que no sólo era una persona muy atenta, sino también un buen cristiano, lleno de entusiasmo al oír hablar de las obras salesianas en Europa y en América, aceptó con gratitud la propuesta de ser un cooperador nuestro. Por su parte, el capitán se alegró mucho al saber que Don Bosco era más capitán que él, al contar bajo su mando un número de súbditos bastante más numeroso. Propietario, capitán y oficiales le acompañaron después a visitar el departamento que teníamos destinado y le prometieron que nos tratarían siempre como a hijos muy queridos.

»Finalmente, reunidos allí salesianos, Hermanas y muchos pasajeros, escuchamos los avisos de Don Bosco y, arrodillados, recibimos su paterna bendición; bendición que conmovió a los presentes y descendió hasta lo más íntimo de los corazones de todos sus hijos, a muchos de los cuales les costaba resignarse a no volverlo a ver más que en el cielo».

10. La Madre, al igual que había hecho con las misioneras de la primera y segunda expedición, les aseguró que tendrían un viaje feliz, diciéndoles: «No temáis los peligros de la larga travesía; ¡tenéis la bendición de Don Bosco! El obtiene de la Virgen todo lo que pide. El os acompaña con sus oraciones; está con vosotros con el espíritu y con el afecto paterno. ¡Animo! Partid y estad seguras que tendréis buen viaje y haréis mucho bien» (5).

Después abrazó y besó a sus amadas hijas; un presentimien-

(5) Mem. stor. cit.

to le decía que no las vería ya y, cediendo a la ternura de su corazón materno, lloró.

Sor Pacotto escribe: «Al partir de Nizza Monferrato en el último adiós, la Madre se dio cuenta de que una Hermana abrazaba, pero no besaba, a las Hermanas y se lo reprendió. Y luego en Marsella, al despedirnos, ella misma fue la primera, para darnos ejemplo, en abrazarnos y besarnos maternalmente, haciéndonos comprender que en tales ocasiones sí se podía hacer».

Sor Lorenza Natale escribe: «Antes de marcharse nos dejó los siguientes valiosos recuerdos: "Guerra sin descanso al amor propio y a la soberbia. Espíritu de humildad, de piedad y de sencillez..."»

Las misioneras llegaron felizmente a Buenos Aires y fueron mandadas a las casas en donde más se las necesitaba.

CAPÍTULO VII

La madre enferma en Saint-Cyr. Obtiene de Dios regresar a Nizza Monferrato

(1881)

1. La Madre llega a Saint-Cyr y se acuesta.—2. Oraciones por su curación.—3. Sus sufrimientos. Le dice a una Hermana que goza de poca salud que llegará a la vejez.—4. Su calma en medio de los dolores. Su habitación es una escuela de virtudes y de buenos consejos.—5. Su caridad y paciencia al hacerse asistir por una Hermana que no lo sabe hacer.—6. Don Bosco la visita tres veces.—7. Pide al Señor la gracia de ir a morir a Nizza Monferrato. Se pone en camino.—8. En Nizza Marittima. Don Bosco la bendice y le anuncia que va a morir.—9. En Alassio.—10. Llegada a Nizza Monferrato y recibimiento triunfal.—11. Se cumple su temor con respecto a una postulante.—12. Función religiosa de acción de gracias y solemne velada por el regreso de la Madre. Sus avisos. Consuela a una alumna pequeña.

1. Cuando se hubieron ido las misioneras, el Santo, viendo a la Madre sufrir mucho, le dijo: «Ahora marchad a Saint-Cyr, vuestras hijas os curarán y allí nos volveremos a ver».

La Madre obedeció.

Saint-Cyr es un pueblo situado en la línea Tolone-Marsella, de unos tres mil habitantes, la mayor parte esparcidos en casas y caseríos por el libre campo. El orfanato dista del pueblo unos cuatro kilómetros hacia el mar.

Se recibió a la Madre con gran alegría de las Hermanas y de las huérfanas, pero tuvo que acostarse rápidamente.

Se llamó con toda urgencia al doctor Boulet, que vivía en la linda y pequeña ciudad de Ciotat, que se mira en el espejo del maravilloso golfo y está a más de doce kilómetros del orfanato. Dijo que la Madre padecía una grave pleuritis

con derrame y se puso a curarla con una diligencia y caridad superior a cualquier elogio.

2. ¡Es imposible expresar el dolor de sus buenas hijas, que la habían esperado antes con tanto deseo y amor y que la habían acogido con todo su amor y reverencia!

En seguida avisaron a Nizza Monferrato y desde allí la noticia se difundió por todas las casas del Instituto y en todas se comenzó a rezar de una manera especial para obtener la gracia de la curación de la amada Superiora. Se sabe que en Nizza a las oraciones se unieron mortificaciones y penitencias; a pesar de esto, las noticias que llegaban eran siempre alarmantes.

3. Sor María Sampietro, que estaba en Saint-Cyr, escribió: «En Saint-Cyr la Madre estuvo cuarenta días en cama.

»Fue verdaderamente edificante por su paciencia y resignación.

»Los médicos realmente la martirizaron con vejigatorios sobre vejigatorios; para curarla la arrancaban grandes trozos de piel, del tamaño como la palma de la mano. Aquellos trozos yo los cogí y, habiéndolos dejado secar, los he llevado siempre conmigo hasta que la Madre General (Madre Catalina Daghero) me los hizo entregar para conservarlos como reliquia.

»En aquel tiempo yo también estaba poco bien de salud a causa de una gastritis y ella me recomendaba que me cuidase mucho y me tomase todo lo que me ordenaran.

»Como cada día me sentía con menos fuerzas, estaba convencida de que no duraría mucho.

»Ella, por el contrario, me dijo: “No, no; tú no debes morir aún, haz todo lo que te digo y llegarás hasta la vejez...”

»Así sucedió; me puse bien y ahora han transcurrido más de treinta años y, gracias a Dios, gozo todavía de una buena salud» (1).

(1) Proc. Ord., p. 491. Sor María Sampietro murió en Gran-Bigard (Bélgica) el día 9 de noviembre de 1924, a los setenta años de edad y cuarenta y cinco de profesión.

4. La Madre, entre la fiebre y los dolores que le causaba la enfermedad y lo que le producían los vesicantes, se conservaba resignada, tranquila y serena y, más que de ella, se preocupaba de la pobre Hermana de poca salud, se la recomendaba a la directora de la casa y quería que de cuando en cuando le informasen de la marcha de su enfermedad.

Cuando se le preguntaba si quería alguna cosa, generalmente respondía: «No, sólo deseo ir a morir con mis hijas de Nizza» (2).

Su habitación era una escuela de virtudes en donde se enseñaba con el ejemplo y la palabra siempre viva, afectuosa y eficaz.

Don Cagliero escribe: «En la casa de Saint-Cyr estuvo más de un mes enferma, edificando a sus hijas con la más amable jovialidad, con la más serena resignación a la voluntad de Dios y con la conversación de cosas santas y de alta perfección cristiana».

Y Sor Alejandrina Hugues, que se encontraba presente: «No se cansaba de hablarnos continuamente de María Auxiliadora y de decirnos que esta celestial Madre inspiró a Don Bosco la fundación de nuestro Instituto, precisamente para las necesidades de los tiempos presentes; era un continuo exhortarnos a adquirir el espíritu del Fundador, a tener una gran confianza en la divina Providencia y a ejercitarnos cada día en la humildad. Después nos recomendaba no hacer caso de tantos fastidillos de la vida común y de tener celo y hacer a las niñas el mayor bien posible».

Una ex alumna, que después se hizo Hija de María Auxiliadora: «Durante la enfermedad las Hermanas y las alumnas mayores eran muy felices cuando podían visitarla y, sobre todo, prestarle algún servicio, porque tenía una buena palabra para todas».

5. Un día la Santa vio a una Hermana joven triste y le preguntó qué la pasaba. Esta le contestó que estaba muy

(2) Proc. Ord., p. 461.

afligida porque las demás Hermanas podían prestarle algún servicio y también velarla de noche, por turno, mientras que a ella la directora no se lo permitía porque la consideraba incapaz. La Madre le dijo:

—Bien, vete rápidamente a decirle a la directora que te permita velarme, porque eres capaz, y después vienes y yo te enseñaré cómo se hace. ¿Estás contenta?

—¡Oh, sí, Madre!

Y corrió a decírselo a la directora, que levantó los ojos al cielo resignada, y la Hermana, desde aquella misma noche, se quedó a velar a la Madre. Pero realmente valía poco y lo peor era que no se daba cuenta.

La Madre, toda paciente para quitarle el miedo, a cada pequeño servicio le decía:

—¿Ves cómo lo haces bien? ¡Está bien así!

Y cuando le llevaba la sopa, aunque supiese a humo, le decía:

—Esta sopa está tan bien hecha que nunca la he tomado tan buena.

Y ciertamente comprendía que era buena para mortificarse. La Hermana se llenaba de gozo, de admiración y de afecto filial.

Un día sintió la necesidad de abrirle el corazón y decirle que se había dado cuenta de que sentía envidia de algunas de las demás Hermanas, porque trabajaban en la casa más que ella. Y la Madre:

—¿Qué quieres? Nosotras, pobres hijas, estamos hechas así, pero basta no consentir en esos sentimientos.

Y la buena religiosa se sentía cada vez más inclinada a abrir todo su corazón a la Madre, a la que encontraba tan buena, tan indulgente y tan santa.

6. Mientras tanto, como había prometido, Don Bosco llegó a primeros de febrero al orfanato, esperado no sólo por las Hermanas, sino también por muchos cooperadores y co-operadoras que vinieron de Saint-Cyr, de Bandol, de Tolón, etcétera, quienes lo veneraban como a un santo. Se informó

con pena del empeoramiento de la Madre y fue rápidamente a visitarla.

Después de consolarla espiritualmente se entretuvo con ella mucho tiempo hablando de las cosas de la Congregación. Lo mismo hizo por la mañana y también por la tarde del día siguiente. A la Madre le dio a entender que no se curaría; con las Hermanas que ansiosas le preguntaban se mostró reservado y sin darles alguna esperanza de curación. Después partió, mostrando deseo de que se le tuviese informado sobre la marcha de la enfermedad de la Superiora. Sor Elisa Roncallo le mandaba con frecuencia noticias y recibía cartas de consuelo (3).

7. La Santa, sintiéndose agravar más cada día, no se resignaba a la idea de morir lejos de la casa de Nizza Monferrato y pidió al Señor, por intercesión de la Virgen y de San José, poder ir allá a morir y el Señor la escuchó. Recobró las fuerzas y el día 17 de marzo quiso pasar la jornada al aire libre, en un bosquecillo, con todas las Hermanas y alumnas para agradecerles, decía, lo que habían hecho por ella. En esta ocasión se dirigió a ellas con palabras de alabanza a la vida religiosa.

Al día siguiente quiso ver de nuevo al médico para consultarle si podía ponerse en viaje para Italia. El doctor se opuso

(3) En el verano de 1931, hallándome en Saint-Cyr, personas dignas de crédito me contaron el hecho siguiente: En el mes de marzo del año 1881, habiendo venido al orfanato de Saint-Cyr Don Bosco, se le pidió que antes de marcharse fuese a ver a una persona que vivía cerca de la casa, la señora Baudouin, enferma de hidropesía desde hacía varios meses. A pesar de los muchos cuidados, la enferma, en vez de sentirse mejor, se agravaba cada vez más y cuando supo que Don Bosco estaba allí manifestó el deseo de que la visitase y le diese su bendición.

Don Bosco, teniendo que irse con toda urgencia, no pasó a ver a la enferma, pero habiendo llegado a un punto de la calle desde donde se veía la casa de la señora Baudouin, a la distancia de unos cien metros, trazó en el aire un gran signo de la cruz, diciendo a las personas que habían ido a buscarle: «Id, rezad con la enferma tres *Pater*, tres *Ave marías* con la jaculatoria: María, Auxilio de los Cristianos, etc. ¡Tened fe y veréis!»

Se hizo lo que el Santo había aconsejado. En seguida la enferma empezó a sentirse mejor y, después de algunos días, pudo levantarse y volver a sus ocupaciones sin resentirse de su mal.

Vivió aún mucho tiempo con buena salud y murió a la edad de ochenta años (febrero 1929), bendiciendo hasta el último momento a Don Bosco, a quien mostró siempre su agradecimiento ayudando a sus obras.

terminantemente, diciéndole que sería una imprudencia, y que tendría una recaída; pero la Santa, armándose de valor, le dijo al médico que tenía prisa por encontrarse entre sus hijas de Nizza, y el médico, aunque les dijo a las Hermanas que no le daba a la Madre más que dos meses de vida, consintió en que se pusiera en camino (4).

Fue indecible el contento que experimentaron las Hermanas de Nizza Monferrato cuando el día 25 de marzo una carta les anunció que María Auxiliadora y San José habían escuchado todas las oraciones y que la Madre había emprendido viaje de regreso el día 19. ¡Ningún príncipe fue jamás esperado con tan vivas muestras de afecto ni con tan gran impaciencia! ¿Cuándo llegaría? Se hacían cálculos, se contaban las horas, los minutos...

8. La Madre, mientras tanto, al llegar a Nizza Marittima y saber que Don Bosco estaba allí, con santa urgencia pidió y obtuvo la gracia de su bendición; después, con filial confianza, le manifestó el presentimiento que tenía de que moriría pronto y le preguntó: «Don Bosco, ¿me curaré del todo?»

El Santo cambió de conversación y después, como bromeando, le contó el siguiente apólogo:

«Un día la muerte fue a llamar a la puerta de un convento. La portera le abrió; aquélla le dijo: “Ven conmigo...” Pero la portera le respondió que no podía, porque no había ninguna que pudiera sustituirla en su oficio.

»La muerte, sin decir nada, penetró en el convento e invitó a seguirle a todas las que encontraba a su paso: Hermanas, maestras, postulantes, estudiantes, etc., también a la cocinera. Pero todas decían que no podían obedecer porque tenían aún muchas cosas que hacer.

»Entonces la muerte se presentó a la superiora; ésta también adujo todas las excusas posibles para no tener que seguirla. Pero la muerte se mostró firme y dijo: “La superiora

(4) Proc. Ord., p. 460. Con respecto a la habitación de la Madre en Saint-Cyr, ved el Apéndice al capítulo presente.

debe preceder a todas con el buen ejemplo, también en el viaje a la eternidad. Vente, que no puedo aceptar como buenas tus razones..."

»¿Qué hacer? La superiora bajó la cabeza y siguió a la muerte.»

La Santa escuchó atentamente el misterioso apólogo, lo comprendió, pero para no entristecer a Sor Elisa Roncallo que le acompañaba y a las otras Hermanas, que llegarían a enterarse, no dio muestras de haberlo entendido. Agradeció a Don Bosco la bendición, todo el bien que le había becho y cuanto hacía por las Hermanas y por el Instituto; no se detuvo más y quiso marchar a Nizza Monferrato.

9. Bajó del tren en Alassio para visitar a sus hijas; les inculcó la observancia de la santa Regla y les dejó como recuerdo tener siempre una gran confianza con los superiores y con las superiores.

Era viernes y, naturalmente, para ella se preparó carne. Pero no quería tomarla por miedo a dar mal ejemplo a una postulante que estaba con ella. Por fin se sometió a las peticiones de sus hijas, mas antes dio a conocer a la jovencita su necesidad para que no se escandalizase, haciéndole notar que los preceptos de la Iglesia se observan siempre y que cuando hay causas justas la misma Iglesia dispensa de la observancia de éstos (5).

10. El día 28 de marzo, en Nizza, Hermanas, novicias, postulantes y alumnas estaban esperándola a la puerta de la casa-madre, pero al verla aparecer por la larga avenida que de la ciudad lleva al Instituto rompieron las filas y volaron a su encuentro, gritando y llorando de alegría. Ella les dijo: «No os alegréis demasiado».

Después entró en casa acompañada, como en triunfo, por más de doscientas personas, entre Hermanas, novicias y jóvenes alumnas. El director Don Lemoyne ordenó que fuesen a la

(5) Proc. Ord., p. 291; ved también Proc. Ap., p. 123.

iglesia a cantar un solemne *Te Deum* en acción de gracias; la Santa apareció toda confundida y fue a arrodillarse en un rincón lejano (6); con la mirada fija en el sagrario daba gracias, con el más vivo fervor, a Jesús, a la Virgen Auxiliadora y a San José por haberla escuchado y traído de nuevo a la casa central de su obra y de sus preocupaciones.

El rostro mostraba visiblemente las señales de los largos sufrimientos padecidos, pero infundía al mismo tiempo calma y dulzura. Las Hermanas confiaban en que pronto se pondría completamente bien y la miraban con santa curiosidad y veneración, sabiendo que había curado como por milagro; todas estaban contentas y felices: la Madre había vuelto...

11. Una Hermana, que hacía seis meses que había entrado como postulante, escribe: «No sé si el mismo día o al siguiente las Hermanas y las postulantes nos habíamos reunido en torno a la Madre para oír contar a ella en persona la gracia que la Santísima Virgen le había concedido de volver a estar en medio de sus hijas de Nizza Monferrato. Al final, mirándonos a las postulantes, indicaba más o menos las que vestirían el hábito religioso. Al llegar a la postulante Catalina Raglia, que parecía fuerte, le dijo: “De ti tengo miedo por causa de tu salud...”

»La postulante le dijo que estaba muy bien, pero la Madre le insistió en que no. Pues bien, en el mismo mes en que murió la Madre tuvieron lugar las vesticiones y la postulante Raglia creía que la iba a hacer también, y tenía ya preparado su hábito, pero no se la admitió porque se le presentó una gran hinchazón en la cara. Después vistió el hábito el día 5 de agosto de 1882, pero poco más tarde tuvo que volver con la familia. De nuevo entró todavía en el Instituto, pero siempre estuvo enfermiza y murió joven».

12. El día 30 se celebró una Misa solemne con la iglesia adornada festivamente para agradecer a María Santísima y a

(6) Proc. Ord., p. 415.

San José la gracia obtenida de la vuelta de la Madre y se tuvo una espléndida velada, en la que las religiosas y las alumnas, con cantos, músicas y composiciones, le demostraron su afecto filial, su alegría por la curación e hicieron presagios y promesas.

La Santa dio las gracias de todo corazón, pero dijo que se habían excedido en la alegría y recordó su dicho acostumbrado, que ante cualquier suceso no es necesario ni entristecerse ni alegrarse demasiado, sino sólo en el Señor y estar siempre resignadas a su santa voluntad.

Añadió que había viajado en día de fiesta, cosa que no estaba muy bien, porque no era edificante, pero que no se escandalizasen porque lo había tenido que hacer así por una verdadera necesidad.

Y aprovechó la ocasión para decir que cuando se vea a algunas persona faltar gravemente no se debe rápidamente escandalizarse, sino que se debe pensar que si el Señor no tiene su mano sobre nuestra cabeza, nosotros somos capaces de obrar aún peor; por esto recomendó la perseverancia en la oración.

Dio otros avisos, entre los cuales el de ser ordenadas en nuestra persona y en todo, y acabó encomendándose a nuestras oraciones.

Recordamos aquí una breve anécdota. Una pequeña alumna tenía una parte principal en el canto, pero, tal vez por el esfuerzo hecho en los ensayos, la víspera perdió la voz. Una asistente, sin reflexionar demasiado, le dijo: «Pero tú pierdes siempre la voz la víspera del día que tienes que cantar». La niña, ya dolorida por no poder cantar, sufrió aún más por esta especie de reproche, pensando que alguna superiora pensase que no cantaba por capricho, buscando hacerse la interesante. Luego añadió: «No sé si la Madre llegó a saber esto, recuerdo sólo que me hizo llamar y, sin hablarme de lo sucedido, me colmó de delicadezas, por lo que me sentí animada y recobré nuevamente el ánimo».

En todos los corazones había una gran alegría y se reflejaba en los rostros de todas, pero no duraría mucho.

APENDICE AL CAPITULO VII, NUM. 7

Creo hacer algo agradable a todas las Hijas de María Auxiliadora contando aquí lo que escribí en la pequeña circular en el mes de enero de 1932, núm. 135.

«La primera cartita del nuevo año lleve a todo el Instituto, y especialmente a las Hermanas de Francia, una amada noticia.

El verano pasado tuve la suerte de encontrarme durante algún tiempo en el orfanato de Saint-Cyr-sur-mer —entre Tolón y Marsella— que la Madre, por deseo del Beato Fundador y Padre, había visitado antes y después de la aceptación y donde después, en 1881, de vuelta de haber acompañado hasta Marsella a la tercera expedición de sus hijas misioneras que se dirigían a América del Sur, se había quedado debilitada por las fatigas y por la enfermedad y allí había permanecido cuarenta días entre febrero y marzo.

Es sabido de oídas —y se sabrá mejor por la nueva edición que estoy preparando— cómo durante su enfermedad en Saint-Cyr su cuarto se convirtió en una escuela de virtudes; cómo en aquel cuarto la visitó tres veces Don Bosco y cómo en aquel cuarto obtuvo, por gracia especial de María Auxiliadora y de San José, el poder venir a acabar sus días en la casa-madre de Nizza Monferrato.

Ahora bien, a mí me parecía, como creo que le parezca a todas las Hijas de María Auxiliadora, que aquel cuarto debía y debe considerarse por todo el Instituto como un lugar sagrado, y por esto, con la ayuda de las superiores de la casa y de las Hermanas, especialmente de una que en tiempos de Madre Mazzarello era jovencita en el orfanato, pude encontrar, sin ninguna duda, el cuarto habitado por la Sierva de Dios, a pesar de las transformaciones realizadas. Por ello, seguro de interpretar el sentir de las superiores del Consejo Generalicio del Instituto, decidí colocar allí una lápida de mármol en la pared, para perpetuo recuerdo, y fui a Tolón para encargarla.

La divina Providencia dispuso que allá me encontrase con el Vicecónsul italiano, el abogado Don A. Parenti, al que yo no conocía, quien enterado por qué estaba en Tolón pidió que le cediese el honor de hacer preparar la lápida, diciéndome que, apenas estuviese pronta, quería también tener la satisfacción de llevarla él mismo con su automóvil.

Le di las gracias cordialmente, también en nombre de los superiores y de las superiores, y él, como había prometido, un buen día llegó al orfanato, en donde las superiores con las huérfanas le hicieron un cariñoso recibimiento, y la lápida quedó fijada en la pared del cuarto-santuario.

He aquí la inscripción:

IN MEMORIAM
ICI MÈRE MARIE MAZZARELLO
PREMIÈRE SUPÉRIEURE GÉNÉRALE DES FILLES DE MARIE
AUXILIATRICE TRÈS ÉPROUVÉE PAR LA MALADIE
SÉJOURNA 40 JOURS (FÉVRIER - MARS 1881)
TROIS VISITES DU BIENHEUREUX DON BOSCO LA CONSOLÈRENT;
PAR L'INTERCESSION DE MARIE AUXILIATRICE, DE SAINT JOSEPH
ELLE OBTINT LA FAVEUR DE RENDRE À DIEU SON ÂME
À LA MAISON MÈRE À NIZZA MONFERRATO (ITALIE)

POUR LE CINQUANTENAIRE DE LA MORT DE LEUR VÉNÉRÉE MÈRE
SES FILLES AFFECTIONNÉES ET RECONNAISSANTES.
1881 - 1931

Y he aquí su traducción:

EN RECUERDO
AQUÍ MADRE MARIA MAZZARELLO
PRIMERA SUPERIORA GENERAL DE LAS HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA
MUY AGOBIADA POR LA ENFERMEDAD
VIVIÓ 40 DÍAS (FEBRERO-MARZO 1881)
AQUÍ FUE CONSOLADA POR TRES VISITAS DEL BEATO DON BOSCO:
AQUÍ POR INTERCESIÓN DE MARÍA AUXILIADORA Y DE SAN JOSÉ
ALCANZÓ LA GRACIA DE PODER ENTREGAR A DIOS SU ALMA
EN LA CASA-MADRE DE NIZZA MONFERRATO

EN EL CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE SU VENERADA MADRE
SUS HIJAS, CON CARÍÑO Y AGRADECIMIENTO.
1881 - 1931

Hemos también identificado con toda certeza la cama que utilizó la gran Sierva de Dios y también ésta será conservada en dicho cuarto como precioso tesoro.

Mientras estaba en el orfanato y pensaba encontrar el cuarto y hacer colocar allí una lápida, pero sin haber aún hablado con nadie, una Hija de María Auxiliadora, enterada de mi llegada a dicha casa, me escribía desde Marsella: “... *Je souhaite que vous reposiez parfaitement dans cette vieille et chère maison, qui a abrité maintes fois Don Bosco et a reçu Mère Mazzarello; elle est tapissée de souvenirs; c'est la relique de l'Inspection Française...*” Palabras que en español suenan así: “Le auguro que descanse perfectamente en esta vieja y querida casa, que alojó varias veces a Don Bosco y dio asilo a Madre Mazzarello: ella está llena de recuerdos, es la reliquia de la Inspección Francesa...”

Pienso que semejantes sentimientos para con dicha casa, y más para con el cuarto, no sean aislados, sino que estén en el corazón de todas las Hijas de María Auxiliadora, especialmente de las que trabajan en Francia.»

CAPÍTULO VIII

Comportamiento edificante de la Madre durante su enfermedad

(1881)

1. Persiste la debilidad de la Madre.—2. Carta a las misioneras de la Patagonia.—3. Despierta la antigua enfermedad.—4. Nosotras trabajamos para un buen Amo.—5. Su fidelidad a las prácticas de piedad.—6. Reaparición de la pleuresía. Señor, mándame sufrimientos. No curaré ya. Delicadeza de conciencia.—7. Atenciones con el hermano de una postulante.—8. Es tan grande el bien que espero.—9. Predicciones sobre dos novicias.—10. Predice cuándo va a morir a la ecónoma. Aviso a una Hermana.—11. Piensa en el Instituto más que en sí misma.—12. Oración continua. Admirable ejemplo de virtud.—13. No me dejéis sola.—14. Confianza en la Santísima Virgen.—15. Pide la Extremaunción. Ahora están los papeles firmados.—16. Yo quiero amar a María.—17. Palabras al confesor.—18. ¡Oh, Jesús, soy vuestra! Haz que pase aquí mi Purgatorio.—19. Sus avisos a todas. Practicad la caridad, la humildad y la obediencia.—20. A las novicias.—21. A las superiores.—22. Para la formación espiritual de las Hermanas y de las alumnas.—23. Reparación.—24. Amor a Jesús, afecto a las hijas y resignación a la voluntad de Dios.

1. Después del regreso de Saint-Cyr la Santa reanudó pronto sus ocupaciones, pero se sentía cansada y acabada. Su voluntad era siempre fuerte y enérgica, mas el cuerpo estaba agotado y reclamaba descanso, como un valiente corcel que habiendo recorrido un largo y difícil camino vuelve los ojos piadosos al que lo monta, como si quisiera decirle: no puedo ya más, iría al trote todavía, pero me faltan las fuerzas.

Ella lo comprendía y decía que ahora no tenía fuerzas para nada. Una religiosa escribe: «Una de estas tardes recibía a las Hermanas para el coloquio privado; me presenté yo también, novicia de dieciséis años. La Madre tenía en la mano el corpiño del vestido de una huerfanita, que había en casa; entre

otras cosas me dijo: "Mira, estoy poniendo el último corchete y después he terminado, pero estoy muy cansada y siento no poder seguir recibiendo a las Hermanas. ¿Tú qué me aconsejas?...". Y yo, tímida niña, no supe sugerirle otra cosa sino que fuera al jardín a respirar un poco de aire puro».

2. El 10 de abril hizo escribir a las misioneras de la Patagonia.

Nizza, 10 de abril de 1881

¡Viva Jesús!

Queridísimas Hermanas de la Patagonia:

He recibido con alegría vuestras noticias y he tardado en contestaros esperando restablecerme de la enfermedad que he sufrido y poder escribiros por mí misma como deseáis. Pero viendo que aún tengo para tiempo, os escribo por mano de otros y vosotras os contentaréis, ¿verdad?

¿Con que Sor Catalina está enferma?, ¡pobrecita! Dadle ánimos de mi parte, decidle que esté resignada a la voluntad de Dios y que sufra siempre con paciencia y resignación. ¡Cuántos méritos se hará! Yo creo que se curará pronto: sois muy pocas para dejarla marchar al cielo; además aún no ha trabajado bastante, así es que tiene que curarse, hacerse una gran santa y ganar muchas almas para el Señor. No os recomiendo que la cuidéis, porque estoy segura que lo haréis.

Quisiera decir algo en particular a cada Hermana, pero a falta de espacio suficiente, os diré a todas que os recuerdo siempre y rezo por vosotras de manera especial cada día al buen Jesús. Os recomiendo mucho la humildad y la caridad; si practicáis estas virtudes, el Señor os bendecirá a vosotras y a vuestras obras de manera que podréis hacer un gran bien.

Vuestras Hermanas de Europa os saludan de corazón y os recuerdan siempre. Pedid por todas, rezad especialmente por las enfermas, entre las cuales está la reverenda ecónoma, Sor Catalina Massa y Sor Teresilla.

Las noticias particulares os las habrán dado las Hermanas de Buenos Aires, por esto yo termino encomendándome mucho a vuestras oraciones.

Os dejo en el Sacratísimo Corazón de Jesús, en el cual seré siempre vuestra afectísima Madre,

SOR MARÍA MAZZARELLO

(Carta núm. 68, pp. 383 y 385.)

La carta se la dictó a la reverenda Madre Asistente, Sor Emilia Mosca. Las últimas palabras, «vuestra afectísima Madre Sor María Mazzarello», las escribió la Superiora.

3. Sucedieron en aquellos días algunas cosas desagradables y ella en su humildad repitió muchas veces, con acento de verdadera convicción, que era necesario que muriese para que los asuntos de la Congregación se arreglaran bien.

Poco después se vio afectada de nuevo por un fuerte dolor de costado, pero, como de costumbre, no hizo caso y creyó que un poco de descanso y algún remedio bastaría y los remedios consistían en ponerse un ladrillo caliente en el costado, donde sentía el dolor, y en aplicarse alguna ventosa; después no era capaz de tomarse un descanso.

4. Una Hermana escribe: «Yo la he visto lavar en el lavadero con los brazos llagados por las *moscas de Milán*, y a nuestros requerimientos de que se cuidase, la he oído responder: “Nosotras trabajamos para un Amo riquísimo, trabajemos con gusto, hagámonos méritos...” y después de treinta años sus palabras resuenan aún en mis oídos como un estímulo y un aliento».

5. «Jamás quiso dispensarse del horario común y yo la vi enferma en su última enfermedad —escribe una Hermana— ir a hacer sus prácticas de piedad en común, aunque dolorida por los sinapismos o *moscas de Milán*. Permanecía de rodillas, sin apoyarse en el banco, como la persona más sana.»

Otra declaró: «La vimos reaccionar ante su enferma naturaleza curando su mal sólo con poner sobre la parte dolorida un ladrillo caliente y, en tales condiciones, acudir a sus de-

beres. Conservó siempre la serenidad de su espíritu y estaba siempre de constante buen humor, no sólo entre los dolores del cuerpo, sino también en los del alma» (1).

Un día, en la primera mitad de abril, se hacía la colada en la casa. La Madre quería ayudar a las Hermanas a lavar, pero ellas se lo impidieron. Entonces se puso a acarrear leña y a encender el fuego debajo de la caldera, pero pronto se sintió cansada y se sometió a los ruegos de sus hijas de que se fuese a descansar. El mal aumentó tanto que la obligó a guardar cama y quiso ir a la enfermería común y no volvió a su cuarto hasta después de pasados algunos días, ante los ruegos insistentes de las Hermanas.

6. El 5 de abril los médicos declararon que la *pleuritis* había vuelto a aparecer con toda su violencia.

Un velo de profunda tristeza envolvió de nuevo a la casa de Nizza y de nuevo se duplicaron las oraciones.

La Madre sufría atrozmente, pero de sus labios no salía ni un gemido ni un lamento; estaba serena y tranquila, llena de confianza en Dios; de cuando en cuando decía: «Señor, mándame sufrimientos en esta vida, todos los que queráis, para que apenas expire mi alma vaya a unirse con Vos en el cielo».

Las Hermanas la animaban, pero ella, recordando el apólogo oído a Don Bosco y también por las luces especiales que tenía, por las que, como dijimos más arriba, ya había anunciado su muerte, respondía: «Queridas mías, podré durar un mes y aún más, pero no me curaré».

7. Sor María Genta, que en aquel tiempo era postulante, escribió: «Por aquellos días vino mi hermano al Instituto para injertar las vides de la viña y trajo un cestito de castañas frescas para la Madre, porque mis padres tenían un método especial para conservarlas. La Madre estaba en la cama; me mandó llamar y me dijo que dijese a la ecónoma que se preocupara de la comida para mi hermano y me recomendó que estuviese

(1) Proc. Ap., p. 313.

atenta a que se le tratase bien y se fuera después contento; de lo que me alegré mucho y guardé siempre un grato recuerdo».

8. La resignación y la paz de la enferma eran admirables. Madre Petronila declaró: «Yo la visitaba con mucha frecuencia y no la oí nunca un lamento. Estaba siempre serena y parecía contenta de morir. Cuando se sentaba un poco en la cama y desde la ventana veía el campo verde y florido, decía: "¡Qué bella es la naturaleza!, pero ¡cuánto más hermoso será el cielo!" Y repetía: "Es tan grande el bien que espero que toda pena me resulta agradable"» (2).

9. Siendo voz común que la Madre tenía luces especiales para conocer si una joven era o no llamada a la vida religiosa, las novicias y las postulantes deseaban hablarle. Por esto, cuando el mal le dejaba momentos de tregua, las hacía entrar y, en secreto, decía a ésta o a aquélla: «Tú si quieres continuar en la Congregación debes corregirte de este o de aquel defecto». Las piadosas jóvenes escuchaban sus palabras como dichas por una santa.

Madre Petronila declaró: «Un día le llevé junto a su cama a dos novicias para que les dijese alguna buena palabra. Ellas las recibió un poco seria, después les dio buenos consejos, recomendándoles especialmente la sinceridad en las confesiones, como recomendaba siempre. Una vez que se hubieron ido las novicias le dije: "Madre, ¿por qué las ha recibido tan seria?"

»Ella me respondió que una de ellas (diciéndome el nombre) sería una Hermana muy buena y haría mucho bien al Instituto, pero que la otra no perseveraría, lo que se cumplió al pie de la letra porque una, que aún vive (1933), hace mucho bien en el Instituto; la otra, después de algunos meses, salía para volver con la familia» (3).

La Hermana que perseveró escribe: «A mí me dijo: "Si quieres perseverar en la vocación religiosa, procura combatir

(2) Proc. Ord., p. 449.

(3) Proc. Ord., p. 211.

la inclinación que te lleva a amar a las criaturas por simpatía; ten el corazón abierto a los superiores y de modo especial a tu confesor que tienes actualmente (Don Lemoyne), al que te recomiendo..." Y añadió: "Si eres fiel en la práctica de esto, te aseguro que perseverarás en la vocación..." Si algunas veces no hice lo que me recomendó, sin embargo tuve siempre la gracia de levantarme de nuevo porque en la ocasión invoqué su ayuda».

10. Un día viendo a la ecónoma, Sor Ferrettino, toda atareada le dijo: «Está bien que dejes a las superiores jóvenes que se encarguen de tu oficio: tú piensa en prepararte para la muerte. Aunque te parezca que estás bastante bien, no pasarás la fiesta de Santa Ana».

Sor Ferrettino murió el 22 de julio, cuatro días antes de Santa Ana. Sintiendo bastante mejorada del mal que la atormentaba, la buena Hermana el día 20 le había dicho a la enfermera: «Esta vez la Madre se ha equivocado, estoy mejor y me curaré». En cambio, murió dos días después y la profecía se había cumplido (4).

Pocos días antes de su muerte le dijo a una Hermana un poco descuidada en la observancia religiosa: «Sor..., yo estoy ahora en las manos de Dios y no escapo más, piensa que este momento llegará también para ti».

11. La querida enferma quería estar informada de todo y daba las órdenes oportunas. «Se interesaba por todas, preguntaba por sus necesidades —declaró una Hermana que estaba presente— y parecía que quería más aún a su comunidad» (5).

Y Madre Petronila: «Llamaba con frecuencia a Madre Vicaria, le hacía escribir y dictaba ella misma las cartas para el Instituto y pensaba más en el Instituto que en sí misma».

12. Su piedad tan ardiente durante su vida parecía que ahora, en el lecho del dolor, se encendía más.

(4) Proc. Ord., p. 459.

(5) Proc. Ord., pp. 410 y 419.

Recibía la sagrada Comunión todos los días y con tanto fervor que todas las Hermanas se conmovían (6). Rezaba casi continuamente, tanto que Madre Enriqueta Sorbone declaró: «Su enfermedad fue un continuo coloquio con Dios. Estaba contenta de sufrir» (7). Y Madre Elisa Roncallo: «La fortaleza de alma de la que dio prueba en su última enfermedad creo que provenía de su unión con Dios, porque rezaba continuamente» (8).

Y otra Hermana que también estaba presente: «Su última enfermedad ha sido una continua lección de humildad, de piedad, de paciencia y de resignación; una verdadera escuela de virtudes. En medio de tantos dolores estaba alegre y animada» (9). Y todas las testigos están de acuerdo en decir «que estaba siempre alegre en medio de sus dolores y que su lecho parecía una cátedra desde donde se enseñaba la virtud» (10).

13. Todas las religiosas estaban edificadas, pero ella, viendo que la enfermedad se alargaba, con toda humildad les decía:

—¡Tengo miedo a perder el valor!

—¿Y por qué temer? No tema, confíe en el Señor.

—Lo decís muy bien vosotras, pero yo... el bendito amor propio es siempre nuestro enemigo... Sí, sí, confío en Jesús y en María. Ellos me ayudarán desde el cielo a no perder la paciencia. Pero vosotras ayudadme también, no me dejéis nunca sola, porque si os veo junto a mí me siento más serena.

14. Madre Petronila declaró: «Al pensar que tenía que presentarse ante el tribunal de Dios se animaba, diciendo a la Virgen: “Soy tu hija, Tú me ayudarás...” Cogía el Crucifijo y

(6) Proc. Ord., pp. 447, 449, 453, 455 y 459.

(7) Proc. Ord., p. 196.

(8) Proc. Ord., p. 453.

(9) Proc. Ord., p. 455.

(10) Proc. Ord., p. 459. La continuación de este capítulo, como también los que le siguen, se compiló con lo que dijeron las Hermanas que asistieron a la Madre en su última enfermedad, con lo que declararon en los procesos y con lo que escribió Don Lemoyne en sus apuntes.

decía al Señor: “¡Oh, si yo hubiese empezado antes a conocerte y amarte!”» (11).

Y Madre Sorbone: «Manifestaba la pena de haber ofendido al Señor y al Crucifijo (que tenía delante) le decía: “¡Oh, mi amado Jesús!, si yo te hubiese conocido como te conozco ahora, verdaderamente no te habría ofendido. Hazme sufrir, quiero amarte...” Con sus conversaciones con el Señor suscitaba la admiración de todos» (12).

15. Sintiendo agravarse el mal por momentos pidió e insistió en que se la administrase la Extremaunción. Recibió este sacramento con gran fervor; pidió y obtuvo la bendición papal. Después se volvió al sacerdote y le dio las gracias. A continuación, con aquel gracejo que le era tan propio en su vida y que demostraba la inalterable tranquilidad de su conciencia, le dijo: «Ahora me ha firmado todos los papeles y puedo partir en cualquier momento, ¿no es verdad?»

16. En la tarde del 27 de abril parecía inminente la agonía, pero la Madre, con el corazón y la mente llenos de amor por la gloriosa Reina del Cielo, a quien tanto había amado siempre, de vez en cuando se ponía a cantar en voz alta, que se oía en una buena parte del corredor: «A María quiero amar, ¡quiero darle el corazón!» O bien: «Quien ama a María dichoso será» (13).

Otras veces, faltándole la voz, repetía: «*Tanto è il bene che mi aspetto, che ogni pena mi è diletto*» (Es tan grande el bien que espero, que me es placer toda pena).

17. Viendo después a su lado al director espiritual del Instituto, Don Juan Lemoyne, con la estola al cuello para la recomendación del alma, le dijo:

(11) Proc. Ord., p. 450.

(12) Proc. Ord., p. 461.

(13) «Io voglio amar Maria; voglio donarle il cuore!» «Chi ama Maria contento sarà.»

—Si cuando llegue a los últimos momentos ya no puedo hablar y tengo todavía algo que decir, o necesito alguna palabra que me serene y consuele, pudiendo, tocaré la estola y esto será la señal para que me dé la última absolución o bendición, como crea mejor. Y si no puedo moverme, le miraré a la cara y así comprenderá lo que le pido. Y tenga la caridad de asistirme hasta el final.

El confesor, emocionado, le respondió:

—Esté segura de que no la abandonaré.

Hubo un momento de silencio. El director se retiró a un lado de la cama un instante; ella lo buscó con una mirada y preguntó:

—¿Dónde está el director?

—¡Estoy aquí!

—Cuando vaya al cielo, como espero por la misericordia de Dios, le prometo que se dará cuenta de que estoy allá.

18. Alrededor de las dos de la mañana se le llevó nuevamente la santa Comunión, que constituía su delicia y su consuelo. Después de algunos instante, no pudiendo refrenar los afectos que ardían en su corazón, con la voz entrecortada por el llanto, pero enérgica y clara, dijo: «¡Oh, amado Jesús! ¡Amable Jesús!, acuérdate de que soy tuya en la vida y en la muerte. ¡María, recuerda que soy tu hija!»

La muerte estaba cerca, pero no inminente, porque Dios quería purificar aquel alma querida en el crisol del dolor. Así como durante la vida había tenido siempre un gran miedo a las penas del purgatorio y había enseñado a sus hijas a sufrir siempre con resignación y con alegría las tribulaciones con el fin de evitar aquellos tormentos, así ahora, en el lecho del dolor, repetía: «Oh, Dios mío, hacedme pasar aquí mi purgatorio. ¡Dadme mucho que sufrir, pero no quiero ir a aquella cárcel de allá! Pero que se haga según vuestra justicia. Si tengo que ir, que sirva mi presente tribulación en sufragio de aquellas almas que me han precedido».

Dios la escuchaba e iba disponiendo así el alma de sus hijas a la grandísima pérdida que estaba a punto de suceder.

19. Les parecía imposible que el Señor quisiese un sacrificio tan grande, pero al ver que cada vez se agravaba más el mal y que los médicos no daban ninguna esperanza, poco a poco se iban preparando, sin dejar por esto de dirigir al cielo las más ardiente súplicas.

La Madre continuaba sufriendo, pero siempre con una paz inalterable; comulgaba y pasaba el día recogida en oración, diciendo de cuando en cuando fervorosas jaculatorias y escuchando y dando las gracias a las hijas que la asistían o la visitaban. Estas, dándose cuenta de que la tendrían con ellas poco tiempo, todas querían ir a verla y tener un consejo de ella, una sola palabra; por esto se tuvo que usar cierta severidad en dar permiso para entrar en su cuarto con el fin de no cansarla demasiado. Ella a todas les recomendaba la caridad, diciendo: «Amaos, amaos mutuamente; practicad la verdadera caridad, la humildad y la obediencia» (14).

20. Se hizo pasar ante ella a las novicias y a las postulantes, a las que, siempre sonriendo, dijo: «Sed buenas, sed buenas. Estad siempre alegres y sed sinceras. Rezad por mí» (15).

A todas las recomendó que amasen a la Congregación y que a ella no la dejaran en el purgatorio.

21. A Madre Asistente, que le preguntó si no tenía algún consejo que dar a ella y a las demás Hermanas, respondió: «Procurad quereros siempre bien, manteneos siempre unidas, no os alegréis ni os aflijáis nunca demasiado por lo que os suceda, alegre o triste... Alegraos siempre en el Señor. Hace un mes, cuando volví de Francia, hicisteis una gran fiesta... yo decía que era demasiado... y ahora estáis viendo a dónde van a parar las fiestas... apeguémonos sólo al Señor. Conservad siempre la igualdad de carácter y no os dejéis entrar el mundo en casa».

Hizo una breve pausa. Después de un rato de silencio, como parecía que se la debía hacer volver de una especie de

(14) Proc. Ord., pp. 448 y ss.

(15) Proc. Ord., p. 459.

desvanecimiento, con el fin de oír su última voluntad, el director le preguntó:

—Madre, ¿no tiene que dar algún aviso a sus hijas? Ellas lo esperan.

La Superiora miró alrededor y después dijo:

—Tendría que deciros tres cosas a vosotras, las del capítulo, que sois las mayores...; me gustaría que estuviesen aquí todas las más ancianas...

—¡Estamos aquí!, ¿sabe? ¡Madre! Estamos aquí.

—Deseáis que os dé un consejo y yo os lo doy con mucho gusto. Os recomiendo en primer lugar a todas las hijas de las demás casas, especialmente a las más lejanas... a las de Bronte, de Catania y de América. Saludadlas de mi parte, cuando yo ya no esté aquí..., decid a todas que rogaré por ellas...; os recomiendo también a mi sobrinita... procurad que no salga nunca de esta casa...

»A vosotras... he aquí los tres avisos que os pido que no olvidéis... En primer lugar... temo que cuando yo me haya ido surjan entre vosotras celos por las preferencias..., envidias... por la influencia que alguna pueda conseguir más que las otras... al ver antepuesta una compañera más joven... (16). En resumidas cuentas, que no exista en la casa aquel espíritu de unión que hace reinar la caridad. Mientras vivía entre vosotras este pobre guiñapo que vigilaba no existían estas miserias... Ahora existe ese peligro...; sé que nuestra Congregación es de la Virgen y que Ella es nuestra garantía para el porvenir...; estad tranquilas, la Virgen os ayudará mucho... Obedeced, pues, a quien los superiores elijan para dirigiros...; fuera el deseo de mandar...

»Os recomiendo la unión entre vosotras; amaos, amaos las unas a las otras; apoyaos siempre, no dejéis entrar el mundo en casa (17).

(16) Como hemos ya referido, había aconsejado que eligiesen vicaria a Sor Catalina Daghero, que era la más joven de las superiores, y la había preparado para el gobierno del Instituto, porque había previsto que sería su sucesora.

(17) Proc. Ord., p. 462.

»En segundo lugar... procurad ayudaros todas en la práctica de la virtud... pero dejad la dirección a quien os guía, a quien tiene el deber de fijar las normas... No tantas conferencias particulares, ¿eh?, ¡conferencias!... El Catecismo ha de ser Catecismo... Instruired también en esto, porque de lo contrario vendrán las divisiones de espíritu... No hay necesidad de cuentas diarias de conciencia...

»Tengo aún una cosa que deciros... pero me faltan las fuerzas... no sé expresarme... Si pudiese decir con palabras todo lo que siento aquí dentro... manifestar una idea que tengo muy viva en la mente..., pero estoy demasiado cansada... no puedo explicarme...

El director entonces tomó la palabra:

—Pues bien, descanse un poco y luego hablará.

Y la Madre:

—No soy capaz de explicarme... pero si pudiese... querría decir..., pero no puedo... soy una ignorante.

Y quedó unos minutos como adormecida. Después se despertó.

—Madre —le advirtió el director—, tiene que dar todavía el tercer aviso. Diga sólo de qué se trata... yo la entiendo y se lo explicaré a la comunidad.

—¡Ah!, sí... querría decir... si fuese capaz... que recuerden las hijas que, al entrar aquí y abandonar el mundo, no se fabriquen aquí dentro otro mundo semejante al que han dejado... No son cosas graves, pero impiden la perfección... ciertas envidias y desobediencias, actos de soberbia y apegos... Y no piensan en el fin por el que han venido a la Congregación...

En este momento miró al Crucifijo:

—¡Amado Esposo celestial!... y después dicen que os quieren sólo a Vos... ¡Ah!, ¡si os conocieran como yo os conozco ahora!...

22. Descansó un poco y de nuevo comenzó a hablar:

—Vosotras, que debéis formar a las postulantes y a las educandas, inculcad en sus corazones la sinceridad, especial-

mente en la confesión, porque así se sentirán contentas en la vida y en el momento de la muerte.

»Haced que estudien el Catecismo, no dejéis que cuenten relatos fantásticos, sino que sea verdadero Catecismo... (18). ¡Conferencias! La catequesis ha de ser catequesis...

23. «Un día —como declaró Madre Elisa Roncallo— dijo a las Hermanas: “Haceros ayudar por Sor Elisa...”, y pienso que en estas palabras iba la intención de reparar cierta desconfianza que me había mostrado por informaciones falsas que le habían dado respecto a mí, y de esta manera la Madre quiso hacer un acto de virtud» (19).

24. Así transcurrieron los días y las noches, un poco rezando y otro poco dando avisos y consejos, y llegó el mes de mayo, el mes de las flores, consagrado a la Reina del Cielo. Don Cerruti declaró: «Yo había llegado a Nizza en los primeros días de mayo de 1881, cuando Madre Mazzarello estaba ya en los últimos días de su vida. Ella había manifestado el deseo de tener siempre a su lado al sacerdote para que la asistiese y la preparase a bien morir.

Don Lemoyne, entonces director espiritual de la casa de Nizza Monferrato, me pidió que le ayudase, porque él ya no tenía fuerzas para velar junto al lecho día y noche. Yo acepté y así nos dividimos el trabajo. Tuve, por consiguiente, ocasión de apreciar mejor y con más intimidad su fe y su amor a Jesús Sacramentado, el afecto materno a sus hijas, a su Instituto y la resignación plena y completa a la voluntad de Dios» (20).

(18) Proc. Ord., p. 462.

(19) Proc. Ord., p. 289.

(20) Proc. Ord., p. 221.

CAPÍTULO IX

Los últimos días de la santa Madre y su preciosa muerte

(1881)

1. ¿Qué día es hoy? Deseo ver a Don Cagliero.—2. Coloquio con el Crucifijo.—3. Ya no tengo mal alguno. Virgen mía, estoy preparada y no quiero volver atrás.—4. Fenómeno extraordinario.—5. Dos deseos.—6. Aniversario de su nacimiento.—7. Caridad con una Hermana enferma. Prevé el día de su muerte.—8. Llegada de Don Cagliero. La bendición de Don Bosco. Agradecimiento de la Madre.—9. Habla con Don Cagliero. Desea morir en sábado.—10. Recomendaciones a la alumnas; a una Hermana de que cuide mucho el oratorio festivo.—11. Coloquio con la vicaria.—12. Otra conversación con Don Cagliero. Por qué no se llamó a Don Bosco para que acudiera al lado de la moribunda. Don Cagliero no se irá antes de que yo me vaya.—13. Lucidez de mente.—14. Amabilidad con la portera y con ella canta: «Load a María».—15. Hermoso padecer, hermoso gozar...—16. La última prueba. ¿Quién ha confiado en vano en la Virgen? Quien ama a la Virgen será feliz.—17. Muero con gusto. Padre, adiós. Arregladme. Hasta vernos en el cielo.—18. Jesús, José, María...

1. El mal continuaba agravándose cada vez más y un día, el 5 de mayo, preguntó:

—¿Qué día es hoy?

—Jueves, Madre.

—Muero con gusto, pero el Señor me daría una alegría si me dejase en este mundo hasta el lunes... día de mi cumpleaños... cumplo cuarenta y cuatro. Y todavía debo sufrir mucho antes de morir.

Y después de una breve pausa:

—¿No volveré a ver a Don Cagliero?

Don Cagliero había sido enviado por Don Bosco a España a fundar una casa en Utrera, que está a treinta kilómetros de

Sevilla, y de allí había pasado a Portugal (1). Por esta razón se le respondió a la Madre:

—Se ha escrito a varias casas para que a su paso le avisen de su enfermedad y del deseo que tiene de hablar con él.

Escuchó y contestó:

—¡Gracias! Está bien.

2. Con frecuencia tomaba en sus manos el Crucifijo, le besaba amorosamente las llagas y desahogaba en él calladamente sus piadosos y santos afectos.

«Pero un día —nos contó Madre Catalina Daghero— casi de improviso se incorporó y se sentó en la cama y, teniendo el Crucifijo en las manos, como arrebatada en éxtasis, comenzó a decir en voz alta: “Señor, si me hubiera hallado en el camino del Calvario no habría querido que lleváseis esta cruz y estas espinas, no habría querido ser como esos desgraciados que os golpeaban y maltrataban... ¡Oh!, si hubiese podido encontrarme allí os habría abrazado y me habría cargado con todos vuestros dolores... Sí, sí, lo habría hecho. Pero ahora puedo hacerlo, puedo imitaros... Sí, sí, mandadme más sufrimientos, pero dadme también mucha fuerza y mucha paciencia. Oh, Jesús mío, quiero amaros ahora y siempre”.

»Y a medida que decía tales cosas, su palabra se acaloraba y su rostro tomaba un aspecto celestial. Nosotras la observábamos maravilladas (nos decían también las Hermanas que estuvieron presentes), vinieron otras y rodearon la cama y todas la mirábamos con los ojos húmedos por las lágrimas; hubiéramos querido decirle que no se fatigase, pero ninguna se atrevía.»

3. El coloquio duró unos diez minutos, después, como volviendo en sí y dándose cuenta de la presencia de las Hermanas, mortificada, dijo: «¿Qué hacéis aquí? Yo estoy curada, yo no tengo ya ningún mal. ¡Id, id a trabajar!», y lo repitió varias veces (2).

(1) Proc. Ord., p. 462.

(2) Proc. Ord., p. 448.

Una paz celestial resplandecía en ella y realmente daba señales de estar buena.

De golpe, como sorprendida por un vivo pesar al sentirse curada, vuelve la mirada hacia la imagen de la Virgen y tendiendo las manos alzadas empezó a decir, como quien sufre un desengaño: «Pero no, pero no, ¡Señora mía!, si estoy ya preparada... tengo los papeles en regla... no quiero volver atrás...»

Madre Petronila declaró: «Unos ocho días antes de su muerte tuvo un acceso de fiebre tan violento que se creyó realmente en los últimos instantes de su vida. Sea por las oraciones de las Hermanas o por otra razón, se le pasó, pero mostró su pesar por esto y decía:

—Estaba ya preparada y cerca del cielo y otra vez me encuentro de nuevo en peligro.

Pero rápidamente se resignó ante las palabras del director (3). Efectivamente, el confesor le hizo esta observación:

—Madre, haga también en esto la voluntad de Dios.

Y la Madre:

—Sí..., pero ¡cuánto me cuesta no morir, porque estaba realmente tranquila! ¡No tengo nada que me dé pena!

—¿Y esto qué? Si el Señor os conservase la vida todavía para que trabajéis para su gloria, ¿no es dueño de hacerlo?

4. La moribunda, en un ímpetu de fuerza, se sienta en la cama, mientras antes estaba casi inmóvil. Sobre sus mejillas amarillentas se extiende un bello color de rosa. Mueve los brazos, se coloca las almohadas y las ropas y, volviéndose hacia el director, dice:

—¡Estoy curada, señor director!... No me duele nada...

Y volviéndose a las Hermanas:

—Vosotras, todas... fuera... dejadme... Dadme el hábito... quiero ir a la iglesia, quiero ver la imagen de Nuestra Señora.

—No..., ¿qué hace?

(3) Proc. Ord., p. 450.

—Estoy curada, sabéis... Ciertamente me encuentro sin fuerzas... estoy débil... pero el mal ya no lo siento... Dadme algo de comer...

»Se le llevó un vaso de vino y unas pastas y la que antes no podía ni acercarse a los labios el Crucifijo, ahora con mano firme sostenía el vaso, como cuando estaba buena.

»La noticia de aquella mejoría se esparció inmediatamente por toda la casa. Hubo un reír y un llorar de alegría general. El cuarto de la Superiora se llenó de religiosas que querían ser testigos de su curación. Después toda la comunidad se reunió en la iglesia para dar las gracias a la Virgen.

»¿Era esto una gracia? No hay duda, el mismo médico lo juzgó como un hecho extraordinario.»

5. «Al preguntarle qué deseaba —según declaró Madre Daghero— dijo que tenía dos deseos: uno ver otra vez a Don Cagliero, director general, y hablar con él; otro, morir en sábado (4).

»El viernes, el sábado y el domingo se vivía con la seguridad de su curación, pero la Madre no dejaba de repetir: «¡Pobres hijitas!, tendré aún que sufrir mucho... Le he pedido esto al Señor y veréis que para mí se acabó...»

6. Llegó el alba del lunes, día de su cumpleaños, en el que cumplía cuarenta y cuatro años. Dos educandas entran en su cuarto a presentarle un ramo de flores, mientras la comunidad en el jardín, en un lugar desde donde puede verse la habitación de la Madre, gritaba: «¡Viva la Madre!» Ella respondía haciendo señas con la mano.

¿No habrá dado las gracias a las dos afortunadas alumnas y dado además algún consejo? No podemos dudarlo, tanto más teniendo presente lo que diremos más abajo en el número diez, pero no hemos podido recoger nada a este respecto y no podemos inventar.

(4) Proc. Ord., p. 447.

7. Ese mismo día hizo que fuera junto a su cama una Hermana que desde hacía mucho tiempo estaba poco buena; se informó del estado de su salud y, oyendo que estaba todavía mal, levantó los ojos al cielo y dijo: «¡Que se haga la voluntad de Dios! Irás a Turín para hacerte de nuevo reconocer». Se calló unos momento y luego añadió: «Irás el diecisiete, con Don Cagliero».

¿Había adivinado la llegada de Don Cagliero y el día de su muerte?

8. El martes diez llegó el deseadísimos Don Cagliero; él, después de Pascua, desde España había ido a Portugal y luego, a primeros de mayo, había ido a Turín. Aquí había recibido una de las cartas de las Hermanas y, habiéndose enterado de la gravedad de la Madre, se dispuso a partir para Nizza y llevarle la bendición de Don Bosco, al que desde Francia había acompañado a Roma hacia mediados de abril.

Don Cagliero, apenas llegó a la casa de Nizza, fue a ver a la Madre y le dijo que le traía la bendición del Santo.

«La buena Madre —escribe el eximio purpurado—, agradecidísima a Don Bosco, recogida espiritualmente, serena y tranquila, dijo: “La bendición del amado Padre es para mí, después de la de Dios, el mayor consuelo. ¡Oh, qué bueno es Don Bosco y cuánto quiere a sus hijas! El es todo para el Instituto, yo no soy nada...”» (5).

9. El mismo eminentísimo declaró también: «Me dio cuenta de varios inconvenientes que, según las luces que recibía del cielo y su gran experiencia, amenazaban el espíritu religioso de las Hermanas, novicias, postulantes y alumnas del colegio, y esto por causa de cierta vanidad revelada en algunas, por amistades mundanas y demasiado sensibles en otras y por no pocas vocaciones inseguras, a fin de que después de su muerte me hallara en grado de corregir estos graves defectos y quitar esos obstáculos para el bien del Instituto, de las

(5). Mem. stor. cit.

Hermanas y de la perfección exigida por la santa Regla e inculcada por el Fundador (6).

»Y confieso —nos respondía el mismo al preguntarle nosotras—, confieso que si la hubiese escuchado habría podido prevenir, eliminar a impedir algunos inconvenientes de los primeros tiempos, con daño de ciertas vocaciones y del incipiente Instituto. Y lo que no se hizo entonces, se hizo después, con inmensa ventaja de la perfección religiosa» (7).

La Santa, cuando acabó de hablar con Don Cagliero, se recogió profundamente en sí y no se ocupó ya de otra cosa que del cielo, no teniendo otro deseo que el de dejar este mundo en día de sábado.

10. Mientras tanto en la casa se quería celebrar la hermosa y conmovedora función de la consagración de las alumnas a María Santísima Inmaculada y Don Cagliero fijó el jueves, doce, para esto. Ese día las *hijitas* eligieron a cuatro compañeras que, vestidas de blanco, visitaron a la Madre y le presentaron sus filiales homenajes.

La Madre se mostró muy contenta y les dijo: «Sed siempre buenas. Siento no poder hablar, por esto no os digo más que unas pocas palabras, pero éstas bastan: sed siempre sinceras en las confesiones y rogad por mí».

Ese mismo día a Sor Teresa Laurentoni, que fue a hacerle una visita, le recomendó encarecidamente que tuviese un gran cuidado del oratorio festivo.

11. El viernes por la mañana se quedó sola con Madre Daghero, vicaria del Instituto, y le pidió noticias de todas las casas, le dio varios consejos y oyéndole decir que en todas las casas todas las Hermanas estaban bien, marchaban de acuerdo y estaban alegres, respondió:

—Démosle gracias al Señor y pidamos que continúe asistiéndonos.

(6) Proc. Ord., p. 163.

(7) CAGLIERO, *Carta desde Costa Rica*.

Y Madre vicaria:

—¿Y en nosotras no piensa? ¿No le importa nada dejarnos?

—¡Yo ya no pienso en otra cosa sino en prepararme para la eternidad y en presentarme delante del Señor!

En realidad no tenía mucha necesidad de prepararse, porque como declaró Madre Sorbone: «Toda la vida de la Sierva de Dios fue una continua preparación para la muerte» (8).

La vicaria insistió:

—¿Y a mí no me dice nada?

—Te diré que tengas valor y que yo desde el cielo rogaré por ti para que estés siempre alegre.

La vicaria, viéndola muy enferma, se puso a llorar y ella le dijo:

—No llores, yo estoy vieja, no sirvo para nada, me muero, pero iré al cielo y pediré por ti y te ayudaré (9).

12. Por la tarde conversó con Don Cagliero casi tres cuartos de hora sólo sobre cosas de su alma.

Don Cagliero no escribió ni telegrafió a Don Bosco, porque pensaba que la Madre no estaba en sus últimos momentos, tanto que tenía la intención de volverse el sábado a Turín y llevar personalmente las noticias al Santo, ya en Florencia, para volver de nuevo a Valdocco.

Las Hermanas deseaban que se avisase a Don Bosco y viniera junto al lecho de la moribunda y así se lo manifestaban a Don Cagliero, pero él respondió: «¿No comprendéis que habiendo venido yo, mandado por Don Bosco para representarle, es como si Don Bosco estuviera aquí presente con vosotras?» Por esto las Hermanas no se atrevieron ya a contradecirle.

Entre tanto en la habitación de la enferma una Hermana dijo que había pedido a Don Cagliero que no marchase antes del lunes. La Madre, habiéndolo oído, la interrumpe diciendo: «Don Cagliero no se irá hasta que no me haya ido yo».

(8) Proc. Ord., p. 437.

(9) Proc. Ord., p. 447.

Las Hermanas refirieron lo que había dicho la Madre a Don Cagliero, convencidas de que esto era un argumento de gran valor, con el fin de que retrasase su marcha, pero el Señor permitió que Don Cagliero no le diera ninguna importancia.

He aquí su declaración: «No creyendo próximo su fin y pareciéndome que la enferma no estaba tan grave, porque lo sufría con paciencia heroica, virtud y tranquilidad grandísimas, había decidido, tras haberla consolado y bendecido además en nombre de Don Bosco, partir para Turín a la mañana siguiente. Pero las Hermanas, que sabían la gravedad de la enfermedad, me convencieron de que me quedase; también me dijeron que la Madre había asegurado que no me iría sino después de que ella se marchara» (10).

13. Por la noche las superiores, reunidas en el cuarto de la Madre, hablaban sobre la admisión o no de las postulantes a la vestición religiosa, que tendría lugar el día de la fiesta de María Auxiliadora. La Santa, sin fuerzas, parecía amodorrada, pero siempre que las Hermanas no recordaban o equivocaban algún dato, el nombre de un pueblo o cualquier otra circunstancia, ella se sacudía y con absoluta precisión corregía el error. ¡Tan grabado lo tenía en su mente y en su memoria!

14. Alrededor de las nueve y media (21,30), la portera, Sor María Besucco, llamó tímidamente a la puerta del cuarto para entregar una medicina. Madre Emilia Mosca abrió, cogió el frasquito y quería despedir a la Hermana, para no molestar a la Madre, pero ésta se dio cuenta y alzando la voz preguntó:

—¡Oh, Sor María! ¿Cómo vas? ¡Ven aquí! Hace dos días que no nos vemos, ¿estás bien?

—Gracias, Madre, para mí no hay peligro, ¡pero usted, Madre, está muy mal... —y prorrumpió en llanto.

Y la Madre:

—¡Oh, no te preocupes! No llores, yo estoy como quiere el Señor, yo me voy al cielo, pero tú tienes que cuidarte.

(10) Proc. Ord., p. 463.

Madre Emilia interrumpe diciendo:

—Ahora basta, Madre; si no, se cansa demasiado... —y hacía señas a la Hermana de que se marchase.

Pero la Madre insiste:

—No, no, quédate un poco más. Necesito saber lo que te haría bien... Tú, Madre Emilia, estás aquí todo el día y no sabes comprender lo que significa una palabra de la superiora. Esta pobrecita está siempre en la portería y no me ve más que de paso.

Y sugirió a las Madres que le dieran un remedio especial a la Hermana. Después, dirigiéndose a la misma, le dijo:

—Acércate y cantemos juntas una alabanza —y cansada como estaba entonó: «Load a María» y cantó con la portera la primera estrofa, demostrando así su ternura para con sus hijas y, al mismo tiempo, su devoción a la Reina del Cielo (11).

15. Pasó la noche con dolores, pero tranquila. Hacia las dos de la mañana del día 14 (1881), precisamente sábado, de repente se incorpora, se vuelve a las Hermanas que la asisten y, con el semblante alegre, dice: «¡Cantemos!», y con voz segura y sonora entona otra alabanza en honor de la Virgen, de suerte que despertó a las que dormían en la habitación de al lado.

Las Hermanas le decían que no se cansase, pero ella: «¡Hermoso padecer!, ¡hermoso gozar!», exclamaba y prorrumpía en otras jaculatorias que le brotaban de su corazón enamorado de Dios y de la Santísima Virgen. Finalmente se calló y se quedó inmóvil durante un cuarto de hora.

16. Parece que Dios permitiera todavía una última terrible tentación para aquella alma que se había entregado a El sin reserva, desde sus más tiernos años. Ella, que había consolado a tantos corazones, animado a tantas almas, ¡tiene miedo de no salvarse! Este temor le hizo sufrir un tormento indecible. Daba compasión ver la angustia que se le dibujaba en la cara.

(11) Proc. Ord., p. 453.

Era la última lucha, la última purificación: la gracia de Dios y la energía de su carácter triunfaron.

Se levantó con fuerza y autoridad, como si quisiese imponerse a alguno y, gesticulando arrogantemente, gritaba:

—¡Vergüenza, vergüenza! ¡Vamos! ¡Valor, valor!

Se le preguntó:

—Madre, ¿a quién habla?

—Yo sé muy bien a quién se lo digo.

Y miraba fijamente a la imagen de la Virgen colocada a los pies de la cama. En seguida exclamó:

—¿Por qué temer?

Y después de una corta pausa:

—¡Animo, ánimo!

—No grite tanto, Madre; el médico no quiere que se canse de ese modo.

—Yo tengo que pensar en mí y basta.

Y después:

—¿Por qué tanto temor? ¿Qué es esto? ¿Quién ha confiado en vano en la Virgen? ¡Qué vergüenza! ¡Vamos!, ánimo Sor María. ¿No eres hija de la Virgen? ¿Y quién jamás ha confiado en María y ha quedado defraudado? ¡Vamos, vamos!, ¡ánimo, ánimo! Mañana comienza la novena de María Auxiliadora; canta las alabanzas de tu Madre en la Pasión del Señor.

Y reuniendo todavía cuantas fuerzas le quedaban, cantó: «Quien ama a María, contento estará». *Chi ama Maria, contento sarà!*

La lucha había terminado con la victoria. La Madre recobró la calma y pareció que se quedaba dormida. Eran las tres y tres cuartos de la mañana, el pulso latía a 140 pulsaciones por minuto.

17. Se llamó urgentemente a Don Lemoyne y a Don Cagliero, que estaba preparándose para celebrar la santa Misa y después marcharse a Turín.

Don Cagliero declaró: «Dejé los ornamentos que me estaba poniendo y corrí al lecho de la Sierva de Dios. ¡Estaba alegre, serena y con el espíritu en completa paz! Como ya le habían

sido administrados todos los santos Sacramentos, le di la absolución en *articulo mortis* y la bendije. Las Hermanas y yo la animábamos y ella nos miraba a nosotros, hablándonos de Dios, de su amor, de la Santísima Virgen y de la hermosura del cielo. Cuando se vuelve a mí y me dice: “¡Oh, Padre! Adiós, me voy...” (12).

»Y después: “No siento morir; antes bien, muero con gusto. Sólo me da pena pensar el dolor que sentirá el director cuando me haya muerto...”»

Don Cagliero comenzó a rezar la recomendación del alma.

La Madre hizo señas de que le quitasen una almohada y dijo: «¡Arregladme!» Hecho esto se volvió a Don Cagliero, levanta la mano en además de despedida y dice con suave sonrisa: «¡Adiós!, ¡adiós! Hasta que nos volvamos a ver en el cielo» (13).

18. Tenía una paz maravillosa. Fijó la vista en el Crucifijo y después dijo: «¡Jesús, José y María, os encomiendo el alma mía!» Luego por tres veces separadas: «Jesús..., José..., María...» Y se calló, el pulso había cesado de latir; el alma escogida de Santa María Mazzarello había dejado este miserable valle de lágrimas para volar junto al Esposo al que había amado ardientemente y por el que había heroicamente trabajado y sufrido, luchado y vencido.

(12) Proc. Ord., p. 464.

(13) Proc. Ord., p. 196.

CAPÍTULO X

Sobre los venerados restos mortales. La glorificación

1. Sobre los venerados restos mortales.—2. Solemnes funerales.—3. La inscripción que se puso en su sepultura.—4. Don Bosco por la Madre y por el Instituto.—5. *L'Unità Cattolica* y el *Boletín Salesiano* comunican la muerte de la Madre.—6. Píadosas peregrinaciones a la tumba de la Madre.—7. Traslado de los mortales depósitos.—8. Gracias obtenidas.—9. Concepto de santidad en el que era tenida en el Instituto y en Mornese.—10. Concepto de la santidad en que es tenida por los eclesiásticos ajenos al Instituto.—11. El Proceso por la Causa de la Beatificación.—12. La Beatificación.—13. La Canonización.

1. Los piadosos restos mortales revestidos con el hábito religioso, sin sufrir alteración alguna, estuvieron dos días expuestos a la veneración de sus hijas y también de personas extrañas, porque —según declaró Madre Daghero— «todos querían verla» (1).

Y Sor Genta añade: «Una vez que la madre hubo expirado, nosotras las novicias desfilamos delante de su lecho de muerte, besándole la mano. Aún me acuerdo de su cara tranquila y serena y, a pesar de ser el primer cadáver que yo veía, no me dejó ninguna impresión desagradable; al contrario, la recuerdo con gusto» (2).

Y Madre Petronila: «Cuando murió apareció con un rostro plácido y su cadáver quedó muy bien. Yo la vi con sus ojos cerrados, no había nada que infundiese temor. Yo me habría quedado mirándola mucho tiempo con gusto y sé que las

(1) Proc. Ord., p. 449.

(2) Proc. Ap., p. 445.

demás Hermanas también quedaban muy satisfechas al verla» (3).

También Madre Sorbone declaró: «El rostro de la Madre, a pesar de su aspecto cadavérico, no tenía nada que infundiese miedo; al contrario, su fisonomía quedó dulce y serena como la de una santa» (4).

Y el Cardenal Cagliero: «Como su vida fue santa, santa fue su muerte. En su rostro exánime se transparentaba su inocencia y su candor virginal; la compostura misma de su cadáver revelaba la angelical modestia con la que había vivido. Nada deforme, nada repugnante se veía en sus restos mortales que, vestidos con el hábito religioso, fueron objeto de visita y de veneración de las Hermanas, de las alumnas internas y externas, de sus familias y de la población de Nizza» (5).

«Las Hermanas se disputaban entre sí los objetos que habían sido de ella, guardándolos como reliquias.»

Una le cortó un mechón de cabellos, repartiéndolos después entre las demás Hermanas y todas los conservaron religiosamente (6).

Hermanas, novicias, postulantes, educandas, todas rezaban; pero más que rezar por el eterno descanso del alma de la Madre, pensaban en encomendarse a su intercesión «convencidas de que la Madre había muerto con la inocencia bautismal y estaba en el cielo».

Muchas afirmaron haber alcanzado al punto gracias espirituales y temporales; también Don Lemoyne tuvo este consuelo. En efecto, declaró Madre Enriqueta Sorbone: «Después de la muerte de la Sierva de Dios, nuestro director de Nizza Monferrato, Don Lemoyne, se presentó a nosotras todo alegre diciéndonos: “Vuestra madre está en el cielo...” Y para confirmarlo nos contó que se había puesto de acuerdo con la Madre para que al entrar en el cielo le concediera una determinada gracia como señal de su llegada a la gloria eterna... “La gracia

(3) Proc. Ord., p. 449.

(4) Proc. Ap., p. 437.

(5) Proc. Ord., p. 465.

(6) Cfr. Proc. Ord., pp. 462 y ss.

—decía Don Lemoyne— la he obtenido; por tanto, vuestra Madre está en el cielo...”» (7).

2. El segundo día se celebraron solemnes funerales en la iglesia de la comunidad. El Cardenal Cagliero declaró: «Asistí a los funerales, ¡fueron sencillos en el rito, pero solemnes por la concurrencia! Muchos pedían por el eterno descanso de su alma, pero muchos más rogaban a la Sierva de Dios que intercediera por ellos ante el trono de Dios y ante el de María Santísima Auxiliadora. ¡Y entre éstos estaban principalmente sus desoladas Hijas, que seguían amándola aún más que cuando vivía entre ellas, seguras de tenerla como Madre en el cielo!» (8).

Madre Petronila, su íntima amiga, no tuvo valor para asistir a los funerales y Don Cagliero le dijo que se mantuviera alejada (9).

Los restos mortales, entre la emoción, las oraciones y las lágrimas de la comunidad, entre una muchedumbre de gente del pueblo, de personas beneficiadas, de las jovencitas del oratorio festivo (10), fueron llevados al cementerio a hombros por seis postulantes, tres de cada lado, que eran sustituidas por otras seis, cuando se sentían cansadas (11).

Fue sepultada en el cementerio de Nizza Monferrato, en un lugar común, con gran descontento de las Hermanas que habrían querido un lugar especial (12).

Se diría que la Santa, que había sido siempre tan humilde y había pasado su vida escondida, quería continuar siendo igual también después de muerta.

3. Solamente después de casi un año (13) sobre su tumba se colocó una lápida de mármol con la siguiente inscripción:

(7) Proc. Ap., p. 437.

(8) Proc. Ord., p. 465.

(9) Proc. Ord., p. 451.

(10) Proc. Ord., p. 449.

(11) Proc. Ap., p. 430.

(12) Cfr. Proc. Ord., p. 451.

(13) Cfr. Proc. Ord., p. 451.

A SUOR MARIA MAZZARELLO
PRIMA SUPERIORA GENERALE
MORTA D'ANNI 44 IL 14 MAGGIO 1881
LE FIGLIE DI MARIA AUXILIATRICE
POSERO LACRIMANDO.

O ANIMA SOAVISSIMA
VEGLIA D'ALTO SOPRA LE TUE FIGLIE
CUI NON PIÙ IL TUO VIVO ESEMPIO
MA SOLO IL RICORDO DELLE TUE MATERNE CURE
E DELLA TUA VIRTUOSA VITA
SORREGGE E CONSOLA
INSINO A QUEL GIORNO CHE LA DIVINA BONTÀ
CI RACCOLGA TUTTE NEL CIELO!

Esto es:

A SOR MARÍA MAZZARELLO
PRIMERA SUPERIORA GENERAL
MUERTA A LOS 44 AÑOS DE EDAD EL 14 DE MAYO DE 1881
LAS HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA
DEDICARON LLORANDO ESTE MONUMENTO

¡OH, ALMA BONDADOSÍSIMA
VELA DESDE LO ALTO POR TUS HIJAS
A QUIENES ANTES TU VIVO EJEMPLO
Y AHORA EL RECUERDO DE TUS MATERNOS CUIDADOS
Y DE TU VIRTUOSA VIDA
SOSTIENE Y CONSUELA
HASTA EL DÍA EN QUE LA DIVINA BONDAD
NOS REÚNA A TODAS EN EL CIELO!

4. El Cardenal Cagliero escribió: «Después de haber muerto la Sierva de Dios, Don Bosco, que había regresado a Turín, oró a los pies de María Santísima Auxiliadora, a fin de que

fuese elegida para sucederle la superiora que la Madre se había formado y modelado sobre su espíritu sencillo, humilde y materno, rica de gracia, de bondad y de celo para la gloria de Dios, la salvación de las almas y el incremento religioso y moral del Instituto» (14).

El mismo Don Cagliero, habiendo llegado a Turín, enviaba después a la Madre Vicaria, Sor Catalina Daghero, las disposiciones del Santo Fundador para el gobierno del Instituto. La carta iba precedida de lo siguiente:

Reverenda Hermana e Hija en Jesucristo:

El reverendo señor Don Bosco, nuestro y vuestro amadísimo Superior y Padre, ha tomado viva parte en vuestro justo dolor por la sensibilísima pérdida que todas habéis sufrido con la muerte de la Reverendísima Madre Superiora.

El encomienda a Dios el alma hermosa de la difunta Madre y, al mismo tiempo, no olvida a las hijas huérfanas.

Quiere que todas viváis resignadas a la santa voluntad de Dios y os ruega que permanezcáis unidas en el hermoso vínculo de la caridad y de la perfecta observancia de la santa Regla de vuestro Instituto...

5. Al morir Madre Mazzarello, el diario *L'Unità Cattolica* de Turín, dirigido por el teólogo Margotti (21 de mayo de 1881, núm. 120), escribía: «*La Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora*. El Instituto de las Hermanas de María Auxiliadora, fundado por Don Bosco, ha sufrido hace poco una pérdida sensibilísima. El 14 del corriente mes de mayo, en Nizza Monferrato, Sor María Mazzarello, Superiora General, más aún, la piedra angular y el instrumento habilísimo que la divina Providencia había puesto en manos de Don Bosco, para la naciente Congregación, entre el llanto de sus numerosas hijas, expiraba en el ósculo del Señor, víctima de su ardentísimo celo.

»En el pasado invierno ella quiso hacer la visita a sus casas de Francia, a fin de mantener siempre vivo el espíritu de pie-

(14) Mem. stor. cit.

dad entre sus hijas y el deseo de la perfección religiosa. En esta fatiga contrajo la enfermedad fatal, que lentamente la debía llevar a la tumba a la edad de sólo cuarenta y cuatro años.

»Era una mujer dotada de especiales dones para el gobierno de las almas, de modo que en breve tiempo supo dar tal desarrollo al nuevo Instituto que hubo de asombrar al mismo Fundador. En el espacio de apenas nueve años que estuvo al frente de éste, las Hijas de María Auxiliadora llegaron a doscientas, se esparcieron en varios lugares del Piamonte, de Liguria, de Lombardía, del Véneto y de Francia; más aún, emulando el celo y el arrojo de los Salesianos, salvaron con ellos el Océano, se trasladaron a América y penetraron hasta en la bárbara Patagonia, para hacer conocer y amar allí a su celestial Esposo. Hijas dignas de tal Madre a quien deseamos que descanse en paz en el cielo y tenga un nombre imperecedero también en la tierra.»

El *Boletín Salesiano* lo comunicaba casi con las mismas palabras de *L'Unità Cattolica* y en los números siguientes trazó una breve biografía, debida a la excelente pluma de Don Lemoyne.

6. Mientras tanto, la tumba de Madre Mazzarello se convertía en meta de piadosas peregrinaciones de las Hijas de María Auxiliadora. Con cuánta piedad sufragaron a la llorada Madre y con cuánta confianza se encomendaban a ella para que las protegiese, principalmente cada año después de los Ejercicios Espirituales, pidiendo la ayuda para conseguir cumplir los propósitos tomados y otras gracias que necesitaban; y algunas los primeros jueves de mes en los que se acostumbraba a hacer el ejercicio de la buena muerte.

7. En 1885 los restos sagrados fueron exhumados para colocarlos en un lugar más digno.

«El cadáver, aunque durante catorce años había estado colocado sin la caja de zinc, en plena tierra y en un lugar lleno de agua, se encontró perfectamente conservado, tanto que pudo ser reconocida por las Hermanas la fisonomía de la

Sierva de Dios, pero al contacto con el aire se deshizo, quedando entero el esqueleto» (15).

Los huesos fueron lavados y devotamente acomodados en una nueva caja que fue colocada provisionalmente en la tumba del señor Carlos Brovia, ex alumno de los Salesianos. Finalmente el 4 de septiembre de 1899, habiéndose terminado el panteón capilla, expresamente construido para las Hijas de María Auxiliadora, fueron colocados allí con honor.

Las piadosas religiosas continuaron haciéndole devotas visitas para fortalecerse el espíritu e implorar de su primera Superiora General las virtudes de que ella dejó a todos tan admirables ejemplos.

Madre Petronila declaró que iba a rezar sobre su tumba y que una vez allí oyó también la santa Misa que celebró el rector mayor de los Salesianos, Don Rua, y a la que asistieron las directoras reunidas en Nizza para los Ejercicios Espirituales y para el Capítulo General; declaró que las Hermanas iban con frecuencia y allí se acercaban con veneración y aseguraban que obtenían de ella gracias (16).

Pero el 23 de septiembre de 1913, al clausurarse el séptimo Capítulo General de la Congregación, los despojos mortales de la Madre, una vez cumplidos todos los trámites ante las autoridades eclesiásticas y civiles, fueron trasladados a la iglesia santuario del Instituto, de Nuestra Señora de las Gracias, que entonces era la casa generalicia de las Hijas de María Auxiliadora en Nizza Monferrato, y colocados en una tumba hecho ex profeso, a mano derecha según se entra, en la pared lateral, junto al altar de San José.

8. Muchas personas han escrito que han obtenido, por intercesión de María Mazzarello, gracias y favores en varias circunstancias como: verse libres de los escrúpulos, fuerza para vencer su repugnancia a confesarse, la paz de la conciencia, el amor a la virtud, etc.; y otras gracias corporales como: éxito en

(15) Proc. Ap., p. 431.

(16) Proc. Ord., p. 481.

los negocios, verse libre de ciertos peligros, etc.; y muchos vinieron y vienen además de países lejanos a rezar en la tumba de la Sierva de Dios; pero no tenemos la intención de dar aquí una relación, que hemos publicado en un libro en dos volúmenes con el título: *Corona di grazie attribuite alla Serva di Dio Suor Maria Mazzarello* y cada mes publicamos, en una circular hecha expresamente para todas las casas de las Hijas de María Auxiliadora, las relaciones de aquellas gracias que sus devotos nos mandan, asegurándonos de su veracidad.

Por eso remitimos a las antedichas publicaciones a los lectores que deseen conocerlas y exhortamos a cuantos necesitan gracias espirituales, y también materiales, a recurrir a Dios, poniendo por intercensora a su amada Esposa Sor María Mazzarello.

9. Monseñor Cagliero, que había asistido a la Santa hasta el fin, una vez que expiró se volvió a sus hijas apenadísimas y les dijo: «He aquí, oh, hijitas, que vuestra Madre ha volado al cielo a gozar del justo premio merecido por sus virtudes y su santidad y a interceder por vosotras. No os entristezcáis, desde allá no os abandonará, sino que os ayudará siempre y pedirá por vosotras. Ella había recibido gracias especiales de Dios y le correspondió...»

Don Cerruti, director de la casa de Alassio, al dar a las Hermanas la noticia de la muerte de la Madre, dijo: «Llorad para dejar un poco desahogarse a la naturaleza, pero tened la seguridad que desde el cielo, en donde yo estoy seguro que ya se encuentra, os ayudará aún más que antes» (17).

Monseñor Costamagna escribió que la invocaba con frecuencia, especialmente después de la Misa, para que ella, tan devota de la Sagrada Eucaristía, le ayudase a dar gracias a Jesús, a quien había recibido en su corazón.

La fama de santidad se conservó y creció en el Intituto, tanto entre las Hermanas como entre los Salesianos (18), hasta

(17) Proc. Ord., p. 484.

(18) Proc. Ord., p. 483.

tal punto que Don Bosco, Don Cagliero, Don Costamagna, Don Cerruti, las Hermanas de Santa Ana y Monseñor Scotton hablaban y hablaron siempre de ésta como de una gran santa (19).

En Mornese, desde entonces, se la tuvo y se la invocó como a una santa y su retrato está en muchas casas (20).

10. Monseñor Taroni, director espiritual del Seminario de Faenza, al enterarse de su muerte, dijo que había muerto una santa, quien con su sencillez, prudencia y fortaleza de ánimo había hecho un gran bien.

El rector Delle Cascinette (Ivrea), Don Quilico, que la conocía muy bien, quiso hacer a sus expensas un gran funeral, al que invitó al clero de las parroquias vecinas y el domingo anterior invitó a los de su parroquia a que viniesen muchos, porque decía: «Fue una mujer de una fe tan fuerte, de una virtud tan varonil, de una ternura y afectuosidad tan grandes, que muy bien podía llamarse una segunda Santa Teresa».

Y así, poco más o menos, hablaban otros eclesiásticos y grandes personajes que la habían conocido, pero para no alargarnos recordaremos sólo que el día 25 de junio de 1898, celebrándose en el Hospicio del Sagrado Corazón de Jesús, en Roma, como lugar más apropiado, una solemne velada para celebrar el 25 aniversario de la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, el Emmo. Cardenal M. L. Parrochi en su discurso, después de haber hecho una comparación entre San Francisco de Sales y la Chantal con San Juan Bosco y Madre Mazzarello, se recuerda que dijo: «Pero Don Bosco y Madre Mazzarello se cambiaron los papeles: Don Bosco, como hombre, tendría que haberse santificado con la virtud de la fortaleza, y Madre Mazzarello, como mujer, con la virtud de la bondad y de la dulzura. Por el contrario, Don Bosco es el Santo de la dulzura, y Madre Mazzarello, la mujer fuerte de la Escritura: la fortaleza es su característica».

(19) Proc. Ord., pp. 483, 486, 496 y 497.

(20) Proc. Ap., p. 469.

Después de haber dicho: «Las circunstancias de la muerte de Madre Mazzarello son tan conmovedoras, están tan impregnadas de vida sobrenatural, es tan manifiesta en ella la obra de Dios...», dirigiéndose a las Hermanas, añadió: «Sed siempre dignas de María Mazzarello y de Don Bosco, ya que, como piadosamente podemos creer, ellos en el cielo juntan sus manos para rogar por vosotras y por los hijos primogénitos ante la Virgen, ante Cristo...», y daba claramente a entender así que consideraba santos al Fundador y a la primera Superiora General del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora (21).

El mismo Cardenal, cuando en 1901 la maestra de novicias del noviciado de San José en Roma, Sor Genta, fue con Sor Teresa Valsé Pantellini a felicitarle y desearle unas felices fiestas de Navidad, apenas las vio exclamó: «¡Oh, las Hijas de María Auxiliadora! ¿Habéis venido a desearme una felices fiestas, no es verdad? Y yo os deseo a vosotras que os hagáis santas como vuestro Fundador Don Bosco y vuestra Cofundadora Sor María Mazzarello».

El Cardenal Vives y Tuto dijo varias veces a las superiores que no dejaran inactiva a Sor María Mazzarello en el cielo, sino hacerla trabajar y hacerla trabajar mucho, y preguntó varias veces cuándo pensaban introducir el Proceso de Beatificación.

II. Los deseos del Eminentísimo Príncipe fueron escuchados: el Proceso Ordinario Informativo se inició ante la venerable Curia de Acqui el día 23 de junio de 1911, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, bajo cuya protección se puso.

El 19 de mayo de 1925 la Sagrada Congregación de Ritos nombró la Comisión que introdujera la Causa de Beatificación y Canonización de nuestra Sierva de Dios. y el 9 de diciembre de 1926, en la misma veneranda Curia de Acqui, se daba comienzo el Proceso Apostólico, que terminó el día 10 de junio de 1930, y el día 21 del mismo mes fue remitido a la Sagrada Congregación de Ritos.

(21) *Somm.*, pp. 202 y 210.

12. El día 3 de mayo de 1936 en el Vaticano, en la Sala del Consistorio, en presencia de Su Santidad Pío XI se leyó solemnemente el Decreto sobre la heroicidad de las virtudes de Sor María Mazzarello.

Después de examinados y aprobados los dos milagros que se habían presentado a la Sagrada Congregación, y finalizados todos los trámites requeridos por los Sagrados Cánones, el día 20 de noviembre de 1938 tenía lugar en San Pedro la solemne Beatificación de la humilde y fidelísima Sierva de Dios María Dominga Mazzarello.

13. El día 15 de julio de 1941 el Eminentísimo Cardenal Alejandro Verde, Ponente de la Causa, proponía a la Sagrada Congregación de Ritos que reanudasen la Causa.

El 16 de julio, habiéndose obtenido el parecer favorable de los Eminentísimos Cardenales, Consultores Teólogos y Prelados de Oficio, el Santo Padre Pío XII aprobó el Rescripto y autorizó la reanudación del Proceso.

El día 14 de marzo de 1950 se celebró la Congregación Preparatoria.

El 13 de marzo de 1951 los dos milagros presentados de nuevo a la Congregación General, presidida por Su Santidad Pío XII, obtuvieron el más amplio y autorizado reconocimiento, de modo que en la Congregación "De tuto" el Santo Padre publicaba el Decreto de Canonización, fijando la fecha para la solemne función en el día 24 de junio siguiente.

Con la plena glorificación de Santa María Mazzarello se cumplió el deseo expresado por Su Santidad Pío XI al proclamar la heroicidad de sus virtudes. Habiéndola presentado aureolada por su humildad, la misma luz que María, el gran Pontífice le aplicó a ella las palabras «*Respexit humilitatem ancillae suae*» y las otras que siguen, y terminó diciendo: «Que pueda la Sierva de Dios otro día repetir y de manera más apropiada: *Beatam me dicent omnes generationes*».

Datos principales de la vida de Santa María D. Mazzarello

Nacimiento: 9 de mayo de 1837; Vol. I, p. 4.

Bautismo: también el mismo día, 9 de mayo de 1837; Vol. I, p. 5.

Primera Comunión: 4 de abril de 1849; Vol. I, p. 19.

Confirmación: 30 de septiembre de 1849 (en la iglesia parroquial de Gavi); Vol. I, p. 19.

María entra en la Pía Unión de las Hijas de María: 1854; Vol. I, p. 56.

Le impone la medalla Monseñor Contratto: mayo de 1857; Vol. I, página 57.

Deja, con la familia, la casa de la Valponasca y van a vivir al pueblo: 1858; Vol. I, p. 72.

Coge el tifus en la fiesta de la Asunción de María Santísima, 15 de agosto de 1860; Vol. I, p. 76.

Recobra la salud el día de la fiesta del Rosario, 7 de octubre de 1860; Volumen I, p. 79.

Tiene una visión del edificio del futuro Instituto: año 1860-61; Vol. I, página 85.

Comienza a aprender el oficio de modista: 18 de septiembre de 1861; Volumen I, p. 86.

Abre el taller: 1862; Vol. I, p. 91.

Da comienzo al pequeño internado: 1862; Vol. I, p. 94.

Don Bosco le envía, por medio de Don Pestarino, una medalla de la Virgen y una cartita, exhortándola a hacer todo lo posible para impedir el pecado: ¿1862?; Vol. I, p. 98.

Da comienzo al oratorio festivo: 1863; Vol. I, p. 122.

Ve por primera vez a Don Bosco: 8 de octubre de 1864; Vol. I, p. 144.

Colocación de la primera piedra del colegio: 13 de junio de 1865; Volumen I, p. 148.

Se va a vivir a la casa de la Inmaculada: 1865; Vol. I, p. 151.

Es elegida Superiora en la casa de la Inmaculada: 1866; Vol. I, p. 157.

Bendición de la capilla del colegio: 13 de diciembre de 1867; Vol. I, página 166.

Recibe, por mediación de Don Pestarino, un horario y un reglamento escritos por Dos Bosco: 1868; Vol. I, p. 168.

Don Bosco habla con Don Pestarino de la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora: julio de 1870; Vol. I, p. 169.

Habla de esto con su Capítulo: mayo de 1871; Vol. I, p. 170.

De nuevo, con Don Pestarino: junio de 1871; Vol. I, p. 172.

Don Bosco habla con Pío IX del Instituto: junio de 1871; Vol. I, página 174.

Don Bosco prepara las Constituciones para las Hijas de María Auxiliadora y se las envía por medio de Don Pestarino: ¿noviembre-diciembre? de 1871; Vol. I, p. 175.

Don Bosco, enfermo en Varazze, habla con Don Pestarino del Instituto: diciembre de 1871; Vol. I, p. 178.

María, elegida de nuevo Superiora de la Casa de la Inmaculada: 29 de enero de 1872; Vol. I, p. 180.

Se traslada al colegio con sus compañeras: 23 de mayo de 1872; Vol. I, página 182

Tiene lugar la Toma de Hábito y la Profesión religiosa: 5 de agosto de 1872; Vol. I, pp. 198 y ss.

* * *

Don Bosco la nombra Superiora con el nombre *vicaria*: 5 de agosto de 1872; Vol. I, p. 202.

Las Hermanas dan el nombre de *Madre* a Sor María: 1873; Vol. I, página 235.

El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora es incorporado a la Congregación de San Francisco de Sales: abril de 1874; Vol. I, página 239.

Muerte de la primera Hija de María Auxiliadora: 29 de enero de 1874; Volumen I, p. 241.

Muerte de Don Pestarino: 15 de mayo de 1874; Vol. I, p. 246.

- Sor María es elegida Superiora General: 15 de junio de 1874; Vol. I, página 262.
- Se abre la primera casa en Borgo San Martino: 8 de octubre de 1874; Volumen I, pp. 272 y ss.
- Las clases en Mornese: 1874; Vol. I, p. 274.
- El saludo entre las Hijas de María Auxiliadora: 1874-1875; Vol. I, página 303.
- Madre Mazzarello hace los Votos Perpetuos: 28 de agosto de 1875; Volumen I, p. 307.
- Don Bosco anuncia la primera expedición misionera: 12 de mayo de 1875; Vol. I, p. 310.
- El Obispo aprueba el Instituto: 23 de enero de 1876; Vol. I, p. 317.
- La Madre acompaña a las primeras misioneras a visitar al Santo Padre: 7 de noviembre de 1877; Vol. II, pp. 9 y ss.
- La Madre acompaña a las primeras misioneras al barco que debe llevarlas a América: 15 de noviembre de 1877; Vol. II, p. 14.
- La primera fundación en América en Villa Colón (Uruguay): 19 de febrero de 1878; Vol. II, p. 19.
- La primera fundación en Francia, en La Navarre: 2 de octubre de 1878; Vol. II, pp. 36 y ss.
- La segunda expedición de misioneras: 30 de diciembre de 1878; Volumen II, pp. 38 y ss.
- Se imprimen las Constituciones: 8 de diciembre de 1878; Vol. II, páginas 46 y ss.
- La Santa abandona Mornese para establecerse en Nizza: 4 de febrero de 1879; Vol. II, pp. 49 y ss.
- La primera Vestición religiosa en Nizza Monferrato: 2 de junio de 1879; Vol. II, pp. 70 y ss.
- La Santa asiste a la muerte de su padre: 23 de diciembre de 1879; Volumen II, p. 88.
- Fundación de la "Asociación de las Hijas de María Inmaculada" en Nizza: 8 de diciembre de 1879; Vol. II, p. 98.
- Colocación del *Vía Crucis* en la iglesia de Nizza: 17 de febrero de 1880; Volumen II, p. 119.
- Cierre de la casa de Mornese: 12 de abril de 1880; Vol. II, p. 128.
- La Santa anuncia oscuramente su muerte: agosto de 1880; Vol. II, página 271.

Reelegida, por unanimidad, Superiora en el segundo Capítulo General: 29 de agosto de 1880; Vol. II, p. 272.

Muerte de la primera misionera de las Hijas de María Auxiliadora en América: 25 de septiembre de 1880; Vol. II, p. 293.

La Santa ofrece su vida por el Instituto: 1881; Vol. II, p. 301.

Anuncia claramente su muerte: 1881; Vol. II, p. 301.

Acompaña a la tercera expedición de misioneras hasta Marsella: 1881; Volumen II, p. 321.

Se pone enferma en Saint-Cyr: 7 de febrero de 1881; Vol. II, p. 326.

Recibe la visita de Don Bosco en Saint-Cyr: 1881; Vol. II, p. 330.

Su regreso a Nizza: 28 de marzo de 1881; Vol. II, p. 332.

La Santa, de nuevo atacada por la pleuresía: 15 de abril de 1881; Volumen II, p. 341.

Prodigiosa mejoría de la Santa: 6 de mayo de 1881; Vol. II, p. 353.

Muerte edificante de la Santa: 14 de mayo de 1881; Vol. II, p. 359.

* * *

Comienza el Proceso Diocesano: 23 de junio de 1911; Vol. II, p. 371.

Traslado de los restos mortales de Santa María Mazzarello del cementerio a la iglesia de la casa de Nizza Monferrato: 23 de septiembre de 1913; Vol. II, p. 368.

Aceptación de la Causa en Roma: 19 de mayo de 1925; Vol. II, p. 371.

Comienza el Proceso Apostólico: 9 de diciembre de 1926; Vol. II, página 371.

Proposición a la Sagrada Congregación de Ritos del Proceso para su examen y discusión de un presunto milagro de Madre Mazzarello: 4 de julio de 1928.

Proposición del Proceso de un segundo presunto milagro de Madre Mazzarello: noviembre de 1928.

Reconocimiento Canónico de los restos mortales de Madre Mazzarello: 29 de septiembre de 1929.

Reconocimiento de la heroicidad de las virtudes de Madre Mazzarello y solemne lectura del Decreto, en presencia de Su Santidad Pío XI: 3 de mayo de 1936; Vol. II, p. 372.

La Sagrada Congregación de Ritos habiendo reconocido, el día 26 de enero de 1937, la validez de los Procesos Apostólicos, examina los milagros propuestos para la beatificación de la Venerable.

- Los restos mortales de Madre Mazzarello son transportados de Nizza Monferrato a Turín y sepultados en la cripta de la Basílica de María Auxiliadora: 9 de febrero de 1938.
- Aprobación de los dos milagros y lectura del Decreto: 26 de mayo de 1938.
- La Congregación “de tuto” con resultado favorable: 19 de julio de 1938.
- Lectura del Decreto de Beatificación: 31 de julio de 1938.
- Reconocimiento canónico de los restos mortales: 19 de septiembre de 1938.
- La beatificación: 20 de noviembre de 1938; Vol. II, p. 372.
- Colocación de los restos mortales de la Beata, en la capilla a ella dedicada, en la Basílica de María Auxiliadora: novena de la Inmaculada de 1939.
- La Sagrada Congregación de Ritos fija para la fiesta litúrgica de la Beata el día 14 de mayo.
- Se reanuda la Causa para la Canonización: 16 de julio de 1941; Volumen II, p. 372.
- Congregación Preparatoria para el examen de los milagros: 14 de marzo de 1950; Vol. II, p. 372.
- Aprobación de los dos milagros: 13 de marzo de 1951; Vol. II, p. 372.
- La Congregación “de tuto” y el Decreto de Canonización: 3 de abril de 1951; Vol. II, p. 372.
- Solemne Canonización: 24 de junio de 1951; Vol. II, p. 372.

INDICE ANALITICO-ALFABETICO

NB.—El número romano indica la parte; el número arábigo en negrilla, el capítulo; el número arábigo redondo, el número que le corresponde en dicho capítulo.

A

Actividad de María cuando trabaja en los campos, I-4-2 y ss.; I-5-3; al coser, I-10-7; de religiosa, II-8-1; en el taller, II-17-3; no quiere elogios por su —, II-17-3; la Madre recomienda la — a las Hermanas, II-17-3; III-16-9; recomienda que no se hagan comparaciones sobre quien trabaja menos o hace trabajos menos bonitos, II-17-3; motivos para emplear la —, II-17-3; III-16-9; — de la Santa en los trabajos corrientes, III-16-7.

Adulación: la Santa dice a las Hermanas que se preserven de la — de las niñas, III-11-17; V-2-2.

Afabilidad de la Santa Madre, I-5-7; I-6-10; II-8-7; II-17-7; II-15-9; III-16-13; IV-1-4.

Agradecimiento: el — característico de Don Bosco y de sus hijos, I-11-8; María inculca el — a Dios por haberlas hecho nacer en la religión verdadera, I-12-9; I-15-3; la Madre quiere evitar el — de sus hijas, II-17-8; la Santa recomienda a las Hermanas el — a Don Bosco, III-14-2; a los Salesianos, III-14-2; — de la Santa a quien la sirve, IV-1-2; — de la Santa a Don Bosco, V-9-8 (ved **Bienhechores**).

Aguinaldo: En Mornese se da el — para el Año Nuevo, II-20-10; — de Jesús Niño para el 1881, V-3-10.

Alabanzas sagradas: “Soy pequeña...”, I-12-9; “Ave María...”, I-12-11; “El cielo formado está de estrellas...”, I-12-14; “A la ciudad de los santos...”, I-14-8; “Pequeñas somos...”, I-14-8; “Compañeras, amémonos...”, I-16-2; “¡Oh, hermoso cielo!...”, I-19-15; “Load a María...”, II-9-3; “¡Oh, Corazón amable...!”, II-19-3; “Al cielo, almas bellas...”, II-20-4; “Ven, ven, oh dulce Amor...”, II-10-2; “Niñito Jesús, Esposo amante...”, II-11-11; “¡Oh, mi bella esperanza...!”, II-19-3; “El Serafín, oh Nazarena...”, II-19-3; “María resuena...”, II-19-3; “¡Llamando a María...”, II-19-3; “Yo quiero

amar a María...”, II-19-3; “Entonemos un canto de alegría...”, II-19-7; “Yo quiero hacerme santa...”, III-4-7; la Santa, en su última enfermedad, canta: “A María quiero amar...”, V-8-16; “Quien ama a María, dichoso será...”, V-8-16; V-9-16; la Santa, pocas horas antes de la muerte, canta con la portera: “Load a María...”, V-9-14; otro canto, V-9-15.

Alacoque (Santa Margarita María) quizá leería con gusto su vida Santa Maria Mazzarello, prólogo, p. VI, 3.

Alassio: fundación de la casa de — (12 de octubre de 1876); la Madre quiere que se modifique el horario, V-2-3; recuerdos dejados por la Santa a la vuelta de Saint-Cyr, V-7-9.

Alegria en medio de la pobreza de la casa de la Inmaculada, I-17-4; en el colegio, al principio, I-19-8; I-19-11; — en medio de las tribulaciones, I-19-14; IV-1-3; — de la Santa en la enfermedad, IV-1-2.

Alfombra: la Santa ayuda a hacer una hella — para la iglesia de Nizza, IV-4-2.

Alimento: — ordinario y escaso en Mornese, II-3-3; II-9-1; II-9-3; las Hermanas no quieren que se lo mejoren, II-9-3; la Santa acepta que sea mejor, II-9-3; Don Bosco dice: “Un plato sólo, pero dos alimentos”, II-14-10; sopa sin sal, II-12-2; escasez de — en Nizza (anécdota edificante), III-9-1.

Almagro: fundación de la casa de — (26 de enero de 1879), III-5-6.

Almas: hacer todo para la salvación de las —, III-7-3; la Santa dice con frecuencia que si se salva el alma, todo está salvado, III-7-5; su celo por la salvación de las —, IV-3-12; deseo de salvar —, V-2-14; quien salva un alma se salva a sí mismo, V-6-3.

Alumnas o educandas: las maestras deben ser verdaderas madres con las —, II-6-13; las — imitan a las Hermanas en deshacerse de objetos no necesarios, II-9-2; recomienda rezar para tener muchas, II-9-7; las Hermanas y ella se privan del pan para dárselo a las —, II-20-2; acepta en sus colegios a las — pobres y en peligro, II-20-1; las forma en la piedad, II-20-2; caridad para con una niña que tiene los pies helados, II-20-3; la Madre durante el recreo con las — en Mornese, II-20-4; les dice que nuestra madre es la Virgen, II-20-4; que deben hacerse santas, II-20-4; las lleva al santuario de la Rochetta, II-20-4; infunde en las — la devoción a la Virgen, a San José, a San Luis y al Ángel de la Guarda, II-20-5; II-20-6; III-11-4; a Jesús Sacramentado, II-20-8; a las almas del purgatorio, II-20-11; recomienda a las — que imiten a la Virgen, II-20-6; les recomienda la pureza, II-20-6; las reserva, II-20-6; la frecuente Comunión, II-20-6; les inculca el amor a Dios, II-20-7; la Madre quiere que las Hermanas tengan presente la condición social de las —, II-20-9; dice a las — que no hablen de lo que les ha dicho el confesor, II-20-13; de lo que han comido (anécdota), II-20-14; las — desean ir a las misiones, III-1-1; la Santa

quiere que sean estudiosas y trabajadoras, III-11-4; una — es mandada a su casa y otra castigada porque eran poco delicadas en sus conversaciones, III-11-8; las forma para la familia, III-11-9; las llama sus “hijitas”, II-11-11; les da pequeños premios, III-11-11; atenciones especiales con las —, III-11-15; quiere que se forme un carácter fuerte, III-11-16; que las Hermanas no las cojan de la mano, III-11-16; la Santa recomienda la formación de las —, V-8-22; las — ofrecen flores a la Madre en el día de su cumpleaños, V-9-6; consagración de las — a la Virgen, V-9-10; la Santa les recomienda la sinceridad en la confesión, V-9-10.

Ambición: María vence la —, I-3-12; la combate en las chicas, I-10-11; I-17-3 (anécdota); dice que la — no puede estar con la devoción, I-10-11; la combate en las religiosas, III-3-9.

Amistades particulares: la Santa recomienda que se eviten las —, III-14-3; dicen que son la peste de la Comunidad, III-14-15; las espirituales (folleto), I-6-5.

Amonestaciones (ved Correcciones).

Amor de Dios: efectos del —, I-4-7; lleva al desprecio de sí, I-7-1; un cuarto de hora sin pensar en Dios, I-6-3; cada puntada, un acto de —, I-12-3; la Santa habla siempre del —, II-9-7; III-7-2; cada salto, un acto de —, II-15-4; la Santa exhorta a pedir morir en un acto de —, IV-2-9; la Madre vive del —, IV-3-2; desea que todos amen a Dios, IV-3-3; cómo fomenta en sí el —, IV-3-5; el — vence el frío, IV-3-10.

Amor propio va hasta el desprecio de Dios, I-7-1; la Santa quiere que las Hermanas pisoteen el —, II-17-7; III-3-4; III-16-2; el — es un gusano roedor, III-7-6; la Madre quiere que las alumnas lo combatan, III-11-10.

Ana (Hermanas de Santa Ana): Don Bosco las manda a Mornese, II-1-10; su admiración por Sor María Mazzarello, II-2-12; su partida de Mornese, II-2-13; dan alojamiento a las Hijas de María Auxiliadora, II-6-9; II-7-5; su aprecio a Sor María Mazzarello, II-12-12.

Angel de la Guarda: el — está siempre a nuestro lado, I-2-6; I-13-7; encomendarse al — antes de hacer el examen de conciencia, I-13-6; la Santa recomienda a las niñas la devoción al —, I-13-7; I-15-3; a las alumnas, II-20-5; II-20-6; a las Hermanas, II-10-8; III-15-11.

Animos de la Madre a las religiosas, II-15-7; III-15-12; III-16-7; — de la Madre en los trabajos materiales, III-16-7; — a las Hermanas para que esperen en el Señor, IV-1-9 (ved **Caridad, Enfermas, Escrupulos**).

Antipatía: la Santa ayuda a vencer la —, III-16-13.

Apólogo de Don Bosco sobre una superiora que ofreció la vida por el Instituto y cesó la mortandad, V-4-4; — de una superiora que siguió a la muerte, V-7-8.

Aprobación (de la vida de Madre Mazzarello) del Cardenal Cagliero, prólogo, páginas IX y X; — en el Proceso informativo, prólogo, p. XI.

- Aptitudes:** favorecer las —, II-6-8; II-16-3; la Santa estudia las — de las Hermanas para darles la ocupación conveniente, II-16-3.
- Arecco** (Sor Luisa): la Santa anuncia con anticipación la muerte de —, V-5-5; datos biográficos de —, V-5-6; la Madre asiste a —, V-5-6; muerte edificante de —, V-5-6; — se aparece a la Santa, V-6-1.
- Arrigotti** (Sor Corina): su entrada en Mornese, su conversión, su constancia en el bien, su edificante muerte, II-5-3; — fue la primera maestra de música del Instituto, II-5-3.
- Autoridad:** la Santa no hace sentir el peso de la —, II-8-3; su respeto a la —, IV-4-4.
- Aviso** importante de Don Bosco a los Salesianos y a las Hermanas, II-9-8.
- Avisos** de Pío IX, II-4-2; de Santa Teresa, II-7-7; de la Santa a las Hermanas, II-9-7; después de regresar de Saint-Cyr, V-7-12 (ved **Corrección**).
- Ayunos:** los — mandados por la Iglesia, recomendados por María a los jóvenes, I-14-12; cómo observa los — de la Iglesia, IV-4-7.

B

- Baile** (en el oratorio): I-14-14; María recomienda que no vayan al —, I-14-14; malhumor y oposición de los jóvenes, I-14-15; dos bailarines, expulsados del — del oratorio, I-14-16; — impedido, II-12-1.
- Bedarida** (señorita Ana) quiere hacerse católica, III-8-1 y ss. y el Apéndice.
- Belletti** (Sor María): sus datos biográficos y su muerte, II-14-12.
- Biale** (Monseñor) pide a Don Bosco que abra una casa en los Piani de Vallecrosia, II-12-4.
- Biella:** fundación de la casa de — (7 de octubre de 1876), II-14-8; la Madre, en la visita a la casa de — (1877), recomienda a las Hermanas que amen la pobreza y la mortificación, V-2-6; el Obispo de — admira la humildad y la sencillez de la Santa, V-2-7.
- Bienhechores:** Don Bosco recomienda la gratitud para con los —, II-12-11; IV-4-6; María, agradecida con los —, II-12-11; quiere que se consideren como los principales — a los padres de las Hermanas, II-12-11; muestra benevolencia para con los —, IV-4-6.
- Bilocación** (?) de la Madre, V-5-6.
- Blengini** (señora María), en Mornese, II-3-2; su espíritu de reforma, II-3-4; no la aprueba Don Bosco, II-3-5; lo que no vio la — en Madre Mazzarello, II-3-6.

- Bodratto** (Sac. Francisco): quién era, I-2-7; I-15-10; — en Mornese después de la muerte de Don Pestarino, II-4-10; pide a Don Bosco personal para las misiones, V-3-6.
- Bondad**: actos de — de la Santa con las Hermanas, II-8-1; II-9-4; toda para todas, II-17-7; hace tomar leche todas las noches a una Hermana, II-17-8; manda a una a dar una vuelta por la viña, III-14-6; deja a otra el chal, III-14-8.
- Bonetti** (Sac. Juan): director de la casa de Borgo San Martino, II-7-1; director general de las Hijas de María Auxiliadora, II-4-3.
- Bordado**: la Santa corrige a una Hermana que ama demasiado el —, II-17-1; quiere que las alumnas además del —, II-20-9.
- Borgna** (Sor Emilia): la Santa le dice que trabajará hasta la vejez, con buena salud, III-5-2; su desvanecimiento en los brazos de la Madre, III-5-3.
- Borgna** (Sor Juana) forma parte del primer grupo de misioneras, III-1-4; carta de la Santa a —, III-5-5 (ved **Cartas**).
- Borgomasino**: fundación de la casa de — (4 de septiembre de 1880), V-1-6.
- Borgo San Martino**: Don Bosco anuncia que las Hermanas abrirán una casa en —, II-6-6; apertura de la casa de — (8 de octubre de 1874), II-7-1; la Santa, en la visita a — (1879), consuela a una novicia y habla con cada una en particular, V-2-6.
- Bosco** (San Juan): la Santa se impregna del espíritu de —, prólogo, página VII; edad y estudios de — en la época en que nace María Mazzarello, I-1-3; su encuentro con Don Pestarino, I-11-1 y ss.; manda dos medallas y una carta a María y a Petronila, I-11-4; prevé la fundación de las Hijas de María Auxiliadora, I-11-5 y ss.; le dice a Don Lemoyne que las fundará, I-11-8; visión del Instituto, I-11-6; I-11-7; preparativos y acogida en Mornese, I-15-10 y ss.; Don Pestarino le presenta a las Hijas de la Inmaculada, I-15-12; partida de — de Mornese, I-15-13; — en Mornese para la bendición de la capilla, I-18-1; recibimiento a —, I-18-1; conferencia de — a las Hijas de la Inmaculada, I-18-1; consigue un favor a los mornesinos, I-18-1; — decide fundar el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, I-18-4 y ss.; habla de esto a su Capítulo, I-18-5; con Don Pestarino, I-18-7; le expone su proyecto a Pío IX, I-18-9; escribe las Reglas de éste, I-18-10; — enfermo en Varazze, habla con Don Pestarino del futuro Instituto, I-19-1; — asiste a la primera vestición de las Hijas de María Auxiliadora, I-20-4; sus recomendaciones, I-20-5; su sermón, I-20-8; por qué lo llamó así, I-20-9; nombra Vicaria a María, I-20-12; asegura la expansión del Instituto, I-20-12; II-3-3; — en Mornese, después de la primera vestición y su plática, II-1-6; — en Mornese para la segunda vestición, II-2-6; su estima por Sor María Mazzarello, II-3-6; II-4-6; no escucha a quien quiere quitarle la idea del nuevo Instituto, II-2-8; — en Mornese, después de la muerte de Don Pestarino, II-5-4;

habla al primer Capítulo de las Hijas de María Auxiliadora, II-6-5; dice a Don Cagliero la dirección que debe dar al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, II-6-13; estima y elogio de — para Sor María Mazzarello, II-6-13; da ocasión a las Hermanas de hablarle, II-11-5; II-4-5; dice a las Hermanas que pongan dos alimentos en un plato solo, II-14-10; manda a las Hermanas con la Superiora, II-11-5; recomienda a los Salesianos que ayuden a las Hermanas, II-16-1; ayuda a las Hermanas, II-16-2; da consejos a las primeras misioneras, III-2-1; recomienda la economía, III-4-5; la obediencia, III-4-5; — durante los Ejercicios espirituales de las señoras manda con la Madre a las que parecen tener vocación, III-8-6; — aprueba las elecciones hechas en el segundo Capítulo General, V-1-5; dice que no se puede anular el ofrecimiento que la Madre ha hecho de su vida por el Instituto, V-4-3; visita a la Santa que se encuentra enferma en Sampierdarena, V-6-3; consejos a las misioneras, V-6-3; bendice a los misioneros y misioneras en Marsella, V-6-9; visita a la Santa en Saint-Cyr, V-7-6; anuncia oscuramente la muerte de la Madre, V-4-4; V-7-8; hace en Saint-Cyr una curación milagrosa, V-7-6; por qué — no estuvo presente en la muerte de la Madre, V-9-12.

Broma (una), II-9-3.

Bronte: fundación de la casa de — (18 de octubre de 1880), V-1-6.

Buenas noches: la Madre da las —, II-9-7; a qué exhorta en las —, II-9-7; III-14-2.

Bussolino (Sor Octavia): la Madre le predice que vivirá hasta llegar a la vejez, III-9-6; la madre encarga que le digan a Don Costamagna que la prepare para superiora, V-6-5; recuerdos y cartas de la Santa a — (ved **Recuerdos y Cartas**).

C

Cagliero (Cardenal Juan), en nombre de Don Bosco, da las gracias a la señora Blengini, II-3-5; escribe a Mornese que consideren como Superiora a María Mazzarello, II-3-7; II-3-8; elegido director general de las Hijas de María Auxiliadora, II-4-5; es presentado como tal por Don Bosco, II-6-7; — en Mornese por la muerte de Don Pestarino, II-4-10; comunica a las Hermanas el rumbo que debe seguir el Instituto, II-6-13; sus palabras antes de acompañar a las Hermanas a la casa de Borgo San Martino, II-7-1; su sermón sobre el hacer, sufrir, callar, II-7-7; elegido jefe de la primera expedición de misioneros, II-11-8; presenta a Pío IX las primeras misioneras, III-1-7; es elegido Obispo titular de Magida y Vicario Apostólico de la Patagonia, III-4-3; preside el segundo Capítulo General de las Hermanas, V-1-5; no considera grave la enfermedad de la Madre, V-6-1; deseo de la Santa en su última

- enfermedad de ver a —, V-9-1; última conversación de — con la Santa, V-9-9; V-9-12; asiste a los últimos momentos de la Madre, V-9-17.
- Cagliero** (Sac. José): director en Mornese, II-5-1; su muerte, II-6-12.
- Calcagno** (Sor Agustina): su preciosa muerte, III-12-1.
- Calma**: María Mazzarello mantiene siempre la —, II-6-10; — de la Santa cuando la corrigen en público, IV-1-9; en las adversidades para hacer la voluntad de Dios, IV-3-4; — de la Madre en un contratiempo del viaje a Asti, V-2-11; en los sufrimientos, V-8-6.
- Calle**: María no se para en las —, I-8-1; recomienda a las chicas que no se detengan en las —, I-13-7; I-14-3.
- Campi** (Sac. José): dice que los padres de María daban cada día buenas recomendaciones a sus hijos, I-2-6; atestigua la frecuencia a los Sacramentos fomentada por Don Pestarino en Mornese, I-3-7; habla del encuentro de Don Pasterino con Don Bosco, I-11-1; prepara las formas para la Comunión, I-19-10; su primera Misa, II-11-10.
- Capítulo**: la primera vez que se habla del — de las Hermanas, I-19-1; I-19-2; primer — de las Hermanas, II-6-3; primer — General de las Hijas de María Auxiliadora, II-6-3; segundo — General, V-I-1; la Santa consulta al —, II-16-4.
- Carácter**: de Don Costamagna, II-7-9; la Santa estudia el — de las Hermanas para corregirlas, II-16-3; — de la Santa, IV-1-2 y ss. (ved **Humor**).
- Caridad**: la Madre recomienda la — entre las Hermanas, II-18-6; con las Hermanas que vienen a los Ejercicios Espirituales, II-18-6; — de la Madre al entregar su chal a un clérigo enfermo, III-1-6; — de la Madre con las enfermas, II-12-5 (anécdota); — con las tímidas y con las menos instruidas, III-16-13 (anécdotas); su continuo progreso en la —, IV-1-6; — de la Madre con una Hermana muy torpe, V-7-5.
- Carmen de Patagones**: fundación de la casa de — (21 de enero de 1880), III-13-1.
- Carnaval**: diversiones en el oratorio en la época del —, I-14-14; diversiones en el colegio (año 1876), II-12-1; reparación en tiempo de —, II-12-2; IV-3-9; María va con una joven a la Valponasca para no ver el —, IV-7-1.
- Carta** de Don Bosco a Don Rúa, I-18-9; — de presentación de Don Bosco a las Constituciones, III-6-2.
- Cartas**: con este título indicamos las diferentes — escritas por la Madre, pero en el índice analítico no indicamos el contenido de éstas porque son todas densísimas de pensamientos; — de felicitación de la Madre a Don Cagliero misionero (año 1875), II-11-9; II-11-10; — a Sor Vallese (año 1878), III-5-4; (año 1879), III-7-8; III-8-5; III-10-1; — a Sor Juana Borgna (año 1879), III-5-5; III-10-1; — a las Hermanas de Las Piedras (año 1879), III-7-9; (año 1880), IV-10-7; V-3-8; — de Sor Angela Vallese a

Don Bosco (año 1879), III-10-2; — de la Madre a las Hermanas de Borgo San Martino (año 1879), III-10-6; — de Sor J. Borgna a Don Bosco (año 1879), III-10-1 y Apéndice; — de la Madre a las niñas de Las Piedras (año 1880), III-11-18; a Sor Virginia Piccono (año 1880), III-13-3; a las misioneras de Carmen de Patagones (año 1880), III-13-6; IV-10-11; a la directora de la casa de Turín (año 1880), III-13-7; la Santa hace repetir a las Hermanas las — para conservarlas humildes, III-16-4; — de la Madre a Sor Octavia Bussolino (año 1880), III-16-11; la Santa se humilla al escribir —, IV-6-5; en hacer que le escriban las —, IV-6-5; las — de Santa María Mazzarello llenas de pensamientos de gran perfección cristiana, IV-10-2; por qué no tenemos muchas, IV-10-2; IV-10-3; cómo empieza y termina sus —, IV-10-5; — de la Madre a la directora de la casa de Catania (año 1880), IV-10-6; a las Hermanas de Villa Colón (año 1880), IV-10-7; a Sor Victoria Cantù (año 1880), IV-10-8; — a Sor Lanra Rodríguez (año 1878), IV-10-12; a Sor Rita Barilatti (año 1881), IV-10-13; a Sor Mercedes Stabler (año 1881), IV-10-14; a Sor Mariana Lorenzale (año 1881), IV-10-15; a la directora de la casa de Melazzo (año 1880), V-1-8; otra a la misma, V-1-8; a las Hermanas de la Patagonia (año 1881), V-8-2; a las Hermanas de Saint-Cyr (año 1880), V-3-1; a una Hermana de Saint-Cyr (año 1880), V-3-2; a la maestra de las postulantes (año 1879), V-3-3; a Sor Teresa Mazzarello (año 1880), V-3-9.

Casa (La) en que nació Santa María Mazzarello, I-1-1; I-1-5; I-1-7; — de la Inmaculada, I-17-1; I-17-2; I-17-3; se acepta a nuevas jóvenes en la — de la Inmaculada, I-17-2; María es elegida Superiora de la — de la Inmaculada, I-17-3; ayudas que manda la Providencia a la — de la Inmaculada, I-17-5; la — de la Inmaculada es cedida al párroco en arriendo, I-19-3; — Carante, I-19-3; la — de Mornese es vendida, III-13-4; y se vuelve a comprar, III-13-5.

Cascinette: fundación de la casa de — (20 de agosto de 1879), III-8-8; la Madre al visitar la casa de — no permite que la Hermana vaya a preparar la comida a la parroquia, V-2-5; recomienda a una Hermana el espíritu de sacrificio y mortificación, V-2-6; le dice que piensa siempre en ella, V-2-6; el rector de — dice que la Madre es una nueva Santa Teresa por su fortaleza, V-2-5.

Cassini (Sor Antonia): su preciosa muerte, II-12-7.

Castidad: virtud predilecta de María, I-13-7; María recomienda la — a las jóvenes, I-13-7; IV-7-4; la Santa, solicita por la — de las jóvenes, III-11-8; IV-7-5; las enamora de esta virtud, IV-7-5; quiere que las Hermanas la inculquen en los oratorios festivos y en las clases, III-11-8; para conservar esta virtud recomienda la devoción a San Luis, la mortificación de la vista, la vigilancia, etc., III-11-8; IV-7-9 y ss.; una alumna, devuelta a la familia, y otra, castigada por su imprudencia al hablar, III-11-8; no permite que se hable de cosas que puedan poner en peligro

la —, IV-7-1; la Santa reza una oración todos los días para conservar la —, IV-7-2 (ved **Pureza**).

Castigos: en general, no necesarios, I-13-9; María, después de imponer un —, trata como antes, I-13-9.

Catania: fundación de la casa de — (26 de febrero de 1880), III-13-2.

Catecismo: María, en el —, I-2-8; I-2-9; María explica el — a las jóvenes del taller, I-10-7; María por primera vez explica el — en la iglesia, I-14-1; ya Hermana, II-2-14; II-2-15; las oratorianas, en el —, I-14-9; cómo la Santa, ya Hermana, estudia el —, II-2-14; lo hace estudiar a las postulantes y Hermanas, II-2-14; V-8-22; exigencias de la Santa por el — a las educandas y postulantes, III-11-7; recomienda a las Hermanas el estudio del —, III-15-9; recomienda a las directoras dar bien el —, IV-3-8; a la superiores, hacerlo estudiar, V-8-22; poner atención en que lo den bien, V-8-21; V-8-22.

Celo: María tiene — por sus hermanitos, I-3-3; I-3-4; por una prima, I-3-5; por las compañeras, I-4-12; I-6-2; por las jóvenes, I-6-4; I-10-9 y ss.; y los capítulos 12, 13, 14, 15; por las madres de familia, I-6-5; — de las primeras Hermanas por las chicas, II-10-5; — de la Santa por hacer conocer y amar a Dios, IV-2-5; IV-3-1; por las jovencitas, IV-2-5; IV-3-12; por la expansión del Reino de Dios, IV-3-6.

Cena: en los primeros tiempos del taller, I-12-12; las Hermanas se van a dormir sin —, II-9-1.

Cibrario (Sac. Nicolás): director de la casa de Vallecrosia, II-12-6.

Cipriano (Don) prepara a las Hijas de María Auxiliadora para los exámenes, II-6-9.

Clara (Santa): cómo gobernó el monasterio, IV-2-1

Clausura: Don Bosco recomienda la —, II-11-5.

Clientes: María manda a las — a visitar a Jesús Sacramentado, I-13-11; las —, contentas de los precios, I-13-2; María no se lamenta cuando no la pagan, I-17-7; devuelve lo que le sobra a las —, IV-4-5.

Colegio: Don Bosco y Don Pestarino deciden fundar un — en Mornese, I-16-1 y ss.; se coloca la primera piedra, I-16-2; deseo de María de que se termine para tener trabajo, I-18-2; por qué se eligió el — de Mornese para el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, I-18-6; las Hijas de la Inmaculada pasan al —, I-19-3; descontento en el pueblo por este traslado, I-19-4; I-19-7; I-19-14; Don Pestarino consuela a las Hijas, I-19-7; habladurías en el pueblo, II-1-2.

Comer: — en el taller, I-12-8; María y Petronila comienzan a — en casa Macagno, I-15-5.

Compañeras: cuidados de María con las — pasadas al colegio, I-19-11; las anima, I-19-14.

Comunión: la Primera — de María, I-2-10; — diaria, I-4-10; durante la enfermedad del tifus, I-8-3; fervor al recibirla, I-6-10; I-12-1; IV-2-4; para ir a recibir la Sagrada — no es necesario vestirse como para una fiesta, I-14-5; María recomienda recibir con frecuencia la —, I-14-5; recomienda a las niñas la — espiritual, I-14-5; a las Hermanas, III-15-13; María retrasa la Primera — de una niña (anécdota), I-15-2; — diaria de las primeras religiosas, II-10-2; Primera — de cinco niñas en la noche de Navidad, II-11-10; Sor Giordano muere pronunciando las palabras: “— espiritual”, II-14-7; la Santa recomienda la — espiritual en los paseos, II-19-3; cuadro de la — bien hecha y de la — sacrílega, II-20-8; aconseja hacer alguna mortificación como preparación a la — (anécdota), III-9-11; III-9-12; la Santa habla de la — cuando velan por la noche, III-19-12; recomienda prepararse a la — con ardientes deseos, III-14-3; fórmula para hacer la — espiritual, III-15-13; porte de la Santa en la iglesia, IV-4-I; recogimiento al acercarse a recibir la — de niña, I-6-10; I-12-1; de Hermana, IV-2-4; la Santa recomienda que se acerquen a recibir la — con fervor, IV-9-7; la Madre hace y aconseja que se haga la — espiritual en los viajes, V-2-13; la Santa, durante su enfermedad, recibe la — todos los días, V-8-12; su coloquio después de la —, V-8-18 (ved **Santísimo Sacramento**).

Conciencia: delicadeza de — de la Madre, IV-6-1.

Conferencia de San Vicente de Paúl, fundada por Don Pestarino, I-3-7; el papá de María se inscribe en la —, I-1-4; la — alquila dos habitaciones para dos mujeres enfermas, I-17-8.

Conferencias: cómo eran las — de la Santa, II-9-7; II-18-4; IV-9-3; qué exhortaciones hacía en las —, II-9-7; qué vicios combatía, II-9-7; II-18-4; cómo se humilla, II-18-4; — sobre la observancia de la Regla, II-18-7; IV-9-3; sobre el fervor, II-18-7; sobre la rectitud de intención, IV-9-5; sobre el no excusarse, IV-9-6; sobre el espíritu de oración, IV-9-7.

Confesión: la mamá de María la lleva a confesarse, I-2-3; — general, I-4-9; María anima a dos jóvenes a confesarse, I-6-4; María enseña a las niñas a confesarse, I-13-6; recomienda humillarse en la —, II-15-7; III-3-8; IV-3-11; la Santa recomienda a las alumnas la sinceridad en la —, II-20-8; V-8-22; V-9-10; dice que no se debe hablar de lo que ha dicho el confesor (anécdota), II-20-13; de llevar a la — el verdadero dolor, III-3-8; no confesarse por costumbre; III-3-8; pedir la gracia de hacerla siempre bien, II-9-7; la Santa es puntual en confesarse cada ocho días, IV-3-11; confesarse para corregirse, IV-9-5.

Confesor: la Santa recomienda a las Hermanas la confianza con el —, III-3-8; no hablar del —, II-3-8; la sinceridad con el —, V-2-6; de tener el corazón abierto al —, V-8-9; la Santa dice al — que la asista hasta el final, V-8-17; le dice que en el cielo se acordará de él, V-8-17.

Confianza: la Santa se gana la — de las Hermanas, III-16-13; recomienda

a las Hermanas la — con el confesor y con los superiores, V-2-2; — en Dios de la Santa a la muerte de Don Pestarino, II-4-9; la infunde en las religiosas, II-6-10; IV-2-6; dice que se debe tener — aun después de haber cometido una culpa, IV-2-7; — en todas las dificultades, IV-8-6.

Confirmación (Sacramento): María recibe la —, I-2-10.

Congregación: en la casa de la Inmaculada nadie tiene la intención de fundar una —, I-17-9; dónde está la dificultad de fundar una —, II-3-6.

Consagración: de las Hermanas y alumnas a Jesús Niño, II-11-11; II-20-10.

Consejo: la Santa pide —, II-8-5; II-16-4.

Constancia de la Santa en la piedad, I-8-1.

Constituciones: Pío IX exhorta a Don Bosco a escribir las — para las Hijas de María Auxiliadora, I-18-9; — son entregadas a las Hijas de la Inmaculada por Don Pestarino, I-18-11; importancia de observarlas, II-2-6; aprobación de las — de los Salesianos, II-4-1 y Apéndice; obediencia de Madre Mazzarello a las —, II-6-14; firmeza en querer que se observen, II-8-3; III-3-4; IV-1-9; su perfecta observancia en Mornese, II-10-1; las — perfeccionadas por Don Bosco, II-12-3; las — aprobadas por el Obispo de Acqui, II-12-3; la Madre recomienda la exacta observancia de las —, II-15-6; II-16-3; II-18-4; II-18-7; III-14-2; su pena cuando ve alguna irregularidad, II-15-6; III-3-5; la Madre, exactísima en la observancia de las —, II-15-6; cada religiosa debe ser una copia de las —, II-18-7; se imprimen las —, III-6-1; las — son retocadas por Don Bosco, III-6-3; algunas partes características de las —, III-6-3; atenerse a las —, III-7-2; la Santa induce a observarlas con el ejemplo, IV-5-2; estima de la Madre por las —, IV-9-3; se prepara para explicarla delante del Santísimo Sacramento, IV-9-3.

Consuelos: ved **Animos, Compañeras, Caridad**.

Contratto (Monseñor Modesto) aprueba el Reglamento de las Hijas de la Inmaculada y les impone la medalla, I-6-2.

Convalecencia: María entra en la —, I-8-8 y ss.; I-9-I y ss.

Conventos: supresión de los —, I-6-7.

Conversación: — con Jesús, II-8-6; — de las primeras religiosas en el recreo, II-10-3; — de la Madre con las postulantes, II-15-4; con las alumnas en Nizza, II-11-14; características de la — de la Madre, IV-1-4; la Madre en todas las — busca llevar las almas a Dios, V-2-14.

Conversión de un vecino de María, I-8-4; la Santa obtiene verdaderas —, IV-3-9.

Corazón: tenerlo desprendido de todo, I-14-4; la Santa recomienda a las religiosas la guarda del —, III-14-3; la Santa posee la intuición de los — (anécdotas), IV-8-7; la Santa dice que los hombres le pueden quitar todo menos el — para amar a Dios, IV-3-5.

- Corazón** (Sagrado — de Jesús): devoción de la Madre al —, II-10-10; la Santa recomienda la devoción al —, II-10-10; la Santa dice a una estudiante que confíe en el —, II-10-10; recomienda su devoción a las personas externas, II-10-10; mes del — (año 1875), II-10-10.
- Corrección**: dulzura y firmeza de María en la —, I-13-5; I-14-6; I-15-4; II-15-5; III-3-4; IV-1-2; IV-8-4; después de hacer la — quiere lo mismo que antes, I-13-9; I-15-4; sus — son deseadas por las Hermanas, II-8-3; habla del momento de la muerte en las —, II-8-3; — que hace por la noche, II-9-7; modo de hacerlas, II-9-7; cómo corrige a las educandas, II-20-6; II-20-9; las alumnas se encariñan más con la Santa por las —, II-20-9; quiere que en las — se dé preferencia a los motivos sobrenaturales, II-20-9; III-11-6; deja a todas tranquilas después de las —, III-3-4; se humilla cuando piensa que ha sido demasiado dura, III-9-3; IV-4-5; no usa palabras que humillen, IV-1-2; cómo recibía la Santa las —, IV-1-9; la Santa recomienda recibir bien las —, IV-9-6; — de la Santa a Sor Arecco, V-5-6; — al director, V-2-2; a Don Pestarino, V-2-14.
- Correspondencia** de las niñas a los cuidados de María, I-13-7; I-14-6; de las alumnas, II-20-14; de las oratorianas, IV-3-7.
- Cosas**: hacer las cosas ordinarias extraordinariamente bien, prólogo, p. VI; I-5-2; IV-1-7.
- Costamagna** (Monseñor Santiago), en Mornese, director espiritual, II-7-2; organiza las clases de Mornese, II-7-6; su actividad, II-7-6; su carácter, II-7-9; ved nota al capítulo 16, parte II; su celo en secundar los deseos de Don Bosco, II-16-2; justificación de su modo de obrar, ved nota al capítulo 16, parte II; — elegido para capitanear la tercera expedición de misioneros, III-1-2; su pena por la casa de Mornese, III-2-4; III-2-5; III-2-6; elogia a Sor María Mazzarello, III-2-4; pena de la Madre y de las Hermanas por la partida de —, III-2-5; construye la casa a las Hermanas de Almagro, III-5-6; su carta a Don Bosco pidiendo que le envíe personal a las misiones, V-3-6; advertencia de la Santa, V-2-2; su veneración ante un escrito de la Santa, V-5-4.
- Crucifijo**: se da el — a las primeras profesas, I-20-7; la Santa dice que debemos de estar crucificadas con Jesús, III-12-2; coloquio de la Santa con el —, V-8-14; V-9-2.
- Cruz**: la Madre recomienda santificar la — que el Señor nos da, II-18-5; amar la —, V-6-5.
- Cuadernillo** (Un): Don Pestarino lleva un — con consejos de Don Bosco a María y a Petronila, I-18-11.
- Cuaresma**: cómo ayuna en la —, IV-4-7.
- Cuarto**: Don Lemoyne dice que se conserve el — de la Santa en Mornese, III-6-7; el de la Santa en Nizza Monferrato, IV-5-2.
- Cuentas**: las — las hace con los dedos, I-4-2.

Cumpleaños (día): deseo de la Madre de llegar al día de su —, V-9-1; llega al día de su —, V-9-6.

CH

Chieri: fundación de la casa de — (28 de junio de 1878), V-4-3.

D

Daghero (Sor Catalina), postulante en Mornese, II-7-7; sus vacilaciones, II-7-7; juicio que de ella da la Santa, II-1-5; directora en Saint-Cyr, III-4-7; III-4-8; la Santa predice que llegará a ser superiora general, II-4-8; la Santa dice que voten para vicaria a —, V-1-3; es elegida vicaria, V-1-3.

Deberes: la Santa siempre pronta a hacer los —, aunque sean pesados, IV-1-5.

Defectos: la Madre, contenta de que la avisen de ellos, II-16-4; distingue los defectos de la voluntad de los del carácter, II-15-5; no quiere que se haga la paz con los —, II-15-5; III-3-4; III-3-8; la Santa anima a las Hermanas a corregirse, diciendo que también ella tiene —, II-16-6; contra qué — habla especialmente, II-20-6; III-11-4; la Santa, resuelta en querer la enmienda de los —, III-3-4; la Santa recomienda estar atentas a los pequeños —, III-3-8; recomienda que la avisen de sus —, IV-6-8; recomienda la corrección de los —, IV-9-5; no habla nunca de los — del prójimo, V-2-15.

Deliberaciones tomadas por las superiores y directoras en dos reuniones, III-4-4.

Denegri (Sor Angela) de niña tiene un gran miedo al infierno, I-12-9; su muerte, I-12-9.

Desaliento: no se dejó nunca invadir por el —, IV-1-6; IV-1-9; su cuidado por impedir el —, IV-8-5; IV-9-5.

Desayuno: se hacía en el taller, I-12-6; la Santa toma medidas para el — de Emilia Mosca, II-2-2; el — de las primeras religiosas, II-2-2; II-3-3; la Santa manda a una asistente a terminar el —, II-2-11; café con leche en el —, II-9-3; a las internas en Mornese, II-20-4; el — en Nizza Monferrato, III-7-7.

Desmayo de la Santa por la pena que le causa haber dado un disgusto al director, II-16-4.

Desprecio: la Santa dice que cuanto más el mundo nos desprecie, más queridas somos por Dios, II-1-4.

Dialecto: las primeras Hijas de María Auxiliadora abandonan su — para hablar en italiano, II-1-2; obediencia de la Madre al no hablar en —, IV-5-10.

Dianda (Sor Carmelinda): III-9-2; III-9-3.

Dios: la Santa recomienda la presencia de —, II-17-3; II-17-4; la Santa obra en la presencia de —, II-17-4; la Santa hace levantar el pensamiento a —, II-17-5; II-20-7; IV-2-5; inculca a las alumnas el amor a —, II-20-7; hablar a — con familiaridad, II-20-9; quiere exactitud en el servicio de —, III-7-3; la Santa sólo busca a —, III-7-5; IV-2-6; ver a — en todas las cosas, III-14-5; la Santa dice que — juzga a su padre, III-9-13; la Santa exhorta a las Hermanas a ser constantes en el servicio de —, IV-2-7; —, pensamiento dominante de su vida, IV-3-1; vive de la presencia de —, IV-3-1; habla de —, IV-3-1; siempre absorbe en pensamientos de —, IV-3-1; perdida en —, IV-3-2; la Santa se pone roja cuando habla de —, IV-3-5; dice que no la pueden quitar el corazón para amar a —, IV-3-5; la Santa trata de llevar a todos a —, V-2-14; cómo se anima al pensar en el tribunal de —, V-8-14; coloquios de la Santa con —, V-8-14; la palabra de — (ved **Sermón**).

Directoras: la Madre se preocupa de formar buenas —, III-15-8; IV-3-8; dice que la — de la casa es la Virgen, II-7-3; V-2-2; del Instituto, II-10-9; IV-3-8; V-2-2; manda a una — a descansar, V-2-4; reprende a una — que se olvida de dar la conferencia semanal, V-2-4; recomienda a otra la discreción en la mortificación, V-2-4.

Diversiones en el oratorio, I-14-3; I-14-9; — durante el carnaval, I-14-14.

Domingo santificado por María, I-8-1; la Santa recomienda a las Hermanas que se pongan el hábito nuevo los —, II-9-7; de asistir a Misa con mayor fervor, II-9-7; IV-4-1; recomienda a las Hermanas que no trabajen el —, IV-4-1.

Dominio de sí: la Madre tiene un completo — de sus sentidos, IV-1-3.

Dulzura: la Santa recomienda a las Hermanas la — con las niñas, III-14-3

E

Educación: de la devoción viene la buena —, I-15-3; normas didácticas para la — de las niñas, III-10-5; la Santa dice que no hagan caricias, III-14-3.

Ejemplo: la Santa arrastra a las Hermanas con el —, II-8-3; el — de las Hermanas lleva a las educandas a desprenderse de las cosas superfluas, II-9-2; la Santa da — de lo que recomienda, II-9-7; III-14-6; efecto del buen — de la Madre en una jovencita, III-7-7; recomienda a las Hermanas la misión del buen —, III-11-17; la Santa, — de obediencia, III-15-2; — de vida común, III-15-4; — en todo, III-15-4; la Santa se propone dar

buen —, IV-2-1; da — en las funciones de la iglesia, IV-3-10; la Madre está atenta a dar buen — en los viajes, V-2-14; buen — de la Santa en la enfermedad, V-7-4 y ss.; V-8-12.

Ejercicios espirituales de las Hijas de la Inmaculada, I-6-6; primera tanda de — en el colegio, I-20-1; — para las señoras, I-20-1; II-6-11; exclusivamente para ellas, II-14-5; en Nizza Monferrato (año 1879), III-8-6; clausura de los primeros — en el colegio, I-20-14; — alrededor de la Pascua, II-4-5; María invita a sus antiguas compañeras a los —, II-6-11; cómo trata la Madre a las Hermanas que vienen a hacer los —, II-18-6; Don Bosco está presente en los — de las señoras, III-8-6; Don Bosco manda con la Madre a las que parece que tienen vocación, III-8-6.

Enfermas: atenciones especiales de la Santa Madre con las —, II-17-8; III-12-5; cómo las anima, II-17-8; aduce motivos sobrenaturales, II-17-8; II-17-9; quiere que las Hermanas asistan a las —, II-17-8; su ejemplo sufriendo con paciencia, II-17-8; su caridad con las enfermas, IV-3-12.

Enfermedad: María, durante la — del tifus, I-8-3; — de la Madre en Saint-Cyr, V-7-1; su resignación, V-7-3 y ss.; se hace servir de urfa que no lo sabe hacer, V-7-5; su continua debilidad, V-8-1; nuevo dolor en el costado, V-8-3; a pesar de su enfermedad trabaja, V-8-4 y ss.; la Santa va a la enfermería común, V-8-5; dice que podrá vivir todavía un mes, V-8-6; dice que no curará, V-8-6; V-9-5; dice: “Es tan grande el bien que espero...”, V-8-8; “Hermoso padecer...”, V-9-15; durante la — piense más en el Instituto que en ella misma, V-8-11; reza continuamente en la —, V-8-12; pide que no la dejen sola, V-8-13; repentina mejoría de la Madre, V-9-3 y ss.; pena de la Santa por su mejoría, V-9-3; desea la Santa morir en sábado, V-9-5; V-9-9; claridad de la mente de la Santa hasta el final de la vida, V-9-13; delicadeza de la Santa con la portera, V-9-14.

Enfermería: la — está provista de lo necesario, III-4-4; la Madre quería estar en la — común, III-15-4; en la última enfermedad, V-8-5.

Enfermos: María asiste a los parientes —, I-8-2; visita a los — del pueblo, I-17-8; exhorta a los — a que tengan paciencia, III-6-6.

Escándalo: cuidado de la Madre para evitar el —, V-7-9.

Escritos murales sugeridos por Don Bosco, III-4-5.

Escrúpulos: María vence los —, I-7-5; la Santa consuela a las Hermanas y postulantes atormentadas por los —, II-17-9; la Madre no es escrupulosa, IV-6-1; es enemiga de los —, IV-6-1; ayuda a las escrupulosas, IV-6-1.

Escuela o clase: por qué María no frecuentó la —, I-4-2; las — en Mornese, II-7-6.

Esperanza: María está segura de que el Señor proveerá para su futuro, I-16-6; Sor María consuela a las Hermanas con la — del premio eterno, II-6-10;

IV-2-11; su — viva y activa, II-18-5; la infunde en las Hermanas, II-18-5; — heroica de la Santa, IV-2-6; — en las contradicciones, IV-2-6; — constante de la Santa, IV-2-11.

Espíritu: la Santa mantiene alto el — de la comunidad, IV-1-5; el — del Instituto, II-1-6; la Santa quiere que las postulantes adquieran el —, II-15-10; II-16-3; su fortaleza y prudencia en conservar en el Instituto el — del Fundador, IV-1-9; — de alegría en Mornese, II-14-9; — de familia, la Santa lo quiere en la comunidad, II-8-4; — de fe (ved **Fe**); — de trabajo de la Santa, II-8-1; II-10-1; — de mortificación en Mornese, II-3-3; II-4-2; Don Bosco, edificado del — de mortificación en Mornese, II-9-3; II-10-1; en Nizza, III-7-7; el — de mortificación de Mornese en América, III-5-7; — de penitencia: la que más agrada a Dios, III-7-7; hacer que el trabajo sea penitencia, III-7-7; — de oración en las nuevas religiosas, II-1-1; II-4-2; II-10-1; — de reparación durante el carnaval, II-12-2; María inculca el — de sacrificio, II-1-1; V-2-6; la Santa, animada del verdadero — de sacrificio, II-3-3; el — de las primeras Hermanas en Mornese, II-7-6; II-12-2; — de sacrificio de las educandas en Mornese, II-9-2; — de sacrificio de la Santa, II-8-1; II-10-1; — de humildad de la Santa, II-8-1.

Espíritu Santo: María recomienda a las niñas que receu al —, I-13-6.

Estadística del Instituto a la muerte de la Madre, prólogo, p. VII; — en 1913, prólogo, p. VII; en 1980, prólogo, p. VII (7); de las casas de América en 1980, III-2-9.

Este: fundación de la casa de — (15 de octubre de 1880), V-1-6.

Estudiantes: la Santa quiere que las Hermanas — se dediquen también a los trabajos materiales, II-8-2; III-4-4; la superiora eligirá para esto el mayor número posible, III-4-4; III-16-3; está atenta a que no se ensoberbezca, III-16-2 y ss.; las humilla de buena manera, III-16-2 y ss.; III-16-8.

Eternidad: la Santa hace pensar a las niñas en la —, I-12-4.

Eucaristía (ved **Santísimo Sacramento**).

Exactitud (en las pequeñas cosas): la Santa recomienda la —, II-17-4; la — en todo, III-7-3; la — en el servicio de Dios, III-7-3; la Santa obra con — en todo, IV-3-10; la Santa es exacta en confesarse cada ocho días, IV-3-11.

Extasis de la Santa, V-9-2.

Extremaunción: la Santa recibe la —, V-8-15.

F

Fallos externos de los que se acusan las Hermanas por humildad, II-15-7; cómo acoge la Santa a las religiosas que se acusau de — externos, II-15-7; III-15-11 (anécdotas).

Familiaridad: la Santa recomienda evitar las —, III-14-9.

Fassio (Sac. Miguel) da clase en Mornese, II-7-6; II-14-4.

Fe: la Santa manda rezar por la propagación de la —, I-15-3; III-15-9; María se inscribe en la obra de la propagación de la —, I-15-3; la —, fundamento de las virtudes cristianas, IV-2-2; — viva de la Santa, IV-2-2; IV-8-6; su espíritu de —, IV-2-2; la infunde en las religiosas, IV-2-2; IV-2-5; en las alumnas, IV-2-5; — en los misterios de la Religión, IV-2-2; en la intercesión de los santos, IV-2-2; vivía del espíritu de —, IV-2-3; por la — ve a Dios en los superiores y en los sacerdotes, IV-2-3; — en la Sagrada Eucaristía, IV-2-4.

Felicitaciones a las Hijas de María Auxiliadora, prólogo, p. VII; — y deseo de que la lectura de la vida os haga bien, prólogo, pp. VI-VII; — a Pío IX, II-11-10; — por la nueva adquisición de la casa de Mornese para el Instituto, III-13-5 (ved **Santos**).

Ferrettino (Sor Juana) es elegida ecónoma del Instituto, II-6-4; V-1-5; la Madre predice la muerte de —, V-8-10.

Ferrero (Sor Enma): su entrada en Mornese como alumna interna, su conversión, su edificante vida y su preciosa muerte, III-12-4.

Fervor de las primeras religiosas, II-10-1; II-11-6; II-19-1; III-2-5; conferencia de la Santa sobre el — II-18-7; sobre progresar en el —, IV-1-6; conserva el — aunque no sienta consuelos interiores, IV-1-6.

Fiestas: María prepara a las niñas a las principales —, I-13-6; prepara a las Hermanas, IV-4-1.

Figura moral de la Santa, IV-1-1 y ss.

Filomena (Santa): novena hecha a —, II-5-3.

Fin de la religiosa: II-14-6; IV-10-3.

Florechillas: María da la — semanal a las jóvenes, I-14-10; la — mensual, I-14-11; la cambia cuando lo cree conveniente, I-14-11; I-14-12; María da a las niñas la — en el mes de mayo, I-14-12; María sufre cuando no la practican, I-14-12; III-14-4; la Madre da a las religiosas la — general para el mes de mayo (año 1875), II-11-1; da otra en 1880, III-14-4; es la primera en practicarlas, II-11-1; — de Don Bosco para la Navidad de 1879, III-10-9; — para 1881: "Sinceridad siempre y no excusarse nunca", IV-9-9; la Santa da la — de no excusarse durante la cuaresma, IV-9-6.

Fortaleza de la Santa en sostener a las Hermanas en las contradicciones, II-6-10; IV-1-5; la Santa, admirada por su —, II-6-10; virtud especial, IV-1-8; virtud general, IV-1-8; la —, virtud característica de la Santa, IV-1-9; — de la Santa para superar las dificultades, IV-1-9; al recibir las correcciones en público, IV-1-9; en exigir la observancia de la Regla, IV-1-9; en prohibir lo que es peligroso para el espíritu religioso, V-2-5;

— de la Santa en su última enfermedad, V-8-12; la Madre, comparada con Santa Teresa, V-10-10.

Francisco (San — de Sales): la Madre recomienda la devoción a —, II-10-8; III-15-11.

Frassinetti (teólogo José) y el Reglamento de las Hijas de la Inmaculada, I-6-2; y el Jardín de María, I-14-11.

Frugalidad en los alimentos de María y Petronila, I-15-5.

Fruta: María se abstiene de la —, I-6-6; IV-4-8.

Funerales de Don Pestarino, II-4-11; — de trigésima por Don Pestarino, II-6-1; — de la Madre, V-10-2.

G

Gaino (Sor Asunta), II-8-4.

Gavi: peregrinación a la Virgen de —, II-10-6; donde se divisa el santuario de — la Madre se separa de las Hermanas que van a Vallecrosia, II-12-6; origen del santuario de la Virgen de —, II-12-6; la Madre no deja que Sor Laurentoni vaya a la Virgen de —, II-14-1.

Gimnasia: las Hermanas se examinan de —, III-8-8; los brotenses ven mal la —, V-1-6.

Giordano (Sor Luisa): su edificante muerte, II-14-7.

Gloria de Dios: la Madre recomienda buscar sólo la —, II-6-14; III-7-3.

Gobierno: modo de — la Madre, II-8-5; II-16-3; IV-8-3; la Madre depende de Don Bosco en el —, II-8-5; IV-8-5; Don Bosco está contento del — de la Madre, II-9-8; IV-8-1; la Santa sabe unir la bondad con la firmeza en el —, II-16-3; IV-8-4; la Madre — con prudencia y santidad, IV-2-1; con secreto, IV-8-4; se hace amar y temer al mismo tiempo por las niñas, I-13-8; por las Hermanas, IV-8-4; IV-8-5; hace que casi se deseen los sacrificios, IV-8-3; — imparcial, IV-8-4; estudia las fuerzas físicas, intelectuales, etc., de las Hermanas para darles la ocupación conveniente, IV-8-4; no hace sentir el peso de la autoridad, IV-8-2; IV-8-5; — maternal de la Madre, IV-8-3; IV-8-6; — perfecto, IV-8-3; la Madre, en el —, desconfía de sí y confía en Dios IV-8-6.

Gracias que se atribuyen a Madre Mazzarello, V-10-1; V-10-8.

Gratitud (ved Agradecimiento).

Grosso (Sor María), admitida en el taller por Madre Mazzarello, I-10-12; su vida y muerte edificante, II-13-3.

Guala (Sor Paulina): su vida y muerte edificante, II-19-2.

Gusanos de seda: las Hijas tienen —, I-19-3; I-19-5.

H

Hábito de las Hijas de María Auxiliadora, I-20-2; María cose el primer —, I-20-3; la Santa dice a las Hermanas que tienen que perseverar aunque se tengan que vestir de seglares, IV-2-7.

Hermanas: María avisa a la mamá para que corrija a las —, I-3-3.

Hermanos: María cuida a sus —, I-3-3; un — grosero, I-3-4.

Hijas de María: creación de las — en Nizza, III-10-7; — de María Auxiliadora: Don Bosco decide fundar las —, I-18-4 y ss.; las — reciben las Constituciones, I-18-11; por qué se llaman así, I-20-9; nombre de las primeras —, I-20-7 y Apéndice; su contenido, II-1-1; II-1-5; comienzan a hablar en italiano, II-1-2; las — agregadas a los Salesianos, II-4-3; cómo pueden ayudarlos, I-11-7; II-7-4; las — están convencidas de que la Madre habla siempre para su bien, II-16-6 y ss.

Horario del taller, variaciones, I-13-1; Don Pestarino trae a María y a Petronila un — escrito por Don Bosco, I-18-3; contenido de tal —, I-18-3; la Madre encuentra que el — en Alassio está mal combinado, V-2-3; la Santa Madre es exacta al — también durante la enfermedad, V-8-5.

Humildad: acto extraordinario de — de la Madre, II-2-12; la Santa recomienda a las Hermanas la — al hablar de los trabajos hechos, II-9-7; la Santa pide oraciones para que las Hermanas sean humildes y obedientes, II-13-1; busca formarlas humildes, mortificadas y obedientes, II-6-14; Don Bosco aconseja probar a una postulante en la — y en la obediencia, II-14-1; — de la Santa con los superiores, II-16-4; — en pedir consejo a las Hermanas, II-16-4; II-18-4; III-3-5; III-15-2; III-15-15; IV-8-6; a los superiores, IV-8-6; a las postulantes, III-15-14; — a no ofenderse por respuestas mortificantes, II-16-4; IV-6-6; su contento en las humillaciones, II-16-4; humillada por el director, II-16-4; acto singular de — al pedir perdón al director, II-16-4; a las Hermanas, II-16-6; II-16-8; la Santa quiere que las Hermanas practiquen la — al vencerse, II-16-5; se humilla pidiendo excusa cuando se ha equivocado, II-16-6; III-9-3; se humilla en el juego, II-17-6; besa los pies a las Hermanas y a las postulantes, II-17-6; se humilla en las conferencias, II-18-4; — de la Madre al acompañar a las misioneras a Roma, III-1-6; acto especial de — en Roma, III-1-6; se humilla en los recreos con las educandas en Nizza, III-11-13; tiene un humilde concepto de sí, III-15-4; atiende a los trabajos humildes, III-15-4; — de la Santa al pedir que le expliquen lo que no sabe a las alumnas, III-15-15; — profunda de la Santa, III-16-8; la Santa, humilde en el trato, IV-6-2; no habla de sí más que para humillarse, IV-6-2; prefiere siempre los trabajos más humildes, IV-6-3 y ss.; hace todo lo posible para que la crean una ignorante, IV-6-4; IV-8-1 (anécdota); — de la Santa en las conferencias, II-18-4; al escribir cartas, IV-6-5; declaran que nadie la ha igualado en la —, IV-6-6;

que no podía tenerla mayor, IV-6-7; se considera indigna de estar en la Congregación, IV-6-7; la Santa recomienda no excusarse, IV-9-6; la — virtud característica de la Santa, IV-6-7.

Humor: la Madre recomienda que se conserve la igualdad de —, III-15-11; IV-1-3; IV-1-9. (También se puede traducir por “carácter”).

I

Iglesia: porte de María en la —, I-3-11; IV-4-1; María quiere el decoro de la —, I-13-3; IV-4-2; intenciones al ir a la —, III-7-5; la Madre siempre está de rodillas en la —, III-7-5; no se apoya en el reclinatorio, III-7-5.

Imitación de Cristo: María lee la —, I-5-1; le recomienda que lo lea a una muchacha, II-2-16.

Imparcialidad de la Madre con las jóvenes, I-15-4; con las Hermanas, II-8-1; II-17-8; III-16-13; IV-4-5; atenciones especiales con las enfermas y con las más tímidas, II-17-7; II-17-8; la — característica de la Madre con las niñas, III-11-14; la Madre recomienda la —, III-14-3; cada Hermana cree que es la predilecta de la Madre, III-16-13; IV-8-4; — de gobierno de la Madre, IV-8-4.

Inclinaciones (ved **Aptitudes**).

Infancia (Obra de la Santa): María se inscribe en la —, I-15-3.

Infieles: María reza por la conversión de los —, I-15-3.

Infierno: miedo al — en las niñas (anécdotas), I-12-9; la Madre tiene miedo al —, IV-2-9; la Santa dice a una Hermana: “Si vuelves al mundo irás al —”, IV-9-2.

Inés (Santa): la Santa inculca en las alumnas la devoción a —, II-20-8; cuadro de — en el taller, II-20-8.

Injurias: la Santa dice que es mejor recibirlas que hacerlas, II-1-4.

Intenciones: la Santa recomienda la rectitud de —, II-8-6; II-8-7; II-9-7; II-17-3; II-17-4; III-7-2; III-7-3; la — es lo que vale delante de Dios, II-17-3; la Santa ordena rezar para obrar siempre con rectitud de —, III-7-3; recomienda varias — en el trabajo, III-16-10; trabaja sólo por Dios, IV-3-1; inculca a las religiosas que trabajen sólo por Dios, IV-3-3.

Internado: el taller, transformado en —, I-10-12; orden que se seguía en el —, I-12-1.

Instituto de las Hijas de María Auxiliadora agregado a los Salesianos, II-4-3; primer Capítulo del —, II-6-4; el — entra en la regularidad, II-6-5; el — debe uniformarse al espíritu, al sistema y al carácter de los Salesianos, II-6-13; su fin principal, I-11-2; I-11-7 y ss.; su fin, I-18-9; III-4-4; afecto de la Santa al —, V-8-24.

Intuición de lo que pasa en los corazones: la Santa tiene la —, IV-8-7.

Invocaciones (ved Saludo y Jaculatorias).

Isidoro (San): fundación de la casa de — (6 de enero de 1881), V-1-6.

J

Jaculatorias: origen de las —: “Os doy...”, I-12-3; la — “Pasa una hora más en mi vida...”, I-12-4; la — “Virgen María, hacednos santas...”, I-12-7; las — que más se usaban al principio en el taller y en el oratorio, I-14-13; “¡Viva Jesús! ¡Viva María!”, II-2-15; las — se decían con muchísima frecuencia entre las primeras religiosas, II-10-3; “Os saludo, Jesús Sacramentado...”, II-20-7; “Venid a mi corazón, querido Jesús...”, II-20-7; “Bendita sea la hora...”, II-20-7; trabajo santificado por las —, III-7-5; la Madre quiere que las alumnas piensen en el significado de la — “Una hora de menos en mi vida y una hora más de la que tendré que dar cuenta a Dios”, III-11-3; III-16-10; “Todo para Dios y nada para nosotras”, IV-2-5.

Jardín de María en el taller y en el oratorio de Mornese, I-14-11.

Jesús Sacramentado (ved Santísimo Sacramento): oraciones a — por la vuelta de Sor Corina, II-5-3; — sea nuestro confidente, III-9-4; la Madre dice que trabajen sólo por —, III-9-4; dice a las Hermanas que en los disgustos vayan a —, IV-2-8; dice que le hablen además en dialecto, IV-2-8; cuando necesita alguna gracia manda a las Hermanas ante —, IV-8-6; prepara delante de — la explicación de la Regla, IV-9-3; recomienda tener con el mayor decoro la capilla, V-2-2; amor de la Madre a —, V-8-24.

José (San): altarcito de —, II-1-8; María recomienda la devoción a —, II-10-8; recomienda la imitación de sus virtudes, II-10-8; II-20-5; la Madre reza a — para que la libre de sujetos que no son aptos para el Instituto o para el internado, II-10-8; — llamado familiarmente el Ecónomo de la Casa, II-10-8; en las dudas de alguna vocación se recurre a —, II-15-7; la Madre pide a la Virgen y a — la gracia de morir en Nizza, V-7-7.

Jovencita: María, modelo de —, I-5-7; I-6-10; I-8-1; I-10-10.

Jóvenes: son atraídas por María, I-6-9; María invita a las — a la iglesia, I-6-10; fin por el que las acepta en el taller, I-9-8; amor de María por las —, I-9-5; las primeras — internas, I-10-12; las — van a Misa a diario, I-12-1; celo de María por las — en peligro, I-15-1; I-15-4; por una — deficiente mental, I-15-1; celo por las huérfanas, I-15-1; I-15-2; I-15-4; María inculca a las — el respeto a las personas y cosas sagradas, I-15-3; inculca a las — la devoción a la Virgen y al Ángel de la Guarda, I-15-3; María amaba a todas las — indistintamente, I-15-4; las atrae al Colegio, I-19-15; II-7-6; llevada en triunfo, I-19-15; III-11-12; vestidos para las — pobres, II-9-5; el vestido para una niña en un paseo al santuario de la Rochetta, II-19-5; en un paseo a Incisa, III-11-2; afecto santo por las —,

II-20-2; amor recto y sobrenatural de la Santa hacia las —, III-11-1; la Santa enseña a las Hermanas a formar a las — en la piedad, III-11-2; quiere que las Hermanas no las dejen nunca solas, III-11-5; no quiere que las Hermanas las agarren de la mano, III-11-16; IV-7-9; IV-9-8; en las cartas, la Madre manda saludos para las —, III-11-17; que recen por ella, III-11-17; ni caricias, ni abrazos, etc., III-14-3; IV-7-3; las viste con lo de su propiedad, IV-3-12; las — se tienen por dichosas de servir a la Madre, V-7-4.

Juegos (ved **Oratorio** y **Diversiones**).

Justicia: la Madre quiere que se guarde rignrosamente la — con las clientes, I-13-2; II-9-5; — con Dios, IV-4-1; — con el prójimo, IV-4-5.

L

La Boca (Buenos Aires): fundación de la casa de — (2 de noviembre de 1879), III-10-3.

La Navarre: fundación de la casa de — (2 de octubre de 1878), III-4-7.

Lanzo Torinese: fundación de la casa de — (1.º de septiembre de 1877), III-1-3.

Lasagna (Sac. Luis y después Obispo de Trípoli) recibe a las primeras misioneras, III-2-7; III-2-8; su idea sobre Sor Virginia Magone, V-3-5.

Las Piedras: fundación de la casa de — (13 de abril de 1879), III-5-6.

Laurentoni (Sor Teresa): a ella, cuando era postulante, la Santa le dice lo que le han dicho algunas señoras y las Hermanas de Santa Ana, II-5-5; cura de repente de una parálisis, II-13-4; habla, contra la prohibición de la Madre, con nna extraña postulante, II-14-1; cuenta una predicción de Madre Mazzarello sobre Madre Daghero, III-4-8; la Santa, en el momento que va a morir, le recomienda el cuidado del oratorio festivo, V-9-10.

Lavadero: la Santa en el —, en Nizza, III-7-7 (ved **Roverno**).

Lectura espiritual de María, I-5-1; — de la vida de los santos, I-5-5; — en el taller, I-12-9.

Lecturas católicas: la Santa aconseja a las Hermanas la difusión de las —, III-14-2.

Lemoyne (Sac. J. Bautista): director en Mornese, III-3-1; su arenga a las misioneras, III-5-3; su estima por la Madre, III-6-7; da la Extramaunción a la Madre, V-8-15; asiste a la Santa en la última enfermedad, V-8-17 y siguientes.

Leña: provisión de —, I-17-3.

León XIII (Papa): es elegido Sumo Pontífice, III-3-2.

- Leto** (Mons. Basilio) quiere a las Hermanas en Biella, II-14-8; recibe la visita de la Santa, V-2-7.
- Libros:** la Santa quiere que antes de darlos a leer a las niñas los vean los sacerdotes, III-11-8.
- Limpieza:** María ama la —, I-4-6; — de la casa, III-4-4; la Madre ama mucho la —, IV-5-9; quiere que las hermanas estén limpias, IV-5-9.
- Lu Monferrato:** fundación de la casa de — (8 de noviembre de 1876), II-14-11; la Santa en — predice la vocación religiosa a una niña, V-2-9.
- Luis** (San): los seis domingos en honor de —, I-14-2; I-14-10; María propone el ejemplo de — a las jóvenes, I-14-3; oración delante del cuadro de —, I-14-10; María lee la vida de — a las jóvenes, I-14-9; la Madre recomienda a las Hermanas la devoción a —, II-10-8; a las alumnas, II-20-5.

M

- Maccagno** (señorita Angela): quién era, I-6-1; prepara el Reglamento de las Hijas de la Inmaculada, I-6-2; su celo, I-6-9; van a trabajar María y Petronila en su casa, I-10-1; I-10-7; asiste a las oratorianas, I-14-9; hace de superiora de las Hijas que viven con sus familias, I-19-2.
- Madre:** las Hermanas dan el nombre de — a Sor María Mazzarello, II-3-7; Sor María es más — que Superiora, II-7-3.
- Madres** (Asociación de las — Cristianas), fundada por Don Pestarino, I-3-7; I-6-5; sus prácticas, I-6-5; pide cada día tres gracias, I-6-5; recomienda a las — que eduquen bien a sus hijos, I-6-5; I-13-11; que impidan a sus hijas ir al baile, I-14-14.
- Maestra:** primera — de novicias y postulantes, I-20-12; primeros exámenes de —, II-6-9; la — sea madre con las alumnas, II-6-13; se procuren a las — los libros necesarios, III-4-4.
- Magone** (Sor Virginia): I-12-9; su muerte edificante, V-3-5.
- Mandar:** modo de — de la Santa, II-8-5; —, ¿es fácil?, IV-8-2 (ved **Gobierno**).
- Manuscrito** de Don Pestarino sobre una conversación con Don Bosco para la fundación de las Hijas de María Auxiliadora, I-18-7.
- María** (La mora): III-14-1.
- María Auxiliadora** de los Cristianos: capillita dedicada a —, I-1-1; bendición de la capillita de —, I-1-7; fiesta de — establecida por Pío VII, I-1-7; imagen de — frente a la casa de María, I-8-8; se comienza el santuario de — de Turín, I-15-9; cuadro de — que Don Bosco manda a Mornese, II-1-8; altarcito dedicado a —, II-1-8; cómo es honrada — por las primeras religiosas, II-10-9; devoción de la Santa a —, II-10-9; la Santa

la considera la Superiora del Instituto y pone a sus pies las llaves de la casa, II-10-9; capillita a — cerca del colegio, II-11-1; II-11-2; la fiesta de — (año 1875), II-11-3; la primera iglesia dedicada a — en América, III-5-6; cuadro de — dado a las primeras misioneras, III-2-2; la Santa recomienda la devoción a —, V-2-2; la Santa pide a — y a San José la gracia de morir en Nizza, V-7-7.

María Inmaculada (Hijas de la —): Reglamento de las —, I-6-2; sus prácticas, I-6-3; vigilan a las niñas, I-6-4; mal humor de las — con las que quieren hacer vida común, I-15-6; diferencia entre las — y las nuevas Ursulinas, I-17-1; las — asisten a los enfermos del pueblo, I-17-8; renuevan cada año el voto de castidad, I-17-8; por qué su Unión no es una Congregación, I-17-9; las — pasan al colegio, I-19-3; las — se despiden del párroco, I-19-3; las jóvenes se consagran a —, I-13-10; triduo en preparación a la fiesta de la —, II-7-7; la —, fiesta de primer orden en el Instituto, II-10-9; la Madre recomienda a Hermanas y alumnas prepararse a la fiesta de la —, II-20-5; recomienda a las Hermanas que sean devotas de la —, III-15-11.

Martini (Sor Magdalena) va al frente del grupo de la segunda expedición de misioneras, III-5-1; la Santa deseaba que — fuese elegida superiora general, V-1-2; hace que le digan que todos están contentos de ella, V-6-5.

Máximas morales colgadas en las paredes de Mornese, III-4-5; algunas — de la Santa para obrar rectamente, II-17-4; II-17-9; para sufrir bien, II-17-8; II-17-9; la Madre recuerda con frecuencia las — de Santa Teresa, II-17-10; — educativas, III-10-5; — sobre no afligirse ni alegrarse demasiado, III-15-11; V-8-21; “Todo para Dios y nada para nosotras”, IV-2-5; no dejar para mañana lo que se pueda hacer hoy, IV-3-12; “Recordad que si sois fieles a Jesús en esta vida...”, V-2-12; “Es tan grande el bien que espero...”, V-8-8; “Hermoso padecer...”, V-9-15.

Mayo (mes de): las alumnas y las oratorianas santifican el —, I-14-12; las religiosas, en Mornese, II-11-1; la Santa es la primera en cumplir las florecillas del —, II-11-1; clausura del — en Nizza, III-8-4 (ved **Florecillas**).

Mazzarello (Sor María) (seglar): su nacimiento, I-1-1; su primera educación, I-1-6 y ss.; I-2-3 y ss.; en casa Bodratto, I-2-7; enemiga de exterioridades, I-2-7; su educación cuando es joven, I-3-2; cnida a los hermanitos, I-3-3; grosería de un hermano, I-3-4; enseña a una prima, I-3-5; reforma de sí misma, I-3-6; violencia para dominarse, I-3-9; remordimiento por haber cortado las vides, I-3-10; su porte en la iglesia, I-3-11; vence la ambición, I-3-12; hace voto de virginidad, I-4-8; oye Misa a diario, I-4-10 y ss.; modelo de jovencita, I-5-7; I-6-10; Hija de María, I-6-2; ayuda a A. Maccagno, I-6-9; la primera en todo, I-6-9; atrae a las niñas, I-6-9; es admirada por su modestia, I-6-10; I-8-1; coge el tifus, I-8-3; va a

aprender el oficio de modista, I-9-9; abre el pequeño taller, I-10-7; "Vete a María", I-10-9; un "miniinternado", I-10-12; se hace amar y temer por las niñas, I-13-8; deseo de oír a Don Bosco, I-15-12; comienza el oratorio festivo, I-14-2; para la construcción del colegio, I-16-2; su prontitud en irse a la casa de la Inmaculada, I-16-5; contrariada por los parientes, I-16-6; deja la casa paterna, I-16-8; su contento, I-16-8; María, elegida Superiora de la casa de la Inmaculada, I-17-3; tiene la intención de fundar una Pía Unión y quizá una Congregación, I-17-8; acepta rápidamente el formar parte del futuro Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, I-18-11; — elegida Superiora de las Hijas de la Inmaculada, I-19-2; acude a la familia para que la ayuden, I-19-6; su deseo de que la quiten de Superiora, I-19-9; amante de los trabajos humildes, I-19-11; I-16-4; su profesión religiosa, I-20-7; es nombrada Vicaria del Instituto por Don Bosco, I-20-12; aprende a escribir, II-1-3; tiene el don de consolar a los afligidos, II-2-9; recibe a las hermanas Sorbone, II-2-10; no deja a Sor E. Sorbone hacer dos mortificaciones, II-2-11; escribe a Don Bosco para conservar el espíritu de mortificación en el Instituto, II-3-4; cómo Dios la preparó para ayudar a Don Bosco, II-3-6; cómo se gana a la joven Corina Arrigotti, II-5-3; a E. Ferrero, III-12-4; a M. Belletti, II-14-12; le dice a la postulante Laurentoni que la Virgen la quiere en el Instituto, II-5-5; su docilidad a Don Bosco, II-6-14; su veneración por Don Bosco, II-6-14; II-8-5; III-14-2; su preocupación por imitarle y ayudarle, II-6-14; II-12-11; III-14-2; inculca esta estima a las Hermanas, II-6-14; III-14-2; sus recomendaciones a las Hermanas de que imiten al Fundador, II-6-14; III-14-2; que lo imiten educando a las niñas, III-14-3; cómo habla de Don Bosco, III-14-2; III-14-3; recomienda que adquieran el espíritu de Don Bosco, V-7-4; considera como voluntad de Dios la voluntad de Don Bosco, III-14-2; dice que vivan en la presencia de Dios y de Don Bosco, III-14-2; la Madre, en la casa de Borgo San Martino, II-7-5; en Turín, II-7-5; dice a la postulante Daghero que debe permanecer en el Instituto, II-7-7; su profesión perpetua, II-11-5; su gratitud para con los bienhechores, II-12-11; cumple a maravilla las órdenes de los superiores, II-16-1; ayuda al director de la casa, II-16-3; recibe la orden de vivir en Nizza, III-6-4 y ss.; su pena al dejar Mornese, III-6-5; su edificantísima vida, III-6-6; recobra de repente el oído, III-8-7; asiste a la muerte de su padre, III-9-13; es elegida por unanimidad Superiora General, V-1-5; se siente mal cuando acompaña a las misioneras, V-6-2; la Madre enferma en Marsella, V-6-7; en Saint-Cyr, V-7-1 y ss.; su agradecimiento a Don Bosco por la bendición en su última enfermedad, V-9-8; su preciosa muerte, V-9-18.

Mazzarello (Sor Felicina) declara que María, su hermana, desde niña rezaba con devoción, I-1-6; I-2-5; es elegida asistente y maestra de las novicias, II-6-4; directora en Borgo San Martino, II-7-3; en Chieri, III-4-3.

Mazzarello (Filomena, hermana de María) la corrige, I-3-3.

Mazzarello (Nicolás, hermano de María) le hace rabiarse, I-3-4.

Mazzarello (Sor Petronila): de la misma edad que María, I-2-3; invitada por la Santa a rezar juntas, I-3-13; entra a formar parte de las Hijas de la Inmaculada, I-6-2; acepta la proposición de María de aprender el oficio de modista, I-9-8; va a dormir a casa de la Pampuro, I-10-2; a casa de A. Maccagno, y después, a la de A. Bodratto, I-10-12; es elegida asistente del futuro Instituto, I-19-2; manda a Sor E. Sorbone que comulgue, II-2-11; es elegida vicaria del Instituto, II-6-4; la Madre le asegura que llegará a la vejez, II-11-2; su muerte, II-11-2.

Mazzarello (Sor Rosa): su muerte, II-11-6.

Medicina: la Santa no toma una — porque es algo fuera de lo corriente, III-3-6.

Meditación de las Hijas de la Inmaculada, I-6-3; en el taller, I-12-7; en la iglesia, I-12-11; recogimiento de la Madre en la —, III-7-5; continúa la — durante el día, IV-3-5; la Madre, la primera en la —, IV-3-5; fomenta en sí misma el amor a Dios con la —, IV-3-5.

Melazzo: fundación de la casa de — (15 de octubre de 1880), V-1-6.

Memoria histórica sobre la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, I-18-5 y ss.

Mentira: María reprende a una joven por haber dicho una —, I-13-4; I-13-8; la Madre castiga a su sobrinita porque ha dicho una —, III-11-4.

Mercado: María en el —, I-3-2.

Méritos: porfía para ganarse —, III-7-7.

Misa: la mamá de María la lleva a —, I-2-3; sacrificios de María para ir a —, I-4-11 y ss.; I-5-3; la Madre recomienda a las Hermanas que la oigan los domingos con más fervor, II-9-7.

Misioneras: Don Bosco manda a decir a la Madre que elija a las —, III-1-2; nombres de las primeras —, III-1-4; las primeras — van a Roma a ver al Santo Padre, III-1-4 y ss.; las primeras — en Sampierdarena, III-2-1 y ss.; la Madre las acompaña al buque, III-2-1; III-2-3; su actuación en el buque entre los pasajeros, III-2-6; su llegada a Montevideo, III-2-7; comienzo de sus trabajos, III-2-8; segunda expedición de —, III-5-1; predicción que se cumple respecto a una —, III-6-5; función de la partida de la segunda expedición de —, III-5-3; la bendición de Don Bosco, III-5-3; llegada de las — a Montevideo y a Buenos Aires, III-5-6; deseo de las — de que la Madre las visite, V-3-4; Don Bosco prepara la sexta expedición de los misioneros Salesianos y la tercera de las Hermanas, V-3-7; Don Bosco invita a la Madre a escoger las — para la tercera expedición, V-4-1; cómo la Madre entiende que va ella a América, V-4-6; función de partida de las —, V-5-2; recuerdos de Don Bosco a las — de la tercera expedición, V-5-3; la Madre las llama

afortunadas, V-5-6; preocupación de la Madre por las —, V-6-2; preocupación de la Madre por una — que no está bien de salud, V-6-6; la Madre las tiene alegres en el viaje a Marsella, V-6-6; la Madre garantiza a las — un buen viaje, V-6-10; la Madre abraza y besa a las —, V-6-10; recuerdos de la Madre a las — (ved **Recuerdos**).

Misioneros: la noticia en Mornese de la partida de los — Salesianos, II-11-8; su partida, II-11-9; oraciones de las Hermanas por los —, II-11-9; III-1-1; deseo de las Hermanas de seguirlos, II-11-9; insistencia de los — para que les envíen más personal, V-3-6.

Misiones: deseo de las Hermanas de ir a las —, III-1-1; la Madre, deseosa de ir a las —, III-1-1.

Modestia: la Madre practica la — con la vista, I-3-12; IV-7-1; la Madre recomienda a las jóvenes que practiquen la —, I-6-10; I-13-7.

Modista: María piensa aprender el oficio de —, I-9-4 y ss.; su fin, I-9-8; habla de esto con Petronila, I-9-7 y ss.; su dificultad, I-10-3; I-10-4; van a casa de la — del pueblo, I-10-5; error en el corte, I-10-6.

Morano (Sor Magdalena) dice cómo la Santa combatía el amor propio, III-3-4; anota un pensamiento de la Santa, III-9-4.

Mornese: I-1-1; el Municipio de — contra el Instituto, II-14-4; por qué se quiere abandonar la casa de —, III-4-1; pesar de los de Mornese porque la Madre deja el pueblo, III-6-6; el espíritu de — en América, III-5-7; en Nizza, III-7-1 y ss.; III-9-1; los superiores venden la casa de —, III-13-4; la venta causa mala impresión en el pueblo, III-13-5; se vuelve a comprar la casa de —, III-13-5.

Mortandad: la — disminuye en el Instituto después que la Madre ofrece su vida, V-4-4.

Mortificación de María al abstenerse de la fruta, I-6-6; IV-4-8; — durante la convalecencia, I-9-2; la recomienda a quien no tiene obligación de ayunar, I-14-12; la Santa recomienda la — de la voluntad, II-9-3; impide dos — a la postulante Sorbone, II-2-11; no permite a algunas Hermanas que hagan una — en carnaval, II-12-2; las Hermanas reciben bien las — dadas por la Madre, II-16-6 y ss.; — de la Madre al descansar, II-18-6; no lo hace durante el día, III-15-4; — de la Madre al no beber durante un paseo, II-19-4; — de las alumnas en honor de Jesús Niño (anécdota), II-20-12; — corporales de la Santa, III-7-7; IV-4-7; no se excede en las —, IV-4-8; prefiere las — internas, según le aconsejan, III-7-7; — internas que Don Bosco recomienda a las Hermanas, III-7-7; la Santa dice cuál es la — que más agrada a Dios, III-7-7; recomienda que se haga alguna — como preparación a la Comunión (anécdota), III-9-11; la Santa deja la cama a una Hermana y pasa la noche en una silla, III-12-5; — de la Madre al tomar alimento, III-15-5; IV-4-7 (anécdota); al ceder la propia habitación, III-15-4; la Santa recomienda la — de los ojos, III-15-5; de la

gula, III-15-5; da su ración a alguna que la necesita, III-15-5; se alegra cuando ve que se ama la —, III-15-5; la Santa mortifica su voluntad, IV-1-9; aprovecha todas las ocasiones para mortificarse, IV-4-7; hace a los alimentos desagradables, IV-4-7; se mortifica comiendo la sopa sin sal, IV-4-8; usa cajas de madera en lugar de almohadas, IV-4-9; IV-5-2; llama vendimia al tiempo de la —, IV-4-10; otras — que la Santa recomienda, IV-4-10; recomienda santificar las —, IV-4-10; recomienda la — en honor a la Virgen, IV-4-10; modera las — de las Hermanas, IV-4-11; recomienda la — al ir a las viñas, IV-4-11; al ir con la familia, IV-4-11; deja el colchón a una Hermana, IV-5-2; la Santa quiere discreción en la —, V-2-4; se abstiene de beber una limonada, V-2-8; mortificarnos nosotras y no mortificar a los demás, V-5-1; — de la Santa durante la enfermedad en Saint-Cyr, V-7-5.

Mosca (Sor Emilia): II-2-1 y ss.; se examina para maestra, II-6-9; en Turín, para presentarse a los exámenes de octubre, II-7-5; la Santa quiere que manden a las estudiantes a coser, III-16-5; es elegida asistente en el Capítulo General, V-1-5.

Muerte de la primera Hija de María Auxiliadora, II-4-4; — de Don Pestarino, II-4-8; de la alumna Emilia Chiara, II-5-2; de Sor Corina Arrigotti, II-5-3; de Sor Belletti, II-14-12; de Sor Ferrero, III-12-4; la Madre recuerda con frecuencia el momento de la —, II-8-3; la Madre anuncia oscuramente su —, V-1-3; anuncia claramente su —, V-4-3; toda la vida de la Madre fue una preparación para la —, V-9-11; — preciosa de la Madre, V-9-18; la *Unità Cattolica* y el *Boletín Salesiano* anuncian la — de Madre Mazzarello, V-10-5.

Mundo: no llevar al taller las noticias del —, I-12-7; no preocuparse por lo que dice el —, II-8-1; no construirse un pequeño — en la religión, II-15-6; la Madre teme que el espíritu del — entre en casa, II-15-6; III-15-3; no hacer nada para ganarse la estimación del —, II-15-6; el — no es nada, III-16-12.

Murmuración: acto especial de la Santa para impedir la —, II-16-4; nadie la oyó nunca murmurar, V-2-14.

Música: la primera Misa con música en la casa de Mornese, II-4-7; cómo se cultiva en Mornese, II-7-6; se recomienda el estudio de la —, II-4-5; III-4-4; cuidado de la Santa para que a una Hermana no la entre vanidad por la —, III-5-6.

N

Napoleón I: I-1-7.

Navidad: las tres Misas de media noche de la — (año 1873), II-3-9; novena de — (año 1874), II-7-8; Misa de — (año 1875), II-11-22; consagración a Jesús Niño, II-11-11.

Negrini (Sor Hortensia): su traslado de Mornese a Nizza, su resignación a la voluntad del Señor, su muerte, III-13-4.

Niñas (ved **Jóvenes**).

Nizza Marittima: fundación de la casa de — (1.º de septiembre de 1877), III-1-3; la Madre visita a Don Bosco en —, V-7-8.

Nizza Monferratto: Don Bosco compra el convento de la Virgen de las Gracias de —, III-4-2; apertura de la casa de — (16 de septiembre de 1878), III-4-6; la Santa recibe la orden de establecerse en —, III-6-4; inundación de Belbo en — y caridad de la Madre, III-8-2; deseo de la Madre de morir en —, V-7-4; V-7-7; recibimiento a la Madre, que regresa de Saint-Cyr, V-7-10 y ss.

Novicias: la Madre tiene cuidado de que las — adquieran el espíritu del Fundador, II-6-14.

Novísimos: miedo de las niñas a los —, I-12-9; la Madre tiene miedo a los —, IV-2-9.

O

Obediencia de María a sus padres, I-2-3 y ss.; IV-5-10; a A. Maccagno, I-6-9; al médico, I-8-6; I-9-1; la — deben practicarla los que entran en religión, II-1-2; — de la Santa a las Hermanas de Santa Ana, II-1-11; a la señora Blengini, II-3-2; Don Bosco recomienda a las Hermanas la — a María, II-6-7; — de Sor María a la Regla, II-6-14; — a los diversos directores, II-7-9; II-16-4; III-3-1; III-15-2 (anécdota); — de la Santa a Don Costamagna, II-7-9; a la palabra de Don Bosco, II-8-5; III-15-1; la Santa pide oraciones para que las Hermanas sean humildes y obedientes, II-13-1; Don Bosco recomienda que se pruebe a una postulante en la humildad y en la —, II-14-1; la Santa recomienda a las Hermanas la —, II-16-5; la Santa, ejemplar en la —, II-16-5; II-18-4; IV-5-12 y ss.; quiere a las Hermanas obedientes, II-16-5; a Sor Succetti la llaman la — en persona, II-19-2; comparaciones de Don Bosco sobre la importancia de la —, III-4-5; — prontitud de la Santa en dejar Mornese, III-6-5; el verdadero obediente cumple la voluntad de Dios, III-15-1; no se equivoca, III-15-1; — de la Santa a Don Pestarino, IV-5-10; al confesor, IV-5-10; obedece aun a los deseos de los directores, IV-5-10 y ss.; dice que la — es la medida de la santidad, IV-5-11; cumple la — volando, IV-5-11; obedece también en las cosas libres, IV-5-11 y ss.; — de juicio, IV-5-12; IV-5-14; rapidez de la Santa en la —, IV-5-11; IV-5-12 (anécdotas); recomienda a las Hermanas la —, III-15-1; IV-5-13; al practicarla hace que no sientan su peso, IV-8-3; — rapidísima de las primeras Hermanas, IV-8-5; — de Sor Guala, II-19-2.

Obispos: veneración de la Santa por los —, IV-4-4.

Oído: la Madre recobra el —, II-11-9.

Ojos: modestia de los —, I-3-12; los — de la Madre, I-15-4; IV-1-1; la Santa tiene el dominio de los —, IV-1-3; mortificación de los —, IV-7-1; la Santa recomienda a las Hermanas la modestia de los —, IV-7-4; en los viajes, V-2-12.

Onomástico del director, II-19-7; — de la Madre, II-19-7; felicitaciones por el — del Fundador, II-19-7; felicitaciones en el — del Obispo de Acqui, II-19-7.

Oración de María durante el trabajo, I-4-5; — en la ventana, I-4-6; I-5-5; después de la curación, I-8-9; — por los pecadores, los enfermos, etc., I-12-7; — por el Papa, I-14-8; — en el taller, I-12-7; — al irse a la cama en el colegio, I-19-13; la Madre recurre a la — en las penas, II-17-10; la vida de la Madre fue una continua —, III-7-5; — de la Madre por los vivos y por los difuntos, IV-2-5; recogimiento de la Madre durante la —, IV-3-2; IV-3-5; — por la expansión del Reino de Dios, IV-3-6; conferencia de la Madre sobre el espíritu de —, IV-9-7; — por la curación de la Madre, V-7-2.

Oratorio festivo: comienzo del — en Mornese, I-14-2; juegos en el —, I-14-3; cómo se hacía al principio, I-14-7 y ss.; diversiones en el — durante los días de carnaval, I-14-14 y ss.; — en el colegio, II-2-15; — en Vallecrosia, II-12-8; — en la casa de Turín, II-12-10; la Madre, en el — de Nizza, III-11-3; recomendaciones de la Santa a las Hermanas que se encargan del —, III-11-3; al abrir una casa quiere el —, IV-3-7; frutos del —, IV-3-7; el — semillero de vocaciones religiosas, IV-3-7; de buenas madres de familia, IV-3-7; la Santa, en el lecho de muerte, recomienda que se tenga cuidado del —, V-9-10.

Orden cronológico al escribir la vida de la Santa, prólogo, p. IV; dificultad para establecerlo, prólogo, p. V; María ama el — y la limpieza, I-4-6; IV-5-9; quiere que las Hermanas sean ordenadas, IV-5-9.

P

Paciencia de María con las niñas, I-13-9; I-14-6; — de la Madre al escuchar a las Hermanas, II-17-9; en las contrariedades, IV-1-3.

Pacotto (Sor Josefina): la Santa le dice que irá como directora a Alassio, II-14-8; la manda leche por la noche, II-17-8; la Santa le dice que después de la muerte le ayudará, V-6-5.

Padres: de María, I-1-4; I-1-6; su carácter, I-1-4; I-1-6; sus recomendaciones a sus hijos, I-2-6; los —, contentos de que sus hijas vayan con María, I-6-10; María recomienda a las jóvenes la obediencia a los —, I-13-7; María recomienda a los — que eduquen bien a los hijos, I-13-11; I-15-1;

la Madre recomienda a las alumnas que recen por los —, II-20-9; quiere que se considere a los — de las Hermanas como los primeros bienhechores del Instituto, II-12-11.

Palabra: eficacia de la — de la Santa, III-14-6; III-15-2; III-16-13; IV-1-9; IV-3-5; IV-9-1 y ss.; la Santa dice a las Hermanas: "Pedid a Dios la eficacia de la —", IV-9-1; la — de la Santa tranquiliza las almas, IV-9-3.

Pampuro (Sor Teresa) acepta en su casa a María y a Petronila, I-10-3.

Pan: — malo en Mornese, II-9-1; la falta de — en Mornese, II-9-1; en Nizza, III-12-5; una postulante coge hogaza de —, III-12-5.

Papá: el — de María hace andar derecho, I-2-5; vigilancia de su hijita, I-3-2.

Papa (Santo Padre): de niña hace rezar a las chicas por el —, I-14-8; las Hermanas mandan al — las felicitaciones por las fiestas de Navidad (1875), II-11-10; la Santa inculca la veneración al —, II-19-6; por la elección del —, III-3-2; su veneración por el —, IV-4-4; hace rezar por el —, IV-4-4; no permite que se hable mal de éste, IV-4-4.

Paraíso o **cielo:** deseo de María del —, I-8-6; IV-2-10; María habla del — a las jóvenes, I-12-9; a las Hermanas y alumnas, II-20-7; la Madre dice que piensen en el —, III-8-5; IV-2-10; a las alumnas de Nizza, III-11-14; dice a las Hermanas que el — es el premio a todos los sacrificios, III-7-3; III-9-4; IV-2-6; IV-2-11; la Santa, enamorada del —, IV-2-9; deseo del —, IV-2-10; habla con frecuencia del —, IV-2-10; enamora a las Hermanas y alumnas del —, IV-2-10; habla de éste como si ya lo poseyese, IV-2-11; la Santa quería que las Hermanas tuvieran la confianza de conseguir el —, IV-2-11; las Hermanas salen de hablar con la Madre con el — en el corazón, IV-3-1; el — no se hizo para los perezosos, IV-10-3; la Santa consuela a misioneras con el pensamiento del —, V-6-6; la Madre pide a Dios que le mande sufrimientos para que cuando muera pueda ir pronto al —, V-8-6; la Santa dice a la vicaria que en el — rogará por ella, V-9-11; Don Lemoyne afirma que la Madre está en el —, V-10-1.

Parientes: cordialidad con los — de las Hermanas y postulantes (anécdotas), III-14-9; quiere que se considere como de la familia a los — de las religiosas, III-14-9; recomienda a las religiosas que escriban a los —, III-14-9; V-4-6; ordena que traten bien al hermano de una postulante, V-8-7.

Particularidades: María no quiere — en el alimento, I-15-5; la Santa, enemiga de las — (anécdotas), III-3-6; IV-5-2.

Paseos a los distintos santuarios, II-19-3; al Tobio, II-19-4; una novicia cae en un barranco, II-19-4; mortificación de la Madre en un —, II-19-4; el vestido para nna niña durante un — al santuario de la Rocchetta, II-19-5; en Incisa, III-11-2.

Pasión (del Salvador) (ved **Vía Crucis**).

Pastore (señora Francisca): carta de Don Bosco a la —, II-6-2.

Paz: oración por la — en casa, II-8-2.

Pecado: Don Bosco recomienda en una carta a María y a Petronila que impidan el — venial, I-11-4; María recomienda a las niñas que se preserven de éste, I-13-7; a las alumnas, II-20-8; su celo en impedirlo, I-14-3; miedo de que el — entre en casa, II-15-8; II-20-6; III-11-5; su vigilancia para evitar el —, II-15-8; inspira horror al —, II-20-7; IV-7-11; aconseja a las Hermanas que pidan a Dios el sentir remordimiento de los —, III-3-8; hace rezar para que el — no entre en casa, III-11-5; mantener a las alumnas lejos del —, III-11-7; lo que mueve a la Santa a hacer la guerra al —, III-12-2; la Santa recomienda que pidan a Dios morir en un acto de dolor de los —, IV-2-9; la Santa no cometió un — deliberado, IV-7-11; su vigilancia para impedir el —, IV-3-9.

Pecadores: oración por la conversión de los —, I-12-7; IV-3-9; la Santa Madre recomienda rezar por los —, II-10-6; hace ir en peregrinación a la Virgen de Gavi para obtener la conversión de un masón, II-10-6.

Penango: fundación de la casa de — (15 de octubre de 1880), V-1-6.

Penas morales: la Madre consuela a las religiosas en las —, II-15-7; cómo las consuela en las —, II-17-9.

Pequeñas cosas: la Santa recomienda la exactitud en las —, II-18-4; III-3-8; de observar la Regla aun en las —, IV-9-8; hace rezar para estar atentas a las —, III-7-3; su pena por las pequeñas faltas de las religiosas, III-14-6.

Perfección: la Santa recomienda la obligación de tender a la —, II-8-1; III-7-3; el A B C de la —, III-4-5; insiste sobre la obligación de tender a la —, IV-1-6; IV-3-1; practica la virtud con —, IV-1-7.

Persecuciones en Nizza contra el Instituto, III-8-1; la Santa exhorta a las Hermanas a ser perseverantes, a pesar de las — contra el Instituto, IV-2-7.

Perseverancia: la Santa recomienda la —, II-8-7; su — en la virtud, IV-1-6.

Pestarino (Sac. Domingo): coadjutor del párroco de Mornese, I-1-4; quién era, I-3-7; su celo, I-3-7; cómo guía a María, I-3-8; la manda a calentarse, I-4-15; rigor en admitir en la Pía Unión, I-6-2; trata a María como a una fantástica, I-9-6; le permite que aprenda el oficio de modista, I-9-8; su consejo a María para los vestidos, I-10-11; su encuentro con Don Bosco, I-11-1 y ss.; se adscribe a la Pía Sociedad Salesiana, I-11-3; lleva a María y a Petronila dos medallas y una carta de Don Bosco, I-11-4; pone la costumbre de que todas las tardes los del pueblo se reúnan en la iglesia, I-5-5; I-12-11; da permiso a María y Petronila para comer en casa de A. Maccagno, I-15-5; manda a María a la alquería de la Valponasca, I-15-7; la llama de nuevo al taller, I-15-7; invita a Don Bosco a ir a Mornese, I-15-8; su celo heroico, I-15-13; consulta a Don Bosco sobre

dejar una casa a las Hijas de la Inmaculada, I-16-3 y ss.; obtiene de los padres de María el permiso para que la hija siga su vocación, I-16-7; sumisión de — para el nuevo destino del colegio y sus temores, I-18-7; conversación con Don Bosco en Varazze sobre el futuro Instituto, I-19-1; reúne a las Hijas de la Inmaculada para la elección de la superiora, I-19-2; trata con el Ayuntamiento para que cedan en alquiler la casa de la Inmaculada al párroco, I-19-3 y Apéndice; socorre a las Hijas en el colegio, I-19-6; hace el elogio a Don Bosco de María, I-20-12; su pena por los socorros que Don Bosco manda, II-1-5; su manera de obrar entre las Hermanas, II-2-14; su relación sobre el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, II-4-3; su muerte, II-4-8; sus funerales, II-4-11; sus funerales de trigésima, II-6-1; elogio de Don Bosco a Don Pestarino, II-6-2; su acción en la fundación de las Hijas de María Auxiliadora, III-6-2; III-6-3.

Pestarino (Sac. José) prepara un motete para la segunda vestición, II-2-6.

Pestarino (Sor Rosalía) se examina de maestra, II-6-9; — va a Turín para los exámenes de octubre, II-7-5; se desmaya al separarse de la Santa para ir a Vallecrosia, II-12-6.

Piedad de María desde niña, I-1-7; I-2-5; María, constante en la —, I-8-2; la — de la Santa tiene algo de angélico, II-9-6; no quiere singularidades, I-2-7; II-9-7; su espíritu de —, II-18-3; recomienda a las alumnas la —, II-20-9; recomienda combatir la tentación de parecer devotas, II-20-9; la Santa cuida el espíritu de — en Nizza Monferrato, III-7-1; dice en qué consiste la verdadera — religiosa, III-7-2; la Santa recomienda que se hagan con fervor las prácticas de —, III-14-3.

Pío VII establece la fiesta de María Auxiliadora, I-1-7.

Pío IX (Papa) aprueba que Don Bosco funde el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, y le dice que escriba las Constituciones, I-18-9; sus avisos, I-18-9; fiesta de las Hermanas por el jubileo episcopal de —, II-19-6; fotografía de — dada a las Hermanas, II-19-6; — bendice a las primeras Hijas de María Auxiliadora misioneras, III-1-7; sus consejos a las mismas, III-1-7; su muerte, III-3-2.

Pío XI da un programa de vida a las jóvenes católicas, I-4-10.

Pleuresía: la Santa padece una —, V-7-1; vuelve a aparecer la —, V-8-6.

Pobres: la Madre quiere que no se deje ir a los — sin socorrerlos, II-9-5; IV-3-12; hace que les den su sopa, II-9-5; da su delantal, II-9-5; da el propio alimento al que lo necesita, IV-3-12.

Pobreza en la casa de la Inmaculada, I-17-2; I-17-4; I-17-9; al principio, en el colegio, I-19-5; en la casa-madre de Mornese, II-1-5; II-3-3; II-9-1; IV-5-6; la Santa inspira a las religiosas el amor y el contento por la —, II-1-5; IV-5-7; por qué Don Bosco no socorría a las Hermanas en su extrema —, II-1-6; bienes que produce la —, II-1-6; recomendaciones de

Don Bosco sobre la —, II-6-6; ninguna postulante debe ser rechazada por su —, II-15-2; cómo la Santa ejercita la — en la ida a Roma, III-1-6; conferencia de la Santa sobre la —, III-14-7; tener el corazón despegado de todo, III-14-8; III-15-4; III-16-13; IV-5-4; 4-9-8; entregar cada cosa a la superiora (anécdota), III-14-8; (anécdota), III-16-13; motivos para amar la —, IV-5-1; se desprende de su propia ropa (anécdotas), IV-5-3; IV-5-4; la Santa, amante de la —, IV-5-2; — de la Santa en el vestir, IV-5-3; la Santa no oculta nunca que ha nacido pobre, IV-5-4; IV-6-2; era el retrato de la —, IV-5-5; teme que no se ame bastante la —, IV-5-6 y siguientes; arrastra a las Hermanas a amar la —, IV-5-6 y ss.; — y alegría, IV-8-5; la Santa recomienda que no se dé ni se reciba nada sin permiso, IV-9-8; IV-9-9; la Santa observa la — en los viajes, V-2-12; respuesta de la Santa sobre unas mangas de un hábito, V-5-7.

Poggio (Sor María): su edificante muerte, II-4-4.

Postulantes: una — excluida de la primera vestición, I-20-6; la Santa tiene cuidado de que las — adquieran el espíritu del Fundador, II-15-4; una extraña — es mandada a su casa, II-14-1; cómo quiere que sean las —, II-14-3; una — que tiene visiones, II-14-1; II-14-2; consejos de la Madre a la encargada de las —, II-14-3; II-15-9; la Santa acepta también a las — muy pobres, II-15-2; doctrina de San Francisco de Sales sobre las —, II-15-3; alegría de la Madre cuando llegan —, II-15-4; estudia su carácter, II-15-4; María Mazzarello, verdadera madre con las —, II-15-7; II-15-9; II-15-10; III-9-2; les anima a la perseverancia (anécdotas), II-15-9; quiere que estudien el Catecismo, II-15-10; enseña a las — a hacer la meditación, II-15-10; la primera — americana, III-2-9; la primera — toscana, III-9-2; bondad materna de la Madre con las —, III-9-6; III-15-9; con una a la que le duelen los dientes, III-9-8; IV-8-4; la Santa recomienda a las — que pidan tres gracias en la vestición, III-9-7; qué virtudes las — admiran especialmente en la Santa, III-15-14; la Santa, exigentísima con las — con respecto a la castidad, IV-7-8; sabe decir qué — perseverarán, IV-8-7; temor de la Santa por una — cumplido, V-7-11; la Santa recomienda la formación de las —, V-8-22.

Preda (Sor Clara): consejo de la Santa a — sobre el modo de servir a los Salesianos, V-2-15.

Predicciones: la Santa predice a Madre Petronila que llegará a muy vieja, II-11-2; predice el porvenir a seis jóvenes, II-14-13; que Sor Daghero llegará a ser superiora general, III-4-8; a Sor Borgna, que trabajará hasta muy avanzada edad con buena salud, III-5-2; que la Casa Generalicia se trasladará a Turín, III-6-5; predice a una postulante enferma que llegará a la vejez, III-9-5; la misma cosa a otra, III-9-6; predice a Sor Bussolino que vivirá hasta la vejez, III-9-6; a una postulante enferma de tos y de mal de cabeza que curará, III-9-8; a otra que teme la tisis que se curará, III-9-8; a otra, que se irá de su casa, pero que volverá y perseverará, III-9-10; la Santa predice a una postulante enferma de vi-

ruelas que no morirá, III-12-3; a una Hermana le dice lo que hizo de niña, IV-8-7; en Lu predice la vocación religiosa a una niña, V-2-9; profecía sobre dos misioneras, V-4-1; a una Hermana de poca salud, que vivirá hasta que sea vieja, V-7-3; — a una postulante, V-7-11; la Santa dice a las Hermanas que no curará, V-8-6; a dos novicias, realizada, V-8-9; predice la muerte de Sor Ferrettino, V-8-10; predice a una Hermana que irá a Turín con Don Cagliero, V-9-7; que Don Cagliero no partirá antes de su muerte, V-9-12.

Preguntas graciosas, II-8-6; II-17-5; III-16-12.

Premios: la primera velada para la repartición de los — a las alumnas, II-14-6.

Privaciones: las — en Mornese eran continuas, II-9-1; María hace amar las —, II-9-1; IV-4-8.

Procesiones: María, en las —, da la preferencia a las jóvenes vestidas más modestamente, I-14-5.

Proceso informativo para la Causa de Beatificación y Canonización de María Mazzarello, prólogo, p. III; V-10-11; — Apostólico, V-10-11.

Programa de vida, I-4-10; — de las Hijas de María, I-6-2; I-6-5.

Progreso: la Santa, constante en progresar, I-8-1; — continuo de la Santa en la virtud, IV-1-6.

Prójimo: no habla de éste sino bien, I-12-9; ejemplo de la Madre al hablar del —, IV-1-4; amor de María al —, IV-3-12; recomienda a las Hermanas que ayuden, consuelen, etc., al —, IV-3-12; su alegría cuando puede ayudar al —, IV-3-12; recomienda que vean a Dios en el —, IV-3-12; no ahorra fatigas para ayudar al —, IV-3-12; lo amaba más que a sí misma, IV-3-12; amaba a todos indistintamente, IV-3-12; la Madre busca que el — se aleje de ella siendo mejor, V-2-14; no habla nunca de los defectos del —, V-2-14.

Proveer: la Santa provee a todo, II-8-2.

Providencia (La Divina) manda ayudas a la casa de la Inmaculada, I-17-5; I-16-6; I-19-12; la Madre hace rezar para tener ayuda de la —, II-9-1; II-9-7; consuela a las religiosas diciendo que tengan confianza en la —, II-6-10; IV-2-6; su confianza en la —, IV-2-11.

Prudencia de la Santa en alejar a dos postulantes, II-14-1; II-14-2; — en hacer observar la Regla, IV-1-9; — en guardar el secreto, IV-8-4; — en la visita a las casas (anécdotas), V-2-2 y ss.

Puntualidad: I-5-2; — en el servicio de Dios, III-7-3.

Pureza: la Santa recomienda la — a las jóvenes, I-14-3; I-14-4; es un lirio de —, I-20-12; a las alumnas, II-20-6; predilección de la Madre por la —, II-18-1; cómo la llama, II-20-6; IV-7-10; la hace amar con el ejemplo,

IV-7-4 y ss.; la Madre, modestísima, IV-7-1; severa con quien cae en alguna ligereza, IV-7-6; reprende a una Hermana que estuvo con su hermano más tiempo del permitido, IV-7-7; exige de las postulantes la —, IV-7-8; elogio de Sor Mosca de la — de la Madre, IV-7-1; de Monseñor Costamagna, IV-7-8; del Cardenal Cagliero, IV-7-10; pena de la Santa por un escrito en el que se ponen palabras poco delicadas, IV-7-10 (ved **Castidad**).

Purgatorio: María habla de las penas del —, I-12-9; hace a las niñas rezar por las almas del —, I-12-9; a las religiosas, II-10-7; a las alumnas, II-20-11; la Santa dice que pidan al Señor hacer el — en vida, II-10-7; IV-2-9; tiene miedo del —, III-3-5; IV-2-9; pide pasar aquí su —, V-8-18..

Q

Quargento: fundación de la casa de — (21 de noviembre de 1878), III-4-9.

R

Recogimiento habitual de la Santa, III-7-5.

Recomendaciones: — de la Santa a las Hermanas que van a Borgo San Martino, II-7-3; a todas que se guarden de la adulación de las jóvenes, III-11-17; de formarse fuertes y amantes de las privaciones y sacrificios, III-14-3; de no agarrarse de la mano, IV-7-3; en las visitas a las casas, V-2-2; de tener el espíritu de mortificación y de sacrificio, V-2-6; a las Hermanas de la tercera expedición de misioneras, V-4-6; — a las Hermanas durante la enfermedad en Saint-Cyr, V-7-4; — de Don Bosco con ocasión de los votos perpetuos, II-11-5.

Recreos de las jóvenes del taller, I-12-8; — de las oratorianas, I-14-8 y ss.; la Madre en los — con las alumnas en Mornese, II-20-4; el canto: "En la ciudad de los Santos...", II-20-7; cualidad que debe tener el —, III-4-4; la Madre en los — en Nizza, III-7-4; III-11-11 y ss.; llevada en triunfo durante el —, III-11-12.

Recuerdos de la Madre a Sor Pacotto, V-4-5; a Sor Bussolino, V-4-5; a Sor Farina, V-5-4; — de Don Bosco a las misioneras de la tercera expedición, V-5-3; últimos — de la Santa a las misioneras, V-6-10; — de la Santa a todas las religiosas durante su última enfermedad, V-8-19; — a las novicias y postulantes, V-8-20; — a las superiores, V-8-21; de Don Bosco a las misioneras, V-5-3.

Regla (ved **Constituciones**).

Relación de Don Pestarino sobre María Mazzarello, I-20-12; — sobre las Hermanas, II-4-3; — de la Santa a Don Cagliero (año 1876), II-14-9; otra

— (año 1877), III-1-1; — de Don Costamagna sobre el primer viaje de las misioneras, III-2-6 y ss.

Religión: conocimiento profundo de la Madre en las cosas de la —, IV-3-5.

Religiosas: por qué se dan notas bibliográficas de las —, prólogo, p. VII; qué se requiere para llegar a ser buenas —, II-8-7; algunas — caen en la relajación, II-11-7; defección de algunas —, II-13-1; qué pensar de las defecciones de las —, II-13-2; la Santa dice cuáles son las — dignas de admiración, II-17-2; recomienda que cada una vea en su Hermana a una esposa de Jesús, II-18-6; celo de la Santa para formar buenas —, III-3-3 y ss.; las — deben perfeccionarse en sus oficios, III-4-4; estima de las — a la Madre, III-6-7; atenciones de la Madre con las —, III-7-7; la Santa dice que las Hermanas sinceras y sencillas agradan a Dios y a María Santísima, V-2-2; cuándo permite un beso y un abrazo, V-6-10; afecto de la Santa a las —, IV-7-3; V-8-24.

Reloj: la Santa se queda sin el —, IV-5-4.

Remordimiento: la Santa recomienda pedir a Dios sentir el — de los pecados, III-3-8; de las imperfecciones, III-9-7.

Rendicontos: cómo la Madre recibía los —, III-16-13.

Reparación: deseo de la Santa de la —, I-3-12; por las blasfemias, IV-3-9; cómo repara las ofensas a Dios, IV-3-9; la Santa, alma reparadora, IV-3-9; acto de — con una Hermana, V-8-23.

Repugnancia: la Santa ayuda a una Hermana a vencer la — de llevar un hábito, III-16-13; ayuda a otra a vencer la — que siente a estar con una Hermana, III-16-13.

Reserva en el trato, I-5-7; I-14-4; IV-7-1 y ss.; por la calle, I-8-1; — durante la enfermedad, I-8-5 y ss.; gran — de la Santa en los viajes, V-2-12; recomienda la — a las Hermanas en los viajes, V-2-12.

Resignación: María, resignada en la enfermedad del tifus, I-8-6; — en las críticas del mundo, II-1-4; — de Sor María en la muerte de Don Pestarino, II-4-9; — en la última enfermedad, V-7-4 y ss.; V-8-24.

Respeto de la Santa a los sacerdotes (ved Sacerdotes): — a las cosas sagradas, I-13-3; IV-4-2; inculca a las niñas el — a los sacerdotes, I-15-3; IV-1-5; IV-2-3; la Santa inculca a las religiosas el — al Papa, II-19-6; a los Salesianos, IV-1-5; — de las Hermanas para las cosas de la Santa, V-7-3.

Restos mortales: aspecto de los — de la Madre, V-10-1 y ss.

Retales (de tela): la Santa quiere que se devuelvan los —, I-13-2; IV-4-5.

Robo en la alquería de la Valponasca, I-7-6.

Roma: la Santa en —, III-1-5 y ss.; visita las basílicas para las indulgencias, III-1-6; las catacumbas, III-1-6; regala el chal, III-1-6; en la audiencia del Santo Padre, III-1-7.

Roncallo (Sor Elisa): directora de la casa de Turín, II-12-10.

Rosario: rezo del — en casa Mazzarello, I-5-5; I-8-1; en el taller, I-12-8; I-12-11; rezo del — por las oratorianas al ir a San Silvestre, I-14-8; la Santa manda un — a una muchacha, II-2-16; Don Bosco da un — a las misioneras, V-5-3.

Roverno: paso del —, I-17-6; el lavado en el —, I-19-11; II-8-1.

Rúa (Sac. Miguel) hace los votos religiosos, I-6-8; — en Mornese, por primera vez, II-11-4; sus enseñanzas a las religiosas, II-11-4; — por segunda vez, en Mornese, II-11-7; — en Mornese, para la clausura de los Ejercicios de las señoras, II-14-6; una máxima a las Hermanas sobre la santidad, II-14-6.

S

Sacerdotes: en Mornese, María recomienda el respeto a los —, I-15-3; la Madre recomienda a las Hermanas la obediencia a los Salesianos, III-14-2; respeto de la Santa a los —, II-19-6; IV-1-5; IV-2-3; IV-4-4; V-2-15; la Santa inculca en las Hermanas el respeto a los —, V-2-15.

Sacramentos: María recomienda la frecuencia de éstos a las chicas, I-13-6.

Sacrificios de María para ir a recibir la Comunión, I-4-10 y ss.; para ir a Misa, I-4-10 y ss.; la Santa hace que las religiosas acepten los —, II-1-4.

Saint-Cyr: fundación de la casa de — (4 de abril de 1880), III-4-7; III-13-4; la Madre se pone enferma en —, V-7-1 y ss.; lápida en la habitación de la Madre en —, V-7-7 y Apéndice.

Salesianos (ved *Agradecimiento*).

Saltimbanquis: las jóvenes que se abstengan de ir a ver a los —, I-13-7.

Salud: cuidado de la —, III-4-4; la Madre recomienda a las Hermanas que tengan cuidado de la —, III-15-9.

Saludo: el — de las Hijas de María Auxiliadora, II-10-11; la Santa hace reflexionar sobre el —, II-17-5.

Santa Infancia (Pía Obra de la): María, inscrita a la —, I-8-7; María habla de la —, I-15-3.

Santidad: María dice a las compañeras que deben hacerse santas, I-19-14; las Hermanas de Santa Ana admiran la — de María Mazzarello, II-2-13; para imitar a Don Bosco, II-6-4; la Madre inculca la — a las Hermanas, II-8-1; “hagámonos pronto santas”, II-8-7; deseo de — de las Hermanas, II-14-9; II-17-10; en las Hermanas y en las alumnas, III-7-4; algunas máximas de la Madre sobre la —, II-16-3; María Mazzarello adquirió la — a fuerza de violentarse a sí misma, IV-1-9; la Madre tiene un gran deseo de dirigir a todas a la —; IV-8-5; la Madre, modelo de — para sus religiosas, IV-1-9; fama de (santidad) de la Madre, IV-10-1 y ss.

Santísimo Sacramento: deseo de María de hacer visitas al —, I-5-4; le dice a la Hermana que haga una visita al —, I-5-4; invita a las jóvenes a visitar al —, I-12-10; I-14-8; manda allí a las clientes, I-13-11; deseo de María de hacer compañía a Jesús Sacramentado, I-12-10; recomienda a las niñas que estén con devoción delante del —, I-13-3; oración de las Hermanas al — por la vuelta de Sor Corina, II-5-3; confianza de la Santa en el —, II-9-1; porte de la Madre ante el —, II-18-2; III-7-5; III-15-13; IV-2-4; IV-4-1; fe de la Santa en el —, II-18-2; amor de la Santa al —, II-18-2; lo consulta en las dudas (anécdota), II-18-2; la Santa inculca a las Hermanas la unión con Jesús en el —, II-18-3; pena de una Hermana porque Jesús está solo, II-19-2; la Santa visita al — en los paseos, II-19-3; enciende la lámpara al —, II-19-3; recomienda a las alumnas que hagan la visita al —, III-11-13; hablar a Jesús en dialecto, II-20-9; IV-2-8; la Madre recomienda el decoro de la capilla y la visita cuando se tiene el — en casa, V-2-2 (ved **Comunión**).

Santos (Los) no nacen, sino se hacen, I-3-1; — son victoriosos combatientes, I-3-1.

Sastre: por qué María propone a Petronila ir al —, I-9-8; María y Petronila van al —, I-9-10.

Scotton (Monseñor), en Mornese, para los Ejercicios Espirituales, II-2-4; quiere disuadir a Don Bosco de que se ocupe del Instituto, II-2-8; no aprueba las ideas de Don Bosco, II-3-4; su testimonio sobre la cortesía de la Madre, IV-1-5.

Secreto de la Madre, IV-8-4.

Semana Santa, I-7-4.

Semblante de la Santa, IV-1-1.

Sencillez de estilo al escribir la vida de María Mazzarello, prólogo, p. V; Madre Mazzarello recomienda a las Hermanas que imiten la — del Fundador, II-6-14; recomienda a todas la —, II-15-5; practica la —, IV-1-7; la Santa, sencilla como una niña, IV-1-9; dice que las Hermanas sencillas agradan a María Auxiliadora, V-2-2.

Sentidos: la Santa recomienda a las alumnas que mortifiquen los —, II-20-8; a las religiosas, III-14-5.

Sepulcro de la Santa, V-10-2; V-10-3; V-10-7.

Sermón: aburrimiento de María al escuchar el —, I-2-3; va María al — dominical, I-8-1; la Santa, ávida de la palabra de Dios, III-14-5; recomienda a las religiosas que la escuchen con atención, III-14-5; hace reflexionar sobre el — en el recreo, III-14-5; recomienda a las Hermanas que no olviden el —, IV-9-7.

Sestri Levante: las Hermanas aceptan la asistencia de una colonia balnearia en —, II-13-5.

Silencio: observado en el taller, I-12-5 y ss.; María opone el — a las críticas, II-1-4; observancia del — por las primeras religiosas, II-10-3 y ss.; la Santa reprende a una Hermana que faltó al —, II-10-4; admiración de un albañil ante el — de las Hermanas, II-10-4; observar el — para estar unidas a Dios, II-15-7; la Santa dispensa del — por la llegada de postulantes, II-15-4; reprendida porque dispensó del —, II-16-4; su cuidado por la observancia del — (anécdotas), III-14-6; la Madre recomienda el —, IV-9-8.

Silvestre (San): paseo a —, I-14-8; oración a —, I-14-8.

Sinceridad: la Santa recomienda la — a las niñas, I-13-8.

Sociedad Salesiana: comienzo de —, I-6-8; los primeros Salesianos, I-15-9; decreto de aprobación de la —, I-15-9.

Sorbone (Sor Angélica): dos anécdotas, II-20-13 y II-20-14.

Sorbone (Madre Enriqueta): su postulante II-2-9; sus hermanas, II-2-9; II-2-10; su vestición, II-2-11; dos anécdotas sobre la mortificación, II-2-11; da las “buenas noches” también a los chicos en Sestri Levante, II-13-5; cómo aceptó las correcciones de la Santa, II-16-7; es elegida segunda asistente, V-1-5.

Succetti (Sor Ana): su vida y muerte edificante, II-19-2; de ella se dijo que hablaba poco, rezaba mucho y trabajaba incesantemente, II-19-2; que era la obediencia en persona, II-19-2.

Sufragios: María hace rezar a las niñas por los difuntos, I-12-9; qué — se hacían al principio en el Instituto, II-10-7; la Santa recomienda a las alumnas sufragar a los difuntos, II-20-11; a las Hermanas, II-20-11; — por Pío IX, III-3-2; la Madre, puntual en hacer celebrar las Misas en sufragio de las almas de las Hermanas, IV-4-3; recomienda sufragar a los difuntos, IV-4-3; — por Don Pestarino, II-4-11; — por la Madre, V-10-2; — de Don Bosco por la Madre, V-10-4.

Sufrimientos: la Madre recomienda santificar los pequeños —, II-18-5; de sufrir por el cielo, II-18-5; cómo soporta los —, II-18-5; IV-4-9; V-6-2 y ss.; en Saint-Cyr, V-7-3 y ss.; después del regreso en Nizza, V-8-5 y ss.; la Santa pide a Dios que la haga sufrir, V-8-6; “Toda pena me resulta agradable”, V-8-8; “Hermoso padecer, hermoso gozar”, V-9-15.

Superiora: María es elegida — de la casa de la Inmaculada, I-17-3; María es elegida — de las Hijas de la Inmaculada, I-19-2; su deseo de que la libren del cargo de —, I-19-9; II-3-1; II-4-6; IV-6-3; V-1-2; Sor María es elegida por Don Bosco — del Instituto con el título de Vicaria, I-20-12; era la más capacitada, II-1-2; espera a la —, II-1-9; Don Bosco la considera capaz de hacer de —, II-3-5; II-3-6; contento de las Hermanas por tener a Sor María de —, II-3-7; Sor María, elegida — General, II-6-3; Sor María tiene afecto de madre para todas, II-8-1; Don Bosco dice que

la Virgen es la — del Instituto, I-20-12; Sor María considera a la Virgen como la — del Instituto, II-10-9; Sor María es humilde y no se da importancia, III-6-6; IV-6-3; se considera incapaz de hacer de —, IV-6-3; obra como la última de las Hermanas, IV-6-3; recomienda que den el voto de — a otras, V-1-2; Don Bosco fija la segunda — general del Instituto, V-10-4.

Superiores: en qué consiste la estima y la veneración por los —, IV-4-4; respeto de la Santa con los —, IV-4-4; docilidad de la Madre a los —, IV-4-4; la Santa recomienda a las Hermanas que tengan confianza con los —, V-2-2; V-2-6; V-7-9.

Superioridad: ninguna — entre María y Petronila, I-12-2; María no hacía actos de —, I-15-4; no dejaba aparecer la —, III-6-6.

T

Taller: María acepta jóvenes en el —, I-10-7; varios traslados del —, I-10-7; cómo funcionaba al principio, I-12-1 y ss.; el crucifijo y la imagen de la Virgen en el —, I-12-3; entrada de las jóvenes en el —, I-12-3; I-12-8; quien llega tarde debe decir el motivo de esto, I-13-4; muchacha despedida del —, I-13-8; ninguna sale sin permiso, I-13-10; la Santa trabaja en el — con las Hermanas, II-17-3; III-7-5; pide permiso para salir del —, II-17-3; prácticas religiosas en el — en Nizza, III-11-3; al abrir casas la Santa quiere el —, IV-3-7.

Tentaciones: María habla a las jóvenes del modo de vencer las —, I-13-7; última — de la Madre, V-9-16.

Teresa (Santa): María lee partes de la vida de — a las niñas más buenas, I-15-4; la Madre recomienda la devoción a —, II-10-8; III-15-11; recuerda las máximas de —, II-17-10; —, Patrona del Instituto, I-18-11.

Tiempo: María no tuvo que dar cuenta de haber perdido el —, I-4-5; valerse del — para adquirir méritos, III-5-4.

Tomás (Santo Tomás de Aquino) pregunta quién es Dios, I-2-8.

Trabajo de María en los viñedos, I-4-2; I-4-3; actividad y diligencia de María en el —, I-4-2; I-4-3; — santificado por la oración, I-4-4; I-4-5; III-7-5; María hace que las niñas ofrezcan el — a Dios, I-12-3; exige que el — sea bien hecho, I-13-2; precios moderados por los —, I-13-2; en busca de —, I-17-3; realización de — en la casa de la Inmaculada, I-17-7; paciencia cuando no le pagan el —, I-17-7; — santificado por la oración de las nuevas religiosas, II-10-3; la Santa dice qué — vale delante de Dios, II-17-3; III-16-1; ayuda a las Hermanas en el —, IV-9-5; “Trabajamos para un Amo riquísimo”, II-17-3; V-8-4.

Traverso (Notario de Mornese) prepara las poesías para los onomásticos, II-19-7.

Turín: apertura de la casa de — (29 de marzo de 1876), II-12-10.

U

Ursulinas (Nuevas): diferencia entre las Hijas de la Inmaculada y las nuevas —, I-17-1.

Uvas: una Hermana que no comió —, II-8-2; la Santa manda a las Hermanas a la viña a comer —, III-9-11.

V

Vaca: compra de una — en Mornese, II-9-3.

Valle (Párroco Don) bendice la capilla del Colegio, I-18-1; manda socorros a las Hijas en el colegio, I-19-6; recibe la vestición de las novicias, II-11-3.

Vallecrosia: Don Bosco anuncia la apertura de la casa de —, II-12-4; oraciones para que se abra la casa de —, II-12-5; apertura de la casa de — (9 de febrero de 1876), II-12-7; dificultades y prosperidad de la misma, II-12-8.

Vallese (Sor Angela): la Santa la hace vencer los escrúpulos, II-17-9; jefe de la primera expedición de misioneras, III-1-4; cartas a — (ved **Cartas**); funda la casa de Carmen de Patagones, III-13-1.

Valponasca: María pasa a la alquería de la —, I-2-1; robo en la alquería de la —, I-7-6; Don Pestarino envía a María a la alquería de la —, I-15-7.

Vanidad: recomendaciones de María a las jóvenes para que huyan de la —, I-6-10; I-13-7; a las alumnas, de que huyan de la — y reciban con frecuencia los Sacramentos, II-20-9; a las Hermanas, III-3-9; la Santa corrige la — de la sobrina, III-11-10.

Vera (Monseñor) da alojamiento a las primeras misioneras, III-2-7.

Verbal sobre la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, I-20-15 y Apéndice; su predicción cumplida, I-20-15.

Vespignani (Sor Nunziatina): trato de la Madre al padre de —, III-14-9.

Vestición religiosa: primera — de las Hijas de María Auxiliadora, I-20-4; alegría después de la —, I-20-10; segunda — de las Hijas de María Auxiliadora, II-2-4 y ss.; la Santa comunica de rodillas a una postulante que hará la —, III-15-6; la Santa recomienda a las que hacen la — que pidan tres gracias, III-9-7.

Vestidos: María lleva — modestos, I-3-12; — deteriorado, II-9-2; IV-5-3 (anécdota); María quiere que los — de las jóvenes sean modestos, I-10-11;

- I-13-7; recomienda a las Hermanas que tengan cuidado de los —, III-16-6.
- “Vía Crucis”:** I-7-4; el — en Mornese, II-1-8; devoción de la Santa al —, II-1-8; III-12-2; el —, en la capilla de Nizza, III-12-2; la Pasión del Señor mueve a la Madre a hacer la guerra al pecado, III-12-2; la Madre medita en la Pasión de Nuestro Señor, IV-3-5; por la mañana, apenas en la capilla, hace el —, III-12-2 (ved **Crucifijo**).
- Viajes:** la Madre no emprende — más que por necesidad, V-2-10; contrariedad en un viaje en Asti, V-2-11; reserva de la Santa en los —, V-2-12; V-6-6; dice que en los — existe el peligro de perder el fervor, V-2-10; de ofender la bella virtud, V-2-12; sus conversaciones en los —, V-2-12; V-2-13; la Santa, durante el viaje a Sampierdarena, V-6-1; a Marsella, V-6-4 y ss.; llegada a Marsella, V-6-7; regreso a Nizza Monferrato, V-7-10.
- Víctor Manuel II:** su muerte, III-3-2.
- Vida** (de María Mazzarello): criterio al escribirla, prólogo, pp IV y ss.; páginas XII y ss.
- Vida:** la Santa ofrece la — por el Instituto, V-4-2; después de la oferta de la Santa Madre disminuye la mortandad en el Instituto, V-4-4.
- Vida común:** María desea dejar la familia y hacer — con las compañeras, I-15-6; tenor de — en los primerísimos tiempos en el colegio, I-19-8; I-19-10 y ss.; la Santa quiere que las Hermanas amen la —, III-15-4; practica la —, III-15-4; IV-5-2; IV-5-12; durante la enfermedad la Santa va a la enfermería común, V-8-5.
- Vigilancia** de María a los hermanos, I-3-3; a las jóvenes en el taller y por la calle, I-12-8; I-13-5; en la iglesia, I-14-8; — de la Madre en la casa de Mornese, II-8-2; II-8-4; la Santa quiere que las Hermanas vigilen continuamente a las niñas, III-11-5; III-14-3; la Santa vigila las chicas en las funciones religiosas, IV-3-10.
- Virgen:** la mamá le dice a María lo que debe hacer para agradar a la —, I-2-4; también el papá, I-3-2; María se pone enferma y se cura en un día consagrado a la —, I-8-8; la —, en el taller, I-12-3; María recomienda a las niñas que hagan bien la novena de la —, I-13-6; que comulguen en las novenas y fiestas, I-13-6; que imiten los ejemplos de la —, I-14-4; Don Bosco dice que la — es la Superiora del Instituto, I-20-12; la Madre dice que la — es la directora de la casa, II-7-3; del Instituto, II-10-9; IV-3-8; V-2-2; peregrinación a la — de Gavi, II-10-6; nna florecilla de la Madre para el mes de la —, II-11-1; la Madre es la primera en practicar las florecillas, II-11-1; quiere que las alumnas saluden a la — cada hora, III-11-3; confianza de la Madre en la —, V-8-14 y ss.; V-9-16.
- Virgen de los Dolores:** reza siete “Ave María” a la —, I-12-13; reza los dolores en honor de la —, I-18-11; cómo la honran las primeras religiosas, II-10-9; cómo la Madre hace que la honren las Hermanas y las alumnas.

II-20-5; recomendaba su devoción, III-15-11; la Madre medita en los dolores de la —, IV-3-5.

Virginidad (Voto de): María hace —, I-6-7; I-6-8; su amor a la —, I-16-6; María y las compañeras renuevan cada año el voto de —, I-17-9.

Virtud: las — que más se inculcan en el Instituto, II-16-4; la Santa ejercita a las Hermanas en varias —, II-16-5; la Santa recomienda los pequeños actos de —, II-18-5; practica la — con perfección y constancia, IV-1-7; practicó la — en grado heroico, IV-1-7; la Santa, modelo de todas las —, IV-2-1; IV-2-2.

Viruela: rezar a San José y a María Auxiliadora para preservarse de la —, III-12-3.

Visión: María ve en una — el edificio del futuro Instituto, I-9-6; II-20-1.

Visita a las casas: la Santa hace la —, V-2-1 y ss.; al Obispo de Ivrea, V-2-6; al Obispo de Biella, V-2-6; V-2-7; la Santa, en la —, ayuda a las Hermanas en los trabajos materiales, V-2-8; la Santa visita un establecimiento sanitario en Asti, V-2-11; — a Jesús Sacramentado (ved **Jesús Sacramentado**).

Visitación (Las Hermanas de la): acogen a las primeras misioneras, III-2-8.

Vocación religiosa: síntomas de — en María, I-5-6; consejo de Don Bosco a Don Pestarino para conocer la —, I-18-10; la Santa recomienda rezar por las —, II-9-7, III-15-8; también, por las casas salesianas, III-15-8; por la perseverancia en la —, II-13-1; en las dudas de algunas — se acude a San José, II-15-7; pérdida de la —, II-13-1 y ss.; II-14-1 y ss.; la Santa hace estimar la —, II-16-3; III-15-6; dice que cultiven la — entre las alumnas, III-11-9; la Santa, en la última enfermedad, habla de la — a una joven, III-11-18; cuánto estima la Madre la —, III-15-6; intuición de la Santa para conocer las — (anécdotas), III-15-7; fin por el que se abraza la vida religiosa, III-15-10; recomienda a las novicias y a las postulantes la obligación de seguir la —, III-15-12; reza por las —, IV-3-6.

Voluntad de Dios: Sor Grosso muere diciendo: "Fiat voluntas tua", II-13-3; la Santa se conserva serena en la —, II-17-10; resignada en todo a la —, III-6-5; recomienda la conformidad con la —, III-15-11; se esfuerza en cumplir la — aun en las pequeñas cosas, IV-3-1; IV-3-4; contagia a las Hermanas el propósito de querer obrar de acuerdo con la —, IV-3-1.

Votos: las primeras Hijas de María Auxiliadora hacen los —, I-20-7; las primeras religiosas hacen — temporales, I-20-7; la Santa, con doce Hermanas, hace — perpetuos, II-11-5; renovación de los — en los Ejercicios Espirituales y en el Ejercicio de la buena muerte, III-4-5.

Voz: María no quiere que en el taller se hable en — baja, I-12-5.

PARTE TERCERA

Desde la primera partida de las misioneras a América del Sur hasta la reelección unánime de la Madre como Superiora en el segundo Capítulo General

(1877-1880)

Capítulo I.—Las primeras misioneras de las Hijas de María Auxiliadora con el Santo Padre (1877) p. 5

1. Deseo de las Hermanas de participar en las misiones con los Salesianos.—2. Don Bosco quiere que la Madre escoja a las primeras misioneras.—3. Se fundan las casas de Nizza Marittima y de Lanzo Torinese (1 de septiembre de 1877).—4. Don Bosco quiere que las misioneras vayan a pedir la bendición del Santo Padre.—5. La Madre las acompaña. Tiene miedo de hacer un mal papel y que el Instituto pierda su buen nombre. Su opinión sobre Sor Catalina Daghero.—6. Algunos de sus actos. Con el Santo Padre.

Capítulo II.—Partida de las primeras misioneras (1877) p. 14

1. Las misioneras en Sampierdarena. Don Bosco les concede una audiencia particular.—2. Un cuadro de María Auxiliadora.—3. Embarcadas en el *Savoie*. Bendición de Don Bosco. Emocionante separación. El canto de los misioneros.—4. Pena de Don Costamagna por la casa de Mornese. Su elogio de la virtud de la Madre.—5. Dolor de las Hermanas y de la Madre. Estima de la Madre por Don Costamagna.—6. Actuación de los misioneros entre los pasajeros.—7. Llegada y recibimiento en el nuevo mundo.—8. Los primeros comienzos de la misión, santificados por los sufrimientos.—9. La primera postulante americana. Breve estadística de las Hijas de María Auxiliadora.

Capítulo III.—El nuevo director espiritual de Mornese y el celo de Santa María Mazzarello para formar buenas religiosas (1877-1878) p. 21

1. El nuevo director.—2. Muerte de Víctor Manuel II (9 de enero) y de Pío IX (7 de febrero). Elección de León XIII.—3. Celo de la Santa para formar buenas religiosas.—4. Vigila los defectos de las Hermanas y las corrige con caridad y firmeza.—5. Delicadeza de conciencia, temor al purgatorio.—6. Enemiga de las particularidades.—7. Cuidado de las enfermas.—8. Recomendaciones de hablar al Señor con confianza, de estar atentas a los pequeños defectos, de abrirse con el confesor, de no confesarse por rutina.—9. Quiere a las Hermanas ordenadas, pero sin sombra de vanidad.

Capítulo IV.—Fundación de varias casas (1877-1878)	p. 28
1. La pena de Don Bosco y de la Madre General.—2. El convento de la Virgen de las Gracias en Nizza Monferrato.—3. Fundación de la casa de Chieri (23 de junio de 1878).—4. Ejercicios Espirituales en Mornese y deliberaciones de dos reuniones de las superiores y directoras.—5. Dos recomendaciones de Don Bosco y renovación de los votos. Frases en las paredes sugeridas por el Santo.—6. Apertura de la casa de Nizza Monferrato (16 de septiembre de 1880).—7. La Navarre (2 de octubre de 1878); Saint-Cyr (4 de abril de 1880).—8. Una predicción de la Madre cumplida.—9. Apertura de la casa Quargneto (21 de noviembre de 1878).	
Capítulo V.—Segunda expedición de misioneras. El espíritu de Mornese en América (1878-1879)	p. 39
1. La segunda expedición de misioneras (30 de diciembre de 1878).—2. Predicción que se cumple respecto a una misionera.—3. La función de la partida en Mornese. La bendición de Don Bosco en Sampierdarena. El abrazo de la Madre y el desvanecimiento de una misionera.—4. Carta de la Madre a la directora de Villa Colón.—5. Otra a una Hermana.—6. Llegada de las misioneras a Montevideo y a Buenos Aires. Se fundan las casas de Almagro (26 de enero de 1879) y de Las Piedras (13 de abril de 1879).—7. En América se hace igual que en Mornese.	
Capítulo VI.—La publicación de la Regla y de las Constituciones. La casa de Nizza Monferrato se convierte en la casa-madre (1878-1879)	p. 46
1. Don Bosco hace imprimir las Constituciones (diciembre de 1878).—2. Su carta de presentación.—3. Una expresión oscura corregida.—4. La Madre recibe la invitación de abandonar Mornese y de vivir en Nizza.—5. Su pena y su obediencia (4 de febrero de 1879). Una predicción cumplida.—6. Pesar en el pueblo por la marcha de la Madre.—7. Aprecio de Don Lemoyne y de las Hermanas a la Madre.	
Apéndice al capítulo VI, núm. 3	p. 52
Capítulo VII.—El espíritu de Mornese en la casa de Nizza Monferrato (1879)	p. 57
1. La Santa procura que en Nizza haya el mismo fervor en la piedad que en Mornese.—2. Su ejemplo. Dice en qué consiste la piedad religiosa.—3. Puntualidad y exactitud en todo. Atención a las cosas pequeñas.—4. El canto "Yo quiero hacer santa".—5. Todo y siempre por Jesús. Unión con Dios. Salvada el alma, está todo salvado. Delante del Santísimo Sacramento. Intenciones que hay que tener al ir a la iglesia.—6. El amor propio es un gusano roedor.—7. Espíritu de penitencia. La penitencia que más agrada a Dios.—8. Carta de la Santa a las Hermanas de Villa Colón (9 de abril de 1879).—9. Otra a las de Las Piedras (30 de abril de 1879).	
Capítulo VIII.—Caridad de las Hermanas y mala voluntad del mundo (1879)	p. 67
1. Una jovencita hebrea quiere hacerse católica. Persecuciones al Instituto. 2. Desbordamiento del río Belbo y compasión de la Madre.—3. Inspección del	

subintendente al Instituto.—4. Clausura del mes de mayo. Primera vestición religiosa en Nizza Monferrato y panegírico especial de Don Cagliero. 5. Carta de la Santa a las Hermanas de Villa Colón (22 de julio de 1879). 6. Ejercicios Espirituales para las señoras y las maestras.—7. La Santa recobra el oído.—8. Fundación de la casa de Cascinette (20 de agosto de 1879). Exámenes de gimnasia.

Apéndice al capítulo VIII, núm. 1	p. 75
---	-------

Carta de la señorita Anita Bedarida al director de la *Unidad Católica* (*L'Unità Cattolica*).

Capítulo IX.—La Santa predice varias cosas. Asiste a la muerte de su padre (1879)	p. 80
---	-------

1. En la casa de Nizza continúa floreciendo el buen espíritu de Mornese.—2. Don Bosco tiene a la Madre en concepto de Santa.—3. La Santa pide perdón a una postulante.—4. Una exhortación suya a Sor Morano.—5. Dice a una postulante enfermiza que tomará el hábito y vivirá así hasta la vejez.—6. Dice también a otra que vivirá hasta que sea muy anciana.—7. Recomienda a las que deben vestir el hábito que pidan tres gracias.—8. Aconseja a dos postulantes que hagan con ella una novena a María Auxiliadora y se curan.—9. Anima a una postulante a hacer la vestición, porque será feliz.—10. A otra le dice que debe volver a su casa, pero que entrará de nuevo.—11. Anécdota sobre su espíritu de mortificación como preparación a la Santa Comunión.—12. Los últimos momentos de la noche.—13. La Santa asiste a la muerte de su padre (23 de septiembre de 1879).

Capítulo X.—Prosperidad y crecimiento del Instituto (1879).	p. 90
---	-------

1. Dos cartas de la Madre a las Hermanas de Villa Colón (20 de octubre de 1879).—2. Carta de Sor Vallese a Don Bosco.—3. Fundación de la casa de La Boca (2 de noviembre de 1879).—4. Prosperidad de las casas de Italia.—5. Normas didácticas.—6. Carta de Santa a las Hermanas de Borgo San Martino.—7. Institución de la Asociación de las Hijas de María en la casa de Nizza Monferrato.—8. Feliz crecimiento del Instituto.—9. Las florecillas de Don Bosco para la novena de Navidad de 1879.

Apéndice al capítulo X, núm. 1	p. 100
--------------------------------------	--------

Carta de Sor Juana Borgna a Don Bosco.

Capítulo XI.—Celo por las niñas	p. 104
---------------------------------------	--------

1. Amor puro y sobrenatural de la Santa María Mazzarello a las niñas.—2. El vestido para una niña. Infunde su celo en las Hermanas y quiere que formen a las niñas en la verdadera piedad.—3. En el taller. Con las oratorianas.—4. Que las alumnas sean estudiosas, piadosas y sinceras.—5. Miedo al pecado y método preventivo.—6. Motivos sobrenaturales al corregir.—7. Instrucción religiosa.—8. Preocupación por la pureza.—9. Formar a las jóvenes para la familia, pero sin olvidar las vocaciones.—10. La piedad no puede vivir con la vanidad. Cómo corrige a su sobrinita.—11. Las hijitas. Pequeños premios.—12. Llevada en triunfo.—13. También se puede amar al Señor siendo una ignorante. Enseña a las alumnas a hacer pequeñas renunciaciones.—14. Su conversación.—15. Cuidados especiales. Anécdotas.—16. Formarse un carácter fuerte en el bien. No coger de la mano a las niñas.—17. El valor del buen ejemplo. No permitir que te adulen.—18. Carta a las niñas de Las Piedras.

Capítulo XII.—La muerte visita al Instituto. Devoción a la Pasión del Salvador. Previsión y caridad de la Santa Madre (1880)	p. 118
1. Muerte de Sor Calcagno (15 de enero de 1880).—2. Devoción de la Madre a la Pasión del Salvador. Lo que la mueve a hacer la guerra al pecado. Gracioso modo de hacernos comprender nuestra crucifixión con Cristo. Colocación del "Vía Crucis".—3. La viruela. La Santa dice a una postulante enferma de viruelas que se curará.—4. Muerte de Sor Emma Ferrero y sus rasgos biográficos (19 de marzo de 1880).—5. La Santa pasa la noche durmiendo en una silla. Su caridad con las enfermas y débiles.	
Capítulo XIII.—Fundación de varias casas y cierre de la de Mornese (1880)	p. 126
1. Fundación de una nueva casa en Carmen de Patagones (21 de enero de 1880).—2. Se acepta la dirección de un orfanato en Catania (26 de febrero de 1880).—3. Carta de la Santa a una Hermana.—4. Muerte de Sor Hortensia Negrini y cierre de la casa de Mornese.—5. Pesares. Un deseo y un augurio.—6. Carta de la Santa a las Hermanas de Carmen de Patagones.—7. Carta a la directora de la casa de Turín (31 de marzo de 1880).	
Capítulo XIV.—Estima de la Madre por Don Bosco. Recomendaciones. Cordialidad con las Hermanas (1880)	p. 134
1. María la mora.—2. Estima y veneración de la Madre por Don Bosco y deseo de imitarle.—3. Cómo inculca a las religiosas que le imiten en el modo de tratar a las niñas.—4. Las florecillas.—5. Guardar los sentidos y el propio corazón. Amor a la palabra de Dios. Ver a Dios en el prójimo.—6. El silencio. Pena por las pequeñas faltas contra la santa Regla. El buen ejemplo.—7. Una conferencia sobre la pobreza.—8. No retener nada sin permiso.—9. Cordialidad con los parientes de las religiosas.	
Capítulo XV.—Espíritu de obediencia y mortificación. Estima y celo por las vocaciones religiosas	p. 144
1. El pensamiento principal de Don Bosco y los infinitos cuidados de la Madre.—2. Su obediencia.—3. Miedo a que entre en el Instituto el espíritu del mundo.—4. Exhortación a la vida común y su buen ejemplo.—5. A la mortificación y su buen ejemplo.—6. Cómo amó la Madre la vocación religiosa. Le comunica de rodillas a una postulante que vestirá el hábito religioso.—7. Su intuición para conocer las vocaciones.—8. Oraciones por la perseverancia en la vocación y pedirle al Señor que nos mande muchas para formar buenas directoras.—9. Cuidar la salud y tener interés por conocer las verdades de la fe y rezar por la extensión del reino de Jesucristo.—10. ¿Por qué te has hecho religiosa?—11. Varias recomendaciones.—12. Es necesario perseverar.—13. Sobre la Comunión espiritual.—14. Lo que más admiran en ella las postulantes.—15. Desea que la corrijan. Pide que le expliquen lo que no sabe aún a las alumnas.	
Capítulo XVI.—Cautelas para que las Hermanas que estudian se conserven humildes y para animar a las tímidas	p. 157
1. Lo que tiene valor delante de Dios.—2. Cuidados con las estudiantes para que no sean soberbias.—3. Quiere que se ejerciten también en los trabajos manuales.—4. Hace repetir las cartas.—5. Es necesario que todas las Hermanas aprendan a hacer un poco de todo.—6. Tener cuidado de la ropa blanca.—	

7. Vigilancia en las vacaciones y ocupaciones. ¡Id a donde os llama el deber.—
8. Los trabajos humildes y desagradables. Corrección a dos Hermanas jóvenes.
9. Actividad en el trabajo. Por ahora, nuestro gozar debe ser el sufrir. Trabajar
sobre sí mismas.—10. Las buenas intenciones.—11. Una cartita a una novicia
estudiante.—12. ¿Para quién trabajas? ¡Cuántas penas bajo aquellas chimeneas!
El mundo no es nada.—13. Su imparcialidad. Atenciones con las más
tímidas. Las cuentas de conciencia.

PARTE CUARTA

La figura moral de la Madre

Capítulo I.—El aspecto exterior y el carácter de la Santa Madre.

Su progreso continuo en el bien y su fortaleza p. 171

1. Contemplemos un momento la figura de Santa María Mazzarello. Su
rostro.—2. Su carácter.—3. Dominio de sí misma.—4. Su porte sencillo y
digno. Su modo de hablar y de obrar. Su conversación.—5. Declaración de
Monseñor Scotton. Prontitud ante el deber y alegría.—6. Constancia en el bien
y progreso continuo y admirable en todas las virtudes.—7. Declaración de
varias Hermanas y del Cardenal Cagliero.—8. La fortaleza, como virtud espe-
cial y general, virtud característica de la Santa.—9. Varias declaraciones.

Capítulo II.—La Madre, modelo de religiosa y de Superiora. Su fe y su esperanza p. 181

1. Modelo de religiosa y de Superiora.—2. Su fe en Dios, en los misterios de
la religión y en la intercesión de los Santos.—3. Su espíritu de fe. Su respeto a
los ministros de Dios.—4. Su fe en el Santísimo Sacramento.—5. Declaración
del Cardenal Cagliero sobre el espíritu de fe de la Madre.—6. Su esperanza y
confianza en Dios. Cómo la inculca a todos, especialmente a las Hermanas.—
7. Fidelidad a Dios, aun si se tiene que dejar el hábito religioso.—8. Id delante
de Jesús Sacramentado y habladle con toda confianza.—9. Temor de los noví-
simos.—10. Deseo de ir al cielo y cómo busca infundirlo en las Hermanas y en
las alumnas.—11. Declaración de Monseñor Costamagna y del Cardenal
Cagliero.

Capítulo III.—La virtud de la caridad p. 190

1. Su amor a Dios; absorbe en Dios.—2. Vivía como perdida en Dios.—
3. Deseo de ver a todas unidas a Dios.—4. Conformidad con la voluntad de
Dios.—5. Amor fomentado por la meditación. Habla con calor y eficacia de las
cosas espirituales. "Los hombres pueden quitarme todo, menos el corazón
para amar a Dios".—6. Deseo de que se extienda el reino de Dios.—7. Ora-
torios festivos.—8. Formación de las directoras. El Catecismo. La Directora es
la Virgen.—9. Alma reparadora.—10. Puntualidad y actitud edificante en las
funciones de la iglesia. No hace caso del frío.—11. Fidelidad a la confesión
semanal. Humillarse en la acusación.—12. Su caridad con el prójimo.

Capítulo IV.—La virtud de la justicia y de la mortificación. p. 200

1. Cómo ama y practica la justicia. Observancia del domingo. Culto a Je-
sús Sacramentado.—2. Los objetos de la iglesia.—3. Sufragios.—4. Respeto a
las autoridades civiles y eclesiásticas; a los sacerdotes, a los Obispos y al
Papa.—5. Con las clientes. Imparcialidad con las religiosas.—6. Gratitud con
los bienhechores.—7. Práctica y espíritu de mortificación en la comida, en el

ayuno, etc.—8. Avida de mortificarse.—9. En las enfermedades.—10. Recomendación a las Hermanas.—11. Vigila para que ninguna se exceda al mortificarse.

Capítulo V.—La virtud de la pobreza y de la obediencia p. 208

1. Motivos para amar la pobreza.—2. Cómo Santa María Mazzarello amaba y practicaba la pobreza: en la celda y en el alimento.—3. En el vestir.—4. No estaba apegada a nada y regalaban también lo que era necesario.—5. Era el retrato de la pobreza y la pobreza personificada.—6. Se la recomienda a las Hermanas.—7. Cómo las Hermanas, atraídas por el ejemplo de la Madre, practican la pobreza.—8. Amadla: debe ser la virtud vuestra.—9. Orden y limpieza.—10. Obediencia de la Santa a los padres, a Don Pestarino, a Don Bosco y al director espiritual de la casa.—11. Obediencia aun a los deseos de los inferiores.—12. Obediencia de juicio.—13. Su ejemplo arrastra a las Hermanas a la perfecta obediencia.—14. Declaraciones del Cardenal Cagliero sobre la obediencia de la Santa Madre.

Capítulo VI.—Delicadeza de conciencia y humildad de la Santa Madre p. 218

1. Delicada, pero no escrupulosa, y así quiere a las religiosas.—2. Humilde en el trato y en las palabras. No habla de sí más que para humillarse.—3. Prefiere los trabajos más humildes. Se considera la última de todas.—4. Hace todo lo posible para hacer ver que no sirve para nada.—5. Se hace alumna de todas. Humildad en hacerse escribir las cartas.—6. Humildad en el vestido, en recibir observaciones y reprensiones inmerecidas. La humildad, su virtud característica; en ella ninguna la ha igualado.—7. Se considera indigna de estar en la Congregación. No podía tener mayor humildad y aprovecha todas las ocasiones para humillarse.—8. Deseo de conocer sus defectos para corregirse.

Capítulo VII.—La Santa, ángel de pureza y de modestia. Horror al pecado p. 225

1. Ángel de pureza y modestia. La castidad, su virtud predilecta. Su porte no podía ser más modesto. Pura como un lirio, abrasada como un serafín.—2. Reza diariamente para conservar la bella virtud y para que muchas muchachas se consagren a Dios.—3. No coge a ninguna de la mano, ni hace caricias y ni siquiera permite que se le acerquen demasiado.—4. Con el ejemplo y la palabra inculca la pureza a las Hermanas.—5. Y a las niñas.—6. Al recomendar la pureza usa palabras y expresiones muy comedidas.—7. Era mi hermano.—8. La exige a las que dependen de ella.—9. Sugiere los medios positivos y principales para conservar la pureza.—10. Hermosa declaración que lo resume del Cardenal Cagliero.—11. Horror al pecado.

Capítulo VIII.—El arte del gobierno de la Santa Madre p. 233

1. La Madre, admirablemente dotada del arte de gobernar. Algunas declaraciones.—2. ¿Es fácil mandar?—3. La Madre no hace pesada la obediencia y la hace amar juntamente con los sacrificios. Algunas declaraciones.—4. Gobierno enérgico, resuelto, pero imparcial, materno, prevenido y prudente. Criterio justo en la distribución de los oficios. Secreto.—5. Sabe hacerse amar para hacerse temer.—6. Desconfía de sí misma, obedece a los superiores y confía en Dios.—7. Intuición de los corazones y espíritu de previsión.

Capítulo IX.—Eficacia de la palabra de la Santa Madre y resumen de cuatro conferencias p. 243

1. Eficacia de su palabra. Pedid el don de la eficacia.—2. Si vuelves al mundo, irás al infierno.—3. Eficacia de la palabra de la Santa en las "buenas

noches" y en las conferencias.—4. Resumen de cuatro conferencias.—5.I. Sobre la rectitud de intención.—6.II. Sobre no excusarse.—7.III. Sobre el espíritu de oración.—8.IV. Algunos avisos.—9. Una florecilla y dos recuerdos.

Capítulo X.—Algunas cartas de la Madre p. 253

1. El carácter de una persona como mejor se le conoce es por sus cartas confidenciales.—2. La correspondencia de Santa María Mazzarello y su carácter.—3. Por qué no tenemos muchas cartas de la Santa.—4. Nuestra fidelidad al referir los trozos más importantes de éstas.—5. Cómo empieza y termina sus cartas.—6. Carta a las Hermanas de la casa de Catania (24 de junio de 1880).—7. Carta a las Hermanas de Villa Colón y de Las Piedras.—8. A una Hermana de Las Piedras.—9. Otra carta a la misma.—10. Carta a las Hermanas de Carmen de Patagones (20 de diciembre de 1880).—11. A las Hermanas de Villa Colón y Patagones (20 de diciembre de 1880).—12. A Sor Laura Rodríguez.—13. A Sor Rita Barilatti.—14. A Sor Mercedes Stabler.—15. A una Hermana de Saint-Cyr.

PARTE QUINTA

Desde la reelección de la Madre como Superiora hasta su muerte y canonización

Capítulo I.—La Madre resulta reelegida Superiora por unanimidad en el segundo Capítulo General. Se abren varias casas (1880) p. 269

1. Segundo Capítulo General para elegir las superiores.—2. Vivo deseo de la Madre de que no la vuelvan a elegir.—3. Anuncia veladamente su muerte.—4. Corrige a algunas Hermanas.—5. La Madre, reelegida por unanimidad, y Don Bosco aprueba su elección.—6. Fundación de las casas de Borgomasino (Ivrea-Torino), el 4 de septiembre de 1880; de Melazzo (Alessandria), de Penango (Asti) y de Este (Padova), el 15 de octubre; de Bronte (Catania), el 18 de octubre; de San Isidro (Argentina), el 6 de enero de 1881.—7. La Madre asiste a la muerte de una Hermana en Chieri.—8. Dos cartas a la directora de la casa de Melazzo.

Capítulo II.—La Madre hace la visita a las distintas casas. p. 277

1. Visita de la Madre a las diversas casas del Instituto.—2. Sus recomendaciones maternas.—3. Su prudencia, franqueza y firmeza.—4. Manda a una directora a acostarse. Recuerda a otra la obligación de dar la conferencia. Aconseja discreción en las mortificaciones.—5. Visita al Obispo de Ivrea. No permite que la Hermana vaya a la casa del párroco a hacer la comida. Aprecio del rector de Cascinette por la Madre.—6. Consuela a una Hermana y a una novicia. Recomendaciones a las Hermanas y novicias de Borgo San Martino y de Biella.—7. Estima que el Obispo de Biella tiene por la Madre.—8. Ayuda a las Hermanas también en los trabajos materiales y no quiere que se molesten por ella. Quería dormir en una silla. Se abstiene de tomar un refresco.—9. Predice a una niña que será religiosa.—10. Los motivos por los que no desea viajar.—11. Lo que le pasó en un viaje a Asti.—12. Su gran reserva. Sus santas conversaciones. Aviso a una Hermana. Recomendación a otra.—Busquemos el Sagrario.—14. Celo en hacer el bien.—15. Su modo de tratar. Respeto a los sacerdotes.

Capítulo III.—Varias cartas y muerte de la primera misionera (1880)	p. 289
1. Carta de la Santa a las Hermanas de la casa de Saint-Cyr.—2. Cartita a una Hermana.—3. Carta a la maestra de las postulantes.—4. Deseo de las misioneras de que vaya la Madre a visitarlas y su respuesta.—5. Muerte de Sor Virginia Magone (25 de septiembre de 1880).—6. Las misioneras insisten en que les manden personal a ayudarlas.—7. Don Bosco prepara la sexta expedición de los Salesianos y la tercera de las Hermanas.—8. Carta de la Santa a las Hermanas de Las Piedras.—9. Otra a Sor Teresina Mazzarello.—10. El aguinaldo del Niño Jesús para el 1881.	
Capítulo IV.—La Madre escoge a las misioneras de la tercera expedición y anuncia claramente su muerte (1881)	p. 299
1. La Madre escoge a las misioneras. Profecía cumplida sobre dos misioneras.—2. La Madre ofrece la vida por el Instituto.—3. Anuncia claramente su muerte. Don Bosco dice que la víctima ha sido aceptada.—4. Tras la oferta de la Madre disminuye la mortandad en el Instituto.—5. Lo que escribe como recuerdo a dos misioneras.—6. Sus recomendaciones a todas. Cómo va con ellas a América.	
Capítulo V.—La Santa acompaña a las misioneras a Turín para la función de despedida (1881)	p. 306
1. La Madre acompaña a las misioneras a Turín. Mortificarnos nosotras, pero no mortificar a los demás.—2. Ceremonia de despedida a las misioneras.—3. Recuerdo de Don Bosco a las misioneras.—4. Recuerdos de la Santa a una misionera.—5. Anuncia la muerte de Sor Arecco antes de haber recibido la noticia.—6. Datos biográficos de esta Hermana. ¿Bilocación de la Santa?—7. Una lección de pobreza.	
Capítulo VI.—La Santa acompaña a las misioneras a Sampierdarena y a Marsella (1881)	p. 316
1. La Madre va a Sampierdarena para saludar a las misioneras y cuenta que se le ha aparecido Sor Arecco.—2. La Madre se siente mal. Su preocupación por las misioneras.—3. Don Bosco visita a la Madre enferma. Sus consejos a las misioneras.—4. El médico no se da cuenta de la enfermedad de la Madre. El viaje a Marsella y sus sufrimientos.—5. Cuando hay que abrazar la cruz. Las espigas soportadas por amor de Jesús. Después de que muera te ayudaré más que antes.—6. Recomienda que cuiden a una misionera que no está bien de salud. Consuela a las misioneras. Discreción.—7. En Marsella.—8. Don Bosco se alegra del espíritu de sacrificio de la Madre.—9. Bendice a los misioneros y a las misioneras.—10. La Madre garantiza un buen viaje a las misioneras y llora; sus últimos recuerdos.	
Capítulo VII.—La Madre enferma en Saint-Cyr. Obtiene de Dios regresar a Nizza Monferrato (1881)	p. 326
1. La Madre llega a Saint-Cyr y se acuesta.—2. Oraciones por su curación.—3. Sus sufrimientos. Le dice a una Hermana que goza de poca salud que llegará a la vejez.—4. Su calma en medio de los dolores. Su habitación es una escuela de virtudes y de buenos consejos.—5. Su caridad y paciencia al hacerse asistir por una Hermana que no lo sabe hacer.—6. Don Bosco la visita tres veces.—7. Pide al Señor la gracia de ir a morir a Nizza Monferrato. Se pone en camino.—8. En Nizza Marittima. Don Bosco la bendice y le anuncia que va a morir.—9. En Alassio.—10. Llegada a Nizza Monferrato y recibimien-	

to triunfal.—11. Se cumple su temor con respecto a una postulante.—12. Función religiosa de acción de gracias y solemne velada por el regreso de la Madre. Sus avisos. Consuela a una alumna pequeña.

Apéndice al capítulo VII, núm. 7	p. 335
--	--------

Capítulo VIII.—Comportamiento edificante de la Madre durante su enfermedad (1881)	p. 338
---	--------

1. Persiste la debilidad de la Madre.—2. Carta a las misioneras de la Patagonia.—3. Despierta la antigua enfermedad.—4. Nosotras trabajamos para un buen Año.—5. Su fidelidad a las prácticas de piedad.—6. Reparación de la pleuresía. Señor, mándame sufrimientos. No curaré ya. Delicadeza de conciencia.—7. Atenciones con el hermano de una postulante.—8. Es tan grande el bien que espero.—9. Predicciones sobre dos novicias.—10. Predice cuándo va a morir la ecónoma. Aviso a una Hermana.—11. Piensa en el Instituto más que en sí misma.—12. Oración continua. Admirable ejemplo de virtud.—13. No me dejéis sola.—14. Confianza en la Santísima Virgen.—15. Pide la Extremaunción. Ahora están los papeles firmados.—16. Yo quiero amar a María.—17. Palabras al confesor.—18. ¡Oh, Jesús; soy vuestra! Haz que pase aquí mi purgatorio.—19. Sus avisos a todas. Practicad la caridad, la humildad y la obediencia.—20. A las novicias.—21. A las superiores.—22. Para la formación espiritual de las Hermanas y de las alumnas.—23. Reparación.—24. Amor a Jesús, afecto a las hijas y resignación a la voluntad de Dios.

Capítulo IX.—Los últimos días de la Santa Madre y su preciosa muerte (1881)	p. 351
---	--------

1. ¿Qué día es hoy? Deseo ver a Don Cagliero.—2. Coloquio con el Crucifijo.—3. Ya no tengo mal alguno. Virgen mía, estoy preparada, y no quiero volver atrás.—4. Fenómeno extraordinario.—5. Dos deseos.—6. Aniversario de su nacimiento.—7. Caridad con una Hermana enferma. Prevé el día de su muerte.—8. Llegada de Don Cagliero. La bendición de Don Bosco. Agradecimiento de la Madre.—9. Habla con Don Cagliero. Desea morir en sábado.—10. Recomendaciones a las alumnas; a una Hermana de que cuide mucho el oratorio festivo.—11. Coloquio con la vicaria.—12. Otra conversación con Don Cagliero. Por qué no se llamó a Don Bosco para que acudiera al lado de la moribunda. Don Cagliero no se irá antes de que yo me vaya.—13. Lucidez de mente.—14. Amabilidad con la portera, y con ella canta "Load a María".—15. Hermoso padecer, hermoso gozar...—16. La última prueba. ¿Quién ha confiado en vano en la Virgen? Quien ama a María será feliz.—17. Muero con gusto. Arregladme. Hasta vernos en el cielo.—18. Jesús, José, María...

Capítulo X.—Sobre los venerados restos mortales. La glorificación	p. 362
---	--------

1. Sobre los venerados restos mortales.—2. Solemnes funerales.—3. La inscripción que se puso en su sepultura.—4. Don Bosco, por la Madre y por el Instituto.—5. *L'Unità Cattolica* y el *Boletín Salesiano* comunican la muerte de la Madre.—6. Piadosas peregrinaciones a la tumba de la Madre.—7. Traslado de los mortales despojos.—8. Gracias obtenidas.—9. Concepto de santidad en el que era tenida en el Instituto y en Mornese.—10. Concepto de santidad en que es tenida por los eclesiásticos ajenos al Instituto.—11. Proceso por la Causa de Beatificación.—12. La Beatificación.—13. La Canonización.

Datos principales de la vida de Santa María D. Mazzarello.	p. 373
---	--------

Indice analítico-alfabético	p. 379
-----------------------------------	--------

